OBRAS REUNIDAS II

ROSARIO CASTELLANOS

CUENTOS

Rosario Castellanos nació en la ciudad de México en 1925. Fue narradora, poeta, dramaturga y ensayista. Trabajó en el Instituto Nacional Indigenista y fue jefa de información y prensa de la Universidad Nacional, donde también dio clases. Fue becaria Rockefeller en el Centro Mexicano de Escritores de 1954 a 1955. Obtuvo el Premio Chiapas 1958, por *Balún-Canán,* y en 1961 se le otorgó el Xavier Villaurrutia por *Ciudad Real.* En 1962, *Oficio de tinieblas* obtuvo el Premio Sor Juana Inés de la Cruz. Mereció también los premios Carlos Trouyet de Letras, en 1967, y Elías Sourasky, en 1972. En 1971 fue comisionada como embajadora de México en Israel, donde murió trágicamente en 1974. El FCE tiene en su catálogo *Balún-Canán* (1957), *Poesía no eres tú* (1972), *El eterno femenino* (1975), *Mujer que sabe latín…* (1983), *Juicios sumarios* (1984), *Meditación en el umbral* (1985), dos tomos de sus *Obras* (1989, 1998) y *Sobre cultura femenina* (2005).

OBRAS REUNIDAS

II

ROSARIO CASTELLANOS

OBRAS REUNIDAS
II

Cuentos

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2005
Primera edición electrónica, 2012

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1173-4

Hecho en México - *Made in Mexico*

Índice

Presentación

CIUDAD REAL

La muerte del tigre

La tregua

Aceite guapo

La suerte de Teodoro Méndez Acubal

Modesta Gómez

El advenimiento del águila

Cuarta vigilia

La rueda del hambriento

El don rechazado

Arthur Smith salva su alma

LOS CONVIDADOS DE AGOSTO

Las amistades efímeras

Vals “Capricho”

Los convidados de agosto

El viudo Román

ÁLBUM DE FAMILIA

Lección de cocina

Domingo

Cabecita blanca

Álbum de familia

OTROS TEXTOS

Crónica de un suceso inconfirmable

Primera revelación

Tres nudos en la red

Presentación

ROSARIO CASTELLANOS nació el 25 de mayo de 1925 en la ciudad de México, pero a las pocas semanas su familia se trasladó a su lugar de origen, Chiapas, donde transcurrió su infancia. Durante los años cuarenta viajó al Distrito Federal, en compañía de su nana, para inscribirse en la preparatoria y posteriormente en la universidad, donde comenzó estudiando derecho y terminó graduándose en filosofía.

En ese periodo pasaba parte de sus días en compañía de lo que se conoció como la Generación de los 50: estudiantes de letras que conformaban un grupo vital e influyente en el que alineaban Sergio Galindo, Jaime Sabines, Emilio Carballido, Ernesto Mejía Sánchez, Sergio Magaña, Ernesto Cardenal, Otto-Raúl González, Octavio Novaro, Dolores Castro, Augusto Monterroso. Aunque Castellanos prosiguió sus estudios de filosofía hasta el posgrado, dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a la literatura: se dio a conocer como poeta a finales de los años cuarenta en la revista *América*, dirigida por Marco Antonio Millán. Ahí publicaban Efrén Hernández, Margarita Paz Paredes, Juan José Arreola, Emilio Carballido, Margarita Michelena y Juan Rulfo.

En 1948, el mismo año en que murieron sus padres y presentó su tesis de maestría —*Sobre cultura femenina*—, Rosario Castellanos colaboró asiduamente en *América*, y allí, en forma de separata, editó algunos de sus primeros títulos de poesía: *Trayectoria del polvo*, *Apuntes para una declaración de fe*, *De la vigilia estéril*, y una edición conjunta de *Presentación en el templo* y *El rescate del mundo.*

La autora pronto adquirió renombre en la poesía, pero también publicó relatos cortos, algunos de los cuales, corregidos, formaron parte de su primer libro de cuentos *Ciudad Real.* Ahí pinta, con un lenguaje crudo y sin concesiones, el mundo de Chiapas desde tres puntos de vista: el de los indígenas, el de los blancos y otro intermedio en el que conviven ambos; este libro muestra, quizá con más profundidad que las dos novelas que hablan también de Chiapas, las desigualdades, las injusticias, las iniquidades de esos dos universos tan difíciles de conciliar y que explotaron el 1º de enero de 1994. El subcomandante Marcos ha declarado que éste fue un libro clave en su formación y en su decisión de tomar la parte de los indígenas de Chiapas.

Este libro ha corrido con una accidentada vida editorial; apareció primero, en 1960, en la colección Ficción que dirigía su amigo Sergio Galindo para la editorial de la Universidad Veracruzana, y en 1974, cuando llevaba varios años sin circular, Luis Guillermo Piazza lo incluyó en la colección Grandes Escritores, de la Editorial Novaro; al poco tiempo esta editorial, pese a que su estupendo catálogo incluía a José Revueltas y Salvador Novo, quedó fuera de las librerías. En 1982 fue reeditado por la Universidad Veracruzana, que finalmente cedió los derechos, en los noventa, a Alfaguara.

En 1964 Castellanos publicó otro de sus libros clave, *Los convidados de agosto,* que también sucede en Chiapas, aunque temáticamente es distinto del primero; lo conforman cuatro relatos que plantean tramas más contemporáneas y citadinas, con dilemas menos localizados; hay una mayor preocupación estética, un manejo del lenguaje muy cuidadoso y un humor y una ironía que antes no había manejado en la prosa. Son relatos de amor, ilusiones y desilusiones. El volumen apareció en Ediciones Era, y se reedita con frecuencia. El cuento “El viudo Román”, tomado de este libro, fue llevado con fortuna al cine con el título de *El secreto de Romelia.*

En 1971, en la Serie del Volador de la Editorial Joaquín Mortiz, Rosario Castellanos publicó su último libro en vida, *Álbum de familia,* un volumen de relatos situados en la ciudad de México, con argumentos no sólo urbanos sino profundamente irónicos. “Lección de cocina” retrata a la mujer incapaz de llevar a cabo las más sencillas tareas domésticas, aunque piensa, como de paso pero con intensidad, en los dilemas conyugales; “Álbum de familia”, páginas extraídas de su novela *Rito de iniciación* (aparecida

póstumamente en 1997), es una sátira de la vida intelectual, en la que dos poetisas noveles se enfrentan, con odio y admiración, a una reconocida escritora. Basado originalmente en su obra de teatro *Tablero de damas*, este relato hirió la vanidad del mundo literario de la ciudad de México y muchas de las colegas de la autora se sintieron retratadas (tal vez con razón). Los otros cuentos, "Domingo" y "Cabecita blanca", plantean temas caros a Castellanos: la incomprensión entre cónyuges, el chantaje sentimental, la insatisfacción, la manipulación.

Este libro, breve e irónico, parece diametralmente opuesto a los del "ciclo de Chiapas", pero no lo es: también habla de injusticias e iniquidades y de desencuentros, no entre blancos e indígenas sino entre hombres y mujeres, mujeres y mujeres, esposas y esposos.

Este segundo tomo de las *Obras reunidas* de Rosario Castellanos incluye además tres relatos que no aparecieron en ningún libro: "Crónica de un suceso inconfirmable", publicado en 1949 en la revista *América*, y que fuera el arranque de *Balún-Canán;* "Primera revelación", con toda la atmósfera de *Ciudad Real*, y "Tres nudos en la red", con el ámbito y el estilo de *Los convidados de agosto.*

Aunque sus contemporáneos, y a ratos ella misma, consideraban que sus cuentos eran inferiores a su poesía y sus novelas, el tiempo ha dado solidez a su narrativa breve, que sigue siendo buscada por los lectores: sus personajes son enormemente complejos y reflejan una sonrisa que en la otra parte de su obra creativa se halla escondida; hay un manejo de la ironía y una visión del mundo que la hace entrañable, y propicia el reconocimiento del lector en estas criaturas literarias y las situaciones que las involucran.

EDUARDO MEJÍA

CIUDAD REAL

Cuentos. Colección Ficción, Universidad Veracruzana, 1960. Segunda edición, Colección Grandes Escritores Mexicanos, Novaro, 1974. Tercera edición, Universidad Veracruzana, 1982. Cuarta edición, Universidad Veracruzana, 1986.

Fragmento de una entrevista con Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, 1965.

Si me atengo a lo que he leído dentro de esta corriente, que por otra parte no me interesa, mis novelas y cuentos no encajan en ella. Uno de sus defectos principales reside en considerar el mundo indígena como un mundo exótico en el que los personajes, por ser las víctimas, son poéticos y buenos. Esta simplicidad me causa risa. Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, sólo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable. Como son más débiles, pueden ser más malos (violentos, traidores e hipócritas) que los blancos. Los indios no me *parecen misteriosos* ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades. Otro detalle que los autores indigenistas descuidan, y hacen muy mal, es la forma. Suponen que como el tema es noble e interesante, no es necesario cuidar la manera como se desarrolla. Como refieren casi siempre sucesos desagradables, lo hacen de un modo desagradable: descuidan el lenguaje, no pulen el estilo… Ya que pretenden objetivos muy distintos, mis libros no se pueden incluir en esta corriente.

Al Instituto Nacional Indigenista,
que trabaja para que cambien
las condiciones de vida de mi pueblo

¿En qué día? ¿En qué luna? ¿En qué año sucede lo que aquí se cuenta? Como en los sueños, como en las pesadillas, todo es simultáneo, todo está presente, todo existe hoy.

La muerte del tigre

LA COMUNIDAD de los Bolometic estaba integrada por familias de un mismo linaje. Su espíritu protector, su waigel, era el tigre, cuyo nombre fueron dignos de ostentar por su bravura y por su audacia.

Después de las peregrinaciones inmemoriales (huyendo de la costa, del mar y su tentación suicida), los hombres de aquella estirpe vinieron a establecerse en la región montañosa de Chiapas, en un valle rico de prados, arboleda y aguajes. Allí la prosperidad les alzó la frente, los hizo de ánimo soberbio y rapaz. Con frecuencia los Bolometic descendían a cebarse en las posesiones de las tribus próximas.

Cuando la llegada de los blancos, de los caxlanes, el ardor belicoso de los Bolometic se lanzó a la batalla con un ímpetu que —al estrellarse contra el hierro invasor— vino a caer desmoronado. Peor que vencidos, estupefactos, los Bolometic resintieron en su propia carne el rigor de la derrota que antes jamás habían padecido. Fueron despojados, sujetos a cárcel, a esclavitud. Los que lograron huir (la ruindad de su condición les sopló al oído este proyecto, los hizo invisibles a la saña de sus perseguidores para llevarlo al cabo) buscaron refugio en las estribaciones del cerro. Allí se detuvieron a recontar lo que se había rescatado de la catástrofe. Allí iniciaron una vida precaria en la que el recuerdo de las pasadas grandezas fue esfumándose, en la que su historia se convirtió en un manso rescoldo que ninguno era capaz de avivar.

De cuando en cuando los hombres más valientes bajaban a los parajes vecinos para trocar los productos de sus cosechas, para visitar los santuarios, solicitando a las potencias superiores que cesaran de atormentar

a su waigel, al tigre, que los brujos oían rugir, herido, en la espesura de los montes. Los Bolometic eran generosos para las ofrendas. Y sin embargo sus ruegos no podían ser atendidos. El tigre aún debía recibir muchas heridas más.

Porque la codicia de los caxlanes no se aplaca ni con la predación ni con los tributos. No duerme. Vela en ellos, en sus hijos, en los hijos de sus hijos. Y los caxlanes avanzaban, despiertos, hollando la tierra con los férreos cascos de sus caballos, derramando, en todo el alrededor, su mirada de gavilán; chasqueando nerviosamente su látigo.

Los Bolometic vieron que se aproximaba la amenaza y no corrieron, como antes, a aprestar un arma que ya no tenían el coraje de esgrimir. Se agruparon, temblorosos de miedo, a examinar su conducta, como si estuvieran a punto de comparecer ante un tribunal exigente y sin apelación. No iban a defenderse, ¿cómo? si habían olvidado el arte de guerrear y no habían aprendido el de argüir. Iban a humillarse. Pero el corazón del hombre blanco, del ladino, está hecho de una materia que no se ablanda con las súplicas. Y la clemencia luce bien como el morrión que adorna un yelmo de capitán, no como la arenilla que mancha los escritos del amanuense.

—En este papel que habla se consigna la verdad. Y la verdad es que todo este rumbo, con sus laderas buenas para sembrar trigo, con sus pinares que han de talarse para abastecimiento de leña y carbón, con sus ríos que moverán molinos, es propiedad de don Diego Mijangos y Orantes, quien probó su descendencia directa de aquel otro don Diego Mijangos, conquistador, y de los Mijangos que sobrevinieron después, encomenderos. Así es que tú, Sebastián Gómez Escopeta, y tú, Lorenzo Pérez Diezmo, y tú, Juan Domínguez Ventana, o como te llames, estás sobrando, estás usurpando un lugar que no te pertenece y es un delito que la ley persigue. Vamos, vamos, chamulas. Fuera de aquí.

Los siglos de sumisión habían deformado aquella raza. Con prontitud abatieron el rostro en un signo de acatamiento; con docilidad mostraron la espalda en la fuga. Las mujeres iban adelante, cargando los niños y los enseres más indispensables. Los ancianos, con la lentitud de sus pies, las seguían. Y atrás, para proteger la emigración, los hombres.

Jornadas duras, sin meta. Abandonando este sitio por hostil y el otro para no disputárselo a sus dueños. Escasearon los víveres y las provisiones.

Aquellos en quienes más cruelmente mordía la necesidad se atrevieron al merodeo nocturno, cerca de las milpas, y aprovechaban la oscuridad para apoderarse de una mazorca en sazón, de la hoja de algunas legumbres. Pero los perros husmeaban la presencia del extraño y ladraban su delación. Los guardianes venían blandiendo un machete y suscitaban tal escándalo que el intruso, aterrorizado, escapaba. Allá iba, famélico, furtivo, con el largo pelo hirsuto y la ropa hecha jirones.

La miseria diezmó a la tribu. Mal guarecida de las intemperies, el frío le echó su vaho letal y fue amortajándola en una neblina blancuzca, espesa. Primero a los niños, que morían sin comprender por qué, con los puñezuelos bien apretados como para guardar la última brizna de calor. Morían los viejos, acurrucados junto a las cenizas del rescoldo, sin una queja. Las mujeres se escondían para morir, con un último gesto de pudor, igual que en los tiempos felices se habían escondido para dar a luz.

Éstos fueron los que quedaron atrás, los que ya no alcanzarían a ver su nueva patria. El paraje se instaló en un terraplén alto, tan alto, que partía en dos el corazón del caxlán aunque es tan duro. Batido de ráfagas enemigas; pobre; desdeñado hasta por la vegetación más rastrera y vil, la tierra mostraba la esterilidad de su entraña en grietas profundas. Y el agua, de mala índole, quedaba lejos.

Algunos robaron ovejas preñadas y las pastorearon a hurtadillas. Las mujeres armaban el telar, aguardando el primer esquileo. Otros roturaban la tierra, esta tierra indócil, avara; los demás emprendían viajes para solicitar, en los sitios consagrados a la adoración, la benevolencia divina.

Pero los años llegaban ceñudos y el hambre andaba suelta, de casa en casa, tocando a todas las puertas con su mano huesuda.

Los varones, reunidos en deliberación, decidieron partir. Las esposas renunciaron al último bocado para no entregarles vacía la red del bastimento. Y en la encrucijada donde se apartan los caminos se dijeron adiós.

Andar. Andar. Los Bolometic no descansaban en la noche. Sus antorchas se veían, viboreando entre la negrura de los cerros.

Llegaron a Ciudad Real, acezantes. Pegajosa de sudor la ropa desgarrada; las costras de lodo, secas ya de muchos días, se les iban resquebrajando lentamente, dejando al descubierto sus pantorrillas desnudas.

En Ciudad Real los hombres ya no viven según su capricho o su servidumbre a la necesidad. En el trazo de este pueblo de caxlanes predominó la inteligencia. Geométricamente se entrecruzan las calles. Las casas son de una misma estatura, de un homogéneo estilo. Algunas ostentan en sus fachadas escudos nobiliarios. Sus dueños son los descendientes de aquellos hombres aguerridos (los conquistadores, los primeros colonizadores), cuyas hazañas resuenan aún comunicando una vibración heroica a ciertos apellidos: Marín, De la Tovilla, Mazariegos.

Durante los siglos de la Colonia y los primeros lustros de la Independencia, Ciudad Real fue asiento de la gubernatura de la provincia. Detentó la opulencia y la abundancia del comercio; irradió el foco de la cultura. Pero sólo permaneció siendo la sede de una elevada jerarquía eclesiástica: el obispado.

Porque ya el esplendor de Ciudad Real pertenecía a la memoria. La ruina le comió primero las entrañas. Gente sin audacia y sin iniciativa, pagada de sus blasones, sumida en la contemplación de su pasado, soltó el bastón del poder político, abandonó las riendas de las empresas mercantiles, cerró el libro de las disciplinas intelectuales. Cercada por un estrecho anillo de comunidades indígenas, sordamente enemigas, Ciudad Real mantuvo siempre con ellas una relación presidida por la injusticia. A la rapiña sistemática correspondía un estado latente de protesta que había culminado varias veces en cruentas sublevaciones. Y cada vez Ciudad Real fue menos capaz de aplacarlas por sí misma. Pueblos vecinos —Comitán y Tuxtla, Chiapa de Corzo— vinieron en auxilio suyo. Hacia ellos emigró la riqueza, la fama, el mando. Ciudad Real no era ya más que un presuntuoso y vacío cascarón, un espantajo eficaz tan sólo para el alma de los indios, tercamente apegada al terror.

Los Bolometic atravesaron las primeras calles entre la tácita desaprobación de los transeúntes que esquivaban, con remilgados gestos, el roce con aquella ofensiva miseria.

Los indios examinaban, incomprensiva, insistente y curiosamente, el espectáculo que se ofrecía a su mirada. Las macizas construcciones de los templos los abrumaron como si estuvieran obligados a sostenerlas sobre sus lomos. La exquisitez de los ornamentos —algunas rejas de hierro, el labrado minucioso de algunas piedras— les movía el deseo de aplastarlas. Reían ante la repentina aparición de objetos cuyo uso no acertaban a

suponer: abanicos, figuras de porcelana, prendas de encaje. Se extasiaban ante esa muestra que de la habilidad de su trabajo exhibe el fotógrafo: tarjetas postales en las que aparece una melancólica señorita, meditando junto a una columna truncada, mientras en el remoto horizonte muere, melancólicamente también, el sol.

¿Y a las personas? ¿Cómo veían a las personas los Bolometic? No advertían la insignificancia de estos hombrecitos, bajos, regordetes, rubicundos, bagazo de una estirpe enérgica y osada. Resplandecía únicamente ante sus ojos el rayo que, en otro tiempo, los aniquiló. Y al través de la fealdad, de la decadencia de ahora, la superstición del vencido aún vislumbraba el signo misterioso de la omnipotencia, del dios caxlán.

Las mujeres de Ciudad Real, las "coletas", se deslizaban con su paso menudo, reticente, de paloma; con los ojos bajos, las mejillas arreboladas por la ruda caricia del cierzo. El luto, el silencio, iban con ellas. Y cuando hablaban, hablaban con esa voz de musgo que adormece a los recién nacidos, que consuela a los enfermos, que ayuda a los moribundos. Esa voz de quien mira pasar a los hombres tras una vidriera.

El mercado atrajo a los forasteros con su bullicio. Aquí está el lugar de la abundancia. Aquí el maíz, que sofoca las trojes con su amarillez de oro; aquí las bestias de sangre roja, destazadas, pendiendo de enormes garfios. Las frutas pulposas, suculentas: el durazno con su piel siempre joven; los plátanos vigorosos, machos; la manzana que sabe, en sus filos ácidos, a cuchillo. Y el café de virtudes vehementes, que llama desde lejos al olfato. Y los dulces, barrocos, bautizados con nombres gentilicios y distantes: tartaritas, africanos. Y el pan, con el que Dios saluda todas las mañanas a los hombres.

Esto fue lo que vieron los Bolometic y lo vieron con un asombro que ya no era avidez, que desarmaba todo ademán de posesión. Con un asombro religioso.

El gendarme, encargado de vigilar aquella zona, se paseaba distraídamente entre los puestos, canturreando una cancioncilla, espantando, aquí y allá, una mosca. Pero cuando advirtió la presencia de esos vagabundos andrajosos (estaba acostumbrado a verlos pero aislados, no en grupo y sin capataz ladino como ahora), adoptó automáticamente una actitud de celo. Empuñó con más fuerza el garrote, dispuesto a utilizarlo a la primera tentativa de robo o de violación a ese extenso y nebuloso inciso

de la ley, que jamás había leído, pero cuya existencia sospechaba: perturbaciones del orden público. Sin embargo, los Bolometic parecían tener intenciones pacíficas. Se habían alejado de los puestos para ir a buscar un sitio vacío en las gradas de la iglesia de la Merced. Encuclillados, los indios se espulgaban pacientemente y comían los piojos. El gendarme los observaba a distancia, complacido, porque el desprecio estaba de su parte.

Un señor, que rondaba en torno de los Bolometic, se decidió, por fin, a abordarlos. Rechoncho, calvo, animado por una falsa jovialidad, les dijo en su dialecto:

—¿Yday, chamulas? ¿Están buscando colocación?

Los Bolometic cruzaron entre sí rápidas y recelosas miradas. Cada uno descargó en el otro la responsabilidad de contestar. Por último el que parecía más respetable (y era más respetado por sus años y porque había hecho un viaje anterior a Ciudad Real), preguntó:

—¿Acaso tú puedes darnos trabajo? ¿Acaso eres enganchador?

—Precisamente. Y tengo fama de equitativo. Me llamo Juvencio Ortiz.

—Ah, sí. Don Juvencio.

El comentario era, más que eco de la fama, seña de cortesía. El silencio se extendió entre los interlocutores como una mancha. Don Juvencio tamborileaba sobre la curva de su abdomen, a la altura del botón del chaleco donde debería enroscarse la leontina de oro. Comprobar que no era propietario aún de ninguna leontina, le hizo hincar espuelas a la conversación.

—¿Entonces qué? ¿Hacemos trato?

Pero los indios no tenían prisa. Nunca hay prisa de caer en la trampa.

—Bajamos de nuestro paraje. Hay escasez allá, patrón. No se quieren dar las cosechas.

—Más a mi favor, chamula. Vamos al despacho para ultimar los detalles.

Don Juvencio echó a andar, seguro de que los indios lo seguirían. Hipnotizados por esta seguridad, los Bolometic fueron tras él.

Lo que don Juvencio llamaba, con tanta pompa, su despacho no era más que un cuchitril, un cuarto redondo en una de las calles paralelas a la del mercado. El moblaje lo constituían dos mesas de ocote (en más de una ocasión las astillas de su mal pulida superficie habían rasgado las mangas de los únicos trajes de don Juvencio y de su socio), un estante repleto de

papeles y dos sillas de inseguras patas. En una de ellas, posando con una provisionalidad de pájaro, estaba el socio de don Juvencio: un largo perfil, protegido por una visera de celuloide verde. Graznó cuando tuvo ante sí a los recién venidos.

—¿Qué trae usted de bueno, don Juvencio?

—Lo que se pudo conseguir, mi estimado. La competencia es dura. Enganchadores con menos méritos —¡yo tengo título de abogado, expedido por la Escuela de Leyes de Ciudad Real!— y con menos experiencia que yo, me arrebatan los clientes.

—Usan otros métodos. Usted nunca ha querido recurrir al alcohol. Un indio borracho ya no se da cuenta ni de lo que hace ni de a lo que se compromete. Pero con tal de ahorrar lo del trago…

—No es eso. Es que aprovecharse de la inconsciencia de estos infelices es, como dice Su Ilustrísima, don Manuel Oropeza, una bribonada.

El socio de don Juvencio mostró los dientes en una risita maligna.

—Pues así nos va con sus ideas. Usted era el que afirmaba que todo podía faltar en este mundo pero que siempre sobrarían indios. Ya lo estamos viendo. Las fincas que nos encargaron sus intereses corren el riesgo de perder sus cosechas por falta de mano de obra.

—Es de sabios cambiar de opinión, mi querido socio. Yo también decía… pero, en fin, ahora no hay por qué quejarse. Ahí los tiene usted.

Don Juvencio hizo el ampuloso ademán con que el prestidigitador descorre el velo de las sorpresas. Pero el sentido de apreciación de su socio permaneció insobornable.

—¿Ésos?

Don Juvencio se vio en el penoso deber de impostar la voz.

—¡Ésos! ¡Con qué tono lo dice usted, señor mío! ¿Qué tacha puede ponérseles?

El socio de don Juvencio se encogió de hombros.

—Están con el zopilote en l’anca, como quien dice. No van a aguantar el clima de la costa. Y como usted es tan escrupuloso…

Don Juvencio se aproximó a su socio, enarbolando un dedo humorísticamente amenazante.

—¡Ah, mañosón! Si bien hacen en llamarle ave de mal agüero. Pero tenga presente, mi estimado, aquel refrán que aconseja no meterse en lo que a uno no le importa. ¿Es acaso responsabilidad nuestra que estos indios

aguanten o no el clima? Nuestra obligación consiste en que comparezcan vivos ante el dueño de la finca. Lo que suceda después ya no nos incumbe.

Y para evitar nuevas disquisiciones fue al estante y apartó un fajo de papeles. Después de entregarlos a su socio, don Juvencio se volvió a los Bolometic, conminándolos:

—A ver, chamulas, pónganse en fila. Pasen, uno por uno, ante la mesa del señor y contesten lo que les pregunte. Sin decir mentira, chamulas, porque el señor es brujo y los puede dañar. ¿Saben para qué se pone esa visera? Para no lastimarlos con la fuerza de su vista.

Los Bolometic escucharon esta amonestación con creciente angustia. ¿Cómo iban a poder seguir ocultando su nombre verdadero? Lo entregaron, pusieron a su waigel, al tigre herido, bajo la potestad de estas manos manchadas de tinta.

—Pablo Gómez Bolom.

—Daniel Hernández Bolom.

—José Domínguez Bolom.

El socio de don Juvencio taladraba a los indios con una inútil suspicacia. Como de costumbre, estaban tomándole el pelo. Después, cuando se escapaban de las fincas sin satisfacer sus deudas, nadie podía localizarlos porque el paraje al que habían declarado pertenecer no existía y los nombres que dieron como suyos eran falsos.

¡Pero no, por la Santísima Virgen de la Caridad, ya basta! El socio de don Juvencio dio un manotazo sobre la mesa, dispuesto a reclamar. Sólo que sus conocimientos de la lengua indígena no eran suficientes como para permitirle ensarzarse en una discusión. Refunfuñando, apuntó:

—¡Bolom! Ya te voy a dar tu bolom para que aprendáis. A ver, el que sigue.

Cuando hubo terminado notificó a don Juvencio.

—Son cuarenta. ¿A cuál finca los vamos a mandar?

—Le taparemos la boca a don Federico Werner, que es el que más nos apremia. Apunte usted: Finca Cafetera El Suspiro, Tapachula.

Mientras escribía, con los ojos protegidos por la visera verde, el socio de don Juvencio hurgó en la llaga:

—No son suficientes.

—¿Que no son suficientes? ¿Cuarenta indios para levantar la cosecha de café de una finca, peor es nada, no son suficientes?

—No van a llegar los cuarenta. No aguantan ni el viaje.

Y el socio de don Juvencio dio vuelta a la página, satisfecho de tener razón.

Con el anticipo que recibieron, los Bolometic iniciaron la caminata. Conforme iban dejando atrás la fiereza de la serranía, un aire tibio, amoroso, los envolvió, quebrando la rigidez de su ascetismo. Venteaban, en este aire endulzado de confusos aromas, la delicia. Y se sobresaltaban, como el sabueso cuando le dan a perseguir una presa desconocida.

La altura, al desampararlos tan bruscamente, les reventó los tímpanos. Dolían, supuraban. Cuando los Bolometic llegaron al mar creyeron que aquel gran furor era mudo.

La única presencia que no se apartó fue la del frío. No abandonaba este reducto del que siempre había sido dueño. A diario, a la misma hora, aunque el sol de los trópicos derritiera las piedras, el frío se desenroscaba en forma de culebra repugnante y recorría el cuerpo de los Bolometic, trabando sus quijadas, sus miembros, en un terrible temblor. Después de su visita, el cuerpo de los Bolometic quedaba como amortecido, se iba encogiendo, poco a poco, para caber en la tumba.

Los sobrevivientes de aquel largo verano no pudieron regresar. Las deudas añadían un eslabón a otro, los encadenaban. En la cicatriz del tímpano resonaba, cada vez más débilmente, la voz de sus mujeres, llamándolos, la voz de sus hijos, extinguiéndose.

Del tigre en el monte nada se volvió a saber.

La tregua

ROMINKA PÉREZ TAQUIBEQUET, del paraje de Mukenjá, iba con su cántaro retumbante de agua recién cogida. Mujer como las otras de su tribu, piedra sin edad; silenciosa, rígida para mantener en equilibrio el peso de la carga. A cada oscilación de su cuerpo —que ascendía la empinada vereda del arroyo al jacal— el golpeteo de la sangre martilleaba sus sienes, la punta de sus dedos. Fatiga. Y un vaho de enfermedad, de delirio, ensombreciendo sus ojos. Eran las dos de la tarde.

En un recodo, sin ruidos que anunciaran su presencia apareció un hombre. Sus botas estaban salpicadas de barro, su camisa sucia, hecha jirones; su barba crecida de semanas.

Rominka se detuvo ante él, paralizada de sorpresa. Por la blancura (¿o era una extrema palidez?) de su rostro, bien se conocía que el extraño era un caxlán. ¿Pero por cuáles caminos llegó? ¿Qué buscaba en sitio tan remoto? Ahora, con sus manos largas y finas, en las que se había ensañado la intemperie, hacía ademanes que Rominka no lograba interpretar. Y a las tímidas, pero insistentes preguntas de ella, el intruso respondía no con palabras, sino con un doloroso estertor.

El viento de las alturas huía graznando lúgubremente. Un sol desteñido, frío, asaeteaba aquella colina estéril. Ni una nube. Abajo, el gorgoriteo pueril del agua. Y allí los dos, inmóviles, con esa gravedad angustiosa de los malos sueños.

Rominka estaba educada para saberlo. El que camina sobre una tierra prestada, ajena; el que respira está robando el aire. Porque las cosas (todas las cosas; las que vemos y también aquellas de que nos servimos) no nos

pertenecen. Tienen otro dueño. Y el dueño castiga cuando alguno se apropia de un lugar, de un árbol, hasta de un nombre.

El dueño —nadie sabría cómo invocarlo si los brujos no hubiesen compartido sus revelaciones—, el pukuj, es un espíritu. Invisible, va y viene, escuchando los deseos en el corazón del hombre. Y cuando quiere hacer daño vuelve el corazón de unos contra otros, tuerce las amistades, enciende la guerra. O seca las entrañas de las paridoras, de las que crían. O dice hambre y no hay bocado que no se vuelva ceniza en la boca del hambriento.

Antes, cuentan los ancianos memoriosos, unos hombres malcontentos con la sujeción a que el pukuj los sometía, idearon el modo de arrebatarle su fuerza. En una red juntaron posol, semillas, huevos. Los depositaron a la entrada de la cueva donde el pukuj duerme. Y cerca de los bastimentos quedó un garrafón de posh, de aguardiente.

Cuando el pukuj cayó dormido, con los miembros flojos por la borrachera, los hombres se abalanzaron sobre él y lo ataron de pies y manos con gruesas sogas. Los alaridos del prisionero hacían temblar la raíz de los montes. Amenazas, promesas, nada le consiguió la libertad. Hasta que uno de los guardianes (por temor, por respeto, ¿quién sabe?) cortó las ligaduras. Desde entonces el pukuj anda suelto y, ya en figura de animal, ya en vestido de ladino, se aparece. Ay de quien lo encuentra. Queda marcado ante la faz de la tribu y para siempre. En las manos temblorosas, incapaces de asir los objetos; en las mejillas exangües; en el extravío perpetuamente sobresaltado de los ojos conocen los demás su tremenda aventura. Se unen en torno suyo para defenderlo, sus familiares, sus amigos. Es inútil. A la vista de todos el señalado vuelve la espalda a la cordura, a la vida. Despojos del pukuj son los cadáveres de niños y jóvenes. Son los locos.

Pero Rominka no quería morir, no quería enloquecer. Los hijos, aún balbucientes, la reclamaban. El marido la quería. Y su propia carne, no importaba si marchita, si enferma, pero viva, se estremecía de terror ante la amenaza.

De nada sirve, Rominka lo sabía demasiado bien, de nada sirve huir. El pukuj está aquí y allá y ninguna sombra nos oculta de su persecución. ¿Pero si nos acogiésemos a su clemencia?

La mujer cayó de rodillas. Después de colocar el cántaro en el suelo, suplicaba:

—¡Dueño del monte, apiádate de mí!

No se atrevía a escrutar la expresión del aparecido. Pero suponiéndola hostil insistía febrilmente en sus ruegos. Y poco a poco, sin que ella misma acertara a comprender por qué, de los ruegos fue resbalando a las confesiones. Lo que no había dicho a nadie, ni a sí misma, brotaba ahora como el chorro de pus de un tumor exprimido. Odios que devastaban su alma, consentimientos cobardes, lujurias secretas, hurtos tenazmente negados. Y entonces Rominka supo el motivo por el que ella, entre todos, había sido elegida para aplacar con su humillación el hambre de verdad de los dioses. El idioma salía de sus labios, como debe salir de todo labio humano, enrojecido de vergüenza. Y Rominka, al arrancarse la costra de sus pecados, lloraba. Porque duele quedar desnudo. Pero al precio de este dolor estaba comprando la voluntad del aparecido, del dueño de los montes, del pukuj, para que volviera a habitar en las cuevas, para que no viniera a perturbar la vida de la gente.

Sin embargo, alguna cosa faltó. Porque el pukuj, no conforme con lo que se le había dado, empujó brutalmente a Rominka. Ella, con un chillido de angustia y escudándose en el cántaro, corrió hacia el caserío suscitando un revoloteo de gallinas, una algarabía de perros, la alarma de los niños.

A corta distancia la seguía el hombre, jadeante, casi a punto de sucumbir por el esfuerzo. Agitaba en el aire sus manos, decía algo. Un grito más. Y Rominka se desplomó a las puertas de su casa. El agua escurría del cántaro volcado. Y antes de que la lamieran los perros y antes de que la embebiera la tierra, el hombre se dejó caer de bruces sobre el charco. Porque tenía sed.

Las mujeres se habían retirado al fondo del jacal, apretando contra su pecho a las criaturas. Un chiquillo corrió a la milpa para llamar a los varones.

No todos estaban allí. El surco sobre el que se inclinaban era pobre. Agotado de dar todo lo que su pobre entraña tenía, ahora entregaba sólo mazorcas despreciables, granos sin sustancia. Por eso muchos indios empezaron a buscar por otro lado su sustento. Contraviniendo las costumbres propias y las leyes de los ladinos, los varones del paraje de Mukenjá destilaban clandestinamente alcohol.

Pasó tiempo antes de que las autoridades lo advirtieran. Nadie les daba cuenta de los accidentes que sufrían los destiladores al estallar el alambique

dentro del jacal. Un silencio cómplice amortiguaba las catástrofes. Y los heridos se perdían, aullando de dolor, en el monte.

Pero los comerciantes, los custitaleros establecidos en la cabecera del municipio de Chamula, notaron pronto que algo anormal sucedía. Sus existencias de aguardiente no se agotaban con la misma rapidez que antes y se daba ya el caso de que los garrafones se almacenasen durante meses y meses en las bodegas. ¿Es que los indios se habían vuelto repentinamente abstemios? La idea era absurda. ¿Cómo iban a celebrar sus fiestas religiosas, sus ceremonias civiles, los acontecimientos de su vida familiar? El alcohol es imprescindible en los ritos. Y los ritos continuaban siendo observados con exacta minuciosidad. Las mujeres aún continuaban destetando a sus hijos dándoles a chupar un trapo empapado de posh.

Con su doble celo de autoridad que no tolera burlas y de expendedor de aguardiente que no admite perjuicios, el Secretario Municipal de Chamula, Rodolfo López, ordenó que se iniciaran las pesquisas. Las encabezaba él mismo. Imponer multas, como la ley prescribía, le pareció una medida ineficaz. Se estaba tratando con indios, no con gente de razón, y el escarmiento debía ser riguroso. Para que aprendan, dijo.

Recorrieron infructuosamente gran parte de la zona. A cada resbalón de su mula en aquellos pedregales, el Secretario Municipal iba acumulando más cólera dentro de sí. Y a cada aguacero que le calaba los huesos. Y a cada lodazal en el que se enfangaba.

Cuando al fin dio con los culpables, en Mukenjá, Rodolfo López temblaba de tal manera que no podía articular claramente la condena. Los subordinados creyeron haber entendido mal. Pero el Secretario hablaba no pensando en sus responsabilidades ni en el juicio de sus superiores; estaban demasiado lejos, no iban a fijarse en asuntos de tan poca importancia. La certeza de su impunidad había cebado a su venganza. Y ahora la venganza lo devoraba a él también. Su carne, su sangre, su ánimo, no eran suficientes ya para soportar el ansia de destrucción, de castigo. A señas repetía sus instrucciones a los subordinados. Tal vez lo que mandó no fue incendiar los jacales. Pero cuando la paja comenzó a arder y las paredes crujieron y quienes estaban adentro quisieron huir, Rodolfo López los obligó a regresar a culatazos. Y respiró, con el ansia del que ha estado a punto de asfixiarse, el humo de la carne achicharrada.

El suceso tuvo lugar a la vista de todos. Todos oyeron los alaridos, el crepitar de la materia al ceder a un elemento más ávido, más poderoso. El Secretario Municipal se retiró de aquel paraje seguro de que el ejemplo trabajaría las conciencias. Y de que cada vez que la necesidad les presentara una tentación de clandestinaje, la rechazarían con horror.

El Secretario Municipal se equivocó. Apenas unos meses después la demanda de alcohol en su tienda había vuelto a disminuir. Con un gesto de resignación envió agentes fiscales a practicar las averiguaciones.

Los enviados no se entretuvieron en tanteos. Fueron directamente a Mukenjá. Encontraron pequeñas fábricas y las decomisaron. Esta vez no hubo muertes. Les bastó robar. Aquí y en otros parajes. Porque la crueldad parecía multiplicar a los culpables, cuyo ánimo envilecido por la desgracia se entregaba al castigo con una especie de fascinación.

Cuando el niño terminó de hablar (estaba sin aliento por la carrera y por la importancia de la noticia que iba a transmitir), los varones de Mukenjá se miraron entre sí desconcertados. A cerros tan inaccesibles como éste, sólo podía llegar un ser dotado de los poderes sobrenaturales del pukuj o de la saña, de la precisión para caer sobre su presa de un fiscal.

Cualquiera de las dos posibilidades era ineluctable y tratar de evadirla o de aplazarla con un intento de fuga era un esfuerzo malgastado. Los varones de Mukenjá afrontaron la situación sin pensar siquiera en sus instrumentos de labranza como en armas defensivas. Inermes, fueron de regreso al caserío.

El caxlán estaba allí, de bruces aún, con la cara mojada. No dormía. Pero un ronquido de agonizante estrangulaba su respiración. Quiso ponerse de pie al advertir la proximidad de los indios, pero no pudo incorporarse más que a medias, ni pudo mantenerse en esta postura. Su mejilla chocó sordamente contra el lodo.

El espectáculo de la debilidad ajena puso fuera de sí a los indios. Venían preparados para sufrir la violencia y el alivio de no encontrar una amenaza fue pronto sustituido por la cólera, una cólera irracional, que quería encontrar en los actos su cauce y su justificación.

Barajustados, los varones se movían de un sitio a otro inquiriendo detalles sobre la llegada del desconocido. Rominka relató su encuentro con él. Era un relato incoherente en que la repetición de la palabra pukuj y las

lágrimas y la suma angustia de la narradora dieron a aquel frenesí, todavía amorfo, un molde en el cual vaciarse.

Pukuj. Por la mala influencia de éste que yacía aquí, a sus pies, las cosechas no eran nunca suficientes, los brujos comían a los rebaños, las enfermedades no los perdonaban. En vano los indios habían intentado congraciarse con su potencia oscura por medio de ofrendas y sacrificios. El pukuj continuaba escogiendo sus víctimas. Y ahora, empujado por quién sabe qué necesidad, por quién sabe qué codicia, había abandonado su madriguera y, disfrazado de ladino, andaba las serranías, atajaba a los caminantes.

Uno de los ancianos se aproximó a él. Preguntaba al caído cuál era la causa de su sufrimiento y qué vino a exigirles. El caído no contestó.

Los varones requirieron lo que hallaron más a mano para el ataque: garrotes, piedras, machetes. Una mujer, con un incensario humeante, dio varias vueltas alrededor del caído, trazando un círculo mágico que ya no podría trasponer.

Entonces la furia se desencadenó. Garrote que golpea, piedra que machaca el cráneo, machete que cercena los miembros. Las mujeres gritaban, detrás de la pared de los jacales, enardeciendo a los varones para que consumaran su obra criminal.

Cuando todo hubo concluido los perros se acercaron a lamer la sangre derramada. Más tarde bajaron los zopilotes.

El frenesí se prolongó artificialmente en la embriaguez. Alta la noche, aún resonaba por los cerros un griterío lúgubre.

Al día siguiente todos retornaron a sus faenas de costumbre. Un poco de resequedad en la boca, de languidez en los músculos, de torpeza en la lengua, fue el único recuerdo de los acontecimientos del día anterior. Y la sensación de haberse liberado de un maleficio, de haberse descargado de un peso insoportable.

Pero la tregua no fue duradera. Nuevos espíritus malignos infestaron el aire. Y las cosechas de Mukenjá fueron ese año tan escasas como antes. Los brujos, comedores de bestias, comedores de hombres, exigían su alimento. Las enfermedades también los diezmaban. Era preciso volver a matar.

Aceite guapo

CUANDO cavaba los agujeros para sembrar el maíz en las laderas de Yalcuc, Daniel Castellanos Lampoy se detuvo, fatigado. Ahora el cansancio ya no lo abandonaba. Sus fuerzas habían disminuido y las tareas quedaban, como ahora, sin terminar.

Reclinado contra un árbol, Daniel se quejaba, predecía amargamente otro año de escasez y malas cosechas, inventaba disculpas para satisfacer al dueño del terreno con quien seguiría en deuda. Pero no se detenía en la causa más inmediata de sus desgracias: había envejecido.

Tardó en darse cuenta. ¿Cómo iba a advertir el paso del tiempo si su transcurso no le había dejado nada? Ni una familia, que se disgregó con la muerte de la mujer; ni el fruto de su trabajo, ni un sitio de honor entre la gente de su tribu. Daniel estaba ahora como al principio: con las manos vacías. Pero tuvo que admitir que era viejo porque se lo probaron las miradas torvas de sospecha, rápidas de alarma, pesadas de desaprobación de los demás.

Daniel sabía lo que significaban esas miradas: él mismo, en épocas anteriores, había mirado así a otros. Significaban que un hombre, si a tal edad ha sido respetado por la muerte, es porque ha hecho un pacto con las potencias oscuras, porque ha consentido en volverse el espía y el ejecutor de sus intenciones, cuando son malignas.

Un anciano no es lo mismo que un brujo. No es un hombre que conoce cómo se producen y cómo se evitan los daños; no es una voluntad que se inclina al soborno de quienes la solicitan ni una ciencia que se vende a un

precio convenido. Tampoco es un signo que se trueca a veces en su contrario y puede resultar beneficioso.

No, un anciano es el mal y nadie debe acercársele en busca de compasión porque es inútil. Basta que se siente a la orilla de los caminos, a la puerta de su casa, para que lo que contempla se transforme en erial, en ruina, en muerte. No valen súplicas ni regalos. Su presencia sola es dañina. Hay que alejarse de él, evitarlo; dejar que se consuma de hambre y necesidad, acechar en la sombra para poner fin a su vida con un machetazo, incitar a la multitud para su lapidación.

La familia del anciano, si la tiene, no osa defenderlo. Ella misma está embargada de temor y ansía acabar de una vez con las angustias y los riesgos que trae consigo el contacto con lo sobrenatural.

Daniel Castellanos Lampoy comprendió, de golpe, cuál era el futuro que le aguardaba. Y tuvo miedo. Por las noches el sueño no descendía a sus ojos, tensamente abiertos al horror de su situación y a la urgencia de hallar una salida.

Insensiblemente Daniel se apartó de todos; ya no asistía a la plaza en los días de mercado porque temía encontrarse con alguien que después atribuyera a ese encuentro un tropezón en el camino, un malestar súbito, la pérdida de un animal del rebaño.

Pero ese mismo apartamiento terminaría por hacerlo sospechoso. ¿A qué se encerraba? Seguramente a fraguar la enfermedad, el quebranto, el infortunio que luego padecerían los otros.

No es fácil borrar el estigma de la vejez. La gente recuerda: cuando yo era niño, Daniel Castellanos Lampoy ya era un hombre de respeto. Ahora el hombre de respeto soy yo. ¿Cuántos años han tenido que pasar?

No importa la cuenta. Lo que importa son los surcos de la piel, el encorvamiento de la espalda, la debilidad del cuerpo, las canas, cuya misma rareza son un signo más de predestinación. Y esas pupilas cuya opacidad oculta una virtud aniquiladora.

¿Dónde refugiarse contra la persecución sorda, implacable de la tribu? Instintivamente Daniel pensó en la iglesia: junto al altar de las divinidades protectoras nadie se atrevería a acercarse para rematarlo.

Sí, lo que Daniel necesitaba era convertirse en “martoma”, en mayordomo de algún santo de la iglesia de San Juan, en Chamula.

Para lograr su propósito iba a encontrar dificultades y esto no lo ignoraba Daniel. ¿Qué méritos podía aducir delante de los principales? En sus antecedentes no había un solo cargo, ni siquiera civil, mucho menos religioso. No podía ostentar un título de “pasada autoridad” y además ahora había sido ya marcado por la decrepitud. Y sin embargo, Daniel tenía que convencer a todos con el calor de sus alegatos, la humildad de sus ruegos, la abundancia de sus dádivas.

Pero Daniel no era elocuente. Hacía años, los años de la viudez, de la ausencia de los hijos, de la soledad, que no hablaba con nadie. Había ido olvidando lo que significaban las palabras y ya no atinaba con el nombre de muchos objetos. Para hilvanar una frase buscaba arduamente las concordancias y no lograba expresarse con claridad ni con fluidez. Al sentir fija en él la atención de sus interlocutores un golpe repentino de sangre le sobrevenía a la garganta y se precipitaba a terminar en un tartamudeo penoso. ¿Cómo iba a presentarse a la asamblea y de qué manera iba a defender su ambición? La única posibilidad de éxito que le restaba era el soborno.

Daniel Castellanos Lampoy desenterró la olla de su dinero para contarlo. Con incredulidad pasaba y repasaba las monedas entre sus dedos; siempre había tenido la certidumbre de que eran más y ahora, al verlas tan pocas y tan sin valor, no salía de su asombro.

Por fin tomó un camino conocido: el de la hacienda El Rosario, de la que era peón acasillado.

Don Gonzalo Urbina lo vio acercarse con desconfianza y antes de que empezara a exponer el motivo de su visita se adelantó a reclamarle el atraso de sus pagos. Daniel tuvo que conformarse con aplacar las exigencias del caxlán, con prometer mayor puntualidad en el futuro, pero ya no tuvo ocasión de pedir el empréstito que tanta falta le hacía.

Don Gonzalo escuchaba las protestas de Daniel con un gesto de severidad fingido. En el fondo estaba contento. Desde el principio olfateó lo del préstamo y con una argucia lo había evitado. Le daba lástima este pobre indio que no tenía siquiera un petate en que caerse muerto y cuyos hijos se negaban, desde hacía años, a reconocer las deudas que contrajera. Le daba lástima ¿pero a dónde iba a ir a parar su negocio si se ponía a hacer favores? Primero es la obligación y luego la devoción, qué caray.

Daniel regresó a su jacal, desalentado. ¿A quién iba a recurrir ahora? Pensó en los enganchadores de Ciudad Real, pero desechó pronto esa idea. Ningún enganchador iba a admitir para las fincas un hombre en sus condiciones. Tres años antes, cuando quiso irse a la costa para juntar algunos centavos, lo rechazaron porque querían hombres más jóvenes, más resistentes para los rigores del clima y la fuerza del trabajo.

Pero lo que el día le ocultaba se lo mostró el insomnio: un plan que iba a proponerle a don Juvencio Ortiz.

Don Juvencio, el enganchador, tenía a Daniel Castellanos en buen predicamento porque nunca le había quedado mal. Dinero había sudado para él en las fincas, antes, cuando no era viejo; recomendaciones favorables había traído de los patrones. Don Juvencio daría crédito a sus palabras, lo engañaría con la promesa de que el enganchado no era él sino uno de sus hijos… o quizá los dos. Pediría el anticipo y se fugaría. ¿Quién iba a encontrarlo si se marchaba de su paraje? Además nadie tendría interés en buscarlo a él sino a sus hijos, que eran los del compromiso, y de quienes llevaría el retrato. Si los encontraban los fiscales y los obligaban a irse a las fincas, Daniel estaría contento. Justo castigo al abandono en que lo mantuvieron durante tantos años; justo castigo a su ingratitud, a la dureza de su corazón.

Don Juvencio no desconfió de las razones de Daniel. Se acordaba de este indio que en sus buenos tiempos fue un peón cumplido; conocía también a sus hijos, pero algo le hacía rascarse meditativamente la barbilla. ¿No había oído decir que estaban distanciados del padre? Daniel negó con vehemencia. La prueba de lo contrario la traía él en los retratos y en el encargo que le hicieron para que arreglarla sus asuntos con el enganchador y para que recogiera los anticipos. No de uno, sino de los dos, insistía Daniel.

—¿Sabes lo que te pasará si me estás echando mentiras, chamulita?

Daniel asintió; sabía que don Juvencio estaba en poder de su nombre verdadero, de su chulel y del waigel de su tribu. Tembló un instante, pero luego se repuso. Junto a los altares de San Juan ya no lo amenazaría ningún riesgo.

Don Juvencio Ortiz terminó por aceptar apuntando los nombres de los hijos de Daniel en sus libros. Entregó el dinero al anciano quien se puso en camino directamente a Chamula.

Allí se informó de los trámites que era necesario seguir para alcanzar el nombramiento de “martoma”. Habló con el sacristán del templo, Xaw Ramírez Paciencia, asistió a las deliberaciones públicas de los principales y, en su oportunidad, hizo sonar las monedas que traía.

Los demás lo miraban con un destello de burla. ¿Cómo había crecido, en un hombre ya doblado por la edad, ambición tan extemporánea? Pobre viejo; quizá ésta sería su última satisfacción.

Mientras tanto, Daniel ponía en práctica las argucias que su malicia le aconsejaba. Se había vuelto más madrugador de lo que solía. Cuando el sacristán, soñoliento y desgreñado, bajaba de las torres con sus enormes llaves para abrir las puertas de la iglesia, encontraba a Daniel ya aguardándolo. Entraba en su seguimiento y permanecía horas y horas de rodillas ante cualquier imagen, rezando confusamente en alta voz.

Hizo Daniel tantos aspavientos de devoto que eso y la esperanza de la recompensa que de él recibirían determinaron a los principales a obrar en favor del anciano. Se le concedió la dignidad de mayordomo de Santa Margarita.

Ahora Daniel ya tenía, por fin, delante de quién arrodillarse, a quién hacer objeto de sus cuidados y sus atenciones más esmeradas. Ya tenía, por fin, con quién hablar.

El miedo, que lo había empujado violentamente a los pies de la santa, cedió, poco a poco, su lugar al amor. Daniel se enamoró de la que sería su última patrona.

Se extasiaba durante horas ante esa figura casi invisible entre el amontonamiento de trapos que la envolvían. Hizo un viaje a Jobel para comprarle piezas de chillonas telas floreadas, espejitos con marco de celuloide, velas de cera fina, puñados de incienso. Y del monte le traía sartales de flores.

A la ceremonia del cambio de ropa de la santa, Daniel invitó a los otros mayordomos. Asistieron y se sentaron enfrente del altar, en un espacio bien barrido y regado de juncia y con el garrafón de trago al alcance de su mano.

Con un respeto tembloroso Daniel desabrochó los alfileres que sujetaban la tela y empezó a desenrollarla. Cuidadosamente dobló el primer lienzo. Entonces los mayordomos llenaron de alcohol una jícara y bebieron. Cuando el segundo lienzo estuvo doblado repitieron su libación y lo mismo sucedió con los lienzos siguientes. Al fin la santa resplandeció de desnudez,

pero ninguno fue capaz de contemplarla porque todos habían sido cegados por la borrachera.

Los lienzos sucios fueron cambiados por otros nuevos y llevados al arroyo. Allí tuvo lugar la ceremonia que purificaría los manantiales y a la cual asistieron, con el garrafón de trago, todos los mayordomos. Mientras Daniel lavaba los otros aguardaban el momento en que iban a ser convidados a tomar el agua jabonosa que había lavado la ropa de Santa Margarita. Para quitarse el mal sabor y ayudar a su deglución recurrían al aguardiente. La borrachera era parte del ritual y todos se entregaban a ella sin remordimientos, con la satisfacción de quien cumple un deber.

Daniel volvía en sí después de estas celebraciones y le sobrecogía una gran congoja. ¿Cuánto tiempo le quedaba junto a la sombra protectora de Santa Margarita? Al terminar el plazo de su mayordomía iba a volver a la intemperie, a los peligros de afuera. Y no se sentía con ánimos para afrontar la situación. Estaba muy viejo ¡y tan cansado!

Mientras tanto seguía acudiendo a la iglesia antes que ningún otro. Xaw Ramírez Paciencia, el sacristán, lo observaba desde el bautisterio, intrigado. ¿Cuántas horas va a soportar así, de rodillas? ¿Y qué hace? ¿Reza? Se le ve mover los labios. Pero ni aun aproximándose se entenderían sus palabras. No parece un verdadero tzotzil. Los tzotziles rezan de otro modo.

Las palabras de Daniel no eran una oración. Era algo más sencillo: delante de su patrona “le subía la plática”. Nada más que asuntos indiferentes, comentarios casuales. Que si las lluvias se han retrasado; que si un coyote anda rondando por los gallineros de San Juan y anoche dio buena cuenta de los pollos de la señora Xmel; que si el segundo alcalde está enfermo y los pulseadores no atinan con la causa del daño.

Ninguna petición, ningún reproche. Cierto que la santa, como niña, y niña atrabancada que es, descuida sus obligaciones. Abandona el mundo al desorden, se olvida de quienes se le han confiado. Pero Daniel prefiere agradecerle sus favores y pondera la cosecha, la gran cosecha que este año levantarán en el paraje de Yalcuc; y se admira del número de niños varones que han nacido últimamente entre las familias de su tribu y se alegra de que regresen sanos y salvos de las fincas (entre ellos vendrán sus hijos, a saber) casi todos los que fueron a la cosecha de café a la costa.

De sí mismo nunca hablaba Daniel. ¿Qué podría decir? Era viejo y a Santa Margarita no iban a divertirla las historias de cuanto ha. Y aunque

hiciera por recordarlas, su memoria confundía personas, trastocaba lugares. ¿Qué iba a pensar la señora? Que Daniel desvariaba, que era un embustero, que estaba chocheando.

En estas y otras razones las velas que había traído Daniel en la madrugada se consumían, el día terminaba. ¿Tan pronto? Y Daniel aún no ha dicho lo que quiere decir. Pero se despide con la promesa de volver mañana. Porque ya el sacristán, Xaw Ramírez Paciencia, está sonando las llaves, las enormes llaves del portón, y es seña de que va a cerrar.

Daniel se decía a sí mismo al salir: de mañana no pasa. Le cuento mi pena a Santa Margarita y le pido un milagro, el milagro de que yo no tenga que volver a Yalcuc, de que yo siga siendo su mayordomo, siempre, siempre.

Pero cuando mañana era hoy, una especie de timidez paralizaba la lengua del anciano y no la dejaba suelta más que para referir nimiedades ajenas, para balbucear letanías incoherentes.

Una tarde, en que había asistido junto con los otros mayordomos al cambio de ropa de San Agustín, la embriaguez lo arrastró, frenético, desmelenado, gesticulante, hasta el altar de su patrona. A gritos la instaba para que lo protegiese contra la persecución de la gente de su tribu, para que lo guardase de una muerte infamante, para que le proporcionara los medios de permanecer aquí, con el cargo de mayordomo, un año más, aunque fuera un año más.

Al día siguiente Daniel tenía la confusa sensación de que su secreto ya no lo era para Santa Margarita. Se aproximó a ella esperando encontrar un signo de benevolencia. Pero la santa continuaba inmóvil dentro de sus pesadas vestiduras, desentendida de lo que acontecía a su alrededor.

Daniel comenzó a hablarle en voz baja, pero inconteniblemente fue enardeciéndose hasta aullar, hasta golpearse la cabeza con los puños cerrados. Sintió que una mano le sacudía el hombro. Era el sacristán.

—¿Para qué gritas, tatik? Ninguno te oye.

Daniel escuchó esta aseveración con el mismo escándalo con que se escucha una herejía. El sacristán, el hombre que rezaba la misa de los santos en el tiempo de su festividad, ¿se atrevía a sostener que los santos no eran más que trozos inertes de madera, sordos, sin luz de inteligencia ni de bondad? Pero Xaw, ansioso de exhibir sus conocimientos, agregó:

—Fíjate en la cara de Santa Margarita. Es blanca, es ladina, lo mismo que San Juan, que Santo Tomás, que todos ellos. Ella habla castilla. ¿Cómo vas a querer que entienda el tzotzil?

Daniel quedó atónito. Xaw tenía razón. Y a partir de entonces trató de recordar las únicas palabras de español que antes, cuando estuvo en las fincas, cuando comerciaba con los marchantes de Jobel, llegó a pronunciar. Pero no, eran inútiles. Ninguna expresaba su desesperación, su urgencia de socorro. Xaw volvió a acercarse con sus consejos.

—¿Queres hablar castilla, martoma? Hay un bebedizo que sirve para eso, yo lo tomo cuando tengo precisión. Se llama aceite guapo. Lo venden en las boticas de Jobel. Pero hay que llevar la paga, bastante paga. Porque es bien caro.

Daniel Castellanos Lampoy echó mano de las limosnas que los fieles daban a su patrona y emprendió el viaje a la ciudad.

Anduvo tonteando hasta que dio con la botica en la que atendieron su pedido. Esperó pacientemente a que todos los demás fueran despachados, aunque él hubiera llegado antes que nadie; soportó con humildad los malos modos y las burlas de los dependientes; aceptó sin protestar el abuso en el precio y el robo en el cambio. Pero al final del día Daniel regresaba a Chamula con su botella de aceite guapo que le permitiría hablar con Santa Margarita.

Aguardó a hincarse a los pies de su patrona para destaparla; el sabor era desagradable y fuerte, los efectos muy parecidos a los del alcohol. Bajo el influjo de la droga Daniel comenzó a sentir que todo giraba a su alrededor. Un humor festivo iba apoderándose de él. Reía desatinadamente considerando ahora falsos, remotos y sin consistencia los peligros que lo amenazaban. Se burlaba de todos porque se sentía más fuerte que ninguno y joven y libre y feliz. Allá, en la nebulosa que rodeaba a Santa Margarita, creía adivinar un guiño cómplice que lo enloquecía aún más.

Xaw reía también, desde lejos. Pero no todos hallaron el espectáculo igualmente divertido. Los martomas censuraban que uno de ellos violara las costumbres y se entregase a una embriaguez solitaria y sin motivo, mancillando así la dignidad de su cargo y el respeto debido a la iglesia.

Al día siguiente los sentidos de Daniel Castellanos Lampoy estaban tan embotados que no advirtió la atmósfera hostil que ya lo rodeaba.

A la tercera vez que se intoxicó con el licor milagroso los martomas, reunidos en conciliábulo, acordaron despojar de sus responsabilidades a aquella ancianidad sin decoro y arrojarla afrentosamente del templo.

Xaw no pudo hacer nada para interponerse y Daniel durmió su última borrachera a campo raso.

Una inconsciencia piadosa lo envolvía; durante algunas horas más el miedo no le enfriaría las entrañas; no le haría huir sin rumbo de un perseguidor desconocido y de un destino inexorable.

La suerte de Teodoro Méndez Acubal

AL CAMINAR por las calles de Jobel (con los párpados bajos como correspondía a la humildad de su persona) Teodoro Méndez Acubal encontró una moneda. Semicubierta por las basuras del suelo, sucia de lodo, opaca por el uso, había pasado inadvertida para los caxlanes. Porque los caxlanes andan con la cabeza en alto. Por orgullo, avizorando desde lejos los importantes negocios que los reclaman.

Teodoro se detuvo, más por incredulidad que por codicia. Arrodillado, con el pretexto de asegurar las correas de uno de sus caites, esperó a que ninguno lo observase para recoger su hallazgo. Precipitadamente lo escondió entre las vueltas de su faja.

Volvió a ponerse de pie, tambaleante, pues lo había tomado una especie de mareo: flojedad en las coyunturas, sequedad en la boca, la visión turbia como si sus entrañas estuvieran latiendo enmedio de las cejas.

Dando tumbos de lado a lado, lo mismo que los ebrios, Teodoro echó a andar. En más de una ocasión los transeúntes lo empujaban para impedir que los atropellase. Pero el ánimo de Teodoro estaba excesivamente turbado como para cuidar de lo que sucedía en torno suyo. La moneda, oculta entre los pliegues del cinturón, lo había convertido en otro hombre. Un hombre más fuerte que antes, es verdad. Pero también más temeroso.

Se apartó un tanto de la vereda por la que regresaba a su paraje y se sentó sobre el tronco de un árbol. ¿Y si todo no hubiera sido más que un sueño? Pálido de ansiedad, Teodoro se llevó las manos al cinturón. Sí, allí estaba, dura, redonda, la moneda. Teodoro, la desenvolvió, la humedeció con saliva y vaho, la frotó contra la tela de su ropa. Sobre el metal (plata

debía de ser, a juzgar por su blancura) aparecieron las líneas de un perfil. Soberbio. Y alrededor letras, números, signos. Sopesándola, mordiéndola, haciéndola que tintinease, Teodoro pudo —al fin— calcular su valor.

De modo que ahora, por un golpe de suerte, se había vuelto rico. Más que si fuera dueño de un rebaño de ovejas, más que si poseyese una enorme extensión de milpas. Era tan rico como… como un caxlán. Y Teodoro se asombró de que el color de su piel siguiera siendo el mismo.

Las imágenes de la gente de su familia (la mujer, los tres hijos, los padres ancianos) quisieron insinuarse en las ensoñaciones de Teodoro. Pero las desechó con un ademán de disgusto. No tenía por qué participar a nadie su hallazgo ni mucho menos compartirlo. Trabajaba para mantener la casa. Eso está bien, es costumbre, es obligación. Pero lo demás, lo de la suerte, era suyo. Exclusivamente suyo.

Así que cuando Teodoro llegó a su jacal y se sentó junto al rescoldo para comer, no dijo nada. Su silencio le producía vergüenza, como si callar fuera burlarse de los otros. Y como un castigo inmediato crecía, junto a la vergüenza, una sensación de soledad. Teodoro era un hombre aparte, amordazado por un secreto. Y se angustiaba con un malestar físico, un calambre en el estómago, un escalofrío en los tuétanos. ¿Por qué sufrir así? Era suficiente una palabra y aquel dolor se desvanecería. Para obligarse a no pronunciarla Teodoro palpó, al través del tejido del cinturón, el bulto que hacía el metal.

Durante la noche, desvelado, se dijo: ¿qué compraré? Porque jamás, hasta ahora, había deseado tener cosas. Estaba tan convencido de que no le pertenecían que pasaba junto a ellas sin curiosidad, sin avidez. Y ahora no iba a antojársele pensar en lo necesario, manta, machetes, sombreros. No. Eso se compra con lo que se gana. Pero Méndez Acubal no había ganado esta moneda. Era su suerte, era un regalo. Se la dieron para que jugara con ella, para que la perdiera, para que se proporcionara algo inútil y hermoso.

Teodoro no sabía nada acerca de precios. A partir de su siguiente viaje a Jobel empezó a fijarse en los tratos entre marchantes. Ambos parecían calmosos. Afectando uno, ya falta de interés, otro, ya deseo de complacencia, hablaban de reales, de tostones, de libras, de varas. De más cosas aún, que giraban vertiginosamente alrededor de la cabeza de Teodoro sin dejarse atrapar.

Fatigado, Teodoro no quiso seguir arguyendo más y se abandonó a una convicción deliciosa: la de que a cambio de la moneda de plata podía adquirir lo que quisiera.

Pasaron meses antes de que Méndez Acubal hubiese hecho su elección irrevocable. Era una figura de pasta, la estatuilla de una virgen. Fue también un hallazgo, porque la figura yacía entre el hacinamiento de objetos que decoraban el escaparate de una tienda. Desde esa ocasión Teodoro la rondaba como un enamorado. Pasaban horas y horas. Y siempre él, como un centinela, allí, junto a los vidrios.

Don Agustín Velasco, el comerciante, vigilaba con sus astutos y pequeños ojos (ojos de marticuil, como decía, entre mimos, su madre) desde el interior de la tienda.

Aun antes de que Teodoro adquiriese la costumbre de apostarse ante la fachada del establecimiento, sus facciones habían llamado la atención de don Agustín. A ningún ladino se le pierde la cara de un chamula cuando lo ha visto caminar sobre las aceras (reservadas para los caxlanes) y menos cuando camina con lentitud como quien va de paseo. No era usual que esto sucediese y don Agustín ni siquiera lo habría considerado posible. Pero ahora tuvo que admitir que las cosas podían llegar más lejos: que un indio era capaz de atreverse también a pararse ante una vitrina y contemplar lo que allí se exhibe no sólo con el aplomo del que sabe apreciar, sino con la suficiencia un poco insolente del comprador.

El flaco y amarillento rostro de don Agustín se arrugó en una mueca de desprecio. Que un indio adquiera en la Calle Real de Guadalupe velas para sus santos, aguardiente para sus fiestas, aperos para su trabajo, está bien. La gente que trafica con ellos no tiene sangre ni apellidos ilustres, no ha heredado fortunas y le corresponde ejercer un oficio vil. Que un indio entre en una botica para solicitar polvos de pezuña de la gran bestia, aceite guapo, unturas milagrosas, puede tolerarse. Al fin y al cabo los boticarios pertenecen a familias de medio pelo, que quisieran alzarse y alternar con las mejores y por eso es bueno que los indios los humillen frecuentando sus expendios.

Pero que un indio se vuelva de piedra frente a una joyería… Y no cualquier joyería, sino la de don Agustín Velasco, uno de los descendientes de los conquistadores, bien recibido en los mejores círculos, apreciado por sus colegas, era —por lo menos— inexplicable. A menos que…

Una sospecha comenzó a angustiarle. ¿Y si la audacia de este chamula se apoyaba en la fuerza de su tribu? No sería la primera vez, reconoció el comerciante con amargura. Rumores ¿dónde había oído él rumores de sublevación? Rápidamente don Agustín repasó los sitios que había visitado durante los últimos días: el Palacio Episcopal, el Casino, la tertulia de doña Romelia Ochoa.

¡Qué estupidez! Don Agustín sonrió con una condescendiente burla de sí mismo. Cuánta razón tenía Su Ilustrísima, don Manuel Oropeza, cuando afirmaba que no hay pecado sin castigo. Y don Agustín, que no tenía afición por la copa ni por el tabaco, que había guardado rigurosamente la continencia, era esclavo de un vicio: la conversación.

Furtivo, acechaba los diálogos en los portales, en el mercado, en la misma Catedral. Don Agustín era el primero en enterarse de los chismes, en adivinar los escándalos y se desvivía por recibir confidencias, por ser depositario de secretos y servir intrigas. Y en las noches, después de la cena (el chocolate bien espeso con el que su madre lo premiaba de las fatigas y preocupaciones cotidianas), don Agustín asistía puntualmente a alguna pequeña reunión. Allí se charlaba, se contaban historias. De noviazgos, de pleitos por cuestiones de herencias, de súbitas e inexplicables fortunas, de duelos. Durante varias noches la plática había girado en torno de un tema: las sublevaciones de los indios. Todos los presentes habían sido testigos, víctimas, combatientes y vencedores de alguna. Recordaban detalles de los que habían sido protagonistas. Imágenes terribles que echaban a temblar a don Agustín: quince mil chamulas en pie de guerra, sitiando Ciudad Real. Las fincas saqueadas, los hombres asesinados, las mujeres (no, no, hay que ahuyentar estos malos pensamientos) las mujeres… en fin, violadas.

La victoria se inclinaba siempre del lado de los caxlanes (otra cosa hubiera sido inconcebible), pero a cambio de cuán enormes sacrificios, de qué cuantiosas pérdidas.

¿Sirve de algo la experiencia? A juzgar por ese indio parado ante el escaparate de su joyería, don Agustín decidió que no. Los habitantes de Ciudad Real, absortos en sus tareas e intereses cotidianos, olvidaban el pasado, que debía servirles de lección, y vivían como si no los amenazara ningún peligro. Don Agustín se horrorizó de tal inconsciencia. La seguridad de su vida era tan frágil que había bastado la cara de un chamula, vista al través de un cristal, para hacerla añicos.

Don Agustín volvió a mirar a la calle con la inconfesada esperanza de que la figura de aquel indio ya no estuviera allí. Pero Méndez Acubal permanecía aún, inmóvil, atento,

Los transeúntes pasaban junto a él sin dar señales de alarma ni de extrañeza. Esto (y los rumores pacíficos que llegaban del fondo de la casa) devolvieron la tranquilidad a don Agustín. Ahora su espanto no encontraba justificación. Los sucesos de Cancuc, el asedio de Pedro Díaz Cuscat a Jobel, las amenazas del Pajarito, no podían repetirse. Eran otros tiempos, más seguros para la gente decente.

Y además ¿quién iba a proporcionar armas, quién iba a acaudillar a los rebeldes? El indio que estaba aquí, aplastando la nariz contra la vidriera de la joyería, estaba solo. Y si se sobrepasaba nadie más que los coletos tenían la culpa. Ninguno estaba obligado a respetarlos si ellos mismos no se daban a respetar. Don Agustín desaprobó la conducta de sus coterráneos como si hubiera sido traicionado por ellos.

—Dicen que algunos, muy pocos con el favor de Dios, llegan hasta el punto de dar la mano a los indios. ¡A los indios, una raza de ladrones!

El calificativo cobraba en la boca de don Agustín una peculiar fuerza injuriosa. No únicamente por el sentido de la propiedad, tan desarrollado en él como en cualquiera de su profesión, sino por una circunstancia especial.

Don Agustín no tenía la franqueza de admitirlo, pero lo atormentaba la sospecha de que era un inútil. Y lo que es peor aún, su madre se la confirmaba de muchas maneras. Su actitud ante este hijo único (hijo de Santa Ana, decía), nacido cuando ya era más un estorbo que un consuelo, era de cristiana resignación. El niño —su madre y las criadas seguían llamándolo así a pesar de que don Agustín había sobrepasado la cuarentena — era muy tímido, muy apocado, muy sin iniciativa. ¡Cuántas oportunidades de realizar buenos negocios se le habían ido de entre las manos! ¡Y cuántas, de las que él consideró como tales, no resultaron a la postre más que fracasos! La fortuna de los Velascos había venido mermando considerablemente desde que don Agustín llevaba las riendas de los asuntos. Y en cuanto al prestigio de la firma se sostenía a duras penas, gracias al respeto que en todos logró infundir el difunto a quien madre e hijo guardaban todavía luto.

¿Pero qué podía esperarse de un apulismado, de un “niño viejo”? La madre de don Agustín movía la cabeza suspirando. Y redoblaba los halagos,

las condescendencias, los mimos, pues éste era su modo de sentir desdén.

Por instinto, el comerciante supo que tenía frente a sí la ocasión de demostrar a los demás, a sí mismo, su valor. Su celo, su perspicacia, resultarían evidentes para todos. Y una simple palabra —ladrón— le había proporcionado la clave: el hombre que aplastaba su nariz contra el cristal de su joyería era un ladrón. No cabía duda. Por lo demás el caso era muy común. Don Agustín recordaba innumerables anécdotas de raterías y aun de hurtos mayores atribuidos a los indios.

Satisfecho de sus deducciones don Agustín no se conformó con apercibirse a la defensa. Su sentido de la solidaridad de raza, de clase y de profesión, le obligó a comunicar sus recelos a otros comerciantes y juntos ocurrieron a la policía. El vecindario estaba sobre aviso gracias a la diligencia de don Agustín.

Pero el suscitador de aquellas precauciones se perdió de vista durante algún tiempo. Al cabo de las semanas volvió a aparecer en el sitio de costumbre y en la misma actitud: haciendo guardia. Porque Teodoro no se atrevía a entrar. Ningún chamula había intentado nunca osadía semejante. Si él se arriesgase a ser el primero seguramente lo arrojarían a la calle antes de que uno de sus piojos ensuciara la habitación. Pero, poniéndose en la remota posibilidad de que no lo expulsasen, si le permitían permanecer en el interior de la tienda el tiempo suficiente para hablar, Teodoro no habría sabido exponer sus deseos. No entendía, no hablaba castilla. Para que se le destaparan las orejas, para que se le soltara la lengua, había estado bebiendo aceite guapo. El licor le había infundido una sensación de poder. La sangre corría, caliente y rápida, por sus venas. La facilidad movía sus músculos, dictaba sus acciones. Como en sueños traspasó el umbral de la joyería. Pero el frío y la humedad, el tufo de aire encerrado y quieto, le hicieron volver en sí con un sobresalto de terror. Desde un estuche lo fulminaba el ojo de un diamante.

—¿Qué se te ofrece, chamulita? ¿Qué se te ofrece?

Con las repeticiones don Agustín procuraba ganar tiempo. A tientas buscaba su pistola dentro del primer cajón del mostrador. El silencio del indio lo asustó más que ninguna amenaza. No se atrevía a alzar la vista hasta que tuvo el arma en la mano.

Encontró una mirada que lo paralizó. Una mirada de sorpresa, de reproche. ¿Por qué lo miraban así? Don Agustín no era culpable. Era un

hombre honrado, nunca había hecho daño a nadie. ¡Y sería la primera víctima de estos indios que de pronto se habían constituido en jueces! Aquí estaba ya el verdugo, con el pie a punto de avanzar, con los dedos hurgando entre los pliegues del cinturón, prontos a extraer quién sabe qué instrumento de exterminio.

Don Agustín tenía empuñada la pistola, pero no era capaz de dispararla. Gritó pidiendo socorro a los gendarmes.

Cuando Teodoro quiso huir no pudo, porque el gentío se había aglomerado en las puertas de la tienda cortándole la retirada. Vociferaciones, gestos, rostros iracundos. Los gendarmes sacudían al indio, hacían preguntas, lo registraban. Cuando la moneda de plata apareció entre los pliegues de su faja, un alarido de triunfo enardecía a la multitud. Don Agustín hacía ademanes vehementes mostrando la moneda. Los gritos le hinchaban el cuello.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Teodoro Méndez Acubal fue llevado a la cárcel. Como la acusación que pesaba sobre él era muy común, ninguno de los funcionarios se dio prisa por conocer la causa. El expediente se volvió amarillo en los estantes de la delegación.

Modesta Gómez

¡QUÉ FRÍAS son las mañanas en Ciudad Real! La neblina lo cubre todo. De puntos invisibles surgen las campanadas de la misa primera, los chirridos de portones que se abren, el jadeo de molinos que empiezan a trabajar.

Envuelta en los pliegues de su chal negro, Modesta Gómez caminaba, tiritando. Se lo había advertido su comadre, doña Águeda, la carnicera:

—Hay gente que no tiene estómago para este oficio, se hacen las melindrosas, pero yo creo que son haraganas. El inconveniente de ser atajadora es que tenés que madrugar.

Siempre he madrugado, pensó Modesta. Mi nana me hizo a su modo.

(Por más que se esforzase, Modesta no lograba recordar las palabras de amonestación de su madre, el rostro que en su niñez se inclinaba hacia ella. Habían transcurrido muchos años.)

—Me ajenaron desde chiquita. Una boca menos en la casa era un alivio para todos.

De aquella ocasión Modesta tenía aún presente la muda de ropa limpia con que la vistieron. Después, abruptamente, se hallaba ante una enorme puerta con llamador de bronce: una mano bien modelada en uno de cuyos dedos se enroscaba un anillo. Era la casa de los Ochoas: don Humberto, el dueño de la tienda La Esperanza: doña Romelia, su mujer; Berta, Dolores y Clara, sus hijas; y Jorgito, el menor.

La casa estaba llena de sorpresas maravillosas. ¡Con cuánto asombro descubrió Modesta la sala de recibir! Los muebles de bejuco, los tarjeteros de mimbre con su abanico multicolor de postales, desplegado contra la pared; el piso de madera, ¡de madera! Un calorcito agradable ascendió

desde los pies descalzos de Modesta hasta su corazón. Sí, se alegraba de quedarse con los Ochoas, de saber que, desde entonces, esta casa magnífica sería también su casa.

Doña Romelia la condujo a la cocina. Las criadas recibieron con hostilidad a la patoja y, al descubrir que su pelo hervía de liendres, la sumergieron sin contemplaciones en una artesa llena de agua helada. La restregaron con raíz de amole, una y otra vez, hasta que la trenza quedó rechinante de limpia.

—Ahora sí, ya te podés presentar con los señores. De por sí son muy delicados. Pero con el niño Jorgito se esmeran. Como es el único varón…

Modesta y Jorgito tenían casi la misma edad. Sin embargo, ella era la cargadora, la que debía cuidarlo y entretenerlo.

—Dicen que fue de tanto cargarlo que se me torcieron las piernas, porque todavía no estaban bien macizas. A saber.

Pero el niño era muy malcriado. Si no se le cumplían sus caprichos “le daba chaveta”, como él mismo decía. Sus alaridos se escuchaban hasta la tienda. Doña Romelia acudía presurosamente.

—¿Qué te hicieron, cutushito, mi consentido?

Sin suspender el llanto Jorgito señalaba a Modesta.

—¿La cargadora? —se cercioraba la madre—. Le vamos a pegar para que no te resmuela. Mira, un coshquete aquí, en la mera choya; un jalón de orejas y una nalgada. ¿Ya estás conforme, mi puñito de cacao, mi yerbecita de olor? Bueno, ahora me vas a dejar ir, porque tengo mucho quehacer.

A pesar de estos incidentes los niños eran inseparables; juntos padecieron todas las enfermedades infantiles, juntos averiguaron secretos, juntos inventaron travesuras.

Tal intimidad, aunque despreocupaba a doña Romelia de las atenciones nimias que exigía su hijo, no dejaba de parecerle indebida. ¿Cómo conjurar los riesgos? A doña Romelia no se le ocurrió más que meter a Jorgito en la escuela de primeras letras y prohibir a Modesta que lo tratara de vos.

—Es tu patrón —condescendió a explicarle— y con los patrones nada de confiancitas.

Mientras el niño aprendía a leer y a contar, Modesta se ocupaba en la cocina; avivando el fogón, acarreando el agua y juntando el achigual para los puercos.

Esperaron a que se criara un poco más, a que le viniera la primera regla, para ascender a Modesta de categoría. Se desechó el petate viejo en el que había dormido desde su llegada, y lo sustituyeron por un estrado que la muerte de una cocinera había dejado vacante. Modesta colocó, debajo de la almohada, su peine de madera y su espejo con marco de celuloide. Era ya una varejoncita y le gustaba presumir. Cuando iba a salir a la calle, para hacer algún mandado, se lavaba con esmero los pies, restregándolos contra una piedra. A su paso crujía el almidón de los fustanes.

La calle era el escenario de sus triunfos; la requebraban, con burdos piropos, los jóvenes descalzos como ella, pero con un oficio honrado y dispuestos a casarse; le proponían amores los muchachos catrines, los amigos de Jorgito; y los viejos ricos le ofrecían regalos y dinero.

Modesta soñaba, por las noches, con ser la esposa legítima de un artesano. Imaginaba la casita humilde, en las afueras de Ciudad Real, la escasez de recursos, la vida de sacrificios que le esperaba. No, mejor no. Para casarse por la ley siempre sobra tiempo. Más vale desquitarse antes, pasar un rato alegre, como las mujeres malas. La vendería una vieja alcahueta, de las que van a ofrecer muchachas a los señores. Modesta se veía en un rincón del burdel, arrebozada y con los ojos bajos, mientras unos hombres borrachos y escandalosos se la rifaban para ver quién era su primer dueño. Y después, si bien le iba, el que la hiciera su querida le instalaría un negocito para que la fuera pasando. Modesta no llevaría la frente alta, no sería un espejo de cuerpo entero como si hubiese salido del poder de sus patrones rumbo a la iglesia y vestida de blanco. Pero tendría, tal vez, un hijo de buena sangre, unos ahorros. Se haría diestra en un oficio. Con el tiempo correría su fama y vendrían a solicitarla para que moliera el chocolate o curara de espanto en las casas de la gente de pro.

Y en cambio vino a parar en atajadora. ¡Qué vueltas da el mundo!

Los sueños de Modesta fueron interrumpidos una noche. Sigilosamente se abrió la puerta del cuarto de las criadas y, a oscuras, alguien avanzó hasta el estrado de la muchacha. Modesta sentía cerca de ella una respiración anhelosa, el batir rápido de un pulso. Se santiguó, pensando en las ánimas. Pero una mano cayó brutalmente sobre su cuerpo. Quiso gritar y su grito fue sofocado por otra boca que tapaba su boca. Ella y su adversario forcejeaban mientras las otras mujeres dormían a pierna suelta. En una

cicatriz del hombro Modesta reconoció a Jorgito. No quiso defenderse más. Cerró los ojos y se sometió.

Doña Romelia sospechaba algo de los tejemanejes de su hijo y los chismes de la servidumbre acabaron de sacarla de dudas. Pero decidió hacerse la desentendida. Al fin y al cabo Jorgito era un hombre, no un santo; estaba en la mera edad en que se siente la pujanza de la sangre. Y de que se fuera con las gaviotas (que enseñan malas mañas a los muchachos y los echan a perder) era preferible que encontrara sosiego en su propia casa.

Gracias a la violación de Modesta, Jorgito pudo alardear de hombre hecho y derecho. Desde algunos meses antes fumaba a escondidas y se había puesto dos o tres borracheras. Pero, a pesar de las burlas de sus amigos, no se había atrevido aún a ir con mujeres. Las temía: pintarrajeadas, groseras en sus ademanes y en su modo de hablar. Con Modesta se sentía en confianza. Lo único que le preocupaba era que su familia llegara a enterarse de sus relaciones. Para disimularlas trataba a Modesta, delante de todos, con despego y hasta con exagerada severidad. Pero en las noches buscaba otra vez ese cuerpo conocido por la costumbre y en el que se mezclaban olores domésticos y reminiscencias infantiles.

Pero, como dice el refrán: “Lo que de noche se hace de día aparece”. Modesta empezó a mostrar la color quebrada, unas ojeras grandes y un desmadejamiento en las actitudes que las otras criadas comentaron con risas maliciosas y guiños obscenos.

Una mañana Modesta tuvo que suspender su tarea de moler el maíz porque una basca repentina la sobrecogió. La salera fue a dar aviso a la patrona de que Modesta estaba embarazada.

Doña Romelia se presentó en la cocina, hecha un basilisco.

—Malagradecida, tal por cual. Tenías que salir con tu domingo siete. ¿Y qué creíste? ¿Que te iba yo a solapar tus sinvergüenzadas? Ni lo permita Dios. Tengo marido a quién responder, hijas a las que debo dar buenos ejemplos. Así que ahora mismo te me vas largando a la calle.

Antes de abandonar la casa de los Ochoas, Modesta fue sometida a una humillante inspección: la señora y sus hijas registraron las pertenencias y la ropa de la muchacha para ver si no había robado algo. Después se formó en el zaguán una especie de valla por la que Modesta tuvo que atravesar para salir.

Fugazmente miró aquellos rostros. El de don Humberto, congestionado de gordura, con sus ojillos lúbricos; el de doña Romelia, crispado de indignación; el de las jóvenes —Clara, Dolores y Berta— curiosos, con una ligera palidez de envidia. Modesta buscó el rostro de Jorgito, pero no estaba allí.

Modesta había llegado a la salida de Moxviquil. Se detuvo. Allí estaban ya otras mujeres, descalzas y mal vestidas como ella. La miraron con desconfianza.

—Déjenla —intercedió una—, es cristiana como cualquiera y tiene tres hijos que mantener.

—¿Y nosotras? ¿Acaso somos adonisas?

—¿Vinimos a barrer el dinero con escoba?

—Lo que ésta gane no nos va a sacar de pobres. Hay que tener caridad. Está recién viuda.

—¿De quién?

—Del finado Alberto Gómez.

—¿El albañil?

—¿El que murió de bolo?

(Aunque dicho en voz baja, Modesta alcanzó a oír el comentario. Un violento rubor invadió sus mejillas. ¡Alberto Gómez, el que murió de bolo! ¡Calumnias! Su marido no había muerto así. Bueno, era verdad que tomaba sus tragos y más a últimas fechas. Pero el pobre tenía razón. Estaba aburrido de aplanar las calles en busca de trabajo. Nadie construye una casa, nadie se embarca en una reparación cuando se está en pleno tiempo de aguas. Alberto se cansaba de esperar que pasara la lluvia, bajo los portales o en el quicio de una puerta. Así fue como empezó a meterse en las cantinas. Los malos amigos hicieron lo demás. Alberto faltaba a sus obligaciones, maltrataba a su familia. Había que perdonarlo. Cuando un hombre no está en sus cabales hace una barbaridad tras otra. Al día siguiente, cuando se le quitaba lo engasado, se asustaba de ver a Modesta llena de moretones y a los niños temblando de miedo en un rincón. Lloraba de vergüenza y de arrepentimiento. Pero no se corregía. Puede más el vicio que la razón.

Mientras aguardaba a su marido, a deshoras de la noche, Modesta se afligía pensando en los mil accidentes que podían ocurrirle en la calle. Un pleito, un atropellamiento, una bala perdida. Modesta lo veía llegar en

parihuela, bañado en sangre, y se retorcía las manos discurriendo de dónde iba a sacar dinero para el entierro.

Pero las cosas sucedieron de otro modo; ella tuvo que ir a recoger a Alberto porque se había quedado dormido en una banqueta y allí le agarró la noche y le cayó el sereno. En apariencia Alberto no tenía ninguna lesión. Se quejaba un poco de dolor de costado. Le hicieron su untura de sebo, por si se trataba de un enfriamiento; le aplicaron ventosas, bebió agua de brasa. Pero el dolor arreciaba. Los estertores de la agonía duraron poco y las vecinas hicieron una colecta para pagar el cajón.

—Te salió peor el remedio que la enfermedad —le decía a Modesta su comadre Águeda—. Te casaste con Alberto para estar bajo mano de hombre, para que el hijo del mentado Jorge se criara con un respeto. Y ahora resulta que te quedás viuda, en la loma del sosiego, con tres bocas que mantener y sin nadie que vea por vos.

Era verdad. Y la verdad que los años que Modesta duró casada con Alberto fueron años de penas y de trabajo. Verdad que en sus borracheras el albañil le pegaba, echándole en cara el abuso de Jorgito, y verdad que su muerte fue la humillación más grande para su familia. Pero Alberto había valido a Modesta en la mejor ocasión: cuando todos le voltearon la cara para no ver su deshonra. Alberto le había dado su nombre y sus hijos legítimos, la había hecho una señora. ¡Cuántas de estas mendigas enlutadas, que ahora murmuraban a su costa, habrían vendido su alma al demonio por poder decir lo mismo!)

La niebla del amanecer empezaba a despejarse. Modesta se había sentado sobre una piedra. Una de las atajadoras se le acercó.

—¿Yday? ¿No estaba usted de dependienta en la carnicería de doña Águeda?

—Estoy. Pero el sueldo no alcanza. Como somos yo y mis tres chiquitíos tuve que buscarme una ayudadita. Mi comadre Águeda me aconsejó este oficio.

—Sólo porque la necesidad tiene cara de chucho, pero el oficio de atajadora es amolado. Y deja pocas ganancias.

(Modesta escrutó a la que le hablaba, con recelo. ¿Qué perseguía con tales aspavientos? Seguramente desanimarla para que no le hiciera la competencia. Bien equivocada iba. Modesta no era de alfeñique, había pasado en otras partes sus buenos ajigolones. Porque eso de estar tras el

mostrador de una carnicería tampoco era la vida perdurable. Toda la mañana el ajetreo: mantener limpio el local —aunque con las moscas no se pudiera acabar nunca—; despachar la mercancía, regatear con los clientes. ¡Esas criadas de casa rica que siempre estaban exigiendo la carne más gorda, el bocado más sabroso y el precio más barato! Era forzoso contemporizar con ellas; pero Modesta se desquitaba con las demás. A las que se veían humildes y maltrazadas, las dueñas de los puestos del mercado y sus dependientas les imponían una absoluta fidelidad mercantil; y si alguna vez procuraban adquirir su carne en otro expendio, porque les convenía más, se lo reprochaban a gritos y no volvían a despacharles nunca.)

—Sí, el manejo de la carne es sucio. Pero peor resulta ser atajadora. Aquí hay que lidiar con indios.

(¿Y dónde no?, pensó Modesta. Su comadre Águeda la aleccionó desde el principio: para el indio se guardaba la carne podrida o con granos, la gran pesa de plomo que alteraba la balanza y el alarido de indignación ante su más mínima protesta. Al escándalo acudían las otras placeras y se armaba un alboroto en que intervenían curiosos y gendarmes, azuzando a los protagonistas con palabras de desafío, gestos insultantes y empellones. El saldo de la refriega era, invariablemente, el sombrero o el morral del indio que la vencedora enarbolaba como un trofeo, y la carrera asustada del vencido que así escapaba de las amenazas y las burlas de la multitud.)

—¡Ahí vienen ya!

Las atajadoras abandonaron sus conversaciones para volver el rostro hacia los cerros. La neblina permitía ya distinguir algunos bultos que se movían en su interior. Eran los indios, cargados de las mercancías que iban a vender a Ciudad Real. Las atajadoras avanzaron unos pasos a su encuentro. Modesta las imitó.

Los dos grupos estaban frente a frente. Transcurrieron breves segundos de expectación. Por fin, los indios continuaron su camino con la cabeza baja y la mirada fija obstinadamente en el suelo, como si el recurso mágico de no ver a las mujeres las volviera inexistentes.

Las atajadoras se lanzaron contra los indios desordenadamente. Forcejeaban, sofocando gritos, por la posesión de un objeto que no debía sufrir deterioro. Por último, cuando el chamarro de lana o la red de verduras o el utensilio de barro estaban ya en poder de la atajadora, ésta sacaba de

entre su camisa unas monedas y, sin contarlas, las dejaba caer al suelo de donde el indio derribado las recogía.

Aprovechando la confusión de la reyerta una joven india quiso escapar y echó a correr con su cargamento intacto.

—Ésa te toca a vos —gritó burlonamente una de las atajadoras a Modesta.

De un modo automático, lo mismo que un animal mucho tiempo adiestrado en la persecución, Modesta se lanzó hacia la fugitiva. Al darle alcance la asió de la falda y ambas rodaron por tierra. Modesta luchó hasta quedar encima de la otra. Le jaló las trenzas, le golpeó las mejillas, le clavó las uñas en las orejas. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

—¡India desgraciada, me lo tenés que pagar todo junto!

La india se retorcía de dolor; diez hilillos de sangre le escurrieron de los lóbulos hasta la nuca.

—Ya no, marchanta, ya no…

Enardecida, acezante, Modesta se aferraba a su víctima. No quiso soltarla ni cuando le entregó el chamarro de lana que traía escondido. Tuvo que intervenir otra atajadora.

—¡Ya basta! —dijo con energía a Modesta, obligándola a ponerse de pie.

Modesta se tambaleaba como una ebria mientras, con el rebozo, se enjugaba la cara, húmeda de sudor.

—Y vos —prosiguió la atajadora, dirigiéndose a la india—, dejá de estar jirimiquiando que no es gracia. No te pasó nada. Toma estos centavos y que Dios te bendiga. Agradecé que no te llevamos al Niñado por alborotadora.

La india recogió la moneda presurosamente y presurosamente se alejó de allí. Modesta miraba sin comprender.

—Para que te sirva de lección —le dijo la atajadora—, yo me quedo con el chamarro, puesto que yo lo pagué. Tal vez mañana tengás mejor suerte.

Modesta asintió. Mañana. Sí, volvería mañana y pasado mañana y siempre. Era cierto lo que le decían: que el oficio de atajadora es duro y que la ganancia no rinde. Se miró las uñas ensangrentadas. No sabía por qué. Pero estaba contenta.

El advenimiento del águila

EN ÉL la juventud tomó el perfil de un ave de rapiña: los ojos juntos, la frente huidiza, las cejas rasgadas. Una planta de hombre audaz. Piernas abiertas y bien firmes, hombros macizos, caderas hechas como para sostener un arma. Y encima el nombre: Héctor Villafuerte.

¿Pero qué se hace con este hervor en la cabeza, en la sangre, en las entrañas, cuando se vive en un pueblo como Ciudad Real? ¡Y cuando, además, se es hijo de viuda!

La casa de la infancia huele a membrillo, a incienso. Gorgotean las ollas, las pequeñas ollas de carnequijote, las tímidas ollas de cocido, sobre el fogón. Se resquebrajan los fustanes almidonados bajo el tacto del viento en los corredores, en los patios.

¡Qué mal le sentaba a Héctor la sotana de monaguillo! Con ella enroscada en la cintura, se trepó a los árboles, brincó las cercas, trabó feroces riñas con otros indiezuelos. A los ocho días tuvo que devolverla, hecha una lástima, al padre Domingo, que acariciaba la esperanza de hacer, de aquel muchacho revoltoso, un sacerdote enérgico, un misionero con agallas.

El paso de Héctor por la escuela fue turbulento. Travesuras en clase, malas calificaciones y una estrepitosa expulsión final “por haber sido el cabecilla de un motín que destruyó todos los vidrios (amén de maltratar puertas, paredes y muebles) de su salón de clases”.

Aprender un oficio era desdoro para la familia. Tenían, guardados en un arcón muy antiguo, títulos de nobleza que firmó el mero Rey de España y

un escudo que el tiempo había borrado de la fachada principal de la casa. La pobreza no afrenta a quien la padece. Pero un trabajo vil…

Una especie de selección natural, que apartó a Héctor de la sacristía, las aulas y los talleres, lo dejó en la calle con los amigos, de cigarro insolente y escupitajo despectivo. Ellos lo condujeron a la cama miserable de la prostituta, a la mesa maltratada de la cantina, a la atmósfera, sórdida, de luz artificial y humo, de los billares.

Héctor se hizo compañero de los músicos de mala muerte. Dondequiera que tocase la marimba, ahí estaba él ayudando a cargar y descargar el instrumento, con la misma delicadeza que si se tratara de un cadáver. Llegó a ser imprescindible para echar vivas estentóreos a los que pagaban la serenata. Y al amanecer disparaba, con una pistola ajena, tiros al aire, confiando a la pólvora inútil su ímpetu rebelde, ese potro al que la rutina puso —tan tempranamente— su freno.

Aprendió ciencias mezquinas: cómo se corta un naipe y se mezclan las cartas; cómo se cala un gallo de pelea y cuál es el mejor perro de caza. Para ser un señor, a Héctor no le faltaba más que la fortuna.

Porque Héctor no podía pagarse el lujo de la pereza. Su madre comenzó por empeñar las alhajas para librarlo del deshonor de una deuda de juego. Después fue fácil irse desprendiendo de cuadros, vajilla, ropa. Los compradores no quieren vejestorios. Regatean, entregan el dinero a regañadientes. Y, como para desquitarse, dan la propina de un comentario severo, de una amonestación que apenas puede disimular la sonrisa interior de complacencia propia, de un consejo ineficaz.

La viuda luchó, hasta el fin, para defender a los santos del oratorio de los despilfarros de su hijo. Cuando el oratorio quedó vacío la anciana renunció a continuar viviendo. Su muerte fue cortés: sin un arrebato, sin un desmelenamiento. Parientes lejanos, señoras caritativas hicieron una colecta para pagar los gastos del funeral.

Durante los primeros meses de su orfandad, Héctor se convirtió en el asistente obligatorio de celebraciones y fiestas. Ocupaba un puesto discreto, para guardar el luto, y desde allí veía a los demás comer o divertirse. Los veía con una mirada distante, porque el desdén era en él una actitud, no un estado de ánimo.

Cuando las rodilleras de sus pantalones empezaron a brillar escandalosamente y cuando tuvo que posar el pie con cuidado para no dar a

las suelas el desgarrón final, Héctor pensó que era necesario sentar cabeza.

Propaló a los cuatro vientos su propósito, exhibió su calidad de soltero disponible, seguro de que su mercancía era de las que siempre tienen demanda. Las mujeres lo miraban codiciosamente y Héctor respondía a todas —sin hacer distinciones para no comprometerse— con la misma sonrisa de cínica espera y de indiferente voluptuosidad.

¡Si por lo menos Héctor hubiera tenido un caballo para rayar las piedras de las calles, para sacarles chispas de orgullo y desafío! Paciencia. Ya lo tendrá después. Tendrá mesa bien servida, billetes en la cartera, el saludo respetuoso y servil de quienes ahora lo esquivan o lo desprecian. La esposa que ha de proporcionarle holgura y respeto… bueno. Puede ser ésta o la otra. A oscuras todas las hembras son iguales. Héctor cumpliría sus deberes como marido preñándola anualmente. Entre los embarazos y la crianza de los hijos, ella se mantendría tranquila en su rincón.

Pero da la casualidad de que las mujeres de Ciudad Real no andan de partida suelta por las calles. Si por su gusto fuera, tal vez; pero hay padres, hermanos, paredes, costumbres que las defienden. Y no es cosa de meterse, de buenas a primeras, a gato bravo. Los mayores acaban siempre por vencer. O por desheredar.

Las tentativas de matrimonio de Héctor no prosperaron. El hombre aplanaba las banquetas, silbaba en las esquinas con un aire estudiado de perdonavidas y arriesgaba uno que otro requiebro al pasar frente a las ventanas. Huían las muchachas con un estrépito de postigos cerrados. Y ya detrás de los cristales se burlaban de las solicitaciones de Héctor, acaso un poco tristes por no poder complacerlas.

Hubo, sin embargo, una mujer sin parientes, sin perro que le ladrase; con sólo una señora de respeto para cuidar la casa y las apariencias, pero en lo demás, libre. Un poco talludita, ya pasada de tueste. De ceño grave y un pliegue amargo en los labios. Jamás hombre alguno se había acercado a ella pues, aunque tuviese fama de rica, la tenía más de avara.

Cuando una mujer, razonaba el pretendiente, está en las condiciones de Emelina Tovar, se enamora y abre la mano. Enamorarla no será difícil. Basta mover ante ella un trapo rojo y ha de embestir, ciega de furor y de ansia.

Contra todos los cálculos de Héctor, Emelina no embistió. Miraba al galán rondando sus balcones y fruncía más las cejas en un supremo

esfuerzo de atención. Eso era todo. Ni un aleteo de impaciencia, ni un suspiro de esperanza en aquel pecho árido de solterona.

Cuando Héctor logró hablarle por primera vez, Emelina lo escuchó parpadeando como si una luz excesiva la molestase. No supo responder. Y en este silencio el pretendiente entendió su aceptación.

La boda no fue lo que podría llamarse brillante. El novio guapo, eso sí, pero que no tenía ni en qué le hiciera maroma un piojo. Y de sobornal, derrochador.

Emelina desfiló por la nave de la iglesia de la Merced (porque había hecho un voto a la Virgen, que era tan milagrosa, de casarse ante su altar) bien cogida del brazo de Héctor, temerosa, aun enmedio de este triunfo precario que al fin de una larga, humillante soledad, le había regalado su destino.

Emelina se mantenía de hacer dulces. Todo el tiempo zumbaban los insectos en el traspatio de la casa, donde tendía —a que se asolearan— los chimbos, los acitrones, las tartaritas. El oficio no rinde mucho. Pero una mujer ordenada y precavida puede ahorrar. No tanto como para juntar una fortuna, pero bastante para hacer frente a un caso repentino, una enfermedad, una pena. ¡Cuántas no iba a darle este marido más joven, cerrero y que no buscaba más que su conveniencia!

Si Emelina no hubiese estado enamorada de Héctor acaso habría sido feliz. Pero su amor era una llaga siempre abierta, que el ademán más insignificante y la más insignificante acción del otro hacían sangrar. Se revolcaba de celos y desesperación en su lecho frecuentemente abandonado. A un pájaro de la cuenta de Héctor no le basta el alpiste. Rompe la jaula y se va.

A todo esto el recién casado no lograba ver claro. ¿Y el dinero de su mujer? Revolvía cofres, levantaba colchones, excavaba agujeros en el sitio. Nada. La muy mañosa lo tenía bien escondido, si es que lo tenía.

Lo cierto es que los ahorros se agotaron en los primeros meses y hubo que echar mano del capital. Todo se iba en parrandas de Héctor, comilonas y apuestas perdidas.

Se acabó. Emelina no pudo soportar un mal parto, que su edad hizo imposible. Y Héctor quedó solo, milagrosamente libre otra vez. Y en la calle.

¿Para cuándo son los amigos? Para trances como éste, precisamente. El que ayer era compañero de juergas hoy ocupa un puesto de responsabilidad y puede recomendarlo a uno con los meros gargantones.

—¿Sabes escribir, Héctor? Un poco. Bueno. Mala letra, nada de ortografía. ¡Si hubieras aprendido cuando tu madre, que de Dios goce, te pagaba la escuela! Pero no es hora de echar malhayas. Leer de corrido, sí. ¿Y las cuentas? Regular nada más. No puedo prometerte nada. Pero, en fin, veremos qué se hace.

Unos meses más tarde Héctor Villafuerte tuvo ante sí el nombramiento de Secretario Municipal en el pueblo de Tenejapa.

¡Desdichado pueblo! La Presidencia, la Parroquia y unas cuantas casas de ladino son de adobe. Lo demás, jacales de bajareque. Lodo en las calles, maleza, campo abierto a la vuelta de la primera esquina. Hay desperdicios por todas partes y los animales domésticos y los niños desnudos vagan libremente.

—¡Aquí te quería yo ver! —se decía Héctor a sí mismo. Sin con quién hablar, solíngrimo, porque los ladinos de por estos rumbos son unos cualquieras y los indios no son personas. No entienden el cristiano. Agachan la cabeza para decir, sí, patrón, sí, marchante, sí ajwalil. No se alzan ni cuando se embolan. Trago y trago. Y no pegan un grito de alegría, no relinchan de gusto. Se van volviendo como piedras y de repente caen redondos. No me quiero rozar con ellos, con ninguno. Porque dice el dicho que el que entre lobos anda a aullar se enseña. Y ni esperanzas tengo de salir de esta ratonera. El sueldo rascuache que gano se me va en pagar mi asistencia y el aseo de mi ropa. No hay por dónde agenciarse un caidito. Parece que aquí no hay más palo en qué ahorcarse que la venta de aguardiente. Todos los ladinos ponen su expendio en el zaguán los días de fiesta o de mercado. Los indios entran allí muy formales y salen rechazando de bolos. No se puede ni andar entre tanto cuerpo tirado por las calles. Tal vez me costearía más ser enganchador. ¿Pero con qué dinero me establezco?

Secretario Municipal. ¡Bonito título! Hasta podía hacer creer que Héctor desempeñaba un cargo de importancia. Pero no atendía más que asuntos de poca monta; robos de gallinas, carneros y, cuando más, vacas. Crímenes por brujería, por celos, por pleitos de borrachera. Venganzas privadas en las que

ninguno se sentía con derecho a intervenir. Pero eso sí, todos exigían para cada suceso un acta formal.

—¡Qué pichicatería la de este Gobierno! —se lamentaba Héctor. Quiere que se sostenga uno de milagro. Nada le importa la dignidad del nombramiento. Porque un Secretario Municipal, para estas gentes ignorantes, debería ser respetable. ¿Y quién me va a tomar en serio si yo ando en estas trazas de limosnero? Un cuarto redondo para trabajar, para comer, para dormir. ¡Y hay que quitarse el sombrero ante el mobiliario! Un catre de reatas y una mesa y unas sillas de mírame y no me toques. Si hasta el sello es tan viejo que ya ni pinta. Y estos desgraciados quieren que toda la correspondencia lleve su sellote. ¡Qué fregar!

Después de este soliloquio Héctor se negó a seguir redactando los escritos. No hay sello, decía con malos modos a los indios. Y sin sello no vale nada lo que yo escriba.

Con paso silencioso la comisión de “principales” salió. Estuvo un rato en el corredor del Palacio Municipal cuchicheando y luego volvió al cuarto de Héctor. El más viejo de estos hombres tomó la palabra.

—Queremos averiguar, ajwalil, lo que dijiste de que ya se acabó el sello.

—¿Cuál es el sello? —preguntó con humildad otro anciano.

—Es el águila —repuso arrogantemente el funcionario.

Los indios comprendieron. Todos habían visto alguna vez su figura en el escudo nacional. E imaginaron que sus alas tenían por misión conducir las quejas, los alegatos, a los pies de la justicia. Y he aquí que ahora el pueblo de Tenejapa se ahogaría entre delitos sin consignar, entre documentos incapaces ya de levantar el vuelo.

—¿Cómo fue que se vino a acabar el águila?

La interrogación se la planteaban todos con ese estupor que suscitan las grandes catástrofes naturales. Héctor Villafuerte se alzó de hombros para evitarse una respuesta que, de todas maneras, estos indios brutos no entenderían.

—¿Y no se puede conseguir otra águila? —propuso cautelosamente alguno.

—¿Quién la va a pagar? —interrumpió Héctor.

—Eso depende, ajwalil.

—¿Cuánto cuesta?

Héctor se rascó la barbilla para ayudarse a hacer el cálculo. Deseaba conferirse importancia ante los demás con el precio de los instrumentos que manejaba. Afirmó:

—Mil pesos.

Los indios se miraron entre sí, asustados. Como si la cifra hubiera poseído una virtud enmudecedora, un gran silencio llenó la estancia. Lo rompió la carcajada de Héctor.

—¡Qué tal! Se quedaron teperetados, ¿verdad? ¡Mil pesos!

—¿No habrá un águila más barata?

—¿Qué estás creyendo, indio pendejo? ¿Que vas a regatear como cuando se compra una vara de manta o una medida de trago? El águila no es cualquier cosa; es el nahual del Gobierno.

¡Qué conversación tan absurda! Si se prolongaba era por el aburrimiento de Héctor, por su empeño en sostener la infalibilidad de su juicio.

—Está bueno, ajwalil.

—Hasta mañana, ajwalil.

—Que pases buenas noches, ajwalil.

Se fueron los indios. Pero al día siguiente, a primera hora, ya estaban de nuevo allí.

—Queremos levantar un acta, ajwalil.

—¡Qué intendibles son! El acta no sirve de nada sin el sello del águila.

—¿No habla el papel?

—No habla.

—Está bueno pues, ajwalil.

—Adiós, ajwalil.

Volvieron a irse los indios. Pero no muy lejos de la Presidencia Municipal; merodeaban por los alrededores, discutiendo.

—¿Qué tramarán? —se preguntó con inquietud Héctor. Había oído historias de ladinos a los que les incendiaban la casa y perseguían por el monte con el machete desenvainado.

Pero los “principales” parecían tener intenciones pacíficas. Al filo de la tarde se dispersaron.

Al otro día el grupo estaba de nuevo allí, gargajeando, sin atreverse a hablar. Por fin uno se aproximó a Héctor.

—¿Cómo amanecería el pajarito, ajwalil?

—¿Cuál pajarito? —indagó con malhumor Villafuerte.

—El que va en el papel.

—Ah, el águila. Ya te lo dije antes: se murió.

—Pero tendrás otro.

—No tengo.

—¿Y dónde se puede conseguir?

—En Ciudad Real.

—¿Cuándo vas?

—Cuando se me hinchen los huevos. Y además ¿con qué pisto?

—¿Cuánto vas a querer?

La insistencia de los indios ya iba más allá de la terquedad. Había en ella un verdadero interés. De pronto Héctor se dio cuenta de que la oportunidad, por la que tanto había suspirado, estaba allí, con su gran trenza para agarrarla. Con una entonación casual, aunque apenas podía contener la excitación que le produjo su descubrimiento, decretó:

—Quiero cinco mil pesos.

—Dijiste mil, la primera vez.

—¡Mentira! ¿Quién va a saber más de esto: tú o yo? Aquí lo dice (y febrilmente abría Héctor ante el indio un libro cualquiera): el águila cuesta cinco mil pesos.

La voluntad de los indios desfalleció. Sin agregar una palabra todos salieron a deliberar afuera. Villafuerte los miró alejarse, preocupado.

—La codicia rompe el saco. Me desmandé en pedir tanto dinero. ¡Dónde lo van a conseguir estos infelices! Y ultimadamente, a mí qué me importa. Que trabajen, que se enganchen para ir a las fincas de la costa, que pidan prestado, que desentierren sus ollas con pisto. No soy yo el que les va a tener lástima, ¡qué moler! Como si yo no supiera que para pagar a un brujo o para celebrar una fiesta de sus santos no les duele botar montones de pesos. Para la iglesia sí, muy garbosos: misa de tres padres, jubileo. ¿Por qué el Gobierno ha de ser menos?

El razonamiento llevó a Héctor a convencerse de que la compra del sello era indispensable y el valor que él le había fijado, justo. Su propósito de no transigir se consolidó.

Pero los indios son obstinados. Se van y vuelven a machacar con el mismo tema.

—Que sean dos mil pesos, ajwalil. No podemos juntar más.

—¿Para qué va a servir el águila? ¿Para mi provecho?

—Somos muy pobres, patrón.

—No me vengan a llorar, plagas.

—Que sean tres mil pesos, marchante.

—Dije cinco mil.

Siguieron regateando por inercia. Los indios sabían que, al fin, ellos tendrían que ceder.

Esa noche Héctor recontaba su tesoro a la luz de un quinqué. Monedas antiguas, guardadas quién sabe durante cuántos siglos. Efigies anacrónicas, leyendas ya incomprensibles. El celo de su poseedor no las entregó ni ante el ahogo de la miseria ni ante el aguijón del hambre. Y ahora servirían para comprar el dibujo de un pájaro.

Héctor marchó a Ciudad Real seguido de la escolta de “principales”. Cuando se cansaba de montar a caballo sus tayacanes tenían lista la silla de mano. A lomo de indio pasó Héctor los tramos más peligrosos del camino.

Los indios se prestaron sumisos a esta exigencia. Era una condición para hacerse merecedores, al regreso, de transportar el sello.

Porque el sello, los aleccionó Villafuerte, es un objeto muy codiciado. Para que los ladrones no se apoderen de él es preciso actuar con disimulo. Si se finge que el viaje tiene otro propósito, comerciar por ejemplo, nadie lo estorbará.

Así que en Ciudad Real Héctor compró grandes cantidades de mercancía: víveres, candelas y, especialmente, trago. En uno de tantos bultos que los indios cargaban iba el famoso sello.

Ya en Tenejapa Héctor Villafuerte consiguió un local para abrir su tienda. Aquellos cinco mil pesos (cuatro mil novecientos noventa, para ser exactos, porque el sello le costó diez) fueron la base de su fortuna. Héctor prosperó. Pudo volver a casarse, ahora sí a su gusto. La muchacha era joven, sumisa y llevó como dote una labor de ganado.

Pero Héctor no quiso renunciar a su puesto de Secretario Municipal. En su trato con los demás comerciantes le daba prestigio, influencia, autoridad.

Y además los sellos no duran siempre. El que usaba entonces ya se estaba gastando. Ya los rasgos del águila eran casi irreconocibles. Ya parecía un borrón.

Cuarta vigilia

LA NIÑA Nides despertó a medianoche con la camisa de manta empapada en sudor. ¡Dios mío, ahora sí había estado a punto de suceder! Venían los carrancistas, los carranclanes, que son como las arrieras y que no respetan nada; tocaban fuerte —ton-ton— con la aldaba de hierro contra la puerta grande de madera. La niña Nides corría enloquecida por toda la casa, buscando un escondite para el cofre…

Por fortuna, despertó en el momento mismo en que los carrancistas estaban a punto de tumbar la puerta. Con sus dedos nudosos, torcidos, de reumática, la niña Nides tacteó en la oscuridad hasta dar con los cerillos. Prendió la vela de sebo. Un resplandor vacilante y amarillento se difundió por la habitación. El perfil de la vieja se proyectaba, grotesco, sobre las paredes desnudas. En uno de los rincones se advertía aún la mancha descolorida donde estuvo el cofre.

La niña Nides contempló esa mancha, con fijeza, durante algunos segundos. Hasta entonces la certidumbre de lo real se impuso a los terrores de su sueño: el cofre estaba a salvo, no importaba que llegaran los carrancistas.

¡Cuánto había dudado antes de poner el cofre en seguridad! La niña Nides subía y bajaba libros, pensando en las maneras y las coyunturas. Por fin una tarde se asomó a la puerta de calle. Había unos cuantos niños jugando chepe-loco de una esquina a otra; pero ellos, en su entretenimiento, no se fijarían en nada. Desde lejos la niña Nides vio venir a un chamula, de partida suelta, y como mandado a hacer para lo que ella meditaba. La niña Nides le hizo una seña rápida y se ocultó detrás de la puerta para esperarlo.

El indio entró con sus calzones arremangados hasta la pantorrilla y el machete envuelto en su chamarro.

—¿Cuánto vas a pagar? —preguntó antes de saber en qué consistía el trabajo.

La niña Nides contestó una cifra cualquiera: veinte reales. El chamula se rascó la cabeza, sin comprender si era mucho o poco. Pero aceptó.

Caminaron juntos hasta el lugar que la niña Nides le señaló al indio, un lugar que ella había escogido cuidando de no perjudicar las raíces de los árboles frutales.

—Dejá a un lado tu machete porque no te va a servir, marchante —le dijo la niña Nides al hombre mientras le entregaba una coa.

Antes de agarrarla el indio volvió a preguntar por su paga. ¡Qué terco!

—Ya te dije que veinte reales.

—Sí, dijiste, dijiste. Pero a la mera hora, cuando yo haya acabado el trabajo, te ponés a gritar que soy un ladrón y me sacan a empujones de la casa.

La niña Nides le dijo que no, que no fuera bruto y que se apurara porque les iba a caer la noche.

El hombre empezó a cavar. Un hoyo grande, porque la niña Nides se acordaba bien del consejo de su abuela: que quepa holgadamente el cofre y que todavía quede lugar para un cuerpo. En casos así no sirve de nada cortar la lengua del que te ayudó. Vienen y señalan y otros desentierran lo que enterraste.

La niña Nides se había sentado en el tronco de un árbol para observar el trabajo del indio. Las paletadas de tierra salían abundantes, regulares, y se iban amontonando a un lado del agujero. Si sigue así terminará pronto, se dijo la mujer. ¡Qué bueno! Ahora sí, que vengan los carrancistas cuando se les antoje.

El acarreo del cofre no fue cosa del otro mundo. Con una sola mano lo levantó el indio y cuando estaba agachado para depositarlo en el fondo del agujero, la niña Nides se aproximó por detrás y le descargó un golpe con la parte plana de la coa. El hombre no alcanzó ni a quejarse. Su cuerpo cayó desguanzado, al fondo.

La niña Nides arrojó encima el chamarro y empezó a cubrirlo de tierra con la misma coa. ¡Qué fatiga! No estaba acostumbrada a tales trajines y los

dedos se le agarrotaban y un calambre le paralizaba la espalda. Cuando terminó estaba sudando, lo mismo que ahora, al despertar de la pesadilla.

La niña Nides recogió el machete que el indio había apoyado contra la pared. Era de buena clase y no muy viejo. Así que fue a guardarlo en el cuarto de chácharas, junto con la coa.

Sacando fuerzas de flaqueza, porque a su edad ya no estaba para esas danzas, la niña Nides regresó al lugar del entierro para apisonarlo y sembrar una mata de malva que le sirviera de seña.

Temblorosa de frío, ahora que el sudor se había secado, la niña Nides volvió a mirar con inquietud la mancha descolorida donde estuvo el cofre. Para borrarla hubiera sido necesario lavar todo el piso con bastante jabón y con un cepillo fuerte. Pero ella, con sus años y sus achaques, no tenía alientos para eso.

—Y si llamo a alguno para que me lo haga se le va a calentar la cabeza imaginando dónde escondí el cofre.

La niña Nides se puso de pie dificultosamente y trató de arrastrar su cama para colocarla encima de la mancha. Pero el mueble era demasiado pesado (en él durmió siempre su abuela) y no había otro en la habitación.

La niña Nides se sentó, desalentada. Nunca, hasta ahora, había reparado en la escasez de su ajuar. Su abuela, una mujerona enorme y con un bocio que le enronquecía la voz y se la hacía brotar como del fondo de una marmita, no tuvo mejor alojamiento. Y andaba tan mal trazada que en una ocasión un forastero, compadecido de su miseria, le había dado una caridad en la calle. Doña Siomara la aceptó con una risita socarrona de agradecimiento. ¡Ella, que era la dueña de tantas fincas en la tierra fría y de las mejores casas de Ciudad Real! Pero no le gustaba presumir. Y ahorraba en todo lo que podía. Cuando llegaban semaneros de sus ranchos, ordenaba que no se pusiera al fuego ni la olla del cocido, que era la comida diaria, sino que se aprovecharan todos de las tostadas y el posol que los indios traían como bastimento.

—De grano en grano llena la gallina el buche —solía decir doña Siomara—. ¿Dónde están los que se hartan, los que se echan todo el capital encima, en lujos y francachelas? Corriendo borrasca, en la calle de los compromisos y las deudas, agenciándose su ruina.

En cambio doña Siomara tenía sus cofres llenos de centenarios de oro y de cachucos macizos de Guatemala. No permitía que nadie se les acercara.

Nadie. Sólo su nieta preferida, Leónides Durán.

Porque la niña Nides, como le dijera desde que nació, era distinta de las otras. Ni fue traviesa de criatura, ni loca de muchacha. No andaba el día entero asomándose a los balcones, ni se rellenaba el busto con puñados de algodón, como sus primas, para ir a los bailes. Nunca se ocupó de disimular sus defectos.

—Si alguno te busca —le decía la abuela—, que vaya sobre seguro y no después se llame a engaño. Además de que vos tenés con qué toser fuerte aquí y en cualquier parte. Porque uno de estos cofres, el más grande, va a ser el tuyo.

La niña Nides miraba el cofre, su cofre, y ya no le importaba que no le llevaran serenata, ni le dijeran piropos en las kermesses, ni le mandaran camelias envueltas en papel de China cuando iba a dar vueltas al parque. Sus diversiones eran otras, Cuando la abuela y ella se quedaban íngrimas en el caserón, abrían los cofres para contar el dinero. ¡Con qué ruidito tan especial se rasgaba el papel de los cartuchos y se iban desparramando las monedas en su regazo! ¡Cómo pesaban allí! ¡Y qué olor agrio y penetrante emanaba de ellas!

Si el día era bueno, doña Siomara y la niña Nides salían al patio y, después de cerrar bien todas las puertas, hacían un tendal de dinero sobre los petates. Las dos miraban los reflejos del oro y la plata y se sonreían sin hablar.

Así fue como pasó el tiempo y, las primas de la niña Nides fueron casándose una por una: María con un tendero, Hortensia con un boticario, Lupe con un enganchador. Habrían podido encontrar partidos mejores si hubieran tenido paciencia. Doña Siomara no iba a ser eterna. Pero las muchachas nunca entendieron lo que les convenía y se pagaron de su gusto. Luego vinieron los hijos.

Todas las noches iban las tres, acompañadas de sus maridos, a visitar a doña Siomara; y hablaban de las novedades y se quejaban de sus penas. Pero en el fondo nadie pensaba más que en los cofres.

De repente, nadie supo cómo, empezaron a correr rumores; que si estalló la revolución en México, que si van a entrar los villistas, que si van a entrar los carrancistas. Ciudad Real se llenó de muertos, de un bando y del contrario. Y los que tenían dos dedos de frente y un quinto en la bolsa consideraron que era mejor emigrar a Guatemala.

Menos doña Siomara, que se mantuvo en sus trece; que al ojo del amo engorda el caballo, que el que tiene tienda que la atienda. ¿Para qué majar en hierro frío? No se quiso ir. Enterró todos los cofres en el traspatio de la casa y en el último agujero enterró también a un chamula.

¿Pero qué secreto se podía guardar en aquellas confusiones? Lo que no se sabe se inventa. Y antes de que a doña Siomara se le pasase la idea por la cabeza, ya la gente la había dado como un hecho y andaba bulbuluqueando por las esquinas que había enterrado su dinero.

Y claro, cuando llegan los carrancistas, ¿qué es lo primero que hacen? Pues agarrar presa a doña Siomara "por ocultamiento de bienes" y amenazarla de muerte si no revelaba el escondite de sus tesoros.

Dicen que la vieja se estaba secando en la cárcel, que hasta el güegüecho se le veía chupado, como de jolote. Pero no era de hambre ni de miedo, sino de una especie de obstinación. Estaba decidida a no hablar.

Pero mientras ella se resistía los otros fueron y catearon su casa. Levantaron planchones en los cuartos, abrieron boquetes en los muros, derribaron alacenas. Hasta dar con el entierro en el traspatio.

Cuando doña Siomara salió de la cárcel encontró sus cofres muy sacudidos por fuera, sin una brizna de polvo y repletos de bilimbiques por los que los carrancistas cambiaron las monedas.

¿Quién sobrevive a colerón semejante? Doña Siomara murió delirando mientras la niña Nides no se despegaba de su cabecera. A ella le dictó su última voluntad: que repartiera los cofres entre las nietas. Y que se quedara, como se lo había prometido siempre, con el más grande.

Al velorio no asistió nadie. ¿Quién iba a tener una atención que recordar de la difunta, ni un compromiso que cumplir, ni un favor que agradecer, ni un beneficio que esperar? Y los maridos de Hortensia, María y Lupe andaban emborrachándose en las cantinas y gritando a los cuatro vientos su despecho por una herencia que se les había convertido en agua de borrajas.

Así que la niña Nides, sola y su alma, amortajó a la difunta y la acompañó al panteón y repartió los cofres como se le había indicado.

Mientras tanto algo pasaba en el Gobierno, pues nadie podía comprar porque no había qué, ni vender porque nadie tenía dinero y los víveres estaban por las nubes. El caso es que cuando se aplacó el vendaval nada había quedado en su sitio. Las casas de doña Siomara estaban en poder de unos cualquieras y de los ranchos desaparecieron todas las cabezas de

ganado y, al fin, vinieron los agraristas para hacer “viva la flor” con lo demás.

La niña Nides se fue con su cofre a vivir a un cuarto redondo, que ni excusado tenía, y a cada rato había de pasar la vergüenza de pedir el favor de un lugarcito a las vecinas.

¿De qué se iba a mantener? Oficio no le había enseñado su abuela más que el de contar centenarios y cachucos y sacarlos a asolear. Tampoco estaba ya en años de aprender.

Pero resulta que Dios aprieta, mas no ahoga y la niña Nides tenía la gracia de leer con claridad. Así que aunque no hubiera sido nunca muy devota, empezaron a solicitarla para que rezara las novenas. A la gente le gustaba el modo con que impostaba la voz y ponía énfasis en las palabras más insignificantes y hacía unas pausas misteriosas y como cargadas de augurios y promesas.

Desde temprano la niña Nides se iba a la Catedral y, arrodillada ante el altar del santo de la devoción de quien pagaba el encargo, lo iba despachando con lentitud y minuciosidad.

Años más tarde sus primas comenzaron a levantar cabeza. Con el favor de Dios los negocios de sus maridos no eran de ranchos. Y Hortensia compró, con sus ahorros, un sitio de árboles frutales en las orillas del pueblo. ¿Qué le costaba mandar a hacer una casita de tejamanil para la niña Nides? Además ella podía vigilar que no entraran los indiezuelos a robar los duraznos y las manzanas y los perones.

La niña Nides se hizo de la media almendra para cambiarse. El sitio estaba muy lejos y a ella, con su reuma, se le iba a dificultar venir hasta el centro a hacer sus mandados. Además, si entraba un ladrón (la niña Nides dijo ladrón, pero estaba pensando en los carrancistas) ¿quién iba a defender su cofre?

—¡Bonito apuro! —replicó Hortensia—. Un cofre lleno de bilimbiques. Nosotros hace tiempo que quemamos el nuestro.

La niña Nides frunció el ceño. ¡Quemar su cofre! No faltaba más y sólo que estuviera loca. Pero no le gustaba discutir y cuando le hablaron de la ventaja de que no tendría que pagar alquiler, se decidió. Además, desde que el Gobierno había cerrado las iglesias, lo de las novenas casi no le dejaba ni para irla pasando.

La niña Nides vivía en la huerta con más desahogo. Cuando los mocitos y las criadas llegaban a recoger la fruta, ella vigilaba que llenaran los canastos. Si otra hubiera sido habría hecho su apartado de priscos maduros. Pero a la niña Nides ni por aquí se le pasaba aprovecharse de algo. Ella comía lo suficiente en casa de sus amistades.

Se sentaba a la mesa ajena sin avidez, sin humillación y acaso sin gratitud. No se apresuraba a hacer un favor menudo, que era cuestión de la servidumbre; no se prestaba a transmitir un chisme escandaloso ni a escuchar confidencias inoportunas. ¿Por qué voy a rebajarme si tengo mi cofre?, se decía. Valgo tanto como cualquiera. Todos la respetaban y su presencia muda había llegado a ser tan habitual que, cuando faltaba, las dueñas de casa mandaban informarse por su salud o le enviaban un bocado "para el hoyito de su muela", con la recomendación de que volviera lo más pronto posible.

Con esos bocados se mantenía la niña Nides cuando el reumatismo se le recrudecía por la humedad y se encerraba a untarse linimentos.

Estaba contenta porque del dinero de su cofre todavía no había tenido que echar mano, ni en los tiempos de mayor apuro, cuando le vino aquella gravedad y hubo hasta junta de médicos. Allí sí que fue muy lista, porque se hizo la moribunda y los demás dijeron que era una desgracia, pero no hubo más remedio que afrontar los gastos. Les dio remordimiento que una nieta de doña Siomara Durán fuera a acabarse en el Hospital Civil, como cualquier limosnera.

Aunque una vida como la de la niña Nides, cuchicheaban cerca de su cama, ¿para qué sirve? Y sin embargo la enferma quería vivir, se aferraba a la vida con una tenacidad de esas que no desperdician su energía en ningún aspaviento, pero que se ejercen sin tregua.

Pese a las predicciones de los médicos y al fácil pesimismo de sus parientes, la niña Nides vivió. ¿Cómo iba a morir dejando desamparado el cofre?

En cambio ahora ya estaba en paz. En el fondo de un agujero, bajo el cadáver desnucado de un chamula, reposaba su tesoro.

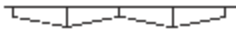
—Dicen que donde hay un cuerpo aparece un espanto —dijo la niña Nides y un escalofrío de terror estuvo a punto de nacer en su espinazo. Involuntariamente volvió la cara hacia afuera y, al través de la ventana y de la oscuridad, trató de distinguir la mata de malva.

Una risa ronca, esa risa convulsiva que en los viejos pronto se convierte en tos, la sacudió durante un momento.

—¿Pero cómo va a aparecer un espanto si el cuerpo era de un indio, no de una gente de razón?

Tranquilizada, la niña Nides apagó la vela y se acostó. Iba a dormir un rato más. Todavía faltaba mucho para que amaneciera.

La rueda del hambriento



…pero dadme
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir,
de reposarse, y después me iré.

CÉSAR VALLEJO

ALICIA MENDOZA despertó con dolor de nuca y espalda. ¡Qué viaje tan largo! Horas y horas en el autobús. Y el retraso porque habían tenido que pararse a cambiar una llanta. Durante todo el camino el motor había roncado dificultosamente.

El paisaje no era como para llamar la atención. Tierras áridas, plantas desérticas. Por Oaxaca pasaron cuando ya había anochecido. Alicia se asomó a la ventanilla, pues quería escribir a su amiga Carmela y contarle que había conocido esta ciudad, la más importante de la ruta. Pero no alcanzó a ver más que el ajetreo y el bullicio de la estación.

Alicia se esforzó por dormir el resto de la noche. El asiento era incómodo y una vecina demasiado gorda le robaba espacio. Pero se las arregló de alguna manera para acomodarse y no despertar sino cuando ya estaba amaneciendo.

—¡Qué frío hace! —musitó echando el aliento entre el hueco de sus manos. El autobús avanzaba en medio de una neblina espesa. Por algún resquicio de ella se veían pasar fugazmente las crestas de los cerros, las ramas de los pinos.

Alicia iba a cerrar otra vez los ojos cuando su vecina le advirtió:

—Es mejor que se esté pendiente. Ya vamos a llegar.

Sonreía, bien arrebujada en un fichú de lana. Parecía deseosa de entablar conversación. Pero Alicia se había desentendido de ella. ¿Ciudad Real era ese pueblo cuyas primeras casas se desperdigaban por el campo? No se lo había imaginado así. Cuando le dijeron que iría a Chiapas pensó inmediatamente en la selva, los bungalows con ventiladores —como en las películas—, los grandes refrescos helados. En cambio ese frío, esta niebla, estas cabañas de tejamanil… ¡Qué lástima! La ropa que se había comprado no iba a servirle para nada.

Tendré que gastar mi primer sueldo en un abrigo, pensó saboreando con orgullo las palabras: “mi primer sueldo”. La madrina de Alicia había muerto con la preocupación de no haberle podido dar ni un oficio ni una carrera.

—¿Qué vas a hacer cuando yo te falte? —se lamentaba—. Si al menos te viera yo tomar estado…

¡Como si fuera fácil! Para monja no tenía vocación y para casada le faltaba el novio.

“Chiquita pero mal hecha.” Así definió una vez a Alicia un pelado de la calle. No resultaba atractiva para los muchachos; la sabían de buen corazón y le dispensaban un afecto fraternal. Poco a poco fue convirtiéndose en confidente de todos los jóvenes de la palomilla. Les guardaba los secretos, les servía de correveidile, les aconsejaba en sus dificultades y esperaba, sumisamente, el turno en aquellos incesantes cambios de pareja que se sucedían a su alrededor.

Su madrina la dejaba estar. ¡Pobre Alicia! Huérfana y con una madrastra que la aborreció desde el principio y que jamás quiso hacerse cargo de ella.

—En cambio para mí, viuda y sin hijos, Alicia ha sido un consuelo. Tan dócil, tan cariñosa. Sería muy buena mujer. Pero los hombres de estos tiempos no se fijan más que en la figura y en la carita.

Para compensarla en algo, su madrina le compraba vestidos y alhajas de fantasía. En eso gastaba sus ahorros. Hasta que vino la enfermedad.

El diagnóstico fue claro y terminante: cáncer en el último grado. Pero Alicia tenía fe en los milagros y confió, hasta el fin, en que su madrina se aliviaría. Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles, ¿qué no lograría hacer? Si se lo pido, sanará, pensaba. Y mientras tanto no dejaba de cuidarla con abnegación. Durante los meses de su agonía, Alicia aprendió a poner inyecciones, a contemplar sin asco las heridas, a cambiar vendas, a

discernir entre los innumerables frascos y saber cuál era el que debía usarse en cada ocasión.

No hay mal que por bien no venga. Este adiestramiento fue el que permitió a Alicia encontrar después un trabajo de enfermera.

Todo sucedió en una forma que Alicia gustaba de calificar como providencial. Su amiga Carmela, que la había acompañado en el duelo y que se preocupaba por su futuro (además de estar muy relacionada en sociedad), le habló de un puesto en la Misión de Ayuda a los Indios establecida en Chiapas.

¿Es cosa de la Iglesia? —exclamó Alicia con una mezcla demasiado confusa de sentimientos como para permitirse analizarla.

—¡No seas tonta! —la contradijo Carmela—. Bien sabes que la Iglesia es pobre. ¡Y en estos tiempos de herejía!

Alicia suspiró como si le hubieran quitado un peso de encima. Siempre temió terminar con un hábito de monja entre los hielos de Alaska.

—Entonces es del Gobierno —dedujo Alicia con aprensión.

—Tampoco. Es asunto privado. Son gentes de buena voluntad, personas de posibles. Lo que se llama los administradores de los bienes de Dios en la tierra.

—Ah, sí, esas señoras tan elegantes que organizan tés de beneficencia y desfiles de modas.

La mirada de Carmela fue fulminante.

—No precisamente ellas, sino sus maridos. Hombres de negocios, de los que se asocian en clubs y se reúnen mensualmente en banquetes. Tienen distintivos. Tú no has de conocer ni siquiera los nombres.

—Entonces han de ser muy exigentes. Y yo no tengo título.

—Eso no es problema. Si hacemos valer algunas influencias… Además tú tienes práctica, que es lo esencial. Y no te preocupes. La Misión está empezando, apenas. Pagan poco, tendrás que conformarte ¿eh? Además lo mandan a uno hasta el fin del diablo. No pueden darse el lujo de ser muy exigentes.

—Sí, claro. ¿Sabes a dónde me mandarían a mí?

—A una clínica en Chiapas. Bueno, una especie de clínica. Además no hay otra. La Misión ha tropezado con muchas dificultades. Parece que la casa es muy pequeña. Y no hay más que un doctor.

—Su esposa y yo nos haremos compañía.

—No sé si es casado —respondió Carmela.

Esta duda disipó todas las objeciones que iba a oponer Alicia al ofrecimiento del empleo. “Que Chiapas está muy lejos y no voy a tener quién vea por mí; que el sueldo es una bicoca…” No importa, se replicaba a sí misma con impaciencia. Hay otras ventajas. Si la hubiesen obligado no habría acertado a enumerarlas. Pero en realidad se soñaba viviendo la gran aventura en la jungla, con un profesionista soltero, apuesto y enamorado. El final no podía ser otro que el matrimonio. Y Alicia, esposa ya del doctor, se afanaba poniendo cortinitas de cretona en las ventanas de la clínica y criando a sus hijos (muchos, todos los que Dios quisiera) en la atmósfera saludable del campo.

Alicia malbarató la herencia de su madrina, se hizo de ropa (vestidos escotados, por aquello del calor, pero decentes) y compró un boleto de autobús. A la estación fue a despedirla Carmela.

—¿Es la primera vez que viene usted a Ciudad Real? —indagó su vecina.

—Sí.

—Tendrá usted familia o intereses por estos rumbos.

—No. Vengo a trabajar.

—¿Con el Gobierno?

Había ya cierta suspicacia en su voz.

—En la Misión de Ayuda a los Indios.

—Ah.

El monosílabo fue pronunciado con un tono sarcástico que Alicia no comprendió. Quiso reanudar la plática, pero su vecina parecía muy ocupada en contar los bultos del equipaje y descendió del autobús sin decirle adiós.

La niebla se había disipado ya, pero el día era desapacible y opaco. Las mujeres cruzaban por la acera embozadas en gruesos chales negros.

—¿Le llevo su maleta, señorita?

El que así se dirigió a Alicia era un niño como de diez años, descalzo y con el pelo hirsuto. Muchos otros se arremolinaron a su alrededor para disputarle el trabajo. Los ahuyentó con golpes y amenazas. Ya vencedor repitió su pregunta. Alicia titubeó un momento, pero no tuvo más remedio que aceptar.

—¿Hay algún hotel no muy caro y que sea decente?

El niño asintió y ambos echaron a andar. La plaza, los portales. El reloj de catedral dio ocho campanadas. A cada momento Alicia tenía que desviarse para no chocar con los indios quienes, agobiados por su carga, andaban de prisa, acezantes. Otros estaban sentados plácidamente en las banquetas, espulgándose o registrando la red de su bastimento. Al pasar junto a uno de ellos el niño le propinó un fuerte coscorrón en la cabeza. Alicia reprimió un grito de alarma; temía que de aquí resultara un incidente largo y molesto. Pero el indio ni siquiera se volvió a ver quién lo había golpeado y Alicia y el niño continuaron su camino.

—¿Por qué le pegaste? —preguntó ella, al fin.

El niño se rascó la cabeza, con perplejidad.

—Pues… porque sí.

En el ánimo de Alicia luchaban su timidez natural y su natural rectitud. Se atrevió a aconsejar al niño, procurando despojar a sus palabras de toda aspereza, de toda acritud, que no repitiera su hazaña, pues no siempre saldría tan bien librado.

—Alguno te puede contestar… y son hombres mayores, más fuertes que tú…

El niño sonreía socarronamente.

—¿Acaso yo soy indio para que se me igualen?

Habían llegado al hotel. Su apariencia era lúgubre. Un caserón viejo, con las puertas de sus cuartos numeradas toscamente.

Acudió a recibirlos una mujer gorda y pacífica. Alicia le advirtió que su estancia sería breve: sólo el tiempo necesario para descansar y asearse un poco. Si se presentaba así, dijo señalando el traje marchito, el desorden de su pelo, sus superiores se formarían una pésima idea de su persona.

—Vine a trabajar en la Misión de Ayuda a los Indios —concluyó observando el efecto que estas palabras producirían en su interlocutora.

La mujer no dio ninguna señal de desaprobación. Pero a la hora de presentar la cuenta, la cifra había sido alterada.

—Ustedes (dijo a Alicia para contestar a su reclamación) vienen a Ciudad Real a encarecer la vida. Cuando los indios se alzan ya no quieren trabajar de balde en las fincas, ya no quieren vender su mercancía al precio de antes. Los que padecemos somos nosotros. Es justo que ustedes paguen también por el perjuicio que nos causan.

Alicia no entendió el razonamiento, pero el tono autoritario de su huéspeda la había cohibido. Horas más tarde comentaba el incidente con el director de la Misión, un hombre de mediana edad, sin ningún título pero, según la fama, con grandes dotes administrativas.

—Bueno, ya empieza usted a pasar su noviciado, Alicia. En cuanto se enteren de que trabaja usted con nosotros, los propietarios de tiendas y farmacias, los dueños de zapaterías, todos, le cobrarán el doble de lo que valgan sus artículos.

—¿Pero por qué?, la Misión no les hace ningún daño.

—Para esas gentes no hay peor daño que alguien trate a los indios como personas; siempre los han considerado como animales de carga. O cuando llegan a un exceso de humanitarismo, como esclavos.

—¿Y no hay modo de convencerles de que no tienen razón?

—Yo quise hacerlo, al principio. Fue inútil. Porque aquí no se trata de razones sino de intereses; el finquero que se niega a pagar un jornal a sus peones, el farmacéutico que quiere seguir vendiendo aceite guapo y pezuña de la gran bestia… ¿Cómo se puede discutir? Ahora la guerra es declarada y franca. Ya irá usted descubriendo, por propia experiencia, cuántas maneras tienen los coletos…

—¿Los coletos?

—Así le llaman a la gente de Ciudad Real. Pues le decía, cuántas maneras tienen los coletos de hostilizarnos.

—Y nosotros ¿cómo nos podemos defender?

El director se alzó de hombros.

—Eso todavía está por averiguarse.

Alicia escuchó aquellas revelaciones con asombro. Desde ese instante su espíritu, hasta entonces sin arraigo y sin más núcleo alrededor del cual girar que sus preocupaciones personales, pasó a formar parte de un grupo —la Misión— con el que, por lo pronto, se solidarizaba en su lucha contra los coletos.

Alicia se instaló en la casa que la Misión alquilaba para sus empleados. Estaría allí provisionalmente pues su destino era la clínica de Oxchuc. Pero los caminos estaban ahora intransitables por las lluvias. No quedaba más remedio que esperar unos días de canícula, una coyuntura favorable para partir. Mientras tanto Alicia no tenía ninguna tarea obligatoria. Deambulaba por las oficinas cuyo funcionamiento jamás llegó a descifrar. Había legajos

de papeles, archiveros, máquinas de escribir, secretarias. Algún timbre sonaba alguna vez perentoriamente. Se suscitaba un pequeño revuelo, cuyas consecuencias jamás eran percibidas, y luego volvía a reinar la calma. Bostezos, miradas impacientes o furtivas al reloj, un crucigrama apasionante, un bordado clandestino. Y al salir todos los empleados sonreían con la satisfacción de haber cumplido su deber.

Alicia procuraba hacerse amable. Pero a sus tímidas insinuaciones las empleadas coletas respondían con esa reticencia astuta de los provincianos. Querían sonsacarle sus secretos, si algunos tenía, para burlarse. Pero ellas jamás soltaban prenda.

Decepcionada, Alicia se iba afuera. En el corredor (de una casa enorme que se construyó con las vagas intenciones de servir de seminario o convento) estaban los indios: amontonados, malolientes e idénticos, aguardando que solucionaran sus asuntos. Líos de tierras con los hacendados, reclamaciones de trabajo con los enganchadores. Hablaban mucho y muy vivamente entre sí. Alicia les sonreía tratando de serles simpática. Pero ellos no comprendían la intención de su gesto.

Acabó por solicitar audiencia con el director. Le remordía la conciencia su inactividad y quería ver si no era posible que la utilizaran en algo. El director sonrió afablemente.

—No se preocupe usted. Ya llegará su turno. Aquí, como no tenemos clínica, una enfermera no puede hacer nada. Lo que necesitamos son abogados.

—Dicen que en Ciudad Real sobran.

—Pero ninguno ha querido colaborar con nosotros. Para ellos significaría una traición a su raza, a su pueblo.

—¿Y por qué no traer uno de México?

—Nuestros recursos son muy limitados. No podemos contratar a un profesionista competente, incluso con cierto prestigio. Tenemos que conformarnos con lo que caiga.

Alicia enrojeció violentamente.

—Señor director, yo…

—No, no quise ofenderla. Yo también soy un improvisado. Claro que tengo experiencias anteriores; he administrado asuntos. Pero lo que aquí sucede es tan distinto… En fin, por lo menos se tiene buena voluntad. Y eso es lo que exige la Asociación que nos refacciona con el dinero.

El director se puso de pie para dar por terminada la entrevista.

—En cuanto a usted, no se preocupe. Váyase a su cuarto y descanse. De los indios tendrá usted que aprender una cosa: que el tiempo no tiene ninguna importancia.

Llovía incesantemente. La mañana iba nublándose poco a poco y al mediodía se desataba un aguacero violento que golpeaba con furia los tejados. En el interior de su cuarto Alicia cepillaba sus ropas, llenas de los hongos verdes que hace brotar la humedad.

—¿Cuándo saldré de aquí?

La imposibilidad de marcharse de Ciudad Real la angustiaba. Un día se sorprendió pensando: "el doctor tampoco puede salir de la clínica". Y desde entonces su angustia fue más honda.

—No se queje usted —le recomendaba Angelina, la secretaria del director—. Es preferible estar aquí que en Oxchuc.

—¿Es un pueblo muy triste?

—Ni a pueblo llega. Dos o tres casas de ladinos y lo demás la indiada. Muchas veces no se consigue ni qué comer.

—¿Y qué hace el doctor? ¿Quién lo atiende?

—¿Salazar? Yo me imagino que ha de estar compatiado con el diablo. Se pasa meses y meses sin buscar un pretexto para venir a Ciudad Real. Y cuando viene ni habla con nadie, ni enamora a las muchachas. Se pone unas borracheras sordas y el resto de su dinero lo gasta en relojes. Dicen que tiene un montón.

Un desengaño amoroso, decidió Alicia. Eso es lo que hace al doctor Salazar tan huraño. La hipótesis la halagaba. Después de una experiencia semejante es cuando un hombre aprecia en lo que valen los buenos sentimientos de una mujer. Y estos buenos sentimientos eran la especialidad de Alicia. A partir de entonces pudo contemplarse en el espejo con menos inquietud.

—¿Y cómo es el doctor Salazar? ¿Guapo?

Angelina quedó pensativa. Nunca se le había ocurrido considerarlo desde ese punto de vista.

—No sé… es … Es titulado.

Para ella, y para todas las solteras de Ciudad Real, eso era lo más importante. Un buen partido. Al que podían aspirar las ricas, las hijas de los

finqueros, de los grandes comerciantes. No una simple mecanógrafa. ¿Para qué iba a perder el tiempo viéndolo con mayor atención?

En junio las lluvias amainaron un poco.

—Los caminos todavía no están secos —dijo el director—. Pero no podemos esperar más. Enviaremos víveres y medicinas a Oxchuc. Ésta es una buena ocasión para que usted se vaya.

Alicia alistó sus maletas con el corazón palpitante de alegría. ¡Por fin! Compró, por su cuenta, varias latas de conservas. Y, para colmo de lujos, una de espárragos. Estaba segura de que le gustarían al doctor.

Partieron a la mañana siguiente, muy de madrugada. Las calles de Ciudad Real estaban casi desiertas. No obstante, los escasos transeúntes se detenían, escandalizados y divertidos, a contemplar el espectáculo de “una mujer que monta como hombre”. Alicia se sentía incómoda bajo de esas miradas, pues era la primera vez que se subía a un caballo y estaba, a cada momento, a punto de caer.

Adelante iban los arrieros y la carga. Alicia iba hasta atrás. El caballo comprendió de inmediato que su jinete no ejercía ningún dominio sobre él y se aprovechaba para caminar con desgano, para correr intempestivamente y para estornudar sin motivo.

Alicia iba demudada de espanto. Los arrieros reían, con disimulo, de su ineptitud.

Era apenas el principio. A la planicie inicial comenzaron a suceder los cerros. Escarpados, pedregosos, surcados de veredas inverosímiles. Las bestias resbalaban en las lajas enormes, se desbarrancaban en las laderas flojas. O se atascaban, con el lodo hasta la panza, debatiéndose desesperadamente para avanzar.

Alicia miró su reloj. No habían transcurrido más que dos horas. ¿Cuánto faltaría aún? Preguntó. Cada arriero dio una respuesta diferente.

—Lo que falta es poco y pura planada —dijo uno.

—Puro pedregal, dirás —refutó otro.

—Si acaso son cuatro leguas.

—¡Qué esperanzas! Llegaremos con luna.

Entretanto el camino continuaba desarrollándose, indiferente a todas las predicciones, variando hasta el infinito sus obstáculos, proponiendo cada vez nuevos peligros.

Ya está oscureciendo, observó con sorpresa Alicia. Consultó nuevamente su reloj. Eran las tres de la tarde.

—Es la neblina —explicó un arriero.

—Por estos rumbos siempre está nublado. Dicen que es culpa de Santo Tomás, el patrón de Oxchuc.

—¿Y por qué, vos?

—Es un santo muy reata y muy chingón. Comenzando porque no creía en Nuestro Señor Jesucristo…

—¡Hiju'e la gran flauta!

—¿Yday?

—Pues ahí tienen ustedes que un día Santo Tomás tiró al cielo una piedra, asinota de grande.

—¡Ah, qué fregar! No me vas a decir que el cielo se cayó.

—¿Y qué querías que hiciera? Nuestro Señor Jesucristo no quiso levantarlo. Que le sirva de escarmiento a ese tal por cual, dijo. Que lo levante el que lo haya derrumbado. Y desde entonces Santo Tomás hace la fuerza, todos los días. ¡Pero qué va a poder! Aguanta un poco; y luego el cielo lo vence y se derrumba otra vez. Como si dijéramos, ahorita. Sientan cómo nos está cayendo encima. Es lo que nombramos niebla.

—¿Y no van a encender las lámparas? —indagó con aprensión Alicia.

—No precisan, patrona; los caballos conocen su querencia.

Uno de los arrieros se había quedado con una grave duda teológica.

—Oí vos, ese Nuestro Señor Jesucristo que acabás de mentar, ¿es el mismo que manija San José?

Ninguno se dignó contestarle. Hubo sólo una risa burlona.

El resto del viaje lo hicieron a ciegas. A los terrores ya conocidos, Alicia añadió otros mil imaginarios: abismos, despeñaderos, víboras repentinas. Cada uno de sus músculos estaba crispado. Entonces comenzó a llover.

Llovió toda la noche. La lluvia se filtraba a través de la manga de hule, del sombrero de palma, hasta calar el cuerpo aterido de los viajeros. Alicia gemía sordamente a cada vaivén del caballo, a cada torpe reculón. Las lágrimas tibias, saladas, se mezclaban al agua que le empapaba las mejillas.

—¡No se me raje, patrona, que ya vamos a llegar!

Alicia no creía en estos consuelos. ¿Desde qué horas "ya iban a llegar"? No llegarían nunca, a ninguna parte. Estaban condenados a errar siempre en

las tinieblas.

Primero fue una luz amarillenta y vacilante, a mucha distancia. Luego otra y otras más próximas. Oxchuc estaba a la vista.

La inminencia hizo intolerables los últimos kilómetros. Cada paso del caballo debería de ser el último y no lo era. Para soportar el siguiente, el cansancio de Alicia tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano.

Salieron de los jacales perros que ladraban su hambre, no su cólera, y alguna ventana se abrió tímidamente. Alicia no pudo ni volver el rostro porque tenía la nuca agarrotada. Empezaron a aparecer algunas precarias construcciones de adobe y de pronto, incongruentemente, estuvieron frente a la mole de una iglesia sólida y de un Palacio Municipal definitivo.

—Allá está la clínica —señaló un arriero.

Por más que se empeñase, Alicia no podía vislumbrar nada entre las sombras. Un rato después todos se detenían frente a una casa, igual en tamaño y forma a las del resto del pueblo. Sólo se distinguían por unas letras enormes las iniciales de la Misión.

—¿Ésta es la clínica? —preguntó Alicia con desaliento.

—Tiene chimenea —alardeó uno de los arrieros.

—Para entrar se necesita la llave. El candado está puesto. Ha de haber salido el doctor.

—¡Ya nos amolamos!

—Hay que ir a buscarlo.

—Que vaya Sabás; ése conoce sus bebederos.

—¡Pero que vaya pronto! —urgió Alicia.

Se llevó la mano a la boca, asustada por el tono perentorio de su voz. Los arrieros no habían reparado en él sino para apresurarse a obedecerla.

Alicia no pudo desmontar sin la ayuda de todos. Estaba paralizada de frío y el terror había impuesto a sus músculos una incoercible rigidez. Casi arrastrándola, los arrieros la arrimaron a la pared de la clínica. Allí se guareció bajo un saledizo de tejas. Acurrucada, para escapar a las salpicaduras de la lluvia y guardar el escaso calor de su cuerpo, Alicia se quedó dormida. No despertó sino hasta que el sol estaba ya bien alto. Alguien le decía, sacudiéndola por los hombros:

—Aquí está ya el doctor, patrona.

Alicia se pasó las manos sobre el rostro, contrariada. ¿Cómo iba a presentarse así, maltrecha y sin arreglar? ¡Dios mío, no era capaz siquiera

de ponerse en pie! Hizo un esfuerzo que no la condujo más que a una caída ridícula. Cuando alzó los ojos Alicia vio a un hombre que la observaba con burlona curiosidad.

—¡Con que ésta es la enfermera que vino a sacarme de apuros!

Alicia lo contemplaba ávidamente. ¿Qué edad podía tener este hombre? Era difícil adivinarlo bajo la barba crecida de dos semanas y la lividez que deja una noche de insomnio y alcohol. Su aspecto era tan deplorable como el de la recién llegada.

Salazar debió darse cuenta de que lo estaban examinando porque abruptamente giró sobre sus talones. Empuñaba la llave de la clínica. De espaldas parecía fornido, gracias a la chamarra de cuero con que se cubría.

Alicia le dio alcance en el patio. El doctor estaba contando y revisando los bultos que los arrieros habían traído. Refunfuñaba.

—Como de costumbre, nada de lo que necesitamos. Muestras de laboratorios, sobras de las medicinas que usan los ricos. Sedantes nerviosos, naturalmente. Ni una vitamina, ni un antibiótico. ¡Me lleva el carajo!

Alicia emitió un ¡oh! levísimo, Salazar no iba a tomarse la molestia de pedirle disculpas. La miró con severidad.

—Por lo menos sabrá cocinar. Estoy hasta el copete de estas inmundas latas de sardina.

—Sí, doctor. También traje algunas provisiones —exclamó Alicia encantada de demostrar sus habilidades—… pero vengo tan sucia que antes que nada quisiera tomar un baño.

—¿Un baño? —repitió Salazar como si acabaran de pedirle peras a un olmo. Luego hizo un ademán de indiferencia—. Si quiere ir al río tendrá que caminar una legua. Y a pie. Además, le prevengo que a estas horas el agua está helada.

Los arrieros soltaron la risa. Trémula de humillación, Alicia tuvo que conformarse con remojar una toalla y pasársela sobre la cara. Se cambió los pantalones llenos de lodo por un vestido arrugado y con este atuendo hizo su primera incursión en la cocina.

Si sus guisos fueron del gusto del doctor nunca lo supo. Contaba con muy escasos medios y hacía prodigios para darles un sabor variado y una presentación aceptable. Pero Salazar comía en silencio, con un periódico viejo desplegado siempre frente a sí.

—¿Qué es lo que lee usted? —se atrevió a preguntarle una vez Alicia.

—Las noticias del mundo —condescendió a responder Salazar, como se responde a los niños o a los imbéciles.

—Pero lo que dice allí sucedió hace mucho tiempo.

—Entonces ya no será noticia, sino historia. Además, ¿qué tiene que ver el tiempo? Nada cambia. Todo sigue siempre igual.

Alicia recogió los platos. En una artesa de lámina fue lavándolos, uno a uno, produciendo un ruido deliberado y pertinaz.

—Cuando usted disponga, doctor, estoy lista para ayudarle en el consultorio —anunció Alicia unos días después.

Salazar levantó los ojos, molesto por la interrupción.

—¿Qué ya no hay nada qué hacer en la casa?

Alicia no se sentía mortificada por estar desempeñando los menesteres de una sirvienta. Pero estaba segura de que la reclamaban otras tareas más importantes.

—Conseguí que viniera a ayudarme una muchachita. Está todo en orden. Lo que no hemos logrado es que funcione la chimenea. Y con este frío…

—La chimenea es un adorno. El tiro no sirve.

Alicia no se sorprendió. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Pero no se trataba de esto. Entrelazó las manos, como en espera de instrucciones. Salazar percibió la expectativa y para romperla insistió:

—Así que no hay nada pendiente…

—Salvo su cuarto, doctor; como usted lo deja con llave cada vez que sale…

—No me gusta que nadie fisgonee en mis cosas.

Alicia lo había hecho, sin escrúpulo y sin resultados, desde el principio de su estancia en Oxchuc. Lo único que encontró fue un revoltijo de papeles garabateados, ropa sucia (algunas prendas de mujer, muy corrientes) y la fabulosa caja llena de relojes de todas marcas y formas.

—Un día que yo pueda vigilarla ya entrará usted a barrer mi recámara. Ahora no es posible. Voy a salir.

—Vinieron a buscarlo, doctor. Hay unas personas que quieren consulta.

—Ya no es hora. La clínica se abre de las diez de la mañana a las dos de la tarde. Ni antes ni después se atiende a nadie.

—Son unas pobres gentes. Dicen que vinieron de muy lejos; traen a su enfermo en parihuela. Les di lugar en el corredor.

—¡Pues hizo usted muy mal! Van a llenarnos de piojos y quién sabe de qué otros bichos. Desalójelos usted cuanto antes de allí.

—Pero doctor —protestó Alicia, desconcertada— no entiendo…

—Pues si no entiende limítese a obedecer. Y se lo advierto desde hoy: no tome ninguna medida sin mi consentimiento. El único responsable de la clínica soy yo.

—Está bien, doctor. Pero ahora ¿va usted a dejar que esos que están esperándolo se marchen así?

El doctor dio un golpe con el periódico sobre la mesa.

—¿Qué quiere usted? ¿Que yo vea al enfermo? ¿Para qué? ¿Para pulsear las vueltas de su sangre? La remesa de medicinas que me enviaron ya se acabó. No tengo nada que darle. ¿Comprende usted? Nada.

—Por lo menos hable usted con ellos. Se regresarían más conformes si usted les dijera una palabra.

—Una palabra que esos indios no entienden; una palabra que me desprestigiaría a mí y de paso a la Misión, porque sería falsa. Si me callo le parezco injusto a usted, lo que a fin de cuentas me viene muy guango. Si hablo pierdo la confianza de ellos. Y la necesito. Usted no los conoce. A pesar de sus modos humildes no vienen aquí a pedir un favor. Vienen a exigir milagros. No nos consideran hombres, iguales que ellos. Quieren adorarnos como a dioses. O destruirnos como a demonios.

Alicia no entendía estos razonamientos. Era ignorante; no había hecho una carrera ni tenía los años de experiencia del doctor en Oxchuc.

—Él es hombre —se decía—. Sabe lo que hace, yo no tengo ningún derecho para criticarlo.

Pero no lograba disipar esa desazón que la invadía cada vez que pensaba en la conducta de Salazar.

Diciembre vino con su frío intolerable. Tiritando, Alicia se refugiaba junto a la chimenea inservible. Desde algún tiempo atrás el doctor había abandonado su periódico y se acercaba a conversar. Hablaba con animación, haciendo grandes ademanes. Alicia seguía con dificultad sus historias. Eran confusas pero se referían siempre al mismo hecho: una huelga estudiantil de la que Salazar conservaba aún cicatrices, pues la policía la había disuelto violentamente. Luego, para borrar el mal sabor de este recuerdo, evocaba los partidos de futbol contra el equipo de la Universidad.

—Los del Politécnico peleábamos con fibra; se trataba de ganarles porque eran los niños bien, los ricos. Eso bastaba para que los creyéramos culpables de todo lo malo que sucedía en el mundo. ¡Qué fácil! En cambio ahora…

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Alicia. Porque el doctor no parecía dispuesto a continuar.

—Ahora ya conozco a los pobres.

Hizo una pequeña pausa. La expresión de su rostro era la de una crueldad divertida.

—¡Qué estupidez! Durante años creí que yo era uno de ellos. Y tuve que venir a Chiapas, a Oxchuc, para darme cuenta de que ni siquiera tenía la menor idea de lo que era un pobre. Y ahora puedo decir que lo que he visto no me gusta.

Alicia no comprendía esta manera de juzgarlos. Nunca se le ocurrió considerar a los pobres como algo que se rechaza o se aprueba por las molestias que causan. Los asociaba siempre a la caridad, a la limosna, a la compasión. Estaba irritada.

—¿Por qué?

—Los ricos nos explotan, abusan de nosotros. Correcto. Pero nos dejan la posibilidad, o mejor dicho, nos obligan a defendernos. En cambio, los pobres piden, piden sin descanso. Quieren pan, dinero, atención, sacrificios. Se nos paran enfrente con su miseria y nos convierten en culpables a nosotros.

Salazar guardó silencio durante unos instantes. Parecía estar descubriendo algo.

—¿No será que yo también me he vuelto rico?

Alicia sonrió.

—Perdóneme usted, pero no se le nota.

—Digo, por dentro. De estudiante vivía con las becas del Gobierno. Dormía donde me agarraba la noche. Comía cuando alguno me invitaba. Juzgaba siempre, condenaba siempre a los demás. En cambio ahora tengo un alojamiento, no muy cómodo, pero seguro. Un puesto, no muy elevado, pero digno. Gano un sueldo. Ahorro. Me compro cosas. Usted va a ver la colección de relojes que tengo.

—¿Para qué le sirven aquí, donde el tiempo no cuenta?

—Ahí está la clave, precisamente. Cuando uno puede comprar algo perfectamente inútil es que ya es rico.

Comenzó a pasearse, a grandes zancadas. Alicia lo miraba ir y venir y se acordaba que junto a la colección de relojes estaba el revoltijo de papeles y la ropa sucia y corriente de mujer. Es de su querida, le contó la muchachita que la ayudaba con el quehacer. ¡Qué asco!

—Esto complica las cosas. A veces me cuesta trabajo distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Y aquí, ya usted lo irá comprobando, los asuntos no están claros. Nada claros. Haga uno lo que haga siempre se equivoca.

Alicia se equivocaba. Salazar no respondía nunca a sus previsiones. Cuando ya, definitivamente, había resuelto que el doctor era un hombre a quien su profesión no le importaba un comino, lo vio entrar, exultante de alegría.

—¡Buenas noticias, criatura! Acabo de recibir de Ciudad Real una caja llena de vacunas. Ahora sí, que nos echen las epidemias, que ya tenemos con qué hacerles frente.

Alicia sonrió de mala gana. Le era difícil recuperar su entusiasmo de los primeros días.

—Saldremos de gira con un intérprete y un ayudante. Usted nos acompañará; la presencia de una mujer quita muchos recelos. Iremos de paraje en paraje; no quedará un solo niño expuesto a la tos ferina, ni a la difteria, ni al tétanos.

La comitiva salió temprano a la mañana siguiente. Los caminos eran arduos y avanzaron con lentitud entre las piedras y los lodazales. Al mediodía llegaron a un paraje que se llamaba Pawinal.

Eran unos treinta jacales diseminados en un lomerío. Al ver llegar a los extraños la gente de Pawinal corrió a encerrarse.

—¿Por qué se esconden? —preguntó Alicia.

—Tienen miedo; sus brujos les han aconsejado que no nos reciban. Y también el cura de Oxchuc.

—¿Por qué?

—Por diferentes razones; los brujos no toleran la competencia. También curamos. O si usted lo prefiere, también ayudamos a bien morir.

—¿Y el cura?

—No sabe qué pensar. Primero dijo que éramos protestantes. Ahora dice que somos comunistas.

—¡Es una calumnia!

—¿Usted sabe en qué consiste eso de ser comunista?

—Pues… en realidad no.

—El cura tampoco. Lo dice de buena fe. Supone que representamos un peligro y es natural que quiera defender su rebaño.

Meses antes Alicia habría exclamado: "¡Es increíble!" Pero desde su llegada a Chiapas los límites de su credulidad se habían vuelto muy elásticos.

—¿Qué somos, doctor?

—¿No se lo dijeron antes de venir? Gente de buena voluntad.

—Entonces hay que decírselos.

—¿A quiénes?

—A todos. A estos indios, por lo pronto.

—Es lo que está haciendo, desde que llegamos, el intérprete. Va de casa en casa y les explica que no buscamos ningún provecho para nosotros. Que no vamos a explotarlos, como los demás ladinos. Que nuestro afán es ayudar, librarlos de la amenaza de una enfermedad.

—¡Pero ni siquiera lo escuchan! ¿Por qué echan a correr o le cierran la puerta o se tapan los oídos?

—Porque no entienden de qué les están hablando. ¡Buena voluntad! Probablemente no existan esas palabras en su idioma. Y en cuanto a las enfermedades de que los queremos librar, son posibles, remotas. En cambio, con la vacuna vamos a provocarles un malestar inmediato: calentura y dolor. ¿A nombre de qué tienen que sufrirlo? De un microbio en cuya existencia no pueden creer puesto que jamás lo han visto.

—¿Entonces?

—Entonces vámonos. No tenemos nada que hacer aquí.

Alicia estaba demasiado cansada para discutir. Emprendieron el regreso. El intérprete, un ladino de Oxchuc, iba adelante. Silbaba, como si lo sucedido lo complaciera. Atrás el doctor, reconcentrado en sus meditaciones. El ayudante llevando el cargamento. Y Alicia, triste.

Por la noche, después de haber servido la cena, Alicia vino a sentarse junto al doctor. Necesitaba hablar con él, escuchar sus argumentos, la justificación de sus actos que le eran siempre incomprensibles. Preguntó:

—¿Por qué trabaja usted aquí?

—Puedo darle dos respuestas: una idealista: porque en todas partes se puede servir a los demás. Otra, cínica: porque me pagan.

—¿Cuál es la verdadera?

—Una y otra, según lo quiera usted ver. Yo estudié con muchos trabajos, con muchos sacrificios. Cuando me recibí no tenía más que un título muy modesto: médico rural. Con eso no podía abrir un consultorio ni en el pueblo más infeliz. Mi familia se angustiaba. ¡Era yo su única esperanza, desde hacía tantos años! Había que darse prisa para demostrarles que yo no era un estafador. Entonces supe que una asociación, o grupo de gentes de buena voluntad, como les gusta llamarse, planeaba enviar un médico a una clínica de Chiapas. Era mi oportunidad.

—¿Y desde el principio estuvo usted aquí, en Oxchuc?

—Hasta ahora no hay otra clínica.

—¿Qué esperaba usted hacer?

—Prodigios. Para los demás, las manos llenas de favores. Para mí, la recompensa merecida: la fama, el dinero.

Alicia se puso de pie, avergonzada. Pensó en sus propios motivos: el sueldo también, la esperanza de casarse. ¡Qué ridiculez! ¿Con qué derecho podía juzgar al otro?

—Hay una gran diferencia entre lo que se espera y lo que se obtiene, ¿verdad?

—Si fuéramos honrados, renunciaríamos.

—¿Por qué?

—Porque esto es para volver loco a cualquiera. ¡Una clínica que no tiene medicinas, un médico al que le cierran la puerta los enfermos, hasta una chimenea que no funciona! ¡Es una burla, doctor, y yo no voy a soportarla más! ¡Yo quiero irme de aquí!

—Calma, Sarah Bernhardt. De nada sirve exaltarse. Lo mejor es analizar la situación. Esto no marcha, de acuerdo. Pero debe existir alguna causa, la base debe de estar mal planteada. Si damos con el error podemos solucionarlo todo.

Alicia abrió unos ojos anchos de esperanza. El doctor tuvo una sonrisa maligna.

—Pero mientras tanto podemos disfrutar de todas nuestras ventajas: un sueldo seguro, casa, comida. Y tiempo de sobra. ¿Qué le divierte? A

muchas mujeres les gusta tejer; otras leen novelas cursis o simplemente se aburren. En ninguna parte la vida le será tan fácil como aquí.

—Ya lo sé. Siempre habría alguien para vigilarme y para hacer que, si yo no cumplo con mis obligaciones, me despidieran inmediatamente.

—Supongo que lo que usted ha dicho es una alusión. Pero no tengo por qué darle explicaciones de mi conducta, puesto que usted no es más que una subordinada. Sin embargo, voy a tranquilizar su conciencia sensible. Ni usted ni yo estamos defraudando a nadie. No nos enviaron aquí para que hiciéramos milagros: la multiplicación de las medicinas, la luz en el cerebro de los ignorantes. Nos enviaron para que aguantáramos el frío, la soledad y el desamparo. Para que compartiéramos la miseria de los indios, o para que la presenciáramos, ya que no podemos remediarla. Basta con que hagamos esto, a conciencia, para desquitar el sueldo que nos pagan. ¡Y por Dios, yo le juro que no nos pagan bastante!

La luz de la lámpara se debilitaba. Dos lágrimas incoloras rodaron sobre las mejillas de Alicia. El doctor se puso de pie.

—Con lo cual se levanta la sesión. Si quiere usted tomar algún calmante los hay de sobra en el botiquín.

Alicia quedó sentada, todavía un rato más, casi a oscuras. Luego atravesó lentamente el patio, bajo la llovizna. Recostada en su catre pensaba que lo había echado todo a perder. ¿Por qué no podía callarse? ¿Qué estaba defendiendo? Los ojos de Alicia, ya secos, se abrieron desmesuradamente en la oscuridad. Tuvo miedo. Deseaba huir, estar en otra parte. En un mundo limpio, con caminos fáciles y donde la gente fuera alegre y sana y hablara español. Esa noche soñó la casa de su infancia.

Las jornadas se sucedían, monótonas. A veces el doctor llamaba a Alicia para alguna curación. Ella lo asistía, temblando de timidez, apresurándose a cumplir —¡y cuántas veces equivocadamente!— sus órdenes. Pero bajo la mirada irónica de Salazar estos actos perdían su sentido, se convertían en una rutina absurda.

Una noche, ya muy tarde, vinieron a llamar a la puerta. Alicia despertó sobresaltada y, contraviniendo las indicaciones expresas del doctor, fue a abrir.

Eran dos indios; la fatiga entrecortaba sus palabras. No obstante eso, y la torpeza con que se servían del castellano, Alicia pudo entender que traían consigo a una mujer moribunda por un parto difícil. Alicia los hizo entrar. A

la luz de la vela se veía el rostro demacrado de la enferma. Entre todos la acomodaron en el catre de Alicia. Luego ella corrió a la cocina y puso a hervir una olla con agua.

—¿Qué escándalo es éste?

Era el doctor (todavía con su ropa de dormir), quien indagaba desde el umbral.

Alicia se aproximó a él, suplicante.

—Es un caso de emergencia, doctor. No pude negarles la entrada.

—¿Algún herido?

—Una parturienta.

—¡Qué extraño! Ése es menester del brujo, de la comadrona. El médico no les sirve más que para accidentes.

Pero mientras hacía tales comentarios, Salazar no permanecía inactivo. Estaba ya en su cuarto, vistiéndose, y luego en el consultorio desinfectando el instrumental que usaría. Alicia no tuvo que azuzarlo. Toda la noche el médico veló a la enferma con una solicitud que Alicia se regocijó en atribuir a sus conversaciones. Al amanecer un varoncito reposaba junto a su madre, envuelto en pañales improvisados.

Salazar fue a la cocina a pedir una taza de café negro.

—Esa mujer le debe la vida, doctor. Y si no lo nombran padrino de la criatura es que son unos ingratos.

—No me hacen falta ahijados —protestó Salazar. Pero los ojos de Alicia descubrían la satisfacción oculta entre los ademanes hoscos.

— Lo único que quiero es dormir. Que no me despierten más que si es muy urgente.

—Vaya tranquilo, doctor.

Alicia recomendó silencio a todos. El marido y el suegro de la enferma andaban de puntillas por la clínica. La mujer reposaba abrazando a su hijo. Alicia se acostó en el diván del consultorio. Así transcurrieron muchas horas.

Cuando Salazar despertó fue a revisar a la enferma y al recién nacido. Todo estaba en orden. Tanto que su presencia no era indispensable en la clínica. Así es que había decidido ir a la tertulia del secretario municipal. Si algo se ofrecía allí era posible localizarlo.

—¡Tertulia! —pensó para sí Alicia. Cantina. De esas parrandas Salazar no volvía pronto. Pero, en fin. Había que confiar en que no sería necesario

llamarlo.

Alicia preparó durante el día los alimentos de la enferma que estaba demasiado débil por la hemorragia que había sufrido. La india comía con timidez y como para no hacer el desaire. Pero no tenía apetito sino sueño. Volvió a dormir profundamente, sin darse cuenta de que anochecía. Al amanecer la despertó, intempestivamente, el llanto de su hijo.

Procuró calmarlo dándole el pecho. El recién nacido lo chupó desesperadamente algunos minutos y lo soltó para llorar de nuevo. No había logrado extraer ni una gota de leche. La madre miraba a su alrededor sin comprender.

El llanto de la criatura era, al principio, colérico, vigoroso. Pero después fue convirtiéndose en un gemido lastimero. La india se exprimía en vano los pezones.

El marido y el suegro se miraron entre sí con una mirada rápida de entendimiento. Era indudable que esta mujer había sido víctima de algún maleficio. Todas paren con facilidad, todas pueden amamantar a sus crías. ¿Por qué ella no? ¿Acaso era culpable y su desgracia le venía como un castigo?

Después de algunos minutos de dudas y vacilaciones, Alicia envió a la muchachita que la ayudaba en el quehacer a que buscase al doctor. Salazar llegó a la clínica furioso y ligeramente borracho.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó al entrar.

—La mujer no tiene leche —dijo Alicia.

—Pues déle alimento artificial. En el botiquín hay biberones y latas de leche condensada.

—Pero es que usted se llevó la llave.

—Está bien, téngala. Saque lo que sea necesario. Vea los precios y cóbrele al padre. Pero cobre usted antes de entregar las cosas porque después ni quién le pague.

Alicia quedó estupefacta. No sabía que la Misión cobraba. Salazar le explicó con impaciencia.

—Es una disposición reciente, dictada por mí. Nada del otro mundo. Una cuota simbólica, nada más. Y ya basta. Yo tengo también derecho a descansar. ¿O no?

Tambaleándose, Salazar se dirigió a su cuarto mientras Alicia hacía las cuentas. El importe del bote de leche y el biberón sumaba diez pesos.

—No tengo dinero —dijo el indio más joven. El viejo lo apoyó con un gesto de asentimiento.

—No importa —empezó a decir Alicia—. Ya me lo darán después…

Lo urgente era aplacar el hambre del niño. Y si no me pagan, se dijo entre sí Alicia —pues de estos indios no hay que fiarse—, pondré el dinero de mi bolsa. No por eso me voy a quedar en la calle.

A sus espaldas sonó la voz de Salazar.

—¿Con que no hay "takín", eh? Ya me estaba yo oliendo la trampa y por eso volví. No hay dinero. Pues anda a tu casa a traerlo. Tu hijo no beberá un trago de nada mientras tú no regreses.

Alicia volvió hacia el doctor unos ojos incrédulos. Pero Salazar, en vez de arrepentirse de su decisión, le arrebató con violencia el bote de leche y la mamila.

—Y en cuanto a usted, señorita enfermera, le prohíbo que entregue estas cosas mientras yo no se lo autorice.

El doctor fue hasta el botiquín y, con ademanes inseguros, guardó los objetos y echó llave. Después se enfrentó al par de indios.

—Yo los conozco desde hace tiempo. A mí no me van a tomar el pelo. El apellido de ustedes es Kuleg, que quiere decir rico.

—Pero no tengo dinero, ajwalil.

—Regístrate bien, desdobla tu cinturón; tal vez guardes un cachuco de Guatemala, tú, viejo. Pagar tres o cuatrocientos pesos al brujo no te duele, ¿verdad?

Los dos indios bajaron la cabeza y repitieron su única frase:

—No tenemos dinero.

Salazar se encogió de hombros y sin añadir una palabra más se dirigió a su cuarto. Alicia lo alcanzó antes de que cerrara la puerta.

—¡No podemos dejar que esa criatura se muera de hambre!

—¿Acaso depende de nosotros? Allí tiene usted al flamante padre, al abuelo. Son ellos quienes tienen la obligación de alimentarlo.

—Pero si no tienen dinero.

—¡Mentira! Sí tienen. Yo lo sé positivamente. El viejo es dueño de una milpa y de algunas ovejas. El joven podría engancharse para las fincas de la costa y pedir un anticipo.

—¡Y mientras tanto el niño se muere!

Los gritos habían cesado. Alicia hizo una mueca de alarma. Salazar sonrió.

—No es tan fácil morir, como usted supone. Se ha quedado dormido, seguramente. Pero si así no fuera ¿por qué asustarse? Si ese niño muere hoy se habrá evitado treinta o cuarenta años de sufrimiento. Para venir a acabar en una borrachera o consumido por las fiebres. ¿Cree usted que vale la pena salvarlo?

—¡No me importa! Y usted no tiene ningún derecho a decidir. Su obligación…

—¿Cuál es mi obligación? Suponga usted que le regalo un bote de leche a Kuleg. Bastaría para algún tiempo, tres o cuatro días a lo sumo. Entonces sería necesario darle más. Los conozco, Alicia, son abusivos, como todos los indios, como todos los pobres. Y la clínica apenas puede sostenerse. No puede darse el lujo de criar niños.

—Doctor, se lo ruego. . .

Alicia no escuchaba los argumentos del otro. Sólo quería correr hasta donde estaba el recién nacido y ponerle en la boca una mamila llena de leche caliente.

—¡Qué buen ejemplo daríamos! Hoy es Kuleg el que nos ve la cara ¡porque tiene dinero, yo lo sé positivamente! Mañana será otro. Y cuando terminemos de repartir las medicinas ¿qué? No tendremos ni un centavo para comprar otras nuevas. Pero además nos habremos quedado sin un cliente. Porque lo que se recibe sin pagar no se estima. ¡El brujo puede más que nosotros puesto que cuesta más!

Alicia se tapó los oídos. Precipitadamente se apartó de Salazar. En el patio encontró a los dos Kuleg sentados, fumando. Se acercó al joven.

—Yo te voy a facilitar el dinero; pero no se lo digas a nadie y corre a entregárselo al doctor. Apúrate, antes de que sea demasiado tarde.

Alicia se había arrodillado y hablaba de prisa. Sacó unas monedas que los dos indios contemplaron sin hacer el menor ademán para apropiárselas.

—El pukuj se está comiendo a mi hijo.

Esta explicación, tan sencilla, hacía superflua toda acción. Alicia se volvió, suplicante, al anciano. Pero él también la miraba con una fijeza estúpida que las palabras extranjeras, que los gestos incoherentes, no alcanzaban a penetrar.

Alicia se puso de pie con desaliento y fue a su cuarto. La enferma estaba sentada en la orilla del catre y se trenzaba el cabello. Su semblante estaba pálido aún, pero no había en él ningún signo de ansiedad. El niño dormía chupándose la mano entera.

Alicia empezó a hablar apresuradamente. Sacudía a la india por los hombros, como para despertarla. Ella no protestaba y a todo asentía con docilidad. No entendía lo que estaban pidiéndole. Pero se reservaba para obedecer sólo a su marido.

Alicia abandonó el cuarto y fue al consultorio. Estuvo forcejeando largo rato con la puerta del botiquín, pero la cerradura no cedió. Y no tenía fuerzas para romperla.

Agotada por la noche de insomnio y por los acontecimientos que presenciaba sin poder remediar, Alicia se sentó en el suelo, bajo un alero del patio. Así pasaron las horas. A veces rompía el silencio el llanto ronco del niño. Luego todo volvía a quedar en paz.

Al anochecer abandonaron la clínica el anciano, su hijo y la mujer con un pequeño cadáver entre sus brazos. Salazar no había despertado aún.

Cuando despertó, Alicia estaba haciendo sus maletas. Bostezando, absorto en algún pensamiento, Salazar no comentó nada de lo que había sucedido.

—Yo se lo he dicho muchas veces al director de la Misión: no basta poner paños calientes sobre una llaga. Hay que arrancar el mal de raíz. ¿Se acuerda de lo que usted y yo comentábamos la otra noche? Hay que saber cuál es el verdadero problema. Y yo ya me he dado cuenta, por fin. El verdadero problema es educar a los indios. Hay que enseñarles que el médico y la clínica son una necesidad. Ellos ya saben que las necesidades cuestan; si se lo regalamos todo, no aprecian lo que reciben. Son muy llevados por mal. Yo los conozco, vaya si no. He vivido años entre ellos. Solo, como un perro. Sin con quién hablar. Y con miedo. Miedo de la venganza de los brujos, de los despechados porque su enfermo no se salvó. ¿Cómo quieren que se salve? Lo traen cuando ya está desahuciado. No hay gratitud. El mérito siempre lo tiene otro: el santo, el brujo. Pero son cobardes, no saben matar más que a traición. No dan la cara nunca, no lo ven a uno a los ojos. Y sin con quién hablar. Los ladinos de Oxchuc son unos intrigantes, unos envidiosos. También hay que cuidarse de ellos, porque cualquier día me ponen un cuatro. Se necesitan riñones para

aguantar esto. Antes de que usted viniera yo mismo me hacía la comida, porque tenía miedo de que me envenenaran. No es justo. Se estudia una carrera, se quema uno las pestañas durante años. No hay diversiones, no hay mujeres, no hay nada. Y la familia sacrificándose para que uno tenga su título. Ya vendrá la compensación. Y luego lo mandan a uno a refundirse aquí. Claro que yo podría irme, en el momento en que se me antoje. Soy muy buen médico, en cualquier parte encontraría un empleo mejor… Me convendría. Yo necesito ver gente, necesito encontrar alguno a quien decirle, a quien explicarle… Porque yo he descubierto algo, algo muy importante. La buena voluntad no basta; lo esencial es la educación, la educación. Estos indios no entienden nada y alguien tiene que empezar a enseñarles… Luego llega usted, con sus remilgos y sus modos de monja y cree que es muy fácil despreciarme porque me emborracho de vez en cuando y porque ha averiguado usted que tengo una querida y porque…

Alicia no contestó. Los sollozos le apretaban la garganta.

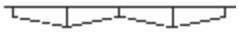
—A veces les doy cuerda a todos los relojes juntos. Es bonito oírlos caminar. No paran, nada para nunca.

De pronto Salazar se acercó y tomó a Alicia por los hombros.

—¿Qué cree usted que vale más? ¿La vida de ese muchachito o la de todos los otros? Kuleg les contará lo que ha pasado. Le dimos una lección ¡y qué lección! Ahora los indios habrán aprendido que con la clínica de Oxchuc no se juega. Empezarán a venir ¡vaya que sí! y con el dinero por delante. Podremos comprar medicinas, montones de medicinas…

Salazar gesticulaba. Alicia se apartó de él y cuando terminó de guardar su ropa cerró la maleta. Afuera llovía.

El don rechazado



ANTES que nada tengo que presentarme: mi nombre es José Antonio Romero y soy antropólogo. Sí, la antropología es una carrera en cierto modo reciente dentro de la Universidad. Los primeros maestros tuvieron que improvisarse y en la confusión hubo oportunidad para que se colaran algunos elementos indeseables, pero se han ido eliminando poco a poco. Ahora, los nuevos estamos luchando por dar a nuestra Escuela un nivel digno. Incluso hemos llevado la batalla hasta el Senado de la República, cuando se discutió el asunto de la Ley de Profesiones.

Pero me estoy apartando del tema; no era eso lo que yo le quería contar, sino un incidente muy curioso que me ocurrió en Ciudad Real, donde trabajo.

Como usted sabe, en Ciudad Real hay una Misión de Ayuda a los Indios. Fue fundada y se sostuvo, al principio, gracias a las contribuciones de particulares; pero ha pasado a manos del Gobierno.

Allí, entre los muchos técnicos, yo soy uno más y mis atribuciones son muy variadas. Lo mismo sirvo, como dice el refrán, para un barrido que para un fregado. Llevo al cabo tareas de investigador, intervengo en los conflictos entre pueblos, hasta he fungido como componedor de matrimonios. Naturalmente que no puedo estar sentado en mi oficina esperando a que lleguen a buscarme. Tengo que salir, tomar la delantera a los problemas. En estas condiciones me es indispensable un vehículo. ¡Dios santo, lo que me costó conseguir uno! Todos, los médicos, los maestros, los ingenieros, pedían lo mismo que yo. Total, fuimos arreglándonoslas de

algún modo. Ahora yo tengo, al menos unos días a la semana, un jeep a mi disposición.

Hemos acabado por entendernos bien el jeep y yo; le conozco las mañas y ya sé hasta dónde puede dar de sí. He descubierto que funciona mejor en carretera (bueno, en lo que en Chiapas llamamos carretera) que en la ciudad.

Porque allí el tráfico es un desorden; no hay señales o están equivocadas y nadie las obedece. Los coletos andan a media calle, muy quitados de la pena, platicando y riéndose como si las banquetas no existieran. ¿Tocar el claxon? Si le gusta perder el tiempo puede usted hacerlo. Pero el peatón ni siquiera se volverá a ver qué pasa y menos todavía dejarle libre el camino.

Pero el otro día me sucedió un detalle muy curioso, que es el que le quiero contar. Venía yo de regreso del paraje de Navenchauc e iba yo con el jeep por la Calle Real de Guadalupe, que es donde se hace el comercio entre los indios y los ladinos; no podía yo avanzar a más de diez kilómetros por hora, en medio de aquellas aglomeraciones y de la gente que se solaza regateando o que se tambalea, cargada de grandes bultos de mercancía. Le dije diez kilómetros, pero a veces el velocímetro ni siquiera marcaba.

A mí me había puesto de mal humor esa lentitud, aunque no anduviese con apuro, ni mucho menos. De repente sale corriendo, no sé de dónde, una indita como de doce años y de plano se echa encima del jeep. Yo alcancé a frenar y no le di más que un empujón muy leve con la defensa. Pero me bajé hecho una furia y soltando improperios. No le voy a ocultar nada, aunque me avergüence. Yo no tengo costumbre de hacerlo, pero aquella vez solté tantas groserías como cualquier ladino de Ciudad Real.

La muchachita me escuchaba gimoteando y restregándose hipócritamente los ojos, donde no había ni rastro de una lágrima. Me compadecí de ella y, a pesar de todas mis convicciones contra la mendicidad y de la ineficacia de los actos aislados, y a pesar de que aborrezco el sentimentalismo, saqué una moneda, entre las burlas de los mirones que se habían amontonado a nuestro alrededor.

La muchachita no quiso aceptar la limosna pero me agarró de la manga y trataba de llevarme a un lugar que yo no podía comprender. Los mirones, naturalmente, se reían y decían frases de doble sentido, pero yo no les hice caso y me fui tras ella.

No vaya usted a interpretarme mal. Ni por un momento pensé que se tratara de una aventura, porque en ese caso no me habría interesado. Soy joven, estoy soltero y a veces la necesidad de hembra atosiga en estos pueblos infelices. Pero trabajo en una institución y hay algo que se llama ética profesional que yo respeto mucho. Y además ¿para qué nos andamos con cuentos? Mis gustos son un poco más exigentes.

Total, que llegamos a una de las calles que desembocan a la de Guadalupe y allí me voy encontrando a una mujer, india también, tirada en el suelo, aparentemente sin conocimiento y con un recién nacido entre los brazos.

La muchachita me la señalaba y me decía quién sabe cuántas cosas en su dialecto. Por desgracia, yo no lo he aprendido aún porque, aparte de que mi especialidad no es la lingüística sino la antropología social, llevo poco tiempo todavía en Chiapas. Así es que me quedé en ayunas.

Al inclinarme hacia la mujer tuve que reprimir el impulso de taparme la nariz con un pañuelo. Despedía un olor que no sé cómo describirle: muy fuerte, muy concentrado, muy desagradable. No era sólo el olor de la suciedad, aunque la mujer estuviese muy sucia y el sudor impregnara la lana de su chamarro. Era algo más íntimo, más… ¿cómo le diría yo? Más orgánico.

Automáticamente (yo no tengo de la medicina más nociones que las que tiene todo el mundo) le tomé el pulso. Y me alarmó su violencia, su palpitar caótico. A juzgar por él, la mujer estaba muy grave. Ya no dudé más. Fui por el jeep para transportarla a la clínica de la Misión.

La muchachita no se apartó de nosotros ni un momento; se hizo cargo del recién nacido, que lloraba desesperadamente, y cuidó de que la enferma fuera si no cómoda, por lo menos segura, en la parte de atrás del jeep.

Mi llegada a la Misión causó el revuelo que usted debe suponer; todos corrieron a averiguar qué sucedía y tuvieron que aguantarse su curiosidad, porque yo no pude informarles más de lo que le he contado a usted.

Después de reconocerla, el médico de la clínica dijo que la mujer tenía fiebre puerperal. ¡Hágame usted favor! Su hijo había nacido en quién sabe qué condiciones de falta de higiene y ahora ella estaba pagándolo con una infección que la tenía a las puertas de la muerte.

Tomé el asunto muy a pecho. En esos días gozaba de una especie de vacaciones y decidí dedicárselas a quienes habían recurrido a mí en un

momento de apuro.

Cuando se agotaron los antibióticos de la farmacia de la Misión, para no entretenerme en papeleos, fui yo mismo a comprarlos a Ciudad Real y lo que no pude conseguir allí fui a traerlo hasta Tuxtla. ¿Que con cuál dinero? De mi propio peculio. Se lo digo, no para que me haga usted un elogio que no me interesa, sino porque me comprometí a no ocultarle nada. ¿Y por qué había usted de elogiarme? Gano bien, soy soltero y en estos pueblos no hay mucho en qué gastar. Tengo mis ahorros. Y quería yo que aquella mujer sanara.

Mientras la penicilina surtía sus efectos, la muchachita se paseaba por los corredores de la clínica con la criatura en brazos. No paraba de berrear, el condenado. Y no era para menos con el hambre. Se le dio alimento artificial y las esposas de algunos empleados de la Misión (buenas señoras, si se les toca la fibra sensible) proveyeron de pañales y talco y todas esas cosas al escuincle.

Poco a poco, los que vivíamos en la Misión nos fuimos encariñando con aquella familia. De sus desgracias nos enteramos pormenorizadamente, merced a una criada que hizo la traductora del tzeltal al español, porque el lingüista andaba de gira por aquellas fechas.

Resulta que la enferma, que se llamaba Manuela, había quedado viuda en los primeros meses del embarazo. El dueño de las tierras que alquilaba su difunto marido le hizo las cuentas del Gran Capitán. Según él, había hecho compromisos que el peón no acabó de solventar: préstamos en efectivo y en especie, adelantos, una maraña que ahora la viuda tenía la obligación de desenredar.

Manuela huyó de allí y fue a arrimarse con gente de su familia. Pero el embarazo le hacía difícil trabajar en la milpa. Además, las cosechas habían sido insuficientes durante los últimos años y en todos los parajes se estaba resintiendo la escasez.

¿Qué salida le quedaba a la pobre? No se le ocurrió más que bajar a Ciudad Real y ver si podía colocarse como criada. Piénselo usted un momento: ¡Manuela criada! Una mujer que no sabía cocinar más que frijoles, que no era capaz de hacer un mandado, que no entendía siquiera el español. Y de sobornal, la criatura por nacer.

Al fin de las cansadas, Manuela consiguió acomodo en un mesón para arrieros que regenteaba una tal doña Prájeda, con fama en todo el barrio de

que hacía reventar, a fuerza de trabajo, a quienes tenían la desgracia de servirla.

Pues allí fue a caer mi dichosa Manuela. Como su embarazo iba ya muy adelantado, acabalaba el quehacer con la ayuda de su hija mayor, Marta, muchachita muy lista y con mucho despejo natural.

De algún modo se las agenciaron las dos para dar gusto a la patrona quien, según supe después, le tenía echado el ojo a Marta para venderla al primero que se la solicitara.

Por más que ahora lo niegue, doña Prájeda no podía ignorar en qué estado recibía a Manuela. Pero cuando llegó la hora del parto, se hizo de nuevas, armó el gran borlote, dijo que su mesón no era un asilo y tomó las providencias para llevar a su sirvienta al Hospital Civil.

La pobre Manuela lloraba a lágrima viva. Hágase usted cargo; en su imaginación quién sabe qué había urdido que era un hospital. Una especie de cárcel, un lugar de penitencia y de castigo. Por fin, a fuerza de ruegos, logró que su patrona se aplacara y consintiera en que la india diera a luz en su casa.

Doña Prájeda es de las que no hacen un favor entero. Para que Manuela no fuera a molestar a nadie con sus gritos, la zurdió en la caballeriza. Allí, entre el estiércol y las moscas, entre quién sabe cuántas porquerías más, la india tuvo su hijo y se consiguió la fiebre con que la recogí.

Apenas aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, la patrona puso el grito en el cielo y, sin tentarse el alma, echó a la calle a toda la familia. Allí podían haber estado, a sol y sereno, si un alma caritativa no se compadece de ellas y le da a Marta el consejo de que recurriera a la Misión, ya que el Hospital Civil aterrorizaba tanto a su madre.

Marta no sabía dónde quedaba la Misión, pero cuando vieron pasar un jeep con nuestro escudo, alguien la empujó para que yo me parara.

Si hacemos a un lado el susto y el regaño, el expediente no les salió mal, porque en la Misión no sólo curamos a Manuela, sino que nos preocupábamos por lo que iba a ser de ella y de sus hijos después de que la dieran de alta en la clínica.

Manuela estaba demasiado débil para trabajar y Marta andaba más bien en edad de aprender. ¿Por qué no meterla en el Internado de la Misión? Allí les enseñan oficios, rudimentos de lectura y escritura, hábitos y necesidades de gente civilizada. Y después del aprendizaje, pueden volver a sus propios

pueblos, con un cargo que desempeñar, con un sueldo decente, con una dignidad nueva.

Se lo propusimos a Manuela, creyendo que iba a ver el cielo abierto; pero la india se concretó a apretar más a su hijo contra su pecho. No quiso responder.

Nos extrañó una reacción semejante, pero en las discusiones con los otros antropólogos sacamos en claro que lo que le preocupaba a Manuela era el salario de su hija, un salario con el que contaba para mantenerse.

Ya calculará usted que no era nada del otro mundo; una bicoca y para mí, como para cualquiera, no representaba ningún sacrificio hacer ese desembolso mensual. Fui a proponerle el arreglo a la mujer y le expliqué el asunto, muy claramente, a la intérprete.

—Dice que si le quiere usted comprar a su hija, para que sea su querida, va a pedir un garrafón de trago y dos almudes de maíz. Que en menos no se la da.

Tal vez hubiera sido más práctico aceptar aquellas condiciones, que a Manuela le parecían normales e inocentes porque eran la costumbre de su raza. Pero yo me empeñé en demostrarle, por mí y por la Misión, que nuestros propósitos no eran, como los de cualquier ladino de Ciudad Real, ni envilecerlas ni explotarlas, sino que queríamos dar a su hija una oportunidad para educarse y mejorar su vida. Inútil. Manuela no salía de su cantilena del trago y del maíz, a los que ahora había añadido también, al ver mi insistencia, un almud de frijol.

Opté por dejarla en paz. En la clínica seguían atendiéndola, a ella y a sus hijos, alimentándolos, echándoles DDT en la cabeza, porque les hervía de piojos.

Pero no me resignaba yo a dar el asunto por perdido; me remordía la conciencia ver a una muchachita, tan viva como Marta, criarse a la buena de Dios, ir a parar en quién sabe qué miseria.

Alguien sugirió que el mejor modo de ganarme la confianza de la madre era por el lado de la religión: un compadrazgo es un parentesco espiritual que los indios respetan mucho. El recién nacido no estaba bautizado. ¿Por qué no ir convenciendo, poco a poco, a Manuela, de que me nombrara padrino de su hijo?

Empecé por comprarle juguetes a la criatura: una sonaja, un ámbar para el mal de ojo. Procuraba yo estar presente en el momento en que la

enfermera lo bañaba y hasta aprendí a cambiarle los pañales sin causar demasiados estropicios.

Manuela me dejaba hacer, pero no sin inquietud, con un recelo que no lograba disimular tras sus sonrisas. Respiraba tranquila sólo cuando el chiquillo estaba de nuevo en su regazo.

A pesar de todo, yo me hacía ilusiones de que estaba ganando terreno y un día consideré que había llegado el momento de plantear la cuestión del bautizo.

Después de los rodeos indispensables, la intérprete dijo que aquella criatura no podía seguir viviendo como un animalito, sin nombre, sin un sacramento encima. Yo veía a Manuela asentir dócilmente a nuestras razones y aun reforzarlas con gestos afirmativos y con exclamaciones de ponderación. Creí que el asunto estaba arreglado.

Pero cuando se trató de escoger al padrino Manuela no nos permitió continuar; ella había pensado en eso desde el principio y no valía la pena discutir.

—¿Quién? —preguntó la intérprete.

Yo me aparté unos pasos para permitir a la enferma que hablara con libertad.

—Doña Prájeda —respondió la india en su media lengua.

No pude contenerme y, asido a los barrotes de la cama, la sacudía con un paroxismo de furor.

—¿Doña Prájeda? —repetía yo con incredulidad—. ¿La que te mandó a la caballeriza para que tu hijo naciera entre la inmundicia? ¿La que te echó a la calle cuando más necesidad tenías de su apoyo y su consuelo? ¿La que no se ha parado una sola vez en la Misión para preguntar si viviste o moriste?

—Doña Prájeda es mi patrona —respondió Manuela con seriedad—. No hemos deshecho el trato. Yo no he salido todavía de su poder.

Para no hacerle el cuento largo, la alegata duró horas y no fue posible que Manuela y yo llegáramos a ningún acuerdo. Yo salí de la clínica dándome a todos los demonios y jurando no volver a meterme en lo que no me importaba.

Unos días después, Manuela, ya completamente restablecida, dejó la Misión junto con sus hijos. Volvió a trabajar con doña Prájeda, naturalmente.

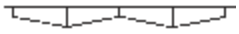
A veces me la he encontrado en la calle y me esconde los ojos. Pero no como si tuviera vergüenza o remordimientos. Sino como si temiera recibir algún daño.

¡No, por favor, no llame usted a Manuela ni ingrata, ni abyecta, ni imbécil! No concluya usted, para evitarse responsabilidades, que los indios no tienen remedio. Su actitud es muy comprensible. No distingue un caxlán de otro. Todos parecemos iguales. Cuando uno se le acerca con brutalidad, ya conoce el modo, ya sabe lo que debe hacer. Pero cuando otro es amable y le da sin exigir nada en cambio, no lo entiende. Está fuera del orden que impera en Ciudad Real. Teme que la trampa sea aún más peligrosa y se defiende a su modo: huyendo.

Yo sé todo esto; y sé que si trabajamos duro, los de la Misión y todos los demás, algún día las cosas serán diferentes.

Pero mientras tanto Manuela, Marta… ¿Qué será de ellas? Lo que quiero que usted me diga es si yo, como profesionista, como hombre, incurrí en alguna falta. Debe de haber algo. Algo que yo no les supe dar.

Arthur Smith salva su alma



…un hombre,
en el mejor sentido de la palabra, bueno.
ANTONIO MACHADO

MIENTRAS volaban en helicóptero sobre la sierra (picachos agresivos, despeñaderos, algo diminuto que se movía entre la vegetación), Arthur Smith pensó que el mundo, definitivamente, estaba bien hecho. Por lo menos en lo que se podía contemplar a simple vista, en su parte natural, en su aspecto externo, ganaría uno si apostara que era hermoso. Esas combinaciones de colores que tenía frente a él ahora, por ejemplo. Cada uno de los elementos —azul, verde, morado sombrío— era de una nitidez, de una pureza que, a pesar de su proximidad y aun de su entrecruzamiento, resultaba imposible confundirlos.

La confusión viene de una mirada desatenta y rápida. En cuanto el ojo se detiene puede discernir, puede calificar con exactitud.

Arthur Smith extrajo una libreta de pastas negras y escribió con apresuramiento algunos signos y abreviaturas donde quedaba apuntada su meditación. Podría serle útil más adelante. Este tipo de observaciones tan sencillas, tomadas de las cosas cotidianas, es el que a la gente le gusta y lo que capta.

La gente, para Arthur Smith, era el pueblo, humilde en su ignorancia, a quien el Señor se había dirigido en parábolas. El sentido de ellas, tan diáfano y sin embargo tan multívoco, se revelaba en secreto a cada corazón y aparecía, clarísimo, en cada circunstancia especial. A veces un sentido

daba la impresión de contradecir a otro o de restarle validez. Pero esto no era más que consecuencia de la irremediable limitación del intelecto humano (“la razón, soberbia para proclamar sus conquistas, ciega para reconocer sus errores, incapaz de saltar sus barreras”, escribió) que encuentra siempre inescrutables los designios de Dios y sus caminos.

El helicóptero, manejado hábil y seguramente (¿y cómo no, si el piloto era norteamericano?), fue perdiendo altura. En el bosque de coníferas se había abierto, de pronto, un gran claro donde podía aterrizar, no sólo un aparato tan pequeño como el que transportaba a Arthur, sino también aviones de gran tamaño y potencia.

Arthur Smith cerró su libreta de pastas negras y la guardó. Le era imposible continuar escribiendo con este bamboleo y con las leves e intermitentes sacudidas con que las ruedas del helicóptero tocaron tierra.

Al finalizar el descenso el piloto se volvió hacia Arthur —el único pasajero— con una sonrisa amplia, de dentífrico recomendable, de chicle con clorofila, que expresaba, a la vez, la satisfacción de la hazaña cumplida y la alegría de haber tenido un espectador.

—Como usted ve no estamos mal instalados aquí —comentó el piloto mirando en torno suyo. Varios hangares amplios y por lo pronto vacíos, y una pequeña torre de control constituían el panorama inmediato. Detrás había una apretada arboleda de pinos.

De la torre salió, exuberante, a saludar a sus compatriotas, el encargado de los aparatos de radiotransmisión y recepción.

Por una deferencia natural se dirigió primero a Arthur Smith a quien dio un vigoroso apretón de manos y una bienvenida esquemática a nombre del pastor Williams, ausente por deberes inaplazables de su ministerio. Después, la conversación se deslizó, fluida y sabrosa, como si nunca se hubiera interrumpido, hacia el piloto. Ambos hablaban de mecánica, de un cargamento que todos aguardaban con impaciencia y, en un instante en que los dos supusieron que Smith no los escuchaba, de asuntos profanos. El piloto proporcionó una sorpresa muy agradable al radiotécnico al revelarle que en su equipaje había traído una magnífica colección de postales.

Arthur, que procuraba distraerse pateando las piedrecillas del camino, no pudo evitar entender el significado de lo que los otros cuchicheaban. Se ruborizó hasta la raíz de los cabellos, apretó los puños. ¿Cómo era posible que estos hijos de perra…? Pero un largo entrenamiento de dominio sobre

sus impulsos hizo desaparecer los síntomas de la ira. Después de todo, reflexionó, ese par de hombres que iban delante de él formaban parte del “rebaño de perdición”. No habían sido tocados por ninguna gracia, ni señalados para ninguna misión especial. Con su barro se amasó un receptáculo vil. En cambio él, Arthur… suspiró satisfecho: él estaba, por fin, en su sitio y su sitio era de elección. Había llegado a su destino.

Recordó ahora los años de dudas, de postergaciones. “Señor, ¿seré digno de servirte?” Y nunca supo si en esta pregunta había humildad o cobardía.

Lo tentaba el mundo, aquel mundo que los antiguos consideraron peligroso, sin imaginar siquiera los extremos de seducción que alcanzaría. Todos los aparatos para vivir cómoda y fácilmente; todos los instrumentos para proporcionar placer; todos los colores y los ruidos para aturdir. Todo al alcance de la mano de todos. “Obténgalo ahora; páguelo después.” Y allí se precipitaban las muchedumbres, con las manos ávidas para asir lo que se pudiera y al precio que fuese. Y cada uno empujando a los demás porque quería llegar primero, porque necesitaba ser el único. Había que apartarse del montón, mostrarse original, excéntrico, alcanzar la fama. No importaban los medios. “Yo fui esposa de un presidiario de Sing-Sing.” “Yo amaestré un avestruz.” “Yo comí doscientas hamburguesas en tres horas.”

Fama significaba dinero. Y dinero… ¡Vamos! ¿Quién no sabe lo que significa el dinero? Arthur Smith deseaba ambas cosas, pero de una manera abstracta y pasiva. Si alguien hubiera venido a ofrecérselas no las habría rechazado. Pero conquistarlas, abrirse paso a empujones… No, evidentemente no estaba hecho de la pasta de los pioneros ni de los ejecutivos agresivos. Entonces Arthur se justificaba considerando que el mundo era vanidad de vanidades y que más le valía perderlo, con tal de salvar su alma.

Pero también estas consideraciones eran remotas. Adquirieron consistencia sólo al morir su madre. Aquel cáncer… ¡Dios mío! ¿Habría algo que pudiera borrar el olor repugnante de carne que se pudre con lentitud, con morosidad? Y los alaridos de dolor. ¿Dónde se refugiaba el espíritu, en aquellos pobres cuerpos torturados por la enfermedad y por los tratamientos, embrutecidos por la anestesia? Y sin embargo, el último instante de la agonía fue tan luminoso que Arthur Smith quedó maravillado. Su madre lo miró con una mirada ancha, húmeda, donde hubiera podido

caber el cielo. Una mirada de reconciliación, de certidumbre de que todo estaba en orden y era bueno, de paz.

A partir de entonces Arthur Smith asistió con más frecuencia al templo del que su madre había sido feligresa: el de la secta protestante de los Hermanos de Cristo.

Arthur se hallaba a gusto en el interior de un edificio solemne y sin imágenes, entre personas de aire benévolo, tocadas con sombreros ligeramente pasados de moda.

En los sermones que escuchaba había algo (¿la semejanza con las palabras de su madre?) que le hacía revivir su infancia. La figura de Cristo aparecía siempre resplandeciente de bondad y de ternura. Sus actos eran sencillos. Se inclinaba a consolar a los tristes, a perdonar a los pecadores, a ablandar a los empedernidos. Ser bueno era entonces fácil. Tan fácil como caminar sobre las aguas.

Arthur Smith hizo algunas pequeñas tentativas para practicar el bien en su parroquia. Pero el carácter emprendedor (después de todo Arthur era también un norteamericano) no podía conformarse con la limosna ocasional a algún vagabundo, cuya puntualidad nadie podía garantizarle. Por lo demás le repugnaba visitar los barrios bajos de su pueblo. Había en ellos tal prostitución (cantinas, hoteles de paso, holgazanería), que su miseria no podía considerarse más que como un castigo divino que no era lícito paliar.

Arthur Smith consultó la opinión de varias personas más avisadas que él y todos le aconsejaron que se inscribiera en una Organización vasta y poderosa, cuyas sucursales operaban en los puntos más aislados y primitivos de la América Latina.

La Organización tenía unas siglas impronunciables cuya pretensión era sintetizar las iniciales de todos los clubes privados que contribuían a su sostenimiento y todas las sectas religiosas que prestaban su colaboración.

Cuando Arthur Smith se presentó a las oficinas de enrolamiento de la Organización, no le exigieron más que dos requisitos: ser cristiano y adiestrarse en alguna especialidad útil en el medio en que iban a requerirse sus servicios.

Arthur Smith se inscribió en un curso intensivo de dialectos mayences, con particularidad el tzeltal, ya que el sitio que había escogido como término de su viaje era un campamento llamado Ah-tún, en los Altos de Chiapas, al sur de la República Mexicana.

Sus estudios no lo hicieron descuidar, sino antes al contrario fortalecer, sus disciplinas morales. Mientras su estado civil fuera la soltería (y no abrigaba la menor intención de cambiarlo), le era forzoso guardar la castidad. No siempre le era posible. Pero se consolaba releyendo el pasaje aquel en que se afirma que la carne es flaca y que el justo cae setenta veces cada día.

En cuanto a los otros pecados casi no lo atosigaban. La avaricia, desde que la Organización se había encargado de darle alojamiento, ropa, comida, pago de las colegiaturas y un pequeño excedente para gastos imprevistos, había desaparecido de su horizonte. La vanidad estaba satisfecha. ¿Y no era legítima, en el grado mínimo en que la experimentaba, cuando Arthur había sido capaz de buscar la senda estrecha y cuando estaba dispuesto a sacrificarse con tal de redimir a los demás?

Arthur Smith recibió un diploma que lo acreditaba como conocedor de la lingüística prehispánica en Mesoamérica y con él, bien enrollado en la maleta, se dirigió al campamento de Ah-tún.

El viaje fue rápido y por los medios más modernos. Aviones de retropropulsión en el territorio de los Estados Unidos. Tetramotores desde la capital de México a la de Chiapas. Y helicóptero desde Tuxtla Gutiérrez hasta Ah-tún.

A primera vista el proceso era el de una decadencia. Pero mientras Arthur Smith se deslizaba por los aires, raudo y seguro, otros menos privilegiados que él (los funcionarios de la Misión de Ayuda a los Indios, los particulares, los nativos), tenían que atravesar las serranías chiapanecas a bordo de jeeps inverosímiles, a lomo de bestias y de indios pacientes, a pie.

Detentar el privilegio del helicóptero no lesionaba la humildad de Arthur, sino que más bien fortalecía el sentimiento de que estaba del “buen lado”. Su religión era verdadera, su raza era superior, su país era poderoso. Dios, aseveraba Arthur, no necesitaba que las almas humanas transitasen de este al otro mundo para manifestar sus predilecciones, para premiar ciertas conductas con el éxito, porque su justicia era expedita, además de infalible e inapelable.

Desde luego que estar del “buen lado” no podía admitirse de ninguna manera como una casualidad. El hecho había sido largamente objeto de meditaciones, desde el principio de la creación, por la inteligencia divina.

Ahora bien, al hombre, a Arthur Smith, le correspondía, como era usual, retribuir de algún modo los favores que había recibido.

(La palabra “favor” no era de las preferidas por Arthur, ya que podía interpretarse como una disminución del mérito propio. Por desgracia el mérito estaba en relación directa con la responsabilidad y ésta podía traer como consecuencia la culpa, que a su vez acarreaba el castigo. Arthur Smith se resignaba, entonces, a dejar las cosas en el punto en que las había encontrado.)

Quedamos, pues, en que Arthur Smith había recibido de la Providencia innumerables favores: el de comprender y aceptar la Revelación; el de practicar e imponer la moral; el de ostentar la ciudadanía más respetada del mundo; el de lucir el pigmento adecuado de piel; el de manejar una moneda que valía siempre más que las otras.

Ahora bien, ¿cómo hacer que esta inversión de la Providencia en su persona redituara los mayores beneficios posibles? Podía convertirse en un próspero hombre de negocios. En su religión no existía un solo mandamiento que se lo prohibiese y las leyes de su país le brindaban todas las oportunidades posibles. Sin embargo (y a pesar de las abundantes autobiografías de millonarios que habían comenzado su carrera como limpiabotas), la competencia era feroz.

Arthur Smith transigió entonces con la burocracia. Pero la mayor parte de los puestos estaban ocupados por personas con una inexcusable tendencia a la inmortalidad. Y en cuanto se producía un hueco aparecía inmediatamente, para llenarlo, la misma multitud que se aglomeraba en las entradas de los ferrocarriles subterráneos y de los elevadores.

Quedaban otros recursos: la suerte, por ejemplo. Pero las estadísticas se empeñaban en indicar que todos los yacimientos petrolíferos habían sido ya descubiertos, lo mismo que las minas de metales preciosos o de esas nuevas sustancias que la industria moderna exigía, cada vez en cantidades mayores, para su desarrollo.

El recurso de los inventos fue desechado por Arthur después de una melancólica ojeada a los archivos de la Oficina de Patentes.

Con cierta intermitencia surgía una oportunidad: la guerra. Pero el ánimo de Arthur Smtih no era especialmente combativo. El Dios de los Ejércitos establecía, muy de tarde en tarde, comunicación con él y aun entonces sus mandatos eran más ambiguos que imperativos. Sin embargo,

cuando vio aparecer por todas las paredes y postes de la ciudad enormes cartelones en los que se hacía un dramático llamamiento a su heroísmo para que salvara el sagrado patrimonio de la Libertad, de la Democracia y de la Dignidad Humana, amenazado por un enemigo implacable en una remota isla del Pacífico, Arthur Smith acudió con rapidez, aunque con pies tan planos, al puesto de reclutamiento, que su solicitud fue rechazada.

Mamá y su pequeña pensión de viuda lo ayudaron en años difíciles en los que ser vendedor ambulante significaba exponerse a embestidas de perros bravos, travesuras de chicos irrespetuosos y portazos de señoras desgreñadas.

Por lo demás, su elocuencia —que en un púlpito hubiera brillado esplendorosamente comentando pasajes del Evangelio— se convertía en un tartamudeo ineficaz cuando se trataba de ensalzar las virtudes omnicomprensivas de un detergente, de un abrelatas convertible en el utensilio más inesperado, de un cepillo multifacético.

—Tu problema —le advirtió su madre con esa clarividencia que sólo da el amor— es que no tienes fe.

Y era exacto. Arthur no podía tener fe en algo tan deleznable como un cepillo. La reservaba para ideales más elevados. Creía en las promesas de los políticos; confiaba en la honestidad de los manejadores de las ligas de beisbol; habría puesto la mano en el fuego para avalar los conocimientos enciclopédicos de los participantes en los programas de preguntas y respuestas en la televisión.

Cuando estos ideales, por uno u otro motivo, se derrumbaron, la fe de Arthur Smith se orientó, en forma total y ferviente, hacia el único prestigio que la publicidad no podía ni fabricar ni deshacer a su antojo: hacia Dios.

La fe en Dios era la que ahora había movido a Arthur hasta regiones inexploradas, donde tribus de indios salvajes aguardaban el mensaje de luz y redención.

—Ése es el campamento de Ah-tún —anunció el radiotécnico al señalar un grupo de casitas de madera, pintadas de vivos colores. En la calle única, implacablemente recta e impecablemente pavimentada, circulaban niños rubios y sanos, montados en bicicletas o encaramados en patines.

El piloto preguntó dónde estaba la fuente de sodas más próxima. Era una broma que él y su amigo, el radiotécnico, se gastaban invariablemente. Pero eso lo ignoraba Arthur Smith, quien fulminó a ambos con una severa

mirada de admonición. Lo primero que había que averiguar, dijo, era la ubicación del templo. Como cristianos debían ir a dar gracias al Señor por haberlos conducido con bien hasta el término de su viaje.

El radiotécnico se mostró un poco embarazado para responder. El templo, dijo, se hallaba a considerable distancia en plena jungla. (Llamaba jungla a todo lo que fuera campo, sin distinguir esos pequeños matices que hacen que una llanura no sea un bosque ni un desierto.)

Lo más prudente, añadió, era que los recién llegados descansaran un rato. Los conduciría a la casa de visitantes en uno de cuyos cuartos se instalaría Arthur ya que, según tenía entendido, era soltero y no precisaba de una casa. En cuanto al piloto, conocía de sobra su cubil.

—Mientras tanto yo ordenaré que les preparen algo de beber.

A Arthur le pareció poco hospitalario, de parte de las amas de casa, que no hubieran salido a recibirlo. Después de todo su puesto de lingüista era de cierta importancia y además siempre es agradable hacerle los honores a un compatriota en una tierra extraña. Alguna reminiscencia infantil lo había hecho soñar con pasteles de manzana recién horneados. Pero en la atmósfera no se percibía más que un vago olor de desinfectante. Las cocinas estaban cerradas y silenciosas. Éste era el momento en que las señoras escuchaban un complicadísimo episodio en que un hombre seductor, moreno y vil, estaba a punto de hacer caer en sus redes a la ingenua heredera, salvada a última hora por la lealtad del administrador de los bienes de su difunto padre. El administrador era un joven rubio, pecoso y sencillo, que la había amado siempre, aunque jamás se atrevió a confesárselo.

El pastor Williams regresó al anochecer. De las cocinas escapaban ahora humos tenues y deliciosos y la planta de luz eléctrica emitía un zumbido continuo y tranquilizador.

Arthur y Williams se entrevistaron en la estancia de la casa de visitantes. Hubo instantáneamente entre los dos una corriente de simpatía al descubrir asombrosas coincidencias en sus gustos. En efecto, preferían la Coca-Cola a otras marcas de refrescos embotellados y los tabacos suaves a los fuertes. Su conversación, que se iniciaba bajo tan buenos auspicios, no pudo prolongarse mucho porque al piloto le urgía que el pastor Williams firmara el visto bueno de los artículos que había transportado: varios rollos de película de 16 milímetros, algunas cajas de antibióticos y un paquete de

ejemplares de los Evangelios y otros libros y revistas. No le era posible esperar porque partiría de regreso a Tuxtla al día siguiente, de madrugada.

Para Arthur el día siguiente también tenía planes definidos. Alguien lo guiaría por el campamento para que admirara sus instalaciones: una alberca de agua templada (el clima lo exigía así), un salón de actos en el que se efectuaban conferencias, exhibiciones de cine y hasta representaciones de aficionados al teatro. A la hora de comer disfrutaría de la invitación del pastor Williams y de su familia para acompañarlos.

La señora Williams —edad mediana, belleza que se marchitaba sin rebeldía, dos hijos— se mostró encantada con la visita de Arthur. Cualquier novedad en este destierro, declaró sin cuidarse de que sus palabras fueran malinterpretadas como una descortesía, resultaba excitante. Tan excitante que era ésta la primera vez, en meses, que había intervenido personalmente en la elección del menú y hasta en la elaboración de los platillos. Porque las cocineras indias, lo mismo que lo demás de la servidumbre de que su marido la había provisto, más bien servían de estorbo que de ayuda.

—Son estúpidas, sucias, tercas, hipócritas…

—Por favor, Liz —la interrumpió el Pastor, tendiendo hacia ella una bandeja con refrescos—. Recuerda que prometiste tener paciencia.

Liz sonrió casi entre lágrimas y se bebió de un sorbo gran parte del contenido de su vaso.

—Voy a ver si la comida está lista —dijo.

Y abandonó la habitación con pasos rígidos y deliberadamente ruidosos.

A la mesa se sentaron los tres. Los niños, explicó Liz, estaban fuera. Y bueno, esperaba que nadie protestaría por eso. Los niños no saben más que interrumpir las pláticas de los mayores, hacer preguntas tontas y derramar cosas sobre el mantel.

—Es resultado de la educación que reciben —dijo con displicencia el pastor Williams.

—¿Y he de ser yo la única que los eduque? Tú estás siempre fuera. Y los niños no ven más que malos ejemplos por todas partes. El otro día encontré a Ralph llorando porque no tenía piojos como los nativos.

Las mejillas de Liz llameaban. En ese momento entró al comedor una india llevando una fuente de carne que depositó con torpeza junto al Pastor.

—¿No te he repetido mil veces que la que sirve la comida soy yo?

Era la voz de Liz, colérica. La india abatió los párpados y sonriendo, sin comprender, sin rozar apenas el suelo con sus pies descalzos, volvió a la cocina.

—¿Han visto? —se quejó Liz al Pastor, a Arthur, a todos—. Y todavía pretenden que los niños se eduquen.

—Querida, a nuestro huésped no le interesan los problemas domésticos.

—¡Perdón, señor Smith! Y además qué absurdo, perder el tiempo en tonterías cuando hay tantas cosas interesantes que comentar.

Liz hablaba como si temiera que alguna operadora invisible, como la de los teléfonos, fuera a cortarle la comunicación. De prisa, ansiosa. ¿Qué tal Nueva York? ¿Era de veras tan enorme como decían? Ella nunca pudo conocerlo, como tampoco pudo conocer Hollywood, ni Florida, ni Las Vegas, ni las Cataratas del Niágara. En cambio, dijo mirando con ironía a su marido, había conocido Ah-tún.

—Sírvenos el café, por favor.

Sentados en el porche, con la cafetera de cristal refractario ante ellos y con sendos cigarrillos, de marcas iguales, encendidos, Arthur y Williams quedaron a solas.

—Creo que Liz necesita unas vacaciones. Ha estado aquí demasiado tiempo.

No la mencionó más. Arthur esperaba que ahora el Pastor le especificara las tareas que iba a encomendarle en el campamento. Pero no fue así. Se limitó a recomendarle que procurase conocer el ambiente, relacionarse con los demás.

Arthur fue, poco a poco, distinguiendo a sus compañeros, enterándose de sus profesiones y sus actividades, aunque muchas de ellas no acertaba cómo hacerlas encajar dentro de un marco de acción estrictamente religiosa. Había, por ejemplo, un botánico que se dedicaba a clasificar las especies raras de la región; un geólogo que llevaba al cabo investigaciones sobre la edad y variedades de las piedras; otros especialistas que levantaban mapas o elaboraban gráficas sobre el número de habitantes de la zona, sus costumbres, su nivel cultural, las enfermedades a las que eran más susceptibles y los índices de mortalidad y natalidad.

Los técnicos eran gente eficaz y bien remunerada. En sus esposas se encontraba, a menudo, el descontento de Liz. Aunque alguna se divirtiera

pensando en cómo iba a asombrar a sus amistades de Iowa cuando les contara las aventuras de Ah-tún.

Los niños norteamericanos asistían con regularidad a la escuela y el tiempo libre excursionaban por los alrededores. Sus padres les prohibían, invariablemente, tres cosas: que tomaran agua sin purificar, que establecieran amistad con desconocidos (sobre todo si eran nativos) y que se demorasen hasta después del anochecer.

La segunda recomendación, por lo menos, era superflua. Ninguno de los niños hablaba otro idioma más que el inglés, totalmente ignorado por los ladinos de la zona. Algunos indios (los que servían en las casas del campamento, o ayudaban como peones a los técnicos o concurrían con excesiva regularidad a las ceremonias religiosas) habían logrado aprender algunas palabras. Pero su timidez, su índole reservada, su ancestral respeto a los caxlanes les impedían pronunciarlas más que entre sí.

—Como usted ve —explicó por fin el pastor Williams a Arthur—, un lingüista nos era indispensable. Lo que urge es que iniciemos la traducción del Evangelio al tzeltal. Sólo así será posible predicarlo con eficacia.

—Y para que la Buena Nueva se difunda más, también podríamos imprimir folletos, repartirlos gratuitamente.

El pastor Williams sonrió.

—Es inútil. Los nativos de esta zona no están alfabetizados.

—Entonces ¿por qué no abrir una escuela?

—Tómelo con calma, amigo Smith. No se puede lograr todo al mismo tiempo. Cuando decidimos establecernos aquí lo esencial era que saneáramos la región. Había de todo: paludismo, parasitosis, tifoidea. Si no hubiéramos principiado por esto, los primeros en perecer habríamos sido nosotros.

—¿Y ahora?

—Hay que mantener las instalaciones. Los filtros purificadores, las pistas de aterrizaje, la alberca.

—Yo he visto que los indios trabajan allí sin cobrar.

—Sí, es su forma de demostrarnos su gratitud. Pero lo que resulta caro son los aparatos, los aviones, por ejemplo, que deben estar siempre en condiciones de disponibilidad.

Arthur había creído, al principio, que únicamente el helicóptero era indispensable. Pero ahora los hangares estaban ocupados por tetramotores.

—Hubo que construir el campamento —continuó con orgullo el pastor Williams—. Cuando nosotros llegamos no había nada más que jungla. Ahora ya lo ve usted. Casi no tenemos motivo para sentir nostalgia del hogar.

Casi. Faltaba sólo la fuente de sodas, la sucursal de banco.

—Bien —concluyó Williams—. Su tarea en Ah-tún consistirá en hacer las traducciones de que hablamos. Tómese su tiempo, amigo, porque no nos corre ninguna prisa. Y no es necesario que proceda por orden. Yo le iré señalando los versículos que se leerán y se comentarán en las reuniones dominicales.

A Arthur Smith le fue asignado un ayudante: un joven indígena —Mariano Sántiz Nich—, que hasta hoy no había cedido a nadie su primer lugar en conocimiento del inglés.

Arthur y Mariano trabajaban en un salón espacioso, ante una mesa cómoda, con todos los elementos de los que iban a hacer uso a su alcance. Mariano, dócil como correspondía a su condición, se sentaba ante el otro. Pero su esfuerzo mayor no consistía ni en concentrarse en los textos, ni en querer penetrar su significado, ni en transvasarlos con exactitud de un idioma a otro. Lo más difícil era permanecer sentado, mirar los árboles y el campo desde lejos, al través de un vidrio, ejercitar la mano en un menester que no exigía rudeza.

A Mariano se le bañaba la cara y el cuello de sudor y cuando Arthur le pedía la correspondencia precisa de un vocablo, respondía con el primero que se le venía a la mente. Y si el texto decía Espíritu Santo, Mariano interpretaba Sol y principio viril que fecunda y azada que remueve la tierra y dedos que modelan el barro. Y si decía demonio, no pensaba en el mal, no temía ni rechazaba, sino que se inclinaba con sumisión, porque después de todo el demonio era sólo la espalda de la otra potencia y había que rendirle actos propiciatorios y concertar alianzas convenientes. Lo que echaba de menos, porque no se mencionaba jamás, era la gran vagina paridora que opera en las tinieblas y que no descansa nunca.

Al cabo de los meses Mariano estaba casi acostumbrado al reposo. Pero entonces el pastor Williams dispuso que Arthur Smith y su ayudante iniciaran una labor más activa de predicación en el templo.

A las reuniones dominicales asistían ancianos de una consistencia ya mineral; hombres endurecidos por la fatiga; mujeres inclinadas bajo el peso

de sus hijos. Miraban a su alrededor, secretamente decepcionados por la falta de adornos que en las iglesias católicas eran tan abundantes. Pero aguardaban el sermón, como un suceso tan sobrenatural, que la primera vez que Arthur Smith subió al púlpito a pronunciarlo ante ellos, sintió vergüenza.

Por tratarse de un "debut" el pastor Williams había acordado a Arthur la gracia de la libre iniciativa. Y Arthur improvisó una modesta presentación de sí mismo. Dijo que venía de un país lejanísimo y que durante su viaje afrontó innumerables adversidades y peligros. Ahora bien ¿qué lo había movido a emprender tan temeraria aventura? El afán de difundir la palabra de Cristo, de que todos, hasta los que el "mundo" en su frivolidad y los "sabios" en su insensatez califican como los más pequeños, tuvieran la oportunidad de conocer el ejemplo del gran Maestro, de imitarlo y de salvarse. Pero, añadió Arthur humorísticamente, este afán suyo no era desinteresado. Recordaba aquí una frase, habitual en los labios de su madre: "Nadie se salva solo. Si quieres salvarte tú, tienes que salvar a otro".

—Pues bien, hermanos míos en Cristo, vosotros no tenéis nada que agradecerme. Al contrario, el que os debe gratitud soy yo. Porque gracias a la labor que yo logre llevar a cabo entre vosotros, espero alcanzar lo que tanto anhelo: la salvación de mi alma.

Las reacciones del auditorio norteamericano fueron diversas e inmediatamente perceptibles. Liz sonreía con una tolerancia que estaba muy próxima a la burla. El pastor Williams dijo, aunque sin mucha convicción: "Bien, muchacho". Los demás le apretaron la mano con un gesto automático que más que felicitación era desconcierto.

Arthur no admitió la idea de un fracaso hasta que los especialistas respectivos dieron a conocer el resultado de la encuesta que se practicó entre el público nativo. Nadie había entendido nada. Y para colmo de males, Mariano Sántiz Nich, a quien suponían enterado de estos asuntos por ser el ayudante de Arthur, había estado divulgando la especie, si no subversiva, por lo menos irreverente, de que los "cristos" (como llamaban a los americanos y a quienes se apegaban a sus doctrinas) no podían presentarse al cielo, ante su Dios, si no llevaban a un indio de la mano. Que este indio era una especie de pasaporte sin el cual se les negaba la entrada. Así, pues, eran verdaderamente hermanos de los otros y, aunque menores, indispensables.

El pastor Williams no se irritó, pero de allí en adelante fue implacable para exigir que Arthur no se apartara de la rutina establecida por él y por quienes lo habían antecedido. Arthur obedeció.

De las exposiciones teológicas, los asistentes a la reunión, rubios y morenos, sacaban poco en claro, sobre todo cuando se referían a las diferencias de matiz entre unas sectas protestantes y otras o cuando condenaban a la Cortesana de Roma. Pero esto servía a los indios de ocasión para recordar sus propios mitos, para quitar del rostro de sus antiguos dioses la costra que sobre ellos había depositado el tiempo, el abandono, el olvido y que los había vuelto irreconocibles.

A la hora de cantar los salmos los indios sentían que esa voz, temblorosa en algunos, desafinada en otros, a destiempo en los demás, era el momento único —en la semana de dura brega— en que les nacía algo semejante a las alas, en que se les desataba un nudo inmemorial, en que "la piedra del sepulcro era apartada".

Pero lo importante, según el pastor Williams, era inculcarles ciertas normas elementales de ética. Por lo pronto extirpar los vicios que estaban en ellos más arraigados. La tenacidad de su labor había rendido ya sus primeros frutos. Ahora podía presentar a sus feligreses ante cualquier visitante, sin temor de que ninguno fuera a suscitar un incidente desagradable. Porque al principio muchos acostumbraban asistir a las reuniones en estado de embriaguez y otros no creían que constituyera una falta de respeto fumar en el interior del templo.

Poco a poco (son gente de buena índole, aunque cerrada de la cabeza, concedía el Pastor) fueron doblegándose a los requerimientos hechos siempre en nombre de Cristo. En nombre de Cristo muchos dejaron de beber y de fumar, hasta el punto que esto había acabado por constituirse en el rasgo principal que los distinguía de los católicos de la zona, siempre entregados a borracheras, riñas y escándalos.

El Pastor procuraba también extender entre su rebaño la práctica de la higiene más rudimentaria. Lo indispensable para que la aglomeración en el templo no produjera olores ofensivos para la pituitaria de los norteamericanos y para que ni éstos ni sus familiares corrieran el riesgo de llevar de regreso a su casa, escondido entre los pliegues de la ropa, algún insecto asqueroso, provocador de infecciones.

Con tal fin se habían instalado, en las proximidades del templo, unos baños públicos y periódicamente se hacían reparticiones gratuitas de brillantina perfumada con DDT.

La Organización ganaba cada día nuevos adeptos. Pronto, aseguró el pastor Williams, se necesitaría ampliar el campamento, construir otros lugares dedicados a la oración, contar con nuevos colaboradores.

Arthur Smith esperaba el elogio para el granito de arena con el que estaba contribuyendo a semejante éxito. Las traducciones del Evangelio al tzeltal eran precisamente el elemento catalizador que hasta entonces había faltado. El elogio no llegó. Y Arthur Smith hubo de alegrarse de ello más tarde. Cuando empezaron a presentarse los problemas.

El primero fue con la Misión de Ayuda a los Indios. A pesar de que la Organización les había prestado su apoyo en casos de apuro (transportando en helicóptero a enfermos graves o a personajes distinguidos, haciendo préstamos de vacunas cuando había peligro de que se presentase una epidemia), la Misión objetaba algunos de los puntos teóricos que servían de base al trabajo de la Organización.

En primer lugar no se preocupaban por castellanizar a los indios. Cuando uno de ellos salía del monolingüismo era para expresarse en una lengua extranjera a la cultura nacional: el inglés. Por otra parte no se le concedía ningún cuidado a la formación cívica. La Organización no pronunciaba jamás ante los indios el nombre de México y si lo hacía no era para explicar que ellos, los indios, eran ciudadanos del país llamado así y que por lo tanto podían reclamar a su Gobierno los derechos que les correspondían, pero también debían cumplir con las obligaciones que les eran exigibles.

En cuanto al aspecto educativo, la manera de encararlo que tenía la Organización era no sólo contraria sino contradictoria de la oficial, que se sustentaba en el artículo 3º de la Constitución Mexicana. La Organización atribuía el origen del mundo y explicaba sus fenómenos a causas religiosas y probaba sus asertos con libros que consideraba directamente dictados por Dios. El artículo 3° pugnaba por la enseñanza laica, sostenía que la razón del hombre era la única apta para guiarlo en el laberinto de los hechos que tenía ante sí, la única capaz de establecer las leyes de causa y efecto (desestimando, como es natural, los milagros) y de encontrar las normas de conducta que enaltecieran y vigorizaran la dignidad humana.

Tales discrepancias dieron origen a un voluminoso intercambio epistolar. La Misión elevó su protesta ante el Gobierno del Estado y no obtuvo más que el clásico lavatorio de manos de Pilatos y la promesa de remitir el asunto a la instancia superior del Gobierno de la República. De allí recibió la Misión un oficio en el que se invocaba la libertad de cultos, "una de las conquistas más caras de nuestras Revoluciones" y se asentaba que la Organización cumplía con todos los requisitos establecidos y tenía todos sus documentos en regla para operar en la zona, como estaba haciéndolo. Terminaba el oficio con un llamado a la concordia y a la cooperación. ¿Por qué dos organismos que perseguían metas comunes —aunque con métodos diferentes— tenían que rivalizar entre sí y obstaculizarse? El problema indígena era tan vasto y tan complejo que no podría solucionarse más que con la participación de todos: instituciones oficiales y particulares, sin tener en cuenta su nacionalidad ni su ideología.

La Misión tuvo que resignarse y poner al mal tiempo buena cara. Pero el cura de Oxchuc, que defendía intereses mucho más concretos e inmediatos, se lanzó al ataque. Estaba en el mismo terreno de la Organización. Si ésta esgrimía un Cristo recién importado, él contaba con los siglos de tradición de su iglesia en la que no era necesario pronunciar ningún nombre, explicar ninguna doctrina, ni desentrañar ningún misterio. A él, personalmente, le había bastado, para ser próspero, hacer una gira anual por su parroquia, efectuando ciertas ceremonias a las que la indiada acudía en masa: bautizos, extremaunciones, matrimonios. Estas ceremonias, que a los ojos del indio no dejaban de tener carácter mágico (que ahuyentaba los poderes malignos, que haría llover a su debido tiempo, que multiplicaría las cosechas), se pagaban con magnanimidad. El cura regresaba a Ciudad Real a disfrutar, durante meses, de sus ganancias.

Pero esas ganancias estaban mermando a últimas fechas. Primero fue el paraje de Ah-tún, insignificante, el que dejó de entregar diezmos y primicias al párroco. Se podía tolerar y se explicaba por la presencia de los gringos. Pero los gringos no iban a echar raíces en la zona tzeltal. Tienen fama de comodines, no son capaces de mantenerse mucho tiempo tan lejos de la civilización.

El cura de Oxchuc se desengañó pronto. Supo que los gringos no se privaban de nada y que cada vuelo del helicóptero traía nuevos elementos para completar su equipo y nuevas gentes para aumentar su personal.

Evidentemente la Organización había planeado un establecimiento definitivo en Ah-tún. Entonces el cura de Oxchuc recurrió al consejo del obispo de Chiapas que residía en Ciudad Real.

Allí se convocó urgentemente a un cónclave en el que sacerdotes urbanos y rurales se sometieron a largas deliberaciones. El resultado de ellas fue que el clero católico reconoció haber cometido una negligencia en el cuidado de su rebaño. De eso se había aprovechado el lobo para entrar al redil y devorar a sus anchas los corderos. Era necesario reparar, cuanto antes, el error.

Se inició una intensa campaña que abarcaba todo el municipio de Oxchuc. Al párroco titular se agregaron otros, muchos, que comenzaron a visitar las pequeñas aldeas, los parajes aislados. Era un sacrificio porque no contaban más que con los medios de transporte más primitivos e incómodos.

Desde los púlpitos los curas tronaban contra la cizaña que estaba extendiéndose desde Ah-tún. Hicieron historia de los cismas. Desenmascararon los vicios secretos de Lutero y de Calvino, exhibieron la lujuria de Enrique VIII, condenaron el escepticismo de los monarcas franceses. Los indios escuchaban atónitos. Pero los curas acababan por desembocar en algo que estaba muy próximo y que cualquiera podía palpar por su propia experiencia: los tzeltales estaban divididos. Había unos, los cristos, que no fumaban ni bebían para sentirse superiores a los otros que, más humildes, más fieles, conservaban celosamente las costumbres de sus padres y de sus abuelos.

De esta situación, continuaba la silogística implacable de los curas, no podían sino derivarse males terribles. El castigo de Dios, hijos míos. El rayo que cae sobre el caminante, la fiebre que consume a las criaturas, el hambre que no se aplaca porque no hay maíz, el brujo cuyos maleficios nadie puede conjurar. Y en las tinieblas de la noche, el Negro Cimarrón arrebatando doncellas; la Yehualcíhuatl atrayendo a los varones a la perdición y a la muerte: el esqueleto de la mujer adúltera, cuyos huesos entrechocaban lúgubremente, como un anuncio de la desgracia.

Los indios salían de la iglesia anonadados de angustia y rabia. Iban directamente a los expendios de trago del pueblo y se emborrachaban de golpe. En el camino de regreso a su jacal desenvainaban el machete y

rasgaban el aire con tajos torpes y feroces que partían algún tronco indefenso de árbol.

Los cristos procuraban evitar los malos encuentros peligrosos. El domingo, día sagrado, lo pasaban en el templo cantando y orando alternativamente y al anochecer volvían a sus parajes por veredas poco frecuentadas y aun por caminos improvisados.

De sus inquietudes y temores no hicieron partícipe al pastor Williams. Y los meteorólogos del campamento de Ah-tún, tan atentos a las más nimias variaciones de la atmósfera y tan minuciosos para registrarlas, no advirtieron que una nube de tormenta se estaba formando a su alrededor.

Por lo demás todo seguía su ritmo de costumbre. Mariano Sántiz Nich continuaba asistiendo con puntualidad a su trabajo. Sólo faltó el día de la muerte de su hijo mayor. Pero al día siguiente ya estaba de nuevo, muy tieso en su silla, dispuesto a cumplir las órdenes de su superior.

Arthur no sabía cómo empezar. De algún modo tenía que referirse a la pérdida que acababa de sufrir Mariano. Seguramente existían entre los indios fórmulas para expresar los sentimientos en casos semejantes. Pero Arthur no las conocía y temía proceder sin tacto si hacía uso de sus fórmulas propias. Pero otro hecho, además, lo desconcertaba. ¿Qué importancia tenía para Mariano la muerte de su hijo? A juzgar por su actitud, ninguna.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Arthur, al fin.

—Iba para los doce.

(Entonces este hombre tuvo que engendrarlo casi a esa misma edad. Y su mujer es aún más joven que él. Matrimonios tan precoces deberían estar prohibidos por la ley, pensó Arthur.)

—¿Y de qué murió?

Era como hurgar en una herida. Pero aparentemente no había herida.

—De calentura.

—¿Pero qué dijo el médico?

—Que el mal se llamaba tifoidea.

—¿En tu casa no hierven el agua que van a beber?

—No.

—¿Es que nadie te ha enseñado que el agua que toman ustedes está llena de microbios y que los microbios son los que producen esa enfermedad?

Mariano hizo un gesto ambiguo. Su indiferencia exasperó a Arthur.

—Si hubieran hervido el agua tu hijo estaría vivo.

No hablaba así por crueldad. Mariano tenía otros hijos; también estaban en peligro de morir.

El ayudante de Arthur no pareció muy afectado ni convencido por el argumento.

—Mi hijo mayor está en el cielo. Allá no hay hambre, no hay frío, no hay palo. Allá está contento.

Y se inclinó sobre el cuaderno que tenía enfrente, dispuesto a comenzar a escribir.

Esa noche Arthur Smith buscó al pastor Williams para comentar ese episodio que lo había turbado. Pero encontró su casa a oscuras y, a pesar de que estuvo llamando más de un cuarto de hora, no le respondió nadie. Un vecino se asomó por la ventana para informarle que Liz se había marchado a pasar unos meses de vacaciones en los Estados Unidos. Que los muchachos la acompañaban y que el Pastor estaría, probablemente, aprovechando esta ausencia.

La manera que tenía el Pastor de aprovechar la ausencia de su familia no era conocida, a ciencia cierta, por ninguno, pero era reprobada con energía por todos. Unos supusieron que frecuentaba los burdeles de Tuxtla o de Ciudad Real; otros que mantenía una querida de planta en Oxchuc, una mestiza descuidada y vejancona; los últimos, que hacía visitas pastorales a las chozas de los nativos en las horas en que los hombres estaban en la milpa.

Arthur no quiso dar oídos a estas murmuraciones. Después de todo ¿de dónde procedían? De mujeres malévolas, ociosas, que se pasaban el día entero pintándose las uñas y que no llenaban su mente más que con inmundicias de las “historias confidenciales”, de los “romances verdaderos”, de las mezclas de “sexo y violencia” que recibían ávida y semanalmente gracias al helicóptero.

En cuanto a los hombres… Algunos podían pasar. El botánico, por ejemplo. Estaba siempre absorto en las nervaduras de una hoja o calculando cifras vertiginosas para determinar la juventud o vejez de una planta. Los seres humanos, incluyendo en el género a su esposa, no le interesaban. Era afable con todos porque eso facilitaba el trato y evitaba fricciones que luego requerían más atención. A los nativos los distinguía de sus compatriotas por

el olor (lana percudida ¿o qué era?) y como ese olor le era desagradable, procuraba mantenerse a distancia de ellos. Por lo demás, en su trabajo no necesitaba más que el ocasional auxilio de un guía.

El geólogo ya era otra cosa. Padecía un fanatismo ambulante cuya constancia radicaba únicamente en la ferocidad de sus manifestaciones. Unas veces la exaltación tenía como objeto el poderío de su país, a cuyo engrandecimiento y mantenimiento contribuía él en la actualidad de un modo oscuro y anónimo, aunque eficaz. Pero en caso necesario, juraba, estaba dispuesto a defenderlo aun a costa de cuantas vidas tuviera disponibles.

En otras ocasiones enarbolaba su rayo exterminador contra los herejes, tanto en el terreno religioso como en el político y aun en el de los eventos deportivos. La pureza, perfección e infalibilidad a las que él servía de núcleo deberían de ser preservadas contra todo tipo de contaminaciones. Y el geólogo rehuía, con una intermitencia incoherente, a los que le parecían portadores de gérmenes de contagio. En esos días el papel lo desempeñaba el pastor Williams. En sus escapatorias había caído en ignominias aún mayores que las del piloto del helicóptero o las del radiotécnico. Ellos, aparte de ser más útiles a la nación en un momento de peligro, se conformaban con mirar fotografías de mujeres desnudas. Y de mujeres americanas, además. En cambio el otro…

Lo que faltaba, concluyó el geólogo, era que en el campamento de Ah-tún se estableciese una Comisión Depuradora de Honor y Justicia. Podría funcionar efectuando asambleas mensuales en las que se examinara públicamente la ortodoxia de todos y de cada uno, para premiar al que lo mereciera y para no permitir que quedara impune el que hubiese cometido alguna falta. ¡Cuántas cosas saldrían a relucir! ¡Cuántas sorpresas se llevarían todos!

—¿No sería un poco indiscreto? —se aventuró a insinuar Arthur.

No, rebatió vigorosamente el geólogo. Eso era poner en práctica el verdadero espíritu democrático americano. Un espíritu que, lejos del hogar, corría el riesgo de corromperse.

Arthur Smith no se opuso a estas aseveraciones por un temor instintivo a que su ortodoxia fuese la primera que se pusiese en duda. Y se despidió cordialmente del geólogo. Pero todas sus precauciones no fueron

suficientes. A lo largo de la calle lo siguió la mirada suspicaz, de ave de rapiña, de su interlocutor.

Como Williams tardaba en volver, Arthur recurrió al médico. Quería que le explicara la muerte del hijo de Mariano, que la justificara si era posible.

Arthur tuvo que dar muchos detalles para que el médico llegara a identificar a quién estaba refiriéndose. ¡Ah, sí! Lo había atendido a última hora, cuando ya no había nada que hacer. Los nativos nunca creen que algo es grave hasta que ya no tiene remedio.

—Pero la tifoidea es curable, doctor. Hay antibióticos…

De cualquier manera en este caso habrían sido inútiles. Aun aplicados oportunamente. El niño había llegado a un punto extremo de desnutrición en el que no podía soportar ni siquiera un catarro.

—¿Pero no podrían tomarse precauciones para que casos semejantes no se repitan? —insistió Arthur—. La Organización enviaría alimentos, nosotros los repartiríamos.

—La Organización tiene una oficina especial para los asuntos de dietética. Muchas fábricas le regalan excedentes de sus productos y en el territorio de los Estados Unidos ha hecho un arreglo con las compañías ferrocarrileras para que transporten gratuitamente esta clase de carga. Podríamos llenar, hasta los topes, las bodegas del campamento de Ah-tún con latas de leche en polvo, paquetes de cereales y muchos otros tipos de alimentos en conserva.

—¿Entonces por qué no lo hacen?

—Lo intentamos una vez. Todo marchó bien hasta que la carga llegó a la frontera del Río Bravo. Allí se detuvo. Los trenes mexicanos exigían el pago de fletes. Y sus tarifas son muy elevadas.

—¡Pero la Organización tiene dinero de sobra para pagarlas!

—Claro que lo tiene. Pero era una cuestión de principios. En un acto de beneficencia debía de colaborar el país beneficiado, que era México. Ahora la Organización no envía alimentos más que a los países donde la red de ferrocarriles es nuestra.

—Así que no nos queda nada que hacer.

—No va usted a juzgar una obra tan importante como ésta, por un caso aislado. Aquí están las estadísticas, mírelas, compárelas. Un niño se muere,

pero muchos otros se salvan. Tenemos penicilina, sulfas, reconstituyentes …

—Sí, se salvan para seguir sufriendo hambre, frío, palo. Después de todo creo que Mariano tenía razón.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó el médico.

—De nada, doctor. No me haga caso. Estoy un poco nervioso. Hace noches que no puedo dormir.

—Aguarde un momento. Le voy a dar un sedante —era un frasquito de píldoras rojas—. Sólo una, antes de acostarse. Y únicamente cuando considere que ha llegado al límite.

Esa noche Arthur Smith durmió como no había dormido desde su infancia: profunda, sosegadamente, sin sueños, sin esas imágenes furtivas a las que perseguía sin lograr nunca darles alcance. Despertó con la sensación un poco vaga de que había estado a punto de descubrir algo importante, muy importante. Pero pronto esta nebulosa fue sustituida por la robusta certidumbre de que todo estaba en orden.

Arthur cantó (¿desde cuánto tiempo atrás no lo hacía?) mientras tomaba una ducha; desayunó con apetito y, fresco, despejado, eufórico, se dispuso a trabajar.

Mariano estaba frente a él, pero su presencia no evocaba ningún pensamiento grave. La muerte —de los seres queridos, la propia—, el vínculo que los había atado un momento el día anterior, estaba roto. Ahora se extendía nuevamente entre ellos una mesa llena de papeles que uno conocía y el otro ignoraba.

Poco después de las once llegó un recadero indígena a avisar a Arthur que el pastor Williams estaba de regreso y que lo aguardaba en su despacho.

—¿Hay algún problema? —le dijo a modo de saludo—. He sabido que rondaba usted por el campamento como perro sin dueño.

—Pues en realidad —respondió Arthur— no sé cómo llamarlo. Ha ocurrido algo penoso.

(¿Penoso? Arthur no sentía ya dentro de sí ningún rastro de pena.)

—¿La muerte del hijo de Mariano?

—¿Cómo lo supo usted?

—Estuve presente allí, hasta el último momento. Consolándolos, como era mi deber.

Arthur vaciló antes de continuar.

—Bueno, pues no sé por qué, de pronto, se me vino a la cabeza la idea de que esa muerte podía haber sido evitada.

—Recuerde lo que está escrito: “No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor”.

—Sí, pero nosotros tenemos la obligación de poner todo lo que esté de nuestra parte para conservar lo que es valioso. Y la vida de un niño, aun cuando ese niño sea indio, vale.

—¿Está usted insinuando que el doctor ha procedido con negligencia?

—No, ya me ha explicado que el hijo de Mariano estaba muy débil y que carecía de resistencias. Me explicó también que la Organización está imposibilitada de enviar alimentos a México. Pero ¿no se podría intentar alguna otra cosa?

—¿Tiene usted algo qué sugerir?

—Bueno, por lo pronto, el botánico podría ensayar cultivos nuevos, abonos, fertilizantes. Los indios comerían mejor.

—El botánico tiene una tarea muy concreta y útil.

—No lo dudo. Servirá, alguna vez, más tarde. ¡Pero mientras tanto una criatura se nos ha muerto de hambre!

—Además —continuó el Pastor como si no hubiera escuchado la última frase de Arthur, aunque fue en la que puso más énfasis— confunde usted las especialidades. Un botánico no es un técnico agrícola.

—¿Y por qué no sustituirlo entonces por un técnico agrícola? Ya que la Organización puede darse el lujo de pagar a tantos funcionarios, por lo menos que escoja a los que se necesitan con mayor urgencia.

—Usted sabe que la Organización no es autónoma. Y que el criterio para decidir quiénes son más necesarios y quiénes lo son menos, en el campamento de Ah-tún, no es únicamente el suyo, sino también el del Gobierno de los Estados Unidos.

La revelación aturdió momentáneamente a Arthur.

—Ahora comprendo lo que hacen aquí el geólogo, el radiotécnico y los demás. Nunca había podido entender de qué manera contribuían a difundir las enseñanzas de Cristo.

Hubo una pausa. Breve. Arthur insistió.

—Dígame usted, ¿entonces qué rayos están haciendo esos hombres aquí?

El pastor Williams contempló a Arthur con algo peor que severidad. Con lástima.

—Protegernos.

—¿De quiénes? ¿De esos pobres indios que vienen a cantar salmos al templo?

—Con los nativos nunca se sabe de qué manera van a reaccionar ni qué es lo que urden en sus mentes primitivas y salvajes. Esos pobres indios, a los que usted se refiere, no son los únicos. Hay otros y son mayoría: los católicos, a quienes sus sacerdotes están tratando de lanzar en contra de nosotros.

El pastor Williams observó complacido la sorpresa en el rostro de Arthur.

—¿Quiere usted fumar un cigarro?

—Creo que lo necesito.

Williams alargó la cajetilla, abierta.

—¿Y en caso de que se produzca un incidente?

—No se atreverán a atacar el campamento. Saben de sobra que contamos con aviones, con armas.

—De todos modos el asunto no me gusta. Cristo predicó la paz.

—Pero también dijo: “No vine a traer la paz, sino la espada”. Y usted mismo acaba de reconocer que cuando queremos lograr algo valioso es preciso que luchemos por ello.

Arthur dio la última fumada y aplastó la colilla en el cenicero.

—¿Por qué estamos luchando, Pastor?

Williams no supo, de momento, qué responder.

—Es tan obvio…

—Sí, es obvio que nosotros, los norteamericanos, tenemos un patrimonio de ideales, de tradiciones, de riquezas y de intereses que conservar, que defender y si es posible que aumentar. Pero ellos, los indios, ¿qué tienen? Han perdido todo nexo con su pasado; el presente es agobiador. Y venimos nosotros, con aire de benefactores, a darles ¿qué?

—Voy a referirme al caso concreto que ha suscitado esta controversia. Usted ha visto a Mariano después de la muerte de su hijo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le pareció desesperado, triste o siquiera inconforme?

—No.

—Pues eso nos lo debe a nosotros. Le hemos dado algo que no tenía: una esperanza para el futuro.

—Una esperanza es bastante para los nativos, como usted los llama, ¿no? Pero no es suficiente para un ciudadano norteamericano. Ni usted, ni ninguno como usted, ni siquiera yo, se conformaría con la promesa de un banquete que se iba a celebrar en una fecha y en un lugar indeterminados. Todos exigimos nuestra buena tajada de carne, nuestra ración suficiente de pan. Y la exigimos hoy.

—No entiendo a dónde quiere usted ir a parar.

—Yo tampoco. Y perdóneme, Pastor. He abusado de su paciencia.

—Si se siente usted alterado, mal…

—Ya hablamos de eso el doctor y yo. Resulta que, lo mismo que los indios, yo no necesito medicinas sino sedantes.

Sedantes. Arthur Smith se alegró de que hubiera llegado ya la hora de tomarlos. ¡Ah, qué falta le hacía dormir, súbita, totalmente, como una piedra, como un tronco!

Porque cuando estaba despierto, después de terminar su jornada de labor, Arthur Smith no sabía en qué emplear su tiempo. Como era soltero (¿quién hubiera podido sustituir a su madre?), las esposas de los demás lo miraban con recelo y no permitían a sus maridos que lo invitaran a sus casas. El único que, a veces, se rebelaba contra tal acuerdo tácito era el radiotécnico, a quien le gustaba jugar partidas de póker y no siempre hallaba contrincantes.

—¿Y qué hay de los indios católicos? ¿Siguen alborotando? —le preguntó Arthur Smith.

El radiotécnico plegó y desplegó el naipe con una habilidad de tahúr.

—¡Pamplinas! No se atreven a intentar nada serio.

—Entonces ustedes, quiero decir, los que están aquí para defendernos, han de aburrirse de la inactividad.

—Los tiempos no siempre son tan tranquilos. No cesamos de vigilar. De repente cae un pez gordo y entonces desquitamos el sueldo. ¡Vaya que sí!

—¿Un pez gordo? —repitió Arthur que no había comprendido.

—Contamos con un archivo completo de fotografías, de filiaciones. Hay quienes han recurrido hasta a la cirugía plástica para desfigurarse. Como en el caso de John Perkins, ¿recuerda usted? Creyó que lograría despistarnos. Lo habían perseguido, durante meses, todas las policías de los Estados

Unidos. Logró burlarlas y llegar hasta la frontera de Guatemala. Allí fue donde nosotros lo capturamos.

—¿Y qué delito había cometido?

El radiotécnico repartió las cartas.

—Espionaje.

El juego iba a ser reñido. Pero Arthur Smith no podía concentrarse en él.

—¿Lo juzgaron?

—¿A quién? ¿A Perkins? Naturalmente. Fue un proceso sensacional. Ocho columnas en todos los periódicos. El asunto se discutió mucho porque la condena se basaba en pruebas circunstanciales. Y Perkins juró que era inocente hasta el momento en que lo sentaron en la silla eléctrica.

Arthur Smith tuvo un amago repentino de náusea.

—¿Qué pasa con usted? —preguntó bruscamente el radiotécnico—. Está muy pálido. ¿Quiere un whisky?

—No, no se moleste —respondió Arthur poniéndose de pie—. Creo que lo que me hace falta es un poco de aire fresco.

Este tipo no tiene agallas, sentenció el radiotécnico al verlo salir.

Arthur se alejó de la única calle del campamento y llegó hasta la orilla del río. Desde esa soledad podía contemplar el brillo de los astros puros. Pero algo en sus ojos —algo trémulo, irritante— le impedía distinguirlos bien.

A la hora de acostarse Arthur decidió no tomar los barbitúricos.

—¿Por qué he de tener miedo? Como dice el pastor Williams estamos protegidos. Los perros de presa nos cuidan. Tienen buen olfato, buenos colmillos. El radiotécnico me los acaba de enseñar.

Y de pronto Arthur Smith advirtió que estaba sudando y que su sudor era frío, como cuando la angustia o el terror son intolerables.

—Al que le temo no es a mi enemigo, sino a mi guardián.

Automáticamente alargó la mano hacia el sitio donde estaba el frasco de las píldoras rojas. Al darse cuenta de que no le quedaba más que una y que, como se había acostumbrado a tomar dosis más altas ya no le era suficiente, volvió a vestirse con apresuramiento y fue a despertar al médico. Tuvo que inventar una mentira: el frasco se le había roto, las pastillas se fueron por el lavabo.

—Debería usted procurar prescindir de ellas. El hábito es perjudicial.

—No tema por mí, doctor. Estoy bien protegido.

Como lo está el preso en la cárcel. Tal fue la última reflexión que hizo Arthur. Un minuto después roncaba.

Los despertares de Arthur Smith ya no eran tan placenteros como antes. Sentía una molestia en el estómago, la cabeza le zumbaba como si estuviera hueca y percibía cierta dificultad para coordinar sus pensamientos y para hilvanar sus frases. Pero todos estos inconvenientes tenían una compensación: la indiferencia con que podía ver lo que estaba sucediendo a su alrededor.

En cambio los demás parecían muy excitados. Liz escribió al Pastor notificándole que había entablado una demanda de divorcio alegando crueldad mental y la gente del campamento cruzaba apuestas sobre la actitud que Williams tomaría. ¿Iba a instalar en su propia casa a la querida de Oxchuc? Ésa era una afrenta que ninguno estaba dispuesto a tolerar. ¿Reconocería como suyo al hijo que había tenido con una nativa? El parentesco no era una hipótesis de los maledicentes sino una evidencia que la semejanza hacía innegable. ¿Pediría un permiso para emprender un viaje a los Estados Unidos y tratar de reconciliarse con su esposa?

El pastor Williams, ajeno a estas especulaciones, se mostraba preocupado por otro tipo de dificultades: los católicos habían empezado a pasarse de la raya, verdaderamente. Su última fechoría consistió en ir a buscar a su milpa a uno de los cristos y amenazarlo de muerte si no se acababa, allí mismo, frente a ellos, una botella de aguardiente y si no fumaba todos los cigarros que le ofrecieran. El cristo había cedido a las amenazas, pero dos días después, en cuanto se le pasaron los efectos de la borrachera y de la intoxicación por el tabaco, se presentó al templo de Ah-tún a confesar públicamente su cobardía —¡y debió morir como un mártir! —, a declararse indigno de pertenecer a esa comunidad de elegidos y a pedir expiación para su culpa.

El pastor Williams exhortó a la reunión de fieles a que se inclinasen a la benevolencia. Pero los nativos volvieron la espalda al penitente y más de uno, al pasar cerca de él lo escupió. El condenado no levantó la cabeza. Abandonó el templo, su paraje, su familia y se fue al moridero de la costa.

En alguno de los días siguientes Arthur preguntó a Mariano, con displicencia, pues la respuesta no le interesaba mucho, qué habría hecho él en el caso del apóstata. Mariano dijo que no quería pecar, que no quería

condenarse. Que cuando muriera iba a estar junto a su hijo mayor, en el cielo. Allí ya ninguno podría separarlos.

Ésta fue, quizá, la única alusión al incidente que los norteamericanos acabaron por considerar sin importancia y sin consecuencias.

Pero los indios tienen una memoria caprichosa. Olvidan los favores (¡han recibido tan pocos y se los cobran de tantas maneras!) mientras que un agravio se les convierte en idea fija, de la cual se liberan únicamente por la venganza.

Y los mismos cristos que habían arrojado al apóstata del templo, como a una oveja sarnosa, fueron los que de noche, sigilosos, implacables, prendieron fuego al paraje católico de Bumiljá.

Las represalias fueron inmediatas. Asesinatos de cristos en las encrucijadas, saqueos de jacales, incendios de siembras.

Desde el altar mayor de la iglesia de Oxchuc el sacerdote bendecía.

Al campamento de Ah-tún las noticias llegaron deformadas por el odio y la alarma y al oírlas sus proporciones fueron aumentadas hasta lo inverosímil, por esa necesidad, que experimentan los grupos confinados, de romper el tedio de los días iguales con un suceso extraordinario.

El pastor Williams convocó a sus colaboradores a una asamblea general en el salón de actos. Su propósito era discutir las medidas más prudentes ante la emergencia que se presentaba.

El geólogo propuso una acción rápida. ¿No estaban los aviones enmoheciéndose en los hangares? ¿Carecían acaso de un arsenal surtido? Pues bien, había llegado el momento de emplearlos. Un pequeño, limpio, eficaz bombardeo sobre Oxchuc y sus alrededores y los católicos aprenderían la lección.

Arthur Smith se puso de pie, lívido de rabia. Tartamudeaba. Era, dijo, un crimen contra gente indefensa —mujeres, niños, ancianos—, inocentes de lo que estaba ocurriendo. Los verdaderos responsables son otros, finalizó. Y volvió a sentarse, sin aliento, enjugándose con el pañuelo lo que le humedecía la cara.

El pastor Williams hizo un comentario jovial acerca de la vehemencia de Arthur y agregó que él también se oponía al consejo del geólogo, aunque por otras razones. En su juventud ya lejana (se percibieron leves murmullos de protesta), había estudiado nociones elementales de derecho internacional. Un ataque, como el que el geólogo había propuesto,

constituía, desde luego, la violación de un territorio extranjero. A medidas semejantes no se recurría más que en el caso extremo de que estuvieran en peligro la vida o las propiedades de los ciudadanos norteamericanos. Pero no era ésa la situación actual y exagerar el rigor no redundaría más que en el perjuicio de las relaciones tan cordiales que existían entre los Estados Unidos y México. A la larga podría acarrear, incluso, la cancelación del permiso que la Organización había obtenido para instalar una de sus filiales en Ah-tún. Y eso no era conveniente.

No, el plan del pastor Williams era mucho más sencillo, más directo y, acaso por eso mismo, más eficaz: entrevistarse con los verdaderos responsables, a los que Arthur había señalado, probablemente sin conocer ni sus nombres ni sus dignidades eclesiásticas. Eran Manuel Oropeza, obispo de Chiapas; Teodoro Hernández, cura de Oxchuc, y otros de menor importancia.

La opinión del pastor Williams prevaleció sobre las otras no porque fuera la más razonable, sino porque el Pastor había recuperado su prestigio y su autoridad moral gracias a la observancia de una conducta de divorciado sin tacha. Todos aquellos rumores (de frecuentación de lupanares, de contubernios con mestizas, de paternidades clandestinas) se redujeron a nada por falta de fundamento. El Pastor, siempre localizable, siempre con testigos o con justificaciones para cada uno de sus actos, se mostraba discretamente triste en ocasiones oportunas, generosamente dispuesto a asumir toda la culpa cuando era necesario y deportivamente deseoso de que Liz encontrara un marido adecuado y una felicidad duradera.

Cuando la asamblea aplaudió su moción, aplaudía también al hombre que muestra su entereza en una coyuntura difícil, su coraje para sobrellevar las adversidades y su indomeñable espíritu optimista.

Mientras el pastor Williams permaneció en Ciudad Real, conferenciando con el obispo y sus allegados, en el municipio de Oxchuc surgieron todavía algunos brotes aislados de violencia. Entre ellos la muerte, a machetazos, de Mariano Sántiz Nich.

Cuando Arthur lo supo se admiró de la insensibilidad con que aceptaba el acontecimiento. Después de todo, a pesar de la tarea común en la que se empeñaron tantos meses, no habían dejado de ser nunca extraños el uno para el otro.

Pero esa noche Arthur tuvo que tomar una dosis triple de barbitúricos.

Esperaba despertar embotado y, sin embargo, lo asaltó desde el primer momento una lucidez extraña y dolorosa. De pronto se dio cuenta de que podía recomponer, rasgo a rasgo, las facciones del que había sido su ayudante. De que, a pesar de que nunca se hubiera fijado en ello, ahora recordaba que tenía una manera peculiar de sostener el lápiz con que escribía; de mesarse los cabellos cuando el esfuerzo de atención era excesivo; de sonreír, como por dentro, cuando había logrado entender algo.

Arthur comprendió, por fin, que quien había muerto no era un número en las estadísticas, ni un nativo de traje y costumbres exóticas, ni una materia sobre la que se podía presionar con un aparato muy perfeccionado de propaganda. Que el que había muerto era un hombre, con dudas como Arthur, con temores como él, con rebeldías inútiles, con recuerdos, con ausencias irreparables, con una esperanza más fuerte que todo el sentido común.

Y en esta solidaridad, repentinamente descubierta por Arthur, había aún otro elemento. Mezclaba las palabras de su madre (“nadie se salva solo”) con el complemento que, después de su primer sermón, le añadió Mariano.

—Éste era el que podía salvarme si hubiera podido salvarlo yo. Mariano me habría abierto las puertas del cielo y habríamos entrado juntos, tomados de la mano.

Esta idea le produjo una desesperación repentina e intolerable. Quiso desecharla.

—Son locuras. Estoy perdiendo el dominio de mis nervios.

Desazonado, Arthur fue al consultorio del médico. Necesitaba un sedante más fuerte, dijo; el que le había recetado ya no le producía efectos.

—Iría contra mi ética profesional si le proporcionara a usted un medicamento que, a todas luces, le daña. Sus errores de conducta, en los últimos tiempos, podríamos atribuirlos al abuso de barbitúricos. Porque de otro modo…

Arthur, irritado por la negativa del médico, preguntó en tono desafiante:

—¿De otro modo qué?

—Tendríamos que juzgarlo más severamente.

—¡Jueces por todas partes, delatores, verdugos!

Y Arthur abandonó el consultorio dando un portazo.

El retorno del pastor Williams fue triunfal. En el informe que rindió a la asamblea dijo que había encontrado en la totalidad del clero chiapaneco, y

especialmente en el obispo (hombre accesible, simpático y a quien no se le escapaba ningún aspecto de la cuestión) un espíritu conciliador. Que después de varias pláticas muy cordiales habían dejado claramente establecidas cuáles serían sus respectivas zonas de influencia y ambas partes habían aceptado el compromiso de respetarlas, con minuciosa escrupulosidad, para evitar, de allí en adelante, toda posible discordia.

—En suma —terminó el Pastor— las cosas volverán a marchar como sobre rieles.

—¿Y la sangre derramada?

Era Arthur Smith, naturalmente. Y clamaba no por una sangre anónima, impersonal, sino por la sangre de hombres iguales a él, iguales a todos los demás, de hombres a quienes, si se les hubiera dado una oportunidad, un poco de tiempo, habrían llegado a ser sus amigos, sus hermanos. Clamaba por la sangre de Mariano.

Algunos sisearon la interrupción. Pero el Pastor impuso silencio con un ademán que, a la vez, exigía obediencia a su autoridad y compasión para la oveja descarriada.

—Esa sangre que, después de todo ya no podemos recoger, no se ha vertido en vano. Uno de los familiares del señor obispo, sacerdote con vasta experiencia entre los nativos de Chiapas, tuvo a bien explicarme que, de cuando en cuando, era conveniente una sangría, como la que se aplicaba en la Edad Media a los amenazados de congestión. Pues bien, cuando los indios se lanzan unos contra otros, encuentran una válvula de escape para ese odio irracional, ciego, demoniaco, que les envenena el alma y que, de no hallar esa salida, estallaría en una sublevación contra los blancos.

—De modo, pastor Williams, que este viaje a Ciudad Real le ha servido para descubrir que entre la Cortesana de Roma y los Hermanos de Cristo existe una solidaridad de raza.

Otra vez Arthur Smith. ¿Es que no podía callarse?

—Y no sólo de raza. Recuerde usted nuestro origen común, nuestras tradiciones compartidas. Cualquier discrepancia teológica, cualquier distanciamiento histórico resulta fútil cuando los cristianos todos tienen frente a sí a un mismo enemigo.

—¿Cuál es? ¿El diablo?

El radiotécnico intervino ruidosamente. ¿Era posible que Arthur Smith no estuviese al tanto de los acontecimientos mundiales? Pues si quería

remediar esta falla él, personalmente, estaba dispuesto a proporcionarle un aparato en el que pudiera escuchar todos los días, a la misma hora, la transmisión que se hacía, desde Norteamérica, de un boletín informativo.

—El diablo, si usted quiere llamarlo así —continuó el pastor Williams, como si la interrupción no se hubiera producido—. Pero la mayoría lo conoce con el nombre de comunismo.

Arthur rió a carcajadas.

—¿Y quiere usted decirme dónde están los comunistas aquí? Yo no he visto, en toda la zona tzeltal que he recorrido, más que miseria, ignorancia, superstición, mugre, fanatismo. ¿Es así como se manifiestan o como se ocultan los comunistas?

—Alguna vez le hablé de la captura del espía John Perkins —dijo el radiotécnico.

—Oh, sí. Me olvidaba de felicitarlo por su gloriosa hazaña. Gracias a usted lo frieron en la silla eléctrica.

—¡No puedo permitir que un traidor me insulte!

Hubo un remolino en la sala. Alguien sujetó al radiotécnico; otros, como con repugnancia, detuvieron a Arthur. Ninguno se fijó en el geólogo y fue él quien descargó un puñetazo a Smith en plena cara.

El pastor Williams gritó con voz sonora e irrebatible:

—¡Señores, se levanta la sesión!

Mientras los demás se dispersaban en pequeños grupos de amigos, de cómplices, de hombres que no sabían sino arrimarse a otros, Arthur Smith volvió solo, a su solitaria habitación de la casa de visitantes.

Prendió la luz del baño y se contempló en el espejo del botiquín.

—Un golpe bien dado. Se ve que el tipo ése tiene práctica.

Se aplicó unas cuantas compresas de agua caliente sobre la parte dolorida y se dispuso a acostarse.

—No voy a poder dormir —pensó.

Pero era extraño. Esa certidumbre, que en otras ocasiones lo hubiera trastornado, hoy ni siquiera lo angustiaba. Y el miedo (¿cómo?, ¿por qué?) se había desvanecido.

—Tengo toda la noche, toda una larga noche, y quizá toda la vida por delante para pensar. Necesito pensar mucho; necesito llegar a entender lo que sucede.

Porque ahora todo lo que antes era nítido y ostentaba un rótulo indicador, se había vuelto confuso, incomprensible. Entre el lado bueno y el lado malo no había fronteras definidas y el villano y el héroe ya no eran dos adversarios que se enfrentaban sino un solo rostro con dos máscaras. La victoria ya no era recompensa para el mejor, sino botín del astuto, del fuerte.

Al otro día Arthur Smith se presentó a la oficina de Williams. Éste no hizo el menor gesto de bienvenida.

—Supongo que entregará usted su dimisión.

—Pero no en los términos en que usted cree. Antes exijo que se me responda por el fraude que se ha cometido conmigo.

—¿Un fraude? ¿Está usted loco?

—En los Estados Unidos, en la Organización, se me dijo que la Casa del Señor tenía muchas mansiones y que Ah-tún era una de ellas. Y luego resulta que no hay más que una fachada endeble, llena de cuarteaduras, detrás de la cual se esconden…

—¡Basta!

—Sí, basta. No es preciso nombrar lo que usted conoce mejor que yo, puesto que lo solapa.

—La Religión y la Patria van siempre juntas. No tengo nada de qué avergonzarme. Y en un momento de lucha…

—¿Por qué traer la lucha hasta aquí?

—Porque no hay un solo lugar en el mundo que no se haya convertido en campo de batalla. Porque América Latina es parte de nuestro hemisferio. Y porque en América Latina el comunismo está infiltrándose cada vez más.

—Es curioso. El comunismo se infiltra en los países donde pocos tienen el derecho a comer o a instruirse. Donde la dignidad es un lujo que no pueden pagar más que los ricos y la humillación es la condición del pobre. Donde un puñado de hombres dignos, instruidos y bien alimentados explotan a la muchedumbre de humillados, ignorantes y hambrientos.

—¿Ha terminado usted su sermón?

—No era un sermón. ¿Acaso no reparó usted en que no he mencionado ninguna de las grandes palabras? Ni el amor, ni la mansedumbre, ni el perdón. Ésas sirven para adornarse los domingos. Yo estaba pidiendo lo que debe ser el pan nuestro de cada día: la justicia.

El pastor Williams encendió con insolencia un cigarrillo.

—Le aconsejo que se mantenga usted lo más lejos posible de ella.

—Usted entendió policía: yo dije justicia. Y de ella el que debe alejarse es usted.

El pastor Williams aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—En cuanto a su partida del campamento de Ah-tún, debe usted acelerarla. Entre los medios con los que haya contado para llevarla a cabo, debo advertirle que no incluya el helicóptero.

—Gracias. Lo suponía.

—Y le advierto también que he enviado un reporte muy completo a mis superiores de la Organización, sobre la personalidad de usted, sobre su conducta en Ah-tún y sobre sus últimas actividades que al principio califiqué como arrebatos, pero ahora comprendo que obedecían a un propósito deliberado y funesto.

—Admiro su perspicacia, Pastor.

—No trate usted de pasarse de listo. Ese reporte mío se distribuirá en los lugares precisos. Le hará la vida imposible en Norteamérica. No encontrará trabajo, porque nadie quiere dárselo a un traidor; no tendrá amigos, porque todos se apartan de un sospechoso, como de la peste.

—¿Y no me admitirían en la cárcel?

—Ni siquiera allí.

—¿Es que no tienen pruebas suficientes para acusarme?

—Es que no tiene usted importancia suficiente. El Estado no va a mantener un holgazán.

—A veces resulta usted muy persuasivo, Pastor. No voy a volver a los Estados Unidos. Por lo menos ahora, no.

—¿Piensa usted permanecer aquí? Sepa que ni los católicos, ni nosotros le permitiremos que viva en nuestras zonas de influencia.

—Pero hay otras zonas. Hasta luego, Pastor.

Arthur Smith no alargó la mano para despedirse. Simplemente se fue. Llegó a su habitación a empacar sus cosas, las más indispensables, porque de hoy en adelante él mismo tendría que cargarlas.

Tomó un ejemplar del Evangelio, maltratado por el uso. Era un regalo de su madre y había sido su libro predilecto desde la niñez. Lo amaba. Pero ahora los demás se lo habían envilecido. Lo soltó.

—No quiero que me confundan con los otros.

Cuando Arthur atravesó la recta, única y larga calle de Ah-tún ninguno se asomó a verlo. Era la hora del episodio radiofónico. Sólo el Pastor, detrás del vidrio de su ventana, murmuraba.

—Ese tonto, imbécil. Podría haber hecho una buena carrera.

Arthur caminó entre la sombra fresca, aromática y movible de los pinos. Luego sobre una planicie breve. Al atardecer se sentó a descansar contra una piedra.

¡Qué hermoso era el paisaje! ¡Y qué libre se sentía él porque nada de lo que estaba contemplando le movía a codicia, nada le despertaba el instinto de posesión!

—Bueno, Arthur —se dijo al fin—. Es hora de hacer cuentas. Aquí estás, a la intemperie. De la noche a la mañana perdiste todos los puntales que te sostenían. Ya no hay más religión, ni patria, ni dinero.

Respiró sosegadamente. No experimentaba nostalgia, no sentía miedo ni desamparo. Igual que Mariano, no tenía más que esperanza.

—Soy joven. Y lo único que necesito es tiempo. Tiempo para entender, para decidir.

A lo lejos, en el crepúsculo, humeaba una choza, con ese humo escaso, vacilante, de cocina pobre. Arthur se encaminó a ella.

—Tengo hambre; quizá me den alojamiento por una noche. Alguna cosa habrá en la que yo pueda serles útil.

Arthur iba de prisa, ansioso de llegar.

—Será cuestión de ponerse de acuerdo. Por lo menos estos hombres y yo hablamos el mismo idioma.

LOS CONVIDADOS DE AGOSTO

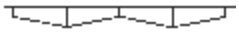
Cuentos. Ediciones Era, 1964. Octava edición, 1984.

Juicios sumarios, Editorial de la Universidad Veracruzana, Col. Filosofía, p. 222.

Los convidados de agosto agota, para mí, esta veta de vida provinciana y arcaica que me fue tan rica. A partir de *Rito de iniciación*, novela aún inconclusa, me aventuro en otros terrenos, planteo una problemática diferente y, en consecuencia, ensayo un estilo del que aún no me siento completamente dueña.

A Manuel Quijano

Las amistades efímeras



…aquí sólo venimos a conocernos,
sólo estamos de paso en la tierra.
Poema náhuatl anónimo

LA MEJOR amiga de mi adolescencia era casi muda, lo que hizo posible nuestra intimidad. Porque yo estaba poseída por una especie de frenesí que me obligaba a hablar incesantemente, a hacer confidencias y proyectos, a definir mis estados de ánimo, a interpretar mis sueños y recuerdos. No tenía la menor idea de lo que era ni de lo que iba a ser y me urgía organizarme y formularme, antes que con actos, por medio de las palabras.

Gertrudis escuchaba, con sus grandes ojos atentos mientras maquinaba la manera como burlaría la vigilancia de las monjas del colegio para entrevistarse con Óscar.

El noviazgo —apacible, tranquilo— presentaba todos los síntomas de que desembocaría en casamiento. Óscar era formal, respetuoso y llevaba unos cursos de electricidad por correspondencia. Gertrudis era juiciosa y su temprana orfandad le puso entre las manos la rienda de su casa y el cuidado de sus hermanos menores, con lo que se adiestró en los menesteres femeninos. Por lo demás nunca alarmó a nadie con la más mínima disposición para el estudio. Su estancia en el colegio obedecía a otros motivos. Su padre don Estanislao Córdova, viudo en la plenitud de la edad, llevaba una vida que no era conveniente que presenciaran sus hijos.

Para no escandalizar tampoco a los comitecos, se trasladó a la tierra caliente, donde era dueño de propiedades. En aquel clima malsano

regenteaba fincas ganaderas y atendía la tienda mejor surtida del pueblo de La Concordia y sus alrededores.

Necesitaba mujer que lo asistiera y tuvo una querida y otra y otra, sin que ninguna le acomodara. Las despachó sucesivamente, con los mejores modos y espléndidos regalos. Hasta que decidió dejar los quebraderos de cabeza y casarse de nuevo. Alrededor de la mujer legítima era posible reunir a su familia disgregada.

Cuando Gertrudis supo la noticia, me encargó que le compusiera unos versos tristes, de despedida para Óscar. No muy tristes porque la ausencia sería breve. Él estaba a punto de terminar los cursos e inmediatamente después abriría su taller. En cuanto empezara a rendirle ganancias, se casarían.

¡Qué lentamente transcurre el tiempo cuando se espera! Y a Gertrudis la impacientaban, además, las disputas con su madrastra, los pleitos de sus hermanos. La única compañía era la Picha, la menor de aquella casa, que la seguía como un perrito faldero. A la huerta, para vigilar que estuviese aseada; al establo, para recoger la leche; a la tienda, a cuyo frente la había puesto su padre.

La clientela era variada. Desde el arriero, que requería bultos de sal, de piezas de manta, hasta el indio que meditaba horas enteras antes de decidirse a adquirir un paliacate de yerbiya o un machete nuevo.

También se servían licores y Gertrudis gritó la primera vez que un parroquiano cayó redondo al suelo, con la copa vacía entre los dedos crispados. Ninguno de los asistentes se inmutó. Las autoridades llegaron con su parsimonia habitual, redactaron el acta y sometieron a interrogatorio a los testigos. Gertrudis se aplacó al saber que un percance así era común. Si se trataba de una venganza privada nadie tenía derecho a intervenir. Si era efecto del aguardiente fabricado por el monopolio (que aceleraba la fermentación con el empleo de sustancias químicas cuya toxicidad no se tomaba en cuenta), no había a quién quejarse.

Gertrudis comenzó a aburrirse desde el momento en que levantaron el cadáver. Los siguientes ya no podían sobresaltarla. Por lo demás, las cartas de Óscar estaban copiadas, al pie de la letra, del *Epistolario de los enamorados*, del que ella poseía también un ejemplar. Si por un lado le proporcionaba la ventaja de poder contestarlas con exactitud, le restaba expectación ya que era capaz de preverlas.

Del taller ni una palabra; de la fecha de la boda, menos. No resultaba fácil intercalar temas semejantes entre tantos suspiros y lágrimas de nostalgia. Era yo quien la mantenía al tanto de los acontecimientos. Óscar había empezado a quebrantar su luto. Con la antigua palomilla jugaba billar, iba a la vespertina los domingos y a las serenatas los martes y jueves. Permanecía fiel. No se le había visto acompañando a ninguna muchacha, ni siquiera por quitarle el mal tercio a sus amigos. Asistía a los bailes, y otras diversiones, con un aire de tristeza muy apropiado y decente. Pero se rumoraba que no estaba invirtiendo sus ahorros, como era de esperarse, en los materiales para montar el taller, sino en los preparativos de un viaje a México, cuyas causas no parecían claras.

Me gustaba escribir estas cartas: ir dibujando la figura imprecisa de Óscar, la ambigüedad de su carácter, de sus sentimientos, de sus intenciones. Fue gracias a ellas —y a mi falta de auditorio— que descubrí mi vocación.

Gertrudis se abanicaba con el papel y no cambiaba de postura en la hamaca. El calor la anonadaba, despojándola del ímpetu para sufrir, para rebelarse. Óscar… ¡qué extraño le parecía de pronto, este nombre! ¡Qué difícil de ubicar en una casa llena de mercancías, de recuas, de perros sarnosos! ¿Quién recuerda el tono con que se pronuncia la ternura si no se oyen más que los gruñidos de la madrastra, las imprecaciones del padre, el parloteo de la servidumbre y las órdenes de la clientela? Gertrudis misma era otra y no la que vivió en Comitán. En el colegio su futuro tenía un aspecto previsible. “Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.” Tal era el lema de las clases de economía doméstica. Pero aquí no encontraba estabilidad alguna ni fijeza. Los objetos, provisionales siempre, se colocaban al azar. Las personas estaban dispuestas a irse. Las relaciones eran frágiles. A nadie le importaba, en este bochorno, lo que los demás hicieran. Las consecuencias de los actos se asumían a voluntad. Un juramento, una promesa, carecían de significación. Óscar, el tierrafriano, ya no reconocería a su novia. ¡Novia! ¡Qué término tan melindroso y tan hipócrita! Gertrudis reía, encaminándose al baño. Porque en La Concordia se bañaba entera, con el cuerpo desnudo, no se restregaba los párpados con la punta de los dedos mojados en agua tibia, procurando no salpicarse el resto de la cara, como en Comitán.

Gertrudis me aseguraba, en sus recados escritos a lápiz sobre cualquier papel de envoltura, que no tenía tiempo de contestar mis cartas más extensamente. Sus quehaceres… en realidad era perezosa. Se pasaba las horas muertas ante el mostrador de la tienda, entretenida en contemplar cómo el enjambre de moscas se atontaba sobre las charolas de dulces. Y si algún inoportuno venía a interrumpirla solicitando una insignificancia, lo fulminaba con los ojos, al tiempo que decía bruscamente: no hay.

Un mediodía turbó su somnolencia el galope de un caballo. Su jinete desmontó sudoroso y tenso y entró a la tienda pidiendo una cerveza. Tenía la voz tan reseca de sed, que Gertrudis tuvo que servirle tres botellas antes de que estuviera en condiciones de hablar. Lo hizo entonces y no se refirió a sí mismo.

—Se ha de aburrir mucho —comentó observando a Gertrudis.

Ella alzó los hombros con indiferencia. ¿Qué más daba?

—¿Nunca ha pensado en irse?

—¿Adónde?

—A cualquier parte.

Gertrudis se inclinó hacia él y dijo en voz baja:

—No me gusta regresar.

El hombre hizo un gesto de asentimiento y pidió otra cerveza. Parecía estar meditando en algo. Por fin, propuso:

—¿Y si nos fuéramos juntos?

Gertrudis echó una mirada rápida a la calle.

—No trae usted más que un caballo.

—¿Sabe montar en ancas?

—En la caballeriza hay algunas bestias descansadas. Sería cuestión de que me ensillaran una.

El hombre asintió. Estando solucionado el problema no entendía por qué esta mujer se quedaba como de palo, sin moverse. Pero Gertrudis pensaba en los detalles.

—Tengo que juntar mi ropa.

—No es bueno ir muy cargado.

—Tiene usted razón.

Gertrudis le sirvió otra cerveza al hombre, antes de desaparecer en el interior de la casa.

Al tayacán le dijo que iba a bañarse al río, pero que estaba muy cansada para andar a pie. Cuando trajinaba en su cuarto, haciendo el equipaje, entró la Picha. A pesar de su inoportunidad fue bien recibida.

—¿Adónde vas?

—Al río.

—Llévame.

—Bueno.

Gertrudis había contestado automáticamente. ¿Qué opinaría el hombre? Después de todo si no estaba de acuerdo podía irse solo. Pero ¿y ella? Se apresuró a regresar a la tienda, con un envoltorio bajo el brazo y la Picha agarrada de sus faldas.

—¿Quién es la patoja?

—Mi hermanita. Está muy hallada conmigo. No la puedo dejar.

—¿Aguantará el trote?

—A saber.

—¿Cuánto se debe?

Gertrudis contó con celeridad los cascos de cerveza vacíos.

—Veinte pesos.

El hombre puso el dinero sobre el mostrador.

—No conviene que nos vean salir juntos. La espero en la Poza de las Iguanas.

Gertrudis asintió. Cuando quedaron solas la Picha y ella se puso a llenar un morral con latas de sardinas y de galletas y su portamonedas con el producto de las ventas del día.

El tayacán asomó la cabeza.

—Está lista su montura, niña.

—Quédate aquí, despachando mientras regreso.

Gertrudis montó a mujeriegas llevando bien abrazada a la Picha. Nadie las vio salir por la puerta del corral. Unos minutos después habían llegado al lugar de la cita. El hombre escogió el camino y ellas lo siguieron.

Iban de prisa, de prisa. Al anochecer llegaron a un caserío.

—Voy a buscar posada —dijo el hombre.

Gertrudis desmontó, con cuidado de no despertar a la Picha. ¿Dónde ponerla? Tenía los brazos adoloridos de su carga.

Había un clarito en el monte y la acostó allí.

—Ojalá que no se llene de garrapatas.

Libre del estorbo de la niña se aplicó a abrir una de las latas. Tenía hambre. Estaba limpiándose el aceite que le escurrió por las manos, cuando el hombre regresó.

—Hay un lugar donde pasaremos la noche. Vamos.

La distancia era tan pequeña que podía caminarse a pie. Así lo hicieron, jalando los cabestros de las cabalgaduras. El hombre se acomidió a llevar a la Picha.

Los dueños de la casa habían salido al corredor con un mechero de petróleo y les indicaron el camino con frases amables. En la cocina les dieron una taza de café y luego los llevaron al cuarto.

Las dimensiones eran reducidas, el piso de tierra y por todo mobiliario un catre y una hamaca. Allí, amarrada para que no se cayera, colocaron a la Picha. En el catre se acostaron los dos.

Gertrudis no pensó en Óscar ni una sola vez. Ni siquiera pensaba en el desconocido que estaba poseyéndola y al que se abandonó sin resistencia y sin entusiasmo, sin sensualidad y sin remordimientos.

—¿No tienes miedo de que te haga yo un hijo?

Gertrudis negó con la cabeza. ¡Un hijo era algo tan remoto!

Casi al amanecer quedaron dormidos. Y los despertó el latir furioso de los perros, el escándalo de una cuadrilla de hombres a caballo, las alarmadas exclamaciones de los dueños de la casa.

El hombre se vistió inmediatamente. Estaba pálido. Gertrudis creía estar soñando hasta que tuvo frente a sí a su padre, que la sacudía violentamente por los hombros.

—¡Desgraciada! ¡Tenías que salir con tu domingo siete! ¿Qué te hacía falta conmigo? ¿No me lo podías pedir?

Descargó un bofetón sobre la mejilla indefensa de Gertrudis. Ella ahogó el gemido para no despertar a la Picha.

Don Estanislao se había vuelto hacia la puerta para instar a sus acompañantes a que irrumpieran en la habitación.

—Aquí tienen al que buscaban —dijo señalando al hombre—. Yo lo conozco bien. Se llama Juan Bautista González.

El hombre inclinó la cabeza. Era inútil negar.

—A ver, licenciadito, no se me apendeje. Lea la lista de las acusaciones.

El aludido se adelantó a los del grupo, requirió unas gafas y carraspeó con insistencia antes de empezar a leer.

—…por atentado a las vías generales de comunicación.

Gertrudis quiso averiguar.

—¿Qué es eso?

—Que tu alhaja se entretuvo cortando los alambres del telégrafo.

—En efecto, señorita.

—Señorita —barbotó don Estanislao, exhibiendo una mancha de sangre sobre la sábana—. Cárguele esto también en la cuenta.

El licenciado iba a consultar un código del que no se desprendía, pero don Tanis se lo impidió.

—Déjese de cuentos y apunte.

El licenciado, trémulo y para no equivocarse, fue poniendo todas las palabras que se relacionaban con el caso.

—Rapto, estupro, violación…

—Y robo. No se olvide usted de añadir los doscientos pesos que me faltan en caja ni las conservas que desaparecieron.

—¿Cuál es el castigo? —quiso cerciorarse el hombre. No daba la impresión de estar preocupado. Debía de tener buenas palancas.

—Pues, según la ley…

—Usted me hace favor de callarse, licenciado. El castigo es que te pudrirás de por vida en la cárcel. Y que si con mañas logras salir de allí, yo te venadeo en la primera esquina.

—Enterado, gracias —dijo el hombre sin perder la compostura.

—La pena sería menor —sugirió tímidamente el licenciado— si el reo diera satisfacción de alguno de los daños. La devolución del dinero, por ejemplo.

Gertrudis tanteó debajo de su almohada y luego hizo entrega del portamonedas a su padre.

—Cuéntelo. Está cabal.

El éxito de su insinuación dio ánimos al licenciado.

—También podría resarcir la honra de la señorita, casándose con ella.

—¿Cuál señorita? —preguntó el hombre.

—Óigame usted, hijo de tal, no me va a venir ahora con que a mi hija no la encontró como Dios manda. ¡Aquí hay pruebas, pruebas!

Y don Tanis enarbolaba otra vez la sábana.

—No, no me refería a eso —prosiguió el hombre—. Es que antes de llegar a La Concordia levanté en el camino a otra muchacha.

La Picha despertó llorando. No reconocía el lugar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué hacían tanto ruido? Gertrudis se tapó con el vestido y fue a consolarla.

El licenciado se rascó meditativamente la oreja.

—¿Recuerda usted el nombre de la perjudicada?

—No tuvimos tiempo de platicar. Usted comprende, como iba yo huido…

—Con quien tiene que casarse es con mi hija.

—¿Aunque la otra tenga prioridad? —dijo el licenciado, arrepintiéndose al ver la expresión de don Tanis.

—No me salga con critiqueces. Usted me los casa ahorita mismo. Gertrudis, ven acá.

Gertrudis obedeció. Estaba incómoda, porque el vestido con que se cubría se le resbalaba. Y además el peso de la Picha.

—Deja en alguna parte a esa indizuela. Y ponte el vestido, no seas descarada.

Cuando sus mandatos fueron cumplidos, don Tanis añadió:

—Ahora los novios se agarran de la mano ¿verdad, lic.?

—Sí, naturalmente. ¿Me permite usted buscar la epístola de Melchor Ocampo? Aquí, en el código.

—No, nada de requilorios. Los señores —dijo don Tanis, señalando a los vaqueros que se amontonaban en la puerta— son testigos de que usted declara a este par marido y mujer.

—Yo quisiera un anillo —suspiró Gertrudis.

Se hizo un silencio general. Todos se miraron entre sí. La dueña de la casa se limpiaba una lágrima con la punta del delantal.

Don Tanis le alargó el portamonedas.

—Tu dote.

—Gracias, papá.

Los novios se soltaron de las manos, que habían comenzado a sudar y ponerse pegajosas.

—¿No quieren una copita?

La dueña de la casa había traído una charola llena de vasos mediados de comiteco.

Ninguno rehusó. Hasta la Picha dio un trago, tuvo una especie de ahogo y le golpearon la espalda.

—¡Vivan los novios!

Don Tanis llevó aparte a Gertrudis para darle su bendición.

—Siempre creí que contigo iba a empezar a desgranarse la mazorca. No de esta manera, pero qué se le va a hacer. ¿Sabes? —finalizó rozándole suavemente la nariz con la punta del fuete—. Hoy me recordaste a tu madre. Se parecen. Sí, se parecen mucho.

Gertrudis había oído historias sobre el matrimonio de sus padres, don Tanis fue a pedir a la novia, por encargo de un amigo. Y mientras los mayores deliberaban, ellos hicieron su agua tibia y se fugaron. ¡Qué revuelo! ¡Qué amenazas! Pero fueron felices. ¿Por qué ella no iba a serlo?

—Bueno, señores. Ahora cada quien para su casa. Yo me llevo a la Picha. Ustedes ¿qué rumbo van a agarrar?

El licenciado se asfixiaba.

—Vamos a la cabecera del municipio, don Tanis. Allí será procesado su… su yerno.

—Entonces tienen que apurarse. Está bien lejos.

—¿Entiende usted lo que quise decir, don Tanis? Su yerno va a ir a dar a la cárcel. Y su hija… ¿Tiene algún conocido en San Bartolomé, perdón, en Venustiano Carranza?

—No —repuso Gertrudis.

—Entonces su situación va a ser un poco difícil.

—La vida nos prueba, licenciado. Hay que tener temple, valor, dar la cara a las penas. Si Gertrudis no hubiera salido de mi poder yo la protegería, se lo juro. Pero ya está bajo mano de hombre. Los suegros entrometidos son una maldición.

Eso lo comprobó Gertrudis cuando fue a vivir a casa de los suyos. El viejo era un basilisco y la vieja una pólvora. Los dos no se ponían de acuerdo más que para renegar de la nuera y obligarla a que desquitara el hospedaje y la comida con su trabajo.

Mientras tanto Juan Bautista no había logrado salir de la cárcel. Su mujer lo visitaba los jueves y los domingos, llevándole siempre algún bocado, una revista, un cancionero. Y un cuerpo cuya docilidad había ido, poco a poco, transformándose en placer.

Las visitas apenas les daban tiempo para comentar los avances del proceso. No hablaban nunca de lo que harían cuando Juan Bautista estuviera libre.

Por eso la noticia los cogió desprevenidos. El primer día fue de fiesta, de celebración familiar. Cuando el matrimonio se instaló en la rutina, Juan Bautista comenzó a dar señales de inquietud.

—¿Qué te pasa? —preguntó, por cortesía, Gertrudis.

Juan Bautista fingió dudar un instante y luego decidirse bruscamente. Tomó las manos de su mujer y la miró a los ojos.

—Yo tenía una novia, Gertrudis. Desde que los dos éramos asinita. No me ha faltado. Me espera.

Gertrudis retiró las manos y bajó los ojos.

—Además nuestro matrimonio no es válido. No hay acta, no hay papeles…

—Pero mi papá se va a enojar. Él puso los testigos.

—Para no ofenderlo vamos a divorciarnos. Por fortuna no te has cargado con hijos.

—¿Seré machorra? —se preguntó a sí misma Gertrudis.

—A Dios no le gustan las embelequerías de gentes como nosotros. Por eso no llegan las criaturas.

—¡Que bueno! Porque es muy triste eso de ser machorra.

—Así que estás libre y yo te voy a ayudar en lo que se pueda. ¿Adónde quieres ir?

—No sé.

—¿A La Concordia? ¿A Comitán?

Gertrudis negaba. Nunca le había gustado regresar.

—A México.

—Pero criatura, cómo te la vas a averiguar sola, en tamaña ciudad.

—Tengo una amiga que vive allá. Me escribe seguido. Cartas muy largas. Voy a buscar la dirección.

Así fue como Gertrudis y yo volvimos a vernos. Mis padres escucharon su historia parpadeando de asombro. No, de ninguna manera iban a permitir que yo me contaminara con tan malos ejemplos. Ni pensar siquiera en que se quedaría a vivir con nosotros. Había que conseguirle trabajo y casa. Para eso se es cristiano. ¿Pero admitirla en la nuestra? No, por Dios que no. La caridad empieza por uno mismo.

En vano argumenté, lloré, supliqué. Mis padres fueron inflexibles.

Bien que mal, Gertrudis fue saliendo adelante. Nos veíamos a escondidas los domingos. Ahora yo me había vuelto un poco más silenciosa

y ella más comunicativa. Nuestra conversación era agradable, equilibrada. Estábamos contentas, como si no supiéramos que pertenecíamos a especies diferentes.

Un domingo encontré a Gertrudis vestida de negro y deshecha en llanto.

—¿Qué te pasa?

—Mataron a Juan Bautista. Mira, aquí lo dice el telegrama.

Yo sonreí, aliviada.

—Me asustaste. Creí que te había sucedido algo grave.

Gertrudis me miró interrogativamente.

—¿No es grave quedarse viuda?

—Pero tú no eres viuda. Ni siquiera te casaste.

Abatió la cabeza con resignación.

—Eso mismo decía él. Pero ¿sabes? vivimos igual que si nos hubiéramos casado. A veces era cariñoso conmigo. ¡Necesitaría yo no tener corazón para no llorarlo!

Decidí llevarle la corriente. Cuando se hubo calmado empecé a preguntar detalles.

—¿Y cómo lo mataron?

—De un tiro por la espalda.

—¡Válgame!

—Es que lo iban persiguiendo.

—¿Qué hizo?

—Otra vez la misma cosa. Cortar los alambres. No sé de dónde le salió esa maña.

—De veras. Es raro.

Hicimos una pausa. Yo acabé por romperla.

—¿Se casó, por fin?

—Sí, con su novia de siempre.

Gertrudis lo dijo con una especie de orgullo por la fidelidad y constancia de ambos.

—Entonces a ella le toca el luto. No a ti.

Su expresión fue al principio de hurañía y desconfianza. Luego de conformidad.

—Quítate esos trapos negros y vamos al cine.

La oí canturrear desde el baño, mientras se cambiaba.

—¿Hay algún programa bonito?

—Para pasar el rato. Apúrate.

—Ya estoy lista.

Gertrudis me ofreció un rostro del que se habían borrado los recuerdos; unos ojos limpios, que no sabían ver hacia atrás. Toda ella no era más que la expectativa gozosa de una diversión cuyo título le era aún ignorado.

En la penumbra del cine, junto al rumiar goloso de Gertrudis (que se proveía generosamente de palomitas y muéganos), yo me sentí de pronto muy triste. Si la casualidad no nos hubiera juntado otra vez, Gertrudis ¿se acordaría siquiera de mi nombre? ¡Qué pretensión más absurda! Y yo que estaba construyendo mi vida alrededor de la memoria humana y de la eternidad de las palabras.

—Espérame un momento. No tardo.

No supe nunca si Gertrudis escuchó esta última frase porque no volvimos a vernos.

Al llegar a la casa tomé mi cuaderno de apuntes y lo abrí. Estuve mucho tiempo absorta ante la página en blanco. Quise escribir y no pude. ¿Para qué? ¡Es tan difícil! Tal vez, me repetía yo con la cabeza entre las manos, tal vez sea más sencillo vivir.

Vals “Capricho”

Despierto de pronto en la noche
pensando en el Extremo Sur.
PABLO NERUDA

LA PALABRA señorita es un título honroso… hasta cierta edad. Más tarde empieza a pronunciarse con titubeos dubitativos o burlones y a ser escuchada con una oculta y doliente humillación.

Peor todavía cuando se tiene el oído sensible como en el caso de Natalia Trujillo. Tan sensible que sus padres la consagraron al aprendizaje de la música, medida nunca lo suficientemente alabada. Porque en su juventud Natalia era la alegría de las reuniones, la culminación de las veladas artísticas, el pasmo de sus coterráneos. Por toda la Zona Fría andaba la fama de su virtuosismo para ejecutar los pasajes más arduos en que los compositores volcaron su inspiración. Y esta proeza era más admirable si se consideraba la pequeñez de unas manos que abarcaban, apenas, una octava del teclado.

Era un privilegio —y una delicia— ver a Natalia acercarse al piano, abrirlo con reverencia, como si fuera la tapa de un ataúd; retirar, con ademán seguro, el fieltro que protegía el marfil; toser delicadamente, asegurarse el moño, probar los pedales, despojarse con primor de las sortijas y adoptar una expresión soñadora y ausente. Tal especie de rito era el preludio con que se lanzaba al ataque de la pieza suprema de su repertorio: el vals *Capricho* de Ricardo Castro.

La civilización, que todo lo destruye, minó aquel prestigio que parecía inconmovible. Primero llegaron a Comitán las pianolas que hasta un niño podía hacer funcionar. Después hubo una epidemia de gramófonos que prescindían hasta de los ejecutantes.

La estrella de Natalia se opacó. Su madurez vino a encontrarla inerme y su decadencia la hizo despeñarse hasta las lecciones particulares.

Sus alumnas eran hijas de las buenas familias, empobrecidas por la Revolución y arruinadas definitivamente por el agrarismo. Como no estaban ya en posibilidades de adquirir ningún aparato moderno, se apegaron con fanatismo a unas tradiciones que, bien contadas, se reducían a los rudimentos del solfeo, la letra redonda, uniforme y sin ortografía y el bordado minucioso de iniciales sobre pañuelos de lino.

La señorita Trujillo hacía hincapié en lo módico de las cuotas que cobraba su academia. A pesar de ello los parientes de las discípulas regateaban con intransigencia, pagaban con retraso o se endeudaban sin pena.

Lo exiguo de sus ganancias proporcionaba una doble satisfacción a Natalia: mantenerse en la creencia de que no trabajaba, sino de que se distraía para calmar sus nervios y, por otra parte, ayudar al sostenimiento decoroso de una casa que no compartía más que con otra hermana soltera, Julia, quien si hubiese sido mayor no lo habría admitido nunca y si menor no lo habría proclamado jamás.

Julia se dedicaba a un menester igualmente noble que la música: la costura. Este don innato también fue advertido por la clarividencia de unos padres demasiado solícitos que supieron darle cauce y plenitud.

Julia tuvo su hora de triunfo. Durante años impuso la moda en Comitán y los empleados de Correos violaban la correspondencia para satisfacer una delictuosa curiosidad: ¿de dónde provenían los frecuentes envíos consignados a Julia y qué encerraban los paquetes tan cuidadosamente hechos? La divulgación de sus hallazgos aumentó la clientela de la modista: eran figurines de los almacenes más renombrados de Guatemala, de México y aun de París.

Como es natural, Julia tenía la sindéresis necesaria para adaptar los atrevimientos de las grandes urbes a la decencia provinciana. Y si allá se diseñaba un escote audaz aquí se velaba con un olán gracioso. Las faldas no delataron nunca la redondez de las caderas ni exhibieron las imperfecciones

de la rodilla. Y en su ruedo pesaban minúsculos trozos de plomo, ya que en Comitán sopla un aire impertinente cuyas indiscreciones hay que contrarrestar.

El varón de la familia Trujillo, lejos de ser el báculo de la vejez de sus progenitores, el respeto de sus hermanas, el sostén del hogar, era una preocupación, una vergüenza y una carga. Enclenque y sin disposiciones especiales para ningún oficio fue recomendado con el patrón de unas monterías, después de asegurar su vida en una suma ¡ay! consoladora. Todos confiaban en que Dios hiciera su voluntad al través de los rigores del clima y la rudeza del trabajo.

Pero los caminos de la Providencia son imprevisibles. El desenlace lógico no se produjo. Al contrario: Germán, fortalecido por las adversidades y próspero gracias a su tenacidad, acabó convirtiéndose en el héroe de los coloquios íntimos de sus parientes. Se recordaba con ternura la historia de su infancia; el desparpajo con que respondía mal a las preguntas de los sinodales en los exámenes públicos; su ingenio de monaguillo para organizar travesuras a la hora de la misa. Después se evocaba la austeridad de su adolescencia y la adustez premonitoria de su carácter. Hasta que se llegaba a la apoteosis actual en que lo único sobre lo que se guardaba silencio era sobre su estado civil. Los ángeles, sentenciaba su madre, no tienen pasaporte. Lo cual significaba que Germán se había amancebado con alguna mestiza tiñosa, palúdica o quién sabe si algo peor, en su destierro.

A Natalia y a Julia las unió su desamparo mutuo y los infortunios que tuvieron que sobrellevar. Primero la orfandad; luego la pobreza vergonzante. Germán rescató las hipotecas de la casa y les permitía habitarla mientras decidía la hora de su regreso a Comitán. Pero las dos hermanas no dejaron de sentirse dueñas de ese lugar en que estaban los retratos de sus antepasados y las sombras de épocas felices. En el traspatio se veía aún el fondo del aljibe seco en que se refugiaron del vandalismo de los carrancistas; en el balcón de las serenatas se conservaba el hierro torcido por la violencia de un duelo entre rivales; en la sala continuaba, de cuerpo presente, el piano de cola; el ajuar de bejuco, objeto ya más de contemplación que de uso; las rinconeras de ébano, que sabían disimular su deterioro; los tarjeteros de mimbre que ostentaban imágenes borrosas pero inolvidables.

Era verdad que sus ingresos no bastaban nunca para tapar las goteras que cundían en los tejados ni para arrancar las malas hierbas que medraban en el jardín ni para abastecer la despensa. Pero Natalia y Julia permanecían en sus antiguos dominios y no abandonaban el pueblo, mientras que otras familias de mayor abolengo, pretensiones o fortuna que la suya, habían emigrado a tierras donde no serían nadie, donde se desvanecerían como fantasmas.

Las hermanas Trujillo alcanzaron esa edad en que las tentaciones pasan de largo y el destino ha cerrado ya todas sus trampas, menos la última. Su existencia transcurría apacible, monótona y privada, entre arpegios inhábiles, retazos varios y costumbres sólidas: las visitas de amistad y cumplido, la asistencia a los acontecimientos luctuosos, la adhesión a congregaciones serias. Por lo demás, la maledicencia no hallaba pábulo para cebarse en aquella discreción ni el ridículo tenía motivos para fustigar tal insignificancia. Si la salud de las señoritas Trujillo adolecía de algún quebranto, ellas no alentaban aspiraciones de longevidad, pues las trocaron por la promesa de una bienaventuranza eterna.

Pero ¿quién puede llamarse dichoso mientras vive? Natalia y Julia vieron entrar la desgracia por la puerta y no la reconocieron. ¡Ostentaba un aspecto de juventud tan floreciente, una sonrisa tan tímida, un rubor tan espontáneo! Se llamaba Reinerie, era su sobrina y Germán se la había encomendado para que la educaran y pulieran en el roce social. Les entregó una criatura de buena índole pero en estado salvaje. Exigía que le devolvieran una dama y para lograr su propósito no iba a escatimar ningún medio.

Natalia y Julia no dispusieron ni de un instante para dedicarlo a la perplejidad. En la primera comida hubo que informar a su huésped (con tacto, eso sí, porque contaría todo a su padre) de cuál era la utilidad de los cubiertos, así como de lo indispensable que resulta, en algunos casos, la servilleta.

Las primeras manifestaciones de la presencia de Reinerie en casa de las Trujillo fueron catastróficas. Era despótica y arbitraria con la servidumbre, ruda con las cosas, estrepitosamente efusiva con sus tías. Rasguñaba las paredes para comerse la cal, removía los arriates para molestar a las lombrices, tomaba jugo de limón sin miedo a que se le cortara la sangre y se bañaba hasta en los días críticos.

El asombro de Natalia y Julia las mantuvo, durante semanas, paralizadas y mudas. ¿Qué clase de bestezuela era ésta que expresaba su satisfacción con ronroneos, su cólera con alaridos y su impaciencia con pataletas?

Una vez disminuido el estupor inicial las dos hermanas se reunieron en conciliábulo.

Para su deliberación se encerraron en el único sitio de la casa al que nadie acudía sino forzado: el oratorio. Allí, irreverentemente acomodadas en los reclinatorios, dieron principio a una plática reticente, a cuyo núcleo no se atrevieron a llegar sino después de largos circunloquios.

—Reinerie… qué nombre tan chistoso. ¿No te parece?

—Yo conocí un Rosemberg; de cariño le decían Chember. También era de tierra caliente.

—Son muy raros por esos rumbos. ¿Y tú crees que Reinerie esté en el santoral?

—Si es apelativo de cristiano, sí.

—Habrá que preguntarle al Coadjutor.

—Y aprovechar para que la bautice.

—¿Y si ya la bautizaron?

—En las monterías no hay iglesia.

—¡Sería un escándalo! ¿Te imaginas a Germán Trujillo dejando que su hija se críe como el zacate?

—Pero a esa criatura le falta un sacramento, tal vez hasta un exorcismo. Si parece que estuviera compatiada con el diablo.

—Malas mañas que le enseñó su madre.

—No hagas juicios temerarios. A esa pobre mujer ni siquiera la conocemos.

—Basta el botoncito de muestra que nos mandaron.

—Es nuestra cruz. ¡Y le debemos tantos favores a Germán!

—Se los vamos a corresponder con creces, no te apures.

—Si Dios nos presta vida. Porque con estos achaques… Anoche no pude pegar los ojos.

—Yo tampoco. No me dejaste dormir con tus ronquidos.

Natalia bajó los ojos, avergonzada. Después de la escaramuza que servía de introducción a los grandes temas, Julia fue al grano.

—Te decía que Reinerie…

—No la llames así. Todo el mundo se burla de nosotros. Mejor dile Claudia.

—Prefiero Gladys.

—¡Has estado leyendo novelas otra vez!

—Tengo tiempo de sobra. Esta criatura se exhibe en unas fachas que me está espantando la clientela.

—¿Por qué no le cortas unos vestidos bonitos?

—Los echa a perder en cuanto se los pone. Si por ella fuera andaría desnuda. Tú tampoco has logrado que se acostumbre a los zapatos.

—Le sacan ampollas.

—Es que son finos. Hay que empezar por el principio. Lo que necesita son chanclas de tenis.

—¿Con qué cara me presento yo en la zapatería para comprar eso?

—Di que es por tus juanetes, chatita.

—Los he soportado mi vida entera sin quejarme, nena. A estas alturas no voy a dar mi brazo a torcer.

—¿Y si dijéramos que es para una criada?

—¿Calzar a una criada? ¿Dónde se ha visto? ¡Nadie volvería a hablarnos!

Las dos hermanas quedaron pensativas. Por la cabeza, fértil en recursos, de Natalia, cruzó al fin una iluminación.

—¡Sandalias de cuero!

Julia torció el gesto.

—No están de moda.

Era su argumento supremo; pero esta vez no resultó eficaz. Tuvo que ceder, aunque impuso una condición: que ninguna de las señoritas Trujillo intervendría directamente en el asunto. Recurrieron al Coadjutor quien, bajo sigilo sacerdotal, encargó un par de las que Reinerie se despojaba con el menor pretexto.

Cuando sus tías le llamaban la atención se fingía sorda, porque ni Gladys ni Claudia eran su nombre. Las hermanas se quejaban amargamente de semejante tozudez.

—Tarea de romanos, hijas mías —suspiraba el Coadjutor, contemplando con ceño desaprobatorio el raído tapete sobre el piano. Cuando promovieran su ascenso (y los trámites ya no se podían prolongar) renunciaría sin

escrúpulos a la amistad de solteronas arruinadas para sustituirla por el trato con los señores pudientes.

—Una prueba que el Señor nos ha mandado —admitía con docilidad Julia.

—Pero yo no pierdo los ánimos —terció Natalia con la sonrisa del que prepara una sorpresa agradable—. Hoy ya no escupió en el suelo.

—¿Y dónde escupió? —quiso saber distraídamente el Coadjutor. Estaba considerando si Germán Trujillo llegaría a ser un señor pudiente.

—En un pocillo.

Las mejillas de Natalia estaban arreboladas. Pero quiso llevar su defensa hasta el fin.

—Las salivaderas tienen un aspecto tan… tan… Es fácil confundirlas con cualquier otro traste.

El Coadjutor se revistió de paciencia. Germán prosperaba en las monterías.

—He escuchado rumores de que la muchacha es arisca con los hombres. No se lo repruebo; ninguna precaución es suficiente. Pero ella traspasa los límites, no sólo del pudor, sino de la cortesía. Ofende a quienes se le acercan con ánimo inocente. El otro día, en la calle…

—¿Qué creía Germán? ¿Que con su dinero, tal vez mal habido, podría rendirnos a todos? A los comitecos lo que les sobra es orgullo.

—¿Qué va a buscar una señorita decente en la calle?

Julia se adelantaba a las condenaciones que temía. El Coadjutor esbozó un gesto ambiguo.

—Y en el barrio de la Pila, exponiéndose a que le faltara al respeto cualquier burrero.

—¡San Caralampio bendito!

—Pues allí, fingiendo negocios, tenemos a la sobrina de ustedes, Reinerie…

—Gladys, señor.

—Claudia, su reverencia.

—María, de acuerdo con las costumbres de nuestra Santa Madre.

Las hermanas Trujillo cambiaron entre sí una mirada de contrariedad. Había que seguirle el humor a este anciano. ¿De qué hablaba ahora?

—Ustedes saben cómo se ponen aquellos rumbos cuando se entablan las aguas. Lodo, estiércol… María no es melindrosa, ¿verdad?

No, no era. Tenían que inculcarle los melindres.

—…estaba en el trance de atravesar un charco. Sostenía las sandalias y las medias con una mano y con la otra, se alzaba la falda.

La imagen era inconcebible. Julia y Natalia la rechazaron cerrando fuertemente los ojos.

—Acertó entonces a pasar por allí Manolo Almaraz.

—Su familia es pileña ¿no es cierto, señor?

—Su origen es humilde, pero sus costumbres son intachables. Yo pondría la mano en el fuego por él. Lo conozco. Es mi hijo de confesión.

—Claro, claro —aceptó conciliadora Natalia.

—Por galantería le ofreció el brazo a la sobrina de ustedes al mismo tiempo que, con esa delicadeza tan suya, le dijo: "¿Me permite que la ayude?"

—¿Pretendía que Gladys dejara que la tocase?

Natalia miró compasivamente al sacerdote. No cabía duda de que desvariaba. Una cabeza no muy firme puede extraviarse a pesar de la tonsura. Era una ley rigurosa que en Comitán el hombre y la mujer no tuvieran ningún contacto sino dentro del matrimonio.

—Se trataba de una emergencia —aclaró el Coadjutor, malhumorado—. En el ofrecimiento de Manolo no había rastro ni de malicia ni de abuso. Yo salgo fiador de sus intenciones.

—¿Y Claudia aceptó?

—María, no se sabe cómo desenfundó una pistola y, apuntando con ella al corazón de Manolo le dijo: "si se atreve a acercarse, aténgase a las consecuencias". No es difícil adivinar cuáles serían.

Se hizo un silencio de consternación. El Coadjutor pensaba en la urbanidad lesionada, Julia en la clientela perdida, Natalia en la virtud incólume.

—Aconséjenos usted, padre. ¿Qué hacemos?

—Mano de hierro con guante de seda. ¿Comprenden?

Las señoritas Trujillo asintieron de una manera automática. No habían comprendido. De allí en adelante sus insomnios fueron verdaderos.

De sus consultas con la almohada, las tías concluyeron que Reinerie-Gladys-Claudia-María lo que necesitaba era tener tratos con muchachas de su edad. No iba a ser difícil. Bastaba con que Natalia se ausentara oportunamente durante las lecciones de piano.

Las alumnas, ignorantes de lo que se fraguaba, inventaban las excusas más improbables para abandonar el salón de clase y husmear por la casa en busca de esa especie de guacamaya lacandona que se desvivían por conocer.

El conocimiento no satisfizo su curiosidad, sino la excitó más aún. Las conversaciones entre las jóvenes comitecas y la recién venida de la montería eran tan difíciles y sin sentido como las de los manuales de idiomas extranjeros. Las comitecas usaban una especie de clave, accesible únicamente al grupo de las iniciadas. Reinerie —que por orgullo fingía enterarse— daba unas contestaciones ambiguas que las otras interpretaban como un lenguaje superior.

Porque Reinerie poseía unos secretos que colocaban a las comitecas en un nivel de subordinación. Estos secretos se referían a la vida sexual de los animales y también ¿por qué no? de las personas. Reinerie describía con vivacidad y abundancia de detalles, el cortejo de los pájaros, el apareamiento de los cuadrúpedos, el cruzamiento de las razas, el parto de las bestias de labor, las violaciones de las núbiles, la iniciación de los adolescentes y las tentativas de seducción de los viejos.

Las comitecas volvían a su casa turbadas, despreciando a sus padres, ansiosas de casarse, sucias por dentro. Algo dejaron traslucir porque sus mayores les prohibieron que continuaran frecuentando a esa “india revestida”. La señorita Natalia extendió —sin una arruga— el fieltro verde sobre las teclas de marfil y echó llave al piano.

La fama de la corrupción de Reinerie llegó hasta las tertulias de los hombres para provocarles un movimiento de repugnancia. En sus relaciones con las mujeres contaban, como con un ingrediente indispensable, con su ignorancia de la vida. De ellos dependía prolongarla o destruirla. En el primer caso tenían segura la sumisión. En el segundo, la gratitud.

En un plano de igualdad no sabían cómo desenvolverse. Con la hija de Germán Trujillo tampoco era posible alardear de destreza en los oficios masculinos. Si la ocasión se presentaba Reinerie era capaz de cinchar una mula, de atravesar a nado un río y de lazar un becerro.

Y para colmo la muchacha era tímida. Cuando un varón (algún recadero ¿quién más iba a atreverse o a dignarse?) le dirigía la palabra, su rostro tomaba el color morado de la asfixia, comenzaba a balbucir incoherencias y se echaba a correr y a llorar.

¿Quién iba a conmoverse con estos bruscos pudores? La esquivez de Reinerie fue calificada como grosería y desprecio. En represalia le concedían el saludo más distante y la amabilidad menos convincente.

Reinerie tardó en darse cuenta de que a su alrededor se había hecho el vacío. Vagaba distraídamente por los corredores; se quedaba parada, de pronto, en el centro de las habitaciones; se golpeaba la frente contra los árboles del traspatio. Y no comprendía. Hasta que una vez cayó presa de una dolorosa convulsión.

Julia acudió santiguándose y temiendo la deshonra; Natalia llorando y compartiendo el sufrimiento.

Reinerie volvió en sí. En vano la asediaron sus tías con infusiones de azahar y unturas de linimentos. ¿Qué nombre dar a aquella pena?

Las hermanas Trujillo recurrieron entonces a medidas extraordinarias; Julia encargó el último figurín a Estados Unidos, sede actual de la moda. Natalia escribió a Germán rogándole que legalizara su situación con la madre de su hija; después de todo, argumentaba, no puede exigirse a la sociedad que acepte a una bastarda.

El correo fue puntual. Los modelos neoyorkinos resultaron tan simples que la modista se sintió defraudada. Natalia tuvo ante sí un certificado de matrimonio bastante verosímil.

Reinerie (que había escogido llamarse Alicia) se aplicaba simultáneamente a su perfeccionamiento. Hacendosa, ensayó las recetas culinarias más exquisitas; deshiló manteles; marcó sábanas. Distinguida, pirograbó maderas y pintó acuarelas. Desenvuelta, aplicaba con oportunidad las fórmulas de la conversación. Tal suma de habilidades no le valió para granjearse ni una amiga ni un pretendiente.

—¿Y la dote? —vociferaba Germán desde la montería—. Digan que Reinerie va a heredar los aserraderos, las tropas de enganchados, las concesiones del Gobierno.

¿Pero a quién iban a decirlo las hermanas Trujillo si cada vez tenían menos interlocutores?

Saladura, sentenciaban las criadas desde sus dominios. Deberían de llevar a la niña para que le hicieran una limpia los brujos.

Desde su nivel eclesiástico el Coadjutor estaba de acuerdo. Urgentemente apremió a Natalia y a Julia para que su sobrina se aproximara a la Sagrada Mesa.

La primera comunión de Reinerie fue una ceremonia lucida a la que Germán no pudo asistir, pero cuyos dispendios alentó sin reparo.

La protagonista semejaba una quinceañera en la celebración, tardía, de su aniversario; o una desposada ya no tan precoz.

Reinerie no atendió al emocionado fervorín que improvisaba el oficiante. Cubierta de una profusión de brocados, listones, encajes, tules, divagaba siguiendo las figuras trémulas de los cirios ardiendo y el humo de los incensarios. Contaba la variedad de las flores; examinaba el color de la alfombra; quería descifrar los murmullos de la concurrencia.

¿Qué significado tenían las frases que el oficiante le dirigía: “Carne y sangre de Cristo”; “oveja descarriada, por cuyo rescate el Pastor abandona su rebaño”; “hija pródiga”? Reinerie se abría, no a las verdades del cristianismo, sino a la revelación de su propia opulencia y su gran importancia.

Joven, hermosa, rica. ¿Qué más podía pedir? Sólo que su madre muriera.

El cumplimiento del rito la hizo creer que había ingresado a la sociedad de Comitán. Comenzó a prepararse para desempeñar airosamente su papel.

Se peinaba y se despeinaba ante el espejo; trazaba y borraba el arco de sus cejas, la curva de sus labios. Hasta que se compuso una figura que los demás tendrían que admirar.

En el taller de Julia se desparramaban cortes de charmeuse, destinados a los trajes de baile; flat para los vestidos de paseo; piqué para las batas de entrecasa. Y crespón para las ocasiones solemnes.

Pero ni estas ocasiones ni otras se presentaban. En los armarios ya no cabía más ropa, ni en los burós zapatos ni en el tocador afeites.

Compuesta, Reinerie salía a exhibirse al balcón. Tras las vidrieras de una ventana próxima, sus tías acechaban el paso de los transeúntes, el testimonio de su admiración. Pero los que pasaban, muy pocos, se descubrían precipitadamente si eran hombres; miraban sin ver, si eran mujeres.

En las tertulias Reinerie y sus costumbres, o sus actos más nimios, eran tema de burla. Alguno la apodó “La tarjeta postal” y ya nadie volvió a aludirla de otro modo.

Cuando alguien (que no estaba en antecedentes, por supuesto, o que estándolo quería alardear de caritativo o de independiente en sus opiniones)

pretendía reivindicar una de las cualidades de Reinerie, se le tildaba de hipócrita, de inoportuno, de aguafiestas o de cazador de dotes. Y se aprovechaba la contradicción para encontrar nuevos motivos de mofa.

Si se examinaba su belleza era para hacer resaltar su falta de apego a los cánones. Ni pelo ondulado, ni ojos grandes, ni piel blanca, ni boca diminuta, ni nariz recta. La suma de leves defectos y asimetrías no resultaba atractiva para los hombres ni envidiable para las mujeres.

La esbeltez carecía de importancia, puesto que ellas la sacrificaban a la gula. Se reían de la agilidad desde la molicie y si se ponderaba la salud se les acentuaba la interesante palidez.

La palomilla más renombrada se trazó una conducta estratégica: cedía a Reinerie el centro de la acera, el lugar de preferencia en el templo, en el cine, en los paseos. Pero nadie la acompañaba ni a misa mayor los domingos, ni a la función vespertina los sábados, ni a la serenata los jueves, ni a las carreras de caballos de Yaxchibol en octubre, ni a las temporadas de baños de Uninajab en abril; ni a las ferias de enero ni a los bailes todo el año.

Reinerie se declaró vencida ante el boicot. Incapaz de resistir la humillación del aislamiento, dejó de asistir a los sitios públicos. Aun en su casa fue abandonando los hábitos que tanto esfuerzo le había costado adquirir y volvió a su estado primitivo. Vagaba despeinada, sin zapatos, envuelta en una bata de yerbiya. Comía de pie, en cualquier parte, tomando los alimentos con los dedos y arrojando los desperdicios a su alrededor. Para huir de las reconvenciones de sus tías acabó por encerrarse en su cuarto.

Allí no era posible entrar. La atmósfera era irrespirable. Una gallina negra cumplía una misteriosa función en su nido, hecho debajo de la cama. Por todas partes se apilaba la ropa sucia y las colillas de unos cigarros de arriero que la muchacha fumaba sin cesar.

Cuando las criadas aprovechaban la momentánea ausencia de Reinerie para barrer la basura o retirar la ropa, tenían que sufrir un reprimenda. ¿Para qué se lo desordenaban todo? Ella quería vivir así y tenía el dinero suficiente para pagarse sus gustos.

Natalia quiso atraer a su sobrina hacia la lectura y le prestó los libros que habían consolado su soledad, distraído sus ocios, edificado sus penas.

Reinerie deletreaba sin fluidez. Y la recompensa de sus afanes era una insípida historia de misioneros heroicos en tierras bárbaras, de monjas suspirantes por el cielo y de casadas a la deriva en el mar proceloso que es el mundo.

Reinerie arrojaba el volumen lejos de sí, furiosa. ¿Por qué nadie habla nunca de amores compartidos, de matrimonios felices? Era necesario que existieran. Lo que leía no se diferenciaba de lo que vivía y por lo tanto le era imposible creer en ello. Más amargada aún que antes, volvió a caer en la inercia y el descuido.

Germán, al tanto de los acontecimientos, ordenó que se renovara el mobiliario de la casa. En el dormitorio de su hija se materializaron los delirios del hombre confinado en la selva y de las mujeres aisladas en la soltería. Allí se ostentaba un lujo y una voluptuosidad reducidos al absurdo por imaginaciones rudimentarias y mal nutridas: divanes de terciopelo, figuras mitológicas de alabastro, mesitas con incrustaciones de maderas preciosas sobre las que se abrían álbumes con leyendas alusivas a la fuerza de las pasiones, a la eternidad de los sentimientos y a la inexorabilidad del destino.

Reinerie se entretenía comiendo golosinas y jugando solitarios. Una tarde, en la que el hastío era más enervante que de costumbre, recordó los conjuros que recitaba su madre para la adivinación del porvenir. La penumbra se llenó de visiones casi tangibles. Espantada, Reinerie se cubrió la cara con las manos y gritó antes de perder el conocimiento.

Al volver en sí (sostenida por almohadones, sitiada por el olor acre de las sales) percibió unos murmullos rápidos, de angustia, de discusión.

—Hay que llamar al médico.

—¿Y si le encuentra algo raro?

—Es preferible que nos lo diga ahora.

—Sería un escándalo. ¿Quién va a querer cargar con ella… así?

—¿Entonces?

—Hay que esperar. Si se agrava la llevaremos a México.

Natalia y Julia redoblaron sus mimos para la convaleciente. ¿No es verdad que la música sosiega los ánimos? ¿No es cierto que el cambio de apariencia renueva las ilusiones? La modista cosía y la pianista tocaba. Gladys, Claudia, las contemplaba a las dos con una chispa de desconfianza en los ojos marchitos.

Un día invadieron su habitación en medio de grandes aspavientos. Del interior de una caja redonda extrajeron la sorpresa: un sombrero de mujer.

Era de paja sin teñir y lo rodeaba una nube informe y desvaída. Sí, el velo que protege la faz de la ingenua, el que cubre el rostro de la adúltera y atenúa los estragos del tiempo sobre la cara de la que envejece.

Para usar aquella prenda se necesitaba audacia, inconsciencia o una suprema seguridad en la propia elegancia. Entre sobrina y tías juntaron los tres requisitos y el sombrero se estrenó. Era un desafío. Y Comitán respondió a él con una indiferencia y un silencio absolutos. Se había decidido que el sombrero no existía.

Con desconcierto las Trujillo se batieron en retirada. Encerrarse equivalía a admitir la derrota. Inventaron un paseo nuevo: el campo de aviación.

Cuando el viento era favorable, las tías y la sobrina tenían la suerte de ver llegar y partir un aparato minúsculo que transportaba el correo.

Durante horas enteras permanecían las tres figuras en aquel páramo ventoso. Mudas, porque todo sonido era inaudible en la extensión batida sin cesar por corrientes contrarias; de pie, porque no había ni una piedra ni un tronco donde sentarse; la más joven coronada por un sombrero.

Imprevisible como los milagros, aparecía el avión rasgando el horizonte. ¡Se veía tan frágil, tan a merced de los elementos! Y sin embargo planeaba con gracia y tocaba la tierra con precisión y suavidad.

De la cabina salía el piloto dispuesto a aceptar la admiración de la concurrencia, orgulloso de sus hazañas y sin embargo humilde, como aquellos que deben más a la pericia y a la suerte que al aprendizaje. Con gallarda desenvoltura se aproximaba al grupo únicamente para ver de cerca tres estatuas de sal, con la espalda vuelta a la ciudad que las había expulsado y los ojos ciegos para lo que tenían delante. Les humillaba la soledad y no querían romperla gracias a un advenedizo cuyo linaje ignoraban y cuyo oficio —por el mero hecho de significar dependencia y escasez de dinero e imposibilidad de ocio— despreciaban.

A las tímidas, o audaces, tentativas de acercamiento, Reinerie y sus tías respondieron con desdén. Y lo que pudo ser amistad, principio de entendimiento, simpatía, coqueteo y aun amor, se pudrió. Aquellas tres figuras extravagantes se convirtieron pronto en tema de comentarios despiadados y de burlas certeras.

Reinerie y sus tías no dejaron de percibir que la atmósfera que las rodeaba era hostil. De un modo tácito dejaron de asistir a su único paseo hasta volver a encerrarse completamente en su casa.

Enterado de las noticias Germán llegó al pueblo. Quiso reanudar antiguos vínculos y halló una resistencia irónica. Nadie quiso saber el monto de su capital ni los medios de que se habla valido para obtenerlo. Es más, nadie parecía haberse dado cuenta de que se hubiera ausentado durante tantos años. Con lo cual, su regreso carecía en lo absoluto de importancia.

Exacerbado, Germán hizo ostentación de su riqueza y de su esplendidez y alquiló el Casino Fronterizo para festejar un hipotético cumpleaños de su hija.

Los preparativos fueron estrepitosos y las invitaciones muchas. Se adornaron las salas con guirnaldas de orquídeas y los pisos con juncia; se alinearon las marimbas; se dispusieron las mesas bien abastecidas. Bajo el candil de cien luces Germán Trujillo, asfixiado por el traje de etiqueta, daba el brazo a su heredera y ofrecía el flanco libre a sus hermanas.

La sonrisa de bienvenida de los anfitriones fue congelándose paulatinamente en sus labios. Transcurrían las horas; bostezaban los marimbistas; sonreían con disimulo los meseros. A las dos de la mañana tuvo que aceptarse la evidencia: ninguno había honrado la recepción asistiendo a ella.

Furioso, Germán sacudía a Reinerie por los hombros como si quisiera arrancarle un gemido, una protesta, una maldición. La muchacha permanecía impávida como los maniquíes del taller de su tía Julia.

—Dime qué quieres y te lo doy ahora mismo. ¡Puedo aplastarlos a todos, hacer que se arrastren ante ti! Soy rico, más rico que todos ellos juntos. Si les compro las fincas, las fábricas, no habrá quien no sea mi deudor.

Los términos mercantiles no conmovían a Reinerie.

—Gladys ¿no quisieras ir a México? ¡Podrías comprar colecciones enteras de ropa!

—Escuchar conciertos, música. Música de verdad, como en el cielo. ¡Vámonos, Claudia, vámonos!

Alicia contempló a los tres con reproche, como para volverlos a la razón. ¿Por qué exhibir así su fracaso ante la servidumbre que se regocijaba con él? De pronto se le había despertado un fulminante sentido de su

jerarquía. Cubriéndose delicadamente la boca con la mano, como para ocultar un bostezo, hizo notar a los otros (con una compostura incongruente) que era hora de dormir.

Durmió sin sobresaltos y despertó tranquila. Germán aplazaba su vuelta a las monterías en espera de un estallido que no llegó a producirse. Al contrario. El carácter de su hija se había dulcificado hasta la morbosidad. Hizo donativos de las pertenencias que tenía en mayor estima al Hospital Civil y al Niñado. Se enfundó en una especie de hábito oscuro y rogó al Coadjutor que le sirviese de guía espiritual. Germán Trujillo se fue con el corazón deshecho.

El Coadjutor escuchó aquel llamamiento a su deber con una alarma inútil. No le era lícito rechazarlo pero admitirlo le acarrearía consecuencias que era incapaz de calcular, pero que, desde luego, podía prever como desagradables.

Devota, Reinerie ingresó en las congregaciones piadosas; era celadora del Santísimo, Dama de la Virgen, Tercera de la Orden Franciscana, pilar en fin, de la Iglesia.

Pero no por ello ganó afectos. Como actos de caridad sus compañeras la saludaban con una inclinación de cabeza, un guiño casi imperceptible, una sonrisa breve. Los grupos que murmuraban alrededor de un altar, del bautisterio, de la pila de agua bendita, se disolvían al acercarse la nueva socia. Hubo algunas deserciones, se presentaron renuncias y cuando Reinerie exigió al Coadjutor una demostración pública de apoyo, éste no tuvo la osadía de hacerla.

Junto con su sobrina, Julia y Natalia dejaron de frecuentar el templo y la abrumaban de cuidados, de mimos, para compensarla, para protegerla. Gladys, Claudia, se sentía aplastada por aquel cariño como por la losa de una tumba. María experimentaba las torturas del Purgatorio; y en cuanto a Alicia se había borrado como si nunca hubiera nacido.

Una madrugada encontraron su cuerpo desnudo, aterido, amoratado, sobre la hierba del traspatio. Sin una exclamación afligida o interrogante, las tías le procuraron abrigo y remedio hasta que la muchacha volvió en sí.

Desde entonces la vigilaron con mayor asiduidad y se dieron cuenta de que reía silenciosamente y sin motivo, hablaba sola en el idioma de su madre y caminaba tambaleándose como si estuviera ebria.

Las señoritas Trujillo avisaron con urgencia a Germán. Pero el aviso no llegó a tiempo. Julia casi se desmayó de horror cuando encontró, esparcidos por los corredores, los restos de la gallina negra descuartizada. Y Natalia había visto algo más: cómo se alejaba, a la luz clandestina del amanecer, la silueta de una mendiga. Destrabó la aldaba de la puerta de calle, salió, cerró tras de sí.

Al través de los visillos de su vidriera Natalia la vio irse y no hizo ningún ademán para detenerla. Y aunque tenía los ojos nublados por el llanto pudo advertir que Reinerie iba descalza.

Los convidados de agosto

Blanca me era yo cuando fui a la siega;
dióme el sol y ya soy morena.
LOPE DE VEGA

EL *ROMPIMIENTO* fue aquella madrugada mucho más ruidoso de lo que ninguno de los presentes era capaz de recordar. Las cámaras estallaban, los cohetes ascendían con su estela de pólvora ardiendo o zigzagueaban amenazadoramente entre los pies de la multitud. Las matracas, los silbatos de agua eran propiedad exclusiva de los niños, quienes se desquitaban —promoviendo todo el alboroto posible— de las prohibiciones cotidianas.

Las marimbas de los distintos barrios (renombradas y anónimas) desgranaban al unísono lo mejor de su repertorio: algunos sones tradicionales, el vals o la danza imprescindible y las melodías de moda, inidentificables en su adaptación a un instrumento no propicio y a una interpretación heterodoxa. Cada una trataba de anular el sonido de las demás, pero como no era posible por la opacidad acústica de la madera, la exasperación se convertía en un aceleramiento del ritmo, en un vértigo de velocidad que inundaba de sudor la frente, las axilas, los omóplatos de los ejecutantes, dibujando caprichosas manchas sobre sus camisas flojas de sedalina.

La gente reía; los hombres con sabrosura, sin disimulo; las mujeres a medias, ocultando los labios bajo el fichú de lana o el chal de tul o el rebozo de algodón, según si eran señoras respetables, solteras de buena familia o artesanas, placeras y criadas.

El gran portón de la iglesia estaba abierto de par en par. Así resaltaba mejor la reja de papel de China que las manos diligentes de los afiliados a las congregaciones habían labrado durante la semana anterior. Filigranas inverosímiles por su fragilidad se sostenían gracias a oportunos pegotes de cera cantul. Cada figura era un símbolo: iniciales religiosas, dibujos de ornamentos litúrgicos, representaciones sagradas. Alrededor una leyenda lo abarcaba todo: "¡Viva Santo Domingo de Guzmán, patrón del pueblo!"

El pueblo se impacientaba. ¿Por qué tardan tanto los sacerdotes para revestirse? Los que iban a comulgar habían comenzado a sentir un ligero vahído de hambre y miraban con codicia los termos llenos de chocolate que arrullaban las ancianas, experimentadas en estos trances.

Por fin la campana mayor sonó; un sonido grave, único, propio de su tamaño y de su carácter solemne. Era como una orden para que las otras se desencadenaran: ágiles, traviesas, llamando a la complicidad a los templos de los otros rumbos: primero fue San Sebastián, orgulloso de su prontitud. Después Guadalupe, inaudible casi de tan lejano. La Cruz Grande, como avergonzada de su insignificancia. La iglesia de Jesús, céntrica, pero debido a alguna causa oculta, sin párroco y sin asistentes que la frecuentasen. San José, colmada de los donativos de las mejores familias. San Caralampio, que siempre quería sobrepujar a todos en esplendidez y que al aviso respondía con la puesta en movimiento de una peregrinación en la que cada uno llevaba el cirio de más peso, la palma de más tamaño, el manojo de flores de mayor opulencia. Y por último, el Calvario, que no sabía doblar más que a difuntos.

Fue la campanada fúnebre, tan familiar, la que rompió el delgado hilo de somnolencia al que aún se asía Emelina. Desde el principio de la algazara sintió amenazados sus ensueños y se aferró a ellos apretando los párpados, respirando con amplitud pausada. Sus labios balbucieron una palabra cariñosa:

—Cutushito… —mientras estrechaba entre sus brazos, con el abandono que sólo da la costumbre, su propia almohada.

Las imágenes que cruzaban la mente de Emelina eran confusas. Se veía en San Cristóbal, en el sórdido cuarto de hotel donde en alguna ocasión se había alojado con su hermana, en el viaje memorable (por único) que ambas emprendieron a la ciudad vecina. Recordaba los pisos de madera, rechinantes y no muy seguros; las camas de latón (con el centro hundido

por el peso de los sucesivos huéspedes) cuyas cobijas y sábanas examinó Ester con una minuciosidad anhelosa de hallar motivo a la repugnancia. El papel tapiz desgarrado a trechos, desteñido siempre; y el cielorraso que se abultaba imprevisiblemente, mancillado por la humedad. Ester insistía, al borde de un ataque de histeria, en que la causa no podía ser tan innocua: eran las ratas, los tlacuaches que habitaban el tapanco, los que así habían ensuciado aquella tela con sus deyecciones. Y toda la noche acechó inútilmente la presencia de los animales.

Sin embargo, la habitación aparecía transfigurada en el sueño de Emelina. Por lo pronto —¡qué alivio!— estaba sola. No, sola precisamente no. Faltaba Ester pero sentía la respiración de alguien allí. Alguien cuyo rostro no alcanzaba a distinguir y cuyo cuerpo no cuajaba en una forma definida. Era más bien una especie de exaltación, de plenitud, de sangre caliente y rápida cantando en las venas. Era un hombre.

Al despertar Emelina arrojó lejos de sí, colérica, la almohada que había estado estrechando. ¡Lana apestosa, forro viejo, funda remendada! ¿Cómo se había atrevido a sustituir a la otra imagen que aún no terminaba de desvanecerse? Estuvo a punto de estallar en lágrimas; pero la alcoba, invadida de pronto por los rumores alegres de la calle, obligó a Emelina a recordar que era día de fiesta y que esa fiesta era el vértice en que confluían sus ilusiones, sus esperanzas y sus preparativos de un año entero.

Acabó de animarla la entrada de la salera con una charola en que humeaba un pocillo de café recién hecho y un pequeño cesto de pan cubierto con una servilleta impecable. Emelina contempló a la muchacha que la servía; poco a poco había ido perdiendo su rudeza inicial para aprender las costumbres de la casa. No había traído un pocillo cualquiera, sino el suyo, el que tenía un filo dorado en los bordes y su nombre escrito, con enrevesadas letras, entre una profusión de azules nomeolvides.

—Es un recuerdo de mi abuela —explicó por centésima vez a la criada, mientras sorbía el primer trago—. Como me llamo igual que ella, heredé sus cosas.

La salera asintió con una cortesía ausente. Pensaba si sus fustanes se habrían secado con el sereno de la noche.

—¿Tú también vas a pasear hoy? —le preguntó Emelina, mientras mordisqueaba una rosquilla chuja.

—Sí, niña —respondió la otra ruborizada—. Ya tengo permiso.

—¿Vas a los toros?

La muchacha hizo un gesto negativo y triste. Sus ahorros no eran bastantes más que para asistir a la kermesse.

—Dicen que los toreros son buenos este año —prosiguió Emelina, indiferente a la respuesta de su interlocutora—. Tienen que lucirse. Porque últimamente no nos mandan más que sobras.

Emelina depositó con cuidado la taza sobre el plato. Recordaba, con una especie de resentimiento, la feria anterior. No es que los toreros fueran buenos ni malos. Es que no habían sido toreros sino toreras. ¡Habráse visto! Los hombres estaban encantados, naturalmente, con el vuelo que se dieron. Pero ¿y las muchachas? Había sido una decepción, una burla. ¡Cuántas, repasó Emelina mientras se limpiaba con cuidado las comisuras de la boca, cuántas esperaron esta oportunidad anual para quitarse de encima el peso de una soltería que se iba convirtiendo en irremediable! Muchachas de los barrios, claro, que no tenían mucha honra que perder y ningún apellido que salvaguardar. ¡Y qué descaradas eran, Dios mío! Andaban a los cuatro vientos pregonando (con sus ademanes, con sus risas altas, con sus escotes) que se les quemaba la miel. Como la Estambul, por ejemplo, que se ganó el apodo a causa de sus enormes ojeras que ninguno admitía como artificiales. O como la Casquitos de Venado, que taconeaba por las calles solitarias, a deshoras de la noche.

—Llévatelo todo —ordenó Emelina a la sirvienta, quien se apresuró a obedecer.

De nuevo a solas, con el estómago asentado por el refrigerio, Emelina se arrellanó en la cama y clavó la vista en el techo. ¡Qué raros le parecían hoy los objetos de los que no recordaba siquiera cuando los había empezado a usar! Esa lámpara de porcelana, con sus flores pintadas y una leve resquebrajadura en el centro…

—Cuando era yo una indizuela les presumía yo a mis amigas de que las cadenas eran de oro. Brillaban mucho entonces. Ay, malhaya esos tiempos.

Ahora las cadenas estaban completamente enmohecidas.

—Y es un trabajo delicado limpiarlas. Hay que buscar quien lo sepa hacer.

Desde luego ella no. Era una señorita decente, lo cual la eximía lo mismo de las tareas difíciles que de los peligros a que se hallaban expuestas las otras, las de los barrios, las de las orilladas.

—Todos los años el señor cura lo repite en su sermón. ¿Qué se sacan con andar loqueando? Que algún extranjero, de los que vienen a la feria, les tenga lástima, se las lleve a San Cristóbal y, después de abusar de ellas, las deje tiradas allá. Y se regresan tan campantes como si hubieran hecho una gracia. Las debían de apalear. Pero los padres, los hermanos son unos nagüilones, unos alcahuetes. Más bien son ellas las que se encierran, para disimular un poco, hasta que nace su hijo. Cuando vuelven a asomar no son ni su sombra. Están sosegadas, como si ya hubiera pasado su corazón.

¿Qué hacía ahora la Estambul? Su niño iba a la doctrina y ella regenteaba un taller de costura. No cortaba mal los vestidos, pero tampoco era cuestión de solaparle sus sinvergüenzadas dándole trabajo. No, todavía no la habían sobajado lo suficiente. Tal vez para el otro año le encargaría una blusa.

La Casquitos de Venado no se quedó conforme con San Cristóbal y siguió hasta México, a correr borrasca. Nadie volvió a saber de ella. ¡Qué risa, cuando la vieron regresar a Comitán como señorita torera! El público, al reconocerla, comenzó a chiflar, a exigirle que se arrimara al toro y ella les sacó la lengua y se fue a esconder tras el burladero. Después, como de costumbre, se derrumbó la plaza y en la confusión ni quien se fijara en nada. Después contaron que un finquero la hizo su querida y la mantenía en su rancho. Pero el rumor nunca pasó de rumor.

Sin saber por qué, Emelina se había ido poniendo triste. ¿Cuándo había sucedido eso? Los días son iguales en Comitán y cuando se da uno cuenta ya envejeció y no tiene siquiera un recuerdo, un retrato.

No quería parecerse a su hermana Ester.

Los ojos de Emelina se llenaron de lágrimas. Hay familias donde, no se averigua cómo, entra la saladura. Nadie se casa. Una tras otra, las mujeres se van encerrando, vistiendo de luto, apareciendo únicamente en las enfermedades y en los duelos, asistiendo —como si fueran culpables— a misa primera y recibiendo con humillación el distintivo de alguna cofradía de mal agüero.

Ester… ¿cuántos años era mayor que Emelina? Entre las dos no había más que un hermano, Mateo. Y su madre había quedado viuda muy pronto. Así que la diferencia de edad no podía ser muy grande.

—¿Será mi última feria de agosto? —se preguntó Emelina con angustia, palpando los músculos flojos de su cuello.

La última, la última. ¡Qué bien se acompasaban estas palabras con el melancólico tañido de las campanas del Calvario!

Para no pensar más, para aturdirse, Emelina se puso en pie. Su camisón arrugado cayó sin gracia hasta los tobillos. Deliberadamente dio la espalda a la luna del tocador para no verse, marchita, despeinada.

Fue al aguamanil y vació el contenido de la jarra sobre la vasija.

—El agua serenada es buena —pensó—. Y en la canícula no se pasma uno, aunque esté fría.

Recibió sobre el rostro como un aletazo fuerte y tuvo la sensación de que las arrugas se borraban. Otra vez, otra vez. A tientas buscó algo con qué secarse. La aspereza de la toalla acabó por hacerla sentirse feliz.

Dos golpes a la puerta —breves, rápidos— sacaron a Emelina de su ensimismamiento y luego la voz de Ester.

—Ya va a dar el último repique. ¿No vas a la iglesia?

Emelina apretó la toalla contra la boca para que no fuera perceptible siquiera su respiración. No le gustaba discutir con su hermana, pues de antemano sabía que la disputa estaba perdida. Ester era razonable; sus argumentos eran hábiles o tenaces. No, no valía la pena arriesgarse. En cambio, si la suponía dormida Ester no era capaz de entrar. Su confesor le había prohibido que espiara por las cerraduras, que escuchara las conversaciones, que irrumpiera repentinamente en los cuartos ajenos. Porque su pecado más rebelde era la curiosidad y estaba poseída por un celo amargo.

Otros pequeños golpes, urgentes, autoritarios. Y el llamado:

—¡Emelina!

Un estrépito de campanas la hizo enmudecer. Apenas se escuchaba el eco de unos pasos apresurados, alejándose.

Emelina depositó la toalla en su lugar y respiró profunda, burlonamente. Después, erguida, ante el espejo del armario, fue examinando, con lentitud, su desnudez.

Conocía su cuerpo centímetro a centímetro. Y gracias a la contemplación cotidiana, los cambios que iba sufriendo le pasaban inadvertidos. Cuando alguno se revelaba como demasiado evidente (una adiposidad indiscreta, el encallecimiento de zonas de su piel, una verruga, una mancha, una bolsa) apartaba de inmediato la vista y se cubría con la primera prenda que hallaba a su alcance. Hasta que su mente digería la

noticia y se familiarizaba con ella volvía a contemplarse otra vez, con un detenimiento tan fijo que resultaba una forma de ausencia y distracción.

Gracias a Dios ahora no había ninguna novedad. Emelina se sintió joven, plena, intacta. ¿Cómo va a dejar huellas el tiempo si no nos ha tocado? Porque esperar (y ella no había hecho en su vida más que esperar) es permanecer al margen. ¡Cuántas veces había envidiado a las otras, a las que se lanzaban a la corriente y se dejaban arrastrar por ella! Su abstención debía tener recompensa.

Todavía clavándose una horquilla en el moño, Emelina salió al corredor. ¡Qué delicia la frescura del aire, la transparencia absoluta de lo azul que se derramaba sobre Comitán! Era la tregua de la canícula. Después volvería la lluvia a chorrear de los tejados; se desataría el viento que acecha, traicioneramente, detrás de cualquier esquina; se instalaría el dominio de lo gris.

Emelina se inclinó hacia las macetas. En los sitios sombreados estaban las colas de quetzal, opulentas; las enormes y malignas hojas del quequextle. No le gustaba este verdor estéril. Pero automáticamente arrancó un gajo marchito y sonrió de placer ante un retoño. Lo desrizó con la punta de los dedos, para no quebrarlo. Pero era flexible y vigoroso. Apenas suelto volvió a su posición natural.

Más allá floreaban los geranios, a los que Emelina no concedió siquiera una mirada. De todas maneras las plantas medrarían. ¡Era tan ofrecida, tan desvergonzada esta flor de pobre! En cambio su lujo se esponjaba en los crisantemos, en las dalias. Había encargado las semillas a México, cuando Concha, su amiga, hizo un único viaje a la capital. Y aconsejada por la cocinera —que tenía buena mano, que se aseguraba de cuál era la fase de la luna en que convenía sembrar o podar— logró un plantel ante el que diariamente se detenía, orgullosa y maravillada.

La jaula del canario estaba aún cubierta. Emelina se apresuró a retirar el trapo.

—¡Esta muchacha es más intendible! La próxima vez que yo la caiga en semejante delito, le voy a dar un buen jalón de orejas.

Hablaba con el pájaro para despertarlo. Éste se desperezaba con parsimonia. Era viudo porque a su pareja se la llevó una peste. Viudo… ¿qué prisa iba a tener de comenzar un día igual a los otros? Emelina se compadeció.

—¿Y si yo le abriera la puerta?

Antes de terminar la pregunta ya había consumado el acto. Y con gestos y palabras cariñosas invitaba al canario a abandonar su prisión.

El canario dio unos pasos vacilantes hacia la salida y se detuvo allí, paralizado por el abismo que lo rodeaba. ¡Volar! Batir de nuevo unas alas mutiladas mil veces, inútiles tantos años. Avizorar desde lejos el alimento, disputárselo a otros más fuertes, más avezados que él…

Emelina seguía, con angustia, estas deliberaciones. Cuando el canario regresó, con una lenta dignidad, al fondo de la jaula, no supo si sentirse aliviada o sarcástica. Lo que le producía más desconcierto era lo extraño de su propia actitud.

—No sé qué me sucede hoy.

Estás loca, habría sentenciado Ester, que siempre diagnosticaba con precisión los hechos. Cuando se lo contara a Concha la dejaría boquiabierta de asombro; sí, es cierto, la comprendería, ella misma hubiera sido capaz de un impulso semejante, sólo que… no se le habría ocurrido nunca.

Emelina se recostó perezosamente en la hamaca del corredor. El almuerzo no sería servido hasta que regresara Ester. Y la misa era muy solemne, oficiada por tres sacerdotes y, acaso también, por el obispo de Chiapas.

Meciéndose con la punta del pie Emelina comenzó, de pronto, a observar su alrededor con una nostalgia del que está a punto de partir. ¿Qué sería de aquellos brotes nuevos? ¿Y del canario, tan indefenso, cuya noche podía ser eterna por un descuido de la criada?

—¡No puedo irme! ¡No puedo dejar estas cosas! —dijo Emelina, retorciéndose las manos y con los ojos nublados de lágrimas.

—¿Adónde no puedes ir?

Era Ester, de carne, hueso y luto, parada frente a su hermana menor como un fiscal.

Emelina permaneció un instante aturdida, limpiándose la humedad del llanto con la punta del delantal. Había pensado en voz alta, como de costumbre y, como de costumbre, Ester la había sorprendido. Fruncía los labios en una sonrisa de lástima mientras doblaba el chal.

—¿Qué te impide hacer el viaje? ¿La autorización de Mateo?

Como si Mateo contara. El atrabancado de Mateo, el inútil de Mateo.

—Es el varón de la casa, el respeto de la familia. Y además —continuó Ester— ahora dispone de dinero. Vendió bien los muletos en la feria. Te lo daría, por si a mamá se le ofrece algún encargo. ¿Vas muy lejos?

Emelina había recuperado el dominio de sí. Unió sus manos tras de la cabeza con gesto insolente.

—No voy tan lejos como tú, que trabajas en las orilladas.

Ester enrojeció de ira. El trabajo, el lugar en que desempeñaba su trabajo, eran las llagas incurables que roían sus jornadas. Ante la directora de la primaria, donde se encargaba de los cursos elementales, ante los inspectores, ante los párvulos, su apellido no significaba nada ni sus antepasados ni su abolengo. Era una empleada ¿y de quién? De su peor enemigo, del Gobierno, que la había despojado de las propiedades que iba a heredar, que pisoteó sus derechos, que le quitó sus privilegios. Violentamente se alejó de una Emelina vencedora.

La casa empezó a llenarse de rumores. Una anciana tosía en el interior de una habitación; un hombre cantaba, enjabonándose la barba para rasurársela. Ester concedía un desahogo a su malhumor en la cocina, exigiendo a la servidumbre que se apresurase en los preparativos del almuerzo. Y cuando fue a inspeccionar la mesa del comedor —seguida sumisamente por la salera— no encontró plato que no estuviera húmedo, ni cubierto bien colocado, ni servilleta que le pareciese lo bastante limpia.

Emelina escuchaba con satisfacción, abandonada aún al ligero balanceo de la inercia. Si ella no fuera una perezosa estaría ayudando a su madre para que se vistiese. ¡Pero le repugnaba tanto el olor de la vejez! Y la presencia de cualquiera proporcionaría a la anciana la ocasión de iniciar, más temprano que siempre, sus delirios.

—Eso la perjudica —se justificó Emelina—. Hay que dejarla en paz.

De pronto la sobresaltó un grito agrio, destemplado.

—¡Ester!

Su hermana pasó corriendo junto a ella, no sin dirigirle una mirada de rencor.

Con fingida mansedumbre comentó Emelina.

—Es a ti a la que llama. Parece como si los otros nombres se le hubieran olvidado.

¡Pobre Ester! Creyó que ser útil le haría cosechar elogios y no trabajos. Allí estaba ahora, abotonando algún broche, de las complicadísimas batas

de su madre; sosteniendo la casa (porque Mateo no era capaz de sacarlas de apuros con la administración del rancho). Y palideciendo de envidia ante los pequeños placeres que disfrutaba Emelina: las plantas, el canario, su amistad con Concha, sus paseos.

Porque Emelina aprendió muy pronto que la torpeza propia es más fuerte que las exigencias de los demás. Se cansan de ordenar, de corregir, de rehacer. Prefieren llevar la carga que arriar el burro.

La salera iba y venía, de prisa, como si se tratara de un asunto importante, de la cocina al comedor. Los platos resonaban al entrechocar. Y un olor incitante se esparcía, congregando a la familia para el desayuno.

Emelina entró cuando ya los demás ocupaban sus puestos. La madre —impecablemente peinada y vestida por su hija mayor— presidía la mesa. A distancia podría engañar a un observador con la rigidez de su porte. Pero un continuo lagrimeo, que no parecía advertir ni se preocupaba por enjugar, era el síntoma inconfundible de la falta de gobierno de su mente, del desorden de su espíritu.

Hablaba, sin dirigirse a nadie en particular, sin hacer caso de las interrupciones o de la falta de atención. Las palabras fluían de su boca con la misma falta de voluntad con que las lágrimas resbalaban de sus ojos.

—¡Qué guapo era Lisandro! ¡Qué espléndido! La primera serenata que me dio no fue, como la de un cualquiera, con marimba. Hizo que trajeran un armonio desde San Cristóbal… pero no le importaba tirar el dinero a manos llenas. Ninguno se atrevió a echarle en cara su despilfarro. ¿Cómo iba a dejar que tocara para mí, ¡para mí!, cualquier piano desafinado o una guitarra o una mandolina, que es pasatiempo de peluqueros? Y para que no quedara piedra por mover, mandó imprimir programas que se repartieron entre el vecindario. ¡Qué animación, en plena noche! Los semaneros de sus fincas encendieron fogatas a media calle y hachones de ocote en las ventanas y las esquinas. Pero mis padres no iban a permitir que ninguno, ni Lisandro, les pusiera un pie adelante. Correspondieron con refrescos y chocolate, para las señoras; entre los hombres repartieron licores y cigarros…

La anciana depositó, con cautela, el tenedor sobre el centro de su plato y se reclinó en el asiento, entregada totalmente a la evocación. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Ester se puso de pie, le limpió el rostro con un pañuelo y la obligó a que tomara de nuevo el tenedor.

—Coma usted, madre. Se va a traspasar.

La anciana obedecía a regañadientes. ¿Por qué ese afán de arrojarla del paraíso de sus recuerdos felices a este presente hostil? Contempló a Mateo con expresión crítica.

—Deberías parecerte a Lisandro.

Mateo farfulló una disculpa ininteligible. Era tartamudo y prefería el silencio al ridículo.

A su turno, Ester lo examinó también sin indulgencia. Veía, en sus ojos inyectados, en sus labios resecos, los rastros de una parranda. Con una solicitud irónica, ofreció:

—¿No prefieres un buen caldo con chile pastor? Dicen que revive las fuerzas.

Emelina rió hasta atragantarse.

—¿Dónde aprendes esas cosas, Ester? Son recetas de casada.

Ester abatió los párpados con severidad.

—Cuando se tiene por hermano a un borracho es necesario saber de todo.

Mateo quiso defenderse. No era un borracho. ¿Por qué esta solterona estúpida era incapaz de comprender que en la feria de agosto pasaría ante los ojos de sus amigos como un apulismado, si no los acompañaba en sus diversiones? ¿Y dónde creía esta infeliz que se cerraban los tratos comerciales? En las cantinas, en los palenques, en…

La longitud de la réplica lo aterrorizó. No dijo una palabra.

Triunfante, Ester se sirvió un trozo más de cecina. La anciana continuaba hablando.

—Lisandro sí era un hombre de gabinete entero, no como los de ahora. Lo mismo domaba una yegua que componía unos versos. En mi álbum de soltera guardo los primeros que me dedicó. *A unos ojos.* Eran mi quedar bien. Todos me los piropeaban. Pero por modestia mis padres me enseñaron a tener la vista baja.

Ahora, en cambio, exhibía con impudicia la fealdad.

Emelina sintió una aguda punzada de angustia. Ella también llegaría a la vejez, pero sin haber estrechado entre sus brazos más que fantasmas, sin haber llevado en sus entrañas más que deseos y sobre su pecho la pesadumbre, no de un cuerpo amado, sino de una ansia insatisfecha.

—Emelina, estás desganada hoy. ¿También te desvelaste anoche?

Ester acechaba, en el rostro demacrado, algún signo que evidenciara la existencia de los sucios secretos contra los que sus libros de devoción la habían prevenido. Creyendo haberlo hallado sonrió, complacida.

—Voy a bañarme dentro de un rato. No quiero que me dé una congestión.

—¿Has oído? —profirió Ester, dirigiéndose a su madre como si ignorase su sordera—. Emelina ya dispuso ir a la feria, como el año pasado. No le sirvió de escarmiento…

Emelina se puso de pie.

—¿Y por qué había de escarmentar?

Ester pretendía ahora que sus palabras habían sido mal interpretadas. Continuaba apelando al testimonio inexistente de su madre.

—Es un año más, ¿verdad? Uno más, sobre muchos otros. Treinta y cinco, yo llevo bien la cuenta. Es triste ponerse a competir con las jovencitas. La gente se burla.

—¡No todos son tan malos como tú!

Ante la descompostura de Emelina, Ester conservaba su tranquilidad. Con un leve alzamiento de hombros, remachó:

—El que por su gusto muere…

Emelina abandonó el comedor sollozando sin consuelo. Todavía la alcanzaron las últimas frases de su madre.

—Cuando vi entrar a Lisandro, cargado en una parihuela y con un tiro en mitad de la frente, creí que iba yo a volverme loca.

Emelina se encerró con llave en su recámara. Durante unos minutos su agitación fue extrema y no lograba calmarla ni paseándose, ni hundiendo la cara en el agua fría de la vasija. Sólo la contemplación de su imagen frente al espejo logró producirle una especie de hipnosis. Hubiera querido descubrir algo (una señal, un llamado, un destino) tras la superficie pulida que copiaba unos rasgos sin expresión, que devolviese una máscara del vacío.

Las campanas volvieron a repicar. Emelina recuperó bruscamente la noción del tiempo y abandonó su encierro. Procurando evitar encuentros que volviesen a turbarla, fue hasta la cocina para averiguar si la salera había cumplido sus órdenes.

Sí, había comprado cuatro burros grandes de agua; sí, había prendido, desde hace rato, el calentador de lámina; sí, había arrimado una batea de

madera a la artesa principal; sí, había amole y jabón suficiente; sí, la toalla estaba limpia y seca. Sí, tendría preparado el cordial para cuando Emelina terminase de bañarse.

Emelina se cercioró de que la temperatura del agua era satisfactoria e inició el rito del baño con una minuciosidad supersticiosa. El cuero cabelludo le ardía, su piel estaba roja cuando se sumergió en la artesa para enjuagarse. El agua la cubría hasta el cuello y su tibieza iba penetrándole como un sopor, como una lasitud irresistible. Dejó caer los párpados, aflojó las manos que se asían a los bordes. ¡Qué delicioso era abandonarse así al placer y al peligro! Porque un grado más, un mínimo grado más de inconsciencia, bastarían para hacerla resbalar hasta el fondo y ahogarse.

—Su cordial, niña.

Emelina se irguió, sobresaltada, tratando de ocultar su desnudez.

—No te lo había yo pedido —reprochó acremente a la excesiva e inoportuna solicitud de la salera.

—Es que como tardaba usted tanto, creí que me había yo distraído —se disculpó la muchacha, acostumbrándose poco a poco a la penumbra y alcanzando a distinguir una figura que se envolvía, con precipitación y temblor, en una sábana de Guatemala.

Emelina se la acomodó a la manera de una túnica, lo que dejaba en libertad su brazo derecho. Al alargarlo pudo asir la taza.

El líquido humeaba, cargado de especias y enardecido de licor. Inflamó su garganta y, con una oleada roja, devolvió el ánimo a Emelina.

—Sécame el pelo —ordenó a la criada.

Mientras frotaba los largos y desteñidos mechones, la muchacha se atrevió tímidamente a sugerir:

—Sería bueno que se oreara un poco; el solecito la ayudaría a entrar en calor. No se vaya usted a pasmar.

Emelina habría deseado que se prolongase este momento de pasividad. El alcohol se disolvió en sus venas como una laxitud suave, penetraba en sus huesos, desarticulándolos. Era incapaz de hacer el más pequeño esfuerzo; ni vestirse, ni peinarse. Pero la silla era demasiado incómoda y la sábana, traspasada de humedad, había empezado a producirle escalofríos. Con un ademán de asentimiento despidió a la criada. Y unos minutos después Emelina se tendía en el patio, sobre una mecedora de mimbre, dormitando. La salera la peinaba con delicadeza.

Realmente ni la temperatura del baño ni la cantidad de cordial justificaban lo profundo de su sopor. ¿Le habrían puesto algún bebedizo? Ester. No para hacerle daño. Sólo para impedir que asistiera a la feria. Sí. Ester era muy capaz. Ester…

Fue el último nombre claro que registró su mente. Un torbellino de imágenes confusas, mezcladas, se enseñorearon de ella. Un torero resplandecía, gallardo, dentro del traje ceñido a su esbeltez, a su elasticidad, a su gracia. Saludaba al público sonriendo con una especie de impudicia —como si hubiera ejecutado una gran faena— mientras el toro volvía vivo al corral. La rechifla sobrevino, incontenible. En los tendidos de sol se inició un pataleo imprudente, rítmico y contagioso. La insistencia fue tal que resquebrajó las tablas mal unidas de la plaza.

El derrumbe tuvo la lentitud de los sueños. Cada uno se asía a su vecino y las mujeres aprovechaban el pretexto para permitir efusiones que ya no eran de terror. Chillaban histéricamente y muchos hombres, que desde abajo atisbaban el revolear de las faldas, emitían exclamaciones obscenas, gritaban también, aplaudían, ahogando este ruido el de la madera vencida.

Porque tal accidente —que a fuerza de repetirse llegó a transformarse en tradición— era el punto culminante de la feria. Algunos pagaban por él, como era justo. Magulladuras, raspones y, en casos extremos, el aplastamiento, la asfixia, de algún mirón anónimo y sin importancia. Pero a cambio de eso ¡cuántos encuentros que prosperaban en noviazgos! ¡Cuánta doncellez cuya pérdida se disculpaba con una explicación! ¡Cuántos desahogos permitidos!

Emelina se despertó sacudida, al mismo tiempo, por el vértigo del descenso y por el rumor de unos pasos masculinos en el zaguán.

La salera había terminado de peinarla y así pudo volver libremente la cabeza. Alcanzó apenas a distinguir la espalda de Enrique Alfaro, el amigo más asiduo de Mateo.

¿La habría visto al entrar? Con un pudor tardío Emelina alcanzó a ceñir el escote demasiado generoso, a componer su rostro inerme, a envarar su cuerpo sin vigilancia.

¿La habría visto al entrar? En esta pregunta había tanto de vergüenza como de esperanza. Enrique, a pesar de la costumbre de tantos años de frecuentación, no había llegado a ser tan inocuo como Mateo. Seguía inquietándola, como cualquier extraño, por su calidad viril. Recordaba aún,

con una triste sensación de fracaso, la temporada aquella, en la finca. Se bañaban juntos en el río y se mecían en hamacas próximas en los anocheceres calurosos. Emelina soñó entonces que el huésped (que conocía tan bien los recovecos de la casa, que la conocía tan bien a ella) empujaba levemente la puerta de su alcoba, la puerta que no se aseguraba nunca con aldaba ni pasador y cuyas hojas permanecían, durante la noche entera, entreabiertas. El intruso avanzaba en la oscuridad pronunciando en voz casi inaudible el nombre de Emelina. Ella no respondía más que con un acezido anhelante y angustioso. Después… ¿para qué pensar en el fin de lo que nunca tuvo principio? Las figuras de este ensueño fueron perdiendo, poco a poco, su color y su viveza, igual que los pétalos marchitos entre las páginas de un libro.

La altura del sol sobresaltó a Emelina con lo avanzado de la hora. Se sacudió los últimos vestigios de somnolencia y se puso de pie. La atmósfera de su cuarto —fresca, de ladrillos húmedos y aire intacto— la ayudó a recuperar su energía.

Ahora se contemplaba ante el espejo, ya lista para irse. La complacía su apariencia y los elogios desmedidos de Concha reforzaron su juicio. Naturalmente Emelina tuvo que corresponder al halago, aunque lo hizo con menos largueza. De las dos era la que se reservaba el privilegio de la crítica, el examen severo y hasta la desaprobación. Aunque su lenguaje era tan reticente y su prudencia tan exquisita, que la otra se suponía honrada por una forma superior de la alabanza.

Las amigas salieron a las calles sosteniéndose mutuamente —no sólo para guardar el equilibrio, precario siempre, entre la altura de los tacones y la desigualdad de las piedras— sino más que nada en su certidumbre de que aún eran jóvenes, de que aún su vida no había cuajado irremediablemente en el aborrecible molde de la soltería.

Pasaban ante los visillos, apenas corridos, de las ventanas, erguidas, sin aceptar la mirada de conmiseración o de burla que las prudentes, las resignadas, les dirigían.

En su camino las solteras esquivaron el sitio donde los chalanes hicieron sus compraventas y que apestaba demasiado aún a estiércol; no se pararon, ni por curiosidad, ante los puestos de las custitaleras que desplegaban sobre petates, corrientes y manchados, lo que les sobró de su mercancía; dieron la espalda a las diversiones de los niños, de los fuereños, de la plebe. Así, no

probaron ni su puntería en el tiro al blanco ni su suerte ante los cartones de la lotería. Tampoco se entretuvieron —más que lo indispensable— en atravesar el parque, donde giraba una multitud de criadas y artesanos cuya forma de coqueteo era la grosera y elemental de arrojarse puñados de confetti a la cara (si era posible a la boca abierta en la distracción o en la carcajada) o serpentinas que se enredaban en las melenas indomables, abundantes y negras de las mujeres.

Por un acuerdo tácito Emelina y Concha fueron directamente a la taquilla de la plaza de toros.

Era molesto llegar tarde porque cada aparición era saludada por el público con un grito certero que desencadenaba la hilaridad de todos: el sobrenombre personal o familiar, la alusión ingeniosa a alguna circunstancia ridícula del recién llegado.

Emelina y Concha tuvieron que hacerse las desentendidas de un estentóreo *¡Las dos de la tarde!* lanzado sobre ellas por algún apodador profesional. ¿Tendría éxito? A juzgar por el murmullo de contentamiento colectivo era de temerse que sí. Pues bien. Ya cargarían, hasta su muerte, con semejante cruz. Después de todo no serían las únicas en Comitán, al contrario. Era cuestión nada más de acostumbrarse. Disimular el colerón con una sonrisa mientras buscaban donde acomodarse.

Eran preferibles los asientos más bajos. La visibilidad era allí menor pero también el impacto del derrumbe.

Las amigas se sentaron y, a su vez, rieron cuando entró un flemático cornudo, renuente a admitir su condición ni con la evidencia de los anónimos más precisos. Daba el brazo, con deferencia excesiva, a una esposa insolentemente joven, guapa y satisfecha. El que no se atrevía a comparecer ante el tribunal popular era el amante, temeroso de que cualquier escándalo desbaratase la boda de conveniencia que urdía.

Entró la muchacha pobre pastoreando a una idiota rica, cuyos padres pagaban con esplendidez los cuidados y la compañía de los que ellos quedaban eximidos. Entró, cohibida, la pareja en plena luna de miel. Sus esfuerzos por aparentar inocencia y distancia (no se atrevían, siquiera, a tomarse de la mano) aumentaba a los ojos ajenos el aura de erotismo que los nimbaba. Entró el viejo avaro, cuya familia aguardaba afuera la narración del espectáculo que iba a presenciar. Entró la Reina de la Feria, adoptando actitudes de postal por medio de las cuales trataba de hacer

patentes sus méritos y su modestia. La acompañaba una corte de princesas y chambelanes; ellas procurando que no se trasluciese su despecho de no haber resultado triunfadoras y con una ansia de que el público descubriera los defectos de la elegida para convenir en que el fallo había sido injusto; ellos, orgullosos de su papel e incómodos dentro de sus trajes solemnes y sus corbatas de moño.

Entró, por fin, el juez de plaza que dio la orden de comenzar la corrida.

Una corneta aguda, destemplada (cortesía del jefe de Guarnición), el rápido pasodoble ejecutado por una marimba, fueron los preámbulos de la aparición de los toreros. Caminaban con el garbo de su profesión, aunque no alcanzasen a ocultar lo deslucido y viejo de su vestuario.

Los capotes revolaron un instante por el aire hasta ir a caer, como homenaje, a las plantas de las autoridades municipales, de la Comisión Organizadora de la Feria, de la reina y sus acompañantes, quienes ocupaban palcos especiales.

Al primer toro hubo que empujarlo para que saliera a la lid. Reculaba tercamente, acechando la primera oportunidad de volver a su refugio. Su pánico era tan manifiesto que contagió de él a sus adversarios que corrían desordenadamente, dándose de encontronazos, en su afán por esconderse tras los burladeros.

Pasado este primer momento de sorpresa cada protagonista asumió la actitud que le correspondía. Se hicieron simulacros, tan infortunados como ineficaces, de las suertes que excitan la furia del animal. Pero las banderillas, la intervención de los picadores no hicieron más que recrudecerle su nostalgia por los toriles.

Además, como todos los culpables, la bestia rehusaba mirar de frente. Ya podía el trapo rojo cubrir hasta el más ínfimo de sus ángulos visuales, que siempre le quedaría el recurso de agachar el testuz y entrecerrar los párpados.

La muerte no fue empresa fácil. El toro corría con una agilidad de ciervo y agotaba de cansancio a sus perseguidores. De un salto, que ninguno pudo evitar, traspuso los límites de la arena. Algunos espectadores huyeron; otros trataron de hacer alarde de valor. Esto duró únicamente el tiempo que el toro necesitaba para orientarse. En cuanto reconoció el rumbo de su querencia fue derecho hacia ella. Pero apenas llegaba, la mano diestra

del matancero oficial se descargó (armada de un largo cuchillo) sobre el lugar exacto.

Los demás ejemplares no alcanzaron cimas más altas que el primero. El público se sentía defraudado y, como siempre, comenzó a patear. Se aproximaba el clímax. Entre el alboroto de las descargas incesantes, fue insinuándose un rumor, tímido, seguro, creciente, de madera que chirría, que cruje, que se rompe, que cae.

Lo demás se desarrolló con los pasos sucesivos de un ritual. En la confusión del derrumbe Concha y Emelina quedaron separadas y pugnaban por volver a reunirse, sin lograr romper la barrera de gente y escombros que cada vez las alejaba más.

De pronto Emelina comenzó a sentir un mareo intenso; un sudor frío le empapó las manos, corrió a lo largo de su espalda, le puso lívidas las sienes. Sin resistencia fue dejándose tragar por el vértigo.

Cuando volvió en sí estaba en brazos de un hombre desconocido que la hacía beber, a la fuerza, un trago de comiteco. Emelina (que no supo si deliraba aún) cesó de hacer gestos de repugnancia y bebió con avidez un sorbo y otro y otro más. El aguardiente le devolvía el pulso, le ordenaba los sentidos, la vivificaba.

Pero no únicamente a ella, como cuando bebía a escondidas; sino que todo su alrededor iba cobrando, de pronto, un relieve inusitado. Los colores eran intensos, los perfiles más nítidos, los aromas casi tangibles.

Lo que así la embriagaba no era el licor, sino la proximidad del hombre. Emelina dilataba las narices como para que la invadiese plenamente esa atmósfera ruda, que no era capaz de definir ni de calificar, pero que reconocería en cualquier parte.

El contacto con las manos del hombre (que la ayudaban a escapar de la especie de trampa en que había quedado presa) no hizo más que intensificar la convicción de que esta vez no era un sueño sino la realidad el mundo en que se movía. Estaba bien instalada aquí y no iba a abandonarla por más que escuchase el reclamo —cada vez más remoto e irreconocible— de Concha, quien la instaba a que la siguiera.

Emelina fingió no escuchar y además cerró los ojos de nuevo, para no correr el riesgo de que sus miradas se cruzaran con las de algún conocido que se comidiera a hacerle mal tercio. Cuando el hombre le preguntó con

quién o quiénes había venido a la corrida, Emelina respondió, con ese aplomo con que ha de respaldarse lo inverosímil, que sola.

La pareja salió, al fin, de la plaza. El hombre, al observar la palidez del rostro de Emelina y la debilidad del ademán con que quiso apartarse el cabello de la frente, se apresuró a sostenerla, temeroso de un nuevo desmayo. Buscó algún asiento vacío en el parque, para sentarla, pero todos estaban ocupados por matrimonios aburridos, niños inquietos y cargadoras resignadas. El hombre condujo entonces a Emelina al kiosco, donde funcionaba una especie de cantina.

Ella se dejó conducir a ese sitio, que ninguna señorita decente pisaría, como si el itinerario no admitiera rectificación. Consciente ya de lo que su conducta significaba de desafío al pueblo entero de Comitán, irguió la cabeza y sus ojos vidriaron de orgullo. ¿No la habían sentenciado ya todos —por boca de Ester— al aislamiento? Pues allí estaba, exhibiendo la presa que había cobrado: un macho magnífico.

Por un momento tuvo la tentación de observarlo. Pero la desechó inmediatamente. Le bastaba sentir junto a ella la presencia sólida, la complexión robusta, la estatura generosa. Además esa voz autoritaria con que exigió la mesa mejor situada y el servicio más eficiente. Era un hombre que sabía mandar.

El mesero, improvisado, procuraba cumplir satisfactoriamente una tarea cuya rutina más obvia ignoraba. Con timidez sacó de debajo de su delantal un papel manoseado que se suponía era la carta. Lo ofrecido allí no era muy atrayente: helado de vainilla, enriquecido con alguna galleta antediluviana; gaseosas autóctonas y granizados insípidos. El hombre devolvió el papel con sonrisa despectiva y pronunció una palabra espiando la aprobación de Emelina.

—Una botella de chianti y dos copas.

Emelina asintió, como si hubiera comprendido. Pero el mesero, ajeno a la fascinación de la muchacha, permaneció atónito, en espera de alguna frase más que lo ayudara a descifrar el enigma. El hombre concedió, al fin, con un ademán a la vez impaciente y benévolo.

—Vino. El más caro que haya.

¡Vino! Esto iba más allá de las imaginaciones más audaces de Emelina. Y cuando tuvo ante sí un líquido rojo que gorgoriteaba al trasegarse de la

botella a la copa, lo contempló con la fijeza estúpida con que las gallinas contemplan la raya de gis con que puede hipnotizárselas.

La voz del hombre, imperativa, la sacó de su ensimismamiento:

—¡Salud!

Ella alzó la copa y se la bebió sin respirar, sin percibir casi el sabor extraño y agrio que le repugnaba un poco. ¿Era figuración suya o el hombre estaba observándola con una insistencia ligeramente burlona? Ella también se sentía con disposición de reír de sí misma. Depositó la copa vacía sobre la mesa y no tuvo necesidad de pedir que se la llenaran de nuevo. Ahora, segura de que su sed sería saciada, se daba el lujo de que el vino permaneciese intacto frente a ella. Además se le había desatado una locuacidad incontenible. Hablaba de Ester como si el hombre la conociera. De la locura de su madre, de la ineptitud de su hermano. Suponía que la escuchaban con interés. Pero el hombre la interrumpió de nuevo con la palabra sacramental:

—Salud.

Emelina dio algunos sorbos a su copa y continuó hablando. De Concha, pobrecita, que estaba envejeciendo dentro de unos vestidos horribles. De ella misma, al fin.

Se compadecía un poco, por tantos años de espera, de soledad. Pero la recompensa era sobrada. Hoy se borraba todo, afirmó con una solemnidad cómica, apurando hasta el fondo de la copa.

No quiso alzar los ojos por miedo a ver la cara del hombre. Un resto de lucidez le avisaba que tuviera prudencia. Sólo miró, con una obstinación pedigüeña, la copa vacía que inmediatamente fue llenándose.

Emelina aguardaba la señal para beber de nuevo. Pero el hombre le dijo:

—La están buscando.

Era Concha. Seguro que era Concha. ¿A quién más iba a ocurrírsele ser tan inoportuna? Emelina, en vez de responder rió con una carcajada tan fuerte que los ocupantes de las otras mesas, que no habían cesado de observarla a hurtadillas, se atrevieron a contemplarla de frente.

—Déjela. Nunca se atreverá a subir las escaleras del kiosco. Está sola ¿verdad?

El hombre asintió.

—¿Ve usted? Una mujer sola no es capaz de nada. Como yo, antes de que vinieras.

La frase le pareció acertada y el tuteo normal. Para felicitarse alzó la copa. Ahora empezaba a gustar del líquido. Aunque no demasiado. Además tenía prisa. ¡Le quedaba tan poco tiempo!

—¿No bebes? —preguntó a su compañero.

—Estoy desarmado —admitió, al tiempo que pedía otra botella de lo mismo.

—Las comitecas tenemos fama de ser más aguantadoras que los hombres.

—Tienen fama de otras cosas también —añadió ambiguamente el otro.

—Ya te contaron el cuento de que no se nos puede echar un piropo sin que corramos a hacer la maleta para huirnos.

Emelina estaba encantada de su audacia. Fue el hombre quien retrocedió.

—Conocía yo el dicho: Comitán de las Flores. Por sus mujeres bonitas.

Y aprovechó la última frase como brindis.

—Pues el dicho es falso —se obstinó Emelina—. No hay una sola que valga la pena. ¡Esa reina, por Dios! No la querría yo ni para molendera.

—¿Y usted?

La voz del hombre era neutra; ni sarcástica ni galante.

—A mí me tocaron otras cosas. Soy… bueno, fui hace muchos años…

Hizo como si contara con los dedos y luego abandonó el propósito con un ademán de impotencia.

—¿Qué importa? Tú no me conociste entonces.

—Por el gusto de conocerla hoy.

Chocaron las copas. La de Emelina derramó algo de su contenido y ella no pudo reprimir un ay de consternación.

—¡No quiero desperdiciar nada!

El hombre se apresuró a llenar de nuevo el recipiente. Emelina sonreía con gratitud infantil.

—En las piñatas nunca me tocaron más que las sobras. Las demás se abalanzaban a arrebatar lo mejor. No tenían miedo de desgreñarse, ni de pelear, ni de caer. Yo siempre fui muy tímida.

—¿Y ahora? —dijo él.

Emelina se le enfrentó. Hizo un gesto grave, lento, negativo.

El hombre aparentó no verlo y llamó al mesero. Le urgía pagar la cuenta.

Se puso de pie y, al guardar la cartera en un bolsillo interior del traje, Emelina adivinó el bulto de una pistola. Este descubrimiento le pareció maravilloso. Hubiera querido aplaudir, mostrarlo a los demás. Pero había una especie de distancia insalvable entre sus pensamientos y sus actos.

—Vámonos.

Emelina movió la cabeza, riendo quedamente.

—No puedo… no puedo levantarme.

El hombre la alzó en vilo y así cruzaron entre los parroquianos, escandalizándolos y divirtiéndolos.

El descenso de las escaleras del kiosco fue un poco más fácil. Emelina se asía del barandal, tambaleante. Le asustaba que la grada siguiente estuviera tan desmesuradamente distante. El hombre la ayudó lo mejor que pudo y pronto estuvieron otra vez en tierra firme.

—¿La llevo a su casa? —preguntó él.

—No, claro que no. Nunca volveré allí.

—Entonces yo escogeré el rumbo.

Era lo convenido. Cualquier otro desenlace carecía de justificación.

El hombre conducía a Emelina, con firmeza, hacia una de las salidas del parque, la que desembocaba al punto en que se estacionan los automóviles de alquiler.

Emelina se apoyó en una de las puertas traseras, mientras el hombre arreglaba con el chofer los detalles del precio y la dirección.

Fue un momento después cuando se produjo la catástrofe. Quién sabe de dónde salió Mateo, envalentonado por la borrachera y por la compañía de Enrique Alfaro. Hubo un breve diálogo, salpicado de insultos, entre los hombres. Emelina quiso intervenir pero alguno la empujó con brusquedad. No cayó al suelo porque la gente se había arremolinado a su alrededor para presenciar la pelea. Lo último que alcanzó a ver Emelina fue el ademán de los contendientes al quitarse el saco. Enrique la apartó con violencia de allí.

La arrastró entre la multitud, que en vez de estorbarlo, empujaba a Emelina con rumbo a su casa. De nada le valió a ella resistirse. Tropezaba a propósito, se dejaba caer. Pero, implacablemente, volvían a levantarla y la obligaban a avanzar unos pasos más. Se asía al hierro de los balcones, se estrellaba contra los quicios de las puertas. En vano. Tenía que luchar, no sólo con una fuerza superior a la suya, sino contra su propio desguanzamiento, contra la inercia que le paralizaba los miembros, contra

la náusea que le revolvía las entrañas, contra el mareo que la hacía cerrar los ojos.

Poco a poco, sin consultar a la voluntad de Emelina, la resistencia cesó. Ella se sostuvo de los barrotes de una ventana y el llanto comenzó a fluir, abundante, fácil, incontenible, hasta su cauce natural.

—¿Por qué? —gemía vencida, sin comprender—. ¿Por qué?

La respiración de Enrique estaba hinchada de cólera. Sacudió con desprecio a Emelina.

—¡Has deshonrado tu apellido! ¡Y con un cualquiera! ¡Con un extranjero aprovechado!

Emelina negó con vehemencia.

—Él no… no me iba a hacer nada malo. Sólo me iba a enseñar la vida.

Cuando adquirió plena conciencia de que la oportunidad había pasado, Emelina se puso a aullar, como una loca, como un animal.

Enrique se apartó de ella. Que se quedara aquí, que regresara a su casa como pudiera. Él no podía tolerar más ese aullido salvaje, inconsolable.

Enrique echó a andar sin rumbo por las calles desoladas. De lejos le llegaba el eco de las marimbas, de los cohetes, de la feria. Pero no se apagó siquiera cuando Enrique golpeó, con los aldabonazos convenidos, la puerta del burdel.

El viudo Román

El pasado es un lujo de propietario.
JEAN PAUL SARTRE

DOÑA Cástula servía siempre el último café de la noche a su patrón, don Carlos Román, en lo que él llamaba su estudio: un cuarto que primitivamente había sido acondicionado como consultorio pero del cual, por la falta de uso, habían ido emigrando las vitrinas que guardaban los instrumentos quirúrgicos, las mesas de exploración y operaciones, para dejar sólo un título borroso dentro de un marco, un juramento de Hipócrates ya ilegible y una reproducción en escala menor de ese célebre cuadro en que un médico —de bata y gorro blancos— forcejea con un esqueleto para disputarle la posesión de un cuerpo de mujer desnudo, joven, y sin ningún estigma visible de enfermedad.

A pesar de que el estudio era la parte de la casa más frecuentada por don Carlos, y en la que permanecía casi todo el tiempo, se respiraba en él esa atmósfera impersonal que es tan propia de las habitaciones de los hoteles. No porque aquí no se hubiera hecho ninguna concesión al lujo, ni aun a la comodidad. Sino porque el mobiliario (reducido al mínimo de un escritorio de caoba con tres cajones, sólo uno de los cuales contenía papeles y estaba cerrado siempre con llave, y una silla de cuero) no había guardado ninguna de esas huellas que el hombre va dejando en los objetos cuando se sirve cotidianamente de ellos. Ni una quemadura en la madera, porque don Carlos no fumaba; ni el arañazo del que saca punta al lápiz con una navaja, ni la mancha de tinta, porque no escribía. Tal vez lo único era una leve

deformación en la materia de la silla por el peso del cuerpo que soportaba. O esa tolerancia (porque era tolerancia y no elección) a la presencia de unos anaqueles con libros que, por otra parte, no se abrían jamás.

Doña Cástula colocó la bandeja con la cafetera y la taza (desde algún tiempo atrás don Carlos se prohibió a sí mismo el consumo del azúcar porque decía que a su edad ninguna prudencia es bastante) sobre el escritorio. Y mientras su patrón sorbía los primeros tragos, calientes, aromáticos, sacó de la bolsa de su delantal la cuenta de los gastos del día para que fuera sometida a revisión.

Don Carlos la examinó cuidadosamente, deteniéndose a veces en la explicación de un detalle, en la reprobación de algún exceso inútil o en el irritado comentario del aumento de precio de algún artículo. Por fin, sumó las cifras, refunfuñando y, con un gesto de resignada conformidad, guardó el papel en la carpeta destinada a tal uso. Doña Cástula aguardaba la consumación de este último gesto para retirarse porque el ritual había terminado. Pero a su *buenas noches* respetuoso don Carlos no respondió con el *buenas noches* condescendiente sino con una casual observación sobre el tiempo.

—Hace un poco de frío ¿verdad?

—¿Quiere usted que yo prenda el brasero, señor?

—No, no es para tanto. A mí el frío me hace sentirme bien. Y a ti ¿no te gusta?

Doña Cástula levantó los hombros, desconcertada. Nunca se le había ocurrido que el clima fuera cuestión de gustos y mucho menos de los de ella.

—Porque el rancho donde te criaste es más bien de tierra caliente.

—Sí, señor. Pero ya ni me acuerdo. Como me ajenaron desde que era yo asinita… Y serví siempre en Comitán.

—Siempre en mi casa, querrás decir. Empezaste por ser mi cargadora.

—¡Las cuerizas que me daba su santa madre, que de Dios goce, cuando nos encontraba hablándonos de vos! Igualada, decía, me lo vas a malenseñar. Y luego, para que se volviera usted gente fina, lo mandaron a rodar tierras.

—Mientras tanto tú te aprovechaste para echar tu cana al aire ¿no?

Doña Cástula se tapó con el delantal la cara roja de vergüenza.

—Ay niño, lo que es ser mal inclinada y terca. Todos me lo ahuizoteaban: ese hombre te va a pagar mal. Pero para mí como si le estuvieran hablando a la pared. Cuando me dijo: “vámonos” no me hice de la media almendra, ni pedí cura ni juez. Amarré mi maleta y, con la oscurana de la madrugada, me fui con él.

—A las fincas de la costa.

—¿Dónde más va a ir un pobre, patrón? Allá le habían ofrecido el sueño y la dicha y a la mera hora el triste fue a parar a la cárcel porque le acumulaban no sé qué delitos.

—¿Y tú?

—Yo al hospital, porque me entraron los fríos y me vi en las últimas, con la complicación de una criatura que se me malogró. Ah, cómo echaba yo malhayas. Tirada en el suelo, porque ni a catre alcancé; sin quien me arrimara un vaso de agua y hecha un petesec de flaca. Cuando me sacaron del hospital, porque ya no había lugar para tanto enfermo, tenía yo cara de tísica. La gente me corría de miedo. Me aventaban las limosnas desde lejos para que no se les pegara el daño.

—¿Y tu marido?

—No, no era mi marido, niño. Era un hombre, nomás. Él salió luego de la cárcel, porque era bueno de labioso, y se fue a buscar fortuna a la frontera. Allá se encontró con unos mis parientes, que le pidieron noticias de mí. Ya es difunta, les contestó. Tiene su cruz con su nombre en el mero panteón de Tapachula. Yo mismo se la merqué, dijo el muy presumido. Se lo creyeron y se quedaron muy conformes. ¡Y que de repente me les voy apareciendo en Comitán! ¡Es un espanto!, gritaban los indizuelos y las mujeres me hacían cruces y hasta los machos se ponían trasijados de miedo.

El ama de llaves se ahogaba de risa al evocar estas imágenes. No atinaba a continuar su relato.

—¿Y pudiste perdonarlo, Cástula?

—Era gente ruda, niño ¿qué iba a saber? Hasta que no me tentaron no se convencieron de que no era yo un alma del otro mundo.

—No hablo de la gente —aclaró don Carlos con un dejo de impaciencia en la voz— sino del hombre, del que te abandonó así.

Doña Cástula se puso seria e hizo un esfuerzo para enfocar la situación desde el punto que don Carlos exigía. Después de reflexionar unos instantes, dijo:

—Yo no era su mujer legítima, patrón. Yo me fui con él huida, sin el consentimiento de nadie y mi nana me maldijo.

—Pero él ha de haberte prometido, ha de haberte jurado…

—Ay, patrón, ¡cuándo no es Pascua en diciembre! Yo de boba que me lo fui a creer. En fin, cosas de cuando es uno muchacha.

La mujer suspiró, absolviéndose de sus locuras, acaso con lástima y con nostalgia del otro.

—¡Sabrá Dios dónde andará ahora y los tragos amargos que habrá tenido que pasar! En cambio yo volví a arrimarme con ustedes y ya no me desampararon.

Doña Cástula hubiera querido contar cómo había ascendido gradualmente, y por sus propios méritos, de salera a cocinera y luego a ama de llaves, a la dueña de todas las confianzas de la señora. Y cuando la señora murió doña Cástula vino a ser la que heredó su puesto. En lo que concernía a autoridad, desde luego, no a apariencias. Pero con disimulo, con tiento, doña Cástula no permitió que nadie más llevara las riendas de la casa. Cuando don Carlos se casó su esposa podía haber sido una rival pero…

—¿Qué harías si lo volvieras a ver?

—Si lo volviera a ver…

La verdad es que si doña Cástula se hubiera encontrado, de pronto, con aquel hombre, no lo habría reconocido. Sus facciones se le habían borrado de la memoria desde hacía muchos años. Su nombre era como el de cualquier otro. Pero no se atrevía a confesar esto a un señor que desde el momento en que había quedado viudo no había vuelto a quitarse el luto.

Don Carlos llenó de nuevo la taza de café y la contemplaba con fijeza como si esa contemplación fuera a ayudarlo a formular su pregunta.

—Si lo tuvieras en tus manos y pudieras castigarlo y vengarte ¿qué harías, Cástula?

El ama de llaves retrocedió, espantada.

—Patrón, yo soy mujer. Esas cuestiones de venganza les tocan a los hombres. No a mí.

—Pero fue a ti a quien ofendió, no a tus parientes, que no van a mover un dedo para borrar la afrenta. ¿No te has fijado, grandísima bruta, en lo que ese hombre te hizo? No sólo te dejó tirada en el hospital para que te las averiguaras como Dios te diera a entender, sino que te declaró muerta para

que los demás no volvieran a preocuparse por ti. Y tú te quedas tan fresca y no le guardas rencor…

Doña Cástula sabía que merecía el reproche pero no supo qué contestar. Rencor. ¿A qué horas podía haberlo sentido? Desde la mañana hasta la noche, trabajo. Cástula, hay que barrer el corredor. Cástula, hay que regar las macetas. Cástula, hay que ir temprano al mercado para escoger bien la carne. Cástula, no remendaste la ropa. Cástula, tienes que ir a atalayar al hombre que vende el carbón ahora que está escaseando. Cástula… Cástula… Cástula… En las noches caía rendida de cansancio, de sueño… cuando no había un enfermo que velar.

¿Pero bastaban las excusas para disculparse? Por lo menos, a los ojos de don Carlos, el comportamiento de esa mujer no probaba más que la vileza de su condición. Para él, que era un señor, que se había educado en el extranjero y que había vuelto de allá con un título, el duelo por su viudez era un asunto serio. Y para llevarlo bien no había necesitado convertirse en un haragán. Vigilaba la administración de sus ranchos mejor que muchos otros patrones. No le bastaba con ir en tiempo de hierras o de cosechas sino que estaba siempre al tanto de las nacencias y las mortandades, de las canículas y los aguaceros, de las ventas y las reservas. Y no les permitió nunca a sus mayordomos que se desmandaran con la representación que tenían de su persona ni que le rindieran malas cuentas. También era dueño en Comitán de sitios y de casas y allí no necesitaba de intermediarios para tratar con los inquilinos. Tenía fama de equitativo porque no abusaba en la cuestión de las rentas. Pero tampoco perdonaba jamás una deuda.

Cierto que inmediatamente después de la muerte de Estela don Carlos abandonó la práctica de su profesión, pero eso —según doña Cástula— carecía de importancia. En un rico un título (de médico o de lo que sea) no es más que un adorno y como adorno se debe lucir. Y allí estaba, colgado en la pared ¿pero quién iba a admirarlo? Si don Carlos —y aquí fue donde dio muestra de la delicadeza y la profundidad de sus sentimientos— no volvió a frecuentar a nadie. Se negaba sistemáticamente a recibir visitas, aun las de su suegra que, todavía, de vez en cuando, lo importunaba con ellas. Se abstenía de asistir a cualquier clase de tertulia, diversión o fiesta. Y cada vez se encerraba más tiempo en su estudio. Hubo días en que incluso se negó a salir a comer.

Pero por señor que fuera don Carlos y por bien que supiera sentir sus pesares, reflexionaba doña Cástula, estaba empezando a dar muestras de fatiga. Retenía a su ama de llaves junto a él con cualquier pretexto. La revisión de cuentas se lo proporcionaba con facilidad y allí se detenía preguntando por las hortalizas de la temporada, porque a veces se le ocurría algún antojo. O si no insistía en que la habían estafado al cobrarle algún precio para dar a doña Cástula la ocasión de narrar íntegramente sus regateos con el vendedor. Poco a poco sus interlocutores fueron siendo más heterogéneos y don Carlos volvió a estar al tanto de los sucesos del pueblo gracias a su ama de llaves.

Así las conversaciones fueron prolongándose y la confianza borraba a menudo esos límites que siempre se establecen entre el amo y el criado. Pero desde el principio, y tácitamente, ambos se pusieron de acuerdo en no mencionar nunca nada que se refiriera al pasado. ¡Era tan doloroso para don Carlos! ¿Con qué palabras describir la belleza de Estela, el amor del novio, el fausto y la alegría de la boda? ¿Cómo transitar a esa desgracia súbita, cuyo nombre no conoció nadie y, que como un rayo, los abatió la misma noche en que por primera vez los dos quedaron juntos y solos? Y luego los meses de la agonía de Estela, sin consuelo y sin esperanza. Y el desenlace para el que no habría jamás resignación.

Y ahora don Carlos, sin motivo aparente, rompía las fronteras que él mismo había marcado y se aventuraba hacia atrás, con preguntas tan vehementes como si de las respuestas dependiera algo vital.

—Así que no eres rencorosa —concluyó—. Los ángeles te premiarán por eso. Te premian ya, de seguro, concediéndote un buen sueño, profundo, largo, sin sobresaltos. ¿No es así?

Cástula, que a veces había escuchado a su amo pasearse a deshoras de la noche por los corredores —porque padecía de insomnio— inclinó la cabeza, confundida.

—Hay que madrugar, patrón.

—Y yo aquí, entreteniéndote con tonterías. Anda, vete a dormir.

Pero antes de que la mujer atravesara el umbral don Carlos la detuvo todavía con una última recomendación:

—Ordena al semanero que limpie bien las caballerizas y que se aprovisione de zacate y maíz. Mañana van a traer un caballo que acabo de comprar. Es fino. Hay que cuidarlo bien.

Esa noche doña Cástula no pudo dormir su sueño largo, profundo y sin sobresaltos. A cada instante se le aparecía la figura de don Carlos, derribado por la fogosidad de un potro indómito. ¡Él, que para sus viajes a las haciendas usaba siempre mulas de buen paso! O lo veía alejarse, al galope, de la casa que durante tantos años había sido su refugio, para enfrentarse con esos señores ricos que, en plena borrachera, encendían sus puros con billetes de a cien o que apostaban a una carta, a un dado, a la mujer o a la hija, cuando habían perdido ya todo lo demás.

Doña Cástula despertó confusa. ¿Por qué don Carlos tendría que ir a mezclarse en tales peligros? Él no era hombre de cantina ni de burdel como los otros. Era un doctor, aunque ya nadie se acordara de eso. Había estudiado en el extranjero, se había pulido en sus costumbres y lo que debía de frecuentar era el casino, donde las señoritas y los jóvenes jugaban prendas y las madres vigilaban la pureza de las costumbres y los padres discutían de negocios y de política. Al principio, tal vez, les extrañaría la presencia de quien se había aislado durante tanto tiempo. Cuando don Carlos caminara por las calles de Comitán las encerradas apartarían rápidamente los visillos de las ventanas para recordar ese rostro, ese porte. Los transeúntes le cederían el sitio de honor de la acera, como lo merecía, aunque no lo saludaran porque ya no eran capaces de reconocerlo. ¿Y quién iba a estrecharle la mano si no tenía ni un amigo? Los que trató antes de su viaje a Europa habían seguido rumbos muy distintos y no podrían sostener una conversación con él, tan instruido. Los que encontró a su regreso… bueno, a su regreso don Carlos no tuvo ojos más que para Estela ni tiempo más que para enamorarla y para apresurar los preparativos de la boda. Y luego…

La primera campanada de la primera misa hizo a doña Cástula ponerse automáticamente de pie. La urgencia de las faenas la apartó de todas las otras preocupaciones.

El caballo resultó un animal noble, con los bríos disminuidos bajo una ruda disciplina, redondo de ancas, y tranquilo, que el tayacán enjaezaba desde muy temprano para que el patrón hiciera ese poco de ejercicio que, según sus propias prescripciones, era indispensable para que su apetito rindiera los honores debidos al desayuno preparado con tanto esmero.

En su itinerario don Carlos se desviaba pronto de las calles céntricas (concurridas a esa hora por indios que bajaban de sus cerros a vender

legumbres y utensilios de barro; por criadas que llevaban la olla de nixtamal al molino y por beatas que arrebujaban su devoción y su marchitez en chales de lana negra) y se iba encaminando a las orilladas. Pasaba al trote frente a las casuchas de tejamanil y seguía el caprichoso trazo de las veredas en que las hierbas acechaban el instante de brotar y cubrir la huella recién dejada.

El término de los recorridos de don Carlos solía ser alguna no muy elevada eminencia desde la cual era posible abarcar de una sola mirada el pueblo entero de Comitán.

Mientras el caballo —flojamente atado a cualquier arbusto— ramoneaba a su alrededor, don Carlos se reclinaba contra un tronco y se entregaba a la contemplación de la uniformidad de esos tejados oscurecidos por la lluvia y el tiempo. Sobre la lisura sin asidero de las paredes burdamente encaladas, sobre el rechazo brusco e inapelable de las puertas y sobre la incumplida promesa de revelación de las ventanas, se posaban largamente sus ojos meditativos.

Y así, al través de esta contemplación distante y que no se atrevía a penetrar más allá de la superficie de lo visible, don Carlos iba rescatando de las profundidades de su memoria a ese pueblo que, durante su infancia, se llamó inocencia, avidez, felicidad acaso. Y nostalgia en los años de destierro de su juventud y fervor en el retorno y catástrofe y duelo en la madurez.

Sin embargo, poco a poco, de una manera que al mismo don Carlos fue pasando inadvertida, el duelo comenzó a quebrantarse. Tal vez la grieta se abrió con la primera palabra no indispensable que dirigiera a doña Cástula. Y después la respiración de la angustia fue haciéndose más ancha y regular; la modulación del lamento ensayó otras escalas; la imaginación comenzó a emanciparse de ciertas figuras que hasta entonces lo habían obsesionado, para dar acogimiento a otras, a todas.

Esto era una especie de aprendizaje: volver a familiarizarse, al través de los sentidos, con los objetos de los que estuvo tan distante. Ese árbol, en cuyo ramaje alto y espeso, la atención descubría una gama infinita de verdes; esa piedra, áspera al tacto, desafiando (¿a quién?) con sus aristas, caída al azar; esa leve ondulación del terreno en que hubiera creído reconocerse una voluntad de la naturaleza a mostrar al hombre benevolencias y hospitalidad.

Don Carlos apreciaba cada vez más sus progresos de convaleciente. Las cosas ya no sólo no le eran hostiles, pero ni siquiera extrañas. Constituían señales amistosas, presencias cordiales. Iba a su encuentro con un placer anticipado y las disfrutaba plenamente.

Faltaba la parte más difícil del tránsito: la que lo conduciría de nuevo al mundo de lo humano. Comenzó por esforzarse en elegir sus caminos sin tomar en consideración el riesgo del encuentro con algún antiguo conocido. La alternativa de detenerse a saludarlo o proseguir sin volver el rostro ya no lo atormentó más. Si el otro era comunicativo y amable ¿por qué don Carlos no iba a corresponder a esa amabilidad? Y si no lo era ¿por qué empeñarse en quebrar la hurañía ajena cuando era mucho menos sólida que la propia?

Ah, ese señorío de sí mismo lo saboreaba el viudo después de muchos años de vulnerabilidad. El encierro había sido su respuesta a situaciones que le eran intolerables. La proximidad de los demás despertaba en él una alarma que ningún razonamiento podía reducir. Temía su compasión tanto como desdeñaba su curiosidad y no habría perdonado su indiferencia. Lo asqueaba ese guiño cómplice con que los hombres querían hacerle saber que estaban en el secreto de las mañas que se daba para sobrellevar su condición de solitario. Porque no era concebible que alguien, como don Carlos, en la plenitud de la edad y de la fuerza viril, guardase una continencia a la que ni aun los sacerdotes, tascando el freno de una religión de que él carecía, eran siempre fieles. Le irritaba esa inoportuna solicitud de las matronas que se desvivían por poner fin a la irregularidad de su situación proporcionándole lo que la naturaleza pide y la ley de Dios manda: una compañera. Sí, esa araña, inmóvil en el centro de la tela, esa hija, esa sobrina, esa recogida, que reunía en su persona todas las virtudes y se embellecía de todos los adornos y cuya única misión en el mundo consistía en hacer feliz a don Carlos, acogedora su casa y numerosa su prole.

Mas he aquí que, de pronto, don Carlos había cesado de temer los encuentros y de rehuir las asechanzas.

Los sentimientos de los otros no tenían por qué determinar sus propios estados de ánimo. Y si los otros se forjaban planes contando con él, allá ellos. Don Carlos era libre y dueño de su destino.

Pero aunque apto ya para la sociabilidad, don Carlos no estaba tan menesteroso de ella como para ir en su busca. El tiempo (lo había aprendido

a lo largo de todos sus años de soledad y de meditación) es el que hace madurar las cosas. Resulta inútil, fatigoso, contraproducente, precipitarse, correr al encuentro de acontecimientos que apenas están germinando y cuyo proceso de gestación puede malograrse pero no se puede apresurar.

Su contacto con los demás fue, sin embargo, muy distinto de como lo había supuesto o quizá planeado. Sucedió que una mañana vio de pronto interrumpidas sus reflexiones por la aparición de un grupo de niños, el mayor de los cuales no alcanzaría los doce años. Venían corriendo, gritando, empujándose. La presencia de una persona mayor los paralizó durante un segundo. Pero el gesto condescendiente de don Carlos por una parte y la superioridad numérica de los niños por otra, los lanzó de nuevo a esa especie de frenesí colectivo que, seguramente, obedecía a alguna regla secreta que ningún extraño acertaría a desentrañar.

Eran niños descalzos, harapientos, sucios. Lanzaban al aire exclamaciones groseras y ruidos procaces. Al principio, sin objetivo. Paulatinamente toda su actividad fue concentrándose alrededor de alguien: el más pequeño, el más débil, el más pobre, quien de pronto se convirtió en la encarnación del enemigo.

Tenía un apodo, naturalmente, y al fragor de la lucha se le improvisaron otros. Cada hallazgo era celebrado con grandes risas que enardecían al grupo y lo incitaban a nuevas audacias, así como empavorecían al pequeño.

Don Carlos observaba los hechos con una leve chispa de interés en los ojos. Las acciones y las reacciones de los niños, por su espontaneidad amoral, le recordaban demasiado las de los animales, a los que no amaba. Pero cierto elemento de peligro, que se olfateaba en el aire, lo mantenía atento a las incidencias de un juego en el que los insultos no hacían más que preludiar una acción más violenta. Que fue el lanzamiento de proyectiles. Cáscaras de naranja, huesos de durazno, piedras. El blanco giraba sin dirección, acosado por todas partes, y trataba de protegerse cubriéndose el rostro con el antebrazo. Hasta que una piedra se le incrustó en la sien y lo derribó por tierra, sangrando.

Los niños lo contemplaron un instante, estupefactos, y alguno hasta con una mueca de despecho como si el caído hubiera traicionado las reglas del juego. Pero en cuanto se dieron cuenta cabal de que había sucedido algo cuya magnitud escapaba a su comprensión, se entregaron desordenadamente a la fuga.

Don Carlos los vio alejarse sin hacer ningún intento para detenerlos ni gritar ningún denuesto para reprocharlos. Sin prisa, sin alarma, se puso de pie y fue aproximándose al herido con una especie de automatismo profesional que resucitaba, intacto, después de muchos años de haber cesado de funcionar.

El examen de la herida le proporcionó la certidumbre de que no era grave aunque sí dolorosa. Con lo que llevaba a mano —un pañuelo— improvisó un vendaje para contener la hemorragia. El niño se dejaba curar con los mismos ojos dilatados de espanto con que antes se había dejado agredir.

Don Carlos echó de menos no haber llevado consigo un dulce, una golosina para consolar al pequeño. No sabía tampoco de qué manera acercarse a él, ganar su confianza. Hizo un esfuerzo para dar a su voz un dejo de ternura y preguntó:

—¿Vives muy lejos de aquí?

El niño señaló con la mano el caserío más próximo. Al mismo tiempo comenzó a disponerse a marchar, pero don Carlos lo detuvo.

—No, yo te acompaño. Para explicarle a tu madre lo que ha sucedido. Porque si te ve llegar así se va a asustar.

—Ella también me pega.

En la frase del niño —concentrada de propósitos futuros de venganza— no se trasparentaba más que la impotencia a que lo reducían las circunstancias momentáneas. En cuanto creciera…

Don Carlos lo tomó de la mano y juntos llegaron hasta un patio de tierra apisonada en que una mujer —rodeada de chiquillos de varias edades— escarmenaba lana, sentada en un petate.

Ver a los recién llegados, abandonar la tarea y soltar el grito, fue todo uno. Inmediatamente después acudía el vecindario que cuchicheaba entre sí, haciendo correr las versiones más disímbolas sobre los sucesos. De tantas hipótesis sólo quedaba patente un hecho: la bondad de don Carlos y su pericia. Aunque esto último no fuera propiamente un mérito. Era doctor titulado, podía curar no sólo un rasguño leve como el del muchachito sino también enfermedades internas, de las que nacen solas. Como la de ese infeliz Enrique Liévano, que desde hacía meses estaba tirado en la cama sin poder moverse. ¿No querría el doctorcito hacer la caridad de darle aunque fuera una mirada? Su hermana (porque, además, Enrique era huérfano) se

mantenía planchando ajeno y no le iba a poder pagar la consulta. Pero ya que estaba tan cerca —vivía unas cuantas casas más allá— ¿qué le costaba? Por el alma de quien más quisiera…

Don Carlos no sabía cómo detener aquellas súplicas entrecortadas, vehementes, colectivas. ¿Cómo explicarles que hacía siglos que no pasaba los ojos sobre un texto de medicina, que había olvidado hasta la técnica más rudimentaria de la auscultación y del diagnóstico, que no traía consigo ningún aparato que pudiera auxiliarlo? Hizo un gesto de asentimiento y se dejó llevar.

Lo primero que repugnó a don Carlos (al trasponer el umbral de una estancia reducidísima, pobremente iluminada por una ventana, mal protegida de la intemperie por las ralas junturas del tejamanil) fue el olor. Olor de cuerpo inerte, abandonado a sus funciones; de ungüentos y emplastas no removidos; de inhalaciones sucesivas, ninguna de las cuales lograba anular el vaho de la anterior.

Don Carlos habría querido retroceder, buscar de nuevo el aire incontaminado del campo, pero la puerta de la casucha estaba bloqueada de curiosos. Y cuando intentó moverse advirtió que una mano estaba asida firmemente a su brazo, para no permitirle escapar, para conducirlo al lecho del doliente: era la mano de una de esas mujeres a quienes las desgracias se les coagulan en la cara como la forma extrema de la fealdad.

El enfermo yacía sobre un camastro, esquelético, envuelto en una maltratada y sucia cobija de lana y con la cabeza reclinada sobre un envoltorio de ropa que fungía de cojín. Sus pómulos estaban arrebolados por la fiebre y en sus ojos hundidos brillaba ese resplandor último con que las hogueras se despiden antes de extinguirse.

La presencia de un extraño y la intrusión de tantos vecinos turbó al enfermo. Quiso hacer algo: erguirse, tal vez ocultarse, pero su movimiento se convirtió en un acceso de tos, de esa tos inútil, fatigada de repetirse a sí misma, sin consuelo, de los tuberculosos.

Don Carlos no temía el contagio y le parecía extemporáneo, en el grado de desarrollo de la enfermedad, prevenir de él a quienes hasta entonces habían rodeado, sin ninguna precaución, a Enrique. Los más débiles ya habrían sucumbido hacía muchos meses y en cuanto a los demás, evidentemente, sabían defenderse solos.

La mano que hasta entonces había estado asida al brazo de don Carlos (y que era la de la hermana de Enrique, Carmen) únicamente lo soltó para aproximar una silla desde la cual el médico pudiera observar al enfermo, tomarle el pulso, escuchar su respiración, cumplir, en fin, con todos los pasos del ritual sin los cuales ningún alivio es posible.

Don Carlos pidió a la mujer que hiciera salir a los intrusos y que ella misma se alejara, pero a una distancia desde la que permaneciese atenta a cualquier llamado.

Cuando don Carlos se quedó solo y frente a frente con Enrique no supo cómo iniciar el interrogatorio. En la Facultad de Medicina había aprendido las fórmulas precisas pero las había olvidado por falta de práctica y hoy su memoria permanecía inerte ante la emergencia, paralizada acaso por el convencimiento de la nulidad de cualquier esfuerzo.

¿Qué podía decirle Enrique que don Carlos no fuera capaz de suponer? A juzgar por lo avanzado del proceso de la enfermedad, debería haber presentado los primeros síntomas reveladores meses atrás. Las causas no eran difíciles de adivinar: hambre, trabajo agotador, paludismo. En cuanto al tratamiento ¿para qué pensar en él? Ninguno de los dos hospitales comitecos (el civil y el que cuidaban las monjas) contaba con una sala de infecciosos. Quedaba el recurso de un viaje a México. ¿Pero quién lo costearía? Don Carlos, en un arrebato de generosidad, podía responder que él. Pero el viaje no serviría más que para acelerar el fin.

Sin embargo, don Carlos y Enrique hablaron largamente. Nada apasiona tanto a un enfermo como describir sus sensaciones y más cuando el que escucha es un iniciado, capaz de comprender lo que los sanos ignoran y ni siquiera imaginan. Precipitadamente Enrique acumulaba detalles, aventuraba suposiciones, quería convertir a su interlocutor en depositario de su secreto para que el otro, en reciprocidad, le entregara la salud.

Don Carlos no se limitaba a escuchar pasivamente un relato en el que iban apareciendo tantas viejas figuras conocidas de sus tiempos de estudiante: la euforia, precursora y compañera inseparable de las primeras etapas del mal; la temperatura caprichosa y tenaz; el sudor nocturno, como del que despierta de una pesadilla. Y la tos. Impetuosa primero, desgarradora. Y después atenuada, pero cumpliendo con su pertinacia la misión de no hacer olvidar ni un instante al enfermo su condición de enfermo. Recordándole que le estaba prohibido agitarse, que debería de

tener más cuidado al tragar, que el aire era un don escaso que cualquiera, en cualquier momento, le podía arrebatar.

Don Carlos dio a estas descripciones que, por vívidas eran menos torpes de lo que podía esperarse de la rusticidad de Enrique, los nombres técnicos, lo cual equivalía a lazar al novillo cerrero y abatirlo y marcarlo con el hierro del amo. Enrique asistía, maravillado, a esta operación, repetía esas palabras mágicas que conferían a su padecimiento un prestigio de cosa importante sobre la que los ignaros harían bien en detenerse y meditar.

La despedida no pudo hacerse sin la promesa, por parte de don Carlos, de volver al día siguiente. Y provisto de aparatos, de medicinas, no como hoy, desarmado de su parafernalia y de improviso.

Carmen ayudó al doctor a montar en su caballo deteniéndole el estribo, sin hacer una sola pregunta, sin exigir la menor esperanza. Lo único que le hubiera interesado saber era el plazo: cuándo terminaría la historia. Porque estaba cansada de mirar siempre ante sí un rostro cada vez más consumido, más devastado. Porque este inválido ataba los pasos de los sanos como un cordel corto ata el vuelo de un pájaro. Porque ¿cómo podía disponer de su vida, sí, su vida que se le estaba yendo como agua entre las manos, su vida que no desembocaba ni en el matrimonio ni en las devociones de la Iglesia, ni en el servicio en una casa de señores, ni en el viaje a México, ni en meterse de puta aunque fuera, porque antes tenía la obligación de cumplir con sus deberes de hermana?

Sin una frase, ni aun la formularia y mecánica de gratitud, Carmen miró partir a don Carlos, con envidia de no ser ella la que se alejaba, a paso rápido, del tugurio miserable, del hombre sin salvación.

Y lo miró partir con la certidumbre, además, de que si don Carlos era un hombre listo —y debía de serlo, pues los señores siempre lo son— no volvería nunca.

Pero Carmen se equivocó. Don Carlos volvió al día siguiente y al otro y al otro. Traía en su maletín (que ahora había llegado a constituirse en el complemento de su persona) algunas sustancias que calmaban el ahogo, la fatiga, los dolores de Enrique. Y para no darle la oportunidad de hablar, de malgastar un aliento que era cada vez más trabajoso, don Carlos tomaba por su cuenta la conversación. Le contaba sus viajes al extranjero, sus aventuras de estudiante, su encarnizada aplicación para comprender las lecciones. Los primeros asombros, inolvidables, al encontrar las verdades de los libros

trasplantadas a los hechos; la pasión del cazador con que se lanzaba tras las pista del culpable del desorden en el funcionamiento de esa maquinaria, complejísima y perfecta, que es el cuerpo; la frialdad con que, una vez realizado el descubrimiento, escogía los medios más rápidos y eficaces para eliminar a su enemigo; la satisfacción del triunfo que, más que de la ciencia, hubiera preferido don Carlos llamar de la justicia.

A veces, llevado de la vehemencia de su peroración, el médico no advertía que Enrique era incapaz de seguirlo y de comprenderlo. Tardó también en darse cuenta de que el interés del enfermo disminuía al parejo que sus fuerzas. De allí en adelante las visitas de don Carlos eran silenciosas y, con el pretexto de vigilar el pulso del moribundo, tomaba una de sus manos entre las suyas, como si quisiera comunicarle —al través de ese contacto, de la leve presión de los dedos— su solidaridad. Porque tal vez de todo lo que don Carlos aprendió como médico lo único que no olvidaría nunca es que el agonizante quiere pedir auxilio a los que lo rodean y de quienes se aleja más y más, inexorablemente; y que teme este apartamiento definitivo de los otros más que su entrada en la sombra.

A los últimos momentos de Enrique acudió, por deferencia, un sacerdote del Templo Mayor: don Evaristo Trejo. Lo oyó en confesión, lo absolvió de sus pecados y le ungió los pies con los santos óleos.

Mientras se cumplía esta ceremonia que, por solemne, exigía la soledad, Carmen gritaba su desesperación a voz en cuello en el patio de la casa. Las vecinas, solícitas le acercaban los pocillos de peltre con agua de brasa e infusiones de tila que ella no permitía que llegaran hasta sus labios y las derramaba en el suelo a manotazos. Don Carlos tuvo que inyectarle un calmante que la postró en un sueño profundo, por lo cual todos los trámites del encargo del ataúd (y de su liquidación, naturalmente) y de la presidencia del velorio y del entierro, recayeron sobre los hombros del médico, único hombre de respeto entre aquella turbamulta de curiosos, de vecinos que habían encontrado un pretexto respetable para emborracharse, de vecinas que desahogaban impunemente su histeria y de niños libres de vigilancia.

Sobre la fosa húmeda de tierra recién apisonada, cayeron algunos manojos de flores corrientes, de las que se arrancan al pasar junto a las bardas. Y también las aspersiones de agua bendita de don Evaristo.

Cuando los asistentes se hubieron dispersado, el doctor Román dio la mano al sacerdote en señal de gusto por haberlo conocido, de gratitud

porque le hubiese ayudado a sobrellevar tareas tan penosas y de despedida. Pero don Evaristo, sin rehusar el gesto, no aceptó la última significación.

—¿Va usted a su casa, doctor? Podemos hacer un trecho de camino juntos. Yo vivo a unas cuantas cuadras… Digo, si usted no tiene inconveniente en que lo acompañe.

—Al contrario. Si yo no me atreví antes a hacerle esa proposición fue porque he perdido a tal punto el hábito de la sociabilidad…

—Nadie lo hubiera dicho al verlo a usted desempeñarse con tanto aplomo en unos acontecimientos que son ya, de por sí, difíciles.

—Son mi especialidad, padre. Si usted tiene presente un hecho ya remoto —y que, por lo demás, no existe ninguna razón particular para que lo hubiera impresionado—, me refiero a la muerte de mi esposa, recordará que no hice un mal papel.

Se detuvieron. Don Evaristo desconcertado por la crudeza y la superfluidad del comentario. Don Carlos, con la vista fija en el suelo, donde la punta metálica de su bastón se empeñaba en abrir un pequeño agujero. Mientras mantuvo inclinado el rostro procuró borrar de él toda expresión.

—Perdóneme usted el mal gusto de la broma. Cuando uno se habitúa a hablar solo dice cosas que escandalizan a los demás.

Habían reanudado la marcha.

—¿Qué clase de cosas cree usted que oigo en el confesionario? Precisamente ésas, las que la gente se dice a sí mismas y calla ante los demás. Yo también soy un especialista, si se me permite el término. Muchos han comparado nuestros respectivos oficios, don Carlos.

—Que yo sepa no ejerzo ninguno.

—¿Cómo se llama entonces a lo que hizo usted por Enrique?

—Depende. Si vamos a juzgar por los resultados no puede llamarse una curación.

—¿Qué podía usted hacer, más de lo que hizo, por un hombre desahuciado? Pero se equivoca usted, don Carlos: ha habido una curación: la suya. Está usted a salvo ya de su aislamiento, de su misantropía. Porque, o mucho me equivoco, o la gente de este barrio, todos los que han visto de cerca su abnegación y su caridad, ya no van a desampararlo nunca.

Don Carlos alzó los hombros con un gesto fatalista.

—Eso me temo. El zaguán de mi casa está intransitable. Porque de día y de noche lo ocupan criaturas con lombrices, mujeres grávidas, viejos

reumáticos.

—Y como no tienen con qué pagarle —como a mí— todos han de llegar con “un bocado para el hoyito de su muela”.

—Yo me niego a aceptarlo.

—Yo también lo hice, al principio. Hasta que entendí que eso les ofendía. Ahora el problema es de mi cocinera que ya no sabe de qué modo guisar los pollos para que todavía me resulten soportables.

—La mía, doña Cástula, que ha visto mundo y que es leída y escrebida, conoce recetas que quizá le resulten novedosas. ¿Por qué no corre usted el riesgo y viene a cenar conmigo mañana en la noche?

Fue de esta manera tan casual como don Evaristo recibió y aceptó la primera invitación (a la que habrían de seguir muchas otras, hasta llegar a constituir un hábito que las hizo innecesarias) para visitar la casa de don Carlos. Casa ya no solitaria como antes sino asaltada incesantemente por menesterosos —que esparcían suciedad, que mostraban llagas, que aprovechaban el menor descuido para robar algo— y de la que doña Cástula hubiera dimitido si no hubiese visto entrar, por la misma puerta que daba acceso a los otros, la presencia sagrada del sacerdote.

La práctica de su ministerio había proporcionado a don Evaristo la experiencia suficiente como para no dejarse guiar por la primera impresión. Había pensado muchas veces en don Carlos Román con perplejidad y se había aventurado, en su fuero interno, a hacer conjeturas para explicarse ese carácter tan extraño. Pero, a diferencia de sus coterráneos, el azar lo aproximó al objeto de su curiosidad lo suficiente como para poder observarlo con detenimiento.

Hasta ahora don Evaristo no conocía más que una de las facetas del doctor Román: la que había mostrado en su relación con Enrique Liévano y la actitud que asumía con todos los que ahora acudían a él en busca de favor. Era pródigo de su tiempo, de su ciencia, de su dinero. Pero algo en el interior del padre Trejo se negaba a calificarlo como generoso. Tal vez el hecho de que sus acciones no se derivaban del imperativo moral cristiano; tal vez el resultado de una frecuentación casi diaria que mostraba aspectos del modo de ser de don Carlos que, si no eran contradictorios con lo que comúnmente se reconoce como generosidad, por lo menos resultaban ambiguos: ciertas expresiones mordaces, ciertas burlas crueles, obligaban al

sacerdote a mantener su juicio en suspenso. Un juicio que, por lo demás, nada le urgía a pronunciar.

Una noche, después de una cena en la que doña Cástula se había esmerado especialmente, mezclando con sabiduría los manjares y los vinos y en la que salió a relucir una antigua vajilla con monogramas dorados, un juego de copas de cristal finísimo y un mantel del más blanco lino, el padre Trejo no pudo menos que comentar:

—Si alguien me hubiera dicho que usted es un sibarita, don Carlos, no lo habría creído ni bajo juramento. Pero tengo que rendirme ante la evidencia. Sabe usted apreciar las cosas buenas que nos proporciona la vida. Y no lo censuro. ¡Son tan pocas!

—Pero se equivoca usted, don Evaristo. No se trata de que yo sea un buen catador ni mucho menos un candidato al infierno por haber cometido el pecado capital de la gula. Yo puedo renunciar a lo que el vulgo llama placeres de la mesa (y de otros muebles, si usted me permite ser más explícito) sin hacer, ya no digamos un sacrificio, pero ni siquiera el menor esfuerzo.

—¿Entonces?

—La clave está en otra parte. Yo soy un hombre que se rige estrictamente por la lógica. Para que entienda usted las consecuencias tenemos que remontarnos a las causas. Añada usted a sus observaciones que se han hecho algunas reformas en el comedor.

Era verdad. Se había renovado el papel tapiz de las paredes y el techo se había enriquecido con un artesonado de maderas preciosas. En uno de los ángulos de la habitación, en una chimenea rústicamente labrada, ardía un fuego poderoso y alegre.

—Va usted a perdonarme, don Carlos, pero del milagro del que primero me voy a pasmar es el de la prontitud con que se ha llevado a cabo la obra. Conozco a los operarios de Comitán y no son más diligentes que los de la viña evangélica.

—La explicación es muy sencilla: a esos operarios les ofrecí aumentarles el sueldo proporcionalmente a la rapidez con que terminaran el trabajo. Y además doña Cástula no les quitó los ojos de encima ni un segundo. El resultado es que mientras usted hacía una de esas giras por los alrededores de su parroquia, la sorpresa ya estaba lista.

—¿Y el segundo milagro es igualmente fácil de explicar?

—Yo no veo ningún otro milagro.

—Que usted se haya decidido a emprender la obra.

—Ah, el motivo va usted a entenderlo muy bien. Se trata de doña Cástula. En los últimos tiempos, con esto de que he vuelto a fungir como médico, ella se ha disgustado mucho. Me ha abrumado de reproches, todos ellos razonables que, como la prudencia aconseja, no escuché. Pero cuando comenzó a quejarse de que se sentía mal, de que le convendría una temporada de baños en las aguas termales de Uninajab, de que ya era tiempo de retirarse a vivir con su familia, etc., comprendí que el peligro era grave. Me estaba amenazando nada menos que con irse. Yo, por una parte, no podía ni darme por aludido de esas amenazas ni mucho menos descender a la súplica de que no me abandonara. Prometer un aumento de sueldo habría sido una imperdonable falta de tacto. Tuve que proceder con mayor sutileza y me desvelé muchas noches pensando: ¿qué es lo que proporcionaría a doña Cástula una satisfacción verdadera, profunda y, sobre todo, durable? Después de devanarme los sesos, lo comprendí: que la casa (que, a fin de cuentas, es más suya que mía) volviera a ser lo que fue en sus buenos tiempos. Que se remozara, que resplandecieran de nuevo las galas que mis antepasados fueron acumulando y transmitiendo de generación en generación y a las que yo, además de no añadir nada, no les concedía siquiera la beligerancia de ser útiles. Y, en fin, que ella misma pudiera ostentar sus dotes de anfitriona.

La larga exposición de motivos hacía sonreír suavemente al sacerdote y don Carlos la remató con habilidad.

—Lo único en lo que yo me he reservado el ejercicio pleno de mi voluntad es en la elección del huésped: usted. ¡A su salud, don Evaristo!

Alzaron las copas y bebieron. El padre Trejo reía ahora de buena gana.

—Si me hubiera usted dejado expuesto a mi imaginación habría yo atribuido todos estos cambios a móviles más ¿cómo diría yo? más elevados. Como los que le supuse, al principio, en el caso de Enrique Liévano. Entonces creí que buscaba usted acercarse a Dios por medio de la caridad.

Aunque serio, el tono de don Carlos no fue por eso menos cordial.

—En el terreno de lo religioso siempre hemos sido muy francos, padre. Usted no ignora que yo respeto a Dios, que lo admiro y que, si alguna vez lo encuentro, lo saludaré con todo el respeto que su alto rango merece. Pero

mientras tanto prefiero no entrometerme en sus asuntos, que han de ser mucho más importantes y complicados que los míos.

—Los cuales se reducen a quedar bien con su ama de llaves. Yo, ingenuo de mí, habría jurado que detrás de todas las metamorfosis que han sufrido usted y su casa en los últimos tiempos, había una mujer.

—Doña Cástula es una mujer, padre, aunque por su edad o por su condición usted se niegue a concederle el título con que la favoreció la Madre Naturaleza.

—No bromeemos, doctor. Al decir una mujer yo quise decir alguien a quien su corazón hubiera elegido…

—¿Para qué?

Don Evaristo sostuvo la copa entre las manos, pensativo como si dudara entre hablar o no. Por fin, dijo abruptamente.

—Para unirse en el Santo Sacramento…

Pero don Carlos hizo un gesto para impedirle terminar la frase.

—Por favor, padre, no usemos tecnicismos, que los de un médico son mucho más exactos y más groseros. Hablemos en lenguaje corriente. ¿Usted me creyó dispuesto a volverme a casar?

—¿Y por qué no? La Escritura dice que no es bueno que el hombre esté solo.

—Y la vox populi, que es la vox Dei, afirma que más vale estar solo que mal acompañado. Yo me atengo, no a la Escritura, sino al refrán.

—¿Y por qué habría de ser mala la compañía? La virtud de las mujeres comitecas es proverbial.

—¿Y usted, padre, que las conoce a fondo —digo, porque las rejas del confesionario son el cedazo al través del cual se filtran todos los secretos—, usted, pondría su mano en el fuego por ellas?

La respuesta fue contundente.

—Sí.

—Bien. Pues brindemos porque esa virtud se conserve y se conserven quienes saben apreciarla.

—Usted no se incluye entre ellos ¿verdad?

—Yo no soy un experto en la materia. En cuanto a mujeres podría decirse que estoy fuera de combate desde hace muchos años.

Don Evaristo creyó oportuno guardar silencio ante una frase que, suponía, estaba aludiendo a un pesar que aún exigía miramientos. Aunque

el tono con que la había pronunciado don Carlos dejaba translucir otras implicaciones no fácilmente definibles. Fue el mismo don Carlos quien aclaró:

—A mi edad… y con la fama de ogro que he de tener… No, verdaderamente hay cosas en las que ya no se tiene derecho a pensar.

A don Evaristo le pareció prematuro contradecir a su interlocutor. Únicamente habría logrado fortalecer la posición que adoptaba ¿o que afectaba haber adoptado? Ya se averiguaría, en el curso de ulteriores conversaciones.

Aunque, claro, don Evaristo, no propondría el tema. A fuerza de pasividad obligó a don Carlos a que se refiriera nuevamente a su viudez y lo hizo como si se tratara de un fenómeno digno de mencionarse sólo por los extremos de desolación a que lo había conducido y por el largo término que se había mantenido incólume.

—Con usted voy a ser sincero, padre. Lo que me paralizó durante estos años, hasta el grado de encerrarme y no ver a nadie, no fue el dolor. Por lo menos no fue nada más el dolor, aunque ese elemento también contara. Y bastante. Pero había algo contra lo que mi razón se estrellaba día y noche: el absurdo. Pues si usted lo considera con atención, mi historia no tiene ni pies ni cabeza. Amo a alguien y en el momento mismo en que voy a realizar ese amor (lo que equivaldría para usted, aunque lo considere blasfemo, a alcanzar el cielo) lo pierdo para siempre. ¿Por qué? ¿Por qué? Si el amor era tan intenso debía haber sido posible. Y si no era posible… Yo no he buscado la soledad todos estos años para llorar a mis anchas ni para rasgarme las vestiduras y cubrirme la cabeza de ceniza, como muchos creyeron. Yo lo único que he hecho es tratar de comprender.

—Ahí radica su error. Porque los caminos de la Providencia son incomprensibles.

—¡Basta! Recuerde, don Evaristo, que yo soy hombre de visión limitada, de móviles pequeños. Recuerde el incidente del arreglo del comedor. Para entender mi desgracia yo no iba a remontarme a las causas primeras. No, yo iba a reconstruir, con la ayuda de la memoria, todos los elementos que intervinieron en la situación. Yo iba a ordenarlos y a volverlos a ordenar hasta que cada uno de ellos quedara en el sitio que le correspondía, como las piezas de un rompecabezas, y hasta que la totalidad

adquiriera ante mis ojos una coherencia y un sentido. Porque, ya se lo he dicho más de una vez, padre: mi pasión dominante es la lógica.

—¿Y le sirvió de algo en este caso? ¿De consuelo siquiera?

—De mucho más. Aunque no se lo debo todo a ella, sino también a la tenacidad, a la paciencia. Acabé por liberarme de una obsesión para la que no contaba el tiempo. Ahora, que la obsesión ha desaparecido, tengo que admitir que es demasiado tarde.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y nueve. Y una excelente salud. Pero no se trata de eso sino de los estragos que he padecido por dentro. Desde ese punto de vista soy un hombre acabado.

—No da usted esa impresión. Con quienes vienen a consultarle despliega usted una solicitud que no se explicaría más que como fruto del afecto… o de la vanidad.

—Desde hace algunos meses padezco un trastorno de la tiroides que me exacerba la necesidad de permanecer activo.

—Moral, fisiología, que más da. El asunto es que ese apetito de actividad, que se manifiesta como simpatía, puede usted aplicarlo a otro tipo de relaciones que no sean las de médico y enfermo.

—¿Y nuestra amistad, padre?

—No es satisfactoria, en primer lugar, porque es exclusiva y porque yo no soy un hombre profano. Y luego porque hay otro grado más completo de comunión espiritual y física.

—Supongo que se refiere usted al amor.

—Al matrimonio, para usar un término que abarque, a la vez lo moral y lo fisiológico. Quiero acorralarlo.

—¡Me declaro vencido! Pero déme usted una tregua. La idea, la mera idea de… me parece todavía tan intolerable, tan indigerible…

Porque era una idea abstracta. Don Evaristo sabía que la mejor manera de vencer las resistencias de su amigo no era argumentando sino poniendo ante sus ojos nombres, figuras, encarnaciones vivas, en fin, de la posibilidad.

Don Evaristo —a quien la gracia divina había preservado hasta entonces, y sin que él se esforzase por merecerlo, de la concupiscencia de los ojos— canalizó desde su niñez de huérfano confiado a la vigilancia anónima del Seminario, su ideal de la femineidad en la Virgen María bajo la

advocación del Perpetuo Socorro. Su pureza, cuyo resplandor era la hermosura, estaba condicionada por su inaccesibilidad. Era fácil conmoverse, hasta las lágrimas, ante la mera contemplación de sus perfecciones; era fácil guardarle fidelidad, sobre todo si se tenía en cuenta que a don Evaristo no lo rodeaban más mujeres de carne y hueso que parientes más o menos próximas, más o menos impertinentes con sus ocurrencias; o congregantes más o menos asiduas; o penitentes más o menos sinceras. Y, del otro lado de la barricada (otro lado que don Evaristo jamás se atrevería a traspasar por no poner en peligro su salvación eterna), estaban las discípulas de la serpiente, las aliadas de Satanás, las poseedoras de todos los secretos del mal.

El resultado de estos antecedentes y estas limitaciones era que si alguien, de pronto, le hubiera pedido a don Evaristo la descripción de las facciones de alguna de las ovejas de su rebaño, la correspondencia entre un hombre y un cuerpo, el señalamiento de las peculiaridades de una personalidad, no habría sabido qué responder. Fue gracias a su propósito de encontrar una esposa para don Carlos Román que el padre Trejo comenzó a detener la mirada en los rasgos de las muchachas en edad de merecer, la atención en sus palabras, sus vestidos, sus actitudes, la memoria en los comentarios que de ellas hacían los demás. Supo así —con no menos sorpresa que conmiseración— de esa lucha desesperada que libraban las solteras (desde el momento mismo de su aparición en sociedad) contra los años, cuya cuenta llevaban los demás, inexorablemente; escuchó en secreto las confidencias acerca de las taras hereditarias de las familias; indagó discretamente el estado de las fortunas y el monto de las dotes. Y después de efectuar la selección más rigurosa don Evaristo se decidió, por fin, a mostrar a don Carlos sus cartas de triunfo.

La sesión tuvo lugar no en el comedor, ni en el estudio (porque ni los albañiles ni los carpinteros habían terminado allí su labor) sino en la sala, cuyo ajuar había sido despojado de las fundas protectoras y cuyos espejos, sin el crespón de luto que los había ensombrecido durante tantos años, duplicaba la delicadeza de los adornos —porcelana, oro, marfil—; la minuciosidad del tallado en las maderas y el severo claroscuro de los cuadros desde cuya profundidad asomaban los rostros de hombres enérgicos, de damas recatadas, de niños circunspectos, para contemplar un presente fuera de cuyos vaivenes se habían colocado.

El nombre de la primera candidata que don Evaristo presentó a don Carlos fue el de Amalia Suasnávar. Suplía su falta de abolengo y la escasez de sus recursos con la abnegación de un carácter templado en la adversidad. Su conducta, en ocasión de la penosa y larga enfermedad de su madre, demostró con cuánta paciencia, con cuánta dulzura y con cuánta alegría interior puede un ser, cuya conciencia moral ejerce pleno imperio sobre el egoísmo humano, sobrellevar una cruz.

Don Carlos rindió el merecido tributo admirativo a la señorita Suasnávar pero opuso algunos reparos. Nimios, desde luego. ¿Pero por qué iba a conformarse con lo que sólo es satisfactorio a medias alguien que tiene la facultad de elegir la perfección total? La señorita Suasnávar, si don Carlos no había sido mal informado, llevaba su humildad hasta el punto de haber permitido que le arrebatasen la herencia unos hermanos que sólo se presentaron a la hora de la partición; la señorita Suasnávar extremaba su modestia hasta el grado de vestirse como un adefesio y su timidez hasta el extremo de no intervenir en las conversaciones más que para decir disparates. ¿No era acaso la misma que se había hecho célebre en el novenario de su difunta madre, al quejarse ante la concurrencia de padecer un insomnio incoercible y de que cuando, por una especie de milagro, lograba momentáneamente conciliar el sueño éste era reparador, tanto que despertaba de inmediato y llena de angustia? Cuando se aclaró lo que la señorita Suasnávar quiso decir con lo de reparador se supo que tenía la más firme convicción de que lo único capaz de reparar en el mundo era un potro.

Al no poder replicar, don Evaristo pasó al punto número dos: Soledad Armendáriz, a quien todos llamaban Cholita, por un cariño que suscitaba tan espontánea cuanto inmediatamente entre quienes tenían el privilegio de tratarla. Era muy joven, claro, casi una niña, pero esto mismo representaba para don Carlos la ventaja de poder moldearla y hacerla a su gusto. En cuanto a la bondad innata de su índole se hacía patente en el hecho de que siendo su belleza justamente celebrada por propios y extraños, no sólo no se envanecía de ella sino que ni siquiera procuraba realzarla con afeites ni exhibirla en paseos y fiestas. Antes al contrario, procuraba no llamar la atención y si pecaba de exageración en algo era en la decencia de su arreglo y de sus actitudes. Tanto que sus allegados llegaron incluso a sospechar alguna inclinación mística que, según la experiencia ha comprobado, resultaba muy buen ingrediente para lograr la armonía conyugal.

Cholita Armendáriz… Cholita Armendáriz… Don Carlos tamborileaba con la punta de los dedos sobre el brazo del sillón como tratando de recordar. Hasta que por fin, se irguió con un gesto triunfante. ¡Claro que sí! ¿No era la misma que desempeñaba el papel de ángel en todas las veladas parroquiales y que, en una ocasión, en que por causa de unas anginas y para no suspender el acto, iba a ser sustituida por su hermana? Ante tal perspectiva Cholita, empujada por el celo religioso que en ella sobrepasaba al efecto fraternal, se vio en la coyuntura de revelar que su hermana era indigna de ponerse esas vestiduras, sagradas por lo que representaban, para cubrir un cuerpo que se había entregado a las más bajas pasiones. Y mencionó, con una exactitud realmente pasmosa, los nombres de los cómplices, los sitios de las consumaciones y su número, del que ella llevaba estricta cuenta. La velada parroquial no se llevó al cabo, naturalmente, pero en lugar de ella el pueblo comiteco pudo disfrutar de un sabroso escándalo. La hermana de Cholita fue desterrada a uno de los ranchos de su padre y ella añadió a los méritos de su apariencia el de poseer un implacable índice de fuego para señalar la corrupción donde quiera que se hallase, aun entre sus seres más queridos.

Don Carlos, como sus demás coterráneos, aplaudía esta cualidad pero le era preferible contemplarla desde lejos y no correr el riesgo de convertirse alguna vez en el señalado por el índice de Cholita. Porque la carne es flaca y el justo cae setenta veces diarias y nadie está libre de tentación.

La número tres, Leonila Rovelo, era rica, aristócrata, dueña de una salud espléndida…

—Por favor, don Evaristo, no continúe usted. La conozco y me parece un magnífico ejemplar de vaca suiza. Podría amamantar al pueblo entero lo que no obsta para que sea incapaz de hilvanar dos palabras juntas. ¿Sabe usted cuál fue la causa de la ruptura con un novio con el que estaba a punto de casarse, Ramiro Albores?

Don Evaristo tuvo que reconocer que no.

—Pues resulta que, ante la inminencia de la boda, los familiares de Leonila se hicieron de la vista gorda para dejar a los novios hablar a solas durante unos momentos. El lugar no podía ser más propicio: una banca del parque, rodeada de jazmineros cuyo aroma, como dicen los poetas, embalsamaba el ambiente. La marimba desgranaba sus más dulces melodías desde el kiosko y la luna rielaba con suavidad por el cielo. La ocasión es de

las que no se presentan dos veces. Ramiro, que no era poeta, halló, sin embargo, la elocuencia suficiente para hablar de su amor, de sus esperanzas, de la felicidad que lograrían juntos. Leonila lo escuchaba con arrobamiento pero, cuando le llegó su turno de contestar, empezó a hacer nudos con su pañuelo. Ramiro insistía, al principio con cortedad, luego de modo más resuelto, pero siempre con ternura. Acabó por atreverse a tomar la mano de Leonila que continuaba muda. Cuando, por fin, se decidió a hablar fue para decir: "¿Qué horas son?"

—Tendría alguna urgencia…

—No tenía ninguna urgencia y además, frente a ella, resplandecía, con todos sus números, el enorme reloj del Cabildo al que podía, en último caso, echar una ojeada. No, se trataba únicamente de decir una frase corta, usual y cuyo significado le fuera comprensible.

Don Evaristo no se arredró por la victoria del otro.

—¡Haberlo dicho antes! Lo que usted quiere es una lumbrera. Bueno, pues allí tiene a Elvira Figueroa: compone acrósticos a San Caralampio, patrón de su barrio, a quien se le deben milagros sin cuento…

—Entre los cuales no está el matrimonio de esa señorita.

—Los hombres le temen y le huyen porque no se atreven a competir con ella. Se sabe de memoria las capitales de Europa, es capaz de resolver el más intrincado crucigrama…

—Y mientras tanto se cae la casa.

—No, no me va usted a agarrar por allí. Para Elvira la economía doméstica no tiene secretos. Y en cuanto a la culinaria me bastará con decirle que las propias monjas del convento de la Merced le piden recetas y consejos cuando quieren lucirse agasajando al señor Obispo.

—Dudo que pueda ganar a doña Cástula.

—En otros terrenos es también muy primorosa. Borda, hace unos pirograbados preciosos en terciopelo y en madera, pinta acuarelas…

—Y toca el piano.

—Con un brío en que no la igualaría ningún hombre.

—Ahora me explico lo del bigote.

—Doctor, lo que acaba usted de decir es una falta de delicadeza. De una señorita no se comenta nunca ese tipo de defectos. Aunque se rasure.

—Mea culpa, don Evaristo. Prosigamos.

—Yo ya no sé de nadie más.

—¿Cómo? ¿Es posible que no se haya usted fijado en sus vecinas de enfrente?

—¿Quiénes? ¿Las Orantes?

—Sí. Salvo que esté usted ofendido por lo del bigote de la señorita Figueroa (del que me retracto y de hoy en adelante llamaré ligera sombra de bozo) no me explico que no haya usted puesto en su lista por lo menos a alguna de las tres. Porque las hay para todos los gustos.

—No para el suyo, que es bien difícil. La mayor, Blanca, es Dama del Sagrado Corazón de María, Celadora del Santísimo…

—Que yo sepa nunca ha tenido un novio.

—No, y por desgracia tampoco tiene vocación de monja. Así que tiene que conformarse con esa agua tibia que es la soltería.

—¿Y la que sigue?

—¿Yolanda? Tiene miedo de que si se acerca a la iglesia va a contagiársele el destino de su hermana. Así que no vive más que para las diversiones y le ha hecho la lucha a cuanto hombre disponible hay en Comitán. Excepto a usted, porque no es afecta a gastar su pólvora en infiernitos. A estas alturas, y después de haber recorrido a todos, el único recurso que le queda es un agente viajero. Los atrae. Pero en cuanto se enteran de la situación tratan de aprovecharla o abandonan el campo. ¡Lo que es la suerte! En cambio, la menor, Romelia, se siente la divina garza porque apenas acaba de vestirse de largo para ir a su primer baile y ya no hay día en que no le ronden el balcón dos o tres moscones ni noche en que no le lleven serenata.

—¿Es muy bonita o es muy coqueta?

—¡Yo qué voy a saber! ¿Con qué ojos quiere usted que la mire, después de que la marimba con que la agasajan sus enamorados me ha mantenido despierto toda la noche y tengo que madrugar para decir mi primera misa?

—Valdría la pena que la mirara usted padre, aunque sea con ojos soñolientos o irritados. Yo la vi una vez. Y me dio la impresión de un ser tan ávido de vivir… Pero no con esa avidez que envilece, no, sino con esa otra que exalta. Lo que se le sale a la cara no es hambre, es necesidad de plenitud.

—Ajá. Con que hemos estado jugando sucio ¿no? Y mientras yo me tomaba el trabajo de discernir espíritus usted se tenía bien guardado un as en la manga.

—Padre, yo no he hecho más que verla de lejos. Una vez. No sé nada de ella. No he querido preguntar.

—En cambio de las otras está usted bien enterado. Gracias a doña Cástula, supongo.

—Doña Cástula ya no es mi único punto de contacto con el mundo. Ahora tengo mi clientela, padre. Y usted sabe que la gente sólo puede hablar, lo que se llama hablar, con su sacerdote o con su médico.

—De modo que es la clientela. Desde hace algún tiempo he venido notando cómo se depuraba. Ya en el zaguán no hay tantos pobres… y en cambio ha habido que acondicionar una sala de recibo con sillones cómodos y floreros y revistas sobre la mesa… No, no es un reproche. Es la observación de una ley natural. El agua busca siempre su nivel.

—Me he puesto de moda entre la gente visible. Vienen a ver de cerca a un animal raro.

—¿Y usted, cómo los trata?

—Como se merecen.

—Entonces van a perseverar. ¿Se ha anotado usted algunos éxitos?

—Fulminantes. Como por ensalmo he hecho desaparecer enfermedades imaginarias. Aunque, claro, no he prometido nunca una curación definitiva. Los ricos necesitan entretenerse en algo y no es lícito arrebatarles toda esperanza.

—Humm. La táctica no es mala. Ya se ha hecho usted famoso. Un día de éstos va a acabar por venirlo a ver don Rafael Orantes, el padre de la muchacha que tanto le ha llamado la atención. Es un hombre de cierta edad y que padece achaques. Su familia se preocupa. ¿Qué va a ser de ella cuando le falte el respeto de su varón? ¿Quién va a administrar el capital que don Rafael ha hecho llevando a vender partidas de ganado a Guatemala?

—Pero tiene un hijo. Yo lo recuerdo muy bien. Fuimos compañeros de escuela. Se llamaba Rafael, igual que el padre.

—Murió hace tiempo.

—Es raro que yo no me haya enterado. Debe de haber sucedido en los años en que yo estuve fuera de Comitán.

—No. Fue casi por las mismas fechas del fallecimiento de su esposa. Unos días después.

—Ah, entonces se explica. Yo perdí la noción de todo lo que no fuera mi… mi desgracia. ¿Y de qué murió?

—Fue un accidente de cacería. Se le disparó el rifle y le destrozó la cabeza.

—Por aquellas fechas Rafael ha de haber sido joven. Bueno, tan joven como yo me consideraba a mí mismo. Unos veintiocho años, más o menos.

—Sí, más o menos.

—¿Y era soltero o casado?

—Les dio muchos dolores de cabeza a sus padres. Le gustaba la parranda, el mariposeo. Andaba picando por aquí y por allá. Pero nunca llegó a formalizar con ninguna.

Don Carlos se dio una fuerte palmada en el muslo, como de quien acaba de recordar algo.

—Sí, sí, es verdad. Estela misma me contó algo de que le había hecho la ronda.

—¿Y por qué había de ser ella la excepción?

—Pero allí parece que las cosas se complicaron un poco porque la madre de Estela se opuso a las relaciones y les prohibió terminantemente verse, escribirse… En fin se portó como si lo que se hubiera propuesto fuera casarlos.

—Nunca se habló de eso. Ni siquiera de un noviazgo.

Don Carlos cambió de tema con volubilidad.

—Así que a falta de un heredero varón, don Rafael Orantes deja tres mujeres. ¡Ay, don Evaristo, en estos casos es cuando lamento no ser musulmán!

—Irreverente, además de hipócrita. Porque usted ya le tiene echado el ojo a una. Y las otras dos bien pueden ser borradas del planeta.

Don Carlos adoptó una expresión grave para contestar.

—Recuerde, don Evaristo, que yo de Romelia no sé nada. Y que todo quiero averiguarlo gracias a usted.

Don Carlos tuvo, sin embargo (y no muy en contra de su voluntad), otra fuente de información: implacable, veraz y, que desde su nivel, percibía detalles mucho más reveladores —por nimios, por impremeditados, por intrascendentes— que esas generalidades vagas mediante las cuales don Evaristo pretendía definir la personalidad de Romelia. Esa fuente de información era doña Cástula, cuya suspicacia se había agudizado al

advertir los tejemanejes de su amo y que sentía peligrar el absolutismo de un imperio cada vez más vasto. Porque ahora, por ejemplo, unos semaneros de las fincas removían la tierra del jardín para plantar semillas nuevas y se podaban los viejos árboles y se llenaban los corredores con especies raras de orquídeas y en torno de los pilares crecían enredaderas importadas.

Que don Carlos tuviese un quebradero de cabeza discreto le habría parecido a doña Cástula no sólo muy legítimo y muy puesto en razón sino que lo contrario aparecería ante sus ojos como anormal. Pero que volviera a casarse ya lo consideraba como empresa extemporánea, arriesgada y hasta un poco ridícula. Más si se tenía en cuenta que el aire soplaba por el rumbo de la menor de las niñas Orantes, de esa familia con la que no duraban las criadas, de esa casa a la que se entraba a servir por curiosidad y de la que se salía con material suficiente como para entretener los ocios de todas las otras patronas comitecas juntas.

De lo mucho que doña Cástula oyó decir sobre Romelia sacó en limpio lo siguiente: que su nacimiento fue un milagro de la señora Santa Ana, pues sucedió cuando ya sus padres habían perdido toda esperanza de descendencia. Por eso mismo, y por la desproporción de edades que guardaba con sus hermanos mayores, se convirtió en la consentida. Pasaba de unos brazos a otros, se la disputaban para arrullarla, para divertirla, para regalarle golosinas. La unanimidad del afecto fue tan total que Romelia llegó, suave y naturalmente, a la convicción de que su existencia constituía el centro del universo. Como nadie necesitaba ser persuadido de este axioma no tuvo que recurrir a ninguna demostración: ni rabietas, ni caprichos, ni enfermedades fingidas, porque nadie olvidaba nunca quién era Romelia ni lo que valía.

Su carácter, pues, en circunstancias propicias, era apacible y aun alegre y expansivo. Se sabía donadora de felicidad y ella misma era feliz al poder proporcionársela a los otros.

De este paraíso infantil no la expulsó la disciplina del colegio (porque cada año los mayores aplazaban para el siguiente su inscripción), ni la indiferencia de ninguno de los que la rodeaban, ni la traición de alguien solicitado o por asuntos más urgentes o por efectos más exclusivos. Lo que destrozó el mundo de Romelia fue algo a lo que no pudo siquiera enfrentarse porque no era capaz tampoco de comprenderlo: la muerte.

La muerte que no sólo le arrebató a su hermano Rafael que fue, quizá, el más rendido de sus adoradores (o por lo menos el que le proporcionaba sorpresas más agradables, diversiones más variadas, paseos más audaces), sino que transformó en otros seres, profundamente extraños, impenetrables y aun hostiles, a los que antes la habían amado.

Recordaba aún, con rencor, cómo el día en que trajeron del rancho, en una parihuela cargada por cuatro indios, el cadáver de Rafael, ninguno tuvo para ella una mirada, un gesto que la protegiera de aquella visión horrible. Tampoco, mientras se hacían los preparativos del entierro, ninguno se fijó si Romelia comía o dejaba de comer. Y las noches que duró el novenario Romelia se encerraba, castañeteando los dientes de miedo, en una alcoba en la que no la acompañaba ni aun el sueño. Perdió la cuenta de las veces en que la fiebre la visitó y volvió a irse sin que una mano solícita tocara sus sienes o acercara a sus labios un remedio. ¿Para qué llorar si no había testigos a su alrededor? ¿A quién recurrir? Con los ojos agrandados por el estupor Romelia contemplaba lo que acontecía en torno suyo.

Doña Ernestina, su madre, vagaba por la casa, desgreñada, sucia, delirante. Ni la autoridad del esposo, ni los ruegos de las hijas, eran bastantes para hacerla volver en sus sentidos. Cuando accedía a quedarse en su cuarto era para invocar, a oscuras, a gritos, la presencia del hijo ausente. Y aprovechaba el menor descuido de sus vigilantes para hacer llegar hasta ella a mujeres sospechosas de brujería, a echadoras de cartas, a adivinas. Tuvo la osadía de desafiar la cólera de don Rafael y la opinión del pueblo, con tal de asistir a una sesión espiritista de la que la expulsaron por que intentó, violentamente, obligar a la médium a que, al través suyo, se materializara su hijo muerto.

Don Rafael padeció la desgracia de otra manera. Siguió atendiendo escrupulosamente sus negocios. No dejó ni de frecuentar a sus amigos ni de presidir la mesa familiar en la que ahora había dos lugares vacíos: el de Rafael y el de doña Ernestina. Pero nadie recordaba haberlo visto reír, abandonar su reserva, descuidar ese aire de atención continua sobre sus propios actos como para impedir que se le desmandaran. A solas se derrumbaba a llorar sobre los escombros de una vida cuya raíz había sido arrancada de cuajo y que no tenía el menor interés en conservar. Así no opuso la menor resistencia a las primeras insinuaciones de la enfermedad y de la decrepitud. Aunque tampoco estas nuevas circunstancias adversas

iban a modificar unos hábitos que, con tan heroico esfuerzo, había logrado mantener intactos.

En cuanto a las hermanas de Rafael, el brío de la juventud, las esperanzas en el porvenir, atemperaron su dolor. Desconcertadas por la vehemencia y la irracionalidad del dolor de su madre, sospecharon que detrás de aquel suceso que después de todo era natural y que muchos de sus conocidos sobrellevaban con resignación y sin alardes, se ocultaba un misterio que su condición de mujeres les impedía descubrir. Y no fueron capaces de imaginar nada que no tuviera una relación directa con ellas mismas.

Blanca intuyó confusamente una culpa (¿suicidio?) que la obligaba a la expiación. Yolanda resintió la vergüenza de la excentricidades de doña Ernestina como un reto al que respondía exagerando su afán de agradar. Así una se hizo devota y otra coqueta. Y ambas, para la realización de sus deseos, contaban con una herencia que, de pronto, adquiría tal magnitud que no podía caber en sus pequeños cerebros.

En cuanto a Romelia intentó, al principio, manifestar en todas las formas posibles la intensidad de su duelo para atraer sobre sí la atención errante de los otros. Tuvo desmayos públicos y melancolías privadas, pero su madre era una competidora, por lo pronto, original, y luego demasiado experta, así que tuvo que batirse en retirada. Eligió no el desenfreno sino la constancia. Mucho después de cumplido el término del luto se negaba no sólo a quitárselo sino también a aliviarlo con un bies de color. Conservaba siempre puesto un relicario en el que guardaba, bien plegado, el único papel que en su vida le escribió su hermano. Fue en ocasión del envío de los primeros duraznos que se cosechaban en la finca; y el papel decía nada más: “que te haga buen provecho”.

Pero estas ostentaciones de Romelia, que la convirtieron en una criatura legendaria para los comitecos, no lograron sacar de su ensimismamiento ni a sus padres ni a sus hermanas. Así que tuvo que dedicarse, con exasperación, a la búsqueda de un afecto que sustituyera, que compensara todos los que había perdido en la catástrofe. Se pegaba a las faldas de las criadas, de la costurera que venía a repasar la ropa de la familia, de la molendera de chocolate.

Siervas, al fin, la consecuentaban porque para algo ha de valer ser hija de patrón. Pero cada una tenía su mundo aparte y en él Romelia no iba a

hallar cabida.

Cuando Romelia entró en el colegio (porque, en un momento de lucidez, sus padres advirtieron que tenía doce años y que ignoraba hasta los rudimentos de la lectura) hizo el doloroso descubrimiento de que llamarse Romelia Orantes no significaba nada y que si su apellido era bueno había otros iguales o mejores con los que tendría que competir. Que si quería lograr la aprobación de sus maestras y la amistad de sus compañeras, necesitaba merecerlas. ¿Los medios? La aplicación en el estudio, la adquisición de la destreza en los juegos y la lealtad en las circunstancias difíciles.

El primer movimiento de Romelia fue de orgullo y de rechazo. Se negaba a aceptar las reglas, quería volver a la omnipotencia y a la impunidad de la infancia. Pero su voluntad chocó, y fue pulverizada, contra las órdenes terminantes de su padre, que la obligaron a seguir asistiendo, y con puntualidad extrema, a clases.

Humillada, Romelia trató de adaptarse a sus nuevas condiciones, aunque con bastante torpeza y escaso éxito. Logró la tibia simpatía de alguna monja, pero nunca esa predilección exclusiva y apasionada de que gozaban otras que, sin embargo, no observaban una conducta más ejemplar que la suya. Logró una o dos conversaciones con muchachas a quienes, si le hubiera sido dado elegir, habría repudiado. Y nunca una confidencia, un juramento de amistad (como los que intercambiaban las otras), nunca una invitación a continuar el trato fuera de las aulas.

Situada en un presente tan insatisfactorio, Romelia se volvió hacia el pasado para idealizar la figura de su hermano muerto, el único fiel, para rendirle un culto que su familia —sobre la cual el tiempo dejaba caer indiferencia y olvido— estaba comenzando a abandonar. El símbolo de ese culto era el relicario, siempre sobre su pecho sobre el que resplandecía, hasta en las ocasiones más frívolas, con exclusión de toda otra joya.

Y, por otra parte, Romelia proyectaba su afán de revancha para el futuro. Alguna vez, de algún modo que todavía no se le mostraba claramente, iba a recuperar su sitio de privilegio, iba a ser exaltada a cumbres inaccesibles para los demás, iba a ser proclamada, en una enorme apoteosis, como la predilecta.

El instrumento para lograr sus fines empezó a revelársele cuando despuntó en ella la pubertad: era el cuerpo. Más allá de los oscuros y

severos uniformes de la colegiala, los hombres adivinaban unas formas que prometían ser espléndidas.

Romelia, lejos de turbarse ante la avidez de las miradas, volvió a sentir en torno suyo esa atmósfera eléctrica que fue la de su infancia. Sólo que ahora sabía algo que antes ignoraba: que el poder es siempre frágil; que cualquier contingencia lo arrebata y que es preciso, mientras se le tiene entre las manos, aprovecharlo, hacer un uso inteligente de él para lograr lo esencial.

Lo esencial, para ella, era el amor. Un amor que colmara todos sus vacíos y que no exigiera reciprocidad, aunque desde luego Romelia no era tan ilusa como para no disponerse a hacer todas las concesiones necesarias a las apariencias.

Después, el rango. Porque el amor debe bajar hacia los elegidos, como baja la luz de un astro lejano y poderoso, y no subir como una nube de incienso. Romelia trocaría el apellido de Orantes sólo por otro mejor.

Fortuna. Romelia estaba acostumbrada a la seguridad que proporciona la posesión del dinero pero necesitaba evolucionar hasta el disfrute del lujo. Estaba dotada no de ese instinto grosero que lleva a preferir lo más vistoso sino de esa especie de videncia que descubre lo más caro.

Pero mientras Romelia llegaba al término final de sus ambiciones, le era preciso conformarse con triunfos menores. Como el de ser electa reina de las Fiestas Patrias y aparecer en todas las ceremonias escoltada por un chambelán que era representante nada menos que del Gobernador del Estado; como recibir diariamente el homenaje de algún admirador al que no se dignaría mostrar el menor signo de benevolencia; como constatar la envidia de sus amigas y contemplarla de cerca, y llevarla hasta la exasperación, en sus hermanas, en Yolanda.

Estos incidentes colmaban a Romelia un día, un rato. A veces, por motivos que no alcanzaba a comprender, se sentía apaciguada meses enteros. Pero lo otro, lo real, lo definitivo, tardaba en cuajar.

Pero cuando cuajó fue para sobrepasar todas sus esperanzas, aun las más desmesuradas, aun las más ambiciosas. Un hombre como don Carlos reunía, en el grado sumo de excelencia, las condiciones requeridas y agregaba a ellas un prestigio más: el de habérsele considerado inconquistable.

¡Cuántas habían pretendido seducirlo, atraerlo y se habían visto obligadas a abandonar la empresa por imposible! Y he aquí que, de pronto, una muchacha para quien don Carlos no sólo no es interesante sino que tampoco es existente, lo saca de quicio y lo obliga a buscarla, a perseguirla, a frecuentar lugares que antes desdeñaba, a adoptar actitudes que lo rebajaban ante los ojos de todos, a cortejarla, en fin, con todas las reglas del arte.

Un hombre que, como don Carlos, no había vuelto a poner los pies en la iglesia desde el día de su primer matrimonio, asistía ahora, diariamente y tempranito, a misa, sólo para ver entrar a Romelia, para contemplarla desde lejos mientras se desarrollaba el acto ritual, a seguirla a distancia en el camino de regreso a su casa.

Ella sentía la mirada fija sobre sí y la estremecía una sensación de triunfo. Alguna vez ese hombre tan fuerte, tan dueño de sí, tan entero (y a quien, sin embargo, intimidaba ella con su sola presencia) iba a atreverse, iba a acercarse, iba a hablar, iba a decirle que la amaba, iba a suplicarle que condescendiera a ser su novia, su esposa. Ella fingiría azoro, sorpresa y endulzaría el rechazo inicial y obligatorio con una afectación de modestia. ¿Cómo era posible que una persona de los méritos, de los títulos, de la experiencia (no, no mencionaría la edad, podía ofenderlo) de don Carlos hubiera venido a fijarse en una muchacha tan insignificante como Romelia? Cierto que era factible que se hubiese dejado deslumbrar por las apariencias.

¿Pero cuánto dura una cara bonita y de qué sirve si no tiene como complemento la virtud y la seriedad? Romelia que, por lo menos era franca y se mostraba sin hipocresías, debía confesar sus defectos, algunos de los cuales eran graves y otros molestos. El hombre que la requiriera tendría que aceptarla tal y como Dios la había hecho. Y como eso no era fácil se necesitaba nada menos que el amor, el verdadero amor.

Aunque esta aclaración de Romelia tuviese todos los visos de una negativa, sería formulada con tal maña que don Carlos por poco avisado que fuera, hallase en los términos finales una esperanza que lo incitara a probar que su amor era tan verdadero como se necesitaba.

Ya colocados en esta tesitura Romelia iría concediendo que, a su edad, ningún carácter está definitivamente formado y que ella, bajo una dirección hábil y unos consejos sabios, podía corregirse. Por ejemplo, a Romelia,

como a todas las muchachas jóvenes, le encantaban las fiestas y los halagos y los disfrutaba cuando los tenía al alcance de la mano. Aunque siempre, claro, dentro de los límites de la corrección y sin que nadie pudiera echarle en cara un devaneo, un desliz, una locura. Su honestidad se había templado en esas ocasiones, algunas de las cuales le mostraron formas de la tentación que no eran tan fáciles de rechazar. Pero Romelia no iba a aferrarse a estas costumbres porque bien comprendía que lo que a ella la empujaba a los paseos y reuniones no era sino lo que una mujer casada encuentra sobradamente en su hogar: la compañía, el apoyo, la protección, el amor. Teniendo esto se tiene el sosiego y la paz y el mundo de afuera carece ya de atractivo.

Porque, aunque su aspecto frívolo la desmintiera, Romelia no había soñado nunca más que con un afecto tranquilo y seguro. Desconfiaba de las pasiones, temía las aventuras, no anhelaba sino encontrar un hombre digno de que ella le dedicara su devoción y su fidelidad incondicionales. Para su desgracia, Romelia era de las de una sola palabra, una sola voluntad, un solo destino.

Esta confesión la conmovía tanto que, aun siendo imaginaria, hacía fluir las lágrimas abundantemente a sus ojos. Con un ademán convulsivo apretaba entre los dedos de su mano derecha el relicario, el símbolo de la constancia de sus afectos.

Pues Romelia intuía, por la forma en que don Carlos había padecido la viudez, que sabría apreciar mejor que ninguno el hecho que representaba la conservación del relicario. El culto a los muertos podría constituir su primer punto de aproximación y después ambos irían descubriendo asombrosas coincidencias de gustos en el presente y de anécdotas pretéritas. Romelia estaba dispuesta a dejarse instruir e iniciar en las aficiones del otro, fueran las que fueran. O a mostrar desprecio por la gente que pierde su tiempo en fruslerías, en el caso de que don Carlos fuera un hombre sin aficiones.

En cuanto al pasado Romelia había decidido respetar el de don Carlos como cosa sagrada. A no aludir jamás a él si no se le concedía una autorización previa y a hacerlo en el tono de alguien que comprende que se halla frente a una realidad que sobrepasa sus propios méritos.

Había oído decir, por ejemplo, que una de las habitaciones principales de la casa de don Carlos había sido convertida por él en una especie de museo en el que se conservaban, intactas, siempre escrupulosamente

cuidadas y limpias, las pertenencias de Estela. Pues bien, su sucesora sería la más celosa guardiana de la veneración que a ese, no, museo no, altar, se le debía. Hasta que el mismo don Carlos le rogara que no exagerase y ella, por obediencia, fuera dejando que crecieran las telarañas y se extendiera el moho y se multiplicaran los hongos. Pues nadie volvería a acordarse de aquel cuarto cerrado habiendo tantos otros abiertos y que requerían atención y cuidado. Luego los tiempos traerían complicaciones inevitables. Por ejemplo, los embarazos, los partos. Llegaría el momento en que no fuera suficiente el espacio para ella, para el recién nacido. ¿Iba a ser capaz don Carlos de oponerse a que se guardaran los objetos inútiles en un baúl y se acondicionara el cuarto como alcoba del niño? Ya después ella podría destinarlo a otros usos. Un costurero, que siempre había soñado, y de cuya decoración tenía ideas muy precisas.

Según la fama, don Carlos era melancólico y Romelia se acomodaría, al principio, a este humor. Pero, poco a poco, y considerando el bien de su marido, lucharía hasta conseguir que se formara alrededor de ambos un círculo selecto de amistades. Organizarían tertulias, excursiones al campo y tal vez, tal vez, hasta bailes.

En este círculo ¿qué cabida hallaría don Evaristo, quien por ahora era el único amigo de don Carlos? Probablemente ninguna, porque se trataría de parejas de matrimonios jóvenes y la presencia de un célibe y, más, de un sacerdote, es siempre incómoda, cohíbe a los demás y mata la alegría y la espontaneidad. Para recibir a don Evaristo se reservarían días especiales, cada vez más raros, hasta que —al unísono él y don Carlos— comprendieran que sus mundos se habían separado y procuraran evitar la agonía de esas visitas en que ningún tema de conversación prospera, ningún interés se comparte, ninguna proposición encuentra resonancia en el otro.

En cuanto a doña Cástula, de la que Romelia tenía la certidumbre de que, sintiéndose dueña y señora de la casa, estaba dispuesta a dar la batalla para no dejarse destronar por cualquier advenediza, habría que manejarla con precaución porque era necesaria y en ella quería descargar Romelia todas las pesadas rutinas de patrona y de madre. Pero la táctica consistiría en una especie de juego de estira y afloja, de concesiones generosas y negativas arbitrarias, de vigilancia estricta (para impedir que traspasara sus límites y olvidase su condición inferior) combinada con una benevolencia extrema y demostraciones de confianza absoluta.

En términos generales ésta podría ser la línea de conducta adecuada. Pero aquí, como en todo lo demás, Romelia estaba preparada para improvisar las acciones sobre la marcha, para modificar sus actitudes según las circunstancias y aun para rectificarlas por completo si ello era preciso.

Por ejemplo, en el caso del noviazgo. Sus cálculos resultaron inútiles desde el momento en que don Carlos se abstuvo de tratar el tema directamente con ella sino que, con el pretexto de que no sabría resistir una negativa, envió como emisario al padre Trejo ante los señores Orantes.

Las negociaciones, pues, se llevaron al cabo en un nivel en el que la presencia, por lo menos la presencia de Romelia, no contaba. Antes de consultar con ella sus padres pesaron los pros y los contras de tal enlace y don Rafael tomó incluso la providencia de rendir una visita a doña Clara Domínguez, la madre de Estela, para pedirle referencias acerca de quién había sido su yerno.

Doña Clara, aunque nunca había podido perdonar a don Carlos que no hubiera recurrido a ella —viuda y sola también— para que se quedara en la casa en que había asistido como enferma a su hija y la había velado como muerta, para que permaneciera definitivamente allí como ama (sino que había preferido confiarse a una sirvienta), tuvo que reconocer que, como marido, don Carlos fue intachable.

Desde el primer momento concedió a la enfermedad de Estela la importancia que tenía e hizo cuanto estaba en sus manos para curarla. No escatimó gastos y así como hizo venir a famosos especialistas de México, también permitió que dieran su parecer las curanderas más humildes. Los medios no le importaban. Lo que le importaba era la vida de Estela. Y luchó, para salvarla primero, para prolongarla después, sin dar una muestra de impaciencia o de cansancio hasta que todo fue imposible. Porque la raya que Dios pinta no la cruza nadie y Estela allí se quedó.

Alentado por estas confidencias don Rafael se inclinaba a dar su consentimiento para la boda y, más que una proposición, lo que transmitió a Romelia al través de doña Ernestina fue una orden que la muchacha acató con la docilidad que se espera de una hija modelo, papel que, en ese momento, era el único que le permitían desempeñar.

El periodo de noviazgo fue breve y don Carlos y Romelia fueron sistemáticamente impedidos de verse a solas, pues tal es la costumbre. Pero cuando, por un acuerdo tácito, los vigilantes se descuidaban un momento,

ella bajaba los ojos y se ruborizaba en espera de la frase romántica que había leído en una novela, de la mirada lánguida que lanza el modelo de tarjeta postal, de la tentativa, brutal y torpe a la que ella resistiría heroicamente, de aproximación.

Pero don Carlos parecía no advertir la oportunidad que se le presentaba y desperdiciaba esos minutos fugaces hablando de los encargos de ropa que había hecho a México, de los muebles que los carpinteros se demoraban en entregar, de la fe de bautismo que era necesario conseguir.

¿Cómo podía explicarse Romelia la conducta de su novio? No procedía así por inhabilidad, desde luego, ya que era hombre de mundo. Tampoco por falta de amor porque cuando un hombre no ama a una mujer no se casa con ella y este hombre parecía estar devorado por un ansia febril de que los acontecimientos se consumasen. Entonces procedía así por delicadeza. Nada más. Y ella debía sentirse halagada y agradecida.

El plazo se cumplió al final y la ceremonia de la boda (misa solemne, cantada por tres padres en la que el principal oficiante era don Evaristo Trejo) fue celebrada en el Templo Mayor, cuya nave resplandecía de luces y para cuyo adorno se arrasaron todos los planteles de flores de Comitán.

Al fondo, las voces del órgano y de un coro de niños atacaron la Marcha Nupcial en el momento en que entró la comitiva. Sobre la alfombra roja, del brazo de su padre, vestida de brocados antiguos y sin más joya que el famoso relicario, avanzaba —con paso deliberadamente lento para que su belleza pudiera ser observada y advertido hasta el más insignificante detalle de su atavío— la novia. Su semblante mostraba la gravedad propia del acto en que iba a comprometer su vida; el rubor, imprescindible dada la índole de ese acto, y un capullo de sonrisa en que asomaba la felicidad.

Detrás iba el novio sosteniendo a una doña Ernestina milagrosamente entera. Como si en todos los años transcurridos desde la muerte de Rafael no hubiera hecho nada más que alternar en sociedad, caminaba con desenvoltura, orgullosa de la elegancia y la discreción de su atuendo, alhajada, como siempre en las grandes ocasiones, con los diamantes heredados de los bisabuelos.

Las damas de honor eran las hermanas de la novia y no hubo manera de ponerlas de acuerdo acerca de los colores y el estilo de la ropa. Blanca eligió una tela gris oscura y un corte severo y monacal. Yolanda tuvo que ceder a los ruegos de su futuro cuñado y prescindió de la seda roja y

brillante en la que se había encaprichado, del escote excesivo y de las mangas demasiado cortas y se contentó con permanecer en un terreno neutral en que el brillo de la tela fue atenuado por una opacidad inofensiva que hacía perder intensidad a su tono hasta volverlo moderado. En cuanto al escote se disimulaba con un velo y las mangas eran casi alcanzadas por la longitud de los guantes.

La concurrencia se fijó poco en los hombres. Pero el aspecto de don Rafael era el de un anciano que se sostiene en pie a fuerza de voluntad pero a quien la vida le ha dado ya la espalda. En cuanto a don Carlos —joven aún, corpulento, cuya mandíbula habla tanto de su obstinación y su ceño tanto de su ensimismamiento— no mostraba más que la calma, la seguridad, el dominio de sí mismo de quien ha atravesado por duras pruebas y ha salido, gracias a su coraje, bien librado y llega, por fin, a un puerto seguro.

Cuando los protagonistas se arrodillaron en sus reclinatorios, la música inundó los ámbitos de la iglesia con los acordes del Ave María de Gounod. En el momento del Evangelio se hizo un silencio general y, de pie, la concurrencia escuchó las palabras con que el sacerdote iba a declarar a la pareja marido y mujer.

Don Evaristo habló con fluidez, con entusiasmo, de la perfección del matrimonio cristiano —imagen terrestre de la unión mística de la Iglesia y Cristo—, de los deberes que el nuevo estado imponía a los cónyuges y de su obligación de formar una familia cuyos sólidos fundamentos fueran la fe y la observancia de los mandamientos divinos.

Con los ojos bajos Romelia se las ingeniaba para dar rápidos vistazos a su alrededor. Sí, en las bancas más próximas estaban sus amigas a las que mañana (y quizá siempre) les seguirían diciendo señoritas. Las que no iban a ser iniciadas, como ella esta noche, en los misterios de la vida. Las que no asistirían a los paseos, a las reuniones, a los entierros, sostenidas por el brazo fuerte de un hombre. Las que no se escudarían en la figura del marido para evitarse las molestias de las pequeñas decisiones y las responsabilidades de las decisiones importantes; las que no usarían el nombre del marido para negar un favor y rechazar una hospitalidad; las que no estarían respaldadas por el crédito del marido para contraer una deuda; las que no podrían invocar la autoridad del marido para despedir a una criada o castigar a un hijo.

De hoy en adelante Romelia ingresaría en el gremio de las mujeres que nunca dicen “yo quiero” o “yo no quiero” sino que siempre dan un rodeo, alrededor de un hombre, para llegar al fin de sus propósitos. Y ese rodeo se ciñe a una frase: el señor dispone… el señor prefiere… el señor ordena… no hay que contrariar al señor… ante todo es preciso complacer al señor… necesito consultar antes con el señor… El señor que la exaltaría al rango de señora ante los ojos de todos y que, en la intimidad, le daría una imagen exacta del cuerpo que, al fin, habría alcanzado la plenitud de saber, de sentir, de realizar las funciones para las que había sido creado.

Los músicos prorrumpieron en un Gloria al que pronto se incorporaron los mil sonidos dispersos de una multitud que se apresta a disgregarse. Que se atropella un poco y sonríe y se cede mutuamente el paso, que hierve de impaciencia por comentar los sucesos y que inicia frases breves y entrecortadas en voz baja, que disimula sonrisas bajo pañuelos perfumados, que deja que la burla, el despecho, la envidia, asomen a sus ojos y que cuando piensa en la suerte de los recién casados alza los hombros con escepticismo. Un escepticismo infundado aparentemente porque todo favorece esta alianza: el amor, la juventud, la riqueza. Y sin embargo…

La recepción se efectuó en la noche y en la casa de los padres de la novia. El único incidente digno de mención (aparte, naturalmente, de la abundancia y la exquisitez de las viandas, de la profusión de los vinos, de las atenciones que colmaban a los invitados) fue el hecho de que en el momento en que los novios posaban para la fotografía tradicional, una mariposa negra entró volando por una ventana abierta y fue a posarse sobre la cola del vestido nupcial. Antes de que nadie tuviera tiempo de ahuyentarla ya había corrido un rumor entre la concurrencia:

—¡Es el alma de Estela!

Romelia palideció de humillación, de cólera, de miedo, y los movimientos de su pecho se aceleraron hasta el punto de que el relicario se desplazó ligeramente del centro al lado contrario al del corazón. La novia volvió unos ojos suplicantes hacia el hombre que estaba al lado suyo (era ya su marido, tenía el deber de protegerla) para que la rescatara de esta situación equívoca y le diera el lugar que iba a corresponderle ante, los ojos de todos. Y don Carlos, con un movimiento rápido y decidido, hizo que la mariposa se alejara de allí y los demás, imitando su ejemplo, acabaron por arrojarla de la habitación.

Romelia suspiró, aliviada, y entrecerró los párpados para que los demás no sorprendieran en sus ojos esa fulguración de triunfo que los deslumbraría. Hasta entonces no había estado segura de cuál era el sitio que ocupaba en los sentimientos de don Carlos. Su vanidad le volvía insoportable la idea de no ser más que un plato de segunda mesa, aunque el sentido común le asegurase que Estela detentaría, por lo menos durante los inicios de su matrimonio, la primacía. Pero ahora supo que pisaba tierra conquistada. Que su rival no tenía más consistencia que la de un fantasma.

Este descubrimiento fue la culminación de un día en el que confluyeron, en un instante privilegiado, milagroso, irrepetible, la infancia edénica y el presente total. El instante de la realización de un sueño que no era sólo de felicidad sino también de restitución y de justicia y que constituía tanto la entrada a la ancha senda de la madurez cuanto el retorno a la raíz y el origen más remotos.

A pesar de todo, cuando Romelia se despidió de su familia para seguir a su esposo, lo hizo llorando. Y se aferraba a su madre y los varones —el que había velado sobre su soltería, el que iba a ampararla hasta la muerte— hubieron de presionarla con ternura para que deshiciera ese abrazo que la costumbre prescribe y sin el cual los padres se considerarían ofendidos por la ingratitud y la facilidad con que la hija los abandona y el marido desconfiaría del liviano carácter de la mujer en cuyas manos ha depositado ya su honor.

Mientras tanto, en la casa de don Carlos, todo estaba a punto para recibirlo junto a su nueva esposa. Las pertenencias de la novia (enviadas con anticipación) habían sido acomodadas ya en armarios, cómodas, tocadores, joyeros. Su camisón de bodas se extendía sobre el lecho y las tenues lámparas no eran más que un preludio de la oscuridad.

Después de hacer estos preparativos —y de colocar sobre la mesa del comedor una cena fría y unas botellas de champaña sin descorchar— doña Cástula se retiró, discreta y ofendida, a su dormitorio que ahora estaba hasta el fondo de la casa.

Romelia atravesó el umbral sostenida delicadamente por don Carlos. Él, por cortesía, le preguntó si deseaba conocer lo que desde ese momento iba a pertenecerle para siempre. Mas ella, para demostrar su desinterés, arguyó que estaba rendida con el ajetreo y las emociones del día. Don Carlos se reprochó en voz alta el no haber comprendido un hecho tan elemental y la

condujo directamente a la alcoba. Allí, después de señalarle el sitio en que podía encontrar los objetos que le fueran necesarios, la dejó a solas para que procediese con entera libertad.

Romelia curioseó un poco, ponderó el valor de las cosas y luego, de prisa y diestramente, fue despojándose del vestido de novia y de todos sus aditamentos. Antes de ponerse el camisón se contempló, un instante, en el espejo. Su desnudez la hizo sonreír aprobatoriamente. Vaciló acerca de cuál de las dos orillas de la cama era la que le correspondía y se decidió por la que estaba más próxima al tocador. Se acomodó, dispuso graciosamente su pelo suelto sobre la almohada y aguardó a que llegase don Carlos. No se hizo esperar y, con el mismo movimiento con que se inclinó sobre ella para besarla, apagó la luz.

Romelia despertó al escuchar cómo alguien descorría bruscamente las cortinas de las ventanas. Apretó los párpados para defender sus ojos de la intrusión violenta de la luz matinal y masculló una protesta.

Durante unos momentos permaneció como aturdida, sin acertar a ubicarse ni a reconocer el sitio en que se hallaba. La voz de doña Cástula —respetuosa pero no servil— la hizo darse cuenta, de golpe, de su situación. Instintivamente se cubrió con las sábanas, gesto inútil pues el ama de llaves no se había dignado contemplarla sino que se entretenía en otros menesteres más útiles. Después de depositar la bandeja del desayuno cerca de Romelia se dirigió a un armario y mientras lo abría preguntaba qué ropa iba a ponerse la señora.

Romelia, azorada por este despertar tan diferente al que se había prometido junto a un hombre enamorado, tierno y solícito; insatisfecha consigo misma por haber dado a la familia a la que acababa de ingresar una primera impresión de pereza e irresponsabilidad (o por lo menos de ignorancia o de falta de respeto a los hábitos de la casa) contestó a una pregunta con otra.

—¿Hace mucho que se levantó el señor?

—A las seis, como siempre. Salió a pasear a caballo.

—¿Y a qué hora regresa?

Doña Cástula alzó los hombros para indicar que no lo sabía.

—Porque podría yo esperarlo para que nos desayunáramos juntos.

—Como usted disponga, señora. Pero antes de irse, don Carlos me recomendó que yo le avisara que quería encontrarla arreglada como para

salir porque iban a hacer una visita.

—¿Una visita?

Romelia empezó a sentirse alarmada. Esperaba encontrar en su marido rarezas y excentricidades. Pero no una ni tan inmediata ni tan humillante. Y a estas horas, mientras ella dormía, el pueblo entero estaba al tanto de que lo hacía a solas, mientras su marido cabalgaba para demostrar a todos que lo ocurrido la noche anterior no fue ni agotador ni digno de continuarse durante la mañana siguiente. ¡Con qué lástima comentarían que la pobre Romelia no había sido capaz de retenerlo a su lado ni siquiera por la novedad!

Cierto que sus caricias habían sido torpes. ¿Pero no es la torpeza condición de las vírgenes? Cualquiera otra actitud, que no fuese de resistencia o de temor, cualquier rendición que no pareciera forzada, habría despertado en el esposo dudas sobre la pureza de la mujer, sospechas acerca de la autenticidad de su inocencia. Pero Romelia creía haber encontrado el justo medio en que quedara a salvo su prestigio y pudiera dar satisfacción a su esposo. Sin embargo, ahora ya no sabía qué pensar. Por una parte don Carlos era muy inexpresivo; por otra, ella estaba tan concentrada en sí misma, en su miedo, en los gestos rituales que debía cumplir, que no pudo observarlo, ni siquiera verlo. Eran, en esos momentos, dos personajes representando sus papeles respectivos. Para ella don Carlos no significaba más que el antagonista, el juez, el dueño, el macho. Pero no tenía rostro y no le oyó la voz.

¿Era posible, entonces, que —por ofenderla— la hubiese abandonado de madrugada para exhibirse solo por las calles de Comitán, como cuando era soltero? Y ahora quería clavar a fondo el estoque obligándola a acompañarlo a una visita.

Porque una visita significaba mostrar al público su andar trabajoso de virgen recién desflorada, sus ojeras de fatiga, la dificultad y el malestar con que asumía su nueva condición, todo lo cual se prestaría a bromas procaces. Por eso en Comitán era costumbre que los recién casados se encerraran durante los primeros días, hasta que la gente se acostumbrase a pensar en ellos como en una pareja más, hasta que ellos mismos adquiriesen el hábito de estar juntos y de proceder con la misma naturalidad de quienes han convivido largos años.

¿Pero qué sabía don Carlos de tales delicadezas? Lágrimas de despecho arrasaron los ojos de Romelia, quien tenía que esforzarse por disimular su contrariedad ante una doña Cástula imperturbable y que todavía aguardaba su respuesta.

—¿Qué vestido le preparo, señora?

Asegurando su voz para que no temblara Romelia apuró el cáliz de su humillación hasta las heces.

—¿No le explicó el señor qué clase de visita era? ¿De cumplido, con la gente decente, o con sus amigos de las orilladas?

Había ironía y desprecio en la pregunta para que la criada supiera que su nueva patrona era orgullosa y que si se sometía a prestar obediencia al marido, sería la última vez que iba a soportar que las órdenes le fueran transmitidas por personas inferiores.

—No lo sé, señora. Don Carlos no me dijo nada.

—Entonces saque ese vestido de piqué blanco.

Doña Cástula no hizo ningún movimiento por lo que Romelia tuvo que añadir.

—El día está fresco y como no es lujoso puede servir lo mismo para…

—Es blanco, señora.

Hasta entonces advirtió Romelia lo inapropiado de su elección. Efectivamente, ése era el detalle que faltaba para que los comitecos guisaran un buen chisme a costa de la virilidad de don Carlos. Impaciente, concedió:

—El que sea, entonces. Me da igual.

Doña Cástula insistía con la calma del que tiene razón.

—Pero hay que escoger. Y la que escoge es siempre la señora, no la sirvienta.

—Gracias por la lección, Cástula. Ya tendré oportunidad de corresponderle. Voy a ponerme entonces ese vestido de crespón color durazno. Le mandé a hacer un cuello especial para que pueda lucir bien mi relicario.

Con el gesto maquinal, repetido mil y mil veces desde la infancia, Romelia se llevó la mano al pecho e inmediatamente gritó:

—¡Mi relicario! ¿Dónde está?

Era una acusación de robo, una pequeña venganza contra quien había presenciado el ridículo en que chapoteaba Romelia, sus desaciertos, su

inseguridad. Pero doña Cástula pasó por alto la alusión.

—Está allí sobre el tocador, señora. ¿No es éste?

Puso el relicario en manos de Romelia quien tuvo que reconocer que su alarma, por infundada, había sido un error más. Y mientras volvía a colgárselo alrededor de la garganta se esforzaba por recordar en qué momento se había despojado de él. Cierto que la noche anterior estaba demasiado aturdida y nerviosa, quizá hasta marcada por los brindis. De todos modos ¿qué importancia tenía haberse quitado el relicario si ahora estaba de nuevo en su sitio y si resaltaba favorablemente sobre el cuello del vestido color durazno?

Cuando llegó don Carlos no tuvo motivo de contrariedad. Su esposa había seguido al pie de la letra sus indicaciones y estaba ya lista para salir con él. Además había logrado serenarse, olvidar su disgusto, disimular su curiosidad y recibirlo con una sonrisa y sin ninguna pregunta.

Don Carlos se acercó a ella y le besó ceremoniosamente la mano.

—¿Descansó usted bien?

No se tuteaban aún. Romelia hizo un signo afirmativo. Quiso justificarse.

—Debo de haber estado rendida porque no desperté sino hasta que doña Cástula entró a darme sus recados.

—Entonces ¿podemos irnos ya?

—Sí.

La perfecta casada echa a andar tras el marido sin saber adónde. Ayer mismo —¿a estas horas?— juró seguirlo, hasta el fin del mundo si era preciso. No la asiste ningún derecho para inquirir el rumbo o para mostrar su desacuerdo. Mas don Carlos es un hombre civilizado que no abusa de su poder y condesciende a revelar sus propósitos.

—Vamos a casa de sus padres.

A Romelia se le iluminó de alegría el rostro. Pero no quiso añadir ningún signo más a éste que había brotado espontánea e irrefrenablemente. El afecto a los suyos debía haber cedido ya su lugar a sus nuevas obligaciones de esposa.

En la casa de los Orantes los recién casados fueron recibidos con una vaga aprensión que cubrieron bajo un despliegue exagerado de amabilidad y demostraciones de júbilo.

Como aún no había tiempo de borrar las huellas de la fiesta y la sala estaba siendo sometida a limpieza y orden por un ejército de criadas, las visitas fueron recibidas en el costurero. ¿No eran acaso de confianza? Vaya, algo más. Eran de la familia.

Se les ofrecieron refrescos, dulces, una copita. Don Carlos rechazó cada oferta con cortesía pero con una firmeza inapelable y Romelia no se atrevió a discrepar de su marido, que ahora decía:

—No vale la pena que se molesten. Yo no estaré aquí más que unos cuantos minutos, los suficientes para comunicarles —a usted, don Rafael, y a usted, doña Ernestina— un asunto de suma importancia.

Los aludidos se miraron entre sí, inquietos. Blanca y Yolanda se pusieron de pie para retirarse. Romelia palideció.

—¿Debo irme yo también?

—No. Porque el asunto le concierne a usted tanto como a nosotros.

Cuando quedaron solos el silencio adquirió una densidad y una longitud angustiosas. Ninguno sabía cómo romperlo. Por fin, don Rafael, comprendiendo que, por su edad y por su condición de padre le correspondía la iniciativa, carraspeó y dijo:

—Bien, don Carlos, estamos dispuestos a escuchar.

—Lo que tengo que decirles, le suplico que me lo crean bajo mi palabra de honor, es más penoso para mí que para ninguno. Pero no hay otra alternativa. He venido a depositar a esta casa a una mujer que no es digna de vivir en la mía.

Romelia abrió desmesuradamente los ojos, incrédula, incapaz de entender el sentido de las palabras de este hombre. Don Rafael apretó las mandíbulas y doña Ernestina se aseguró una horquilla del moño.

—¿Se da usted cuenta de la gravedad de lo que sostiene, don Carlos?

—Le juro que es tan grave para mí como para ustedes. El paso que doy significa la deshonra de todos.

Romelia se irguió: sus ojos llameaban; sus mejillas estaban arrebatadas de cólera.

—Deshonra ¿por qué?

Don Carlos miró a Romelia con ojos impasibles y su acento, al dirigirse a ella, era casi benevolente.

—No me obligue usted a entrar en detalles que si para mí, como médico, son fáciles de expresar, como marido burlado son dolorosos de

reconocer. Y si conserva usted algún rasgo de pudor, señora, no someta a sus padres a la vergüenza de oír, con las palabras más crudas y desagradables, cómo la confianza que depositaron en su honestidad fue traicionada.

Las últimas frases casi se perdieron entre las estrepitosas carcajadas de doña Ernestina. Por eso Romelia tuvo que gritar.

—¿Cómo, a qué horas, con quién pude yo cometer semejante pecado? Me vigilaron siempre, ningún hombre se me acercó nunca y no estuve a solas con nadie antes que con usted.

—A mí no me interesa cómo, cuándo ni con quién. El hecho es que yo ya no la encontré virgen.

—¡Mentira! Papá, dile que se calle, está mintiendo. Yo tengo pruebas.

Don Carlos replicó antes de que don Rafael pudiera intervenir.

—¿Cuáles?

La voz de Romelia había desfallecido. Le costaba trabajo pronunciar esa palabra por la que siempre había sentido repugnancia.

—La sangre… la sábana quedó manchada de sangre. Papá, vas a verla, yo te la voy a enseñar.

Doña Ernestina había enmudecido, había recompuesto su expresión y ahora contemplaba la escena desde tal distancia que no podía advertirse en ella ningún signo de profundo interés.

—Don Rafael, yo no soy tan ingenuo como para venir a pedirle que se fíe solamente de mi palabra. A fin de cuentas yo no soy más que un extraño y Romelia es su hija. Pero estoy dispuesto a repetir lo que he dicho y a demostrarlo en el terreno en que usted me lo exija.

—¿Es un reto a duelo, Rafael? —preguntó con una curiosidad más bien dictada por los buenos modales doña Ernestina.

Sin dirigirse a nadie en particular don Rafael admitió:

—Don Carlos ha dado su palabra de honor, y es un hombre de honor. Tengo la obligación de creerle.

—¿Y a mí? —interrumpió apasionadamente Romelia—. ¿No vas siquiera a tomarte el trabajo de ir y ver esas sábanas?

Don Rafael hizo un signo negativo.

Romelia se había arrodillado ante su padre y, con la cabeza apretada contra su pecho, repetía:

—Recuerda, papá, cómo hemos vivido, cómo nos han criado. Encerradas siempre, cuidadas siempre…

Don Rafael volvió los ojos y los fijó en su esposa con una fría mirada inculpatoria. Pero ella no lo advirtió. Estaba distraída analizando la trama del encaje de su pañuelo.

—¡Dime con quién, papá, con quién pude haber cometido esa culpa de que ahora me acusan!

Mientras don Rafael vacilaba entre la compasión al desvalimiento de su hija y la observación al código de honor que lo solidarizaba como hombre, con don Carlos, se abrió silenciosamente la puerta del costurero y en el umbral se vio la figura, un momento inmóvil, de Blanca y de Yolanda.

Era evidente que ambas habían escuchado la conversación. Blanca se adelantó. Temblaba violentamente y, aunque hacía esfuerzos por hablar, de su garganta no salían más que sonidos confusos y estrangulados. Pero sus movimientos eran seguros, fuertes, precisos. Fue directamente hasta donde seguía arrodillada Romelia y, de un solo empujón, la apartó de su padre y la hizo rodar por el suelo. Jadeante, después de este acto, pudo al fin pronunciar algunas frases.

—¡La cínica se atreve a preguntar con quién! ¿Ya no te acuerdas de tu propio hermano, de Rafael? ¿Ya olvidaste que dormían juntos en la misma cama? ¿O crees que todos estábamos ciegos y sordos en esta casa para no darnos cuenta de lo que sucedía?

—¡Por Dios, Blanca, estás loca! Cuando Rafael murió Romelia era una criatura.

—Sí, una criatura a la que había mancillado. Yo los acechaba a todas horas para sorprenderlos… Yo no podía dormir, pensando, sintiendo remordimientos de pensar… Y luego tenía que acusarme ante mi confesor y cumplir con la penitencia que me mandaba y volver a caer en la tentación, porque ellos no me dejaban descansar nunca.

Romelia se había puesto en pie y se enfrentaba a su hermana.

—¡Celosa! No le perdonaste nunca su predilección por mí y ahora te vengas ensuciando la memoria de quien ya no puede defenderse. ¿Por qué, si tenías algo más que una sospecha, una certidumbre, no nos denunciaste? Porque preferías tus delirios inmundos a la verdad.

—La verdad está aquí. Ahora. Y la dice un hombre para que nadie desconfíe de su testimonio.

—No, no, don Carlos, por favor, no lo crea. Yo también fui testigo y los dos eran inocentes. Rafael ya ha sido juzgado por Dios, pero Romelia… Tenga usted compasión, piense en lo que va a ser su vida aquí, con nosotros. Cerca de Blanca que la martirizará, día y noche, repitiendo las mismas palabras. Cerca de mí, que no podré perdonarle nunca que, por su culpa, ningún hombre volverá a mirarme sin malicia y sin desprecio. ¡Y yo no me casaré ni tendré hijos ni podré salir de este infierno ya nunca porque soy la hermana de una prostituta!

Don Rafael asió violentamente el brazo de Yolanda y le ordenó:

—¡Calla!

Mientras tanto Blanca había vuelto a la superficie, después de una profunda meditación, dueña de un descubrimiento:

—Yo no podía entender por qué se había matado. Pero ahora lo sé, estoy segura: Rafael se mató de vergüenza, de remordimiento. ¡Como si él hubiera sido el único culpable!

Doña Ernestina sonrió y tomó la mano de Blanca entre las suyas y con la paciencia con que se explican las cosas más obvias a un niño o a un imbécil, le dijo:

—Pero si Rafael no se mató, criatura. Todos sabemos que fue una desgracia. ¿Cómo iba a causarnos voluntariamente una pena así? ¡Era tan bueno! ¿No cree usted don Carlos?

En vez de responder, don Carlos se dispuso a irse.

—Señora, yo no sólo no tengo derecho a opinar sino que ni siquiera deseo oír estas discusiones.

—Estos disparates, puntualizó con inesperada energía, don Rafael. ¡Basta ya! Hijas, su madre no se siente bien. Es necesario que la acompañen hasta su cuarto y que la atiendan.

—¿Yo también, papá? —quiso saber, con un último vestigio de esperanza, Romelia.

—Tú también. Lo que don Carlos y yo vamos a tratar es asunto de hombres.

Cuando las mujeres se hubieron marchado don Carlos quiso adelantarse a aclarar que no había ningún asunto pendiente excepto el que concernía a las pertenencias de Romelia y que serían devueltas con el mayor escrúpulo y la mayor prontitud posible. Pero don Rafael insistió y don Carlos no pudo

soportar el espectáculo de alguien cuya única fuerza persuasiva era la ancianidad y volvió a sentarse.

—No tema usted, don Carlos. No voy a pedirle nada que vaya contra su dignidad puesto que yo estimo demasiado la mía y quiero ponerla por encima de todo este desastre. Ellas, ya lo ha visto usted, ruegan, juran que son inocentes, son capaces de recurrir a cualquier medio con tal de no arrostrar las consecuencias de sus actos. ¿Qué otra cosa puede esperarse de las mujeres cuya naturaleza es débil, hipócrita y cobarde? Pero mientras en esta casa haya un hombre ese hombre dará la cara por ellas para pagar lo que sea necesario. Yo, personalmente, asumo la entera responsabilidad de los hechos. Sin conocimiento mío y, mucho menos con mi anuencia, eso sí puedo asegurárselo, ha sido sorprendida su buena fe y se le ha causado un daño moral irreparable. Sin embargo estoy dispuesto a hacer lo que usted considere preciso para darle la satisfacción pública que usted exija.

Don Carlos, al tiempo que se ponía de pie, extendió la mano para estrechar la del viejo.

—Si el otro hombre hubiera sido tan íntegro como usted, esta desgracia se habría evitado.

Y girando sobre sus talones, don Carlos se marchó.

A la hora de la siesta, cuando las patronas se adormilan en la hamaca, mientras una criadita joven (demasiado joven para desempeñar ningún otro quehacer más rudo o más delicado) le soba las plantas de los pies o le cepilla el cabello; cuando la colegiala da vueltas alrededor de sus cuadernos, sin decidirse a comenzar la tarea; cuando el adolescente solitario busca, debajo del colchón, el libro pornográfico y se encierra con llave para no ser sorprendido leyéndolo; cuando la bordadora queda, un instante, con la aguja en suspenso y oye los pasos de afuera y aguarda, con el corazón palpitante, que el esperado llegue hasta su soledad; cuando las siervas de cocina se chancean entre estrépito de vajilla a medio lavar; cuando el sastre, apoyado en el metro de madera como en un bastón, se para a media banqueta, frente a su taller; cuando el comerciante destranca las puertas de su tienda para disponerse a atender a una clientela que no se da prisa en venir; cuando la vendedora de dulces concede una tregua a su lucha contra las moscas; cuando el hambre que nace del ocio pide su presa para devorarla, fueron transportados los enseres de Romelia Orantes de la casa del doctor Román a la de sus padres.

La procesión de mozos que cargaban baúles de ropa, cajones llenos de objetos cuyo uso era materia de conjeturas, estuches de joyas y fruslerías, fue presenciada por el pueblo entero.

La que, por discreción, no abrió sus ventanas, descorrió sus visillos y el que no suspendió el juego de billar, dejó el retazo de tela a medio medir sobre el mostrador, para estar presente en un espectáculo tan inusitado.

Los rumores se elevaron casi inmediatamente al nivel del comentario que se hace en voz alta, de balcón a balcón, de banqueta a banqueta y las preguntas a los cargadores fueron directas aunque las respuestas parecieron insuficientes. Entonces las personas de más viso comenzaron a elaborar hipótesis, atrevidas, insolentes, lastimosas, pero siempre cómicas. El ridículo irradiaba como una aureola en torno de las figuras de los protagonistas del suceso. ¿Quién era Carlos Román? ¿Un novio engañado? ¿Un marido impotente? ¿Y Romelia? ¿Una mujer liviana? ¿Una víctima? ¿Y los Orantes? ¿Pretendieron hacer pasar gato por liebre al yerno o la nuez, tan vistosa por fuera, les salió vana? Hubo quien jurara y perjurara que el intríngulis estaba en la dote, una dote que, ya consumado el matrimonio, don Rafael se negó a hacer efectiva. Y no faltó quien asegurara que el espíritu de la difunta Estela se les había aparecido a los recién casados y los persiguió toda la noche haciéndolos casi enloquecer de terror. Y únicamente lograron conjurar el fantasma prometiéndole que se separarían para siempre.

El oleaje de palabras crecía, se transformaba, se mezclaba con antiguas leyendas y llegó hasta el retiro de don Evaristo Trejo quien, al principio, se negó a dar crédito a sus oídos y luego, ante la evidencia que le mostraron sus ojos, no tuvo más remedio que acudir, presurosamente, a casa de su amigo, don Carlos.

Doña Cástula lo vio llegar como agua de mayo. Había pasado la mañana entera empacando lo que apenas ayer había acabado de acomodar en los muebles. Su posición en la casa le impedía hacer ninguna pregunta cuando se le dictaba una orden pero como no se explicaba lo acontecido sino por una causa muy grave, temía por la salud y aun por la vida de su amo. Porque, desde su regreso de la casa de los Orantes, y después de haber dictado las disposiciones para que las cosas de Romelia le fueran devueltas, se había encerrado en su estudio, había prohibido la entrada a todos y se negaba a probar bocado.

—Las prohibiciones no rezan conmigo —afirmó don Evaristo y, absolviendo de antemano a doña Cástula del pecado de desobediencia en que iba a incurrir, se dirigió a la habitación a la que suponía que no podría penetrar más que forzando las puertas. Pero a su primer llamado le contestó la voz tranquila, inalterada de don Carlos.

—Adelante.

El recién llegado lo observó sin hallar en su aspecto ningún signo que produjera alarma. Así que fue a acomodarse en el sillón de costumbre mientras don Carlos echaba llave a la puerta. Mientras lo hacía, dijo:

—Lo esperaba, padre. Ya comenzaba a preocuparme su tardanza.

—Apenas acabo de saber… ¿Qué es esto monstruoso que me cuentan? ¿Que Romelia ya no está aquí? ¿Que ha vuelto a casa de sus padres?

—Sí. Yo mismo la he llevado esta mañana.

—Y lo dice usted como si la hubiera llevado a dar un paseo. Todavía ignoro los motivos. Pero sea de quien sea la culpa, entre los dos han violado un juramento hecho apenas ayer ¿se da usted cuenta? ayer, ante Dios.

—Y usted había salido fiador nuestro.

—Oh, qué importa eso.

—Lo que importa es que para que nos hayamos visto obligados a cometer tal… ¿se dice sacrilegio? debe usted considerar que hubo causas poderosísimas, obstáculos insalvables.

—Claro, la soberbia y el orgullo de los hombres se estrellan ante la primera insignificancia.

—¿Es una insignificancia descubrir que la esposa ha hecho uso ya de su cuerpo antes del matrimonio?

—No. Pero nada, ni aun eso, lo autoriza a usted a haber faltado de tal modo a la caridad. Y no me suponga usted tan estúpido como para creerlo inclinado a ser caritativo con ella, sino con usted mismo. ¡Qué buen pasto de escándalo ha proporcionado usted al pueblo! Y no sólo a costa de esa pobre mujer, cuya vida ha quedado deshecha, sino también a costa suya. Todo lo que a usted concierne, hasta sus atributos de varón, ha sido puesto en entredicho por los murmuradores. Pero eso lo tiene sin cuidado. No se tentó usted el alma para tomar semejante decisión ¿verdad?

Don Carlos había escuchado la exaltada alocución de don Evaristo con un gesto de paciencia y cuando respondió fue como si reprochara.

—Creí que me conocía usted mejor, padre, como para no suponerme capaz de obrar irreflexivamente, arrastrado por mis impulsos hasta el grado de atropellarme a mí mismo. No. Yo calculo, yo pienso, yo puedo esperar todo el tiempo que sea necesario. Lo que ha pasado ahora no es más que el desenlace de una historia muy larga, tan larga que no sé si tendrá usted la paciencia o el deseo de escucharla.

—¡Por Dios!

—De todos modos, como no quiero abusar del amigo, recurro al sacerdote. Voy a confesarme con usted, padre.

—¿Confesarse? Cuando se lo pedí para la boda se negó usted.

—Entonces todavía no era oportuno. Ahora sí.

Don Evaristo miró a su interlocutor, por primera vez, con desconfianza. Recelaba una burla, acaso una profanación. Don Carlos sonrió, comprendiendo los escrúpulos del otro.

—No tiene usted derecho a negarme lo que le da a cualquier beata, sólo porque lo que en ella no es más que un hábito mecánico que ha perdido ya su significación, en mí es un acto libre y espontáneo de mi voluntad.

Don Evaristo se puso la estola, que llevaba siempre consigo y, con la cabeza entre las manos, murmuró las oraciones introductorias que el penitente, a quien había ordenado que se arrodillase frente a él, no pudo seguir. Por fin alzó la cara y demandó:

—Di tus pecados. Sin omitir nada. Sin atenuar nada. Quiero, en nombre del único que puede absolverte, la verdad.

Pero en vez de obedecer don Carlos insistió hasta estar seguro.

—¿Lo que yo diga ahora cae bajo lo que ustedes llaman el secreto de confesión? ¿Ese secreto inviolable que los sacerdotes están obligados a guardar aun a costa de su propia vida?

—Sí.

Don Carlos se puso de pie, respiró, aliviado, y el tono de su voz y su actitud cambiaron. Ya no se preocupaba más ni de fingir una reverencia que no sentía ni de mantener una reserva que no necesitaba. Paseándose, de un lado a otro de la habitación, comenzó a hablar.

—No, usted no se imagina, ¿cómo va a imaginárselo si no se ha enamorado nunca, lo que se dice enamorarse hasta los tuétanos? el ansia con que se espera el momento en que el ser que amamos va a entregársenos y a pertenecernos para siempre. Le juro que cuando abrí la puerta de la casa

para dejar que entrara la que ya era mi mujer, estaba yo temblando. De alegría, de miedo. Porque estar a solas por primera vez con el ser que se ama no es fácil. Hay, al mismo tiempo, un deseo de posesión y una necesidad de venerar que empuja y que paraliza…

—Ahórrese esas retóricas —interrumpió con sequedad don Evaristo— que me las tengo bien sabidas en mis lecturas de los místicos.

—Bien. Cuando entramos, ella me pidió que la disculpara un momento. Debía cambiarse de ropa, peinarse, hacer alguna de esas cosas con que las mujeres gustan de recordarnos que lo sublime no es su tesitura y que, para amarlas, tal como son y como quieren ser amadas, no nos queda más remedio que rebajarnos a su nivel.

—De nuevo nos perdemos en divagaciones.

—Tiene usted razón. El caso es que ella fue adonde dijo que iba, si es que, después de todo, puedo creer en alguna de sus palabras, y yo decidí esperarla aquí, donde nos encontramos ahora: en el estudio. Mi disposición de ánimo era muy peculiar. Estaba nervioso, impaciente, no acertaba a acomodarme, cuando entró doña Cástula con un paquete en la mano. Dijo que acababa de dárselo un desconocido y que le había recomendado muy encarecidamente que me lo entregara de inmediato. Que se trataba de un regalo y que lo único que valía de él, además de la intención, era la oportunidad con que llegara a mis manos. Quedé solo con el paquete y, como mi mujer tardaba, de un modo mecánico, inconsciente casi, comencé a abrirlo. Eran unas cartas. Estas cartas. Léalas usted.

Mientras don Carlos pronunciaba las últimas frases había ido hasta el escritorio, abierto la llave del único cajón que siempre mantenía cerrado y extraído un fajo de papeles, amarillentos, manoseados mil veces, con la tinta palidecida por los años. Pero aún, sobre la superficie, podían distinguirse bien las palabras. La letra era regular, clara, impersonal, obviamente aprendida y ejercitada siguiendo los modelos caligráficos de un convento. La ortografía era caprichosa y el estilo sencillo y directo, ingenuo y apasionado.

No encabezaba las cartas nombre alguno sino apodos cariñosos en que se mezclaba un poco la burla y un mucho la ternura. Y luego iban desplegándose esos párrafos largos en que los enamorados hacen protestas de su constancia y ponderaciones de la intensidad de sus sentimientos;

donde claman celos, lamentan ausencias, satisfacen sospechas y juran y juran y juran.

Las cartas tampoco estaban señaladas por una fecha pero se notaba el transcurso del tiempo al través de ellas por la intimidad de que iban impregnándose. Intimidad física, alusiones a contactos en los que el pudor se rendía, lenta pero ineluctablemente, ante la sensualidad. Y luego, lo de rigor. La languidez de la entrega, los sobresaltos del remordimiento, las alarmas ante las posibles consecuencias, el miedo ante el peligro de que el secreto fuese averiguado, los primeros asomos de desconfianza, los reproches al abandono del amante, el descubrimiento de la fragilidad de sus promesas y el horror de ver en los ojos amados no únicamente la propia imagen envilecida sino, a ratos, el vacío.

Pero de pronto surgía un nombre: el del doctor don Carlos Román. Al principio se le mencionaba con cierto dejo de petulancia. ¿A qué mujer no le halaga ser amada y no le sirve mostrar el amor que suscita en otro al amante que comienza a hastiarse de ella? Don Carlos era útil como estímulo, como rival. Pero poco a poco iba adquiriendo otro perfil, una consistencia más sólida que le confería la familia al convenir, de un modo unánime, que era el mejor partido al que la muchacha podía aspirar y que si sus intenciones eran serias, como todo parecía indicarlo, no debía, por ningún motivo, desaprovecharse la ocasión. La muchacha se atrevió, quizá alguna vez, a discrepar de las opiniones de los otros. Pero fue tan duramente reprendida y castigada que no le quedó otro recurso que fingir conformidad. Su condena, salvo que el destinatario de las cartas la evitara, era el matrimonio con el doctor Carlos Román.

Ah, qué desmelenamientos de desesperación; qué sarcasmos para calificar a este hombre cuya fuerza (su dinero, su título, su apellido) la aplastaba. Qué ensañamiento para sus defectos, qué clarividencia para sus manías, qué ceguera ante sus cualidades, qué burla tan cruel para sus sentimientos, qué descripción tan minuciosamente implacable de sus visitas, de sus conversaciones, qué desprecio para sus regalos. Todo su odio y su impotencia cristalizaron en una definición: el bruto. Nunca volvió a referirse a don Carlos más que bajo ese nombre.

Y lo mencionaba sólo para pedir auxilio al otro, al desdeñoso que, según se colegía de las cartas, aconsejaba el matrimonio de interés, no

como un sacrificio de sus placeres sino como la condición indispensable para seguir gozando con impunidad, y en terreno seguro, de ellos.

Allí se suspendía la correspondencia. ¿Por qué? ¿Ante tal cinismo la autora de las cartas reaccionó, ofendida, con el silencio? ¿O en alguna entrevista verbal aceptó el pacto? En la última página una mano de hombre había trazado una frase:

“Que te haga buen provecho.”

Don Evaristo alzó los ojos, atónito. Había leído treinta, cincuenta veces la firma y aún no era capaz de dar crédito a sus ojos:

—¡Pero estas cartas son de Estela!

—¡Qué imprudente! ¿Verdad? Omitió todas las pistas, menos las que la señalaban a ella. ¡Y, por Dios, don Evaristo, no ponga usted esa cara de sorpresa porque voy a tener que reírme! La que yo puse, la primera vez que tuve entre mis manos esos papeles, ha de haber sido peor. Digo, porque cuando Estela entró en el cuarto y me miró, quedó como petrificada. Era miedo. Pero cuando descubrió las cartas, su expresión cambió. Le juro que no he visto nunca, en ningún rostro humano, un gesto igual de sufrimiento. Y no era por mí, entiéndalo usted, por quien sufría, pues no le importaba mi desprecio que jamás igualaría al suyo. El miedo inicial se transformó en júbilo y yo sorprendí en sus ojos la esperanza de morir allí mismo, a mis manos. Yo creí que lo que le dolía era la traición del otro. Pero también me equivoqué. El otro, a pesar de que ella se había plegado a sus exigencias, hasta el punto de casarse conmigo, había ido mostrándose cada vez más displicente, más esquivo hasta suspender por completo sus entrevistas y devolverle sus cartas sin abrir. Ella supuso que ya no la quería y he aquí, que de pronto, tenía ante sus ojos una prueba irrefutable de su despecho a la que ella se asía, desesperadamente, como a una señal de amor. No, no podía permanecer aquí ni un minuto más. Intentó salir corriendo a la calle a buscar al otro, a agradecerle la canallada que acababa de cometer, qué sé yo. El caso es que no la dejé. La detuve por la fuerza y nos pasamos la noche entera luchando. Yo hablaba, como un loco, maldecía, suplicaba, prometía. Y ella no cesaba de llorar, tiritaba de frío, de fiebre, se inclinaba ante los golpes, pero no decía ese nombre, el nombre que no escribió nunca y que yo nunca iba a saber porque desde entonces Estela ya no pudo volver a hablar.

—Con su silencio estaba defendiendo la vida del otro y tal vez la de usted, don Carlos. Porque en la exaltación en que se encontraba usted habría sido capaz de matar.

—No, no fue así. Yo amaba a Estela con la misma falta de orgullo con que ella amaba al otro. Yo la habría perdonado…

—Eso dice usted ahora.

—Eso lo juré entonces. Le propuse que quemáramos las cartas, que olvidáramos esa noche de pesadilla, le prometí que yo no volvería a preguntar nada nunca. Pero Estela no me escuchaba siquiera. Sólo quería morir.

—¡Pobre criatura!

—Sí, en medio de mi propio dolor, yo también la compadecí. Pero ella no toleraba nada mío; y menos que nada, eso. Como no permitía que me acercara, ni aun para cuidarla porque ya estaba muy enferma, tuve que recurrir a su madre, a extraños. La velábamos de día y de noche. Hice todo lo humanamente posible para salvarla. Pero fue inútil. Estela se negaba a comer, a tomar las medicinas, a seguir las indicaciones. Al menor descuido nuestro se arrancaba las agujas de suero con que pretendíamos mantenerla viva y las sondas con que la alimentábamos artificialmente. Yo estaba siempre junto a su cabecera, esperando que en algún momento de inconsciencia, de delirio, llamara al otro. No lo hizo. Y cuando le ofrecí traerlo para que lo viera por última vez movió la cabeza negando con tal vehemencia que agotó la fuerza que le quedaba. Así que murió como se lo había propuesto: por él.

Hubo una pausa en la que don Carlos respiró profundamente para poder continuar.

—Me quedé solo. Rehusé la compañía de mi suegra y evité la solicitud de mis amigos. Porque necesitaba pensar. ¿Quién había sido él, ese hombre al que Estela se había inmolado? En principio, cualquiera. Acaso el amigo que venía a ofrecerme sus consuelos, a darme el pésame. Pero cuando, apenas pasados unos días del entierro de mi mujer, supe lo de la muerte de Rafael Orantes, comencé a ver claro.

—¿Por qué? Podía tratarse de una simple coincidencia.

—Porque Rafael no murió en un accidente de cacería como se hizo creer. Sino que se suicidó. De vergüenza y de remordimientos. Y eso no lo invento yo. Eso lo sostiene su hermana Blanca.

—Esa mujer no está en sus cabales. Ve culpas donde no las hay.

—¿Qué puede hacer la pobre si le faltan los elementos principales? Pero yo, que los he tenido aquí, siempre a la mano, fui atando cabos, poco a poco. ¿Para qué apresurarme, ahora que Rafael me había quitado tanto la posibilidad de venganza como la de comprobación de que mis sospechas eran ciertas?

—¿En qué se basaban?

—En que Rafael y Estela habían sido novios. Aparentemente la aventura no tuvo importancia, no llegó siquiera a cuajar en noviazgo. Él era un inconstante y ella obedeció la prohibición maternal. Pero a escondidas de todos siguieron viéndose. Y, a juzgar por las cartas, no sólo viéndose. Mi suegra, sin darse cuenta, en conversaciones que parecían triviales, me proporcionó muchos datos. Pero me faltaba el último, el definitivo, el único que podía servir de prueba irrefutable. Fue entonces cuando supe lo del relicario de Romelia.

Don Evaristo había ocultado su rostro entre sus manos.

—¡Jesús! ¡Jesús!

—No padre, de nada le sirve cerrar los ojos. Aquí está el papel. ¡Mírelo, compare lo que ese hombre escribió a su hermana con lo que me escribió a mí: es la misma frase, es la misma letra!

Don Evaristo, presionado violentamente por don Carlos, se esforzaba por hallar una semejanza que para el otro resultaba tan evidente. Pero los rasgos habían sido limados por el tiempo, desfigurados por los dobleces del papel.

—No. Este testimonio no es suficiente.

—¿Cómo que no? ¡Pero si aquí está todo claro, indudable! Sólo el que no quiere ver no ve. Y usted no quiere.

—Y usted sí quiere y ve únicamente lo que quiere.

El rostro de don Carlos se encendió en cólera. Gesticulaba, esgrimía los dos trozos de papel, comparaba una letra con otra hasta que el padre Trejo se dio por vencido.

—Pero aun suponiendo que tenga usted razón y que Rafael no hubiera muerto en un accidente sino que se hubiera suicidado…

—Como lo asegura su propia hermana.

—…aun suponiendo, digo, ¿no bastaba su sangre para borrar su culpa? ¿Por qué tenía que pagar también una inocente?

—¿Cuál inocente?

—La víctima de todo este enredo: Romelia.

—Ah, sí. ¡Pobre Romelia! Pero no se puede ser impunemente la consentida de un asesino ni guardar la prueba del asesinato sin correr ningún riesgo. Recuerde usted que ella era la dueña del relicario y que no lo abandonaba nunca, bajo ninguna circunstancia.

—¿Y para apoderarse de él armó usted esta maquinación infame?

—¿Se refiere usted a la boda?

—Me refiero a todo. A nuestro encuentro "casual" ante el lecho de Enrique Suasnávar. A la hospitalidad que me brindó usted en su casa. A la manera tan suave con que fue usted orillando nuestros temas de conversación hacia el matrimonio. Yo se lo aconsejaba, claro. ¡Estaba usted tan solo! Yo pretendía orientarlo pero siempre mis proposiciones eran desechadas por un motivo o por otro. Naturalmente. Su plan ya estaba trazado.

—Sobreestima usted mi habilidad, padre.

—Mejor dicho, mido mi estupidez. Aunque tampoco habilidad es el término adecuado para lo que usted ha hecho.

—Si quiere usted desahogarse, calificándome, puede hacerlo. Le prometo que no me ofenderé.

—No faltaba más. Nada puede turbar su satisfacción por el éxito. Ni siquiera el recuerdo de esa inocente cuya vida ha usted destruido.

—¿Por qué está usted tan seguro de la inocencia de Romelia? ¿Porque no escribe cartas? ¿Porque si las escribe su corresponsal es discreto? No, don Evaristo. Se puede pecar de ingenuidad una vez. Pero no dos.

—Usted para justificarse, la acusó de que no era virgen.

—¿Qué importancia tiene que hubiera sido virgen o no? Para un profano la virginidad es una garantía pero no para un médico. Hay virginidades de segunda, de tercera, de enésima mano. Y en mi profesión hay quienes se especializan en reparaciones de estropicios.

—El tono y la terminología que está usted empleando no son ya los que puede escuchar un confesor. Pero antes de terminar quiero que me diga usted una cosa: ¿qué habría usted hecho si hubiera encontrado vacío el relicario o diferentes las letras?

A don Carlos lo tomó de improviso la pregunta pero reaccionó con prontitud.

—El caso es que el relicario guardaba un papel y que las letras eran iguales. No me quedaba otra alternativa.

—Y a mí tampoco me queda otra que negarle la absolución a menos de que se arrepienta de lo que ha hecho y restituya a la familia Orantes la honra que le ha arrebatado.

—Lo que he hecho, padre, es restituir. No olvide usted que alguien de esa familia me había deshonrado primero.

Don Evaristo comenzó a despojarse de la estola.

—No entiendo ese espíritu de venganza.

—Ya no necesitamos entendernos, padre, puesto que ya no vamos a hablarnos.

—Yo no le he retirado mi amistad, don Carlos.

—Ah, no. Conozco esa trampa, no voy a caer en ella. Su celo apostólico lo obligará a venir, noche a noche, a platicar con el réprobo, a minarlo hasta que se arrepienta y dé a sus víctimas una satisfacción completa y pública. Pero me temo, don Evaristo, que nuestros planes no coinciden. Después de tantos años de lucha creo que me he ganado bien un descanso. Así que a partir de hoy suspendí ya mis consultas y la visita de usted será la última que reciba.

—¿Va usted a encerrarse de nuevo en la buena compañía de sus papeles?

Don Carlos había empezado a ordenar las cartas con la rapidez que sólo proporciona la costumbre y luego colocó encima de ellas, como coronándolas, el papel que Romelia había guardado tanto tiempo en su relicario y de cuya desaparición quién sabe si llegaría a darse cuenta alguna vez.

ÁLBUM DE FAMILIA

Cuentos. Editorial Joaquín Mortiz, 1971. Quinta edición, 1984.

Fragmento de una entrevista con Margarita García Flores, *Cartas marcadas*, UNAM, 1979.

Yo escribí una novela que no se publicó que se llama *Rito de iniciación.* En esa novela yo trataba de abandonar el tema indigenista que tenía casi todo lo que había escrito, para enfocar un nuevo aspecto de la realidad que está mucho más próximo a mí actualmente, aunque no tan próximo para que hubiera cuajado en un texto ya definitivo […] El asunto que pretendía abordar en *Rito de iniciación* era el descubrimiento de una vocación intelectual, más concretamente, de una vocación literaria. Este problema me ha obsesionado durante muchos años y lo he tratado, he insistido mucho sobre él a través de cuentos, de obras de teatro, de diálogos, en fin, de una serie de textos que no han podido ser definitivos, pero que vuelvo otra vez a incidir en ellos […] *Álbum de familia* se compone de varios relatos, uno de ellos es la elección de una manera de vivir para realizar una vocación literaria. Se supone que los problemas y protagonistas que aparecen allí no podrían ser provincianos; aunque la ciudad no se menciona, es una condición para que aparezca esta nueva serie de personajes que antes no había tocado. No podrían darse en ningún medio rural porque son bastante sofisticados intelectualmente, ni tampoco en una provincia porque emigrarían inmediatamente hacia la capital. Pero no se menciona la ciudad ni como paisaje ni como figura ni como algo que tenga una influencia directa. Simplemente se presupone […] Es una facilidad oral [el diálogo]. En el teatro me sucede que no sé escoger la situación. En las obras que escribí, incluso escribí teatro en verso, buscaba un momento en el que no iba a suceder nada, naturalmente era un momento muy plano, carecía absolutamente de intensidad dramática y no podía prestarle esa intensidad por medio del lenguaje. Además otra cosa que es un defecto que advierto en *Álbum de familia:* cuando hago hablar a mis personajes y no se trata de un diálogo costumbrista como el que usé en *Balún-Canán* o en *Oficio de tinieblas* o en los libros de cuentos, los hago hablar a todos exactamente de la misma manera que hablo yo. Y esto es un defecto, es un defecto de la caracterización, y en el teatro, no hay otro modo de caracterización más que la palabra hablada. Éste es el problema que tengo.

Para Raúl Ortiz

Lección de cocina

LA COCINA resplandece de blancura. Es una lástima tener que mancillarla con el uso. Habría que sentarse a contemplarla, a describirla, a cerrar los ojos, a evocarla. Fijándose bien esta nitidez, esta pulcritud carece del exceso deslumbrador que produce escalofríos en los sanatorios. ¿O es el halo de desinfectantes, los pasos de goma de las afanadoras, la presencia oculta de la enfermedad y de la muerte? Qué me importa. Mi lugar está aquí. Desde el principio de los tiempos ha estado aquí. En el proverbio alemán la mujer es sinónimo de *Küche, Kinder, Kirche.* Yo anduve extraviada en aulas; en calles, en oficinas, en cafés; desperdiciada en destrezas que ahora he de olvidar para adquirir otras. Por ejemplo, elegir el menú. ¿Cómo podría llevar al cabo labor tan ímproba sin la colaboración de la sociedad, de la historia entera? En un estante especial, adecuado a mi estatura, se alinean mis espíritus protectores, esas aplaudidas equilibristas que concilian en las páginas de los recetarios las contradicciones más irreductibles: la esbeltez y la gula, el aspecto vistoso y la economía, la celeridad y la suculencia. Con sus combinaciones infinitas: la esbeltez y la economía, la celeridad y el aspecto vistoso, la suculencia y… ¿Qué me aconseja usted para la comida de hoy, experimentada ama de casa, inspiración de las madres ausentes y presentes, voz de la tradición, secreto a voces de los supermercados? Abro un libro al azar y leo: “La cena de don Quijote.” Muy literario pero muy insatisfactorio. Porque don Quijote no tenía fama de gourmet sino de despistado. Aunque un análisis más a fondo del texto nos revela, etc., etc., etc. Uf. Ha corrido más tinta en torno a esa figura que agua debajo de los puentes. “Pajaritos de centro de cara.”

Esotérico. ¿La cara de quién? ¿Tiene un centro la cara de algo o de alguien? Si lo tiene no ha de ser apetecible. “Bigos a la rumana.” Pero ¿a quién supone usted que se está dirigiendo? Si yo supiera lo que es estragón y ananá no estaría consultando este libro porque sabría muchas otras cosas. Si tuviera usted el mínimo sentido de la realidad debería, usted misma o cualquiera de sus colegas, tomarse el trabajo de escribir un diccionario de términos técnicos, redactar unos prolegómenos, idear una propedéutica para hacer accesible al profano el difícil arte culinario. Pero parten del supuesto de que todas estamos en el ajo y se limitan a enunciar. Yo, por lo menos, declaro solemnemente que no estoy, que no he estado nunca ni en este ajo que ustedes comparten ni en ningún otro. Jamás he entendido nada de nada. Pueden ustedes observar los síntomas: me planto, hecha una imbécil, dentro de una cocina impecable y neutra, con el delantal que usurpo para hacer un simulacro de eficiencia y del que seré despojada vergonzosa pero justicieramente.

Abro el compartimiento del refrigerador que anuncia “carnes” y extraigo un paquete irreconocible bajo su capa de hielo. La disuelvo en agua caliente y se me revela el título sin el cual no habría identificado jamás su contenido: es carne especial para asar. Magnífico. Un plato sencillo y sano. Como no representa la superación de ninguna antinomia ni el planteamiento de ninguna aporía, no se me antoja.

Y no es sólo el exceso de lógica el que me inhibe el hambre. Es también el aspecto, rígido por el frío; es el color que se manifiesta ahora que he desbaratado el paquete. Rojo, como si estuviera a punto de echarse a sangrar.

Del mismo color teníamos la espalda, mi marido y yo, después de las orgiásticas asoleadas en las playas de Acapulco. Él podía darse el lujo de “portarse como quien es” y tenderse boca abajo para que no le rozara la piel dolorida. Pero yo, abnegada mujercita mexicana que nació como la paloma para el nido, sonreía a semejanza de Cuauhtémoc en el suplicio cuando dijo “mi lecho no es de rosas” y se volvió a callar. Boca arriba soportaba no sólo mi propio peso sino el de él encima del mío. La postura clásica para hacer el amor. Y gemía, de desgarramiento, de placer. El gemido clásico. Mitos, mitos.

Lo mejor (para mis quemaduras, al menos) era cuando se quedaba dormido. Bajo la yema de mis dedos —no muy sensibles por el prolongado

contacto con las teclas de la máquina de escribir— el nylon de mi camisón de desposada resbalaba en un fraudulento esfuerzo por parecer encaje. Yo jugueteaba con la punta de los botones y esos otros adornos que hacen parecer tan femenina a quien los usa, en la oscuridad de la alta noche. La albura de mis ropas, deliberada, reiterativa, impúdicamente simbólica, quedaba abolida transitoriamente. Algún instante quizá alcanzó a consumar su significado bajo la luz y bajo la mirada de esos ojos que ahora están vencidos por la fatiga.

Unos párpados que se cierran y he aquí, de nuevo, el exilio. Una enorme extensión arenosa, sin otro desenlace que el mar cuyo movimiento propone la parálisis; sin otra invitación que la del acantilado al suicidio.

Pero es mentira. Yo no soy el sueño que sueña, que sueña, que sueña; yo no soy el reflejo de una imagen en un cristal; a mí no me aniquila la cerrazón de una conciencia o de toda conciencia posible. Yo continúo viviendo con una vida densa, viscosa, turbia, aunque el que está a mi lado y el remoto, me ignoren, me olviden, me pospongan, me abandonen, me desamen.

Yo también soy una conciencia que puede clausurarse, desamparar a otro y exponerlo al aniquilamiento. Yo… La carne, bajo la rociadura de la sal, ha acallado el escándalo de su rojez y ahora me resulta más tolerable, más familiar. Es el trozo que vi mil veces, sin darme cuenta, cuando me asomaba, de prisa, a decirle a la cocinera que…

No nacimos juntos. Nuestro encuentro se debió a un azar ¿feliz? Es demasiado pronto aún para afirmarlo. Coincidimos en una exposición, en una conferencia, en un cineclub; tropezamos en un elevador; me cedió su asiento en el tranvía; un guardabosques interrumpió nuestra perpleja y, hasta entonces, paralela contemplación de la jirafa porque era hora de cerrar el zoológico. Alguien, él o yo, es igual, hizo la pregunta idiota pero indispensable: ¿usted trabaja o estudia? Armonía del interés y de las buenas intenciones, manifestación de propósitos “serios”. Hace un año yo no tenía la menor idea de su existencia y ahora reposo junto a él con los muslos entrelazados, húmedos de sudor y de semen. Podría levantarme sin despertarlo, ir descalza hasta la regadera. ¿Purificarme? No tengo asco. Prefiero creer que lo que me une a él es algo tan fácil de borrar como una secreción y no tan terrible como un sacramento.

Así que permanezco inmóvil, respirando rítmicamente para imitar el sosiego, puliendo mi insomnio, la única joya de soltera que he conservado y que estoy dispuesta a conservar hasta la muerte.

Bajo el breve diluvio de pimienta la carne parece haber encanecido. Desvanezco este signo de vejez frotando como si quisiera traspasar la superficie e impregnar el espesor con las esencias. Porque perdí mi antiguo nombre y aún no me acostumbro al nuevo, que tampoco es mío. Cuando en el vestíbulo del hotel algún empleado me reclama yo permanezco sorda, con ese vago malestar que es el preludio del reconocimiento. ¿Quién será la persona que no atiende a la llamada? Podría tratarse de algo urgente, grave, definitivo, de vida o muerte. El que llama se desespera, se va sin dejar ningún rastro, ningún mensaje y anula la posibilidad de cualquier nuevo encuentro. ¿Es la angustia la que oprime mi corazón? No, es su mano la que oprime mi hombro. Y sus labios que sonríen con una burla benévola, más que de dueño, de taumaturgo.

Y bien, acepto mientras nos encaminamos al bar (el hombro me arde, está despellejándose), es verdad que en el contacto o colisión con él he sufrido una metamorfosis profunda: no sabía y sé, no sentía y siento, no era y soy.

Habrá que dejarla reposar así. Hasta que ascienda a la temperatura ambiente, hasta que se impregne de los sabores de que la he recubierto. Me da la impresión de que no he sabido calcular bien y de que he comprado un pedazo excesivo para nosotros dos. Yo, por pereza, no soy carnívora. Él, por estética, guarda la línea. ¡Va a sobrar casi todo! Sí, ya sé que no debo preocuparme: que alguna de las hadas que revolotean en torno mío va a acudir en mi auxilio y a explicarme cómo se aprovechan los desperdicios. Es un paso en falso de todos modos. No se inicia una vida conyugal de manera tan sórdida. Me temo que no se inicie tampoco con un platillo tan anodino como la carne asada.

Gracias, murmuro, mientras me limpio los labios con la punta de la servilleta. Gracias por la copa transparente, por la aceituna sumergida. Gracias por haberme abierto la jaula de una rutina estéril para cerrarme la jaula de otra rutina que, según todos los propósitos y las posibilidades, ha de ser fecunda. Gracias por darme la oportunidad de lucir un traje largo y caudaloso, por ayudarme a avanzar en el interior del templo, exaltada por la música del órgano. Gracias por…

¿Cuánto tiempo se tomará para estar lista? Bueno, no debería de importarme demasiado porque hay que ponerla al fuego a última hora. Tarda muy poco, dicen los manuales. ¿Cuánto es poco? ¿Quince minutos? ¿Diez? ¿Cinco? Naturalmente, el texto no especifica. Me supone una intuición que, según mi sexo, debo poseer pero que no poseo, un sentido sin el que nací que me permitiría advertir el momento preciso en que la carne está a punto.

¿Y tú? ¿No tienes nada que agradecerme? Lo has puntualizado con una solemnidad un poco pedante y con una precisión que acaso pretendía ser halagadora pero que me resultaba ofensiva: mi virginidad. Cuando la descubriste yo me sentí como el último dinosaurio en un planeta del que la especie había desaparecido. Ansiaba justificarme, explicar que si llegué hasta ti intacta no fue por virtud ni por orgullo ni por fealdad sino por apego a un estilo. No soy barroca. La pequeña imperfección en la perla me es insoportable. No me queda entonces más alternativa que el neoclásico, y su rigidez es incompatible con la espontaneidad para hacer el amor. Yo carezco de la soltura del que rema, del que juega al tenis, del que se desliza bailando. No practico ningún deporte. Cumplo un rito y el ademán de entrega se me petrifica en un gesto estatuario.

¿Acechas mi tránsito a la fluidez, lo esperas, lo necesitas? ¿O te basta este hieratismo que te sacraliza y que tú interpretas como la pasividad que corresponde a mi naturaleza? Y si a la tuya corresponde ser voluble te tranquilizará pensar que no estorbaré tus aventuras. No será indispensable —gracias a mi temperamento— que me cebes, que me ates de pies y manos con los hijos, que me amordaces con la miel espesa de la resignación. Yo permaneceré como permanezco. Quieta. Cuando dejas caer tu cuerpo sobre el mío siento que me cubre una lápida, llena de inscripciones, de nombres ajenos, de fechas memorables. Gimes inarticuladamente y quisiera susurrarte al oído mi nombre para que recuerdes quién es a la que posees.

Soy yo. ¿Pero quién soy yo? Tu esposa, claro. Y ese título basta para distinguirme de los recuerdos del pasado, de los proyectos para el porvenir. Llevo una marca de propiedad y no obstante me miras con desconfianza. No estoy tejiendo una red para prenderte. No soy una mantis religiosa. Te agradezco que creas en semejante hipótesis. Pero es falsa.

Esta carne tiene una dureza y una consistencia que no caracterizan a las reses. Ha de ser de mamut. De esos que se han conservado, desde la

prehistoria, en los hielos de Siberia y que los campesinos descongelan y sazonan para la comida. En el aburridísimo documental que exhibieron en la Embajada, tan lleno de detalles superfluos, no se hacía la menor alusión al tiempo que dedicaban a volverlos comestibles. Años, meses. Y yo tengo a mi disposición un plazo de…

¿Es la alondra? ¿Es el ruiseñor? No, nuestro horario no va a regirse por tan aladas criaturas como las que avisaban el advenimiento de la aurora a Romeo y Julieta sino por un estentóreo e inequívoco despertador. Y tú no bajarás al día por la escala de mis trenzas sino por los pasos de una querella minuciosa: se te ha desprendido un botón del saco, el pan está quemado, el café frío.

Yo rumiaré, en silencio, mi rencor. Se me atribuyen las responsabilidades y las tareas de una criada para todo. He de mantener la casa impecable, la ropa lista, el ritmo de la alimentación infalible. Pero no se me paga ningún sueldo, no se me concede un día libre a la semana, no puedo cambiar de amo. Debo, por otra parte, contribuir al sostenimiento del hogar y he de desempeñar con eficacia un trabajo en el que el jefe exige y los compañeros conspiran y los subordinados odian. En mis ratos de ocio me transformo en una dama de sociedad que ofrece comidas y cenas a los amigos de su marido, que asiste a reuniones, que se abona a la ópera, que controla su peso, que renueva su guardarropa, que cuida la lozanía de su cutis, que se conserva atractiva, que está al tanto de los chismes, que se desvela y que madruga, que corre el riesgo mensual de la maternidad, que cree en las juntas nocturnas de ejecutivos, en los viajes de negocios y en la llegada de clientes imprevistos; que padece alucinaciones olfativas cuando percibe la emanación de perfumes franceses (diferentes de los que ella usa) de las camisas, de los pañuelos de su marido; que en sus noches solitarias se niega a pensar por qué o para qué tantos afanes y se prepara una bebida bien cargada y lee una novela policiaca con ese ánimo frágil de los convalecientes.

¿No sería oportuno prender la estufa? Una lumbre muy baja para que se vaya calentando, poco a poco, el asador “que previamente ha de untarse con un poco de grasa para que la carne no se pegue”. Eso se me ocurre hasta a mí, no había necesidad de gastar en esas recomendaciones las páginas de un libro.

Y yo, soy muy torpe. Ahora se llama torpeza; antes se llamaba inocencia y te encantaba. Pero a mí no me ha encantado nunca. De soltera leía cosas a escondidas. Sudando de emoción y de vergüenza. Nunca me enteré de nada. Me latían las sienes, se me nublaban los ojos, se me contraían los músculos en un espasmo de náusea.

El aceite está empezando a hervir. Se me pasó la mano, manirrota, y ahora chisporrotea y salta y me quema. Así voy a quemarme yo en los apretados infiernos por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Pero, niñita, tú no eres la única. Todas tus compañeras de colegio hacen lo mismo, o cosas peores, se acusan en el confesionario, cumplen la penitencia, las perdonan y reinciden. Todas. Si yo hubiera seguido frecuentándolas me sujetarían ahora a un interrogatorio. Las casadas para cerciorarse, las solteras para averiguar hasta dónde pueden aventurarse. Imposible defraudarlas. Yo inventaría acrobacias, desfallecimientos sublimes, transportes como se les llama en *Las mil y una noches*, récords. ¡Si me oyeras entonces no te reconocerías, Casanova!

Dejo caer la carne sobre la plancha e instintivamente retrocedo hasta la pared. ¡Qué estrépito! Ahora ha cesado. La carne yace silenciosamente, fiel a su condición de cadáver. Sigo creyendo que es demasiado grande.

Y no es que me hayas defraudado. Yo no esperaba, es cierto, nada en particular. Poco a poco iremos revelándonos mutuamente, descubriendo nuestros secretos, nuestros pequeños trucos, aprendiendo a complacernos. Y un día tú y yo seremos una pareja de amantes perfectos y entonces, en la mitad de un abrazo, nos desvaneceremos y aparecerá en la pantalla la palabra “fin”.

¿Qué pasa? La carne se está encogiendo. No, no me hago ilusiones, no me equivoco. Se puede ver la marca de su tamaño original por el contorno que dibujó en la plancha. Era un poco más grande. ¡Qué bueno! Ojalá quede a la medida de nuestro apetito.

Para la siguiente película me gustaría que me encargaran otro papel. ¿Bruja blanca en una aldea salvaje? No, hoy no me siento inclinada ni al heroísmo ni al peligro. Más bien mujer famosa (diseñadora de modas o algo así), independiente y rica que vive sola en un apartamento en Nueva York, París o Londres. Sus *affaires* ocasionales la divierten pero no la alteran. No es sentimental. Después de una escena de ruptura enciende un cigarrillo y

contempla el paisaje urbano al través de los grandes ventanales de su estudio.

Ah, el color de la carne es ahora mucho más decente. Sólo en algunos puntos se obstina en recordar su crudeza. Pero lo demás es dorado y exhala un aroma delicioso. ¿Irá a ser suficiente para los dos? La estoy viendo muy pequeña.

Si ahora mismo me arreglara, estrenara uno de esos modelos que forman parte de mi *trousseau* y saliera a la calle ¿qué sucedería, eh? A la mejor me abordaba un hombre maduro, con automóvil y todo. Maduro. Retirado. El único que a estas horas puede darse el lujo de andar de cacería.

¿Qué rayos pasa? Esta maldita carne está empezando a soltar un humo negro y horrible. ¡Tenía yo que haberle dado vuelta! Quemada de un lado. Menos mal que tiene dos.

Señorita, si usted me permitiera… ¡Señora! Y le advierto que mi marido es muy celoso… Entonces no debería dejarla andar sola. Es usted una tentación para cualquier viandante. Nadie en el mundo dice viandante. ¿Transeúnte? Sólo los periódicos cuando hablan de los atropellados. Es usted una tentación para cualquier x. Silencio. Sig-ni-fi-ca-ti-vo. Miradas de esfinge. El hombre maduro me sigue a prudente distancia. Más le vale. Más me vale a mí porque en la esquina ¡zas! Mi marido, que me espía, que no me deja ni a sol ni a sombra, que sospecha de todo y de todos, señor juez. Que así no es posible vivir, que yo quiero divorciarme.

¿Y ahora qué? A esta carne su mamá no le enseñó que era carne y que debería de comportarse con conducta. Se enrosca igual que una charamusca. Además yo no sé dónde puede seguir sacando tanto humo si ya apagué la estufa hace siglos. Claro, claro, doctora Corazón. Lo que procede ahora es abrir la ventana, conectar el purificador de aire para que no huela a nada cuando venga mi marido. Y yo saldría muy mona a recibirlo a la puerta, con mi mejor vestido, mi mejor sonrisa y mi más cordial invitación a comer fuera.

Es una posibilidad. Nosotros examinaríamos la carta del restaurante mientras un miserable pedazo de carne carbonizada yacería, oculto, en el fondo del bote de la basura. Yo me cuidaría mucho de no mencionar el incidente y sería considerada como una esposa un poco irresponsable, con proclividades a la frivolidad pero no como una tarada. Ésta es la primera

imagen pública que proyecto y he de mantenerme después consecuente con ella, aunque sea inexacta.

Hay otra posibilidad. No abrir la ventana, no conectar el purificador de aire, no tirar la carne a la basura. Y cuando venga mi marido dejar que olfatee, como los ogros de los cuentos, y diga que aquí huele, no a carne humana, sino a mujer inútil. Yo exageraré mi compunción para incitarlo a la magnanimidad. Después de todo, lo ocurrido ¡es tan normal! ¿A qué recién casada no le pasa lo que a mí acaba de pasarme? Cuando vayamos a visitar a mi suegra, ella, que todavía está en la etapa de no agredirme porque no conoce aún cuáles son mis puntos débiles, me relatará sus propias experiencias. Aquella vez, por ejemplo, que su marido le pidió un par de huevos estrellados y ella tomó la frase al pie de la letra y… ja, ja, ja. ¿Fue eso un obstáculo para que llegara a convertirse en una viuda fabulosa, digo, en una cocinera fabulosa? Porque lo de la viudez sobrevino mucho más tarde y por otras causas. A partir de entonces ella dio rienda suelta a sus instintos maternales y echó a perder con sus mimos…

No, no le va a hacer la menor gracia. Va a decir que me distraje, que es el colmo del descuido. Y, sí, por condescendencia yo voy a aceptar sus acusaciones.

Pero no es verdad, no es verdad. Yo estuve todo el tiempo pendiente de la carne, fijándome en que le sucedían una serie de cosas rarísimas. Con razón Santa Teresa decía que Dios anda en los pucheros. O la materia que es energía o como se llame ahora.

Recapitulemos. Aparece, primero el trozo de carne con un color, una forma, un tamaño. Luego cambia y se pone más bonita y se siente una muy contenta. Luego vuelve a cambiar y ya no está tan bonita. Y sigue cambiando y cambiando y cambiando y lo que uno no atina es cuándo pararle el alto. Porque si yo dejo este trozo de carne indefinidamente expuesto al fuego, se consume hasta que no queden ni rastros de él. Y el trozo de carne que daba la impresión de ser algo tan sólido, tan real, ya no existe.

¿Entonces? Mi marido también da la impresión de solidez y de realidad cuando estamos juntos, cuando lo toco, cuando lo veo. Seguramente cambia, y cambio yo también, aunque de manera tan lenta, tan morosa que ninguno de los dos lo advierte. Después se va y bruscamente se convierte en recuerdo y… Ah, no, no voy a caer en esa trampa: la del personaje

inventado y el narrador inventado y la anécdota inventada. Además, no es la consecuencia que se deriva lícitamente del episodio de la carne.

La carne no ha dejado de existir. Ha sufrido una serie de metamorfosis. Y el hecho de que cese de ser perceptible para los sentidos no significa que se haya concluido el ciclo sino que ha dado el salto cualitativo. Continuará operando en otros niveles. En el de mi conciencia, en el de mi memoria, en el de mi voluntad, modificándome, determinándome, estableciendo la dirección de mi futuro.

Yo seré, de hoy en adelante, lo que elija en este momento. Seductoramente aturdida, profundamente reservada, hipócrita. Yo impondré, desde el principio, y con un poco de impertinencia, las reglas del juego. Mi marido resentirá la impronta de mi dominio que irá dilatándose, como los círculos en la superficie del agua sobre la que se ha arrojado una piedra. Forcejeará por prevalecer y si cede yo le corresponderé con el desprecio y si no cede yo no seré capaz de perdonarlo.

Si asumo la otra actitud, si soy el caso típico, la femineidad que solicita indulgencia para sus errores, la balanza se inclinará a favor de mi antagonista y yo participaré en la competencia con un handicap que, aparentemente, me destina a la derrota y que, en el fondo, me garantiza el triunfo por la sinuosa vía que recorrieron mis antepasadas, las humildes, las que no abrían los labios sino para asentir, y lograron la obediencia ajena hasta al más irracional de sus caprichos. La receta, pues, es vieja y su eficacia está comprobada. Si todavía lo dudo me basta preguntar a la más próxima de mis vecinas. Ella confirmará mi certidumbre.

Sólo que me repugna actuar así. Esta definición no me es aplicable y tampoco la anterior, ninguna corresponde a mi verdad interna, ninguna salvaguarda mi autenticidad. ¿He de acogerme a cualquiera de ellas y ceñirme a sus términos sólo porque es un lugar común aceptado por la mayoría y comprensible para todos? Y no es que yo sea una *rara avis.* De mí se puede decir lo que Pfandl dijo de Sor Juana: que pertenezco a la clase de neuróticos cavilosos. El diagnóstico es muy fácil ¿pero qué consecuencias acarrearía asumirlo?

Si insisto en afirmar mi versión de los hechos mi marido va a mirarme con suspicacia, va a sentirse incómodo en mi compañía y va a vivir en la continua expectativa de que se me declare la locura.

Nuestra convivencia no podrá ser más problemática. Y él no quiere conflictos de ninguna índole. Menos aun conflictos tan abstractos, tan absurdos, tan metafísicos como los que yo le plantearía. Su hogar es el remanso de paz en que se refugia de las tempestades de la vida. De acuerdo. Yo lo acepté al casarme y estaba dispuesta a llegar hasta el sacrificio en aras de la armonía conyugal. Pero yo contaba con que el sacrificio, el renunciamiento completo a lo que soy, no se me demandaría más que en la Ocasión Sublime, en la Hora de las Grandes Resoluciones, en el Momento de la Decisión Definitiva. No con lo que me he topado hoy que es algo muy insignificante, muy ridículo. Y sin embargo…

Domingo

EDITH lanzó en torno suyo una mirada crítica, escrutadora. En vano se mantuvo al acecho de la aparición de esa mota de polvo que se esconde siempre a los ojos de la más suspicaz ama de casa y se hace evidente en cuanto llega la primera visita. Nada. La alfombra impecable, los muebles en su sitio, el piano abierto y encima de él, dispuestos en un cuidadoso desorden, los papeles pautados con los que su marido trabajaba. Quizá el cuadro, colocado encima de la chimenea, no guardaba un equilibrio perfecto. Edith se acercó a él, lo movió un poco hacia la izquierda, hacia la derecha y se retiró para contemplar los resultados. Casi imperceptibles pero suficientes para dejar satisfechos sus escrúpulos.

Ya sin los prejuicios domésticos, Edith se detuvo a mirar la figura. Era ella, sí, cifrada en esas masas de volúmenes y colores, densos y cálidos. Ella, más allá de las apariencias obvias que ofrecía al consumo del público. Expuesta en su intimidad más honda, en su ser más verdadero, tal como la había conocido, tal como la había amado Rafael. ¿Dónde estaría ahora? Le gustaba vagabundear y de pronto enviaba una tarjeta desde el Japón como otra desde Guanajuato. Sus viajes parecían no tener ni preferencias ni propósitos. Huye de mí, pensó Edith al principio. Después se dio cuenta de la desmesura de su afirmación. Huye de mí y de las otras, añadió. Tampoco era cierto. Huía también de sus deudas, de sus compromisos con las galerías, de su trabajo, de sí mismo, de un México irrespirable.

Edith lo recordó sin nostalgia ya y sin rabia, tratando de ubicarlo en algún punto del planeta. Imposible. ¿Por qué no ceder, más que a esa curiosidad inútil, a la gratitud? Después de todo a Rafael le debía el

descubrimiento de su propio cuerpo, sepultado bajo largos años de rutina conyugal, y la revelación de esa otra forma de existencia que era la pintura. De espectadora apasionada pasó a modelo complaciente y, en los últimos meses de su relación, a aprendiz aplicada. Había acabado por improvisar un pequeño estudio en el fondo del jardín.

Todos los días de la semana —después de haber despachado a los niños a la escuela y a su marido al trabajo; después de deliberar con la cocinera acerca del menú y de impartir órdenes (siempre las mismas) a la otra criada — Edith se ponía cómoda dentro de un par de pantalones de pana y un suéter viejo y se encerraba en esa habitación luminosa, buscando más allá de la tela tensada en el caballete, más allá de ese tejido que era como un obstáculo, esa sensación de felicidad y de plenitud que había conocido algunas veces: al final de un parto laborioso; tendida a la sombra, frente al mar; saboreando pequeños trozos de queso camembert untados sobre pan moreno y áspero; cuidando los brotes de los crisantemos amarillos que alguien le regaló en unas navidades; pasando la mano sobre la superficie pulida de la madera; sí, haciendo el amor con Rafael y, antes, muy al principio del matrimonio, con su marido.

Edith llenaba las telas con esos borbotones repentinos de tristeza, de despojamiento, de desnudez interior. Con esa rabia con la que olfateaba a su alrededor cuando quería reconocer la querencia perdida. No sabía si la hallaba o no porque el cansancio del esfuerzo era, a la postre, más poderoso que todos los otros sentimientos. Y se retiraba a mediodía, con los hombros caídos como para ocultar mejor, tras la fatiga, su secreta sensación de triunfo y de saqueo.

Los domingos, como hoy, tenía que renunciar a sí misma en aras de la vida familiar.

Se levantaban tarde y Carlos iba pasándole las secciones del periódico que ya había leído, con algún comentario, cuando quería llamarle la atención sobre los temas que les interesaban: anuncios o críticas de conciertos, de exposiciones, de estrenos teatrales y cinematográficos; chismes relacionados con sus amigos comunes; gangas de objetos que jamás se habían propuesto adquirir.

Edith atendía dócilmente (era un viejo hábito que la había ayudado mucho en la convivencia) y luego iba a lo suyo: la sección de crímenes, en la que se solazaba, mientras afuera los niños peleaban, a gritos, por la

primacía del uso del baño, por la prioridad en la mesa y por llegar antes a los sitios privilegiados del jardín.

Cuando la algarabía alcanzaba extremos inusitados Edith —o Carlos— lanzaba un grito estentóreo e indiferenciado para aplacar la vitalidad de sus cachorros. Y aprovechaban el breve silencio conseguido, sonriéndose mutuamente, con esa complicidad que los padres orgullosos de sus hijos y de las travesuras de sus hijos se reservan para la intimidad.

De todos los gestos que Edith y Carlos se dedicaban, éste era el único que conservaba su frescura, su espontaneidad, su necesidad. Los otros se habían estereotipado y por eso mismo resultaban perfectos.

—Hoy viene a comer Jorge.

Edith lo había previsto y asintió, pensando ya en algo que satisficiera lo mismo sus gustos exigentes que su digestión vacilante.

—¿Solo?

—El asunto con Luis no se arregló. Siguen separados.

—¡Lástima! Era una pareja tan agradable.

Antes también Edith hubiera hecho lo mismo que Luis y Jorge: separarse, irse. Ahora, más vieja (no, más vieja no, más madura, más reposada, más sabia), optaba por soluciones conciliadoras que dejaran a salvo lo que dos seres construyen juntos: la casa, la situación social, la amistad.

—¿Y si me habla Luis, diciéndome, con ese tonito de desconsuelo que es su especialidad, que no tiene con quién pasar el domingo?

—Déjalo que venga, que se encuentre con Jorge. Tarde o temprano tendrá que sucederles. Más vale que sea aquí.

Se encontraba uno en todas partes, donde no era posible retorcerse de dolor ni darle al otro una bofetada para volverle los sesos a su lugar, ni arrodillarse suplicante. Entonces ¿qué sentido tenía irse? Aunque se quiere no se puede. Edith tuvo que reconocer que no todo el mundo estaba atado por vínculos tan sólidos como Carlos y ella. Los hijos, las propiedades en común, hasta la manera especial de tomar una taza de chocolate antes de dormir. Realmente sería muy difícil, sería imposible romper.

Desde hacía rato, y sin fijarse, Edith estaba mirando tercamente a Carlos. Él se volvió sobresaltado.

—¿Qué te pasa?

Edith parpadeó como para borrar su mirada de antes y sonrió con ese mismo juego de músculos que los demás traducían como tímida disculpa y que gustaba tanto a su marido en los primeros tiempos de la luna de miel. Carlos se sintió inmediatamente tranquilizado.

—Pensaba si no nos caería bien comer pato a la naranja… y también en la fragilidad de los sentimientos humanos.

¿No estuvo Edith a punto de morir la primera vez que supo que Carlos la engañaba? ¿No creyó que jamás se consolaría de la ausencia de Rafael? Y era la misma Edith que ahora disfrutaba plácidamente de su mañana perezosa y se disponía a organizar un domingo pródigo en acontecimientos emocionantes, en sorpresas que se agotaban en un sorbo, en leves cosquilleos a su vanidad de mujer, de anfitriona, de artista incipiente.

Porque a partir de las cuatro de la tarde sus amigos sabían que había *open house* y acudían a ella arrastrando la cruda de la noche anterior o el despellejamiento del baño del sol matutino o la murria de no haber sabido cómo entretener sus últimas horas. Cada uno llevaba una botella de algo y muchos una compañía que iba a permitir a la dueña de casa trazar el itinerario sentimental de sus huéspedes. Esa compañía era el elemento variable que Edith aguardaba con expectación. Porque, a veces, eran verdaderos hallazgos como aquella modelo francesa despampanante que ostentó fugazmente Hugo Jiménez y que lo abandonó para irse con Vicente Weston, cuando supo que el primero era únicamente un aspirante a productor de películas, La segunda alianza no fue más duradera porque Vicente era el hijo de un productor de películas en ejercicio pero no guardaba con el cine comercial ni siquiera la relación de espectador.

¿Qué pasaría con esa muchacha? ¿Regresaría a su país? ¿Encontraría un empresario auténtico? Merecía buena suerte. Pobrecita ingenua. Y los mexicanos son tan desgraciados…

Edith tarareaba una frase musical en el momento de abrir la regadera. Dejó que el agua resbalara por su cuerpo, escurriera de su pelo pegándole mechones gruesos a la cara. Ah, qué placer estar viva, viva, viva.

Y, por el momento, vacante, apuntó. Pero sin amargura, sin urgencia. Había a su alrededor varios candidatos disponibles. Bastaría una seña de su parte para que el hueco dejado por Rafael se llenara pero Edith se demoraba. La espera acrecienta el placer y en los preliminares se pondría en claro que no se trataba, esta vez, de una gran pasión, sino del olvido de una

gran pasión, que había sido Rafael quien, a su turno, consoló el desengaño de la gran pasión que, a su hora, fue Carlos.

Chistoso Carlos. Nadie se explicaba la devoción de su esposa ni la constancia de su secretaria. Su aspecto era insignificante, como de ratón astuto. Pero en la cama se comportaba mejor que muchos y era un buen compañero y un amigo leal. ¿A quién, sino a él, se le hubiera ocurrido a Edith recurrir en los momentos de apuro? Pero Edith confiaba en su prudencia para que esos momentos de apuro (¡Rafael en la cárcel, Dios mío!) no volvieran a presentarse.

Carlos entró en el baño cuando ella comenzaba a secarse el pelo. Se lo dejaría suelto hoy, lacio. Para que todos pensaran en su desnudez bajo el agua.

—¿Qué te parece la nueva esposa de Octavio? —preguntó Carlos mientras se rasuraba.

—Una mártir cristiana. Cada vez que entra en el salón es como si entrara al circo para ser devorada por las fieras.

—Si todos la juzgan como tú no anda muy descaminada.

Edith sonrió.

—Yo no la quiero mal. Pero es fea y celosa. La combinación perfecta para hacerle la vida imposible a cualquiera.

—¿Octavio ya se ha quejado contigo de que no lo comprende?

—¿Para qué tendría qué hacerlo?

—Para empezar —repuso Carlos palmeándole cariñosamente las nalgas.

Edith se apartó fingiéndose ofendida.

—A mí Octavio no me interesa.

—Están verdes… Octavio siempre estuvo demasiado ocupado entre una aventura y otra. Pero desde que se casó con esa pobre criatura que no es pieza para ti ni para nadie, está prácticamente disponible.

—No me des ideas…

—No me digas que te las estoy dando. Adoptas una manera peculiar de ver a los hombres cuando planeas algo. Una expresión tan infantil y tan inerme…

—Hace mucho que no veo a nadie así.

—Vas a perder la práctica. Anda, bórrate, que ahora voy a bañarme yo.

Edith escogió un vestido sencillo y como para estar en casa, unas sandalias sin tacón, una mascada. Su aspecto debía ser acogedoramente

doméstico aunque no quería malgastarlo desde ahorita, usándolo. Titubeó unos instantes y, por fin, acabó decidiéndose. Nada nuevo es acogedor. Presenta resistencias, exige esfuerzos de acomodamiento. Se vistió y se miró en el espejo. Sí, así estaba bien.

Las visitas comenzaron a afluir interrumpiendo la charla de sobremesa de Carlos y Jorge, que giraba siempre alrededor de lo mismo: anécdotas de infancia y de adolescencia (previas, naturalmente, al descubrimiento de que Jorge era homosexual) que Edith no había compartido pero que, a fuerza de oír relatadas, consideraba ya como parte de su propia experiencia. Cuando estaba enervada los interrumpía y pretextaba cualquier cosa para ausentarse. Pero hoy su humor era magnífico y sonreía a los dos amigos como para estimular ese afecto que los había unido a lo largo de tantos años y de tantas vicisitudes.

Jorge era militar y comenzaba a hacer sus trámites de retiro. Carlos era técnico de sonido y, ocasionalmente, compositor. Jorge no tenía ojos más que para los jóvenes reclutas y Carlos se inclinaba, de modo exclusivo, a las muchachas. Sin embargo los dos habían sabido hallar intereses que los acercaran y se frecuentaban con una regularidad que tenía mucho de disciplinario.

Edith recordó, no sin cierta vergüenza, los esfuerzos que hizo de recién casada para separarlos. No es que estuviera celosa de Jorge; es que quería a Carlos como una propiedad exclusiva suya. ¡Qué tonta, qué egoísta, qué joven había sido! Ahora su técnica había cambiado acaso porque sus impulsos posesivos habían disminuido. Le soltaba la rienda al marido para que se alejara cuanto quisiera; abría el círculo familiar para dar entrada a cuantos Carlos solicitara. Hasta a Lucrecia, que se presentó como un devaneo sin importancia y fue quedándose, quedándose como un complemento indispensable en la vida de la familia.

Edith no advirtió la gravedad de los hechos sino cuando ya estaban consumados. De tal modo su ritmo fue lento, su penetración fue suave. Después ella misma se distrajo con Rafael y cuando ambos terminaron quedó tan destrozada que no se opuso a los mimos de Lucrecia, a su presencia en la casa, a su atención dedicada a los niños, a su acompañamiento en las reuniones, en los paseos. Llegó hasta el grado de convertirla en su confidente (lo hubiera hecho con cualquiera, tan

necesitada estaba de desahogarse) y de pronto ambas se descubrieron como amigas íntimas sin haber luchado nunca como rivales.

Edith se adelantó al salón para dar la bienvenida a los que llegaban. Era nada más uno pero exigía atención como por diez: Vicente, a quien le alcanzó la fuerza para ofrendarle una botella de whisky, y luego se dejó caer en un sillón exhibiendo el abatimiento más total.

—¿Problemas? —preguntó Edith más atenta a la marca del licor que al estado de ánimo del donante.

—Renée.

—Últimamente siempre es Renée. ¿Por qué no la trajiste?

—No quiere verme, se niega a hablar conmigo hasta por teléfono. Me odia.

—Algo has de haberle hecho.

—Un hijo.

—¿Tuyo?

—Eso dice. El caso es que yo le ofrecí matrimonio y no lo aceptó. Quiere abortar.

—¡Pues que aborte!

—Ése es su problema, Vicente. Pero ¿cuál es el tuyo?

—El mío… el mío… Carajo ¡estoy harto de putas!

—Ahora tienes una oportunidad magnífica para deshacerte de una de ellas.

—Vendrá otra después y será peor.

—Es lo mismo que yo pienso cuando voy a echar a una criada, pero ¿por qué hay que ser tan fatalista? Si lo que te interesa es una virgencita que viva entre flores, búscala.

—La encuentro y es una hipócrita, aburrida, chupasangre. ¿Sabes que este mundo es una mierda?

—No tanto, no tanto —discrepó Edith mientras descorchaba la botella —. ¿Cómo lo quieres? ¿Solo? ¿Con agua? ¿En las rocas?

Vicente hizo un gesto de indiferencia y Edith le sirvió a su gusto.

—Bebe.

Vicente obedeció. Sin respirar vació la copa. El áspero sabor le raspó la garganta.

—Renée también quiere ser actriz —le dijo mientras acercaba de nuevo su vaso a la disposición de Edith.

—¡Qué epidemia!

—Basta con no tener talento. Y se encabrita porque un hijo —mío o de quien sea— se interpone ahora entre el triunfo y ella.

—¿Tú quieres a ese niño?

—A mí también me fastidia que me hagan padre de la criatura. Pero me fastidia más que se deshaga de la criatura si soy el padre.

—Trabalenguas, no ¿eh? Todavía es muy temprano y nadie ha tomado lo suficiente.

—Son ejercicios de lenguaje. Un escritor debe mantenerse en forma. Porque, aunque tú no lo creas, un día voy a escribir una novela tan importante como el *Ulises* de Joyce.

—Si antes no filmas una película tan importante como *El acorazado Potemkin.*

Era Carlos que entraba, seguido de Jorge.

—El cine es la forma de expresión propia de nuestra época.

—¡Y me lo dices a mí que ilustro sonoramente las obras maestras de la industria fílmica nacional! ¿Qué sería de ella sin mis efectos de sonido?

—Ay, sí. Bien que te duele no poder dedicarte a lo que te importa: la música.

—La uso también. Y en vez de llevarme a la cárcel por plagio cada vez que lo hago, me premian con algún ídolo azteca de nombre impronunciable.

—¿A qué atribuyes ese contrasentido?

—A que en la cárcel quizá podría componer lo que yo quiero, lo que yo puedo. Pero me dejan suelto y me aplauden. Me castran, hermanito.

—El hambre es cabrona.

—¿Cómo averiguaste eso, junior?

—Mi padre me cuenta, día a día, la historia de su juventud. Es conmovedora. Nada menos que un *self-made man.*

—Que me contrata y me paga espléndidamente. Vamos a brindar todos porque viva muchos años.

Carlos alzó su vaso. Jorge lo observaba, sonriente.

—Salud es lo que me falta para acompañarte. Aunque tengo que convenir en que el producto que ingieres es de una calidad superior.

—Un hijo de mi padre tiene que convidar whisky… aunque para hacerlo saquee las bodegas familiares. Porque, has de saber, Orfeo, que mis mensualidades son menos espléndidas que tus honorarios. Y que el

Mecenas ha amenazado con alzarme la canasta si no hago una demostración pública y satisfactoria de mis habilidades.

—¡Son tantas!

—Allí está el problema. Elegir primero y luego realizarse.

—La vocación es la incapacidad total de hacer cualquiera otra cosa.

—Mírame a mí: si yo no hubiera sido militar ¿qué habría sido?

—Civil.

Carlos y Jorge consideraron un momento esta posibilidad y luego soltaron, simultáneamente, la risa.

—No les hagas caso —terció Edith—. Siempre juegan así.

—Pues ya están grandecitos. Podrían inventar juegos más ingeniosos.

—¡No me tientes, Satanás!

Jorge dio las espaldas a todos con un gesto pudibundo.

—¿No viene nadie más hoy? —quiso saber Vicente.

Edith se alzó de hombros.

—Los de costumbre. Si es que no tuvieron ningún contratiempo.

—Es decir, Hugo con el apéndice correspondiente.

—¡Esperemos en Dios que sea extranjera!

—Nadie es extranjero. Algunos lo pretenden pero a la hora de la hora sacan a relucir su medallita con la Virgen de Guadalupe.

—Para evitar engaños lo primero que hay que explorar es el pecho.

—En el caso de las mujeres. ¿Y en el otro?

—Ay, tú, los medallones no se incrustan dondequiera.

—¡Que opine Edith!

—¿Es la voz más autorizada?

—Por lo menos es la única ortodoxa.

—¡Pelados!

Edith aparentaba indignación pero en el fondo disfrutaba de los equívocos.

—Yo me pregunto —dijo Vicente— qué pasaría si una vez nos decidiéramos a acostarnos todos juntos.

—Que se acabarían los albures.

Jorge había hablado muy sentenciosamente y añadió:

—En el Ejército se hizo el experimento. Y sobrevino un silencio sepulcral.

—¿Tú también callaste?

—No me quedó nada, absolutamente nada que decir.

Permaneció serio, como perdido en la añoranza y la nostalgia. Suspiró para completar el efecto de sus revelaciones. Pero el suspiro se perdió en el estrépito de la llegada de un nuevo contingente de visitantes.

—¡Lucrecia! ¡Octavio! ¡Hugo! ¿Vinieron juntos?

—Nos encontramos en la puerta.

—Pasen y acomódense.

Cada uno lo hizo no sin antes entregar a Edith su tributo.

—¿Y tu mujer, Octavio?

—Se siente un poco mal. Me pidió que la disculparan.

—¿Embarazo?

—No es seguro todavía. Pero es probable, a juzgar por los síntomas.

—¡Qué falta de imaginación tienen las mujeres, Dios santo! No saben hacer otra cosa que preñarse.

—Bueno, Vicente, al menos les concederás que saben hacer también lo necesario para preñarse.

Edith miró a Octavio, interrogativamente. Suponía a Elisa, su mujer, inexperta, inhábil y gazmoña. Pero Octavio no dejó traslucir nada. Estaba muy atento a la dosis de whisky que le servían.

—¿Por qué tan solo, Hugo? ¿Se agotó el repertorio?

—Estoy esperando —respondió el aludido con un leve gesto de misterio.

—¿Tú también? —preguntó Jorge falsamente escandalizado.

—¡Basta! —gritó Edith.

—Voy a presentarles a una amiga alemana.

—¿Habla español?

—A little. Pero lo entiende todo.

—Muy comprensiva.

—En última instancia puede platicar con Octavio que estuvo en Alemania ¿cuántos años?

—Dos.

—Pero llevando cursos con Heidegger. Eso no vale.

—Yo hice la primaria allá —apuntó tímidamente Weston—. Lo digo por si se ofrece.

—¿No que te educaste en Inglaterra?

—También. Y en Francia. Conmigo no hay pierde, Hugo.

—¡Ya estarás, judío errante!

—Si lo de judío lo dices por mi padre, te lo agradezco. Es uno de mis motivos más fundados de desprecio.

—A poco tu papá es judío, tú.

—Pues bien a bien, no lo sé. Pero, ah, cómo jode.

Lucrecia se revolvió, incómoda, en el asiento.

—¡Tanto presumir de Europa y mira nomás qué lenguaje!

—¿Sabes por qué los hijos de los ricos poseemos un vocabulario tan variado? Porque nuestros padres pudieron darse el lujo de abandonar nuestra educación a los criados.

—Y si tienen tan buen ojo para las mujeres es porque los inician sus institutrices.

Carlos se frotó las manos, satisfecho.

—Se va a poner buena la cosa hoy.

—No tengo miedo —aseguró Hugo—. Al contrario, me encanta la idea de que Hildegard tenga la oportunidad de hacer sus comparaciones.

—Al fin y al cabo lo importante no es ganar sino competir, como dijo el clásico.

Si hubiera estado allí Rafael habría hecho chuza con todos, reflexionó Edith. Y se alegró locamente de que no estuviera allí, de que no la hiciera estremecerse de incertidumbre y de celos.

—¿Contenta?

Jorge le había puesto una mano fraternal sobre el hombro, pero había en su pregunta cierto dejo de reproche, como si la alegría de los demás fuera un insulto a su propia pena. Edith adoptó, para responder, un tono neutro.

—Viendo los toros desde la barrera.

—Igual que yo. ¿No ha hablado Luis?

Edith hizo un signo negativo con la cabeza.

Jorge se apartó bruscamente al tiempo que decía:

—Es mejor.

¿Es mejor amputarse un miembro? Los médicos no recurren a esos extremos más que cuando la gangrena ha cundido, cuando las fracturas son irreparables. Pero en el caso de Luis y de Jorge ¿qué se había interpuesto? Por su edad, por sus condiciones peculiares, por el tiempo que habían mantenido la relación, la actitud tan definitiva de rechazo parecía incoherente. La intransigencia es propia de los jóvenes, la espontaneidad y

la manía de dar un valor absoluto a las palabras, a los gestos, a las actitudes. Curiosa, Edith se prometió localizar a Luis e invitarlo a tomar el té juntos. Llevaría la conversación por temas indiferentes hasta que las defensas, de que su interlocutor llegaría bien pertrechado, fueran derrumbándose y diera libre curso a sus lamentaciones. De antemano se desilusionó con la certidumbre de que en el fondo del asunto no hallaría más que una sórdida historia de dinero (porque Jorge era avaro y Luis derrochador). ¡Dinero! Como si importara tanto. Cuando Edith se casó con Carlos ambos eran pobres como ratas y disfrutaron enormemente de sus abstenciones porque se sentían heroicos, y de sus despilfarros porque se imaginaban libres. Después él comenzó a tener éxito en su trabajo y ella a saber administrar los ingresos. La abundancia les iba bien y ni Carlos se amargaba pensando que había frustrado su genio artístico ni ella lo aguijoneaba con exigencias desmesuradas de nueva rica. El primer automóvil, la primera estola de mink, el primer collar de diamantes fueron acontecimientos memorables. Lo demás se volvió rutina, aunque nunca llegara al grado del hastío. Edith se preguntaba, a veces, si con la misma naturalidad con que había transitado de una situación a la otra sería capaz de regresar y se respondía, con una confianza en su aptitud innata y bien ejercitada para hallar el lado bueno —o pintoresco— de las cosas, afirmativamente.

—¿Por qué tan meditabunda, Edith?

Era Octavio. Edith detuvo en él sus negrísimos ojos líquidos —era un truco que usaba en ocasiones especiales— antes de contestar.

—Trato de ponerme a tono con la depresión reinante. Tú deberías estar más eufórico ya que eres un recién casado. Das muy mal ejemplo a los solteros. Los desanimas.

—Mi matrimonio es un fracaso.

—No puedes saberlo tan pronto.

—Lo supe desde el primer día, en el primer momento en que quedamos solos mi mujer y yo.

—¿Es frígida?

—Y como todas las frígidas, sentimental. Me ama. Me hace una escena cada vez que salgo a la calle y se niega a ir conmigo a ninguna parte.

—¿Aquí también?

—Aquí especialmente. Está celosa de ti.

—¡Pero qué absurdo!

—¿Por qué absurdo, Edith? Es en lo único en lo que tiene razón. Tú y yo somos… ¿cómo diré? aliados naturales. Eres tan suave, tan dúctil… Después de ese papel de estraza con el que me froto el día entero sé apreciar mejor tus cualidades.

—No sé a quién agradecer el elogio: si a ella o a ti.

Un arrebol de vanidad halagada subió hasta su rostro. Para esconderlo Edith se volvió al ángulo en que charlaban Carlos y Lucrecia.

—Parecen un poco tensos —dijo señalando la pareja a Octavio—. Si Lucrecia sigue apretando la copa de ese modo va a acabar por romperla.

—¿Te preocupa?

—No. La copa es corriente.

Ambos rieron y ella hizo ademán de tenderse en la alfombra. Octavio arregló unos cojines para que se acomodara.

—¿Cómo va la pintura?

Edith había cerrado los ojos para entregarse a su bienestar.

—Hmmm. Se defiende.

Octavio se había recostado paralelamente a ella.

—Tienes que invitarme a tu estudio alguna vez.

Edith se irguió, excitada.

—¿Vas a explicarme lo que estoy haciendo?

—Si quieres. Y si no, no. Aunque no lo creas también sé estarme callado.

—¿De veras?

Edith se había vuelto a tender y a cerrar los ojos.

—Si tengo algo mejor que hacer que hablar… o si me quedo boquiabierto de admiración. ¿Cuál de las dos alternativas te parece más probable?

De una manera casual Octavio enroscaba y desenroscaba en uno de sus dedos un mechón del pelo de Edith.

—No soy profetisa —murmuró ella fingiendo no haber advertido la caricia para permitir que se prolongara.

—¿Mañana entonces? ¿En la mañana?

Edith se desperezó bruscamente.

—¿Vas a dejar sola a tu mujer tan temprano? Es la hora en que las náuseas se agudizan.

—Para que veas de lo que soy capaz, me perderé ese delicioso espectáculo por ti.

—Corres el riesgo de no encontrarme. A veces salgo.

—Mañana no saldrás.

—¡Presumido!

Edith se puso de pie con agilidad para dar por terminada una conversación que no haría sino decaer al continuarse. Fingió que hacía falta hielo y fue a la cocina por él. Sorprendió en el teléfono a Vicente, frenético, insultando a alguien. Cuando se dio cuenta de que era observado, colgó la bocina.

—¿Renée? —preguntó tranquilamente Edith.

Vicente se golpeó la cabeza con los puños.

—¡Abortó! Ella sola, como un animal…

—Yo la vi representar esa escena de *La salvaje* de Anouilh en la Academia de Seki Sano. A pesar de las objeciones del Maestro, Renée no lo hacía mal.

Al ver el efecto que habían hecho sus palabras, Edith se acercó a Vicente dejando la cubeta de hielo en cualquier parte para tener libres las dos manos consoladoras.

—¡No lo tomes así! Ni siquiera sabes si esa criatura es tuya.

—¡No es el feto lo que me importa! ¡Es ella! No la creí capaz de ser tan despiadada.

—Y si te hubiera colgado el milagrito no la hubieras creído capaz de ser tan egoísta. ¿Qué puedes darle tú?

—Nada. Ni siquiera dinero para el sanatorio. Por eso tuvo que recurrir a… no sé qué medios repugnantes.

—Los parlamentos de *La salvaje,* cuando narra este hecho, son siniestros. No me extraña que te hayan alterado tanto… aunque los hayas oído sólo por teléfono.

—¿Crees que es teatro?

—Bueno… Renée es actriz.

—Pero lo que hizo… ¿o no lo hizo?

—En cualquiera de los dos casos no la culpes.

—¿Entonces qué? ¿Debo culparme yo?

—Tampoco. Renée no es ninguna criatura como para no saber cuáles son las precauciones que hay que tomar. Si se descuida que lo remedie ¿no?

—¡Muy fácil! Pero ahora ella me odia y yo la odio y los dos nos avergonzamos de nosotros mismos y ya nada podrá ser igual.

—Ay, Vicente, qué ingenuo eres. Todo vuelve a ser igual, con Renée o con otra. La vida es más bien monótona. Ya tendrás muchas oportunidades de comprobarlo.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto sirve de algo. Ayúdame a traer hielo y vasos de la cocina.

—¿Ha llegado más gente? Porque ando de un humor…

—No. Hugo se truena los dedos pensando si la alemana será capaz de dar correctamente la dirección al taxista.

—A lo mejor se va con el taxista. Sería más folklórico ¿no se te hace?

Edith sacudió la cabeza vigorosamente mientras vaciaba los cubitos de hielo.

—Estás instalado en el anacronismo. Esas cosas ya no pasan en México.

—En las películas que produce mi papá, sí.

—¿Y las ves? ¡Qué horror! De castigo te mando que cuando venga la alemana tú te estés muy quietecito ¿eh? La jugada que le hiciste con la francesa todavía no se le olvida.

—¡Chin! ¡Puro tabú! ¿Y con quién me voy a consolar? ¿Tú no tienes ninguna amiga potable, Edith?

—Allí está Lucrecia.

—Dije potable y dije amiga. Todos sabemos que Lucrecia no viene por ti.

—Todos saben que yo soy la que insiste para que no falte a ninguna de nuestras reuniones. Es la única manera de tener con nosotros a Carlos.

—Realmente tratas a tu marido como si fuera indispensable.

—Lo es. En un matrimonio un marido siempre lo es.

—¡Burgueses repugnantes!

—Nunca he pretendido ser más que una burguesa. Una Pequeña, pequeñita burguesa. ¡Y hasta eso cuesta un trabajo!

Cuando volvieron al salón Hildegard estaba despojándose de un abrigo absolutamente inoportuno. Hugo se desvivía por atenderla y Octavio se abalanzó a la primera mano que tuvo libre para besársela al modo europeo.

—¿Qué te parece? —preguntó Edith a Vicente en voz baja desde el umbral.

—Un poco demasiado Rubens ¿no? A mí no me fascinan especialmente los expendios de carne.

—Mientras no te despachas con la cuchara grande ¿eh? Anda y saluda como el niño bien educado que Lucrecia no cree que eres.

Vicente hizo, ante la recién llegada, la ceremonia que le enseñaron sus preceptores con entrechocamiento de talones y todo. Hildegard pareció maravillada y dijo alguna frase en su idioma que Octavio se apresuró a traducir.

—"A un panal de rica miel…" —musitó Edith al oído del intérprete, pero Octavio únicamente prestaba atención a la copa que le ponían al alcance de la mano.

—Es un poco descortés que no nos presenten —dijo ahora Edith con la voz alta, bien modulada y clara.

Todos lo hicieron al unísono, con lo que la confusión natural de este acto se multiplicó hasta el punto de que ya nadie sabía quién era quién.

Edith se escabulló y fue a sentarse junto a Jorge porque Carlos y Lucrecia continuaban al margen, enfrascados en una discusión aparentemente muy intrincada.

—No te dejes ganar por la tristeza, Jorge. Los domingos son mortales. Pero luego viene el lunes y…

Vendría el lunes. Jorge pensó en el cuarto de hotel que ocupaba desde que lo abandonó Luis, desde que todos los días eran absolutamente idénticos. Envejecer a solas ¡qué horror! Y qué espectáculo tan ridículo en su caso. Sin embargo él lo había escogido así, había permitido que sucediera así. Porque a esa edad ya ni él ni Luis podrían encontrar más que compañías mercenarias y fugaces, caricaturas del amor, burlas del cuerpo.

Edith observaba las evoluciones de Octavio, su talentoso y sabio despliegue de las plumas de su cola de pavorreal ante los ojos ingenuos y deslumbrados de Hildegard. Y vio a Hugo mordiéndose las uñas de impotencia. Y a Vicente riendo por lo bajo, en espera de su oportunidad. Se vio a sí misma excluida de la intimidad de Carlos y Lucrecia, del dolor de Jorge, del juego de los otros. Se vio a sí misma borrada por la ausencia de Rafael y un aire de decepción estuvo a punto de ensombrecerle el rostro. Pero recordó la tela comenzada en su estudio, el roce peculiar del pantalón de pana contra sus piernas; el sweater viejo, tan natural como una segunda

piel. Lunes. Ahora recordaba, además, que había citado al jardinero. Inspeccionarían juntos ese macizo de hortensias que no se quería dar bien.

Cabecita blanca

LA SEÑORA Justina miraba, como hipnotizada, el retrato de ese postre, con merengue y fresas, que ilustraba (a todo color) la receta que daba la revista. La receta no era para los momentos de apuro —cuando el marido llega a la casa a las diez de la noche con invitados a cenar: compañeros de trabajo, el jefe que estaba de buen humor y, casualmente, sin ningún compromiso; algún amigo de la adolescencia con el que se topó en la calle— y había que portarse a la altura de las circunstancias. No, la receta era para las grandes ocasiones: la invitación formal al jefe al que se pensaba pedir un aumento de sueldo o de categoría; la puntilla al prestigio culinario y legendario de la suegra; la batalla de la reconquista de un esposo que empieza a descarriarse y quiere probar su fuerza de seducción en la jovencita que podía ser la compañera de estudios de su hija.

—Hola, mamá. Ya llegué.

La señora Justina apartó la mirada de aquel espejismo que ayudaba a fabricar su hambre de diabética sujeta a régimen y examinó con detenimiento, y la consabida decepción, a su hija Lupe. No, no se parecía, ni remotamente, a las hijas que salen en el cine que si llegaban a estas horas era porque se habían ido de paseo con un novio que trató de seducirlas y no logró más que despeinarlas o con un pretendiente tan respetuoso y de tan buenas intenciones que producía el efecto protector de una última rociada de spray sobre el crepé, laboriosamente organizado en el salón de belleza. No, Lupe no venía… descompuesta. Venía fatigada, aburrida, harta, como si hubiera estado en una ceremonia eclesiástica o merendando con unas

amigas tan solitarias, tan sin nada qué hacer ni de qué hablar como ella. Sin embargo, la señora Justina se sintió en la obligación de clamar:

—No le guardas el menor respeto a la casa… entras y sales a la hora que te da la gana, como si fueras hombre… como si fuera un hotel… no das cuenta a nadie de tus actos… si tu pobre padre viviera…

Por fortuna su pobre padre estaba muerto y enterrado en una tumba a perpetuidad en el Panteón Francés. Muchos criticaron a la señora Justina por derrochadora pero ella pensó que no era el momento de reparar en gastos cuando se trataba de una ocasión única y, además, solemne. Y ahora, bien enterrado, no dejaba de ser un detalle de buen gusto invocarlo de cuando en cuando, sobre todo porque eso permitía a la señora Justina comparar su tranquilidad actual con sus sobresaltos anteriores. Acomodada exactamente en medio de la cama doble, sin preocuparse de si su compañero llegaría tarde (prendiendo luces a diestra y siniestra y haciendo un escándalo como si fueran horas hábiles) o de, si no llegaría porque había tenido un accidente o había caído en las garras de una mala mujer que mermaría su fortaleza física, sus ingresos económicos y su atención —ya de por sí escasa— a la legítima.

Cierto que la señora Justina siempre había tenido la virtud de preferir un esposo dedicado a las labores propias de su sexo en la calle que uno de esos maridos caseros que revisan las cuentas del mercado, que destapan las ollas de la cocina para probar el sazón de los guisos, que se dan maña para descubrir los pequeños depósitos de polvo en los rincones y que deciden experimentar las novísimas doctrinas pedagógicas en los niños.

—Un marido en la casa es como un colchón en el suelo. No lo puedes pisar porque no es propio; ni saltar porque es ancho. No te queda más que ponerlo en su sitio. Y el sitio de un hombre es su trabajo, la cantina o la casa chica.

Así opinaba su hermana Eugenia, amargada como todas las solteronas y, además, sin ninguna idea de lo que era el matrimonio. El lugar adecuado para un marido era en el que ahora reposaba su difunto Juan Carlos.

Por su parte, la señora Justina se había portado como una dama: luto riguroso dos años, lenta y progresiva recuperación, telas a cuadros blancos y negros y ahora el ejemplo vivo de la conformidad con los designios de la Divina Providencia: colores serios.

—Mamá, ayúdame a bajar el cierre, por favor.

La señora Justina hizo lo que le pedía Lupe y no desaprovechó la ocasión de ponderar una importancia que sus hijos tendían a disminuir.

—El día en que yo te falte…

—Siempre habrá algún acomedido ¿no crees? Que me baje el cierre aunque no sea más que por interés de los regalos que yo le dé.

He aquí el resultado de seguir los consejos de los especialistas en relaciones humanas: “sea usted amiga, más que madre; aliada, no juez”. Muy bien. ¿Y ahora qué hacía la señora Justina con la respuesta que ni siquiera había provocado? ¿Poner el grito en el cielo? ¿Asegurarle a Lupe que le dejaría en su testamento lo suficiente como para que pudiera pagarse un servicio satisfactorio de baja-cierres? Por Dios, en sus tiempos una muchacha no se daba por entendida de ciertos temas por respeto a la presencia de su madre. Pero ahora, en los tiempos de Lupe, era la madre la que no debía darse por entendida de ciertos temas que tocaba su hija.

¡Las vueltas que da el mundo! Cuando la señora Justina era una muchacha se suponía que era tan inocente que no podía ser dejada sola con un hombre sin que él se sintiera tentado de mostrarle las realidades de la vida subiéndole las faldas o algo. La señora Justina había usado, durante toda la época de su soltería y, sobre todo, de su noviazgo, una especie de refuerzo de manta gruesa que le permitía resistir cualquier ataque a su pureza hasta que llegara el auxilio externo. Y que, además, permitía a su familia saber con seguridad que si el ataque había tenido éxito fue porque contó con el consentimiento de la víctima.

La señora Justina resistía siempre con arañazos y mordiscos las asechanzas del demonio. Pero una vez sintió que estaba a punto del desfallecimiento. Se acomodó en el sofá, cerró los ojos… y cuando volvió a abrirlos estaba sola. Su tentador había huido, avergonzado de su conducta que estuvo a punto de llevar a una joven honrada al borde del precipicio. Jamás procuró volver a encontrarla pero cuando el azar los reunía él la miraba con extremo desprecio y si permanecían lo suficientemente próximos como para poder hablarle al oído sin ser escuchado más que por ella, le decía:

—¡Piruja!

La señora Justina pensó en el convento como único resguardo contra las flaquezas de la carne pero el convento exigía una dote que el mediano pasar de su padre —bendecido por el cielo con cinco hijas solteras— convertía en

un requisito imposible de cumplir. Se conformó, pues, con afiliarse a cofradías piadosas y fue en una reunión mixta de la ACJM donde conoció al que iba a desposarla.

Se amaron, desde el primer momento, en Cristo y se regalaban, semanalmente, ramilletes espirituales. “Hoy renuncié a la ración de cocada que me correspondía como postre y cuando mi madre insistió en que me alimentara, fingí un malestar estomacal. Me llevaron a mi cuarto y me dieron té de manzanilla, muy amargo. Ay, más amarga era la hiel en que empaparon la esponja que se acercó a los labios de Nuestro Señor cuando, crucificado, se quejaba de tener sed.”

La señora Justina se sentía humilladísima por los alcances de Juan Carlos. Lo de la cocada a cualquiera se le ocurría, pero lo de la esponja… Se puso a repasar el catecismo pero nunca atinó a establecer ningún nexo entre los misterios de la fe o los pasos de la historia divina y los acontecimientos cotidianos. Lo que le sirvió, a fin de cuentas (por aquel precepto evangélico de que los que se humillen serán ensalzados), para comprobar que los caminos de la Providencia son inescrutables. Gracias a su falta de imaginación, a su imposibilidad de competir con Juan Carlos, Juan Carlos cayó redondo a sus pies. Dijera lo que dijera provocaba siempre un ¡ah! de admiración tanto en la señora Justina cuanto en el eco dócil de sus cuatro hermanas solteras. Fue con ese ¡ah! con el que Juan Carlos decidió casarse y su decisión no pudo ser más acertada porque el eco se mantuvo incólume y audible durante todos los años de su matrimonio y nunca fue interrumpido por una pregunta, por un comentario, por una crítica, por una opinión disidente.

Ahora, ya desde el puerto seguro de la viudez —inamovible, puesto que era fiel a sus recuerdos y puesto que había heredado una pensión suficiente para sus necesidades— la señora Justina pensaba que quizá le hubiera gustado aumentar su repertorio con algunas otras exclamaciones. La de la sorpresa horrorizada, por ejemplo, cuando vio por primera vez, desnudo frente a ella y frenético, quién sabe por qué, a un hombre al que no había visto más que con la corbata y el saco puestos y hablando unciosamente del patronazgo de San Luis Gonzaga al que había encomendado velar por la integridad de su juventud. Pero le selló los labios el sacramento que, junto con Juan Carlos, había recibido unas horas antes en la Iglesia y la advertencia oportuna de su madre quien, sin entrar en detalles, por

supuesto, la puso al tanto de que en el matrimonio no era oro todo lo que relucía. Que estaba lleno de asechanzas y peligros que ponían a prueba el temple de carácter de la esposa. Y que la virtud suprema que había que practicar si se quería merecer la palma del martirio (ya que a la de la virginidad se había renunciado automáticamente al tomar el estado de casada) era la virtud de la prudencia. Y la señora Justina entendió por prudencia el silencio, el asentimiento, la sumisión.

Cuando Juan Carlos se volvió loco la noche misma de la boda y le exigió realizar unos actos de contorsionismo que ella no había visto ni en el Circo Atayde, la señora Justina se esforzó en complacerlo y fue lográndolo más y más a medida que adquiría práctica. Pero tuvo que calmar sus escrúpulos de conciencia (¿no estaría contribuyendo al empeoramiento de una enfermedad que quizá era curable cediendo a los caprichos nocturnos de Juan Carlos en vez de llevarlo a consultar con un médico?) en el confesionario. Allí el señor cura la tranquilizó asegurándole que esos ataques no sólo eran naturales sino transitorios y que con el tiempo irían perdiendo su intensidad, espaciándose hasta desaparecer por completo.

La boca del Ministro del Señor fue la de un ángel. A partir del nacimiento de su primer hijo Juan Carlos comenzó a dar síntomas de alivio. Y gracias a Dios, porque con la salud casi recuperada por completo podía dedicar más tiempo al trabajo en el que ya no se daba abasto y tuvieron que conseguirle una secretaria.

Muchas veces Juan Carlos no tenía tiempo de llegar a comer o a cenar a su casa o se quedaba en juntas de consejo hasta la madrugada. O sus jefes le hacían el encargo de vigilar las sucursales de la Compañía en el interior de la República y se iba, por una semana, por un mes, no sin recomendar a la familia que se cuidara y que se portara bien. Porque ya para entonces la familia había crecido: después del varoncito nacieron dos niñas.

El varoncito fue el mayor y si por la señora Justina hubiera sido no habría encargado ninguna otra criatura porque los embarazos eran una verdadera cruz, no sólo para ella, que los padecía en carne propia, sino para todos los que la rodeaban. A deshoras del día o de la noche le venía un antojo de nieve de guanábana y no quedaba más remedio que salir a buscarla donde se pudiera conseguir. Porque ninguno quería que el niño fuera a nacer con alguna mancha en la cara o algún defecto en el cuerpo, como consecuencia de la falta de atención a los deseos de la madre.

En fin, la señora Justina no tenía de qué quejarse. Allí estaban sus tres hijos buenos y sanos y Luisito (por San Luis Gonzaga, del que Juan Carlos seguía siendo devoto) era tan lindo que lo alquilaban como niño Dios en la época de los nacimientos.

Se veía hecho un cromo con su ropón de encaje y con sus caireles rubios que no le cortaron hasta los doce años. Era muy seriecito y muy formal. No andaba, como todos los otros muchachos de su edad, buscando los charcos para chapotear en ellos ni trepándose a los árboles ni revolcándose en la tierra. No, él no. La ropa le dejaba de venir, y era una lástima, sin un remiendo, sin una mancha, sin que pareciera haber sido usada. Le dejaba de venir porque había crecido. Y era un modelo de conducta. Comulgaba cada primer viernes, cantaba en el coro de la Iglesia con su voz de soprano, tan limpia y tan bien educada que, por fortuna, conservó siempre. Leía, sin que nadie se lo mandara, libros de edificación.

La señora Justina no hubiera pedido más pero Dios le hizo el favor de que, aparte de todo, Luisito fuera muy cariñoso con ella. En vez de andar de parranda (como lo hacían sus compañeros de colegio, y de colegio de sacerdotes ¡qué horror!) se quedaba en la casa platicando con ella, deteniéndole la madeja de estambre mientras la señora Justina la enrollaba, preguntándole cuál era su secreto para que la sopa de arroz le saliera siempre tan rica. Y a la hora de dormirse Luisito le pedía, todas las noches, que fuera a arroparlo como cuando era niño y que le diera la bendición. Y aprovechaba el momento en que la mano de la señora Justina quedaba cerca de su boca para robarle un beso. ¡Robárselo! Cuando ella hubiera querido darle mil y mil y mil y comérselo de puro cariño. Se contenía por no encelar a sus otras hijas y ¡quién iba a creerlo! por no tener un disgusto con Juan Carlos.

Que, con la edad, se había vuelto muy majadero. Le gritaba a Luisito por cualquier motivo y una vez, en la mesa, le dijo… ¿qué fue lo que le dijo? La señora Justina ya no se acordaba pero ha de haber sido algo muy feo porque ella, tan comedida siempre, perdió la paciencia y jaló el mantel y se vino al suelo toda la vajilla y el caldo salpicó las piernas de Carmela, que gritó porque se había quemado y Lupe aprovechó la oportunidad para que le diera el soponcio y Juan Carlos se levantó, se puso su sombrero y se fue, muy digno, a la calle de la que no volvió hasta el día de la quincena.

Luisito… Luisito se separó de la casa porque la situación era insostenible. Había conseguido un trabajo muy bien pagado en un negocio de decoración. Lo del trabajo debía de haberle tapado la boca a su padre, pero ¡qué esperanzas! Seguía diciendo barbaridades hasta que Luisito optó por venir a visitar a la señora Justina a las horas en que estaba seguro de no encontrarse con el energúmeno de su papá.

No tenía que complicarse mucho. La señora Justina estaba sola la mayor parte del día, con las muchachas ya encarriladas en una oficina muy decente y con el marido sabe Dios dónde. Metido en problemas, seguro. Pero de eso más valía no hablar porque Juan Carlos se irritaba cuando su mujer no entendía lo que le estaba diciendo.

Una vez la señora Justina recibió un anónimo en el que "una persona que la estimaba" la ponía al corriente de que Juan Carlos le había puesto casa a su secretaria. La señora Justina estuvo mucho rato viendo aquellas letras desiguales, groseramente escritas, que no significaban nada para ella, y acabó por romper el papel sin comentar nada con nadie. En esos casos la caridad cristiana manda no hacer juicios temerarios. Claro que lo que decía el anónimo podía ser verdad. Juan Carlos no era un santo sino un hombre y como todos los hombres, muy material. Pero mientras a ella no le faltara nada en su casa y le diera su lugar y respeto de esposa legítima, no tenía derecho a quejarse ni por qué armar alborotos.

Pero Luisito, que estaba pendiente de todos los detalles, pensó que su mamá estaba triste tan abandonada y el diez de mayo le regaló una televisión portátil. ¡Qué cosas se veían, Dios del cielo! Realmente los que escriben las comedias ya no saben ni qué inventar. Unas familias desavenidas en las que cada quien jala por su lado y los hijos hacen lo que se les pega la gana sin que los padres se enteren. Unos maridos que engañan a las esposas. Y unas esposas que no eran más tontas porque no eran más grandes, encerradas en sus casas, creyendo todavía lo que les enseñaron cuando eran chiquitas: que la luna es queso.

¡Válgame! ¿Y si esas historias sucedieran en la realidad? ¿Y si Luisito fuera encontrándose con una mañosa que lo enredara y lo obligara a casarse con ella? La señora Justina no descansó hasta que su hijo le prometió formalmente que nunca, nunca, nunca se casaría sin su consentimiento. Además ¿por qué se preocupaba? Ni siquiera tenía novia. No le hacía ninguna falta, decía, abrazándola, mientras tuviera con él a su mamacita.

Pero había que pensar en el mañana. La señora Justina no le iba a durar siempre. Y aunque le durara. No estaba bien que Luisito viviera como un gitano.

Para desengañarla Luisito la llevó a conocer su departamento. ¡Qué precioso lo había arreglado! No en balde era decorador. Y en cuanto a servicio había conseguido un mozo, Manolo, porque las criadas son muy inútiles, muy sucias y todas las mujeres, salvo la señora Justina, su mamá, muy malas cocineras.

Manolo parecía servicial: le ofreció té, le arregló los cojines del sillón en el que la señora Justina iba a sentarse, le quitó de encima el gato que se empeñaba en sobarse contra sus piernas. Y, además, Manolo era agradable, bien parecido y bien presentado. Menos mal. Se había sacado la lotería con Luisito porque lo trataba con tantos miramientos como si fuera su igual: le permitía comer en la mesa y dormir en el couch de la sala porque el cuarto de la azotea, que era el que le hubiera correspondido, tenía muy buena luz y se usaba como estudio.

La única espina era que Luisito y Juan Carlos no se hubieran reconciliado. No iba a ceder el rigor del padre ni el orgullo del hijo sino ante la coyuntura de la última enfermedad. Y la de Juan Carlos fue larga y puso a prueba la ciencia de los médicos y la paciencia de los deudos. La señora Justina se esmeraba en cuidar a su marido, que nunca tuvo buen temple para los achaques y que ahora no soportaba sus dolores y molestias sin desahogarse sobre su esposa encontrando torpes e inoportunas sus sugerencias, insuficientes sus desvelos, inútiles sus precauciones. Sólo ponía buena cara a las visitas: la de sus compañeros de trabajo, que empezaron siendo frecuentes y acabaron como las apariciones del cometa. La única constante fue la secretaria (¡pobrecita, tan vieja ya, tan canosa, tan acabada! ¿Cómo era posible que alguien se hubiera cebado en su fama calumniándola?) y traía siempre algún agrado: revistas, frutas que Juan Carlos alababa con tanta insistencia que sus hijas salían disgustadas del cuarto. ¡Muchachas díscolas! En cambio Luisito guardaba la compostura, como bien educado que era, y por delicadeza, porque no sabía cómo iba a ser recibido por su padre, la primera vez que quiso hacerle un regalo no se lo entregó personalmente sino que envió a Manolo que lo hiciera.

Fue así como Manolo entró por primera vez en la casa de la señora Justina y supo hacerse indispensable a todos, al grado de que ya a ninguno

le importaba que viniera acompañando a Luisito o solo. Sabía poner inyecciones, preparaba platillos de sorpresa después del último programa de televisión y acompañaba a la secretaria de regreso a su casa que, por fortuna, no quedaba muy lejos —unas dos o tres cuadras— y se llegaba fácilmente a pie.

En el velorio de Juan Carlos más parecía Manolo un familiar que un criado y nadie tomó a mal que recibiera el pésame vestido con un traje de casimir negro que Luisito le compró especialmente para esa ocasión.

Tiempos felices. A duras penas se prolongaron durante el novenario pero después la casa volvió a quedar como vacía. La secretaria se fue a vivir a Guanajuato, a las muchachas no les alcanzaba el tiempo repartido entre el trabajo y las diversiones. El único que, por más ocupado que estuviera, siempre se hacía lugar para darle un beso a su "cabecita blanca" —como la llamaba cariñosamente— era Luisito. Y Manolo caía de cuando en cuando con un ramo de flores, más que para halagar a la señora Justina (eso no se le escapaba a ella, ni que fuera tonta) para lucir algún anillo de piedra muy vistosa, un pisacorbata de oro, un par de mancuernas tan payo que decía a gritos que su dueño nunca antes había tenido dinero y que no sabía cómo gastarlo.

Las muchachas se burlaban de él diciéndole que no fuera malo, que no les hiciera la competencia y anunciándole que si alguna vez conseguían novio no iban a presentárselo para no correr el riesgo de que las plantara y se fuera con su rival. Manolo se reía haciendo unos visajes muy chistosos y cuando Carmela, la mayor, le comunicó a su familia que iba a casarse con un compañero de trabajo y organizaron una fiestecita para formalizar las relaciones, Manolo se comprometió a ayudar en la cocina y a servir la mesa. Así se hizo pero Carmela se olvidó de Manolo a la hora de las presentaciones y Manolo entraba y salía de la sala donde todos estaban platicando como si él no existiera o como si fuera un criado.

Cuando los invitados se despidieron Manolo estaba llorando de sentimiento sobre la estufa salpicada de la grasa de los guisos. Entonces entró Carmela palmoteando de gusto porque le había ganado la apuesta. ¿Ya no se acordaba de que quedaron de que si alguna vez tenía novio no se lo iba a presentar a Manolo? Bueno, pues había mantenido su palabra y ahora exigía que Manolo le cumpliera porque además se lo tenía bien merecido por presuntuoso y coqueto. Manolo lloraba más fuerte y se fue dando un

portazo. Pero al día siguiente ya estaba allí, con una caja de chocolates para Carmela, y dispuesto a entrar en la discusión de los detalles del traje de bodas y los adornos de la Iglesia.

¡Pobre Carmela! ¡Con cuánta ilusión hizo sus preparativos! Y desde el día en que regresó de la luna de miel no tuvo sosiego: un embarazo muy difícil, un parto prematuro a los siete meses exactos como que contribuyeron a alejar al marido, ya desobligado de por sí, que acabó por abandonarla y aceptar un empleo como agente viajero en el que nadie supo ya cómo localizarlo.

Carmela se mantenía sola y le pedía a la señora Justina que la ayudara cuidando a los niños. Pero en cuanto estuvieron en edad de ir a la escuela se fueron distanciando cada vez más y no se reunían más que en los cumpleaños de la señora Justina, en las fiestas de Navidad, en el día de las madres.

A la señora Justina le molestaba que Carmela pareciera tan exagerada para arreglarse y para vestirse y que estuviera siempre tan nerviosa. Por más que gritaba los niños no la obedecían y cuando ella los amenazaba con pegarles ellos la amenazaban, a su vez, con contarle a su tío a qué horas había llegado la noche anterior y con quién.

La señora Justina no alcanzaba a entender por qué Carmela temía tanto a Luisito pues en cuanto sus hijos decían “mi tío” ella les permitía hacer lo que les daba la gana. Temer a Luisito, que era una dama y que ahora andaba de viaje por los Estados Unidos con Manolo, era absurdo; pero cuando la señora Justina quiso comentarlo con Lupe no tuvo como respuesta más que una carcajada.

Lupe estaba histérica, como era natural, porque nunca se había casado. Como si casarse fuera la vida perdurable. Pocas tenían la suerte de la señora Justina que se encontró un hombre bueno y responsable. ¿No se miraba en el espejo de su hermana que andaba siempre a la cuarta pregunta? Lupe, en cambio, podía echarse encima todo lo que ganaba: ropa, perfumes, alhajas. Podía gastar en paseos y viajes o en repartir limosna entre los necesitados.

Cuando Lupe escuchó esta última frase estalló en improperios: la necesitada era ella, ella que no tenía a nadie que la hubiera querido nunca. Le salían, como espuma por la boca, nombres entremezclados, historias sucias, quejas desaforadas. No se calmó hasta que Luisito —que regresó de

muy mal humor de los Estados Unidos donde se le había perdido Manolo— le plantó un par de bofetadas bien dadas.

Lupe lloró y lloró hasta quedarse dormida. Después como si se le hubiera olvidado todo, se quedó tranquila. Pasaba sus horas libres tejiendo y viendo la televisión y no se acostaba sin antes tomar una taza de té a la que añadía el chorrito de una medicina muy buena para… ¿para qué?

¡Qué cabeza! A la señora Justina se le confundía todo y no era como para asombrarse. Estaba vieja, enferma. Le habría gustado que la rodearan los nietos, los hijos, como en las estampas antiguas. Pero eso era como una especie de sueño y la realidad era que nadie la visitaba y que Lupe, que vivía con ella, le avisaba muy seguido que no iba a comer o que se quedaba a dormir en casa de una amiga.

¿Por qué Lupe nunca correspondía a las invitaciones haciendo que sus amigas vinieran a la casa? ¿Por no dar molestias? Pero si no era ninguna molestia, al contrario… Pero Lupe ya no escuchaba el parloteo de su madre, bajando de prisa, de prisa los escalones, abriendo la puerta de la calle.

Cuando Lupe se quedaba, porque no tenía dónde ir, tampoco era posible platicar con ella. Respondía con monosílabos apenas audibles y si la señora Justina la acorralaba para que hablara adoptaba un tono de tal insolencia que más valía no oírla.

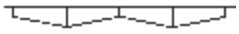
La señora Justina se quejaba con Luisito, que era su paño de lágrimas, esperanzada en que él la rescataría de aquel infierno y la llevaría a su departamento, ahora que Manolo ya no vivía allí y no había sirviente que le durara: ladrones unos, igualados los otros, inconstantes todos, lo mataban a cóleras. Pero Luisito no daba su brazo a torcer ni decidiéndose a casarse (que ya era hora, ya se pasaba de tueste) ni volviendo a casa de su madre (que lo hubiera recibido con los brazos abiertos) ni pidiendo una ayuda que la señora Justina le hubiera dado con tanto gusto.

Porque así como se había desentendido de Carmela y como estaba dispuesta a abandonar a Lupe (eran mujeres, al fin y al cabo, podían arreglárselas solas) así no podía sosegar pensando en Luisito que no tenía quien lo atendiera como se merecía y que, para no molestarla —porque con lo de la diabetes se cansaba muy fácilmente—, ya ni siquiera la llevaba a su casa.

En lo que no fallaba, eso sí, era en visitarla a diario, siempre con algún regalito, siempre con una sonrisa. No con esa cara de herrero mal pagado,

con esa mirada de basilisco con que Lupe se asomaba a la puerta de la recámara de la señora Justina para darle las buenas noches.

Álbum de familia



EL MAR se había batido la noche entera contra la oscuridad y Cecilia, entre sueños, había soñado que alguna vez las olas se detenían en ese límite en el que ¿por qué? abandonaban su fuerza para comenzar a retroceder, como arrepentidas del ímpetu que las había llevado tan lejos, sólo para arrepentirse de su arrepentimiento y volver a comenzar. Temió que alguna vez el ímpetu no mermaría y seguiría empujando hasta arrasar los refugios del hombre, las cabañas de los pescadores, las enramadas de los paseantes, este lujoso hotel de la playa en el que Cecilia se alojaba desde ayer.

El estruendo de afuera no disminuyó con el día. Sólo que la claridad lo despojó de su horror al reducir la inconmensurabilidad a un espectáculo que podía contemplarse —impune, tranquila, placenteramente— desde la terraza, uno de los motivos por los que el precio de estas habitaciones era más caro.

Cecilia no habría advertido tal detalle si Susana no le hubiera llamado la atención sobre él. Asimismo le comunicó el halago que experimentaba por el hecho de ser objeto de atenciones como la ya mencionada (la vista al mar) y como otras, no menos importantes (el desayuno servido en la cama) que se reservaban a los visitantes distinguidos entre los cuales era obvio que ambas podían contarse.

A Cecilia no la asombró más esta distinción de lo que ya la había asombrado el hecho de que Matilde Casanova, la poetisa mexicana recientemente agraciada con el Premio de las Naciones, al regresar a su patria y estando imposibilitada para subir hasta la meseta por motivos de salud que la obligaban a permanecer durante algún tiempo en la costa,

hubiera consentido no únicamente en recibirlas, a ella y a Susana, en una audiencia breve y aun pública, tal como la solicitaron ante su secretaria, a nombre del alumnado de la Facultad de Filosofía y Letras, para rendir homenaje a la escritora y a la maestra, sino que extremó su generosidad hasta el punto de retenerlas como sus invitadas de fin de semana.

Tal favor, hasta ahora, había sustituido al de la audiencia. Ni Cecilia ni su compañera habían tenido acceso hasta el Olimpo en el que habitaba Matilde, agobiada de compromisos oficiales, asediada por personajes del mundo de la política, de la cultura y hasta de las finanzas, acechada por los fotógrafos, perseguida por los cazadores de autógrafos, rodeada siempre de curiosos, tanto profesionales como aficionados.

Pero la cita se había fijado, por fin, para hoy a las once de la mañana. Cecilia y Susana serían recibidas por Matilde, junto con un grupo de escritoras a las que la secretaria de la poetisa laureada, una tal Victoria Benavides, acaso no muy al tanto de las jerarquías ni de las novedades, las había asimilado.

Cecilia y Susana no sólo fueron puntuales sino más aún: inoportunas. Llegaron al salón en el momento en que Victoria —una mujer de mediana edad y que exhibía en una apariencia discreta una eficacia latente —se esforzaba, con argumentos, por echar a una reportera.

—Le repito que no se trata de ningún acto solemne. Mera rutina. Antiguas alumnas que, desde luego, no han superado a su maestra…

—¿Tan antiguas como estas criaturas? —replicó la periodista con desconfianza señalando a Cecilia y a Susana—. La ausencia de Matilde Casanova ha sido lo suficientemente larga como para dar tiempo a que muchachas como éstas nazcan, crezcan y hasta se reproduzcan. Así que no trate de engañarme… o trate de hacerlo mejor.

—Ellas (repuso Victoria señalando de nuevo a Cecilia y a Susana que servían como punto constante de referencia pero que no intervenían de otro modo en la disputa) son la excepción. Pero aunque no lo fueran y aunque la reunión que va a tener lugar fuera importante, continuaría prohibiéndole la entrada porque ésas son las órdenes que he recibido de Matilde.

—No creo que la señora Casanova sea tan imprudente para rechazar así a la prensa, cuando tiene tanto que agradecerle.

—Y tanto que temerle ¿o no era eso lo que quería usted decir? Matilde es imprudente pero no come lumbre. Con los periodistas del mundo entero

ha sido más que amable: ha sido pródiga. Los ha recibido como gremio y como individuos; se ha enfrentado con todas las indiscreciones que parecen ser el signo distintivo de esta profesión; ha perdonado las impertinencias de los audaces y las reiteraciones de los ignorantes; ha rectificado los errores de los precipitados y no ha insistido en corregir las aseveraciones de los malevolentes. ¿Qué más pide usted?

—Mi parte. Lo que Matilde ha hecho lo ha hecho con otros, en otros lugares. Yo ni siquiera la conozco.

—¿Qué me das si te dejo pasar? El borriquito que viene atrás. Así dice el juego infantil. Recuerdo la letra pero no acierto a recordar la música.

—Será porque no tiene música.

—¿No? Yo hubiera jurado… Es curioso el funcionamiento de la memoria. Desde que llegamos a México no han cesado de representárseme imágenes que yo creía borradas para siempre. Pero discúlpeme, no son mis confidencias las que le interesan, sino las de Matilde.

—Tampoco es Matilde. Es el único premio internacional que hasta ahora se ha discernido entre los escritores mexicanos. Y el tercero que se concede a un escritor hispanoamericano.

—Sí, Hispanoamérica ha sido muy favorecida por la naturaleza y muy poco por la cultura.

—Además, en dos casos, se trata de mujeres.

—¿Es usted feminista?

—¿Tengo cara de chuparme el dedo o facha de estar loca? No, de ninguna manera soy feminista. En mi trabajo necesito contar con la confianza de los hombres y con la amistad de las mujeres. En mi vida privada no he renunciado aún ni al amor ni al matrimonio.

Victoria sonrió con una mezcla de burla y de tristeza.

—Veo que el clima del país no ha cambiado mucho durante mi ausencia.

—No supo aprovecharla —replicó incisivamente la otra.

—¿Y cómo interpretan —me refiero a los que enarbolan el pendón del machismo nacional—, cómo digieren, cómo soportan, cómo perdonan el triunfo de Matilde?

—Como cualquier otro campeonato. El campeón desaparece tras el halo de gloria y el mérito se reparte entre todos sus compatriotas.

—Aun entre los que pusieron los mayores obstáculos para que la hazaña se llevara a cabo.

—Especialmente entre ellos, si no me equivoco y usted se ha referido a los colegas de Matilde. Yo hice una encuesta, que ningún periódico se atrevió a publicar, como era de rigor (porque Matilde Casanova es una institución tan intocable ya como Cantinflas o Rodolfo Gaona o qué se yo), en la que recogí versiones muy interesantes y contrapuestas respecto al famoso premio. Pero había un punto en el cual todos estaban de acuerdo: que lograrlo para México había sido una obra maestra de nuestra diplomacia. Antes de que Chile pudiera empezar a vanagloriarse de Gabriela Mistral y su Nobel se le dio machetazo al caballo de espadas.

—Pero el Nobel tiene más prestigio ¿no?

—Lo perdió durante la guerra. Esas concesiones a un bando y a otro, ese caso Churchill que fue la gota de agua que colmó el vaso, acabó por obligarlos a apartar los ojos de Europa y Asia y volverlos al resto del mundo.

—Es decir, África, Oceanía, Latinoamérica.

—Los dos primeros no cuentan todavía culturalmente. Y Latinoamérica, aparte de contar, es un mercado muy prometedor para los productos escandinavos.

—¡Qué maquiavelismo tan rebuscado! En fin, supongamos que esos cálculos sean exactos, no me importa. Los suecos apuntan directamente a Chile, como si no existiera ni Argentina que, entre otras cosas, conservó la neutralidad.

—Nominalmente.

—…O Brasil, que según Zweig, es el país del futuro.

—¡No siga, cállese, antes de que la acusen de traicionar a la patria! Porque México es, de todos los países de este hemisferio (excluyo a los Estados Unidos porque es otro planeta), el único que ha llevado al cabo una revolución *sui generis;* el único que progresa a un ritmo cada vez más acelerado e incontenible; el único que alcanza cada día una meta de justicia social; el único que se enorgullece de su estabilidad interna; el único que mantiene una política exterior coherente y digna; el único…

—¿Qué clase de letanía está usted recitando?

—Los dogmas en cuya validez creen veinte millones de mexicanos que, como dice otro dogma, no pueden estar equivocados.

—¡Dios santo! ¿Y eso se declama así, sin ruborizarse?

—Se declama en tono de desafío… por si las dudas. Aunque esas dudas hayan sido prácticamente disipadas después de que México ha sido ungido por el óleo sagrado del Premio de las Naciones. Flamante, impoluto aún y trascendental.

—En nuestra época solía ser de buen gusto la modestia.

—Y ahora el extremo opuesto.

—Bueno, ya acabaré por entender, y por asumir también esta actitud.

—Está basada en hechos históricos y estadísticos rigurosamente comprobables.

—Me lo imagino. Lo que tiene usted que barajarme más despacio es por qué en este país, entre cuyos privilegios está el de ser también el único en el que ha hecho sus apariciones la Virgen de Guadalupe, escogieron a Matilde habiendo tantos otros escritores y tanto más importantes.

—Por razones de equilibrio. Los otros que usted señala son más o menos del mismo rango y tienen bien establecidas sus rivalidades mutuas y sostienen unas competencias encarnizadas. Pero Matilde empieza por colocarse más allá del bien y del mal gracias a un pequeño detalle: el sexo. Una mujer intelectual es una contradicción en los términos, luego no existe.

—Y, claro, a la izquierda pueden colocarse cuantos ceros se quieran sin peligro de que resulte ninguna cantidad. Eso es correcto en cuanto se refiere a la persona de Matilde. ¿Pero y sus libros?

—¡Los temas son tan inocuos! Un paisaje en el que se diluye un Dios sin nombre, sin cara, sin atributos; unas vagas efusiones de fraternidad universal, nada de lo cual alcanza a cristalizar en una ideología… No, no pierda el tiempo rebatiendo estos argumentos porque no son míos. Son las palabras textuales de *ellos,* que yo no hago más que transcribir, sin comprenderlas siquiera porque no he leído nunca una línea de Matilde. Añada usted, por último, sus largos años de exilio.

—Un exilio no voluntario. Matilde ha partido para obedecer las órdenes de su Gobierno, que veía en ella a la representante más idónea cuando se trataba de una misión de acercamiento, de un testimonio amistoso, de un viaje de buena voluntad.

—De acuerdo. Este alejamiento, aparte de romper sus vínculos con capillas, con grupos, contribuyó a idealizar su figura hasta hacer de ella un

mito que ha devorado a la persona tanto como a la obra. Un mito es una especie de pararrayos: atrae las fuerzas que vienen de lo alto.

—Así que por eso descargó en ella el premio. Bien, no es posible negar que la envidia posee una clarividencia peculiar. Y mis paisanos son envidiosos como buenos descendientes de españoles. Supongo que será de parte de los indios que heredaron la hipocresía suficiente como para organizar las peregrinaciones que llegan hasta aquí a felicitar, a congratularse…

—Si habla usted de la plebe hay novelería más que hipocresía. Les fascina acercarse a ver si el ídolo tiene los pies como dice el refrán.

—Hablaba de los colegas.

—Entre ellos hay entusiasmo. Cada uno se alegra de que Matilde, que en resumidas cuentas no es sino un mal menor, haya servido de piedra de tropiezo para evitar que el otro, el contrincante real, ganara la pelea. ¿Capta usted el quid? La consagración mundial no ha sido, para quienes participan del secreto, sino una tregua, un aplazamiento, un compromiso que deja intacto el empate. Ninguno de los adversarios importantes ha sido descalificado.

—Después de proyectar esta luz meridiana sobre el fenómeno de Matilde me parece muy incongruente su insistencia en entrevistarla.

—Para el gran público —ese gran público que no lee los libros de los escritores entre quienes practiqué la encuesta y que tampoco lee los libros de Matilde pero sí lee mi periódico— el premio es noticia. Porque cree que un premio es la consecuencia lógica, limpia y justa de una buena acción. ¡Y las buenas acciones son tan escasas!

—Y me lo dice usted a mí, ahora que he estado buscando la manera más segura y productiva de invertir el capital de Matilde.

—¿Cincuenta mil dólares?

—Más o menos.

—Eso produce también un resplandor.

—Que a usted parece no deslumbrarla.

—He visto de cerca algunas fortunas y algunos afortunados y puedo declarar que más que cuestión de ojos es asunto de estómago. Mi profesión de periodista exige que tengamos el estómago firme.

—Usted me simpatiza hasta el grado de que se me antojaría hacer un experimento: dejarla a solas con Matilde… a cambio de una promesa.

—El prometer no empobrece, recuérdelo.

—La promesa de que usted escriba la verdadera impresión que le cause su personalidad. Dije la verdadera impresión, no el lugar común de los elogios ni de los ditirambos. Creo que tiene usted el suficiente sentido crítico para observar por sus propios medios; la suficiente riqueza de lenguaje para usar sus propios términos.

—Le agradezco la opinión y para continuar mereciéndola debo confesarle que lo que no tengo es la suficiente influencia como para pasar por encima de las consignas de mi jefe de redacción o del director de mi periódico.

—¿La consigna es incensar al nuevo ídolo nacional?

—Si no lo hiciéramos pareceríamos no iconoclastas, que es lo de menos, sino antipatriotas, que resulta sospechoso. O vengativos, lo que se atribuiría inmediatamente a no haber recibido ningún estímulo monetario.

—¿Y eso se juzga mal?

—Por partida doble. Entre los honrados, porque intentamos la extorsión. Entre los venales, porque fracasamos en nuestro intento.

—Lástima. Esa confrontación entre usted y Matilde habría sido original.

—Habría complementado la encuesta. Pero ambas reposarían en el fondo de mi archivo.

—¿Cómo podría entonces compensar la inutilidad de su viaje, el tiempo que ha perdido charlando conmigo, las indicaciones tan útiles que me ha proporcionado?

—Dándome una exclusiva: el título del próximo libro de Matilde. Ninguno lo ha mencionado hasta hoy.

—No hay nada que mencionar porque Matilde no tiene ningún próximo libro. No escribe, no tiene tiempo. ¿Y para qué habría de escribir? Es una celebridad y basta. Pero en cambio podría decirle los nombres de las personas a quienes espera.

La periodista levantó los hombros para mostrar su resignación ante lo irremediable y preparó su cuaderno de apuntes y su lápiz para tomar el dictado. Victoria enumeró:

—Elvira Robledo.

—No me suena.

—Es una gloria local. O por lo menos lo era, en otros tiempos, cuando Dios quería. También Josefa Gándara.

—Ah, sí, la de las flores naturales.

Victoria sonrió para ocultar su sorpresa pero no pudo evitar que se filtrara, al través de su sonrisa, el desprecio. Se apresuró a proseguir.

—Aminta Jordán.

—¿De verás? ¡Eso sí que es noticia!

—¿De qué sección?

—De todas. Salta de las páginas de sociales al suplemento cultural y de allí a la nota roja con una agilidad de trapecista.

—Siempre fue muy versátil. También estarán presentes las señoritas…

Y Victoria se volvió a Cecilia y a Susana quienes, confusas, habían asistido al desarrollo de la escena y ahora explicaban a la reportera las razones de su presencia en una ceremonia cuya índole cada vez comprendían menos.

—¿Y qué hago yo con estos datos?

—Manejarlos. Para que sean importantes debe darle las proporciones de una gran asamblea.

—Con tan contadas asistentes.

—La escasez es susceptible de convertirse en sinónimo de selección. Además cada una representaría un sector social muy vasto o muy influyente. Describa este acontecimiento como una manifestación de solidaridad de las mujeres de México hacia quien, rompiendo las cadenas ancestrales, ha conquistado para su patria el laurel inmarcesible. Sí, dije inmarcesible. Dosifique usted los adjetivos de manera que las señoras no se alarmen ni los señores protesten. Pero de manera también que las jóvenes sientan que es lícito admirar este ejemplo y que es posible imitarlo. Saque a colación, si es preciso, a Sor Juana. En fin, usted conoce su oficio, ejérzalo a conciencia.

—¿Para qué?

—Ya que hemos hecho un mito que por lo menos nos sea útil; que abra perspectivas nuevas a las mujeres mexicanas, que derribe los obstáculos que les impiden avanzar, ser libres.

—Pero usted está hablando de una época abolida. De hecho somos libres.

—Pero de derecho no. ¿Podemos siquiera votar?

—Podemos. Pero ¿qué importancia tiene el voto en México? Hasta un recién nacido sabe cómo funciona la maquinaria electoral.

—No, contra lo que usted cree las generaciones actuales no han llegado a ser libres sino únicamente cínicas y conformes.

La reportera contemplaba a Victoria con la misma curiosidad con que se contempla el esqueleto de un animal prehistórico cuya ineptitud para adaptarse a las situaciones nuevas fue la causa de su extinción.

—Usted sí es feminista.

—Quizá no por temperamento individual sino por la atmósfera que respiré en mi adolescencia. “Las vírgenes fuertes” fue el apodo que nos pusieron en la Escuela Preparatoria a las alumnas de Matilde. Bajo su influencia nos volvimos combativas y no retrocedimos ante el ridículo.

—Prefirieron estrellarse contra él. Pero nosotras ya no necesitamos cometer ese mismo error; aprovechamos lo que ustedes hicieron para cambiar, no de ideales, tal vez, sino de métodos. Y hemos logrado llegar más allá de donde ustedes tuvieron que detenerse. Ya no hay puesto que se considere inaccesible para una mujer.

—Excepto la presidencia de la República.

—Cuestión de tiempo. Mientras tanto hay que ser discreta y no hacer ningún alarde ni adoptar ninguna actitud desafiante.

—¡Pero ese método es el de nuestras abuelas! El disimulo, el fingimiento. ¡Qué originalidad!

—Lo que pretendemos es ser eficaces, hacer la vida a nuestro modo, como nuestras abuelas la hicieron al suyo.

—Aunque para ello tengan que humillarse, callar siempre o, si hablan, mentir.

—¿Son tan importantes las palabras?

—Para quien trabaja con ellas, como usted, deberían serlo. Aunque, ya lo dijo alguien, la familiaridad engendra el desprecio. Y un periodista, se me olvidaba, no es un escritor en potencia sino alguien que ha renunciado a ser escritor, que ha perdido el respeto al lenguaje, que no lo trata como objeto sagrado…

—Porque no lo es.

—…sino como un instrumento. ¿Para qué le sirve a usted?

—Para informar.

—¿Lo que es verdadero?

—En este asunto de lo verdadero yo me lavo las manos, lo mismo que Pilatos. Para informar lo que es interesante. Los criterios para descubrirlo

son mucho más seguros.

—Virgen prudente.

—La virginidad, señorita, ya no es una condición indispensable para la mujer en México hoy en día.

—¿Se admite sin escándalo que la pierda fuera del sacramento del matrimonio?

—Tácitamente, sí.

—Desde luego. Entre nosotros lo explícito no se tolera. ¿Y la soltería? ¿Tampoco es un estigma?

—Si se supone que una mujer no es una carga económica para nadie y puede hacer uso de su cuerpo aunque no esté casada, ya no se la coloca al margen, como antes.

—Su conversación es muy instructiva para mí, que vengo como de la Luna. Pero me apena no corresponder con algo que usted pueda usar. No quisiera que se marchara con las manos vacías.

—No me marcho con las manos vacías. Usted me ha confiado una serie de datos y el permiso de manejarlos. Encontraré el ángulo interesante de esta reunión. Y será un ángulo tan demagógico como el que usted me proponía pero que no es ni anacrónico ni tabú: se trata ¿sabe usted? de un asunto sentimental. Un grupo de viejas amigas se encuentra de nuevo y rememora los tiempos pasados y se ríe de las anécdotas compartidas…

—¡Pero esto es nauseabundo!

—Es conmovedor. Los lectores experimentarán mucho más simpatía por una Matilde Casanova humana, es decir vulgar, que por una Matilde Casanova genial o excéntrica. Y usted quiere, como si no fuera suficiente con la genialidad y la excentricidad, añadirle el estandarte de una cruzada que ya pasó de moda y que ninguno quiere volver a oír mentar.

—Así que el sacrificio ha sido en vano.

—¿Sacrificio? ¿De quién? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Nada. No me hagas caso. Estoy empezando a desvariar. Y es natural. Hemos estado charlando horas enteras, en este calor, sin beber nada…

—La invito a una copa, al bar. ¿Se atreve?

Victoria movió la cabeza melancólicamente.

—Soy capaz de improvisar una disculpa cualquiera. Y válida, además. Soy la anfitriona, tengo que atender a las señoritas, de un momento a otro llegarán más visitantes ¿qué sé yo? Pero la verdad es que no me atrevo.

Lucharía hasta la muerte porque en la puerta del bar se pusiera un letrero para decir que se admiten mujeres. Pero no entraría nunca.

—Ésa es la diferencia entre la teoría y la práctica, entre su generación y la mía.

—Y esa diferencia ¿es interesante?

—No. Aprenda a distinguir. Bajo cualquiera de sus aspectos el tema feminista está liquidado.

—Lo tendré presente. Hasta luego y gracias.

Victoria acompañó a la reportera hasta la puerta pero en vez de volver adonde se encontraban Cecilia y Susana se dirigió hacia las habitaciones interiores de donde llegaban rumores indistintos, pero cada vez más insistentes, de pasos, de cajones abiertos con dificultad y cerrados con violencia, de palabras deshilvanadas, de sollozos contenidos.

Los rumores fueron agrupándose hasta tomar una forma concreta y, por fin, apareció Matilde Casanova en el salón. Avanzaba a ciegas, por el tránsito brusco de la oscuridad a la plena luz. Su estatura noble parecía encorvada bajo el peso ¿de los honores? ¿de los desengaños? ¿de la vejez? Su pelo, entrecano ya, largo y crespo, se derramaba en desorden sobre sus hombros, sobre su espalda, hasta hacerla semejante a una fatigada e inofensiva Medusa. Su rostro, cuyas facciones resultaban siempre borrosas en las fotografías (y esta indiscernibilidad era atribuida a la imperfección de los aparatos que las habían querido captar, a la falta de destreza o a la prisa de quienes manejaban estos aparatos, a la distancia de la que se transmitía la imagen), había acabado por obedecer a una representación tan tenazmente reproducida, desdibujando los rasgos hasta no dejar sino una superficie disponible, una especie de tierra de nadie, un sitio en el que les estaba prohibido entablar batalla a los antagonistas encarnizados, irreductibles que convivían en la persona de Matilde. Esta neutralidad facial, que en ciertos años llegó a asumir un aspecto de parálisis, terminó por resolverse en el gesto hierático de los indios de quienes Matilde, ya desde antes, se había proclamado la descendiente orgullosa. Con el mismo orgullo habría proclamado su filiación si sus padres hubieran estado en la desgracia y no hubieran pertenecido —en vida— a una clase que gozaba de los mayores privilegios y que supo retenerlos a pesar de los vaivenes revolucionarios. De esa clase, de esa familia, desertó Matilde para ir al encuentro de los desheredados, de los miserables, de los ignorantes. Pero

una decisión tan insólita no logró sino multiplicar las trampas que le impedirían su realización. Y he aquí que al final Matilde se encontraba, lo mismo que al principio y más alta aún, en la cresta de la ola.

Tanteando dio con un sillón y fue a derrumbarse en él. Escondió la cara entre las manos mientras exclamaba:

—¡Dios mío, no puedo más!

Cecilia iba a moverse para delatar su presencia y la de Susana e impedir así que Matilde se abandonara a uno de esos desahogos que uno se permite cuando se cree sin testigos pero Victoria le hizo una señal —no por muda menos perentoria— de que se detuviera y, todavía más, de que se ocultara y de que no dejara ver tampoco a su amiga. Segura de haber sido obedecida se volvió hacia Matilde, con benevolencia.

—¿Por qué no tratas de dormir un rato?

—¡Dormir! En cuanto cierro los ojos comienza la pesadilla, la cara de mi hijo pidiendo que lo salve, que no lo deje morir.

—Tú nunca tuviste hijos, Matilde.

—¿Por qué lo afirmas con tanta certidumbre? Cuando me conociste yo ya era una mujer madura, ya tenía un pasado hecho.

—Un pasado ejemplar.

—Ése es el que pertenece a la leyenda, no a mí.

—Pero la leyenda y tú son una misma cosa, Matilde. Mira, los investigadores de la Academia de las Naciones son muy escrupulosos en cuanto al aspecto moral de sus candidatos. Si hubieran encontrado algo, ya no digamos inconfesable, irregular en tu conducta, no te habrían concedido el premio.

—¿Qué pueden saber ellos? ¿Qué puede saber nadie? Viví mucho tiempo sola, en el extremo sur.

—No fue tanto tiempo, Matilde, si te atienes a las fechas. Y tampoco estabas sola. Tenías compañeros de trabajo. Porque tú trabajabas allí, Matilde.

—No, yo era una fugitiva; yo estaba ocultando un crimen, expiando un remordimiento.

—¿Pero remordimiento de qué, por Dios?

—De mi esterilidad.

—No eras estéril. Creabas. Tus más hermosos poemas datan de entonces.

—Bajo ellos sepulté mi vientre, sepulté a mi hijo. Pesan más que toda la tierra, pero él vuelve a resucitar, otra vez, otra vez.

Victoria, que hasta entonces había permanecido arrodillada junto a Matilde, se puso de pie bruscamente como si, de pronto, la irritación a la que había ido cediendo de modo paulatino hubiera llegado a un punto intolerable.

—¡Basta! ¡No estoy dispuesta a seguir este juego malsano y absurdo! ¿Y tú? ¿Vas a recibirlas así? ¿Sin peinarte siquiera?

—¿A quiénes?

—No vas a decirme que no recuerdas el compromiso. Tú misma tuviste la idea, redactaste la lista de invitadas, fijaste la fecha de la reunión.

A la lasitud sucedió en Matilde la cólera.

—¡No me importa! Es evidente que no puedo recibir a nadie en el estado en que estoy.

—¿Y me vas a dejar colgada así? ¿Después de que yo usé tu nombre para llamarlas? ¿Después de haberlas hecho viajar, suspender sus trabajos, desatender sus obligaciones…?

—No tengo la menor idea de a quiénes te refieres ni de lo que me estás acusando.

—¿Qué les digo ahora? ¿Que estás indispuesta?

—¡Te empeñas en martirizarme!

—No se trata de eso, Matilde.

—¿Pues entonces? ¡Déjame en paz! Tú eres lista, no se te va a cerrar el mundo por una cosa tan insignificante, que, además, no es la primera vez que sucede. Encontrarás una buena excusa y ahuyentarás a los que quieran importunarme.

Victoria comprendió que ninguno de sus razonamientos bastaría para hacer cambiar la actitud de Matilde así que se abstuvo de discutir más. Volvió a inclinarse a ella, ahora para ayudarla a ponerse de pie.

—Está bien. Ya no te preocupes y descansa.

—No puedo descansar, nunca he podido. El rostro de esa criatura siempre aquí ¡aquí!

Y Matilde se golpeaba, con los puños cerrados, las sienes mientras, con mansedumbre, se dejaba conducir hasta su recámara.

Cecilia abandonó su escondite seguida por Susana a quien la escena que acababa de presenciar le había parecido absolutamente impropia de la edad,

de la fama y de la situación de —por lo menos— una de sus protagonistas.

—¡Es el colmo! Están locas de remate: que mi hijo, que tu poema, que quién sabe qué y que quién sabe cuándo.

—Así son los genios —afirmó Cecilia con menos convicción que alarma.

—¡Qué genios ni que ojo de hacha! Yo tengo una tía histérica que está igual. ¡Y nos mete en cada lío! Vámonos, antes de que esto se complique.

Pero a Cecilia esta efímera visión de la intimidad tan atormentada y de la que no dejaba de emanar cierta cualidad irreal, es decir, que obedecía a un orden diferente del que rige sobre los hechos y que ella era ya capaz de calificar como retórica, la había fascinado y no estaba dispuesta a marcharse de allí si no la obligaba alguien que tuviera autoridad para hacerlo. A los requerimientos de su compañera no daba otra respuesta sino la de una impavidez que estaba propiciando el momento del retorno de Victoria, que no se prolongó mucho. Entró de prisa y prosiguiendo, en voz alta, un monólogo que seguramente había iniciado desde que abandonó a Matilde.

—…como si lo estuviera viendo. Después de cerrar la puerta ha buscado, a tientas —porque está muy oscuro con las cortinas corridas enteramente y las luces apagadas— entre los frascos de medicina que están encima del buró. Ha escogido, por el tacto, el de los somníferos y se lo ha vaciado en la palma de la mano. Sin contarlos, porque no le importa el número, confiada en que yo no dejaré a su alcance una cantidad mayor de la que sus riñones puedan eliminar. Se las pasa con un sorbo de agua y luego duerme horas y horas tan profundamente como si hubiera muerto. Mientras tanto yo me paseo por los cuartos como un león enjaulado y… ¡Dios santo! ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a hacer frente a todas ellas… así?

Susana se adelantó a sugerir algo que le dictaba su buen sentido pero antes de que iniciara su primera fase entró una camarera a anunciar la llegada de Josefa Gándara.

—Buenas tardes. ¿Llego a tiempo?

La entonación de la pregunta no tenía nada del aire ligero y casual con que se aguarda una respuesta negativa y puramente formularia o ninguna respuesta, sino que era la emergencia incontenible de esa ansiedad, a flor de piel, del que no cuenta nunca con el tiempo necesario para cumplir sus múltiples obligaciones y se disculpa de su falta de puntualidad. “Cronotipo

deficiente", cuchicheó al oído de Cecilia, Susana para definir a Josefa, como si quisiera poner en guardia a su amiga contra el portador de una enfermedad que no es grave pero sí enojosa, como la gripa.

Por lo demás Josefa mostraba, en su arreglo personal, trazas de apresuramiento que llegaban hasta el descuido de los pequeños detalles: la pulcritud del cuello y de los puños, el restiramiento de las medias, la torcedura de los tacones. En ellos precisamente fijó su atención Victoria mientras se aproximaba a la recién llegada para practicar juntas ese ritual —un breve contacto de las mejillas— con que las mujeres pactan entre su deseo de besar y su necesidad de morder.

Josefa no se opuso a un gesto que revelaba un conocimiento anterior, una intimidad quizá, que ella había olvidado. Pero lo cumplió con una lentitud y unas vacilaciones que delataron su perplejidad. Al retirarse y ofrecerse al examen minucioso de la otra, Victoria condescendió a bromear:

—¡Qué mala fisonomista eres, Josefa! No me recuerdas después de que hicimos juntas el bachillerato, la carrera en la Facultad. ¿Es que he cambiado, es que he envejecido tanto?

Josefa protestó con tanta mayor vehemencia cuanto que su olvido permanecía intacto.

—Nuestra generación fue tan numerosa…

—Como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Cierto. Pero muchas fueron las llamadas y pocas las escogidas. Entre estas últimas no figuro yo: Victoria. Victoria Benavides.

Todavía en el aire, sin ningún asidero firme aún para la identificación, Josefa se apresuró a exclamar:

—Claro, mujer. Precisamente el otro día, charlando con unas amigas, nos preguntábamos qué habría sido de ti, de tu vida.

Victoria repuso con displicencia:

—Viajes, gente. He conocido de cerca a los nombres más famosos, he visitado todos los centros turísticos imprescindibles.

Como estas vaguedades no hacían sino poner el dedo en la llaga de una existencia monótona y limitada, Josefa interrumpió con acritud a su interlocutora:

—¿Y nunca tuviste la tentación de quedarte en algún lugar, de acompañar a alguien?

—Tuve la obsesión de volver y de estar sola.

—¿Para qué?

—Para comenzar de nuevo.

Josefa esbozó un ademán de vaga inquietud.

—Comenzar de nuevo… ¿a escribir?

—No. En medio de tantas vicisitudes he conservado, al menos, el sentido común. Tú, en cambio, anclaste pronto: marido, casa, ¿cuántos hijos?

El rostro de Josefa se animó, simultáneamente, de ternura y de preocupación.

—Tres. Es el número perfecto ¿no? Incluso para la magia.

—¿Supersticiosa?

—A veces, como entretenimiento, va uno a consultar a una adivina, se deja echar las cartas… ¡Y se lleva cada sorpresa! Naturalmente yo no tomo en serio ninguna de esas faramallas pero atinan con una frecuencia que te hace pensar. Mira, por ejemplo, a mí me predijeron que ninguno de mis hijos sería varón y… pues, sí, ha resultado cierto. Mi suegra está que trina conmigo y mi marido me pone de cuando en cuando mala cara. Pero yo alego que se lo advertí desde el principio y que ya no hay nada que hacer.

—Excepto otros hijos. ¿Y no te quitan mucho tiempo las criaturas?

—Ah, no, de ninguna manera. Si crees que pueden ser un estorbo para mi obra te equivocas. Al contrario. En muchas ocasiones son ellas las que me han obligado a trabajar… si es que consideras como trabajo hacer lo que te gusta.

—¿Ellas son el tema de tu poesía?

—Son el estímulo. Sé que lo único que puedo legarles es mi fama.

—Pero mientras llega la hora de hacer testamento tu marido mantiene la casa ¿no?

—No se da abasto, el pobre. La vida no es tan fácil como suponíamos cuando estudiábamos en la Facultad. Además él no llegó a titularse.

—¿Otro sacrificio en las aras de Himeneo?

—Como no quiero que se arrepienta de haberlo hecho, yo pongo cuanto está de mi parte para ayudarnos.

—Las flores naturales.

Josefa sonrió, entre desafiante y avergonzada.

—Es una competencia lícita.

—Indudablemente pero ¿no es un poco azarosa?

—Al contrario, está perfectamente organizada y tiene ciclos tan exactos como los de la naturaleza. Podría yo, si quisieras, señalarte sus estaciones, sus puntos cardinales, sus tiempos de sembrar y sus tiempos de recoger. Pero, además, no me atengo sólo a eso. Hago también periodismo y novelas radiofónicas y argumentos para cine, en fin, toda la lira. ¿Qué quieres? No siempre se obtiene a tiempo el Premio de las Naciones.

—Un premio siempre es, en cierta manera, póstumo. Se otorga cuando ya no sirve ni para matar el hambre ni para afirmar la vocación ni para alcanzar la gloria. Es la primera corona fúnebre que se coloca sobre la tumba.

Josefa había seguido su propio hilo de meditaciones.

—Tú puedes darte el lujo de morirte de hambre si estás sola. Pero no tienes derecho a hacer que pasen trabajos quienes dependen de ti.

—Sí, un hijo chilla y se hace oír. En cambio un libro no es, en su gestación, sino un enorme silencio. ¿Quién lo acoge?

—¡Pero mis libros están ahí, yo no he interrumpido nunca su escritura!

—¿Y consideras que lo que has escrito es poesía?

—La decisión se la dejo a los críticos.

Había una graciosa humildad en la evasiva de Josefa que conquistó la benevolencia de Victoria. La condujo entonces al centro del salón y la invitó a sentarse. Reparó en la presencia de Cecilia y de Susana, y, deshaciéndose en excusas, las mezcló a la conversación. Estaban apenas cambiando las primeras cortesías cuando irrumpió, como una tromba, Aminta Jordán. Pero su ímpetu se detuvo al reconocer a Josefa.

—Así que no soy la única.

Josefa alzó los hombros como para despojar de su importancia a esta contrariedad, pero añadió con malicia:

—Ni siquiera la primera.

—¿Se puede saber cómo te enteraste de que yo vendría y cómo te las ingeniaste para adelantarte y entrometerte? No, tú no eres capaz de enterarte de nada ni de ingeniarte de ninguna manera. Te invitaron. Al mismo sitio y a la misma hora que yo. Y probablemente para la misma cosa. Quien lo hizo carece absolutamente del sentido de las categorías.

Josefa dirigió a Victoria una sonrisa de complicidad que no pasó inadvertida a Aminta.

—¿Usted?

—Sí, yo fui la que hizo las invitaciones. Entre ellas la tuya.

—¿Por qué se atreve a tutearme?

—Porque es tu amiga —intervino con melosidad fingida Josefa—. ¿Es posible que no la hayas reconocido? Es Victoria Benavides.

Aminta hizo un ademán con la mano como para espantar a un insecto.

—Jamás he escuchado ese nombre ni me interesa.

—Aunque así fuera ¿por qué te ofendes de que te tutee? ¿No estás acostumbrada a que lo haga cualquiera cuando vas a los toros, por ejemplo?

—Una cosa es la popularidad, querida, un asunto del que no tienes la menor noción, y otra muy distinta el respeto.

—¿De veras, Aminta, eres tan popular como me han contado? Dime ¿cómo lo lograste?

El rostro de Victoria estaba tenso de curiosidad. Josefa hizo un signo discreto como para indicar la inconveniencia de referirse a temas escabrosos delante de menores —Cecilia y Susana— y se adelantó a responder.

—Ya te lo imaginas.

Bastó esta interferencia para desatar la lengua de Aminta.

—No, no se lo imagina. Ninguno tiene la imaginación suficiente. Para empezar mandé a mi familia, con sus escapularios y sus prejuicios, al demonio.

—¡Gran hazaña! Una familia de medio pelo en que el padre trabaja en una oficina de Hacienda, sin esperanza de ascenso, y la madre se dedica a zurcir calcetines y los hermanos aspiran a un nombramiento en Aduanas que les permita salir de pobres… sin entrar en la cárcel.

—Estamos hablando de mi familia, Josefa, no de la tuya.

—Precisamente. Y los abandonaste cuando te convenciste de que no había más jugo que exprimirles, de que nunca serían más que unos pobres diablos.

—¡Mentira! No les pedí nada. Salí de mi casa con lo que tenía puesto.

—Para lanzarte a la calle en el sentido estricto del término.

—¡Cuánta envidia se esconde tras la sacrosanta indignación de las virtuosas! Según el catecismo de Josefa debió haber llovido sobre mí el fuego del cielo hasta aniquilar mis pecados. Y en vez de eso lo que me llueven son contratos para recitales, para presentaciones en clubes nocturnos y aún para desempeñar papeles estelares en el cine. Y todo eso,

fíjese usted bien señorita como-se-llame, sin que yo haya hecho nunca la menor concesión al público. En mis libros el tema es arduo: la metafísica pura. Y las formas se ciñen al más severo canon clásico. Y esto, que yo les sirvo, lo devoran mis lectores con avidez y me aplauden y me reconocen, aunque yo asista de incógnito a una ceremonia y hasta circulan tarjetas postales con mi retrato.

—No abras esa boca de asombro, Victoria, que lo que Aminta no concede al público en sus libros lo concede a los agentes de publicidad en la cama.

—Ingenua como toda mujer honrada. Cree que el hombre es un ente predatorio que se mantiene al acecho de la oportunidad para saciar sus bestiales instintos. Oh, decepción, lo único que buscan es un hombro inofensivo sobre el cual llorar la incomprensión de su esposa y la nostalgia de su madrecita santa.

—¿Y la crítica? —interrumpió Victoria a la que no le interesaban los cuadros de costumbres—: ¿en qué lugar te coloca la crítica?

—Aparte. No hay punto posible de comparación, no hay antecedentes, no hay semejanzas. Soy un milagro en el sentido literal del término. Y este juicio, no podrá atribuirlo Josefa, a pesar de su malevolencia, a la depravación de mis costumbres. Porque los críticos son incorruptibles, especialmente cuando intenta seducirlos el encanto femenino.

—Aminta es un “cultivo”. Se han puesto de acuerdo todos para inflarla, eclipsando así los nombres y la obra de todas las demás. A sabiendas o no, Aminta, te estás prestando a un juego siniestro que terminará cualquier día, cuando decidan que ya no funcionas y te pinchen con un alfiler. ¡Paf! ¡Se acabó Aminta Jordán!

—Corneja de mal agüero. Yo te prometo que no vivirás para ver mi ocaso.

—Una promesa tan solemne requiere un brindis —propuso Victoria.

—Whisky para mí —aceptó Aminta.

—Aprovechas ahora que se puede. Has tenido rachas muy prolongadas de tequila.

—Santa Teresa, con ser quien fue, querida (aunque mucho me temo que ignores también eso), padeció sus tiempos de sequía. ¡Cuánto más nosotros, gente menuda!

Se estableció una tregua mientras la camarera recibía y ejecutaba las órdenes de cada una. Fue Aminta la primera en romperla con una pregunta, al parecer, casual.

—¿No estarán presentes en la entrevista ni reporteros ni fotógrafos?

—¡No me digas que se te olvidó traerlos! —exclamó con incredulidad Josefa—. Nunca das un paso si no te sigue toda esa mojiganga.

—No fue un olvido, fue una imposibilidad. Vengo directamente de una fiesta. Pero supuse a la secretaria de Matilde Casanova más previsora.

—Estaba previsto —mintió Victoria—. Pero a último momento Matilde se indispuso y hubo que dar contraorden.

Aminta se irguió como si la hubiera picado una avispa.

—¿Qué? ¿No va a recibirnos?

—No, y les ruego, en su nombre, que la dispensen. Tuvo una recaída de su enfermedad y el médico le prescribió reposo absoluto.

—¿Pero qué se ha creído? ¿Que somos sus títeres para que nos haga danzar a su antojo?

—¡Aminta, por favor, más respeto!

—¿A qué? ¿A su Premio de las Naciones? Algún día yo también voy a tenerlo y me voy a reír de él.

—A tu antigua maestra.

—Me sacaba de clase, me reprobó a fin de año, nunca me tomó en cuenta. Pero entonces ella estaba arriba y yo abajo. Ahora tenemos una situación de igualdad y ya no le tolero arbitrariedades a nadie. ¿Dónde se esconde para ir y traerla hasta aquí, aunque sea arrastrándola de los cabellos?

La ira había descompuesto las facciones de Aminta que, sin embargo, se adivinaban —aun bajo la gesticulación convulsiva y el maquillaje derretido y mezclado— finas, inermes y de las que todavía no emigraban por completo ni el azoro ni la inocencia.

Aminta estrelló su vaso —ya vacío— contra el suelo y se puso de pie al mismo tiempo que las demás, quienes se precipitaron a detenerla. Pero antes de darle alcance Aminta, desconocedora de la topografía, por un acto reflejo e irreflexivo, fue hacia la puerta por la que había entrado y la abrió únicamente para dar paso a Elvira Robledo.

—Gracias, Aminta —dijo complacida—. No esperaba de ti tales gentilezas.

Aminta, cuyo arrebato se había extinguido, dejó caer los brazos con desaliento.

—Ahora sí el cuadro está completo.

Volvió cabizbaja a su lugar y apuró otro vaso de whisky que la camarera, después de recoger los vidrios del anterior le había preparado. Mientras tanto Elvira y Josefa se saludaban efusivamente y luego se perdían en una animada explicación acerca del encuentro con Victoria y evaluaban, de manera recíproca, los estragos operados en ellas por los años y se participaban lo indispensable de la historia de cada una. Pero hasta que Elvira no estuvo sentada también y con su correspondiente bebida en la mano, no advirtió a Cecilia y a Susana que habían vuelto dócilmente a su silla y a un refresco cuyo sabor era cada vez más dulzón y cuya tibieza era cada vez más repugnante.

—¿Las señoritas son también escritoras? —preguntó con cautela Elvira, aunque, a pesar de sus precauciones, picó la cresta de Aminta.

—¿Por qué supones que han de ser escritoras?

—Por lo mismo que supone que son señoritas —interpuso Josefa—. Por cortesía.

—¿Se nos permite dividir en partes la pregunta? —quiso saber Cecilia —. Para dividir la respuesta. Así Susana puede encargarse del aspecto biológico o social de la cuestión y yo me encargaré del literario.

—¿Y? —dijo perentoriamente Aminta.

—No somos escritoras.

Aminta se puso de pie y fue a estrecharles entusiastamente la mano.

—¡Magnífico! ¡Me alegro, me alegro mucho!

—¿Por qué?

—Porque si no son escritoras y andan merodeando por estos rumbos, no queda otra alternativa: han de ser lectoras.

—Si lo admiten —puntualizó Josefa con el tono de quien se dispone a defender sus derechos—, no olvides que yo las vi primero.

—En estos casos no se trata de que tú las veas primero sino de que ellas te vean primero a ti. ¿No es verdad, encantos?

—Cronológicamente —apuntó con pedantería Cecilia—, la señora Gándara tiene prioridad.

—¿A quién le importa la cronología? Lo esencial es el gusto, la preferencia, el juicio. ¿Han leído los libros de Josefa?

—Los hemos analizado en clase.

—Ah, por obligación, claro. Y, como toda obligación, ésta ha de haber sido también muy desagradable.

—¿Por qué no dejas que sean ellas mismas quienes lo decidan y no tú quien lo decrete, Aminta?

—No se atreverán nunca a confesarlo. Son demasiado jóvenes, Elvira, demasiado tímidas, están demasiado bien educadas. Yo tengo que fungir, a la manera de Sócrates, de partera de almas.

—Hmmm.

—Y, díganme, encantos, ¿me han leído a mí? Pero no es preciso que entremos en discusiones de si ha sido en clase o no, las circunstancias son lo de menos.

Cecilia repuso con los dientes apretados.

—Sí.

—¿Y qué opina de mi obra?

—Que es abominable.

Josefa aplaudía en un paroxismo de felicidad.

—¡Bravo por la juventud, por la timidez y por la buena educación!

Susana miraba a su compañera, boquiabierta.

—¿Y me haría usted el honor de descender de su púlpito y explicarme por qué?

—¿Desde qué punto de vista quiere que enfoquemos la explicación? ¿Desde el punto de vista de la forma o del contenido? Porque en el caso de una poesía inauténtica, como creo que es la suya, es lícito hacer esta separación.

—¿Sabe usted a lo que se arriesga si dice una sola palabra más?

—A que usted caiga revolcándose en el suelo víctima de un colapso nervioso.

—¡Criatura inexperta! Aminta no es de las introvertidas sino de las que arañan. Si estima en algo la integridad de su piel le aconsejo, no únicamente que calle, sino que rectifique. ¿Te darías por satisfecha con eso, Aminta?

La aludida asumió una actitud de suprema dignidad.

—No ofende quien quiere sino quien puede. Y ese gusano de la tierra, no puede.

Susana exhaló un suspiro de alivio porque Aminta había cambiado la dirección de sus baterías de ataque hacia el rumbo de Elvira.

—En cuanto a ti, zurcidora de voluntades, ¿conservarás tu ecuanimidad cuando sepas que Matilde se permite la impertinencia de hacernos venir para después negarse a recibirnos?

—Ha de tener motivos —repuso imperturbable Elvira—. ¿Cuáles son, Victoria?

—Fue un accidente que ninguno podía prever, una especie de síncope. No es la primera vez que lo sufre y yo sé que no tiene mayores consecuencias. Pero, de cualquier modo, a su edad, es prudente tomar precauciones. Hice venir al médico, la examinó y…

Las últimas sílabas se perdieron en la conmoción que causó la presencia de Matilde Casanova. Había entrado sin ruido, recién bañada, con el pelo recogido en una larga trenza, la expresión animada y sonriente y tendiendo las manos como si quisiera que se las estrecharan todas al mismo tiempo.

—¡Otra vez juntas, como antes!

En el afán de saludar a Matilde ninguna tuvo ojos para Victoria, excepto Aminta que le susurró al oído:

—¡Saboteadora!

La voz de Victoria temblaba de desconcierto, cuando se dirigió a Matilde.

—¿No te dormiste?

Matilde se volvió a ella, desmemoriada y feliz.

—¿Por qué había de dormirme en un día tan hermoso como éste? Tomé una ducha fría, despaché algunos asuntos urgentes y ahora me siento como nueva.

Victoria, que no había renunciado aún a su empeño de reivindicarse ante las demás, insistió con una irritada solicitud:

—No debes abusar de tus fuerzas. Después de una crisis como la que acabas de sufrir…

Aminta la interrumpió bruscamente:

—Señorita, deje ya de tratar de hacernos creer que aquí ha habido alguna crisis de nada. Concrétese a cumplir con sus funciones que, según tengo entendido, son las de una especie de secretaria o algo así.

Victoria tuvo que admitir con amargura.

—Algo así.

Ajena a este debate, Matilde se dirigía al balcón para abrirlo de par en par.

—El encierro es lo que me deprime. Vamos a la terraza. Desde allí se mira el mar, se siente el viento. ¿Ustedes saben que cuando yo era todavía muy joven dudé en tomar por esposo a cualquiera de estos dos enamorados míos? Cuando llegué a la madurez pude, al fin, decidirme. Ninguno. Porque quiero demasiado a ambos. Y la elección de uno no me habría consolado nunca del rechazo del otro.

—Elegir es rechazar; rechazar es limitarse y limitarse es morir —recitó Elvira.

—¿Quién dijo eso?

—Usted lo repetía a menudo desde su cátedra. Nosotras la escuchábamos, entonces, como ahora, religiosamente.

Avanzaban todas, detrás de Matilde, como en seguimiento de su pastor. Sólo Victoria quedó rezagada y Elvira retrocedió para instarla.

—No. Voy a ordenar el menú.

Desde afuera, en una ráfaga de aire, llegó la voz de Matilde.

—Arroz a la mexicana, Victoria. Hace siglos que tengo el antojo. Pero has de prepararlo tú misma. La cocina de los hoteles es tan desabrida…

Elvira no se incorporó al grupo de la terraza hasta que Victoria hubo desaparecido.

En el centro estaba Matilde. Flanqueándola, muy próximas, como si la proximidad confiriera la primacía, rivalizaban Aminta y Josefa. Sin pretensiones de llamar la atención —sino al contrario, esforzándose por pasar inadvertidas— se sentaban Cecilia y Susana. Elvira contempló el conjunto, apreciativamente.

—La composición es irreprochable porque obedece a una ley interna tan poderosa, tan universalmente aplicable…

—Acomódate, Elvira, y déjate de discursos.

—Prefiero estar en disponibilidad para servirlas. ¿Fumas, Matilde?

—Sí.

Josefa empezó a hurgar febrilmente en su bolso.

—¿Qué marca de cigarros? Yo siempre guardo varias cajetillas, por si se ofrece.

—Suaves. Gracias.

Permitió a Aminta que le diera lumbre —con lo que se restablecía el equilibrio entre las competidoras— pero después de unas cuantas chupadas, distraídas y como por cumplir un compromiso, dejó que la lumbre se

extinguiera. Matilde parecía absorta en una meditación que nadie se atrevió a interrumpir.

—La que dispersa a quienes se congregan en los festines, llaman los árabes a la muerte. ¿Cómo llamarían a la casualidad feliz que permite a los amigos ausentes reunirse de nuevo, como ahora nosotras? Estamos las que estábamos, no falta ninguna ¿verdad?

—Sobran dos —delató rencorosamente Aminta señalando con una mirada a Susana y a Cecilia.

Matilde se volvió a ellas sin el más mínimo rastro de extrañeza. Como si hubiera previsto, ordenado, esperado encontrarlas allí. Pero también sin el menor gesto de reconocimiento, de entendimiento del papel que estuvieran desempeñando sentadas en su silla respectiva. Con la benevolencia tranquila con que se advierte la presencia de un objeto sobre cuya utilidad no se tiene aún ideas muy precisas y que todavía no resulta habitual.

—Son las nuevas generaciones —dijo Elvira—. Es conveniente que se acerquen a sus antepasados para que, al menos, sepan cuál es la herencia que van a recibir.

—Están tratando de engañarla, Matilde. Esas muchachas no son escritoras. Ellas mismas lo han confesado.

—¿Y qué saben? Tal vez no han descubierto su vocación. Si es así, si todavía no han sufrido esta experiencia hay que prepararlas para que no se asusten. Porque un descubrimiento de tal índole es algo fulminante, tan turbador, tan irrevocable como el diagnóstico de una enfermedad mortal.

—Josefa, con su cerebrito, con su almita, no hubiera soportado un acontecimiento así. Ergo, no tenía vocación.

Matilde continuó como si esta interrupción de Aminta no se hubiera producido.

—Pero como los síntomas son, al principio, demasiado vagos, demasiado atribuibles a otras causas —el amor, la pubertad, la clorosis, qué sé yo— nadie les concede mayor importancia. Ni quien los padece, porque confía en su pronta curación. Ni los demás que encuentran que este tipo de trastornos son graciosos y hasta los celebran y los aplauden. Cuando se asume la realidad ya no tiene remedio. El nombre del primer libro es como un estigma que no borra nadie. A partir de entonces los eslabones se suceden. Primero es una reseña alentadora en cualquier revista. Después, de la manera menos esperada, viene un torbellino de entrevistadores, de

fotógrafos, de cargos, de responsabilidades. Parece como si el mundo entero se confabulara para aplastar al autor, para impedirle escribir una línea más.

—Estás hablando de ti, Matilde. De un autor que tiene éxito. Podemos comprenderte, pero gracias a un esfuerzo de imaginación, no por la similitud de nuestra experiencia.

—No pluralices —protestó Aminta—. Yo sí sé, en carne propia, lo que es el éxito.

—Te equivocas. Sabes lo que es el escándalo.

—Es mejor que inspirar lástima ¿no? Cuando tú envías uno de tus engendros a un certamen no dejas de recordar, a los miembros del jurado, que de su decisión depende que tus niños sobrevivan a los rigores del invierno.

—¡Aminta, basta! —ordenó Elvira.

—Me olvidaba de ti, respetabilísima colega. Tú no te has contaminado ni con los enjuages de la publicidad ni has cedido a las exigencias del hambre. Tú no entiendes nada que no sea correcto: cuentas las sílabas, pules los versos, escoges los temas. Aceptas lo trascendental siempre que no te haga correr el riesgo de ser excesivo. ¿Pero podrías decirme si has logrado ser algo más que una dama: una escritora? ¿Podría decírmelo usted? —preguntó Aminta mirando furiosamente a Cecilia.

—No sé nada de la vida de Elvira Robledo ni me interesa. Pero conozco su obra y admiro el decoro con que ha sido hecha.

—¡Decoro! ¿Se dan ustedes cuenta? ¡Qué frenesí de entusiasmo! Seguramente si usted escribiera se limitaría a copiarla.

—¡Copiarme a mí! Estando Matilde…

—¿Por qué tiene que copiar a nadie? ¿No podría ser original?

—A la originalidad no se llega, Josefa, sino por la vía de la imitación. Deberías de estar enterada de eso tú, mejor que nadie, puesto que aún no acabas de recorrer esa vía.

—Que, por cierto, no te ha conducido a la fama.

—No la busques. Es el ruido, la confusión, el despojo. Ya no te pertenece ni un minuto de tu tiempo para recogerte en ti misma y escuchar y repetir en voz baja la confidencia y acercarte, temblando, a los secretos.

—Ésos son los privilegios del anonimato.

—Pero el fracaso también destruye.

—Contra el fracaso queda una defensa; la certidumbre de que es injusto, de que la posteridad rectificará el error. Y eso te lleva a encarnizarte, aún más si es posible, en la persecución de la palabra exacta, de la metáfora fiel. Lo otro, el halago, la facilidad de una miel que, primero, no rechazas porque es sabrosa y de la que después no aciertas a desprenderte porque es espesa y te debates en ella, inútilmente, como un insecto, hasta el fin.

—Yo no me quejaría de una suerte como la suya, Matilde. Sé manejar los triunfos en el juego.

—Pero no es por conseguirlos por lo que se trabaja.

—¿Entonces por qué?

Entre tanta algarabía, que reputaba sin sentido, Susana había osado, por fin, meter baza. Ya el tema que entretenía y hasta apasionaba a estas mujeres le parecía bastante inverosímil. Pero cuando quisieron desligarlo de una finalidad real y tangible, de un resultado, sintió que perdía pie y se asió a la primera pregunta que se le puso enfrente. Todas se volvieron hacia ella con el asombro de Balaam hacia su burra pero sólo Josefa encontró, en el fondo de sí misma algo de esa paciencia un poco mecánica con la que las madres responden a la curiosidad indiscriminada e incesante de sus hijos.

—Trabajamos para alcanzar la certidumbre, para probamos a nosotros mismos que no nos hemos engañado y que no hemos engañado a los demás.

—Ésa no es razón suficiente —intervino Cecilia—. Se puede muy bien ser veraz y silencioso.

—Con las palabras tendemos puentes para llegar a lo que está fuera de nosotros… aunque casi siempre los puentes se rompen.

Matilde las interrumpió con impaciencia.

—Están hablando de la poesía como de un bien o de una obligación elegibles, renunciables, en todo caso, de un hecho voluntario que, en última instancia, puede justificarse. Pero yo sostengo que es una fatalidad, un destino que se nos impone y que hemos de cumplir o perecer.

—¡Nadie muere de no escribir versos, Matilde!

—No he dicho versos: he dicho poesía.

—¿Y cómo se manifiesta ese destino?

—Se abre, dentro de nosotros, una especie de vacío, una ausencia que no se colma con nada, un abismo que nos obliga a asomarnos constantemente a él, a interrogarlo, aun a sabiendas de que, desde sus

profundidades, no ascenderá jamás ninguna respuesta sino sólo el eco, amplificado, deformado, irreconocible ya, de nuestra pregunta.

—Es un quehacer absorbente.

—Estamos absortos. Y los que nos rodean no advierten más que nuestra distracción, nuestra falta de interés en los asuntos comunes y se desesperan y nos hacen reproches y acaban por abandonarnos. No es que el poeta busque la soledad, es que la encuentra. Primera estación en el camino, primer grillete de la cadena que se rompe. Ahora el panorama cambia. Ya no somos más que un cauce en cuyo interior avanza un río oscuro, arrastrando memorias de follajes, de cielos; abriéndose paso entre piedras broncas a las que afina con una caricia lenta, mil veces repetida. A ratos, la corriente discurre por una extensión libre y sin término. Entonces lo que era un rumor oscuro, inarticulado, gemido ronco, se vuelve música. Ah, cuando se ha escuchado ya no se acierta a vivir sin ella. Y, de pronto, sin motivo, sobreviene la mudez o la sordera o ambas cosas. Hay una grieta en el fondo y el río se hunde allí y no queda sino una sequedad espantosa. Meses, años de búsquedas sin dar con una gota de agua.

—¿Qué se hace entonces?

—Los sabios se quedan quietos, esperando. Los otros imitan la canción aprendida, la repiten, la falsifican. O, consumidos de impaciencia, desertan de la peregrinación hacia la tierra prometida y se detienen en el primer oasis del camino.

—¿Y los que perseveran?

—Pueden morir, como Moisés, sin haber llegado más que a entrever su patria. O pueden sentir que en sus entrañas brota, de nuevo, el manantial de agua viva y las inunda con su sobreabundancia de dones.

—Pero no se puede edificar una vida sobre bases tan precarias. Todo depende de casualidades imprevisibles.

—De la gracia. Y para que la gracia actúe es preciso mantener la rienda corta a la voluntad. Cuando la hemos aniquilado ya podemos decir que apartamos la piedra del sepulcro. A otros grados superiores de renunciamiento correspondería el que nos desligaran de nuestros vendajes de cadáveres. Y luego, al fin, escuchar la voz que nos ordena, como a Lázaro, levantarnos y andar. Y hemos de mezclarnos con los que se apartan de nosotros horrorizados porque, al través nuestro, se ha cumplido un hecho sobrenatural que debería ser motivo de regocijo pero que no lo es porque en

nuestra existencia palpan los demás la fragilidad de las leyes que los rigen, la ambigüedad de los signos que dibujan encima de las figuras de su mundo para que las expliquen.

La animación, que había resplandecido en el rostro de Matilde durante los primeros momentos de la charla, fue extinguiéndose como una brasa que se cubre, paulatinamente, de ceniza.

—¿Acierta alguno a imaginarse el espanto de los días de Lázaro? Después de que el milagro lo ha traspasado, lo ha sacudido, lo ha vuelto otro ¿qué va a entender de las discusiones de los mercaderes sobre el precio del trigo? ¿Cómo va a afligirse por los sufrimientos de la hembra al parir? ¿Cómo va a preocuparse de sembrar hoy para que el mañana no lo sorprenda sin una provisión? Después de que ha visto, aunque sea durante el tiempo de un parpadeo, la eternidad, todo afán ha de parecerle mezquino, todo quehacer ha de irritarle porque lo aparta de una memoria divina. Y descuida lo que lo solicita a su alrededor para consagrarse por entero a la nostalgia.

—Pero entonces se convierte en un estorbo, en un mendigo, en un paria.

—En un loco, que es también todo eso. Por compasión, algunos le aventarán mendrugos, limosnas. Por burla, otros le pedirán que narre su aventura, esa aventura maravillosa para la que no hay palabras en ningún idioma y que Lázaro cuenta, balbuceando, mientras el auditorio ríe o aplaude, que son las dos maneras de no escuchar, de negarse a entender.

—La última, la del aplauso, es la que te tocó a ti.

—Eso dicen. Y supongo que tienen razón quienes intentan consolarme añadiendo que es la mejor parte. Pero yo, de mí, diría que he luchado con todas mis fuerzas para que no me sepulten de nuevo. Que me he debatido, como una leona, para conservar el recuerdo, para conjurar, uno por uno, los espejismos con los que han querido engañarme y distraerme. Y que llené de pistas falsas mis libros para que me busquen donde no estoy y para que se apacigüen creyendo que me encontraron y que me encadenan y que me amansan y que me guardan.

—Ha cometido un fraude.

—¡Pero he sobrevivido! Y no me sumé a las huestes del Príncipe de este mundo, que son tan numerosas y que tan buen trato reciben. Sino que he permanecido fiel a mi promesa única y no me he alimentado sino de una raíz amarga que es la palabra verdadera.

—¿Pero entonces? Usted misma ha dicho que sus libros están llenos de pistas falsas.

—Yo hablé de alimento. Tú eres la que habla de las deyecciones.

Aminta decidió que el monólogo de Matilde había durado ya un tiempo excesivo y se dispuso a interrumpirlo.

—Es una tesis muy original y corresponde con tanta exactitud a la poesía que yo hago —una poesía de las esencias— que estaba preguntándome si no sería una pretensión exagerada de mi parte rogarle que me permita reproducir estas palabras en las primeras páginas de mi próximo libro.

—¿Un prólogo? ¿Firmado por Matilde? —reaccionó con alarma Josefa.

—Naturalmente. Matilde tendría el crédito que le corresponde.

—Pero habría que redactar, corregir, afinar… y yo estoy tan cansada.

—No va a tener que molestarse. Déjeme el trabajo a mí y no se arrepentirá.

—¡Cuidado, Matilde! —exclamó Josefa tomándola del brazo como para apartarla de la amenaza de un reptil venenoso—. Usted sigue viendo a Aminta como lo que fue, una alumna excepcionalmente dotada, aunque incapaz de disciplina, que asistía a sus clases más que para aprender para discutir, más que para recibir para afirmarse. La mujer que tiene usted enfrente ahora ha llevado al límite extremo todas sus virtudes y todos sus defectos. Y es peligrosa. No se detiene ante nada cuando codicia algo que puede beneficiarla. Si usted la autoriza a reproducir la más mínima de sus frases, la alterará, la llenará de adjetivos elogiosos para ella, la convertirá en una exaltación de su obra, en una intimidación a los lectores y a los críticos para que aplaudan en su libro un mérito que no existe.

—¡Voy a hacerte tragar tus calumnias! —repuso, a grito herido también, Aminta, a la que impedían pasar a los hechos Elvira y Cecilia.

—Calma, calma, no se exalten así porque el incidente carece de la más mínima importancia —dijo Matilde sin que ni el tono de su voz ni su postura en la silla delataran ni sobresalto ni contrariedad ni sorpresa—. No, criatura, le agradezco su intención pero no insista. No trate de abrirme los ojos porque desde hace muchos años “yo no quiero mirar para no herir”.

—¡Está absolutamente chocha! —estalló Susana que había perdido, por completo, el dominio de sus nervios.

—¡Qué lenguaje tan arcaizante usan los jóvenes hoy en día! Llaman chochez a mi pasividad, una pasividad de árbol del camino que no defiende sus frutos del hambre de los que pasan. El término señala mi actitud, tal vez, pero no la explica. Y no la explica tampoco ni la indiferencia ni la magnanimidad ni la virtud ni la estupidez. Yo no soy ni indiferente ni magnánima ni virtuosa ni estúpida y quiero que quede bien claro. Yo soy una mujer que padece vergüenza.

—¿Vergüenza? —repitió extrañada Aminta—. ¿De qué?

—De haber recibido tanto y haber dado tan poco.

—Ha sido egoísta —concedió Josefa—. Pero no más que la generalidad de las solteras. Y, por lo menos, usted ha tenido el atenuante de sus aptitudes creadoras, de su tarea intelectual, de su obra literaria.

—Cordelia, Antígona, Ifigenia o, para ser autóctonos, Margot, el ángel del hogar, merecen mi más honda simpatía, suscitan mi más encendida admiración pero no me han producido jamás ni el más efímero deseo de imitarlas. Sé, por experiencia propia, que la devoción a la familia no habría calmado mis escrúpulos morales… aunque también sé que la falta de devoción ha exacerbado mis sentimientos de culpa. Porque yo me crié en el seno de una familia que, hasta para los criterios más exigentes, era considerada como ejemplar. Pero en cuanto tuve uso de razón y pude juzgarla según mi criterio, no me di tregua sino hasta después de haber roto la última de mis ataduras con ella. Fui despiadada, con mi padre que no se consoló nunca de haberme perdido; con mi madre, que me maldijo en su lecho de muerte; con mis hermanos, que me repudiaron. Pero entonces yo estaba convencida de que mis deberes eran para con la Humanidad, así, con mayúsculas y en abstracto. Para colmo fue entonces cuando comencé a escribir, cuando ya no pude continuar resistiéndome a aceptar mi destino.

—Lo dice usted como si una cosa se contrapusiera con la otra.

—No se contraponen, se anulan. Cada poema me arrebataba, como el carro de fuego a Ezequiel, hasta unas regiones que me volvían inaccesible aun para las criaturas que estuvieran más próximas a mí. Para no tener testigos —ni estorbos— yo me aislé por completo. Vivía sola, en un cuarto alquilado, sin amigos, sin vecinos, sin conocidos. Y cuando salía a la calle, porque necesitaba respirar, moverme, iba como una sonámbula o como una convaleciente. No veía nada a mi alrededor. ¡Más me hubiera valido seguir así siempre! Pero un día, como a San Pablo, se me cayeron las escamas de

los ojos: un automóvil, que estuvo a punto de atropellarme (y fue un milagro que no lo hiciera, dada mi distracción), atropelló a un niño al que quizá yo podía haber salvado… si lo hubiera visto. Me quedé allí junto a su cuerpo, inmóvil, porque está prohibido tocarlos, esperando a que llegara a recogerlo la ambulancia. Y después esperé, en los corredores del hospital, hasta que avisaron que había muerto. Entonces comprendí que no había Humanidad sino hombres y que cuando un hombre agoniza en la oscuridad de hambre, de frío, de dolor, de miedo, acercarse a él —para recitarle un poema— es un insulto, es una burla intolerable.

—Si todos los poetas pensaran como usted no habría poesía —apuntó con precaución Elvira.

—Yo pienso así y sigo escribiendo poemas. Lo único que sucedió fue que quise aprender, además, un oficio útil. Lo primero que se me ocurrió fue, como era de esperarse, la enfermería. Pero no había una célula de mi organismo que no se encabritara contra mi voluntad, que no retrocediera con asco ante las llagas, ante los hedores, ante la sangre. Tuve que aceptar una tarea más modesta y adquirí el título de maestra rural.

—¿Fue entonces cuando partió usted al Sur? —preguntó Cecilia, más que para averiguarlo para exhibir sus conocimientos recientemente adquiridos de la biografía de Matilde.

—Sí. Yo iba preparada para todo… Menos para lo que encontré. Estaba dispuesta a soportar privaciones, a interponerme heroicamente entre las víctimas y los verdugos, para salvarlas aunque fuera a costa de mi vida. Pero, por lo pronto, me enviaron a una comunidad indígena monolingüe. Nadie allí hablaba ni entendía el español; y yo, con este don de lenguas que Dios no me ha dado, era incapaz de pronunciar una sola palabra en el dialecto de aquellas criaturas. Trataba de mostrarles, con actos (no disponía de ningún otro medio de expresión), mi buena voluntad. Pero partíamos de concepciones tan diferentes de las cosas que yo acertaba, casi de modo infalible, a ofenderlos, a ponerlos en guardia contra mí, a proporcionarles motivo de risa. Me aceptaban, pero no como al Kukulcán que yo había pretendido resucitar, sino como a una pobre mujer extraviada y bastante tonta. Aparte de lo que pudiera sufrir mi orgullo no les será difícil deducir que mi influencia era nula y que mi eficacia andaba por los suelos. En la única Navidad que pasé con ellos se me ocurrió que organizáramos una celebración con villancicos, piñatas, colaciones, en fin, el modo clásico. Ése

era el proyecto. La realidad fue una borrachera atroz con el saldo de varios heridos a machetazos, algunas violaciones y una suciedad universal.

—¡Qué horror!

—Fue lo que yo sentí y mi primer movimiento fue de fuga pero no contaba con ningún medio para llevarla al cabo. Así que hice de la necesidad virtud y me quedé entre ellos, que comenzaron a respetar mi valor y a manifestarme algunos signos de deferencia… no tan obvios ni tan insistentes como para que yo me hiciera ilusiones. Sólo para que estuviera tranquila y meditara. Y meditara hasta entender que, por desinteresado que sea un propósito y pura su ejecución, en cuanto transita al reino de los hechos cae bajo otra ley y se mezcla a constelaciones que son totalmente ajenas a quien ha concebido y ejecutado el plan, tan ajenas que acaban por volvérselo irreconocible. A veces el trayecto entre la idea y el acto es más corto: lo que basta para que un proyectil rebote contra un obstáculo cualquiera y retroceda a herir a quien lo ha lanzado.

—Yo prefiero el País de las Maravillas de Alicia y no éste. Es igualmente arbitrario sólo que más humorístico.

—No, la arbitrariedad es una primera impresión por la que no hay que dejarse engañar. Sirve para que tras ella se escondan los principios, los mecanismos, las leyes a las que se somete, sin excepción, la realidad. La certidumbre del rigor es más intolerable, para la mente humana, que la sospecha del azar.

—¿Y ese descubrimiento le sirvió de algo?

—Me convenció de que lo que yo trataba de hacer, a pesar de todos los abrumadores testimonios en contrario, tenía un sentido. Porque es preciso, sí, ésa es la única norma moral a la que me atengo desde entonces, es preciso mantener —o, mejor todavía, acrecentar— la suma de bien y de belleza que existe en el universo y que es un patrimonio del que participarán todos. Así no se actúa para beneficio particular de éste, que me roza con su miseria, ni de el de más allá, que me conmueve y me desazona con sus lamentos. Sino pensando en el otro, oculto tras el velo del espacio y del tiempo, a quien sólo el amor me lo hace visible.

—Y también la poesía —añadió Elvira.

—La poesía me pone ante los ojos la ley, sin la cual mis castillos de arena se derrumbarían: la de la distancia estelar que separa la causa del efecto. Pero también la de la firmeza irrompible del vínculo que une a la

causa con el efecto. En este cosmos que habitamos no hay excepciones a la vigencia de la regla, no hay ruptura, no hay fallas, sino una continuidad, una cohesión que nos permite ser libres, espontáneos, improvisar, dejar que fluya la invención y el juego…

—En suma —concluyó ásperamente Josefa—, que nos permite firmar el prólogo a un libro que no se ha leído.

—¡Burguesa! —la llamó Aminta—. Tú eres de las que antes de conceder a alguien el honor de un saludo le pides un certificado de buena conducta y su reacción de Wassermann. De las que quisiera que cada persona y cada cosa ostentaran una etiqueta con su precio, para que supieras a qué atenerte respecto a su calidad.

—¡Qué importancia le das a un prólogo, Josefa!

—No me halaga lo que has dicho pero suponiendo que lo aceptara, ésa sería una razón de más para firmarlo. Hace años que me he resignado a dar únicamente lo que tengo: mi nombre. ¿Qué me importa si lo usan para apuntalar un manifiesto inoperante o unos versos mediocres?

—Tiene usted algo más que nombre, Matilde: tiene dinero.

—¿Y por eso he de volverme cautelosa? ¿Y he de negar el alojamiento a un huésped, detenida por la precaución de que no vaya a resultar un perseguido de la justicia? ¿O he de mezquinar el socorro a un menesteroso porque no lo empleará en adquirir lo necesario sino que lo despilfarrará comprando lo superfluo?

—Pero eso tampoco es el bien, Matilde —replicó, ya en el límite de su resistencia, Elvira.

—Según el Evangelio, sí. ¿No pide que nuestra mano derecha ignore lo que hace la izquierda? Pero esta sabiduría a los ojos del mundo es locura.

—¡Sabiduría! Escepticismo. En el fondo lo que está usted negando es la posibilidad de saber qué significado tiene ninguna de nuestras acciones ni qué consecuencias alcanzará. Tomemos el caso de Aminta, por ejemplo: usted firma el prólogo que ella ha redactado a su antojo y se tranquiliza pensando que, tal vez, el texto será contraproducente en el ánimo de los críticos y pondrá un “hasta aquí” a la docilidad de sus admiradores.

—¡Toco madera! —exclamó Aminta—. Pero no te preocupes, Elvira, que yo tendré buen cuidado de que nada de eso suceda.

—Por lo pronto, Matilde, usted se quita de encima a una importuna y la ve partir sonriente, agradecida, satisfecha. Su favor, mientras tanto, ha

entrado en la órbita de la ley donde sufrirá quién sabe qué imprevisibles metamorfosis.

—Imprevisibles e inevitables.

—Bien. ¿Pero por qué no vuelve usted los ojos hacia otra parte? Hay aquí una mujer a quien su acción —el prólogo— ha decepcionado, entristecido.

—La tristeza del bien ajeno, la envidia, no es más que miopía. No percibimos más que lo inmediato y, hasta eso, ni siquiera en su totalidad.

—Pero Matilde, lo que Josefa ha estado aguardando desde que llegamos no son sus consejos, sino sus beneficios.

—¿Cómo puedo beneficiarla yo?

—Invitándola, lo mismo que a sus compañeras, a que pasen a la mesa. La comida está servida —anunció Victoria desde el umbral.

—¿La comida? —repitió Matilde como si este trozo no lograra insertarse en el rompecabezas que había estado componiendo.

—Sí. Es hora ya de comer. Tus huéspedes han de estar desfallecidas de hambre.

Hubo murmullos de protesta pero que no cristalizaron en una negativa individual.

—¿Y qué comeremos? —preguntó Matilde, más que por curiosidad de enterarse por deseo de aplazar el momento.

—El platillo principal es arroz a la mexicana.

Matilde guardó silencio como si esta revelación la hubiese aniquilado. Y luego se puso de pie, con los titubeos, con la dificultad de los inválidos, pero impulsada por una especie de frenesí de incredulidad y de cólera.

—¿Arroz a la mexicana? ¿Cómo se te ocurre? Es un platillo que aborrezco, que me produce alergia, que me han prohibido los médicos. ¿Qué es lo que te propones? ¿Envenenarme? ¿O simplemente dejarme morir de inanición?

Todas enmudecieron, estupefactas. Únicamente Victoria conservaba la ecuanimidad y hasta un rastro, casi imperceptible, de sonrisa.

—Ni una ni otra cosa. Me proponía darte gusto cocinando algo que tú misma me encargaste.

—¡No estoy loca para encargar semejante incoherencia!

—Tengo testigos, Matilde.

—¡Claro! Sería muy impropio de ti proceder sin antes haber tomado las precauciones necesarias. Ya espero, de un momento a otro, que se levante un clamor general, de voces que tú habrás sobornado, para jurar y perjurar que yo fui quien dio la orden de que se preparara el arroz a la mexicana.

—No de que se preparara —puntualizó Susana—. De que lo preparara la misma Victoria.

—Ah, de modo que eso es lo que te ha entretenido tanto tiempo. De que por tal motivo me abandonaste aquí, a la merced de unas desconocidas que no han cesado de interrogarme, de acosarme, hasta que me obligaron a concederles yo no sé qué, para que me dejaran en paz.

Aminta y Josefa iban a soltarse hablando simultáneamente pero cada una calló por el deseo de que callara la otra.

Victoria se acercó a Matilde y la tomó por la cintura para sostenerla, para ayudarla a caminar. Matilde reclinó la cabeza sobre el hombro de Victoria mientras le reprochaba con suavidad.

—¿Por qué no estabas aquí para defenderme?

—Ya, vamos, cálmate, ya. Te prometo que no volverá a suceder.

—¿Harás que se vayan? ¿Me protegerás si regresan de nuevo?

—Sí, Matilde.

—Se disfrazan, se ponen otra cara. ¿Atinarás a reconocerlas?

—No te hará daño nadie. Anda, ven a dormir.

Desde la puerta, Victoria se volvió e hizo un guiño que podía interpretarse como una petición de benevolencia para la conducta de Matilde, disculpable por su edad, sus condiciones de salud y, sobre todo, por su genio. A esta petición correspondieron las invitadas con un silencio en el que sólo se intercambiaban miradas imprecisas aún pero en las que ya comenzaba a aflorar, más que la consternación por el rumbo de los acontecimientos, el secreto regocijo de los iconoclastas que acaban de descubrir los pies de barro de un ídolo hasta entonces reverenciado. Poco a poco este sentimiento fue transformándose en la avidez del goloso que contempla ante sí un suculento manjar al que no se arroja de inmediato para devorarlo, contenido por el pudor social.

—¡Menopausia, cuántos prólogos se pierden en tu nombre!

Fue Josefa la que parodió la cita histórica pero Aminta, que no se daba por vencida con tanta facilidad, desdeñó la alusión.

—Lo que siento es el arroz. ¿No lo huelen desde aquí? ¡Ha de estar delicioso!

—¡Y con el apetito que se abre al nivel del mar! —exageró Susana.

—Pues vamos a tener que conformarnos con ser las "convidadas a viento".

—Yo ya estoy harta de este ruido y de esta sal que se le mete a uno en los poros y de este calor que le derrite hasta la médula. Con razón dice el refrán que de los parientes y el sol… Me voy adentro. La que quiera venir en pos de mí…

—… resígnese a soportar mi compañía y sígame.

—¿Vamos a quedarnos después de lo que ha sucedido? —preguntó Cecilia, cuya dignidad exigía una reparación.

—¿Que ha sucedido? Matilde nos ha dado una exhibición privada de sus habilidades —definió Aminta mientras penetraba en el interior.

—Nos ha acusado de abusar de su confianza.

—Lo cual no deja de ser cierto… en parte —admitió Josefa mirando directamente a Aminta.

—Matilde no hizo distingos.

—Las deidades no suelen hacerlos. Desde su impasibilidad alumbran lo mismo a los buenos que a los malos.

—Además no nos ha acusado ante ningún tribunal supremo sino ante una simple secretaria —puntualizó Aminta como para atenuar la gravedad del asunto.

—Quien, a juzgar por lo que hemos presenciado hoy, ha de estar completamente curada de espanto.

—Lo que no puede negarse es que Matilde se pasa de la raya en cuestión de extravagancia. Mientras la oía hablar estaba preguntándome si no se habría inyectado algo… alguna droga.

—¡No seas absurda, Josefa! ¿No recuerdas ya de qué modo daba su clase? Era como asistir a una sesión de espiritismo. Le sobrevenía una especie de trance y desde ese estado profería sus revelaciones.

—Exageras, Elvira. Matilde tenía muchos momentos de equilibrio y de lucidez.

—En los que no valía la pena escucharla porque no decía más que necedades.

—Pues ya estarás contenta. Ahora esos momentos de equilibrio y de lucidez han desaparecido.

—¿Por qué?

—No le hagas al Sherlock Holmes, Aminta, que no te queda. Ya lo dije desde el principio: por la menopausia.

—La hipótesis es admisible —asintió Elvira—. Dada su edad.

Pero Aminta se opuso, con inusitada repugnancia, a esta explicación.

—Las vedettes no tienen edad. Y Matilde, no van a discutírmelo después de lo que han visto con sus propios ojos, no es más que una vedette.

—Tú, mejor que nadie —apuntó con acritud Josefa—, deberías de saber que el género de vida que llevan las vedettes es totalmente distinto al que ha llevado Matilde. Añade a la menopausia la castidad, si es que conoces el significado de esa palabra, y ya tienes resuelto el enigma.

—Sí, sí, la castidad. Ésa es la leyenda que le han fabricado, pero yo, que sé cómo se manejan las famas, no me voy a dejar embaucar tan fácilmente. Calculen: una mujer (que no ha de haber sido fea en sus mocedades) suelta por el mundo, sin quien la vigile, sin quien le vaya a la mano… Y, además, rica. Como para pagarse un capricho, si lo tiene. O para rechazar una proposición, si no le agrada.

—Inconcebible ¿verdad? Sin embargo, yo insisto —y no tengo mal ojo para distinguir ciertos matices— en que es casta.

—¿Por virtud?

—Por orgullo, por timidez ¿qué sé yo? Hasta por anormalidad. Hay tantos motivos para guardar la continencia que no son, forzosamente, ni admirables ni plausibles…

—Entonces no me importa —dijo Aminta.

—Pero a la naturaleza le da igual que un individuo se abstenga de cumplir ciertas funciones por una causa o por otra. Lo único que percibe es que la abstención viola sus leyes y entonces se produce, de manera fatal, el resultado: la locura.

—¿Está comprobado científicamente eso que afirmas, Josefa?

—¿Por qué has de alarmarte tú, Aminta? No es tu caso.

—No es su caso, ahora. Tal vez piensa en el futuro. Aunque yo considero que es una precaución excesiva e inútil. Porque una vez

sobrepasada la edad crítica las actividades sexuales cesan de tener importancia biológica.

Elvira ríe silenciosamente.

—No puedo imaginarme a Matilde relacionada, ni siquiera por la edad, con ninguna cosa que tenga que ver con la crítica. Siempre será una intuitiva, una inspirada…

—Una poseída por las musas —concluyó Aminta.

—¿Qué quieres insinuar? —dijo, con exagerada indignación, Josefa—. ¿Que das crédito a aquellos rumores que corrieron cuando Victoria aceptó el cargo de secretaria de Matilde?

—Si yo hubiera querido decir algo lo habría dicho. De sobra sabes que mi estilo es directo y sin adornos.

—En otras palabras, pobre en recursos.

—¡Basta ya de estas escaramuzas, muchachas! Son de una monotonía verdaderamente exasperante. Volviendo a Matilde…

—Mírate en ese espejo, Elvira —aconsejó, apocalípticamente, Josefa.

—¿Me estás augurando el Premio de las Naciones?

—Ese premio no fue sino una casualidad que no se repite en un millón de años. Te estoy poniendo en guardia contra la soledad, el desamparo, el desvarío.

—La virgen errante… Me temo que ése ya no podrá ser mi sobrenombre, al menos desde el punto de vista oficial. Soy divorciada, recuérdalo.

—¿Cómo voy a olvidarlo después de haberte acompañado en todos los trámites? Ah, pero no lo hice sino después de agotar hasta el último argumento de la conciliación.

—Sí, sí, pero ni mi ex marido ni yo quisimos escuchar la voz de la prudencia.

—Elvira, yo sigo sosteniendo que vale más un mal matrimonio que una buena separación.

—Ya se ve, puesto que sigues cargando la cruz.

—Y tú ni siquiera habías perdido la esperanza de tener hijos. ¿Qué fue lo que te hizo precipitarte? ¿No te arrepientes al ver que no queda ninguna huella de esa unión?

—Pregúntale a Aminta si se arrepiente de sus aventuras. Tampoco la marcan.

—Ya sé que me dirá que no, que está satisfecha. Las dos se alzan de hombros, como si hubieran acertado con el método para repicar y andar en la procesión. Como si no supieran que el sexo no se justifica ni por el placer ni por el amor. Su única función lícita es perpetuar la especie. Lo demás no sirve sino para dorar la píldora.

—Una píldora muy eficaz.

—¿Y crees que permanecerás impune, Aminta? A la naturaleza no puede burlársele así. Las consecuencias llegarán a su hora.

—¡No es cierto, mientes! —replicó vehementemente la amenazada. Y, después de una pausa en la que fue ganando ventaja el temor, dijo—: ¿Qué consecuencias?

—No te dejes amedrentar —le reprochó Elvira—. Según las tesis de Josefa, la única que va a salvarse del cataclismo universal es ella.

—Porque soy la única que ha asumido plenamente sus responsabilidades de mujer y de madre.

—¿Y de escritora?

Un violento rubor cubrió sus mejillas.

—Cuando escogí mi vida lo hice también pensando en mi obra. Necesitaba experiencia. No podía hablar si no sabía de lo que estaba hablando.

—¿Y cuál iba a ser tu mensaje? ¿La descripción de los síntomas de la varicela? ¿O la angustia ante la rapidez con que la ropa deja de venirle a los niños? ¿O la elevación anual del precio de las colegiaturas?

—Es cruel burlarse así, Elvira.

—Eso es lo que conociste al través de la maternidad, pero no es eso lo que escribes. Tu tema es el Hombre, la criatura sublime cuya mirada se pierde en un horizonte de espigas que simbolizan la esperanza.

—¡El hombre! —repitió con sarcasmo Aminta—. Como no has tenido que lidiar más que con uno —con tu marido— conservas intactas tus ilusiones de adolescencia y atribuyes a los demás unas aptitudes de las que, lamentablemente, carecen. El género masculino en sentido lato, deja muchísimo que desear. ¿No es cierto, Elvira? Yo por eso no hablo sino de Dios.

—La poetisa del éxtasis ¿no?

—Mis éxtasis son terrenos y mis visiones celestiales. ¿Qué quieres? En el variado catálogo de escritores yo escogí la vida de unos y el estilo de

otros.

—Pero los místicos se mortificaban, maceraban su carne, buscaban una vía de iluminación.

—Porque vivían en siglos oscuros. Además, Dios no puede ser tan vulgarmente celoso como para castigarnos por los pequeños placeres que nos depara la casualidad.

—La misma casualidad que depara el descubrimiento al sabio que ha meditado años enteros sobre un problema: la manzana de Newton.

—Yo, lo mismo que Picasso, diría que no busco. Encuentro.

—Sobre todo, tus temas literarios. Basta abrir un manual y allí están todos, hasta en orden alfabético.

—No olvides añadir que aureolados con el prestigio de la tradición.

—Y despojados de la gala de la originalidad.

—No hay nada nuevo bajo el sol.

—Ésa podría ser muy bien la divisa de un loro.

—Tu divisa, Josefa, si te atrevieras a ostentar la que te corresponde. Porque tú te tranquilizas pensando que puedes hacerte pasar como la inventora de un estilo nuevo únicamente porque has escogido, para copiarlos, modelos más recientes o más mediocres. Pero toda la selva sudamericana está cundida de la retórica que tú usas y que se expande como la mala hierba porque no hay una mano civilizadora que le oponga un dique, que la sujete a un fin, que la reduzca a un orden.

—Cualquiera diría, al escuchar tu veredicto, que mis textos son confusos.

—Dejo el trabajo de interpretación a los aficionados a resolver crucigramas. Y no les arriendo la ganancia. A la postre hallarán un himno al amor y un llamado a la paz.

—¿Por qué te ensañas así contra ella, Aminta? —reprochó Elvira.

—Porque me irrita su hipocresía y su limitación y sus aires remilgados de señora decente y sus ínfulas de fiscal.

—¿No vas a defenderme, Elvira?

—Por una parte, los ataques que te lanzan carecen completamente de autoridad. Por otra, yo no estoy muy lejos de compartir ese juicio… aunque sea con Aminta.

—Eso se llama equidad —aplaudió Cecilia—. O de cómo perder amigos y no influir sobre los demás.

Josefa sonreía con amargura.

—Ya no me extraña que te hayas divorciado.

Pero antes de que terminara de pronunciar su anatema, añadió Aminta:

—Lo que me extraña es que alguien haya sido tan imbécil como para querer casarse con ella, aunque no fuera más que temporalmente.

Pero ninguno de los comentarios alteró a Elvira.

—Muchachas, nos estamos saliendo del tema otra vez. Volvamos a la literatura. ¿Recuerdan nuestros años de estudiantes?

—¡Uf! ¡La prehistoria!

—Sí, pero no hemos pasado todavía a la historia. Por lo menos en lo que a mí concierne.

—Hecha esa salvedad, estoy de acuerdo.

—Teníamos la vida entera por delante. Y, como Hércules antes de emprender sus trabajos, varios caminos a seguir y guías interesados en conducirnos por uno o por otro.

—Estábamos rodeadas de Minervas por todas partes. Pero en cuanto a Venus había algo más que escasez: carencia absoluta.

—¿Entonces cómo fue posible que Aminta escuchara tan dócilmente sus consejos?

—Calla, Josefa. No rompas el hilo de la evocación porque estoy siguiéndolo con mucha dificultad. Nos inscribimos en el curso de Matilde…

—¡Teoría literaria! ¡Ella!

—Yo no esperaba aprender mucho acerca de la materia. Pero sí encontrar la respuesta de las preguntas que más me atormentaban. Y las encontré —admitió Elvira después de una pausa—, pero eran tan ambiguas como las de la Sibila de Cumas.

—¿No eran ambiguas también las preguntas? —quiso averiguar Cecilia.

Elvira sonrió a esta figura rediviva de sus perplejidades, de su juventud, de su pasado.

—También, naturalmente. Pero poco a poco fueron haciéndose más precisas, más nítidas. Hasta que un buen día ya pudimos declarar, sin rodeos, que teníamos una vocación y que esa vocación era la de ser escritoras.

—¡Qué pena con los muchachos! —se ruborizó todavía Josefa—. Se burlaban de nosotras y nos ponían apodos.

—Las vírgenes fuertes —apuntó Susana dándoselas de enterada.

—¡Qué más hubiéramos querido! —contradijo Elvira desentendiéndose del origen de esta aseveración—. “Las tres parcas.” ¡Y con qué terror huían de nosotras nuestros compañeros!

—¿Pero qué tal a la hora de los exámenes? Nos llovían las invitaciones al cine, a tomar un café, a dar una vuelta al parque…

—Entonces llegaba el desquite. Y escogíamos al que nos caía mejor para que se sentara al lado nuestro durante la prueba y pudiera copiar lo que escribíamos.

—Yo siempre tuve la sensación de que tampoco les simpatizábamos mucho a los maestros. Adoptaban hacia nosotras actitudes de una cortesía, de una caballerosidad tan excesivas que tenían, forzosamente, que ser falsas.

—Era —aseguraba Victoria— su método para reducirnos a la calidad de damas, para despojarnos de nuestras armas de combate.

—Pero cuando se trataba de calificar nuestro trabajo no les quedaba más remedio que aprobarlo y hasta ponerle diez.

—Sí —se quejó Aminta—, a mí me ponían diez pero antes me pellizcaban las piernas por debajo de la mesa.

—Aminta, has llegado al punto de no poder hablar sin que salpiques algo del lodo en que te revuelcas a tu alrededor. ¿Debajo de cuál mesa? Los exámenes se hacían en los pupitres y los maestros estaban a una respetable distancia. Ni siquiera puedes decir que tuviste a alguno a tu alcance como para pellizcarlo tú.

—Me pellizcaban —insistió Aminta, como si se tratara de un punto de honor—. Me proponían cosas.

—¡No es verdad! —machacó Josefa—. Eran unas bellísimas personas.

—Hay que reconocer —transó Elvira— que las bellísimas personas tienen también apetitos y que Aminta era la más apetecible de nosotras.

—La más desvergonzada. ¿Por qué si te hacían eso que dices no protestaste?

—Porque me sentía tan generosa como la Sunamita comunicando su calor a algún David moribundo. Casi todos se conformaban con olfatearme.

—¡Qué escarceos tan inocentes!

—Eso es lo que le parece imperdonable.

—Además ¿con quién podía yo hablar? Tú, Josefa, habrías puesto —entonces como hoy— el grito en el cielo. El Director de la Facultad habría

hecho un escándalo…

—O pedido su parte.

—Yo no estaba para correr riesgos. Por menos que eso me habrían echado de mi casa.

—Así que te dejabas olisquear y te callabas. ¿No eras capaz de hacerte valer por ti misma?

—No —admitió, con un alborozo retrospectivo que le abrillantaba los ojos, Aminta—. Ellos me querían, me admiraban, creían en mí. Me enseñaron muchos secretos.

—El itinerario del alma a Dios —dijo con ironía Josefa—. Y el del cuerpo al hospital.

—No esquematices, mujer. Yo me represento la trayectoria de Aminta de otro modo. Ella entrevió, cuando todavía era demasiado joven, un dechado de perfección formal y se propuso como una meta para alcanzarla. El único camino seguro, a esa edad, es el del caos. Y no vaciló en seguirlo.

—¡Igualito que Rimbaud! Por favor, no sigas que vas a hacernos llorar con las hazañas de tu heroína.

—Cálmate, que ya te va a tocar tu ración. Tú también has sido heroica a tu manera… una manera mucho menos espectacular y mucho más común: la doméstica. Como la perfecta casada de Fray Luis te levantas al alba y vigilas y te afanas el día entero sirviendo a los tuyos. Y mientras velas cuando todos duermen, escribes el poema. Con cuidado, para que el rasgueo de la pluma sobre el papel no vaya a turbar el silencio nocturno, el reposo de los que descansan.

—¡Qué hermosa composición de lugar! Me recuerda esos interiores flamencos, tan pulcros. Pero no advierto en él ninguna estantería con libros.

—No la hay. Josefa renunció, muy precozmente, a los placeres de la lectura por el temor de contaminarse con las influencias extrañas.

—En cambio tú, con esa audacia que únicamente da la inconsciencia, no temiste convertirte en una erudita.

—En efecto. Estaba a punto de metamorfosearme en un ratón de biblioteca cuando el Hada Buena materializó ante mis ojos al Príncipe Azul. Era la encarnación de la belleza, de la fuerza viril, de la vitalidad, de la aventura.

—¿Se puede saber de quién estás hablando? —preguntó, con las narices dilatadas de ansiedad, Aminta.

—De mi ex marido. ¿De quién más iba a ser?

—¡Lo que engañan las apariencias! Yo lo recuerdo más bien como un señor —un señor esmirriado, conste— al que le preocupaba obsesivamente la duda de que el nudo de su corbata estuviera derecho.

—Era muy serio y muy culto —lo defendió Josefa.

—Era apenas un poco menos encogido y menos polvoriento y menos miope que yo. Por eso mi proximidad le producía el efecto de un cataclismo. Jamás he contemplado, ni antes ni después, una devastación tan completa causada por un ser humano sobre otro. Sudores, temblores, tartamudeos. Cuando le propuse que nos casáramos no se atrevió a decir que no.

—¡Qué mujer tan tonta fuiste, Elvira! ¿Te das cuenta de la oportunidad de oro que desperdiciaste? Si él era tan dócil habría bastado, para manejarlo bien, con que tú simularas cierta debilidad, cierta condescendencia.

—Pero yo no podía simular porque estaba enloquecida. No, no se rían que no enloquecí de amor sino de celos, de afán de posesión y de dominio, de instinto exacerbado de defensa. Estaba alerta, día y noche, para conjurar un peligro que nunca alcancé a localizar. Y me convertí en una llaga a la que era imposible aproximarse sin que gimiera o estallara en alaridos. ¿Para qué entrar en detalles que tendrían que ser inventados porque ya no los recuerdo? El caso es que de aquella relación tan apasionadamente tempestuosa sobrevivimos ambos con mucha dificultad.

—¡Qué absurdo, pero qué absurdo! Si ustedes formaban una pareja tan pareja. Tenían los mismos intereses, el mismo nivel intelectual, hasta el mismo título.

—El único que ha creído que el matrimonio es una asociación de ideas o una larga conversación (y esa creencia habrá que achacársela a sus peculiaridades psicofisiológicas) fue Oscar Wilde. Y no. El matrimonio es el ayuntamiento de dos bestias carnívoras de especie diferente que de pronto se hallan encerradas en la misma jaula. Se rasguñan, se mordisquean, se devoran, por conquistar un milímetro más de la mitad de la cama que les corresponde, un gramo más de la ración destinada a cada uno. Y no porque importe la cama ni la ración. Lo que importa es reducir al otro a esclavitud. Aniquilarlo.

—Exageras. Muchos matrimonios perduran.

—Porque uno de los dos se rinde. En México es habitualmente la mujer. Antes de presentar la primera batalla se hace la muerta y asunto concluido.

—¿Y por qué no hiciste tú lo mismo? Al cabo no es más que una farsa.

—Porque no pude. Mi ex marido se rindió antes que yo y los papeles se trocaron y todo se volvió mucho más confuso y más doloroso y más humillante para ambos.

—¿Nunca hubo una tregua?

—A veces, por cansancio, por variar. Pero no duraba más que el tiempo que necesitábamos para recuperar nuestros bríos. Íbamos cargándonos de electricidad como las nubes de tormenta y la chispa se producía por la causa más insignificante: una mirada, un matiz de la voz o un silencio eran bastante. Empezábamos con un día nublado y acabábamos con un ciclón.

—¡Pero las reconciliaciones son tan sabrosas!

—No tanto cuando tienes buena memoria. Y en este sentido los dos rivalizábamos. ¡No, qué horrible, no! Y volviendo a la cita de Wilde, bástate saber, Josefa, que yo con mi ex marido no pude sostener un diálogo coherente y ponderado sino hasta después de que se dictó la sentencia de divorcio.

—Ésas son las desventajas de la inexperiencia —declaró Aminta.

—No lo dudo. Pero mi experiencia fue tan catastrófica que me apresuré a volver al refugio de los libros, a la apacible convivencia con los fantasmas. Como si la hubiera estado acumulando durante el tiempo de mi delirio furioso, adquirí de pronto una extraordinaria lucidez. Me miré como era entonces: una mujer de cierta edad, con un estado social equívoco, una profesión y unas aptitudes literarias que no habían pasado nunca de la etapa de la promesa vaga a la de la realización efectiva. Era preciso transitar de un punto al otro y cuando me decidí a hacerlo advertí, de inmediato, mis limitaciones. Yo no poseía más que una modesta habilidad para la manufactura, una cierta facilidad —y felicidad— para la ejecución. Me dediqué entonces a cultivar las virtudes que me correspondían, la constancia por ejemplo. Y pude lograr que las restricciones de mi vocabulario se transformaran en estilo. Como no aspiraba a ninguna apoteosis mundial me satisfizo la opinión favorable de personas cuyo juicio consideraba acertado. Nadie, en el momento en que iba a zarpar, rompió una botella de champaña contra mi quilla, bautizándome como genio. Pero después de comprobar la

seguridad y la regularidad de mi marcha, los observadores desde tierra aceptaron, por voto unánime, concederme el talento.

—Y colorín colorado este cuento se ha acabado —remató, con un bostezo, Aminta.

—Todavía no. Porque el talento tiene también sus peligros. Atrae a la confianza de los demás que van depositándola, encima de uno, hasta aplastarlo de responsabilidades y de trabajos. Primero me llamaron para desempeñar un puesto; luego otro de mayor rango burocrático y, cuando vine a darme cuenta, estaba a punto de ser un pilar de las instituciones nacionales. Como no era ésta mi vocación y como los cargos me absorbían hasta el punto de que yo no era capaz ni de hacer ni de recordar siquiera qué era un poema, un buen día presenté mi renuncia irrevocable.

—Por lo que te dedicaste a vivir de tus rentas.

—¿Cuáles? Desempolvé mi título que, a fin de cuentas, era de maestra y fui a solicitar una cátedra en nuestra querida Alma Máter. Me mandaron a la Preparatoria, con grupos de ochenta, noventa, hasta ciento veinte alumnos.

—Has de disfrutar allí de la soledad de las multitudes. No, por favor Elvira, no vayas a hacernos una apología del magisterio y del apostolado y de todas esas monsergas de las que estamos hartas. Tú ganas un sueldo de hambre por luchar a brazo partido contra una mayoría abrumadora que sabe, al dedillo, los trucos para que tus palabras les entren por una oreja y les salgan por la otra sin hacer ni la más breve estación en su cerebro. Si a ti esa tarea te gusta y te satisface es que tienes complejo de Danaide. Yo, por mi parte, no cambiaría ni por eso ni por nada mi libertad, mi falta de ataduras.

—¿Libre, tú, Aminta, cuando dependes de tantos… llamémosles factores, todos ellos imprevisibles? No, no es ésa la solución. Pero tampoco la solución es aceptar los deberes tradicionales que cumple Josefa. Debe de haber, tiene que haber otra salida.

—¿Matilde?

Como el nombre, pronunciado con una ligera entonación interrogativa, coincidió con la entrada de Victoria, fue ella la que respondió:

—Duerme como una bendita. Pero estaba muy excitada y los calmantes tardaron demasiado tiempo en causar efecto. Tanto que yo temía que ustedes se hubieran cansado de esperar y se hubieran marchado.

—¿Sin charlar contigo antes? ¡Imposible!

—Y sin concederte la oreja y el rabo. ¡Porque vaya con el Miura que te ha tocado en suerte y con la mano izquierda que tienes para lidiarlo!

—Matilde no siempre es así; claro que está enferma y que su inestabilidad no ha hecho más que acentuarse con los años. Pero, en general, nos las arreglamos para que las crisis ocurran intramuros y para que ella ofrezca al público una impresión plausible y cumpla satisfactoriamente con sus compromisos. Pero ahora ha de haber ocurrido algo que la alteró hasta el punto de tener dos ataques sucesivos y uno de ellos con auditorio.

—Yo me imagino lo que fue —dijo, con una afectación de reserva, Josefa, que no había cesado de mirar de reojo a Aminta.

—La idea de invitarlas fue de la misma Matilde. Yo no me hubiera atrevido siquiera a insinuársela temiendo que la perturbara un encuentro que, después de todo, tenía que ser emotivo.

—¿Crees que nos haya reconocido?

—Bueno, quizá de momento no pudo identificar los rostros ni asociarlos con los nombres. Pero ella siempre las recuerda como al grupo más brillante que pasó por sus aulas. Y cada una tiene, además, una imagen muy nítida.

—A la mejor se siente, con respecto a nosotras, como una criadora de cuervos.

—Matilde está tan por encima de esas mezquindades…

—…como nosotras por debajo de la capacidad de arrancarle los ojos. Tu hipótesis es falsa, de toda falsedad, Aminta.

—No sé cómo se te ocurrió.

—Está tratando de despistar para que nadie saque a colación el incidente.

—¿Cuál incidente? —preguntó, distraída, Victoria.

—El del prólogo —dijo implacablemente Josefa.

—¿Le prometió un prólogo a alguien? Es lo de costumbre. También promete becas, cartas de recomendación, asistencia a actos benéficos. Yo soy la encargada de examinar esas promesas y de encontrar una excusa para no cumplirlas cuando son excesivamente disparatadas.

—Entonces no es el caso. El prólogo es para un libro mío.

—Habrá que leer los originales ¿no?

—Josefa todavía cree que un escritor es una especie de Fata Morgana. Y que en cada página puede aparecérsenos disfrazado de algo nuevo. No,

mujer. Aminta, como quien dice, ha dado ya de sí. Afinará los matices, perfeccionará los procedimientos estilísticos, pero sustancialmente no nos deparará ninguna sorpresa.

—A mí sí —declaró Victoria—. Porque yo he permanecido al margen del proceso y no la he leído aún. Pero la leeré… de una manera desinteresada ya que, desde luego, tiene garantizado su prólogo.

—¿Cómo te quedó el ojo? —retó Aminta a Josefa.

—¿A ti no te ofreció nada Matilde?

—No tuvo tiempo.

—Además ¿qué le podía ofrecer? Ella no escribe más que versos de circunstancias. A no ser que se le ocurra proponerle a Matilde que instituya una justa poética que llevaría su nombre y cuyos premios pagaría con su dinero. ¿Eh? ¿Qué tal, Josefa? ¿Acerté o no?

—No lo sabrás sino después que Josefa y yo hayamos discutido este asunto a solas; cuando ella diga lo que quiere y yo lo que se puede darle.

Aminta alzó los hombros con desdén pero sin añadir ninguna palabra más. La falta de sueño, los whiskies sucesivos, el calor, la tensión en la que se había mantenido hasta entonces (¿y desde cuándo? No desde que llegó aquí, pero no acertaba a precisar el momento) comenzaron a operar en ella transformando su excitabilidad en un principio de indiferencia que no era más que el preludio habitual de los estados depresivos en los que se hundía semanas enteras y de los que, para emerger nuevamente a la superficie, requería el auxilio ajeno o de un médico o de un amigo o de un acontecimiento que le interesara y que la conmoviera. Laxa, entregada ya a la creciente somnolencia, oyó decir a Elvira, sin preocuparse por lo que aquella pregunta fuera a desencadenar:

—¿Qué se siente ser la Divina Providencia?

Victoria se volvió con los labios redondeados alrededor de una O de asombro que no alcanzó la categoría del sonido. Elvira continuaba insistiendo.

—Sí, me refiero a ti. Porque Matilde Casanova no es más que el mascarón de proa de un navío que la empuja, que la orienta, que la hace arribar a puertos felices.

—Primera noticia que tengo. ¿Quién o qué es el navío?

—Adivina.

—Si para describir así a Matilde estás dejándote llevar por esa exhibición de… digamos, temperamento, a la que acabas de asistir, supongo que cuando te refieres a lo real en ella hablas, no de su persona, sino de sus libros.

—Un libro, dirás, es la condensación de un estado de conciencia y estoy de acuerdo. Pero la condensación no se logra sino por un esfuerzo de la voluntad. Y la voluntad de Matilde eres tú.

Victoria hizo ese ademán de rechazo de quienes beben, por primera vez, un licor extremadamente rudo, cuyo sabor se irá percibiendo sólo a medida que la primera sensación se desvanece.

—En resumen, que soy la que saca las castañas con la mano del gato.

Desorientada acerca de los verdaderos sentimientos de Victoria, Josefa se apresuró a desmentir a Elvira.

—¡Pero qué ocurrencia! Antes de venir aquí yo estaba segura de que el único grado de abnegación superior al que exige el matrimonio era el de las monjas. Pero después de haberte visto ya no sé qué pensar.

—Por lo pronto pensarás que yo soy la mano del gato.

—Ni siquiera eso: la castaña. Sí, Victoria, perdóname la franqueza pero he estado conteniéndome a duras penas para no estallar y decirle a Matilde lo que se merece por tratarte como te trata. Mira tú que ponerse hecha un energúmeno sólo porque te esmeras en cumplirle un capricho… me subleva, porque comparo esta arbitrariedad con los miramientos con que tenemos que tratar las dueñas de casa a…

Josefa había desembocado, abruptamente y sin aviso, en un callejón sin salida del que se encargó de sacarla la propia Victoria.

—A las criadas. No, no te preocupes. La asociación de ideas no me ofende y sí me alegra enterarme de que el gremio servil ha ganado en dignidad y en privilegios.

—Ay, si tuvieras que tratar con ellas, maldecirías lo inútiles, lo abusivas y lo mugrosas que son. Con decirte que…

—Basta, Josefa. No siempre hemos de estar, como dijo el poeta, cegados por astros domésticos.

Josefa se repuso bruscamente avergonzada de haber hecho que descendiera tanto el nivel de la conversación.

—Lo único que quería decir es que no entiendo por qué Victoria soporta esta situación.

Victoria se volvió interrogativamente hacia Elvira:

—¿Tengo cara de víctima?

—A primera vista, quizá. Para una mirada superficial, inexperta, que ignore que las apariencias son engañosas… Pero no, ni aun así.

—Y, sin embargo —asentó Victoria con una tozudez imprevista—, yo nunca he querido ser más que eso: una víctima. Me horroriza la fuerza y prefiero padecerla a ejercerla. Pero tú también te equivocas, Josefa. Lo que me llevó, desde tan temprano, hasta Matilde, y lo que me ha mantenido junto a ella tantos años, a pesar de todo, no fue la abnegación. Fue el miedo.

—Pues escogiste un refugio muy precario.

—Juzgas ahora que la ves, castigada por las enfermedades, socavada por el sufrimiento, distraída ante la proximidad de la muerte.

—Pero la conocí al mismo tiempo que la conociste tú: en la plenitud de la edad, en la eclosión de su potencia creadora.

—¿Y no tuviste entonces el impulso irresistible de adherirte a ella, como la hiedra al tronco?

—Esas simbiosis son muy ambiguas y al cabo de cierto tiempo ya no aciertas a discernir quién sustenta a quién. Pero aunque en esa época yo ignorara esto, y todo lo demás, intuía ya oscuramente que esa fachada sin grietas, sin fisuras que Matilde mostraba al mundo estaba hecha de un material quebradizo y frágil a cuyo derrumbamiento yo no quería contribuir… ni presenciar.

—Pero lo que ha de ser, es: el destino te reservaba el espectáculo para hoy.

—Y tú ¿no pudiste adivinar… cuando aún era tiempo de huir?

—Yo tenía miedo. Ya lo he dicho.

—¿Pero miedo de qué?

—¡Cuántas veces intenté deslindar este campo, acotarlo, reducirlo a un límite exacto! Yo me sentía, en la adolescencia, como en el umbral de una casa desconocida, extraña y a la que, sin embargo, debía penetrar. En su interior iba a celebrarse una ceremonia acerca de la cual nadie me había instruido.

—Y en la que, forzosamente, tenías que participar.

—Sí, tenía que participar yo. De los otros no sabía nada. Carecía, además, de cualquier medio de averiguarlo. Pero me resultaba igualmente horrible confundirme con ellos y singularizarme, incorporarme a la multitud

o permanecer sola, y oscilaba de un extremo al contrario con la recurrencia arrítmica de la angustia. Bueno, esto puedo formularlo ahora así. Pero entonces me limitaba a leer a Henri Bordeaux y a sentirme la protagonista de aquella novela suya que condensaba en su título mi problemática entera: *El miedo de vivir.*

—Y lo que buscabas era la manera no de traspasar el umbral —y convertirte en una mujer madura— sino de retroceder hasta entrar, de nuevo, al claustro materno.

—Ah, no, la alternativa es falsa. Yo sentía una repugnancia insuperable por aquella entraña oscura, viscosa, amorfa de la que me había desprendido. Pero no me compensaba ninguna atracción hacia el misterio al que naturalmente estaba volcada. Y escogí entonces una tercera vía: el acceso a un mundo ordenado, limpio, transparente; un mundo en el que no rigiera la fuerza sino la libertad; en el que nada recordase las pesadumbres ni las miserias de la carne…

—El mundo de la imaginación.

—Pero no tal como se aparece en los libros, tan impalpable, tan inasible. Yo lo quería encarnado en una persona.

—Di un personaje y serás más justa.

—Digo Matilde y no tendré necesidad de agregar nada más.

—¿Y de qué te puso a salvo?

—Por lo pronto, del contacto con los demás. Ah, qué revelación, qué espanto haberla conocido por primera vez. Me sacudió esa especie de vértigo que produce la contemplación del abismo en el que debemos, queremos, vamos a caer. Yo me abandoné a la fuerza de la gravedad y caí, caí… o me elevé. ¡Quién sabe! Estas experiencias son tan ambivalentes.

—Son las experiencias inefables por antonomasia. Para ayudarte voy a decirte cuál es mi versión profana de los hechos: desde el momento en que conociste a Matilde, en que te relacionaste con ella, te absorbió de un modo tan absoluto que cesaste de cultivar tus otras amistades.

—Ninguna podía resistir la comparación.

—Y menos aún nosotras, tus compañeras, esos esbozos mal pergeñados de escritoras, esas semillas en trance de germinar junto al árbol frondoso al que ya te habías asido… ¡Qué fastidio concedernos hasta ese saludo breve en el momento de entrar o salir de las clases!

—Bueno, tanto como fastidio…

—Sí, tenía que serlo. Era un gesto inútil Y frívolo que, además, te apartaba de la contemplación de las esencias. Pero ahora soy yo la que divaga. Lo único cierto es que no fuimos amigas.

—Me di cuenta —observó Cecilia— cuando mencionaron sus apodos. Usted, Victoria, le dijo a la periodista que las llamaban las vírgenes fuertes.

Victoria enrojeció como si lo que le importara a Cecilia fuera señalar una mentira y no una incoherencia.

—…y Elvira afirmó que las llamaban las tres parcas. Y las tres eran: Aminta, Josefa y la misma Elvira. Usted quedaba fuera del cuadro.

—Yo soy buena fisonomista y, sin embargo, cuando entré no la reconocí, no me dijo nada ni su cara ni su nombre —agregó, desde su somnolencia, Aminta.

—Durante los años que Victoria estuvo dentro de mi campo visual yo la observé con la curiosidad con que un astrónomo observa las evoluciones de un planeta remoto y excéntrico.

—En cambio, Josefa me veía con las pupilas contraídas de quien contempla algo turbio y con una fijeza, como si quisiera taladrar el espesor de mi cuerpo para descubrir, más allá, una imagen de Matilde concupiscente, de Matilde extraviada por sus pasiones, de Matilde vil.

—No, no es verdad —replicó sofocada ante la imposibilidad de probar su inocencia, Josefa.

—¿Por qué le atribuyes una malicia de la que la mayor parte de nosotras carecíamos? Quién más, quién menos, todas ignorábamos lo que se llama “los hechos de la vida”. O estábamos mal enteradas, que era peor.

—No era desde esa perspectiva desde la que me miraba Josefa, sino desde la envidia. Sí, envidia. Hubiera querido ser ella la que ocupara ese lugar equívoco junto a Matilde, la que desempeñara el papel de menor corrompida o de Albertina prisionera.

—¡Deliras!

—¿Sí? ¿Negarás también que cuando volvimos a encontrarnos aquí, en cuanto te diste cuenta de quién era yo, me recorriste —de la cabeza a los pies— con el escrúpulo del que busca la moraleja de la fábula? Acechabas en mi rostro, en mis palabras, en mis gestos —tú, mujer irreprochable, esposa abnegada, fundadora de linajes—, la huella de la depravación y el castigo infligido por la justicia. Has quedado defraudada y tu virtud, que no conoce la generosidad, habrá de buscar su alimento en otra parte.

—Que sea en la que tú le prometiste —interrumpió con seriedad Elvira —. Flor natural, beca, los expedientes de rutina.

—No insistas. Acabo de descubrir en Victoria un rencor gratuito pero vivo e inextinguible. Me hará daño si puede y si me hace un favor será para humillarme. Yo no lo aceptaré nunca.

—No, aquí no se permiten melodramas, Josefa. Tú no vas a fungir como pequeño patriota paduano.

—Si fuera orgullo… pero yo nunca he sido orgullosa. Y menos con quienes son pobres vergonzantes. Como tú, Victoria. ¿Quién quería usurpar el lugar de la otra? ¿Quién iba a acertar a descubrirte a ti, eclipsada por Matilde? En cambio sobre mí convergían las luces de todos los reflectores. Declamaba en las veladas de fin de cursos desde niña; me acostumbré muy pronto a escuchar los aplausos, a oír mi nombre acompañado siempre de alabanza, a oler el incienso de quienes me admiraban.

—Tu hada madrina te prometió que serías la undécima musa. Pero después se desató una epidemia tal de promesas semejantes que tuviste que aceptar tu numeración: enésima… y gracias.

—Debo reconocer mi deuda contigo, Josefa. Gracias a ti decidí no volver a escribir.

—¿Temiste la competencia?

—A decir verdad, sí. Temí ganarla. Ser como tú o más que tú, en la misma línea.

—Y corriste al regazo de Matilde para que te guardara de la tentación de la poesía.

—A la hora de hacer balance, es decir ahora, al final, afirmo y juro que no me arrepiento.

—¿Somos un ejemplo tan desolador?

—Por lo menos, si yo tuviera que empezar apenas, el espectáculo que ustedes me ofrecen no me alentaría. Pero han venido, inocentes palomas, a vender ates a Morelia. Yo he vivido con Matilde y no hay horror al que no la haya visto descender ni triunfo con el que no la hayan coronado. He visto a ese mascarón de proa, como dice Elvira, abrirse paso entre el oleaje embravecido y mantenerse a la deriva en alta mar porque la tierra firme la rechaza. No hay lugar para los monstruos. ¿Dónde colocarías tú uno, Josefa? ¿En la repisa de la chimenea? Asustarías a tus hijos, ahuyentarías a

tus visitas. ¿Y tú, Elvira? ¿En los anaqueles de tu biblioteca? Devoraría tus libros. ¿Y tú, Aminta? ¿En el lecho? ¿Para que expulse a tus amantes?

—Si el monstruo es un amante satisfactorio podría organizársele un rinconcito —concedió Aminta, antes de volver a cerrar los ojos.

—Pero no lo es. Contra todas tus sospechas, antiguas o sobrevivientes, Josefa, un monstruo no es un amante. Es simple y llanamente un monstruo, oficio de tiempo completo. Se las arregla para cumplirlo a satisfacción en cualquier estado civil que adopte. Si es hijo, es un hijo desnaturalizado. Si es esposo, es un esposo infiel. Si es amigo, es un amigo egoísta. Si es padre, es un padre irresponsable.

—Matilde podría acusarte de difamación.

—Pero no de calumnia. Un monstruo. ¿Qué se hace con un monstruo cuando han fracasado todas las tentativas de domesticación?

—Se le diviniza.

—¿No es lo que han hecho con ella? La condujeron en andas al altar, la hartaron de ofrendas y la cubrieron con un capelo de vidrio para que su contemplación no resulte peligrosa para la multitud… y también para que se asfixie más pronto. Sabedores de la proximidad del fin, los grandes sacerdotes la ungen ya con los últimos óleos y los embalsamadores se preparan.

—¿Y los buitres? —añadió Josefa—. ¿Y tú?

—Los buitres se congregan —respondió Victoria abarcando con una mirada a las presentes—. Y yo, que no soy más que un apéndice del monstruo, pereceré con él.

—Si fueras lógica, Victoria, no estarías tan satisfecha con la elección inicial que te ha conducido a este desenlace. Y no porque el desenlace esté próximo sino porque es el mismo del que tratabas de huir cuando te acogiste a Matilde. No hay sino una diferencia de grado y una delegación de funciones. Tú soltaste la pluma, incapaz de sostenerla en tus propias manos… para ayudar a Matilde a que la sostenga entre las suyas. ¿No es una cobardía absurda por inútil? Si la poesía te pareció un riesgo que no querías afrontar ¿por qué permaneciste en el ámbito en el que la poesía se crea, se atesora? ¿Por qué no te dedicaste a una actividad completamente ajena a ésta que te solicitaba como la boa solicita al corderillo al que va a devorar?

—No hallé ningún escudo que sirviera. ¿Y quién lo ha hallado, dime? ¿Tú, en el magisterio? ¿Josefa en su casa, que no es su castillo? ¿Aminta entre las sábanas? No, nadie, nadie puede tirarme la primera piedra.

—Nos juzgas como si también nosotras hubiéramos querido huir.

—¿No lo quisieron? ¿No lo intentaron nunca?

—No.

—Entonces ¿por qué no se entregaron por completo? ¿Porque quisieron conservar su rasgos humanos? ¿Engañar a los demás haciéndoles creer que eran iguales, que eran inofensivas, que no eran monstruos? Porque querían nadar y guardar la ropa. Querían tener ese calor de la compañía, del afecto; esa confianza con la que los demás se acercan entre sí, husmeando al que pertenece a su especie, buscando con quien emparejarse. Querían estar seguras, amparadas por su rango social y no se atrevieron a exhibirse en su desnudez última, en su verdad. Y como carecían de testigos y no se veían sino con sus propios ojos podían repetirse para consolarse: pero si esto que yo tengo no es más que una pequeña deformidad; pero si basta con un poco de maquillaje bien aplicado para disimularlo; pero si nadie lo nota. Y así se hurtaron a la soledad, al asedio de la admiración estúpida, del respeto hostil, del homenaje que siempre quisiera ser póstumo.

—¿Por qué debíamos imitar forzosamente el modelo de Matilde? Copiándola habríamos llegado, a lo más, a convertirnos en una caricatura que, como todas las caricaturas, pone de relieve los defectos del original sin captar ninguna de sus cualidades. Nosotras preferimos guiarnos por pálpitos, por intuiciones y por brújulas aún más caprichosas, aún más deleznables que éstas para lograr ser nosotras mismas.

—Lo que no siempre es fácil y casi nunca es plausible. Dime, Elvira, ¿qué podría haber sido yo misma?

—Eso nunca se sabe.

—Pero se puede calcular, prever, proyectar. En México las alternativas y las circunstancias de las mujeres son muy limitadas y muy precisas. La que quiere ser algo más o algo menos que hija, esposa y madre, puede escoger entre convertirse en una oveja negra o en un chivo expiatorio; en una piedra de escándalo o de tropiezo; en un objeto de envidia o de irrisión.

—¿Es eso Matilde?

—¡Sí! Y lo son ustedes y lo habría sido yo de no haberlo evitado oportunamente, pero en pequeña escala, en ínfima escala, como una de esas

pulgas que la paciencia de nuestros indios viste y que la estupidez de nuestros mestizos admira y aplasta. Y no. Yo soy demasiado soberbia para aceptar un destino semejante. Yo quise representar el drama en un vasto escenario, alzada sobre unos enormes coturnos, oculta tras una máscara que amplifica mi voz.

—Y, para que el símil sea perfecto, los textos que pronuncias no son tuyos. Otro, otra los escribe, dicta las acciones, dispone los movimientos, arregla las coincidencias, teje la trama y la desteje. Cuando la otra se retira, cuando duerme, cuando muere ¿qué es de ti?

—Me borro, desaparezco, muero yo también.

—La abdicación total.

—La liberación absoluta.

—Y cuando la otra despierta, resucita, ordena…

—Yo obedezco. Y tú, dime, ¿no es verdad que cualquier yugo que nos imponga una criatura humana, aunque esa criatura sea Matilde, es más suave, más tolerable, que aquel con que nos unce la poesía? Por lo demás, en este juego de toma y daca yo me someto a la servidumbre de una sierva y, además, me convierto —por eso mismo— en una refutación viviente de sus ideas acerca de que la poesía es un bien irrenunciable. ¿Qué resulta entonces de mi sumisión sino un *non serviam* satánico a una potencia cuya divinidad queda en entredicho?

—¡Sofista!

—Y todavía puedo añadir algo más contra quienes dicen que quien no atiende a su vocación y no realiza su destino, muere. Yo no he atendido a mi vocación, al contrario, la desoí deliberadamente; yo no he realizado mi destino y yo no he muerto.

—Porque no has vivido.

—He vivido. ¡Y cuántas vidas! Las que se me ha dado la gana. Como siempre he actuado ante auditorios diferentes he podido ser, para unos, la secretaria eficaz e impávida; ante otros la pariente pobre y tolerada; ¿cuántos no han jurado y perjurado que yo no era sino la protegida en turno de Matilde? Yo he permitido que se insinúe que, tras este aparato de patrona y empleada, hay una inconfesable historia de juventud, una bastardía. He sido también, a sus horas, la compañera abnegada…

—…o la desaforada feminista —concluyó Cecilia.

—Pero tú misma te desmientes, Victoria. Eso no es vivir, eso es representar.

—Oh, qué más da. Por otra parte yo siempre he estado de acuerdo con los antiguos en que vivir no es necesario.

—Y yo sostengo que para tener acceso a la autenticidad es preciso descubrir la figura que nos corresponde, que únicamente nosotros podemos encarnar.

—Ya no bordemos más en el vacío. Por sus frutos los conoceréis, dice el Evangelio. ¿Dónde están los frutos, Josefa?

—Son flores —aclaró con indolencia Aminta.

—De ti no puede decirse ni siquiera eso —replicó Josefa a quien, para zaherirla, no se dignaba abrir los ojos—. ¡Lo que tú produces es estiércol!

—Entonces me justifico, puesto que trabajo para la posteridad. El estiércol es el mejor abono.

—Ahora me toca a mí —se adelantó Elvira—. Yo no voy a proyectar la irritación de mi fracaso…

—El fracaso es un exceso y tú no te excedes nunca. Yo diría más bien mediocridad —corrigió Aminta.

—Da igual. No voy a responsabilizar a nadie más que a mí misma de lo que he hecho. Tengo la capacidad de juicio suficiente para darme cuenta de su valor. Es escaso, discutible. Pero, aunque ese valor fuera nulo, yo me absolvería. Porque no he regateado nada de lo mío para entregárselo al poema. Di todo lo que tuve. Y procuré acrecentar mis dones para poder acrecentar mi dádiva.

—Has librado la buena batalla. Mereces, como reclamaba para ella Virginia Woolf, una primavera.

—Sería una primavera mexicana: voluble, ácida, fugaz. Y sólo a veces, muy raras veces, templada y serena.

—Muy bien, señoras —concluyó abruptamente Aminta, puesta de pie, despabilada de nuevo—: una vez terminado este Juicio Final en el que cada una de nosotras fue alternativa o simultáneamente defensor, juez y verdugo, pero siempre reo, ¿no sería posible comer algo? Yo recuerdo, así, muy remotamente, como si esto hubiera ocurrido en una metempsicosis anterior, que se armó todo un revuelo alrededor de un arroz a la quién sabe qué. Sácame de una duda, Victoria: ¿existe aún ese arroz?

—Y está diciendo “cómeme”.

—No podemos desoír esa voz. Es humilde pero inaplazable. ¡Y hemos oído tantas otras voces tan pedantes o tan falsas! La de la vocación, la de la fama, hasta la de la crítica.

—Yo voy a pedirles, en gracia de ese arroz, que me perdonen, como en las comedias antiguas los actores lo pedían a su público.

—¡No vuelvas a las andadas, Victoria!

—No. Prometo que, de aquí en adelante, las leyes de la hospitalidad serán observadas escrupulosamente.

—¿De qué te vas a disfrazar ahora? ¿De San Julián?

—Tenía que ser Josefa a quien se le ocurriera ese modelo. María Egipciaca también sabía recibir.

En el comedor charlaron aún con las frases entrecortadas por la masticación. Y rieron mientras bebían vino rojo. Y echaron sal hacendosamente sobre el mantel cuando se derramó una copa.

La discusión se prolongaba, en sordina, durante la sobremesa bostezante. Y tal vez alguna quiso llorar —tal vez porque era la más fuerte — pero la sofrenaba el desvalimiento de las otras. Y las otras se aprestaron en vano a restañar esa herida invisible que nunca abrió los labios.

Cuando Cecilia y Susana volvieron a su cuarto iban exhaustas. Susana aprovechó, para bañarse primero, que Cecilia hubiera encontrado, sobre la mesa de noche, una carta de Mariscal.

Mientras rasgaba el sobre, que le daba a su ausencia la dimensión de la nostalgia, se abrió de golpe la regadera y oyó las exclamaciones sofocadas, de espanto y de placer, de Susana.

Esos rumores (y otros del mar) dificultaban a Cecilia la concentración en la lectura de unos párrafos escritos con la letra que conocía tan bien y que se eslabonaban en frases tiernamente irónicas, reclamo y rechazo a la vez, equidistancia, en suma.

La carta terminaba con lo que la había obligado a empezar, a seguir, a llegar hasta allí: con la noticia de que a Ramón le ofrecieron una beca para una estancia de un año en Europa y de que se había apresurado a aceptarla.

Estrujando el papel entre las manos Cecilia deseó ser él y partir, lejos, lejos, a cualquier parte y no regresar nunca.

Pero Cecilia no era él, era nada más ella, no sería jamás nadie más que ella y esta certidumbre le produjo una tristeza que no acertó a ocultar ante Susana. Pero a su interrogatorio ¿solícito? ¿impertinente? ¿rutinario? no

respondió más que como por enigmas, afirmando que lo que la había deprimido y hasta horrorizado era, quizá, haber descubierto su centro de gravitación.

Antes de entrar en el baño dijo de un modo deliberadamente casual:

—¿Tú crees que vale la pena escribir un libro?

Susana interrumpió la concienzuda operación de exprimirse una espinilla ante el espejo para contestar categóricamente.

—Creo que no. Ya hay muchos.

OTROS TEXTOS

*Crónica de un suceso inconfirmable**

Soñé la muerte y era muy sencillo.
LEOPOLDO LUGONES

SUCEDE, con extraordinaria frecuencia, que no se puede ser humilde si no es a condición de ser grande. De otro modo se es solamente humillado. ¡Y qué no se hará entonces con tal de añadir un codo a la propia estatura! ¡Qué no se hará y en vano! De una vasta, oscura, imprecisa humillación, nacen todos mis actos como de una raíz retorcida y amarga. No hay día de mi vida al que mi memoria toque que no se me presente como una luminosa plenitud abofeteando mi insignificancia. Y he querido, con una pasión más urgente y absoluta que ninguna otra, crecer, hacerme compacta, tener contornos agudos, punzantes como aristas, pero algo dentro de mí, algo blando, gelatinoso, amorfo, me derrumba. Mi historia es solamente esa lucha y esa derrota. Ahora que la derrota es definitiva y que la admito como tal, me asombro de que sea tan fácil someterse a ella. Y tan cómodo.

Hubo una época (me avergüenzo al confesarlo) en la que, como las hiedras parásitas, colgué mis desmadejadas ramas de los árboles corpulentos y chupé su savia para sostenerme, no erguida —que me era consustancialmente imposible— sino apenas verde, lozana y próspera. Unas veces los árboles eran caducos o torcidos y me enfermaba de ellos; otras, sus jugos eran demasiado potentes y me congestionaban. Hasta que logré la simbiosis perfecta enroscándome alrededor de una mesa de café. Y allí, satisfecha, segura de la regularidad y la abundancia de mi alimento, me eché a dormir como una serpiente bajo el sol.

¿Cómo no cuidé mi dicha? ¿Cómo no vigilé mi tesoro? Es humano equivocarse; pero no es humano equivocarse sin remedio. Tardíos fueron el arrepentimiento y la venganza. Y la venganza fue además, como lo es para la avispa, funesta.

No digo que la mesa de café de la que vengo hablando era igual a cualquiera otra o semejante a alguna porque no conozco ninguna más. Pero digo que en ésta se congregaban, tarde a tarde, varios sujetos que padecían una suerte de aburrimiento inofensivo y manso emanado de su pereza. Ya sea por un principio de disciplina, por dividir el trabajo o por obedecer a la ley del menor esfuerzo, pero el caso es que a cada uno de ellos le estaba reservado y tenía que desempeñar, ineludiblemente, un papel, no tanto para que los demás se evitaran la molestia de identificar o reconocer a una persona a diario cambiante y adecuarse a ella, sino para que esa misma persona se evitara la molestia de construirse o recomponerse a diario. Así, Adelaida era la del trágico destino y miraba con una mirada desolada y superior. Ante sus ojos, el mundo entero adquiría las proporciones que le marca el desprecio. Ese gesto que todo lo reduce a escombros me impresionó mucho hasta que supe su origen: uno de los músculos faciales de Adelaida funcionaba mal. Pero esta explicación no estaba al alcance de cualquiera y el gesto seguía siendo eficaz y atraía el núcleo de las tormentas lo mismo que los pararrayos. Su pasado era fragoroso y su presente, hostil. Y ella atravesaba largas galerías de espanto, contenta de estar a la medida de su túnica.

Ernesto era el genio inédito, especie hoy a punto de extinguirse pero entonces floreciente. Tenía la misión de maravillarnos y llegaba, para cumplirla, hasta el heroísmo de dejarse la barba sin rasurar, ponerse camisas color ladrillo y albergar propósitos, por desgracia siempre pospuestos, de suicidio. Nunca supimos exactamente de qué manera era genial, porque siempre hablaba con vaga modestia al respecto; pero jamás dudamos de que sus méritos no eran apreciados en su inmenso valor por una generación frívola o prostituida.

Carmen era la enamorada endémica. Quiero decir que no le importaba tanto el objeto como el estado. Nos admiraba con la invariable fidelidad a sus sentimientos, con la constancia inconmovible con que los mantenía. Y no pronunciamos nunca críticas lo bastante acerbas para condenar a los

hombres, que sin comprender la excepcionalidad de esta actitud, se sucedían vertiginosamente a su lado.

Rafael usaba anteojos tan gruesos que su erudición resultaba incuestionable. Y estaba también Carlos en un precario equilibrio sobre la cuerda floja de su adolescencia. Y Trini, fea pero virtuosa. Y yo.

¿Usé alguna máscara? Ellos se conformaban con que yo estuviera allí infalible, puntual; y les bastaba reclamarme, de cuando en cuando, una frase que, por su arbitrariedad y completa falta de relación con lo que estuvieran conversando, era susceptible de interpretarse como una paradoja, o una agudeza o un chiste. Entonces ellos, momentáneamente, fijaban al unísono su atención en mí y me aprobaban con una sonrisa, con un ligero levantamiento de cejas o con una carcajada. Y en ocasiones se entusiasmaban hasta el grado de darme palmaditas benévolas en los hombros. ¡Dios mío, y puedo evocarlas sin llorar de nostalgia! Porque esos momentos eran los únicos en los que yo me sentía viva (viva no de mi vida mísera y exigua, sino de la que ellos a manos llenas me concedían), densa de realidad, repleta de contenidos múltiples. Dicen que todo placer quiere eternizarse. Es cierto. Pronto me consagré íntegramente a provocar esos momentos, a prolongarlos, a hacerlos más intensos. Aumentando la habilidad con la práctica vi cómo, poco a poco, aumentaban mis éxitos. Quién sabe lo que habría conseguido ser si Maru no me lo hubiera impedido.

El nombre, Maru, con el que la he designado, no es falso, ni un seudónimo tras del cual ella se ampare disimulándose. Es sólo la contracción absurda que el típico mal gusto, que la convivencia familiar segrega, ha hecho de dos palabras que permanecen hermosas mientras están aisladas: María y Eugenia. Y es también el pretexto para que a espaldas suyas le digan Loru. No es éste, sin embargo, el apodo más idóneo. Maru no se parece a un loro sino cuando habla. Físicamente es más bien similar a un pez. Como ellos, tiene los ojos redondos y vacíos, una leve papada (perdón, debí decir una leve doble barbilla) que le confiere una expresión tonta de complacencia y circula, como ellos, dentro de una estrecha pecera que se llama, según la hora, la casa o la calle o la escuela o el cine.

Evidentemente se puede ser un pez y saber distinguir entre las diferentes clases de aguas. Y preferir la que se prestigia y enriquece con la sal y el yodo del mar a la que, incolora, inodora e insípida, chorrea de la llave del

lavabo. Dicho de otro modo, Maru juzgó la pecera doméstica indecorosa para sus escamas doradas y decidió salir en busca de un más propicio ambiente.

Nadó hasta nosotros sin detenerse, conducida más que por su instinto por mi desgracia. Bajo su brazo derecho era de inmediato perceptible una novela de Thomas Mann que ella utilizó, en la primera oportunidad, de la misma manera que los diplomáticos sus cartas credenciales. Procedía así ajustándose a las exigencias del medio. Si no se hubiera tratado de una peña de intelectuales sino de un Kiko's, Maru se hubiera concretado a enarbolar como bandera un sweater amarillo. Pero Maru tenía un gran sentido no sólo de la adaptación sino también de la responsabilidad. Cuando advirtió (y esto fue en seguida) que se le había asignado su parte, la aceptó sin vacilación y la ejecutó con cuidado. De allí en adelante se la pudo llamar con justicia, la Ausente.

Había, entre nuestros estatutos, uno —el más importante— que con toda claridad ordenaba: "Sé tú mismo", y que nosotros con excesivo celo, acatábamos. Y entendíamos por acatarlo persistir en nuestra naturaleza, es decir, en nuestros límites. Así Adelaida se excusaba de sonreír o de ser feliz y Carlos rehusaba madurar y Maru, como le era obligatorio, eludía estar presente. Con una aparente heterodoxia (en la que yo fundé tan agradables cuanto injustificadas esperanzas), acudía de cuando en cuando a nuestras asambleas. Ahora sé que lo hacía para, por contraste (un contraste nunca muy marcado), poner de manifiesto la calidad purísima e indudable de su alejamiento.

Maru eligió la mejor parte porque era en la ausencia donde arraigaba la totalidad de su fuerza. Nada sabíamos de ella más que la teoría indecisa, improbable, de la etimología de su nombre. Ignorábamos todo acerca del empleo de su tiempo, de sus ambiciones, de sus manías. Y entonces todos, cada uno por su camino distinto y peculiar, trataban de saciar su curiosidad. Sin ningún freno se entregaban libremente al comentario y a la exégesis de Maru. De nada sirvieron entonces mis ironías; pasaban por encima de ellas como el que salta un obstáculo. Pero ni aun así les estaba permitido avanzar mucho. Adelaida misma, ante cuyos ojos taladrantes y omnisapientes las cosas se desnudan, esa vez tuvo que equivocarse. Y no titubeó en suponer que Maru atardecía encerrada en sí misma, inexpugnable, debatiéndose entre tormentos horrorosamente lúcidos, insomnes. Ernesto la vio (él lo

afirma y esta vez no es para asombrarnos) laboriosamente inclinada sobre una pequeña imprenta, preparando para dar a la luz, uno tras otro, sus escritos. Y éstos eran tan copiosos que no sólo se esparcían en desorden por el suelo sino que se apilaban en estantes que subían hasta el techo. Infatigable, la máquina los tragaba. Pero infatigables ellos también, se reproducían. Y el rítmico jadear de ambos al esforzarse, de alguna manera anticipaba el ritmo alterno y regular de los aplausos.

Carmen siempre reputó a Maru como a su igual. Y ése, dice sin afán de generalizar (aunque la generalización en este caso sería perfectamente lícita), fue mi error. Para Carmen, Maru no era en el sentido estricto, una persona; si hubiera estado provista (Carmen) de una mentalidad rigurosa y científica la hubiera concebido como un ente casi triangular dotado de movimientos de contracción y expansión. Esto es, como un corazón. Pero como Carmen no era más que una mujer, ni siquiera sabía que era como el nombre de corazón con el que convenía bautizar a Maru cuando, sentada cerca de ella, la sentía como algo palpitante y habitado por otro. Ingenuamente, pues, la supuso apasionada. Y los crepúsculos de Maru fueron desde entonces, como los de ella, enrojecidos de besos o morados de duelo.

No hay para qué mencionar la lista de libros que leyó para Rafael; como Teseo al Minotauro en el laberinto, Maru perseguía en las intrincadas bibliotecas a la sabiduría de peligrosos cuernos. Sin hilo conductor se extraviaba entre las páginas o, fugazmente elevada, se precipitaba de nuevo y cada vez más fatal, más profundamente, a los abismos, cuando sus alas de cera se derretían. Basta. Carlos ha negado, ahora que lo sabe todo, las tribulaciones que pasaron juntos y las breves exaltaciones que compartieron. Y Trini ha olvidado el consolador regocijo con el que constataba la fealdad de Maru. Sólo a mí me era imposible imaginarla. Y sufría una especie de desazón íntima no sólo por esta imposibilidad sino por las notorias contradicciones en las que mis compañeros incurrían al hablar de ella, los desatinos en los que no temían caer. Y sufrían una sorda envidia al palpar el desvío con el que me trataban. Ya no más sonrisas ni palmaditas. Maru, Maru, Maru era siempre el tema de sus charlas, el motor de sus pláticas, la noria alrededor de la cual giraban. La savia con la que antes me nutría era cada vez más escasa y si no tomaba una determinación rápida terminaría por agotarse. Pero, ¿qué determinación tomar? Tenía que

ser una que destruyera para siempre el misterio y la leyenda. Y no podía ser otra que la verdad.

Para esclarecerla y mostrarla era necesario, primeramente, averiguar la dirección de Maru y después, allí mismo si era posible o en otro sitio en el que se encontrara aún más indefensa, más vulnerable, orillarla a una confidencia plena y conminarla, de manera delicada pero enérgica que, de entonces en adelante, se abstuviera por completo de volver al café o mejor, con hipócritas razones convencerla de que su presencia, si fuera menos esporádica sería más satisfactoria. Hasta que los demás, a fuerza de hurgar inútilmente en ella, la abandonaran decepcionados al comprobar que era una persona irredimiblemente vulgar que no merecía siquiera un pensamiento.

Las circunstancias conspiraban para favorecer mis proyectos. En los primeros días de nuestra amistad, Maru, imprudente, me había dado una tarjeta suya. Debí haberla guardado en algún lugar, tal vez entre otros papeles intrascendentes. En efecto, allí estaba pudorosa y oculta bajo unos viejos cuadernos de apuntes. Era un cartoncillo cuadrangular en el que Maru, con una letra deliberadamente enrevesada y trémula, había escrito nada más su nombre: Maru, y luego el nombre de una calle y el número de una casa. Azalia (así, azalia, y no azalea como debe correctamente escribirse) número ocho. Y por último las horas en las que podía visitarla, de dos a cuatro, p. m.

El reloj que me crispa latiendo encima del escritorio, marcaba las once de la mañana. Me era factible, pues, con desahogo y calma, llevar a cabo todos los preparativos necesarios para nuestra entrevista. Lo más apremiante, lo más indispensable, era hacer un cuestionario. No era cosa de dejarse llevar por la inspiración del momento y plantear problemas inconexos y derivar la conversación por veredas fútiles o descarriadas. La pregunta inicial: ¿Por qué se llamaba así? Y después, por orden de importancia: ¿Qué hacía? ¿Qué era? ¿Cómo era? De la índole de sus respuestas dependía el que yo pretendiera acercarla o alejarla del grupo de mis amigos. Cuando hube terminado de anotar esto no hice más que retocar automáticamente la pintura de mis labios, polvearme la nariz y salir. Iba tan absorta que no sentí, a pesar de la longitud de la distancia recorrida, ni calor ni fatiga por la marcha.

La casa de Maru es, por cierto, una construcción modesta y gris, arquitectura que se cierne fuera de las épocas y las modas. Quiero decir con esto que es indescriptible. Entre los pliegues morroñosos de la piedra se esconde el timbre. Lo aplasté con vigor porque temía que dentro todos estuvieran distraídos o sordos. Sin transición ninguna, una criada, desvaída también, abstracta casi, corrió a abrir. Cuando le expuse mi deseo de saludar a Maru no se opuso ni manifestó extrañeza. Simplemente me dejó pasar. En la sala (esa sí con un definido y lastimoso estilo Luis XV), en un sofá atronadoramente rojo, estaba Maru tumbada comiendo chocolates. Palmoteó de alegría al verme (pero yo pienso ahora que hizo esos aspavientos nada más para disfrazar su sorpresa y su desconcierto) y después me convidó de los dulces que irradiaban un olor delicioso apiñados dentro de una cajita rosada. (Ahora pienso que su invitación fue una hábil maniobra que tendía a paralizarme.) Pero no supe resistir. Los chocolates son cabalmente mi debilidad y con la boca llena de ellos dejaba pasar los minutos sin que me fuera posible empezar mi interrogatorio. Estaba a punto de deglutir el chocolate que me había prometido solemnemente que fuera el último, cuando algo vino a indicarme que ya todas mis promesas serían inútiles.

Fue así: al hacer un ademán (porque sólo podía expresarme por medio de ellos mientras saboreaba los dulces) quedé delante de un espejo. Dócil, dibujó mi perfil. Infiel, lo embelleció. No me detuve en él con todo y serme placentero porque algo inesperado y pasmoso atrajo mi atención: que al lado del mío ningún otro perfil se reflejara. Aunque Maru quedaba como yo dentro del campo visual del espejo, inexplicablemente escapaba de él. Me preocupaba por establecer alguna hipótesis justificatoria de este fenómeno cuando de golpe lo comprendí todo. Casi me atraganté de admiración: casi grité de júbilo. Pero pude controlarme y aun hablar con Maru algunas palabras, únicamente corteses. Después me puse de pie y me despedí.

Afuera, qué tibia brillaba la luz, qué fragante corría el viento. Pero yo no me paré a gozarlos porque el descubrimiento que había hecho me asfixiaba, desbordaba por mis poros. Fui directamente hacia el café. Era muy temprano y nadie había llegado aún. Tuve que esperar, impaciente y pálida. Cuando el quórum se hizo, narré mi aventura de la mañana y concluí rotundamente. Maru no existe. El aire, transido por el humo de los cigarrillos, no se pobló como tantas otras veces de divertidos asentimientos

sino de imprecaciones y burlas. Y no se aplacaron sino hasta que notaron la seriedad con la que estaba dispuesta a sostener mi afirmación. La demostré de este modo.

¿Qué pruebas tuvimos de la existencia de Maru? Su nombre nada más; un nombre cuyo origen era palmariamente falso y cuya validez era por lo tanto, deleznable. Sí, ya sé que ustedes aducirán su presencia. ¿Podemos siquiera considerarla como tal? Examinemos nuestros recuerdos. Encontraremos, al evocar a Maru, una silueta borrosa, con un libro bajo el brazo, siempre más notable y visible que ella. A cada una de nuestras entrevistas corresponde el título de una novela, *La montaña mágica, El hombrecillo de los gansos*, *La luna y seis peniques.* ¿Sabemos si las leía? Jamás le escuchamos ninguna opinión sobre ellas… ni sobre ninguna otra cosa. En rigor, jamás la escuchamos. Llegaba sin hacer ruido, como un pez deslizándose sin dificultad entre las aguas y se sentaba en el rincón más apartado, abarcándonos a todos desde allí con sus ojos redondos y vacíos, poniendo su silencio como una alfombra sobre la que transitábamos, inconscientes de su muelle sostén. Y luego desaparecía como había venido, sin dejar huella. Y para suplirla, pues de una manera confusa sentíamos que nuestra memoria revoloteaba sin tener donde posarse, nos dedicábamos a inventarla. Sí, he dicho inventarla y es ése el término exacto. Porque de otro modo no es posible que ella tuviera cualidades tan disímiles o tan incompatibles. Observen esto. Adelaida la definía torturada y afligida; Trini compadecía su falta de gracia; Rafael ensalzaba su inteligencia. En resumen, cada uno de ustedes la hacía “a su imagen y semejanza”. Cada uno de ustedes proyectaba en ella su personalidad y le prestaba su existencia. Eran sinceros pero no objetivamente veraces. Estaban demasiado llenos de ustedes mismos para serlo. Pero el espejo que no tiene personalidad ni existencia y que por lo mismo no puede otorgarla, la ignora. Para él no hay enfrente suyo nadie, y permanece limpio, pulido, igual, desocupado.

Al llegar a este punto de mi exposición mis amigos parecían estar abrumados por mis argumentos. La lógica es un instrumento tan eficazmente mortal como el tiempo, pero más veloz. A las imprecaciones sucedieron los lamentos. Yo experimentaba sin remordimientos el maligno alborozo de haber asesinado un fantasma y aguardaba confiada recuperar mi lugar en la estimación de mis compañeros. ¿Recuperarlo nada más

después de mi espectacular acción? ¿No era legítima mi aspiración de mejorarlo? Pero de repente la voz de Adelaida se separó de la corriente en la que las otras dejaban discurrir su turbulencia, sólo para acusarme:

—¿Y tú? ¿Pudiste imaginarla jamás? No. Tuviste que ir a buscar la realidad en su cuerpo, en sus palabras, en los testimonios de un domicilio, de una familia, de un estado civil. Y ni aun allí fuiste capaz de hallarla. El espejo supo que tenía en ti una compañera, una cómplice y te reveló su secreto. Tú también la hiciste a tu imagen y semejanza y ahora Maru está muerta.

Yo sé bien que Adelaida no es cruel pero es indomablemente franca. Al percatarse de la gravedad de su denuncia, calló. La misericordia veló sus pupilas. Pero no con la suficiente premura como para que yo no alcanzara a ver, con un estupor infinitamente doloroso, cómo mi rostro también se había desvanecido.

---

[*] Publicado en *América. Revista Antropológica*, vol. VIII, núm. 61, julio de 1949.

*Primera revelación**

AHORA sé que es imposible, pero entonces la casa en la que vivíamos era mucho más grande, incomparablemente más grande, que el pueblo donde estaba la casa. La recuerdo nítida, inmediata. Puedo todavía asirla con los ojos, con las manos: el jardín cuadrangular, dividido en arriates simétricos en los que mi madre sembraba semillas que le llegaban por correo en paquetitos herméticos, adornados con una figura multicolor, distinguidos por un letrero en inglés que mi padre traducía leyendo atenta, dificultosamente, a través de sus anteojos de aros negros. Los senderos enladrillados, parejos y limpios. La rotonda central en la que se alzaba un pino modesto circundado por un barandal diminuto desde el cual mi hermano y yo saltábamos, orgullosos por la magnitud de nuestra hazaña. Atrás, el patio rumoroso de árboles. A los lados, los corredores anchos, de ladrillos también, siempre recién lavados, frescos. Desembocaban en ellos, los cuartos: el costurero en el que mi madre platicaba, cosiendo, con sus amigas; el comedor, con sus muebles oscuros, su vajilla detrás de la vidriera, sus dos sillas altas para que nosotros alcanzáramos la mesa; la sala y el ajuar de mimbre y los retratos de mis abuelos; los dormitorios con nuestras camas de latón desde las que contemplábamos las rosas pintadas de la lámpara y el techo de donde descendía el pabellón de tul que nos protegía de los zancudos y que, noche a noche, nos aislaba del mundo, envolviéndonos en una nube vaporosa y cálida; y, separado del resto de las habitaciones, en un ala independiente, del otro lado del zaguán, el oratorio con sus muros tachonados de imágenes: la Santísima Trinidad con sus Divinas Personas sostenidas sobre una esfera que navegaba entre dibujos

vagos, armoniosa de mares y continentes; Cristos dolorosos, sudando sangre dentro de una bombilla de cristal; vírgenes con los ojos vueltos hacia arriba y las manos afiladas y finas como palomas en vuelo, atravesando, ingrávidas, su regazo; y aquí, encerrado en este cuarto, un olor de flores a medio marchitarse, de tallos tronchados sumergidos en agua vieja, de aire denso y opaco. Un olor penetrante, obsesivo, tenaz.

Por el zaguán se salía a la calle. Era suficiente bajar un escalón de lajas pulidas y lisas, resbalosas sobre todo después de los aguaceros, y ya se estaba fuera. De la calle no sé más que estaba empedrada, que la transitaban asnos cargados con barriles que resonaban a cada rítmico movimiento empujados por palabras soeces y puntas de látigos. De la calle no recuerdo más que conducía, no muy lejos, al templo en penumbra donde agonizaban veladoras alimentadas con aceite y las beatas se golpeaban el pecho, y a la escuela, donde la maestra se enfermaba constantemente del hígado y las alumnas bordábamos manteles, iluminábamos mapas y aprendíamos, maravilladas, el significado de la palabra meteoro. De la calle no puedo asegurar más que, si uno levantaba la vista, encontraba invariablemente un rótulo: Farmacia Paz y Unión, Ministerio Público, Casino Fronterizo. Y que era angosta, borrosa, insignificante. El horizonte no estaba entonces, como está ahora, en las montañas esbeltas que ciñen la ciudad, en el firmamento que extiende su transparencia sin límites, en el río que aprisiona peces minúsculos. El horizonte estaba en las paredes sólidas, en el jardín fragante despeinado por el viento, en la presencia, cercana, de mis padres. El horizonte era también mi hermano.

Se llamaba Mario y tenía un año menos que yo. Pero en compensación, sus ojos eran mucho más grandes que los míos y era infinitamente más astuto. Sabía, por ejemplo, sin que nadie se lo hubiera dicho, sin que fuera preciso repetírselo para convencerlo, que los sucesos que uno veía en el cine eran ficciones. O que cuando se viajaba en automóvil no era el paisaje el que se desplazaba sino uno mismo. Y sabía muchas otras cosas más: que los pétalos de los geranios eran el mejor borrador de pizarras habido y por haber y que, si se enterraba una moneda y se pronunciaba encima del lugar cierta frase cabalística, la moneda se multiplicaba. Yo no podía con él. Su sabiduría innata era sólo comparable con mi ignorancia. Por eso no me sorprendí ni me entristecí demasiado cuando un día, al volver de la escuela, después de arduos esfuerzos, le participé que Cristóbal Colón había

descubierto América. Mario, que por su edad, deletreaba todavía en la cartilla y permanecía en la casa durante mi ausencia, me miró con una leve compasión. Una sonrisa medio burlona, medio condescendiente, curvó sus labios. Y me contestó: sí, y en un barco.

Éramos distintos en todo. Él era ágil, revoltoso, alegre, moreno. Yo era macilenta, lloraba con suma facilidad y tenía un gesto de asombro tan concentrado que rayaba en la estupidez. Jugábamos. Pero mientras a mí no se me ocurría nada más que sentar en fila a mis muñecas —inanimadas, la boca entreabierta y el mismo vestido que les pusieron en la tienda— y pararme a contemplarlas, él no cesaba de inventar entretenimientos. Ya surcaba mares tempestuosos dentro de una frágil tina de baño fija sobre el pasto (mientras yo desde la orilla lo miraba partir aterrada, mareada de antemano); ya era el equilibrista del circo o el bandido perseguido por la policía o la policía persiguiendo al bandido. Unas veces se subía a los manzanos a desgajar fruta que saboreaba tendido en el suelo, observando las nubes. Ésta era un dragón echando fuego por los ojos; aquélla un toro enfurecido, la más pequeña un conejo. Pero con todo, las figuras no eran más que apariencias. Nosotros no las veíamos más que desde abajo. Encima de ellas estaba el cielo. ¿Que qué era el cielo? Pues el sitio adonde uno va cuando se porta bien. Es una gran sala con pisos como de lana y columpios. Cuando uno se cansa de mecerse simplemente se acerca a unas largas mesas colmadas de dulces. Desde que Mario me aseguró esto yo me preocupé mucho. A mí no me gustaban los columpios ni apetecía los dulces. ¿Qué iba a ser de mí? El único remedio era portarse mal, pero no lograba determinar cómo. Sin embargo no le dije nada porque él me contestaría, una vez más, que yo era tonta.

(Sólo en una ocasión estuve a punto de constatar la falsedad de las concepciones celestes de mi hermano, gracias a mi precoz necesidad de crear ídolos. El menor, el más reciente entonces, el que compartía el incienso con los genios tutelares que mis padres encarnaban, era una compañera de la escuela. Tenía un nombre vulgar: Rosita, pero dos atributos extraordinarios: el cabello negro, rizado, espeso, como el de mi madre, y la facultad de fruncir los labios mientras tejía, como mi madre. Yo la admiré al principio, pasivamente. Pero, poco a poco, la admiración fue creciendo hasta el grado de exigirme un movimiento, cualquiera, para expresarse. Escogí, por inexperiencia, el de la imitación. Y después de

reiteradas e infructuosas tentativas tuve que admitir que mi pelo seguiría siendo lacio y que no podría jamás coordinar mis músculos de tal manera que al mismo tiempo se contrajeran los de mi boca y los de mis manos se consagraran a las agujas y al estambre. Como toda imitación, se conformó con captar, y aun imperfectamente, los defectos. El de Rosita era único, muy accesible: arrastraba los pies al caminar. Me di con pasión a este ejercicio. Primero, en público. Pero mis padres, que ignoraban su origen, no advirtieron más que su inconveniencia y me lo prohibieron enérgicamente. Entonces me vi obligada a acechar la soledad para practicarlo. Lo hice con tal asiduidad que llegué a creer que lo dominaba por completo. Estaba en un error y no tardé en reconocerlo. Fue cuando tropecé y caí incrustando el lado derecho de mi frente en el extremo puntiagudo de una piedra. No sé si me desvanecí, pero temía tanto al dolor que sentiría si conservaba la conciencia, que supuse haberla perdido. Pero antes grité para avisar a los demás que había sufrido un accidente. Presumo que se alarmaron y corrieron hacia mí santiguándose. Deben haberme llevado a mi cuarto y aplicado alcohol en la herida. Yo no me di cuenta de nada. Pero algún tiempo después, tiempo que desde las tinieblas de mis sentidos amortiguados no calculé, me asaltó una horrible sospecha: en este intervalo durante el cual estuve indefensa alguien me había conducido al cielo. Sí, era indudable. Con los ojos todavía cerrados yo podía oír el ruido de los columpios al moverse y mi olfato me indicaba la existencia de fuentes rebosantes de dulces. ¿Qué hacer en este trance? No podía prolongar indefinidamente la situación. Tarde o temprano yo tenía que darme por aludida de mi estado. Bueno, al mal paso darle prisa. Sin respirar, igual que cuando tomaba aceite de ricino, me enfrenté con la realidad. Abrí los ojos. Era extraño. Las cosas que me rodeaban eran comunes y corrientes: mil veces antes yo había visto estos muros, esta cama, este rostro inclinado ansiosamente hacia mí. Tal vez era una alucinación. Con voz temblorosa pregunté: ¿Dónde están? Mi madre respondió con otra pregunta: ¿Dónde están quiénes? Sin hacer caso de ella me levanté. Pasé mis dedos por las molduras del lecho, giré la vista en todas las direcciones y finalmente fui a la ventana. Lo que vi entonces acabó de persuadirme: un muchachito descalzo voceaba periódicos. Y en la pared de enfrente resplandecía el infalible rótulo que me tranquilizaba con la certidumbre de sus diecisiete

letras negras: Ministerio Público. Suspiré, calmada. Esto no era el cielo. Me había salvado.)

He dicho que Mario y yo éramos distintos en todo. Es más, he enumerado algunos de nuestros rasgos divergentes. Ahora me toca decir que estábamos unidos por algo mucho más fuerte que los lazos de la sangre, los intereses comunes o las simpatías temperamentales: el miedo. Ignoro si en nuestra más remota infancia lo padecimos en abstracto y si paulatinamente fue concretándose hasta cristalizar en dos objetos sobremanera temibles: uno, porque lo conocíamos. Otro, porque nos era desconocido. Estos dos objetos eran, respectivamente, los perros y Dios.

A mis padres no les gustaban los animales y procuraban, hasta donde les era factible, evitarnos el contacto con ellos. Pero un día mi hermano y yo, que hojeábamos un libro de estampas, encontramos la imagen coloreada, tentadora, de un perro. Desde entonces nuestra obsesión fue tenerlo. Lo pedimos en todos los tonos: a ratos suplicante, a ratos zalamero, pero siempre empecinado. Por fin, una tarde, al regresar de un corto paseo por el campo, hallamos la sorpresa que entretanto nos habían preparado: un cachorro de largas orejas colgantes y narices perpetuamente húmedas. No tuvimos tiempo siquiera de pensar que era una sorpresa agradable porque, sin transición, el perro se acercó hacia nosotros meneando la cola, colocó sus patas encima de nuestros hombros y empezó a lamernos la cara. Ante estas manifestaciones que no sabíamos cómo interpretar, nos sobrecogió un intenso pánico. Fue necesario que nos lo quitaran de encima para que cesáramos de chillar. Fue necesario que nos dieran una conferencia acerca de lo que significaba el meneo de la cola, la respiración acezante, la lengua desplegada. La comprendimos muy bien y hasta estuvimos de acuerdo con la explicación. Pero ¿qué relación había entre aquella imagen tan pulcra de la que nos habíamos prendado y esta masa de carne inquieta y caliente, esta piel áspera, esta alarmante vivacidad que se llamaba Panchito? Desde entonces nuestra alegría decayó. Ya no se oían más nuestras carreras por el jardín ni nuestras voces inundando la casa. Caminábamos paso a paso, procurando no hacer ruido para no llamar la atención del perro que en cuanto olfateaba nuestra vecindad, se abalanzaba deseoso de hacer travesuras. Temíamos encontrarlo a la vuelta de cada recodo, detrás de cada maceta. Y para evitar estos encuentros pasábamos horas interminables trepados en los árboles o encerrados en las habitaciones. Y por las noches,

definitivamente abroquelados ya en nuestra recámara, abríamos de nuevo el libro de estampas y nos deteníamos, otra vez, en aquella imagen tentadora y coloreada. Nuestras miradas se cruzaban, nubladas de nostalgia, preñadas de desengaño.

Llegó el momento en que tuvimos que aceptar que aquello no podía continuar así. Nuestra salud empezaba a resentirse de los encierros pertinaces y del método arbóreo de vida que a últimas fechas habíamos adoptado. Nuestros padres no acertaban a desentrañar el motivo por el que nuestro semblante aparecía demacrado, nuestros nervios estaban alterados, nuestra tristeza era palpable. Llamaron al médico quien, como de costumbre, recetó un purgante. Y fue después de tomarlo, vigente todavía en nuestro paladar su abominable sabor, cuando nos decidimos: teníamos que deshacernos del perro en cualquier forma. La oportunidad se nos presentó muy pronto. Nuestros padres salieron, las criadas estaban en el fondo de la casa, distraídas en sus quehaceres y en sus charlas. Estábamos, pues, prácticamente solos. Entonces fuimos en busca de Panchito. Nos recibió con su habitual, complicado, incómodo ceremonial. Lo resistimos estoicamente y, unas veces corriendo un trecho, otras azuzándolo con nombres cariñosos o tronando los dedos, logramos conducirlo hasta el zaguán. Él nos seguía, confiado, gozoso. Cuando llegamos a la puerta de la calle, la abrimos. Panchito atravesó el umbral creyendo que esto formaba parte del juego. Pero una vez que estuvo afuera; volvimos a cerrar, ahora con llave. Apoyados en la madera, latiendo de fatiga y emoción, escuchamos cómo se filtraban a través de ella unos vigorosos ladridos que se atenuaron en una especie de vagido muy semejante al sollozo. En nosotros pudo más el recelo que la piedad y ni un minuto sentimos la tentación de dejarlo entrar. De súbito Panchito calló. Seguramente alguien había pasado llevándoselo. Tal vez quien se lo había llevado era otro perro.

Mis padres acabaron por notar su desaparición y comenzaron a indagar cómo se había perdido. Nosotros dejábamos gotear las preguntas, los regaños al descuido de las criadas. Hasta que Mario no soportó más y, llorando, confesó la verdad a nuestra madre. No le ocultó nada. Le habló de nuestra ilusión de tener un perro como el del grabado, de nuestro desconcierto ante el increíble entusiasmo con que Panchito vivía, de nuestro terror. Cuando hubo terminado, ella lo abrazó, callada, sonriendo. Pero unos días después teníamos unos cojines con figura de perro que nos seguían a

todas partes, dóciles a la reata que les amarramos al cuello, sin ladrar, sin lamer, sin sobarse. El de Mario era café; el mío gris. Ambos muy serios, muy mansos, mudos. Y fuimos felices de nuevo y ya no buscamos las ramas altas de los árboles sino su sombra y otra vez invadimos el jardín y el médico dejó de venir, durante mucho tiempo, a nuestra casa.

El problema de Dios no se resolvió con tanta facilidad. Mi madre era muy religiosa pero no era cruel. Desde temprano nos enseñó a rezar y nos familiarizó con los nombres de los santos y con las virtudes y con los milagros. Sus enseñanzas no nos turbaron. Nos parecía muy lógico que Dios, siendo el padre, tuviera unas grandes barbas blancas y que se enojara cuando sus hijos lo ofendían y premiara a los que merecían premio. Como no conocíamos las leyes de la naturaleza, el hecho de que los milagros las violaran no nos producía ni frío ni calor. Y en cuanto a las virtudes no nos empeñamos en entenderlas sino en practicarlas. Para nosotros todas se reducían a una: la obediencia. Y los mandatos que se nos imponían eran siempre fáciles, provechosos y a menudo modificables. Con esto y nuestros perros cojines bastaba para que nuestra existencia se deslizara plácida, sin contratiempos, venturosa.

En muchas ocasiones comprobamos que los higos, primero verdes, maduraban acumulando miel. Pero que esta plenitud de dulzura degeneraba pronto en un sabor repugnante. Los higos se pudrían. Así se pudrieron nuestros días. Todo fue por culpa de una mujer a quien mi madre invitaba a merendar y a quien ella y mi padre llamaban amiga cuando en realidad su nombre era el de Mercedes. Era alta, amarilla, con el pelo restirado y encarnizadamente unido en un moño, los ojos saltones y las manos gruesas. Y, opacando cualquier otra cualidad, una hermosa voz de barítono que no dejaba de sobresaltar a quienes la escuchaban.

Una tarde mi hermano y yo habíamos enterrado, por enésima vez, una moneda, y estábamos sobre el agujero recién tapado, recitando las palabras mágicas que la multiplicarían, cuando mi madre vino hacia nosotros seguida por Mercedes. Al verlas aproximarse estuvimos seguros de que nuestro intento fallaría esta vez, no por insolvencia de la fórmula como habíamos sospechado en anteriores experimentos, sino por causa de Mercedes cuya mirada bastaba para secar la savia, no ya de una moneda, de por sí no muy jugosa, sino hasta la de una planta. En efecto, tal como lo vaticinamos, la moneda estaba allí, sola, tan sola como cuando la

sepultamos, pero un poco más sucia. ¿Por qué habían tenido que venir a interrumpirnos en un momento tan delicado? No sé. Ah, sí, para avisarnos que desde la semana próxima Mercedes nos daría clases de catecismo, pues necesitábamos prepararnos para hacer la primera comunión.

La semana próxima llegó muy pronto, mucho más pronto de lo que deseábamos porque entonces ignorábamos cómo detener el tiempo. Tuvimos pues que sentarnos en el corredor, en unas sillas bajas y cruzar los brazos sobre el pecho y atender a las lecciones de Mercedes. Nos instruía, con delectación, en las características del infierno. Mientras hablaba, su hermosa voz de barítono iba elevándose y sus ojos llameaban y su cuerpo se contorsionaba. Mario y yo nos echábamos a temblar inconteniblemente y nuestras manos se buscaban para estrecharse. Pero la severidad de Mercedes nos separaba y permanecíamos, cada uno en su sitio, desfalleciendo de un pavor que nos hacía nudos en la garganta y bolitas de sudor en las sienes. En el instante preciso en el que el pavor alcanzaba los límites de lo posible y estaba a punto de rebasarlos, aparecía mi madre. Todo volvía entonces a la normalidad. Mercedes distendía sus músculos en una sonrisa no tan horrible como el otro gesto y ella y mi madre marchaban hacia el comedor donde humeaba el chocolate. Mi hermano y yo nos quedábamos en el corredor que iba cediendo, ladrillo por ladrillo, a la sombra del anochecer. No hablábamos pero, cerca uno del otro, nos defendíamos mutuamente de una amenaza invisible y eficaz.

El peso de este pavor y de las sucesivas revelaciones de Mercedes era excesivo para nuestros hombros y buscamos con quién compartirlo. Mi padre fue nuestro confidente. Después de escucharnos explotó en una interjección y nos juró que el infierno era un delirio de histéricas. Nos convenció de inmediato no tanto porque empleó para ello vocablos incomprensibles sino porque estábamos demasiado codiciosos de ese convencimiento. Pero las afirmaciones de Mercedes eran también convincentes. Entonces optamos por aceptar ambas en la forma más conveniente: durante el día estábamos de acuerdo con Mercedes. Las visiones infernales se diluían con la luz del sol y no resultaban tan espantosas. Durante la noche estábamos de acuerdo con mi padre. Sólo así podíamos dormir. Pero un infierno intermitente es siempre poco respetable. Acabamos por no tomarlo muy en cuenta.

Pero en mí se larvaban, ya desde entonces, los silogismos que, de manera tan implacable, me han corroído. Estaba bien. El infierno, tolerable en ciertas horas del día, horroroso a medida que la oscuridad se hacía más compacta, no era muy importante. Era apenas una de las cosas que hizo Dios entre muchas otras. Y si esa cosa era tan tremenda ¿cuánto más tremendo no sería su autor? Por otra parte el infierno era limitado, estaba situado en un lugar, un lugar al que uno podía dejar de ir. Pero Dios estaba en todas partes. Su amenaza era total. En consecuencia había que trasladar todo el miedo que nos inspiraba el infierno al mismo Dios. Di este paso sin titubear y Mario me siguió. De allí en adelante ya no veíamos a nuestro alrededor más que trampas, ventanas por las que Dios podía asomarse, bocas desde donde nos podía hablar. Esquivábamos las que eran excesivamente obvias para no ser notadas: el oratorio, las iglesias, el agua bendita. Y adivinábamos, esquivándolas también con una precaución nunca suficiente, otras más disimuladas pero no menos peligrosas: algunas personas, algunos sitios, algunos objetos. No contamos con la única asechanza ante la cual estábamos desarmados: el sueño.

Una mañana Mario me despertó sacudiéndome. Estaba pálido. Había tenido una pesadilla, un mal sueño. Había soñado a Dios.

Ordinariamente yo sentía envidia cuando mi hermano se adelantaba y se apoderaba de lo mejor. Ordinariamente me molestaba que en nuestros juegos él fuera siempre el rey mientras que yo no pasaba de ser la princesa, él fuera el actor y yo el público, él quien comiera los duraznos verdes y a mí a quien le hicieran daño. Pero esta vez agradecí no haber alcanzado el dudoso privilegio de soñar a Dios.

—¿Y cómo era? ¿Qué te dijo?

—No sé cómo era; no lo vi. Sólo oí su voz. Me llamaba.

—¿Y para qué? ¿Qué quería?

—No lo sé tampoco; sólo me decía: “Mario, ven aquí”.

—¿Y qué hiciste?

—Salí corriendo y corrí y corrí hasta que desperté.

Era cierto. Estaba sudoroso y agitado como después de una carrera. Palpitaba entre mis brazos como un pájaro asustado. Y estaba llorando. Yo no sabía cómo consolarlo: frotaba sus mejillas, alborotaba sus cabellos, lo estrechaba contra mí.

—No te apures. Yo también soñé una noche y no sucedió nada.

Me miró con un poco de esperanza.

—¿A quién soñaste?

—Pues a… a la Virgen.

No pude mentir. Tuve miedo de que mi mentira se convirtiera en verdad. Su esperanza se desvaneció.

—Pero no es igual. Esto es peor.

Sus lágrimas me mojaban el hombro. Calientes. Yo ya sabía que también eran saladas. Oímos unos pasos que se aproximaban. Era mi madre.

—¿Despiertos ya tan temprano? Pero ¿qué le pasa a Mario?

Por nada del mundo nos quejaríamos. Él escuchaba desde cualquier parte.

—Se cayó de la cama.

—Qué niñito más zonzo, todavía no sabe dormir como una persona decente. Y eso que ya va a hacer su primera comunión.

—¿Cuándo?

—Dentro de quince días. Mercedes dice que ya están listos. Los llevaré con el señor cura para que los confiese. Y estoy segura de que me dirá: "Señora, la felicito. Sus hijos son los niños más buenos del pueblo. Son de los escogidos, de los que Dios tiene junto a sí".

Iba a estremecerme pero la cara de Mario me apartó de mi propio terror para presenciar el suyo: estaba rígido, tenso, como preparándose para recibir un golpe inevitable. Ya no lloraba.

—…después de la comunión habrá una fiesta. Vendrán otros niños a desayunar con ustedes. Y estarán muy elegantes: tú, con un vestido blanco, de seda. Y tú con unos pantalones largos de casimir. Y la iglesia estará adornada con flores y mandaremos poner una alfombra roja en el pasillo.

Los días siguientes estuvieron llenos de ir y venir de los preparativos. En el patio de atrás los guajolotes desplegaban su cola y engordaban. Las criadas fregaban los pisos y regresaban del mercado con las cestas repletas. Mi madre esponjaba aún más las dalias del jardín y vigilaba los rosales en botón para que se abrieran a tiempo. Mi padre, desde su escritorio, despachaba las invitaciones. Y Mercedes interrogaba sin descanso: ¿Dónde está Dios? ¿Dónde está….? ¿Dónde…? Esta pregunta taladraba nuestro cerebro, punzaba nuestro costado, nos crispaba. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Hasta que Mario, que apretaba la respuesta entre sus labios obstinadamente mudos, cayó desmayado.

La agitación se redobló; se redobló el ir y venir, el llevar y traer, pero ahora con distinto rumbo, con otra intención. Las criadas se descargaban de frascos que, apenas destapados, se desechaban; de hielo, de jugo de naranja, de inyecciones. Al margen del corredor para no estorbar su prisa, yo vagaba solitaria. Al principio yo iba detrás de todos, preguntando. Me contestaban cosas absurdas y sin sentido: apendicitis, fiebre, operación. Cuando me di cuenta de que no sabían nada me aposté cerca de la puerta de nuestra recámara (a la que no me dejaban entrar ni a dormir y de la cual salían murmullos sordos, gemidos apagados, tintinear de cucharillas moviéndose dentro de un vaso) para cuidar que no pasara alguien que pudiera ser peligroso. No me oponía a mi padre que había adquirido la manía de quitarse continuamente los anteojos y limpiarlos con su pañuelo como si estuvieran empañados. No me oponía al doctor. Me estaba callada para que no tuvieran pretexto de expulsarme, recibiendo las emanaciones de alcohol, de yodo, de algodones mojados. Sin protestar. Quieta. Hasta que vi que mi madre llegaba de la calle, la cabeza cubierta con un chal, acompañada del señor cura. Se dirigían a la alcoba pero antes de que pisaran el umbral me interpuse gritando y colgándome de la sotana para impedir que avanzaran.

—No, no, que no entre, que no entre.

Mi madre estaba demasiado sorprendida para encolerizarse.

—¿Por qué no ha de entrar?

¿Cómo explicarlo? ¿Cómo hacer que entendieran, si eran tan torpes? ¿Cómo mostrarles el motivo por el que estaban sucediendo todas las cosas? Yo no sabía. Pero yo tenía que defender a Mario con todas mis fuerzas, tenía que evitar que el señor cura lo viera.

—Porque va a decir que somos unos niños muy buenos y…

—Sí, claro, sobre todo después de lo que acabas de hacer. Suéltalo, no seas necia. Que lo sueltes te digo.

De un tirón brusco me desprendió de él y me aventó lejos. Desde el suelo, a través de mis lágrimas, vi cómo los zapatos del señor cura caminaban, sin ningún obstáculo, hacia la cama de Mario.

Mercedes me levantó. Secó mis párpados y limpió mis rodillas con el revés de su delantal. Sus ojos saltaban más que nunca y tenían un brillo

especial, maligno. Acomodó el lazo que sujetaba mis cabellos y cuando estuve arreglada a su satisfacción, me dijo:

—Vámonos.

—¿Adónde?

—Voy a llevarte con unas amigas tuyas.

—No tengo amigas.

—No importa. Ven.

Atravesamos las calles, mi mano perdida entre las grandes suyas, hasta llegar a una casa. Mercedes cuchicheó algo al oído de la dueña quien instantáneamente me besó, me abrazó y me llamó pobrecita. Después fuimos a un patio donde jugaban unas niñas. En cuanto nos dejaron solas me rodearon hablando y riendo. Pero casi en seguida me abandonaron. Yo no hice más que decir la verdad. No, yo no sabía jugar a la tiendita. No, yo no tenía comadres. No, mis muñecas jamás se habían cambiado de ropa. Desde el extremo opuesto del patio me sacaban la lengua y hacían muecas. ¿Estaban comentando que yo era boba? Bueno, pero ellas no sabían lo que significa la palabra meteoro. Ni sabían que si uno enterraba una moneda… ¿Qué habría sucedido con Mario? ¿Lo delataría el señor cura? Por lo que me habían contado no tenía una comunicación directa ni constante con Dios. El único entre ellos que le hablaba, y eso nada más por teléfono, era el papa. Pero el señor cura podía avisarle al papa dónde estaba Mario. Si estuviéramos juntos resistiríamos mejor. Cuando Dios llegara le diríamos que se había equivocado, que éramos unos niños muy malos y le relataríamos, minuciosamente, cómo habíamos desterrado a Panchito y cómo habíamos dejado que acusaran a otros de su destierro. Pero si insistía, a pesar de todo, en llevarse a Mario que era por quien mostraba predilección porque a mí no me hacía ningún caso, yo lo escondería a mis espaldas. Como Mario era más pequeño que yo no se vería. Además yo podía ponerme uno de los vestidos de mi madre. Extendería los brazos y siendo las mangas tan anchas lo cubrirían íntegramente. Mire usted, le diría yo, aquí no está. Se ha ido, tal vez por allá. Y señalaría al azar y Dios se iría detrás del engaño y nosotros quedaríamos felices, libres. Pero ¿cómo no se me había ocurrido antes? Si era tan fácil. Ahora mismo iría a mi casa, atropellaría a los que me impidieran llegar hasta Mario y le diría lo que tendríamos que hacer en caso de emergencia y entonces él ya no tendría que

estar encerrado en su cuarto y se pondría bien. Me levanté y caminé en esa casa desconocida hasta que encontré a la dueña.

—Señora, yo quiero irme.

—¿Por qué? ¿No te sientes a gusto aquí? ¿No han sido amables contigo las otras niñas? A ver, Lupe, Marta, vengan acá.

—No, no las llame usted. No es por eso. Es que yo tengo que irme.

—Sí y te irás pero cuando vengan a llevarte.

—No, antes, ahorita. Es muy importante. Por favor, déjeme usted ir.

—Considero que debe serlo. Pero tú tienes que esperar.

Yo no podía perder el tiempo discutiendo. Tenía que apresurarme. Corrí, pero antes de que yo llegara a la puerta, la habían cerrado. Lloré, patalee, supliqué, hasta quedar ronca, pero todo fue inútil. La puerta no se abrió.

Mercedes vino por mí casi al anochecer. Todavía me sacudían los sollozos. Ella no me regañó cuando le dijeron que había estado escandalizando todo el día. Me quitó el listón que me había amarrado en la mañana y me llevó de regreso a la casa.

Qué aspecto tan extraño tenía. La puerta de calle abierta de par en par, las ventanas iluminadas y, en el zaguán, multitud de personas extrañas vestidas de negro, charlando en voz baja, disimulando sus sonrisas. La sala debía estar llena de flores porque de allí salían, derramándose, hasta el corredor. Quise asomarme. Debía estar muy bonita así. Pero Mercedes me retiró de allí.

—Por favor, no molestes. Vas a obedecer y a no meterte donde no te llamen. Lo mejor es que te acuestes ya y te duermas.

—Pero Mercedes, yo tengo que hablar con Mario.

—Ahora no es posible. Mañana.

—No, ahora. Es muy importante. Es para que se alivie.

—Pero si está muy aliviado. Vamos, ven a acostarte.

—¿De veras está mejor?

Mercedes quedó viéndome, pensativa.

—Mucho mejor. Por lo menos, mucho mejor que tú.

Apaciguada, me dejé conducir. Habían compuesto mi cama en el oratorio. Antes de que yo me rebelara, Mercedes se había ido. Una ola furiosa de terror empezó a ahogarme. Quise huir pero estaba paralizada. Quise gritar y mi garganta se henchía y mis labios se separaban pero el silencio permanecía intacto. Cerré los ojos. Entré en una tenebrosa

eternidad. Desde allí sentía cómo se alargaban hacia mí los tentáculos viscosos, cómo se multiplicaban las espadas, cómo se fraguaba mi ruina. Los marcos dentro de los cuales se extasiaban las imágenes se rompieron con estrépito. Y ahora ellas danzaban, sin freno, a mi alrededor. Me miraban con innumerables, horribles ojos saltones, me señalaban con un índice chorreando tinta, me lamían con sus lenguas desplegadas. ¿No quieres un dulce? Anda, tómalo. Hay miles de dulces en estas mesas. ¿O preferirías mecerte en un columpio? Sentirás un hueco en el estómago si subes muy alto. Desde arriba las cosas se ven pequeñitas y giran y si te sueltas caes y te rompes la nuca. No, no, vamos a jugar a la tiendita con ella. No sabe, no sabe. Sus muñecas nunca se cambian de ropa, no tiene comadres. Pero tiene un secreto. Dilo. ¿Dónde está Dios? ¿Querías burlarte de él, no es cierto? ¿Querías engañarlo? Y ahora estás en su poder, ahí viene, ahí está. La danza era cada vez más rápida, el círculo más estrecho. Me sitiaba un coro de respiraciones heladas, quemantes, húmedas. Alternativamente heladas, quemantes, húmedas. Cada vez más inminentes, heladas, quemantes, húmedas. Hasta que el remolino me arrastró.

La luz se introdujo a través de los vidrios de la ventana; ligeramente desviada se posó en el metal de la cama, abrillantándolo. Cuando llegó a mis ojos, los abrí. En torno mío los cuadros íntegros, las imágenes impávidas como si nunca se hubieran desatado salvaje, frenéticamente. Y el silencio, un silencio tangible y transparente a la vez como un cristal. Me movía con dificultad en esta nueva atmósfera pero lograba dar un paso y, después de muchos trabajos, otro y otro más. Fuera del oratorio también el silencio, sólido. En la sala, además, algunos pétalos pisoteados y gotas de cera extendidas en el piso. En el comedor, tazas sucias, con restos de café y colillas de cigarros. En nuestra recámara, el vacío. ¿Dónde estaba Mario? Yo tenía algo que decirle. ¿Qué era? Algo muy importante. Pero Mario no estaba y yo no recordaba y no había nadie a quien preguntar y yo no sabía si podía hablar. No quería arriesgarme a mover los labios, no quería henchir mi garganta porque este silencio era mucho más duro que el de anoche. Y el de anoche no se había quebrado.

La luz se instaló en la casa, violó los rincones y se fue. Y volvió a venir y a apoderarse de la casa y a hurgar en los lugares ocultos y a irse. Muchas veces. Yo daba un paso y otro y otro, en medio del silencio. Ya había llegado al jardín. Las dalias se desmelenaban, sin olor. Ya había llegado al

patio. Los árboles estaban rendidos de frutos. Y nadie para cortarlos. Nadie para comerlos. Nadie.

Un día encontré a Mercedes. Yo había estado ensayando sílabas con la garganta contraída. Luego abrí la boca y las palabras rodaron de ella, cuajadas…

—¿Dónde está Mario?

No respondió. Caminaba, llevando cosas entre las manos, avivando el fuego de la cocina, limpiando el polvo de los muebles.

—¿Dónde está Mario?

Había que clavar un crespón negro en la puerta de la calle para que ondeara como una bandera.

—¿Dónde está Mario?

—No seas terca. Cállate.

No es que yo fuera terca. Es que no podía pronunciar ninguna otra palabra.

—¿Dónde está Mario?

—¿Quieres saber dónde está? ¿Quieres ir a verlo?

Echamos a andar. Las calles subían y bajaban. Las señoras nos decían adiós desde los quicios o se paraban a platicar con Mercedes mientras me acariciaban la barbilla. Después las calles fueron haciéndose más blandas. En vez de piedras y lajas, pasto, pasto verde, trémulo bajo el rocío evaporándose. Y luego sobre el pasto se irguieron ángeles blancos con el rostro inclinado, columnas truncadas. De pronto nos detuvimos.

—Aquí está.

Yo no vi, en el sitio que Mercedes señalaba, más que una cruz de mármol.

—¿Dónde?

—Abajo.

—¿Cómo entró?

—Iba dentro de una caja.

—¿Y no se lastimó?

—Estaba dormido.

—¿Tenía una almohada?

—Sí, una almohada con forma de perro.

Ahora recuperaba la memoria. Lo que yo tenía que decirle a Mario era cómo escaparíamos si Dios nos salía al paso. Pero como siempre, Mario

tuvo una idea mejor. Ahora lo comprendía yo todo. ¿Cómo iba Dios a imaginar que él estuviera debajo de la tierra? Si Mario hubiera conocido mis planes se hubiera mofado de ellos. ¿A quién iban a despistar las mangas enormes de un vestido ajeno?

—¿Está solo?

—Claro que no. Hay muchos más. Mira.

Sí, había muchos otros. El campo estaba lleno de cruces. Qué bueno. Así Mario no se aburriría. Además tenía consigo su perro. Lástima que yo no hubiera ido con él. Pero a mí Dios no me había acosado.

Cuando regresamos yo iba contenta y me soltaba de la mano de Mercedes para correr y brincar. Iba riendo porque el sol me hacía cosquillas debajo de la tela negra del vestido. Al llegar a la casa cogí un lápiz y con mi letra inhábil, tosca, escribí el nombre de Mario en las paredes del corredor. Mario, en los ladrillos del jardín. Mario, en las páginas de mis cuadernos. Para que si Dios venía alguna vez a buscarlo creyera que estaba todavía aquí.

---

[*] Publicado en *América. Revista Antológica*, vol. II, núm. 63, junio de 1950.

*Tres nudos en la red**

A Juan Vicente Melo

EL NACIMIENTO de Águeda produjo una decepción —mitad consternada, mitad satisfecha de vaticinio cumplido— entre los miembros de la familia Sanromán.

Después de los tres primeros y sucesivos fracasos maternales de Juliana no únicamente era previsible sino también justo que diese a luz a un varón. ¿Pero quién puede fiarse de estas mujeres de un barrio cualquiera, sin casta y sin orgullo? Tuvo una hembra y, como si no fuera suficiente, la melindrosa se dio además el lujo de quedar imposibilitada para concebir de nuevo.

¿Adónde, suspiraban en sus asambleas dominicales, amodorrados después de la abundante comida, los Sanromanes, adónde van a ir a parar los hermosos cañaverales de Esteban, las enormes partidas de ganado, las fincas de la tierra fría y de la tierra caliente? A manos de un extraño, si bien les iba. Porque Águeda, a juzgar por las apariencias, no iba a ser fácil de casar.

Esteban no se preocupaba demasiado por el porvenir de su hija. Calculaba únicamente que la dote habría de ser mayor de lo que había dispuesto. Pero después de todo era la hija única, porque los bastardos no contaban. Por su parte Juliana tenía confianza en que la niña embarnecería con la edad. Además ella iba a encargarse de que recurriera a todos los artificios de la coquetería. Sí se esmeraba en ser limpia y hacendosa y en

parecer de sangre liviana no faltaría quien se fijara en ella para desposarla. Al fin y al cabo, matrimonio y mortaja…

Pero conforme Águeda iba creciendo las ilusiones de sus padres hallaron cada vez menos puntos de apoyo. La fortuna de Esteban mermó, casi hasta extinguirse, cuando las tierras fueron repartidas por el gobierno y los indios se alzaron negándose a seguir trabajando de balde. El estado de sus finanzas no era ni excepcional ni secreto. Ahora sí ya podía comentarse, sin ningún recato, que su hija le estaba resultando un poco rara.

¿A quién habría salido, Santo Señor de Esquipulas?

En las noches de insomnio Juliana y Esteban repasaban, cada uno desde su respectiva y matrimonial cama de latón, las anécdotas de sus mutuos antepasados para encontrar la raíz, la explicación.

—Tal vez aquella prima lejana tuya, la de Tabasco, la que se volvió loca.

—¿Y qué querías que hiciera? Los carrancistas abusaron de ella delante de su novio y luego a él lo remataron de un balazo.

Juliana suspiraba, conmovida. Era una de las tragedias que enlutaron su juventud y de la que le hubiera gustado ser protagonista. El hecho de que su marido no la comprendiera la irritaba. Para vengarse, decía.

—¿Y tu bisabuela? Dicen que dormía en un cajón de muerto que se había mandado hacer para cuando llegara el caso.

—Mamá Gregaria fue siempre muy precavida.

—Se pasaba.

—En cambio otras prefieren deberle a las once mil vírgenes con tal de no pensar en el mañana.

Juliana sentía el pinchazo de la indirecta. Esteban había aludido, naturalmente, a la madre de ella, a la viuda que nunca supo ¡la pobre! lo que era sacar una cuenta ni ahorrar un centavo. Y ni siquiera había sido capaz de colocar bien a sus hijas. Allí estaba, por ejemplo, Juliana. Atada a un señor con veinte años y veinte mil mañas más que ella, al que sólo le quedaban las ínfulas de rico. Y en cuanto a la otra…

Como si sus pensamientos hubieran llegado, por distintos caminos al mismo punto, preguntaba con fingida inocencia el marido:

—¿Se averiguó, al fin, de qué le vino la muerte a tu hermana Elena?

—No la envenenaron para quedarse con la herencia, como a la tuya.

Lo que había comenzado en murmullo tenue iba adquiriendo la densidad y el volumen de una disputa violenta. En los tapancos altísimos, en las paredes espesas, en la amplitud de las habitaciones de las casas de Comitán, rebotaban los insultos, las recriminaciones, los reproches.

En la recámara vecina Águeda despertaba con sobresalto.

—Están hablando de mí.

Distinguía la voz de su padre: maciza como su cuerpo, solemne como sus pasos, certera como la aguda punta del bastón de caoba que acertaba siempre con el sitio exacto donde posarse. En cambio las frases de su madre eran una catarata irreflexiva. Daba la impresión de que nada podría contenerla. Y de pronto comenzaban los titubeos, como cuando andaba revolviendo cajones para buscar algo que ya había olvidado. Y por último sobrevenía un silencio total.

Lo que Águeda no supo nunca fue que lo que enmudecía a su madre no eran ni las razones de su marido, ni la prudencia, sino el terror. No a la cólera, ni al castigo, ni a las represalias. El terror a la reconciliación.

Águeda también se estremecía de otros terrores: el de la oscuridad, en la que siempre se movía un fantasma; en la que siempre acechaba una bestia feroz. Pero sobre todo el de aquellas voces repentinas de sus padres que la iban cubriendo de llagas dolorosas: las de una culpa cuyo nombre jamás acertó a entender, una culpa que estaba en sus huesos para pudrirlos, en su corazón para estrangularlo, en su cabeza, de la que era único badajo resonante.

Una culpa, además, sin expiación. A menudo la niña soñaba que había muerto y que su lugar vacío era ocupado por otro, por el que verdaderamente debía de estar allí; y que el sorbo de aire que antes robaba, ahora le proporcionaba fuerzas al dueño legítimo.

Al despertar nunca recuperaba del todo la certidumbre de continuar viva, no quería recuperarla. Se deslizaba sin ruido por los corredores —evitando el encuentro de los espejos— e iba a ocultarse hasta el fondo del traspatio. Allí permanecía hasta que alguien iba a recogerla bruscamente a la hora de comer.

Ante sus mayores no había modo de hacerla hablar, *porque ella no estaba allí.*

Esteban y Juliana, por su parte, no atendían más que a su propia hostilidad y a su rencor. Se pedían, con una deferencia llena de sarcasmo, la

sal; se agradecían irónicamente el postre. Pero no gastaban una sola palabra superflua en la conversación.

Águeda corría fuera del comedor lo más pronto posible para buscar su refugio favorito y lejano. Allí, a la hora del atardecer, se entretenía retorciendo el cuello de los pájaros que, en el principio del crepúsculo, disminuían la altura y la velocidad de su vuelo, hasta quedar al alcance de unas manos rapaces. Después, con el pequeño cadáver oculto entre la blusa y el pecho, Águeda iba al jardín y en uno de los arriates cavaba un breve agujero para enterrarlo. Encima de la tierra removida colocaba una flor, como señal y duelo.

También se complacía en despojar a las lagartijas del cuero verde que las cubre. Bajo su grosura y aspereza iba apareciendo una membrana blancuzca, transparente casi que permitía observar la palpitación enloquecida de las vísceras. Águeda veía, con paciencia, decrecer el ritmo hasta paralizarse. Entonces, cuidadosamente, colocaba al animal sobre una piedra y lo dejaba libre. La lagartija permanecía inmóvil un instante y luego echaba a correr y se perdía entre los matorrales.

En una ocasión Juliana sorprendió los manejos de la niña. Su primer impulso fue abalanzarse y golpearla, interrumpiendo así aquel juego cruel. Pero luego una especie de veneración ancestral la contuvo. Águeda es una Sanromán, se dijo. ¿Cómo iba Juliana a rebelarse contra una jerarquía inmutable? Es una Sanromán, repitió, alejándose. Por tanto, lo que hubiera de maldad y tiranía en ella era la herencia de los antiguos atormentadores de esclavos, de los viejos azotadores de indios. De ella, de la bordadora humilde del barrio de San Sebastián, no había nada. Juliana respiró, con un extraño alivio, su propia inocencia.

La impunidad hizo a Águeda ociosa y rebelde. Ignoraba dónde tenía su origen esa debilidad de sus padres hacia ella, pero había comprobado que ninguno de los dos se atrevía ni a dictarle una orden ni a contradecirle un capricho. Han de tenerme lástima, supuso. Y cuando afirmo algo me contestan “sí, sí”, como a los locos y a los imbéciles.

Juliana intentó, alguna vez y como por juego, atraerla a los quehaceres domésticos. Águeda respondió advirtiendo que se la quería hacer caer en una trampa:

—Ése es asunto de las sirvientas.

Sin embargo, a veces condescendía en regar las macetas; en barrer algún rincón, hasta que un ataque de estornudos le imposibilitaba continuar la tarea. Y la única vez que entró en la cocina se desmayó de asco ante la vista de los alimentos crudos.

Cuando Juliana quiso empezar a adornar a su hija con todas las gracias de una señorita, se estrelló con una torpeza tan obstinada que no pudo menos de calificar como maligna. En el teclado del piano era incapaz de distinguir el sonido de una nota de otra y si desde el principio colocaba mal los dedos, toda la lección se desarrollaba mal. Cosía y deshilaba pedazos de trapo que nunca se convirtieron en algo útil. Y en cuanto a la pintura nunca pasó de emborronar papeles que después tiraba con desprecio a su alrededor.

No hay que dejarla sola nunca, reflexionaba Juliana. Pero la amistad tampoco le era fácil. Por su familia, por su rango, pertenecía desde su nacimiento a un círculo determinado y selecto. Fue bienvenida. Pero pronto comenzaron a huir de ella con un pretexto u otro. ¿Para qué estar con quien se aburría de todos los juegos? Porque a Águeda no le gustaba hacer ni pasteles de lodo, ni cambiar de pañales a las muñecas ni concertar comadrazgos con ninguna.

Hubo que recurrir a las cargadoras y pagarles precios especiales, a pesar de que emigraban a la menor provocación. En realidad las asustaba la pasividad con que Águeda se disponía a que la divirtieran. Canciones, bailes, cuentos, todo lo que se podía ver desde lejos y en lo que no era preciso participar. Y nunca, las pobres criaditas, pudieron prever el instante en que Águeda iba a lanzarse contra ellas tratando de arrancarles las orejas porque no habían acertado a contestar alguna de sus preguntas.

—Esto sí se pasa de la raya, decidió la madre. Ha de estar compatiada con el diablo.

Y fue a consultar a su director espiritual.

Éste —perfil romano, voz conmovedora en el púlpito, ídolo del pueblo — le aconsejó:

—Traémela. Hemos de arrancarle esas malas hierbas que le atormentan. Yo mismo le inculcaré la doctrina.

Juliana disfrutó de un fugitivo minuto triunfal. Sus cuñadas se desmorecían de envidia. El sacerdote no se habría dignado hacer lo mismo por ninguna otra que no fuera Águeda.

Con un catecismo del padre Ripalda en una mano y una palmeta en la otra, se iniciaban las clases en el locutorio parroquial. Las preguntas eran fáciles, rápidas, mecánicas. Así deberían de ser las respuestas. Pero Águeda, después de meditar con el entrecejo fruncido, salía con una pregunta nueva, con la aplicación de la regla a un caso concreto en el que resultaba contraproducente, con la exigencia de que se le marcaran bien los matices para no equivocarse, con escrúpulos sin fin.

El sacerdote dejaba caer los brazos. Ni el catecismo era explícito ni la palmeta era justa. Llamó en secreto a doña Juliana para confiarle que el caso de su hija era tan especial que no se atrevía a administrarle la sagrada forma, por miedo a cometer un sacrilegio.

¿Qué hacer ante una deshonra semejante, que sus cuñadas se encargaron inmediatamente de hacer trascender al público? Huir, donde nadie los conociera ni los señalara entre burlas compasivas. A México.

Ya en la capital, Juliana no hallaba cómo desprender a Águeda de sus faldas. ¿Iba a permitir que vagara por las calles, para que en su distracción la atropellaran los coches? ¿Iba a inscribirla en una escuela pública, para que se las averiguara con una turba de muchachitos insolentes y mañosos? Porque, gracias a Dios, Águeda sería todo lo que quisieran. Pero maliciosa no.

Así que no quedaba otra alternativa que buscar un colegio de monjas, muy decente, bien afamado, y sobre todo, caro. Sí, el más caro. Ésa era la única garantía.

Cuando Esteban llegó a México, después de liquidar sus intereses en Chiapas, encontró a su familia ya instalada.

La sorpresa fue desagradable. El departamento alquilado por Juliana era excesivamente pequeño y el ajuar de segunda mano. Además carecía de servidumbre, para compensar los gastos de la colegiatura.

Esteban daba su asentimiento a las virtudes ocultas en cada una de las disposiciones de Juliana. Pero sentía nostalgia de su hamaca de fibra en el corredor, del espacio, que hasta ahora nunca le había faltado; el aire, que no llegaba caliente de olor de fritangas y basura quemada.

La causante de tales trastornos era Águeda y a Esteban no le iba a ser fácil perdonarla. Pero cuando la vio regresar del colegio, con su uniforme gris y su mochila pesada y un aire, por primera vez ávido y despierto, estuvo a punto de no reconocerla.

—Saca muy buenas calificaciones —alardeó Juliana—. ¿Quieres verlas?

Águeda estaba ya abriendo su mochila cuando el ademán negativo de su padre la inmovilizó. Se quedó perpleja, mirándolo. ¡Qué incongruente le parecía la figura de este extraño, a cuyos brazos estuvo a punto de lanzarse! ¡Qué absurdo, con su chaleco, su leontina de oro, su bastón de caoba, su sombrero verduzco!

Sin comentarios, pasaron al comedor. Juliana trajinaba ruidosamente en la cocina y llegaba con una fuente de sopa humeante, de carne guisada, de frijoles. Águeda comía apenas y Esteban tomaba una pizca de esto y de lo otro, refunfuñando porque no estaba bien sazonado o le escaldaba el paladar, por lo caliente o había perdido su gusto, por lo frío.

Juliana se sentó a la mesa hasta el final y colocó sus manos entrelazadas (rojas de lejía y trabajo) sobre el hule que fungía como mantel. Aquí, junto a ella estaban los dos seres a quienes la unía el deber, el parentesco entrañable. Como a la luz de un relámpago los contempló, distantes, ajenos. No los había comprendido nunca y tampoco los había amado. Esta última revelación la turbó. Y para conjurarla rezó mentalmente una jaculatoria.

Los días tomaron el cauce de una rutina invariable. Águeda y Juliana madrugaban para que la muchacha llegase a tiempo al colegio. Cerca del mediodía Esteban, acicalado con lo mejor de su guardarropa, se marchaba al centro, donde estaba tramitando unos asuntos cuya vaguedad nunca condescendió a explicar. Tenía amigos influyentes; era cuestión de semanas que expidieran su nombramiento.

Esta versión fue verdadera algunos días. Después de largas e infructuosas antesalas Esteban había decidido pasar las mañanas en algún sitio más agradable. Eligió la Alameda. Buscaba una banca que le conviniese y desdoblaba ceremoniosamente el periódico. En ciertas ocasiones, y a modo de celebración de algún acontecimiento especialmente importante, Esteban alargaba sus pies a la rápida habilidad de un bolero.

A veces conversaba con algún otro asiduo del lugar. Nunca permitió que su interlocutor traspasase los límites del comentario acerca del tiempo o de las críticas a las autoridades. Así conservaba su distancia y un señorío cada vez más menguado. Porque primero tuvo que prescindir del bastón, demasiado estorboso en el interior de los vehículos; después, cuando regresaba a su casa dormitando junto a la ventanilla del tranvía, un ladrón le

arrebató el sombrero. Por precaución guardó la leontina y el reloj, con lo que el chaleco ya no lucía más que el brillo de la vejez y el uso.

Juliana olfateaba, en estas ausencias cotidianas, una aventura.

—Y eso sí que no se lo tolero ni a Dios Padre, repetía enjabonando furiosamente la vajilla.

En la noche, y con el pretexto más baladí, inició la pelea. De su boca salían a borbotones palabras vulgares, viles adjetivos. Águeda se puso a contar el tiempo que transcurría en desvanecerse esta cólera para ser sustituida por el arrepentimiento. Esteban aceleró el plazo al no responder a ninguna de las acusaciones, parapetado tras la sección de anuncios del periódico.

Ya en la madrugada (el insomnio consumió a Juliana) se deslizó cautelosamente hasta el lecho de su marido para pedirle perdón. Esteban se volvió hacia la pared y casi en sueños repitió varias veces: demasiado tarde… demasiado tarde.

Éste fue el principio del silencio. Los tres estaban siempre absortos en sus proyectos, en los incidentes diarios, en sus recuerdos. Ninguno tenía nada que compartir con nadie.

Juliana creyó, al principio, que el desempeño de las tareas de la casa no sería más que transitorio. Pero Esteban consideró esta situación como satisfactoria y definitiva. Le gustaba verla encerar el suelo, limpiar los vidrios, hacer las camas, desde un sillón especial de descanso que había adquirido para su uso exclusivo.

Ahora está desquitando sus años de haraganería en Comitán. Después de todo ¿qué habría podido llegar a ser sin mi apellido ni mi dinero más que una criada?

Su dinero. Con él adquirió alguna vez una juventud, una belleza, un simulacro de amor que se habían desvanecido. Con él se aseguró para siempre de la fidelidad y la abnegación de Juliana. Lo consideraba como el único instrumento de dominio, como la única espina dorsal que podía mantenerlo erguido por encima de quienes lo rodeaban. Por eso se asía a él con un ademán convulso para no soltarlo.

Cada mañana veía aproximarse el momento en que su mujer iba a acercarse a pedírselo. Observaba sus vacilaciones en el umbral, sus falsas búsquedas cerca del sillón de descanso, el esmerado frotamiento de la superficie de un mueble contiguo. Por fin, la frase salía, estrangulada y

trémula, de los labios de Juliana. Esteban afectaba no haberla escuchado y se hacía repetir la súplica. Espoleada por la angustia, Juliana silabeaba ahora clara y distintamente.

—Necesito diez pesos para el gasto.

Esteban la miraba con aire de infinita compasión. ¿Se había vuelto loca de repente? Porque el dinero no se recoge con escoba por las calles como para dilapidarlo así.

—¿Para qué lo quieres?

—Para la comida.

—¿Se trata de algún banquete especial? ¿Tenemos huéspedes y quieres lucirte dándoles faisán o pavo trufado?

Sin asomo de humor ni de impaciencia, como si el interrogatorio fuera normal, Juliana respondía.

—Es que todo está muy caro.

—El periódico dice que las medidas para abaratar el costo de la vida están dado magníficos resultados.

—Si no me crees, acompáñame a la plaza.

—¿Cómo no voy a creerte? Eres mi mujer y la mujer no debe mentir nunca al marido.

—Entonces dame los diez pesos.

—Pero antes explícame: ¿qué vas a comprar?

—Cincuenta gramos de arroz.

—¿No te parece excesivo? Ayer sobró más de la mitad de la sopa.

—No se desperdicia. Luego sirve para la cena.

—Bueno, aquí está lo del arroz. ¿Qué más?

—Medio kilo de carne.

—¡Medio kilo! ¿Y por qué no una vaca entera?

—Tú comes la mayor parte. Águeda y yo apenas la probamos.

—Escógela con cuidado entonces. Blanda, sin nervios. De la mejor clase. ¿Es todo?

—Faltan las verduras y los frijoles.

—No me vas a negar que eso sí es barato.

—No.

—Entonces te alcanzará con siete pesos. Toma.

—Pero tú no perdonas ni la fruta ni el dulce ni el café.

—Si sabes repartir con tino, puede salir de aquí.

Como si no hubiera escuchado, Juliana insistía.

—Necesito también comprar jabón, azúcar…

—Pero hace apenas una semana que compraste.

—Ya se acabó.

—No me lo explico. Salvo que no te den la medida cabal en la tienda.

—Tal vez.

—Pues exígelo. Tienes derecho.

Juliana hacía un último gesto de asentimiento y estiraba la mano para recibir los tres pesos restantes que Esteban le entregaba con gesto magnánimo. Inmediatamente después se oían sus pasos precipitados rumbo a la calle, el ruido de la puerta al cerrarse.

Águeda interrumpía su tarea escolar para ver a los dos protagonistas de la escena. Avaricia, abyección. ¿Era esto el matrimonio? No, no era posible. Estaba segura de que los padres de sus compañeras vivían de otro modo. Se amaban.

Pensó en esta palabra sin tener la menor idea de su significado. Ella nunca había amado a nadie y menos que a nadie a esta pareja de extraños seres mezquinos y vulgares de los que jamás había logrado desprenderse. Todos aseguraban que Esteban y Juliana eran sus padres; pero ella rechazaba esta aseveración con todas sus fuerzas. Mentía el mundo entero para ocultar quién sabe qué maniobra infame. Algún día vendrían a rescatarla de este infierno sus padres verdaderos, los que le habían dado la vida en un acto de entrega y de gozo.

Se complacía en imaginarlos. Él era apuesto y comenzaba a envejecer con dignidad. Había viajado, leído. Ocupaba un puesto muy importante y su tiempo estaba lleno de ocupaciones útiles y notorias. Pero cuando regresaba al hogar no era más que un hombre sencillo y afectuoso, que respetaba a su madre, que mimaba a su hija.

En cuanto a su madre era encantadora. Alta, muy elegante, con el pelo suavemente recogido hacia atrás y el rostro sin afeites, sereno y dulce.

Cuando se presentaran a reclamar a Águeda ni Esteban ni Juliana se atreverían a detenerlos. La dejarían marchar a una casa lujosísima, donde cada detalle revelaba el cuidado y el buen gusto de su dueña.

Las primeras noches no dormirían. ¡Tenían tantas confidencias que hacerse! Después, cuando Águeda hubiera terminado su carrera, con un premio de excelencia, la recompensarían con un recorrido por las más

hermosas ciudades europeas. Al regresar ya estaría esperándola *él*, un joven empeñoso que trabajaba al lado de su padre. Todos le auguraban un porvenir magnífico…

Bruscamente Águeda volvía en sí. La puerta se había cerrado con estrépito. Era Juliana que volvía del mercado, jadeante, arrebolada.

El año que Águeda terminó su bachillerato hubo en el colegio una ceremonia de fin de cursos. Todas las graduadas asistirían, con toga y birrete, a recibir su diploma. Los padres ocuparían el lunetario para aplaudir el coronamiento de los esfuerzos de sus hijas.

Águeda decidió, desde el primer instante, no comunicar la noticia ni a Esteban ni a Juliana. Con tal de que no asistieran pretextó una enfermedad de la que no se repuso sino cuando el acontecimiento hubo pasado.

La argucia no habría tenido consecuencias, de no ser el celo de la directora del colegio, quien envió un recado a Juliana solicitándole una entrevista.

Juliana se puso muy nerviosa; rogó a Esteban que la sustituyera, pero éste se rehusó terminantemente. Entonces no tuvo más remedio que ponerse a rebuscar en la cómoda el vestido menos pasado de moda y que, a su juicio, era el más propio para la ocasión. Una de las vecinas la proveyó de un par de guantes y otra de un sombrero y una bolsa que no hacían juego. El problema de los zapatos no pudo resolverlo y tuvo que llevar los del diario.

Juliana se sentía como mareada, dentro de ese atavío desacostumbrado. Y la sensación se acentuó al atravesar la inmensidad silenciosa de los patios en vacaciones. Cuando llegó a la sala de espera transpiraba el sudor frío de la náusea.

La directora, después de concederle una mirada rápida e indeterminable, la invitó a tomar asiento, aunque ella permaneció de pie detrás de su escritorio, cuyo único adorno era un crucifijo de hierro.

—Considero que es mi deber, señora, hablarle de su hija Águeda. Desde luego no podemos reprocharle nada en cuanto a su dedicación para el estudio. Es una gracia que el Señor le ha concedido y que ella no dilapida. Pero hay algo que me ha preocupado siempre en ella: su conducta.

Juliana recordó el cuello retorcido de los pájaros, las lagartijas desolladas y tuvo un sobresalto que no interrumpió a su interlocutora.

—No es que sea indisciplinada; al contrario. Cumple con los reglamentos de una manera que yo calificaría de exagerada. Pero en todo lo

que hace no hay entusiasmo, no hay simpatía, sino una especie de encarnizamiento. Como si al cumplir sus deberes estuviese destruyendo un obstáculo, o vengándose de algo, de alguien.

—Perdone usted mi rudeza de entendimiento, madre. Pero lo que usted me dice es tan extraño…

—Ignoro cuál es la actitud de Águeda en su casa, con sus familiares. Pero aquí, durante los años que estuvo entre nosotras, no estableció ninguna relación amistosa con sus compañeras; no tuvo uno de esos apegos admirativos por ninguna de sus maestras, ni se encendió en uno de esos fervores tan comunes en las adolescentes. Ni siquiera eligió un confesor fijo. Le era indiferente ir con un sacerdote o con otro. Y cuando se le ordenaba perseverar obedecía sin protestas.

—Siempre ha sido muy desamorada, muy indiferente con todos.

—Lo que no estoy segura es de si se trata de una cuestión de carácter o del trato que ha recibido de quienes deberían demostrarle más solicitud, más afecto. ¿Por qué no se presentó a la ceremonia de fin de cursos? Sabía que iba a recibir su diploma y varios premios.

—¿Cuándo fue? Nosotros no nos enteramos de nada.

—Ahora ya no importa. Pero eso confirma mis sospechas. Águeda no vino porque sabía que nadie iba a acompañarla en esta ocasión solemne y única. Tal vez le dolió demasiado estar sola.

De un modo automático Juliana empezó a despojarse de los guantes que le oprimían dolorosamente las manos. ¿De qué estaba hablando esta mujer? Y no se concedía tregua. Continuaba, continuaba…

—Comprendo que su marido no pudiera faltar a sus ocupaciones. Pero usted, señora ¿no podía renunciar a algún compromiso, tal vez sin importancia, cuando su hija reclamaba su presencia?

De una manera repentina Juliana comprendió la verdad. Águeda les había ocultado todo deliberadamente, porque no quería que ni Esteban ni ella asistieran a una ceremonia en la que se reunirían los padres de sus compañeras. Los mantuvo alejados porque se avergonzaba de ellos.

Juliana lo había sospechado muchas veces, en detalles mínimos. Cuando iban juntas, Águeda y ella por la calle, la muchacha se adelantaba como para disimular su relación con esta mujer maltrazada que corría penosamente para alcanzarla. Estaba siempre dispuesta a renunciar a cualquier paseo, a cualquier diversión si iban a asistir también sus padres. Y

ahora había preferido faltar a la fiesta de las graduadas, con tal de no presentarlos.

La evidencia era tan deslumbradora que Juliana sintió un alivio enorme. ¡Por fin tenía un motivo suficiente para dejar a Águeda en libertad de ir sola o con quien le pareciera digno de su persona! ¡Qué descanso quedarse en la casa, con el delantal puesto, con el chongo deshecho, arrastrando unas pantuflas viejas mientras en el radio sonaba una canción cursi!

—…ahora su hija atraviesa por una edad peligrosa, llena de tentaciones y asechanzas. Si no confía en su madre ¿en quién más podrá hacerlo?

No, una canción no. Mejor uno de esos episodios que ahora estaban de moda. Si no se daba prisa no lo alcanzaría. Precipitadamente Juliana se puso de pie y sin fijarse si la peroración de la directora tocaba a su fin o seguiría mucho tiempo más, se aproximó a ella y le tomó la mano para besársela.

—Gracias, madre. Gracias por todo.

El contacto, aunque fugaz, de las manos de Juliana —manos callosas, manos cuarteadas de lejía— hizo recapacitar a la directora. No, la mujer que acababa de salir no era una viciosa de las reuniones sociales ni una hábil jugadora de canasta uruguaya. En cuanto a su aspecto, ahora que recapacitaba en él, parecía más bien deprimente. ¿Pertenecería Águeda a una familia pobre? Sin embargo nunca se retrasó en el pago de la colegiatura. De todos modos era mejor que ya hubiera terminado sus estudios. Persignándose ante el crucifijo y haciendo una especie de reverencia, la directora también se retiró.

Mientras Juliana regresaba al departamento, bajo el sol frío y remoto de marzo, se quitó el sombrero y se esponjó el cabello para dejar que la brisa lo moviera, a su gusto. No se sentía humillada ni triste por lo que acababa de comprobar. Simplemente pensó otra vez: Águeda es una Sanromán. Como tal tenía derecho a despreciarla. Y lo curioso es que su desprecio la hacía sentirse liviana, irresponsable, libre. Y para sus adentros compadeció a su marido que ahora estaría preocupándose por el futuro de Águeda. Ignoraba que era innecesario hacerlo. Que la muchacha era más fuerte y despiadada que ninguno.

A la hora de comer, única en que Esteban recuperaba su rango de jefe de la casa, inició una larga apología de la carrera de química. Era la más apropiada para una joven, según su criterio. Y en cuanto se obtenía el título

se ganaba fácilmente un buen dinero con sólo dar el número para que lo ostentaran las farmacias que deseaban tener al frente un responsable.

Águeda asentía a todo. Lo que su padre afirmaba era verdad. Pero ella acababa de terminar sus trámites para inscribirse en la Facultad de Leyes.

Algún oscuro instinto la empujó hasta allí sin consultar con nadie. Sospechaba que la familiaridad con la ley podía proporcionarle una justificación para su existencia, cuya validez había sido puesta en entredicho desde su nacimiento, y dar a su destino un cauce lícito que aplacara sus angustias e interrogaciones.

Cuando su decisión se supo casualmente, Esteban adoptó un aire grave de víctima, de ser indefenso lesionado y no volvió a dirigir la palabra a Águeda más que para aludir a la ingratitud de los hijos, a la falta de respeto a la experiencia y los consejos de los mayores y a lo preferible que era la muerte, cuando había uno llegado a convertirse en un estorbo.

Águeda lo escuchaba con una atención implacable como si le fuera necesario clasificar la especie a que pertenecía este hombre que había llegado a la vejez sin entrar en contacto con ninguna forma del amor ni del entendimiento. Al fin lo archivó con un nombre despectivo y no volvió a hacer caso de sus lamentaciones.

Con todo, reinaba en aquella casa un simulacro de paz y armonía que era suficiente para que Juliana se sintiese a gusto. Abandonó (¡ya era tiempo!) todos sus esfuerzos por parecer presentable; tiró la faja al bote de la basura y se compró vestidos corrientes en el mercado.

Sus horas libres aumentaron desde que Águeda consiguió un empleo en un despacho de abogados y comía en el centro. Así que pudo dedicarse, acompañada del indispensable radio, a bordar un inacabable mantel que donaría a la Iglesia Mayor de Comitán, como acción de gracias por los beneficios recibidos y como conjuro para que la suerte no cambiara.

La suerte, sin embargo, cambió y muy bruscamente.

Una noche Esteban despertó con un dolor agudo en la mitad del tórax, en el brazo izquierdo, en el costado.

El médico diagnosticó una amenaza de angina de pecho, prescribió algunas medicinas y recomendó el reposo suficiente.

Y entonces Esteban San Román alcanzó lo que ya no creía tener nunca en la vida: felicidad. De allí en adelante ya no precisaba fingir pretextos de negocios y compromisos, ni desperdiciar sus mañanas asándose o

congelándose, según la estación, en una banca incómoda de parque. Ahora su sillón de reposo era su trono; arrellanado en una postura perfecta, se dedicaba con ahínco a vigilar los latidos de su corazón, el ritmo de su pulso, las ráfagas repentinas de su pecho.

Ante la nueva emergencia Juliana acudió a los sacramentos para fortificar su fe y cargar con resignación su cruz. Proveyó a su marido de todas las comodidades imaginables: cojines, mantas para las piernas, revistas y juegos que le sirvieran de diversión: desde el elemental naipe español hasta el incomprensible ajedrez. Águeda iba y volvía de sus clases, de su trabajo y encontraba siempre a la pareja enfrascada, con una pasión que no podía menos que encontrar despreciable, en una competencia encarnizada y sin fin.

Juliana, además, sorprendía a su esposo con bocados ligeros y delicados.

Tan múltiples esfuerzos llegaron a establecer entre los dos una especie de cordialidad. Pero cuando Juliana quiso medir su hondura, topó inmediatamente con ese gesto tan peculiar de los Sanromanes que significaba: todo lo que hacen los demás por mí, lo hacen por su obligación y por mis méritos. Todo lo que yo recibo no es más que lo que me pertenece por derecho.

La decepción, acaso la fatiga, hicieron que Juliana comenzase a mostrar cierto despego hacia el enfermo. Éste se quejaba, en vano, de los malos modos y la rebeldía de su mujer. ¿Cómo se había atrevido, por ejemplo, a contratar los servicios de una criada sin consultar la opinión de Esteban?

—Porque necesito salir a la calle y no quiero dejarte solo.

¡Salir a la calle! Era inaudito.

—¿De compras? —preguntaba amenazadoramente el marido.

—Me gusta ver los aparadores. Y de cuando en cuando me meto en un cine. Hay que distraerse ¿no?

—Claro —remachaba Esteban con resentimiento—. Tú que puedes, hazlo. Mientras tanto yo me pudriré aquí.

Sus palabras no causaban ni siquiera un efecto dilatorio en los proyectos de Juliana. Ésta tenía ya puesto el abrigo y daba el último vistazo al interior de su bolso para comprobar si no había olvidado algo importante.

Sus ausencias, a fuerza de repetirse, acabaron por ser habituales. Y cada vez se prolongaban más. Pero no volvía contenta sino que su semblante

mostraba, cada vez más, signos de decaimiento y tristeza.

Algunas mañanas retardaba, hasta el límite máximo, el momento de levantarse. Daba dos o tres pasos y volvía a arrojarse sobre la cama, extenuada.

Esteban observaba todos estos síntomas con una secreta complacencia. A ver si así Juliana aprendía lo que era estar imposibilitado y sin ayuda.

—Creo que necesito unas vacaciones —dijo Juliana volviéndose a Esteban, después de un minucioso examen frente al espejo que le devolvió una imagen demacrada y terrosa.

—Sabes que no tenemos dinero para tirarlo así.

—No te apures. En Tehuacán tengo una prima. Es dueña de una casa de huéspedes. Si yo la ayudo en algo no me cobraría la asistencia.

—¿Y yo? No voy a quedar a la merced de una criada ignorante.

—Vendrá a cuidarte una enfermera.

—Por lo visto estás empeñada en arruinarme.

—Es monja. Lo hace por caridad.

No había réplica posible. Además la maleta de Juliana ya estaba hecha. Lo único que faltaba era despedirse de Águeda.

Entró en la recámara de su hija cuando estaba desvistiéndose.

—Sabes que me voy por unos días.

—He oído algo de eso.

—Quería dejarte un regalo. Por si te hace falta.

Sobre una mesita Juliana depositó un rollo, bastante grueso, de billetes. Águeda lo contempló, atónita.

—¿Se lo robaste a mi padre?

Juliana alzó los hombros como si el hecho no tuviera importancia.

—Gástalo. A tu edad se antojan muchas cosas.

A la mañana siguiente salieron juntas, Águeda y Juliana, a aguardar un taxi. Detrás de ellas iba la criada cargando la maleta.

En el momento de abrir la puerta del automóvil de alquiler, Juliana exhaló un gemido.

—¿Qué te pasa? —preguntó con extrañeza Águeda.

—Nada. Soy muy torpe. Me machuqué con algo.

Juliana aguardó a que el vehículo hubiese avanzado algunas cuadras, para dar la dirección al chofer.

—Al Instituto de Cancerología, por favor.

El chofer la condujo, sin un comentario. Conocía la ubicación del edificio. Muchas veces antes había transportado a pasajeros allí.

Juliana pagó el importe de su pasaje y no permitió que nadie la ayudase a cargar la maleta.

—No pesa nada —dijo como disculpándose.

Cuando llegó frente a la ventanilla de Informes puso frente a la encargada un papel. Después de leerlo, dijo mecánicamente.

—El Pabellón de Incurables queda en el octavo piso.

—Gracias.

Juliana volvió a asir la maleta que había dejado un momento sobre el suelo y con paso firme, seguro, se dirigió al elevador.

---

[*] Publicado en *Revista de la Universidad de México,* vol. XV, núm. 5, abril de 1961.

Probablemente ningún tramo de la obra de Rosario Castellanos pinte tan de cuerpo entero su evolución intelectual y formal en tanto escritora como sus cuentos. Narradora perspicaz e inteligente, en ellos sumó la eficacia de su estilo a las preocupaciones sociales, políticas y de género que marcaron sus trabajos. En *Ciudad Real* (1960), *Los convidados de agosto* (1964) y *Álbum de familia* (1971) late entera una de las sensibilidades más agudas y misteriosas del siglo XX mexicano: de Chiapas a la ciudad de México, de la angustia indígena a la frustración femenina, de la desigualdad social al doble discurso de la buena sociedad. Además del contenido completo de los tres libros de cuentos publicados por Castellanos en vida, en estas *Obras reunidas* se incluyen tres relatos que nunca aparecieron en un volumen: "Crónica de un suceso inconfirmable" —que fuera la raíz de la ya canónica novela *Balún-Canán*—, "Primera revelación" y "Tres nudos en la red".